

*Pregúntame  
por qué eres tú*



*Alejandra Beneyto*

*Pregúntame por qué eres tú*

Alejandra Beneyto

© Alejandra Beneyto Crespo

1ª edición, marzo 2019

ASIN: B07Q58CLPR

Diseño de cubierta: Víctor M. Ruiz Sáez

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para René, porque fueron nuestras decisiones  
las que me llevaron a The New.*

*«Si amas algo déjalo libre;  
si vuelve a ti es tuyo, si no nunca lo fue».*

# Índice

Sinopsis

Prólogo

1 ¿Bienvenida a Wilkens?

2 ¿Una copa y escucharnos?

3 ¿Acercamiento?

4 ¿Tú, yo y una habitación de hotel?

5 ¿Fin del congreso?

6 ¿Un comienzo?

7 ¿Tú aquí?

8 ¿Buscándome en las esquinas?

9 ¿Jodida niña?

10 ¿Lady in Red?

11 ¿Rendirse?

12 ¿Una propuesta?

13 ¿Preguntas y respuestas?

14 ¿Complicarse la vida?

15 ¿Primera cita?

16 ¿Mi interior?

17 ¿Hacerte volar?

18 ¿Avanzar?

19 ¿Lo que encontramos en Canadá?

20 ¿El secreto que me escondes?

**21 ¿Salir a la luz?**

**22 ¿La realidad de lo nuestro?**

**23 ¿Y ahora qué?**

**24 ¿Nosotros y el presente?**

**25 ¿Es esto un avance?**

**26 ¿Una vida mejor?**

**27 ¿Libre?**

**28 ¿Reencontrarse?**

**29 ¿Un futuro?**

**30 ¿Tu vuelta?**

**31 ¿Tú y yo de nuevo?**

**32 ¿Nuestro momento?**

**Epílogo**

**Agradecimientos**

## Sinopsis

Christina está casada con su trabajo como estudiante de doctorado. Christina conoce a Harry, que tiene en su mano la decisión de financiar su investigación. Harry es cautivado por Christina, y hará lo imposible por convencerla de que romper su regla de no involucrarse con nadie del mundo académico no es un error.

Harry y Christina se acercan y se separan, pero él no dejará que las cosas se queden de esa manera.

Paralelamente, Matt se encuentra con Kate. Kate no soporta a Matt y Matt pierde los papeles cuando ella está cerca. Pero tienen que trabajar juntos, a pesar de que las chispas que sueltan siempre que interactúan les quemarán cada vez más. Y eso dará pie a más de un problema entre los dos.

Las calles de Nueva York serán testigos de todo lo que ocurra. De cómo Harry tratará de derribar las defensas de una mujer como Christina. De cómo tira y afloja de Matt y Kate. De los domingos en *The New*, compartiendo la vida con su grupo de amigos. De cómo aprenden, crecen y se dejan llevar, hasta que los secretos que callaron saltan por los aires. Y la ecuación se desborda. Y llega el momento de averiguar el precio de dejar libre aquello que se ama... porque puede que nunca decida volver.



## Prólogo

*The New, septiembre de 2018*

Es domingo. Siempre lo es cuando están aquí. Los cinco. Olivia, Claire, Neal, Christina y Matt.

Son amigos desde siempre.

Quizá desde el primer día que coincidieron. O desde la primera conversación que tuvieron. O tal vez desde la primera carcajada que se arrancaron.

Eso solo lo saben ellos.

Hace años que se mudaron a Nueva York para construir una vida, una carrera y un montón de sueños. Desde entonces, lo han compartido todo: las frustraciones y las alegrías; los triunfos y las pérdidas.

Entre los cinco han quemado etapas hasta llegar al día de hoy, donde todos han encontrado su camino.

Aunque hay algo que se les resistió en aquella época en la que aún buscaban respuestas: la parte personal; el romance; el amor.

Ahora echan la vista atrás y sonríen al pensar en sus idas y venidas. En aquellos tiempos en los que el significado de un simple mensaje les desestabilizaba la rutina. Y en todo lo que aprendieron... que dio significado a su vida.

—Bueno, Liv, quedan exactamente seis días para el día D. ¿Cómo lo llevas? —pregunta Christina. Siempre ha sido la encargada de que los demás confronten lo que sienten.

—¿Cómo lo va a llevar? —interviene Matt, al que hace algún tiempo sus amigos bautizaron como «tocapelotas» del grupo—. Lleva toda la tarde hablando como un papagayo de temas sin importancia; está nerviosa.

—No estoy nerviosa. Solo algo... inquieta.

—Va a salir bien, cielo. —Claire acaricia el pelo de su amiga con esos aires maternos tan suyos.

—Lo dice porque la organización la lleva ella —apunta Matt con esa mueca socarrona que saca al resto de quicio.

—No, lo digo porque ella y Will están hechos el uno para el otro. Nada puede salir mal partiendo de esa base.

—Claaaro, Claire, porque ninguno de los cinco somos una prueba viviente

de que, aun muriéndote de amor, las cosas pueden torcerse.

—Tío, ya hemos superado esa fase —le dice Neal, en defensa, como siempre, de Claire, su mujer.

—¿Eso crees? A mí me parece que nunca hay que bajar la guardia.

—En eso Matt tiene razón —comenta Christina—. Hay que elegir cuidar a nuestra pareja cada día. Pero también entiendo lo que dice Neal... lo peor ya ha pasado.

—Supongo que sí —dice Olivia pensativa—. Los miedos, las dudas...

—El negarnos a abrir los ojos —añade Claire.

—Los secretos... —Al decir esa palabra, Matt pone los ojos en blanco.

Aunque ha pasado el tiempo, los cinco tienen muy presente todo lo que vivieron años atrás.

Olivia, Will y su historia de decisiones erróneas, distancia y tiempo separados.

Neal y Claire, y lo mucho que les costó aceptar sus sentimientos, ver lo que el otro era para ellos y decidirse a vivir la realidad de lo suyo.

Y luego están las historias de Christina y Matt y todo lo que fueron incapaces de ver desde el principio.

—Desde luego, si alguien lo tuvo jodido, fuiste tú —le dice Neal a su mejor amigo.

—Ah, claro, porque lo mío fue un camino de rosas.

—Christina tiene razón. Lo suyo con el doctor Encanto también fue una odisea —observa Olivia.

—No es una competición, Liv. —Claire sonrío—. Todos lo pasamos mal en su momento.

—Todo es una competición, Clairens, siempre —contesta Matt—. ¿Quién crees que ganaría a historia más truculenta? Porque yo voto por mí.

—Y yo por mí —dice Christina.

Los cinco se miran entre ellos y se echan a reír. Y después se ponen a recordar. A ponerse en los zapatos de sus «yo» del pasado. A recordar esos días en los que las dudas, los porqués y las preguntas los acompañaban en su camino.

Lo hacen entre las paredes de su cafetería favorita, con el ventanal que da a las calles de Brooklyn, con el aroma a bollería y a café en el aire, con la seguridad que da desnudarse delante de las personas en las que más confías.

Empiezan a hablar. A desenterrar recuerdos.

Y lo hacen juntos. Como todo.

1

**¿Bienvenida a Wilkens?**

*Abril de 2014*

Estaba en un apuro. Prácticamente acababa de aterrizar en Atlanta y ya me estaba comiendo el marrón de mi vida. Mi tutora de tesis, la profesora Virginia McAdams, había perdido su conexión en Chicago y yo solita debía enfrentarme a la junta directiva de la farmacéutica Wilkens. Tenía que hacer una ponencia frente a ellos. Yo. Sola. Jamás había hecho algo de ese calibre, así que mientras dejaba las maletas en la habitación del hotel, noté como empezaban a sudarme las manos.

Llevaba un día de mierda. Me había levantado a las cuatro de la mañana para coger un avión, me había encontrado en el aeropuerto con mi padre, al que hacía casi un año que no veía, y ahora debía hacer frente por mi cuenta a la exposición más seria de mi carrera sin apenas preparación.

Traté de respirar hondo. La profesora McAdams tenía razón cuando me había dicho que conocía el tema como la palma de mi mano. Básicamente debía hablar de las tareas que llevábamos a cabo desde hacía meses en el laboratorio y los objetivos que se planteaban en cada fase. Había presentado ese trabajo en concreto en otras ocasiones y la había visto a ella hacerlo con bastante frecuencia. La única diferencia en esa presentación era hacer hincapié en los costes, plazos y posibles aplicaciones futuras de cara al mercado y los beneficios que podría reportar, no solo a nivel clínico.

Ni a mí ni a Virginia McAdams nos gustaba tener que justificar nuestro trabajo, y menos ante una farmacéutica, pero cuando entras en la investigación neurocientífica enseguida aprendes quién tiene los recursos y qué necesitan oír para tomarse algo en serio.

Así que, siguiendo sus consejos, aproveché las siguientes dos horas para prepararme mi discurso y para coger aire.

Llegué a la planta baja del hotel casi un cuarto de hora antes. Estaba nerviosa, pero, como siempre, la procesión iba por dentro. Probablemente acabaría con ardor de estómago cuando volviera a mi habitación, pero por el momento debía mantenerme fuerte.

El salón de actos, donde tendría lugar la ponencia, estaba en un pasillo enmoquetado que en ese momento se encontraba prácticamente desierto. Y digo prácticamente, porque junto a una puerta de madera blanca lustrada se encontraba un hombre jugueteando con su móvil.

Me acerqué despacio, evaluando el traje que vestía, que parecía ser caro y que se ajustaba a su cuerpo de la cabeza a los pies.

Se enderezó cuando llegué a su lado y me miró de arriba abajo, con cierto disimulo que debo valorarle, porque mucho me temo que yo no fui tan discreta.

—¿Vienes a la reunión de Wilkens? —me preguntó con cortesía.

Supe enseguida de quién se trataba. Era Harry Watzlawick, uno de los miembros de la junta de la compañía. Los había investigado a todos antes de aquella primera reunión, por supuesto, pero a Watzlawick lo habría reconocido entre un millón.

Sujeto masculino rondando la treintena, de ascendencia afroamericana, con la piel del color del chocolate con leche y pose distante. Era el miembro más joven de la junta y con el que más cuidado debíamos tener.

De cerca pude darme cuenta de más cosas, como que sus ojos eran demasiado claros, sus cejas demasiado espesas y su voz tenía un puntito ronco que otorgaba mucha fuerza a unas pocas palabras.

—Sí —contesté, recordando que me había hecho una pregunta.

—¿De dónde...? ¿Quién eres?

—Soy Christina Sanders —contesté, ofreciéndole la mano—. Trabajo con la profesora McAdams en la Universidad de Columbia.

—¿Y dónde está la profesora? —preguntó mientras me la estrechaba, sin apartar la mirada de mi rostro.

—Ha perdido el avión —expliqué, en un tono que había ensayado para restarle importancia al asunto—. Yo haré la presentación en su lugar.

Watzlawick abrió los ojos ante mi revelación, haciendo que me fijara en los azules que eran por primera vez. Evidentemente estaba bastante desconcertado y, por la manera en que frunció el ceño, supe que para él aquello no eran buenas noticias. Abrió la boca para decir algo, pero en ese momento el resto de su equipo se unió a nosotros, como salidos de la nada. Venían acompañados por un trabajador del hotel, que abrió la puerta del salón y nos invitó a pasar

al interior.

Yo entré en último lugar y durante unos segundos me sentí sobrecogida; aquella estancia era enorme. Tenía capacidad para unas doscientas personas. Al fondo había una tarima con una mesa y un ordenador.

—Usted debe de ser la señorita Sanders —me dijo de pronto alguien.

La propietaria de la voz era una señora aproximadamente de la edad de la doctora McAdams, pero el aspecto de esta era más afable que el de mi tutora. Tenía el cabello rubio ceniza recogido en un moño bajo y vestía un traje de pantalón y chaqueta gris claro. Sonreía abiertamente mientras me estrechaba la mano.

—Sí, soy yo.

—Soy Amanda Simons. He hablado con Virginia y me ha contado lo sucedido.

Así que aquella era la famosa doctora Simons... Me constaba que ella y la profesora McAdams tenían buena relación y que era gracias a su influencia que estábamos tan cerca de negociar con Wilkens.

Intercambiábamos unas frases de cortesía cuando Watzlawick se acercó a nosotras.

—Amanda, ¿he entendido bien antes? ¿Virginia no va a hacer la presentación?

—Es correcto, Harry —comentó la doctora Simons girándose hacia él—. La señorita Sanders trabaja en su departamento y la hará en su lugar, bajo recomendación de Virginia. —Se volvió hacia mí y sonrió—. Señorita Sanders, este es mi colega, Harry Watzlawick.

—Doctor Watzlawick —corrigió, y tuve que luchar contra mi tendencia a arquear las cejas ante tal gesto—. Nos hemos conocido antes y, por lo que hemos estado hablando, no sé si sería recomendable aplazar la reunión hasta que Virginia llegue. No se ofenda, señorita Sanders.

—Doctor Watzlawick..., trabajo en el laboratorio con la doctora McAdams y he estado a su lado desde que inició esta investigación. De hecho, expuse un trabajo sobre esto a finales del curso pasado. Conozco el tema como la palma de mi mano.

—¿Un trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—Final del posgrado, nos exigían una presentación y yo estaba tutorizada por la doctora McAdams.

—¿Posgrado? ¿Ni siquiera estás haciendo el doctorado?

Parecía realmente furioso, pero le mantuve la mirada mientras me

explicaba mejor:

—Acabo de empezar el doctorado, doctor Watzlawick. La profesora McAdams es mi directora de tesis.

—O sea, que estás en tu primer año, ¿no? —Hizo una pausa en la que asentí—. Bien. Amanda, ¿podemos hablar un momento? En privado.

La doctora Simons y Watzlawick se apartaron un poco, pero, aun así, pude escuchar lo que hablaban.

—Este proyecto es muy importante para mí, Amanda —decía él, recalcando cada palabra—. Necesito a alguien serio presentándolo, no a una simple estudiante.

—Harry, ¿de verdad crees que Virginia habría puesto la presentación en manos de cualquiera? Está totalmente comprometida con esta investigación.

—No quiero arriesgarme. No dudo que sea una buena estudiante, pero, por Dios, es una niña. Es imposible que tenga la experiencia suficiente para vendernos el tema. Deberíamos esperar a Virginia.

—Virginia ha dicho que eso no es una opción, y confía plenamente en la muchacha. Y si ella confía, yo confío. Virginia no se arriesgaría con algo así. La señorita Sanders va a hacer la presentación. No le des más vueltas. Por Dios, Harry, el resto de la junta no tiene ningún problema —añadió señalando con la mirada a los otros dos hombres que los acompañaban—. Parece mentira que tú, que eres el más joven, te muestres tan reticente. Tampoco hace tanto que estabas en una situación similar.

Puse los ojos en blanco desde mi posición y opté por no seguir escuchando. Me dirigí a lo alto de la tarima a preparar mi presentación.

Decidí exponer de pie, en vez de sentada, pues quería mostrarme arrolladora y no esconderme detrás de una mesa. Comprobé que el puntero láser funcionaba correctamente y bebí un trago de la botella de agua que había dejado preparada el chico del hotel.

La doctora Simons y el doctor Watzlawick tomaron asiento en primera fila, al lado de los otros dos miembros de la junta. No conocía personalmente a aquellos hombres, que me miraban con curiosidad pero no con desconfianza. Ambos rozarían los sesenta años y se notaba que no eran de los que les gusta perder el tiempo. Uno de ellos estaba apoyado en la mesa que tenía delante y ordenaba distraídamente unos folios y el otro preparaba una libreta. A su lado, la doctora Simons me sonreía y el doctor Watzlawick desbloqueaba su iPad con el ceño fruncido.

Puesto que éramos pocos y ellos estaban en la primera fila, decidí no usar

el micrófono. Comencé a hablar sin perder más tiempo cuando los cuatro pares de ojos se posaron en mí.

—Buenas tardes a todos, mi nombre es Christina Sanders. Como saben, la doctora McAdams ha tenido un problema con el vuelo y se disculpa por no estar aquí esta tarde. Este trabajo es de gran importancia para ella y me ha pedido que lo presente en su lugar. —Me puse al lado del ordenador y pasé a la siguiente diapositiva, donde figuraban mis datos, los de mi tutora y los del departamento de la universidad—. En la actualidad estoy haciendo el doctorado en Columbia. Durante los dos últimos años me he dedicado casi en exclusiva a este proyecto junto a la doctora McAdams, así que considero que conozco en profundidad la labor que llevamos a cabo. Por tanto, si durante la presentación les surge alguna duda, les ruego que me interrumpan y formulen sus preguntas. —Trataba de mantener el contacto visual con todos ellos, pero durante los últimos segundos mi mirada se había detenido en Harry Watzlawick, como si quisiera retarlo a que me pusiera a prueba. Este apenas se inmutó—. No obstante, también pueden anotar sus preguntas y formularlas cuando dé por finalizada la presentación.

Y, sin más preámbulos, comencé mi ponencia. Había hecho aquello miles de veces, y tardé bastante poco en sentirme cómoda. Me desplazaba de un lugar a otro de la tarima, obligando a mis interlocutores a seguirme con la mirada. Me paraba de vez en cuando para explicar más detalladamente algunos puntos, valiéndome del puntero para señalar lo más importante de cada diapositiva. Mostré las gráficas, describí la muestra que habíamos utilizado, comenté los instrumentos de los que nos habíamos valido y detallé el procedimiento. Hablé prácticamente sin mirar las diapositivas, salvo cuando tenía que apoyarme en los datos.

Apenas me interrumpieron, exceptuando en el apartado de presupuestos, cuando Harry Watzlawick se interesó más de la cuenta por conocer algunos detalles, pero me supe defender sin problema a pesar de que el apartado de financiación excedía de mi trabajo.

Cuando finalicé la presentación, todos tenían preguntas. Iban desde lo más básico hasta posibles hipótesis que cabía plantearse en un futuro. Respondí a todo sin vacilar y yo diría que estuve a la altura. Mis respuestas los dejaron satisfechos e incluso inicié un breve debate con la doctora Simons sobre una posible línea de investigación secundaria.

Cuando pensaba que podía concluir con la charla, Harry Watzlawick me demostró que tenía otros planes. Empezó a lanzarme preguntas de lo más

variopintas, nimiedades procedimentales sobre cómo habíamos tomado las muestras y otras malintencionadas sobre farmacodinámica y conexiones cerebrales.

—Por supuesto que puedo explicárselo, doctor Watzlawick —dije con una falsa sonrisa—. No sé si está familiarizado con el protocolo de colocación de electrodos, pero como ayudante de la doctora McAdams pasé mis primeros meses haciéndolo yo misma y tomando las muestras en el ordenador.

Pasé varios minutos exponiendo paso a paso aquello que había hecho millones de veces, sabiendo que eran detalles que ponían de los nervios a investigadores de nivel superior.

Él me miraba alzando las cejas, pero una sonrisa de satisfacción le cruzaba el rostro. Después pasé a explicarle los contenidos sobre farmacodinámica que me había preguntado, haciendo una exposición detallada de los cambios cerebrales tras la administración de ciertas drogas y cómo esto podía afectar al sueño.

Llevábamos casi cuarenta y cinco minutos de preguntas cuando la doctora Simons decidió cortarnos.

—Harry, si eso es todo, deberíamos ir recogiendo. La señorita Sanders ha contestado a todo lo que le hemos planteado, y ya es hora de que la dejemos marchar. —Miró hacia mí, sonriendo con amabilidad—. Nos reuniremos pasado mañana y le mandaremos algunas propuestas a Virginia con vistas a que las desarrolléis para la reunión del viernes.

Bajé de la tarima con mi carpeta y estreché las manos que me tendían. Los otros dos hombres salieron prácticamente corriendo de la sala y me quedé a solas con la doctora Simons y el doctor Watzlawick.

—Espero que no le haya quedado ninguna pregunta en el tintero, doctor Watzlawick —dije sarcásticamente, y con una sonrisa de falsa amabilidad.

Él sonrió a su vez, metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón. Nos miramos a la cara el uno al otro, y supo que lo estaba provocando. La verdad es que no solía comportarme así en mi vida académica, y menos con personajes importantes como él. Pero estaba furiosa por su manera de actuar. Era cierto que estaba acostumbrada a tratar con académicos petulantes con complejo de Dios, pero ninguno había provocado una reacción tan visceral en mí antes.

—De momento no, señorita Sanders —dijo con superioridad—. Me alegra saber que los estudiantes de hoy en día cuentan con la Wikipedia para comprender los conceptos básicos.



—Oh, no, doctor Watzlawick. La Wikipedia es de mayor utilidad para que los doctores consolidados se reciclen de vez en cuando y refresquen sus conocimientos. Los estudiantes nos valemos de otros recursos para confeccionar nuestros trabajos y responder preguntas absurdas.

El doctor Watzlawick soltó una carcajada, sin duda sorprendido por mi atrevimiento.

—Está claro que la he subestimado, señorita Sanders. A pesar de ser aún una niña, tiene muchas agallas.

—Ya es suficiente, Harry —intervino la doctora Simons, antes de que pudiera contestar—. Le ruego disculpe a mi colega, señorita Sanders. Estamos todos muy cansados después del viaje. —Miró a Watzlawick con reprobación—. Vuelva a su habitación y llame a Virginia, estoy segura de que está esperando noticias tuyas. Nos veremos en la reunión del viernes.

Asentí una sola vez antes de estrechar su mano y la del doctor Watzlawick. Tras lanzarle una última mirada a este, salí de la sala.

Volví a mi habitación a la velocidad del rayo, dejando escapar la mala leche que había estado conteniendo; furiosa con ese hombre y conmigo misma por permitirle cabrearme. ¿Quién demonios se creía que era?

Siempre había sido capaz de mantenerme en mi sitio. Tenía un carácter muy fuerte, pero normalmente lo dominaba, en especial en el ámbito profesional.

Me miré en el espejo y no me gustó nada lo que vi: tenía las mejillas encendidas y las facciones endurecidas de la rabia que sentía.

«¿Cree que podría explicarnos el mecanismo de acción de la cocaína en el cerebro, señorita Sanders?».

Por Dios, preguntarle eso a un estudiante de neurociencias es básicamente como pedirle a un músico que sitúe las notas musicales en un pentagrama en clave de sol. Menudo gilipollas.

Me quité los zapatos y los lancé hasta la otra punta de la habitación, y acto seguido encendí mi ordenador. Me llevé el portátil a la cama y comencé a leer, buscando información sobre el maldito Harry Watzlawick. Al parecer, había sido el mejor de su promoción en el MIT y se había doctorado en Harvard con mención *Cum Laude*. Era ingeniero químico y su tesis también versaba sobre las drogodependencias. Con solo treinta y un años estaba en el consejo de una de las industrias farmacéuticas más importantes del país y daba conferencias por toda la geografía americana y también por Europa. Genial. El tío era una especie de genio con ínfulas de Dios.

Cerré la tapa del portátil y me tumbé en la cama. Antes de darme una ducha llamé a Virginia y no volví a salir de la habitación hasta última hora de la tarde, que bajé al bar a tomarme una copa mientras me entraba hambre para cenar.

El hotel en el que nos hospedábamos era de cuatro estrellas y era bastante grande. Estaba muy cerca de la Universidad Emory de Atlanta, donde la semana siguiente tendría lugar uno de los congresos de neurociencias más importantes del país.

El congreso era la razón de que hubiéramos viajado a Atlanta en aquella fecha. La profesora McAdams había aprovechado el traslado para fijar un montón de reuniones con profesionales de otras universidades y con posibles inversores, como la farmacéutica Wilkens. El resto de mis compañeros llegarían directamente para el inicio del congreso, pero como yo era la única alumna tutorizada por la profesora McAdams tenía el privilegio de estar allí una semana antes y asistir a todos aquellos eventos.

Seguí bebiendo un rato más mientras en mi mente recreaba la exposición de horas atrás. Estaba a punto de acabarme la copa, cuando alguien se sentó a mi lado y se dirigió a mí:

—Buenas noches, señorita Sanders. Qué agradable sorpresa.

Me giré de golpe y vi a Harry Watzlawick, que sonreía misteriosamente a mi lado.

Se había quitado la corbata y la chaqueta del traje, y llevaba los puños de la camisa gris perla doblados sobre sí mismos. Se lo veía fresco como una rosa, especialmente a mi lado, que tenía la sensación de haber corrido miles de kilómetros en tacones.

—Buenas noches, doctor Watzlawick —contesté secamente, y concentré mi mirada en la copa que tenía delante.

—Espero que no le importe que me siente a su lado.

Volví a mirarlo con ambas cejas en alto, puesto que se había sentado prácticamente nada más llegar.

—Dudo que eso lo detenga, ya está sentado.

Él siguió mirándome y parecía incapaz de reprimir la sonrisa que cruzaba su rostro. No era una sonrisa tirante como la que me había dedicado horas atrás, sino de auténtica diversión.

—¿Qué está tomando? —preguntó, señalando con la cabeza mi bebida.

Giré mi cuerpo hasta quedar enfrente de él y sonreí con descaro.

—No hace falta que llame a seguridad, doctor Watzlawick. Tengo

veinticinco años. La edad legal para beber alcohol en este estado la alcancé hace tiempo.

—*Touché*, señorita Sanders —dijo, fingiendo avergonzarse—. Solo quería saber si me recomienda lo que sea que sea eso.

—Es un Sea Breeze —contesté, y como vi que él fruncía el ceño al no reconocer la bebida, no pude resistirme a añadir—: Si no sabe lo que es, siempre puede buscarlo en Wikipedia.

Él soltó una carcajada y levantó la mano para llamar la atención de una de las camareras, que se acercó a nosotros enseguida. La chica miraba al doctor Watzlawick con un interés poco disimulado mientras pedía lo mismo que yo.

Cuando la camarera se alejó para preparar el pedido, el doctor Watzlawick me observó en silencio durante un largo rato.

—Supongo que merezco que sea arisca conmigo ahora, señorita Sanders. No he sido muy amable con usted esta tarde.

—Eso es un eufemismo, doctor Watzlawick.

—Sí que lo es. Y le pido disculpas por mi comportamiento. No suelo actuar así.

La camarera volvió, le puso la bebida delante y él se dispuso a removerla con la pajita para mezclar bien los ingredientes. Mientras lo hacía, lo miré con detenimiento por primera vez. Al margen de que fuera un poco capullo, ni yo misma podía negar que era muy atractivo. De cerca parecía mucho más joven de lo que me había parecido horas antes, y me recordé a mí misma que solo tenía treinta y un años. Llevaba el pelo negro como el carbón prácticamente rapado al cero y tenía las pestañas más largas que había visto jamás. En sus rasgos se evidenciaba su descendencia afroamericana (nariz y labios gruesos), pero sus ojos eran una auténtica paradoja, puesto que eran azules oscuros.

Watzlawick me miraba fijamente, y de pronto tuve la impresión de que me había preguntado algo, pero no lograba recordar el qué.

—¿Cómo dice? —pregunté, saliendo de mi ensimismamiento.

Él sonrió. Era evidente que me había pillado mirándolo, pero tuvo el acierto de no comentar nada.

—Le preguntaba si aceptaría mis disculpas por cómo me he portado antes, señorita Sanders.

—Y por todo el rollo de las preguntas también, ¿no? —convine, alzando las cejas.

—En efecto, por las preguntas también. Discúlpeme.

—Disculpas aceptadas, doctor Watzlawick.

No tenía intención de seguir allí mucho tiempo. Ese hombre me alteraba y no estaba de humor para aguantarlo, demasiado había tenido ya ese día. Empecé a buscar el monedero dentro de mi bolso, pero me frené en seco cuando él colocó una mano sobre mi brazo, provocando que un escalofrío me recorriera el cuerpo.

—Si no tiene ningún otro plan, ¿aceptaría una cena a modo de disculpa?

Me quedé mirando la mano que tenía en mi brazo y el doctor Watzlawick se apresuró a apartarla.

—Lo siento, pero estoy muy cansada por el viaje. Tenía pensado cenar en mi habitación. —Traté de mostrarme serena, aunque la verdad era que me había puesto inexplicablemente nerviosa. Y a mí no solían alterarme las invitaciones de los hombres.

—Claro, lo comprendo —dijo él, y me pareció ligeramente decepcionado—. Al menos deje que la invite a esa copa, después de todo, se la ha ganado.

—No es necesario, doctor Watzlawick. Ya he aceptado sus disculpas.

—Insisto.

—En ese caso, gracias —dije, poniéndome de pie—. Supongo que nos veremos en la próxima reunión. Buenas noches.

Y, sin más, me fui echando chispas del bar, dejándolo solo frente a la barra.

## ¿Una copa y escucharnos?

La doctora McAdams llegó sin problemas al día siguiente. Lo pasamos entero en la suite en la que se hospedaba. Allí había un pequeño salón con una mesa en la que podíamos trabajar sin problema.

Solo salimos para la reunión que teníamos programada con los de la Universidad Estatal de Alabama y para cenar.

Virginia era mi mentora, pero había trabajado con ella codo con codo durante demasiado tiempo como para no considerarla también una especie de amiga.

Tomamos asiento una frente a la otra mientras charlábamos.

No habíamos pedido ni las bebidas cuando la doble puerta del restaurante se abrió, dejando paso a Harry Watzlawick. Me puse tensa en un milisegundo, mientras veía que sus ojos buscaban a algo o alguien por el restaurante.

Esa noche iba vestido en plan informal, camisa de cuadros y vaqueros. Con esa pinta de muchacho de ciudad me pareció que estaba para comérselo. ¿Por qué era tan atractivo? Debería ser ilegal que un déspota como él tuviera ese aspecto. De repente su mirada me localizó y dibujó una sonrisa maliciosa en aquella boca que, sin duda, estaba hecha para pecar. Mi corazón se agitó violentamente dentro de mi pecho al ver que se acercaba hacia nuestra mesa.

—Vaya, vaya —dijo Harry Watzlawick clavando sus ojos en los míos—. Qué agradable sorpresa.

Otra vez esa dichosa frase para romper el hielo.

Virginia alzó la cabeza para ver de quién se trataba. Cuando lo reconoció, compuso su sonrisa cordial e hizo amago de levantarse para saludarlo.

—No, Virginia —dijo el doctor Watzlawick haciéndole señas para que no se pusiera en pie—. No hace falta que te levantes.

Se estrecharon las manos y a Virginia no se le pasó por alto que a quien él miraba era a mí. Como si a ella se le escaparan ese tipo de cosas.

—Ya conoces a Christina, ¿verdad, Harry? —preguntó mirándome ella a su vez.

Una chispa de diversión brilló en los ojos del doctor Watzlawick, que se adelantó un paso y me tendió la mano a mí también.

—Sí, tuve el placer de conocerla ayer. —Estreché su mano con tanta fuerza

que temí dejarle la marca de mis uñas—. ¿Cómo está hoy, señorita Sanders? ¿Cenó bien anoche? ¿Pudo descansar?

Gilipollas.

—Todo fue perfecto, gracias.

Intercambiamos una sonrisa falsa, ante la atenta mirada de Virginia.

—Me alegro por usted —contestó—. En cambio mi cena fue de lo más insatisfactoria.

Nos sostuvimos la mirada, como si de pronto estuviéramos solos en el restaurante. ¿Estaba el doctor Harry Watzlawick coqueteando conmigo? Iba a hacer algún comentario ingenioso al respecto, cuando el busca de Virginia sonó dentro de su bolso.

Sacó aquel cacharrito de los infiernos, se colocó las gafas y frunció los labios.

—Vaya, es del hospital. Podría ser importante —comentó, revisando en su móvil los mensajes. Pasó unos cuantos segundos trasteando el teléfono, hasta que dijo—: Lo siento, Christina, pero no voy a poder quedarme a cenar. Tengo que atender esto. Pediré que me suban algo de comida a la habitación.

Le dije que no pasaba nada y quedamos en vernos al día siguiente en su habitación para ultimar detalles de la próxima reunión con los de Wilkens. La vi cruzar a toda prisa el restaurante y desaparecer por la puerta de doble hoja.

En ese pequeño periodo de tiempo, el doctor Watzlawick había ocupado el sitio donde había estado sentada Virginia y me miraba con una expresión triunfante en su rostro.

—¿Qué cree que está haciendo? —pregunté yo, alarmada de pronto al tenerlo tan cerca.

—¿A usted qué le parece que hago? Acaban de dejarla plantada y voy a cenar con usted.

—¿Y quién le ha dicho que es algo que yo quiera que pase?

—Una corazonada, supongo. —Me miró de reojo mientras cogía la carta y yo busqué con la mirada mi bolso; él se dio cuenta de que pensaba salir de allí—. Ni se le ocurra pensarlo, señorita Sanders. Va a parecer que esta mesa tiene algún problema si todo el mundo sale huyendo de ella.

Dijo aquello último sin apenas mirarme, fingiendo que la carta le producía un gran interés. Yo me quedé callada, observándolo y buscando alguna excusa para salir de allí y alguna razón que explicase por qué todo mi cuerpo me pedía que me quedara en el sitio.

En esas estábamos cuando el camarero se presentó a nuestro lado. Si le

sorprendió que ahora me acompañara semejante espécimen masculino y no la profesora McAdams, lo disimuló a la perfección. Nos preguntó qué queríamos tomar y mi nuevo acompañante se tomó la libertad de pedir dos copas de vino tinto para los dos.

—Para mí una de vino blanco, si es tan amable —lo dije bastante cortante, antipática incluso.

Ambos hombres me miraron sorprendidos.

—Claro que sí, señora —contestó el camarero, haciendo modificaciones en su libreta—. ¿De la casa o alguno en concreto?

—De la casa estará bien, gracias.

—Señora —inclinó la cabeza con educación y se alejó de la mesa despacio.

Clavé los ojos en los del doctor Watzlawick, que me observaba con curiosidad. Tenía el codo derecho apoyado sobre la mesa y la cara descansando en el dorso de sus largos dedos. No decía nada, pero en su mirada podía ver que tenía muchas preguntas y observaciones que hacer.

—No vuelva a pedir por mí. Nunca —dije yo tajante.

Esbozó una sonrisa.

—¿Eso significa que no será la última vez que cenemos juntos?

—Siga soñando, doctor Watzlawick. Creo que ayer no captó la indirecta. Cuando le dije que estaba cansada por el viaje, pensaba que entendería que lo que no me interesaba era cenar con usted.

—En primer lugar, empecemos a tutearnos. No voy a cenar a solas contigo y permitir que me llames doctor Watzlawick. Sé que piensas que soy un estirado y un prepotente, pero te aseguro que también soy un caballero. En segundo lugar, sé que ayer no tenías intención de cenar conmigo. Sé que lo de que estabas cansada era una excusa. Pero ayer era ayer, y hoy es hoy. Empezamos con mal pie, por mi culpa, y hoy quiero que cenemos juntos y me dejes arreglarlo. En cuanto a lo de pedir por ti, estoy de acuerdo en que ha sido una gilipollez por mi parte. Te aseguro que no volverá a pasar.

Tragué saliva, sin dejar de mirarlo.

—De acuerdo. Si estamos cenando solos te tutearé, pero no pienses que fuera de esta mesa voy a mostrar tanta familiaridad contigo. Te encargaste de marcar las distancias en público, así que ahora no voy a actuar delante de otra gente como si tú y youviéramos confianza.

—Eres un hueso duro de roer, Christina. Eso me gusta.

—Poco vas a roer este hueso, Harry. Te lo aviso desde ya. Así que deja de

mirarme de esa manera porque no te va a llevar a ninguna parte.

—¿Todavía no hemos pedido la cena y ya estás en esas? No adelantes acontecimientos, Christina. Aún tengo muchos días por delante para convencerte de que... no soy tan malo.

No estaba volviéndome loca, ¿verdad? Aquello era una declaración de intenciones en toda regla. Ese hombre estaba ligando conmigo. Sin importarle que él fuera miembro del consejo de una farmacéutica tan importante como Wilknes, y yo una simple estudiante de doctorado que aspiraba a ser la becaria de un proyecto financiado por ellos. Maldito fuera. Y maldito mi cuerpo traidor que reaccionaba a su proximidad. Desde que se había sentado en la mesa mi temperatura había ascendido varios grados y algo retorció deliciosamente mis entrañas.

Elegimos en la carta lo que sería nuestra cena y yo me mantuve en silencio, sin hacer ningún comentario sobre lo último que había dicho. Me esforzaba por mirar a cualquier parte menos a sus ojos, pero fracasaba más veces de las que me hubiera gustado. Él, por su parte, parecía incapaz de quitarme la vista de encima. Me ponía muy nerviosa que lo hiciera. Me sentía desnuda bajo su mirada. Me observaba de un modo inquietante, aunque no en el mal sentido. No estaba siendo grosero ni me hacía sentir incómoda. El problema era que me hacía sentir, sin más. Me alteraba de una manera a la que no estaba acostumbrada; mi corazón se aceleraba y sentía la sangre caliente circular por mis venas, concentrándose en la cúspide de mis muslos. No era algo que me pasara con frecuencia con desconocidos. Hice acopio de todas mis fuerzas para no revelar ninguna de esas reacciones que me despertaba. Tenía que encontrar una manera de inocularme contra aquellos ojos y su maldita sonrisa descarada.

Al poco rato nos trajeron las copas con nuestras bebidas. El camarero me sirvió a mí primero, esperando a que diera mi beneplácito. Después sirvió la copa de Harry de una botella diferente. Nos preguntó qué íbamos a pedir de cena y ambos le dijimos nuestros platos.

Cuando el camarero se hubo marchado, Harry se acomodó en su asiento y sacó un tema de conversación.

—Bueno, Christina. Háblame un poco de ti. ¿Es tu primera experiencia académica de este tipo?

Exhalé lentamente y decidí relajarme y responder.

—He acudido a congresos antes. Pero esta es la primera vez que vengo acompañando a la profesora McAdams.



—¿Has venido sola con ella? —Asentí—. ¿Y el resto de tus compañeros?

—Llegarán el domingo, directamente para el congreso.

—Entonces, ¿eres la única que asiste a las reuniones?

—Sí. Soy la única alumna de doctorado que Virginia tiene tutorizada. —No pude evitar mostrar mi orgullo en esa frase—. En total somos cinco estudiantes de doctorado en el laboratorio. Hay tres tutores. Todos tienen dos alumnos, menos Virginia.

—¿Y cómo os asignan?

—Elegimos nosotros por orden de nota.

—Déjame adivinar, elegiste la primera, ¿verdad?

—Sí —dije dando un sorbo a mi copa—. Pero de todas formas no hubiera tenido problema para estar con ella. Suele ser la última en ser elegida. El volumen de trabajo es superior que con el resto de investigadores y es muy exigente. Pero yo quería trabajar con ella.

—Eres lista, Christina. Yo también la habría elegido. Es la mejor en su campo.

No pude evitar sonreír.

—Exacto. Y no solo eso. Ella solo tiene un alumno a su cargo. Está claro que eso tiene un montón de desventajas: tratar con ella en solitario, abarcar más trabajo del que muchas veces se puede sacar adelante y afrontar más responsabilidades. Pero yo sabía que si le sacaba partido tendría oportunidades increíbles y muchas papeletas para que fuera mi directora de tesis.

Harry asintió, analizando lo que yo decía.

—Pues parece que vas por el buen camino. Sin duda que, con tu estatus, te dejara hacer ayer la presentación ante una empresa como la nuestra fue un voto de confianza —añadió esto último con un tono algo arrogante que me sentó como una patada en la espinilla.

—Sí. Sí que lo fue —contesté secamente.

Él debió de notar que no me había hecho gracia lo que había insinuado, pero aparté la mirada antes de que pudiera leer nada en ella.

En ese momento, llegó el camarero con nuestros platos y, mientras nos servía en silencio, notaba la mirada escrutadora de Harry clavada en mí.

—No quería ofenderte, Christina —dijo, inclinándose ligeramente hacia delante cuando volvimos a quedarnos solos—. De hecho, me gustaría darte la enhorabuena. Estuviste fantástica, de verdad.

—¿Y por qué te comportaste así? ¿A qué vino todo el rollo de las

preguntas? Pensé que te había parecido una mierda mi trabajo. O que yo te había parecido un desastre.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó enarcando las cejas.

¿Quería?

Miré a sus ojos azules que brillaban reflejando la luz de la vela que tintineaba en el centro de la mesa. Algo me decía que lo mejor era dejarlo estar, que en realidad lo mejor era no saberlo. Pero yo nunca he sido conocida por mi falta de curiosidad ni mi afán por dejar pasar oportunidades de extraer información. Así que asentí y apoyé la cabeza en mis manos, preparándome para escucharlo.

—La verdad es que me sorprendiste. Bueno, eso se queda corto. Me deslumbraste. No esperaba una ponencia tan completa como la que hiciste, con ese dominio de los detalles y del tema que tratabas. Y me picó la curiosidad de saber hasta dónde podías llegar. Sé que me porté como un gilipollas, ya te he pedido disculpas por ello. Todavía intento entender por qué reaccioné así. Pero te aseguro que tu trabajo fue buenísimo. Y tú no me pareces un desastre. Me parece que eres increíble.

Me quedé callada. No sabía qué contestar a eso. ¿Que yo le parecía increíble? Era la segunda vez desde que se había sentado a la mesa que me dejaba sin palabras, y yo siempre tenía algo que decir. Así que no iba a permitirlo. Lancé por la boca lo primero que se me pasó.

—¿Intentas regalarme los oídos por alguna razón en especial? —pregunté, utilizando un tono que nos transportaba al terreno hostil de antes—. Porque eso tampoco va a funcionarte.

—No intento regalarte los oídos, Christina. Te estoy explicando lo que pasó ayer. Por si lo has olvidado, has dicho que querías saberlo. Cuando quiera hacerte un cumplido de verdad, lo sabrás. Y cuando quiera algo concreto de ti, lo sabrás también. Así que guárdate las uñas y relájate un poco, o voy a pensar que te pongo nerviosa.

Me obligué a tomar aire. Él tenía razón. Debía tranquilizarme. No podía dejarle ver que estar cerca de él, por alguna razón, me afectaba.

—Está bien, discúlpame.

—Disculpas aceptadas. —Se pasó la servilleta por los labios—. Y, dime, ¿qué piensa tu novio de que viajes con Virginia asistiendo a reuniones y acabes cenando con un desconocido que te come con la mirada?

Me quedé paralizada y con los ojos abiertos como platos. Joder con Harry.

—¿Ves? Te he dicho que cuando quiera algo, lo sabrás. Ahora mismo

quiero saber si tienes novio. Puedes reservar tu derecho a no contestarme, claro. Pero quería que vieras la diferencia y, de paso, tratar de obtener una información que me interesa bastante.

—¿Siempre eres así con las mujeres? —Alzó las cejas y aclaré—: Directo, prepotente, provocador...

Soltó una carcajada.

—A decir verdad, no. Nunca he sido así.

En otra ocasión no habría creído en esas palabras. Pero, no sé por qué, en ese momento sí lo hice.

—No, no tengo novio —contesté.

—¿Eso significa que tú sí que eres así, no solo conmigo? Ya sabes, hostil, desafiante, dura de roer...

—Lo cierto es que no, no suelo ser así.

—Pues no entiendo por qué no tienes novio.

—Porque no me interesa tenerlo. No entra en mis planes, tengo otras prioridades.

—¿Siempre tienes un plan para todo?

—No es que sea asunto tuyo, pero sí. Suelo tener planes para las cosas importantes. ¿Tú no?

—Por supuesto. Uno no llega donde he llegado yo sin un plan trazado.

Ahí estaba, el megalómano asomando de nuevo.

—Pues ya tenemos tres cosas en común —dijo al cabo de un rato.

—¿Tres?

—La pasión por la ciencia, no debemos fidelidad a nadie y ambos despertamos en el otro reacciones poco habituales.

Cerré los ojos un segundo mientras tragaba un sorbo de vino. Cuando los abrí, volví a centrar mi mirada en él.

—Vamos a ver, Harry. Te voy a hablar claro. No me interesa flirtear contigo. Estoy haciendo un gran esfuerzo por ser todo lo amable que puedo, pero te advierto que mi paciencia tiene un límite.

—¿Por qué no te interesa flirtear conmigo?

—¿Quieres oír la lista entera o solo el resumen?

—¿Hay una lista? —Asentí—. Entonces la cosa promete, significa que también has pensado en ello. —Me guiñó un ojo—. Bien. Oigamos esa lista.

—Veamos... Estoy en un viaje académico que es una gran oportunidad para mí. Es la primera vez que asisto a reuniones con consejos de farmacéuticas, inversores y otras universidades para presentar nuestro estudio. Estamos en un

hotel donde se hospedan los investigadores más importantes del campo al que me dedico, entre ellos mi tutora, que ha depositado una gran confianza en mí, y tú eres miembro del consejo con el que estamos llevando a cabo una negociación para conseguir la financiación de un proyecto que, además de ser de los más importantes que ha propuesto mi departamento en años, está directamente relacionado con mi tema de tesis. Eso sin contar que hice la primera presentación del proyecto ante el consejo ayer mismo. Yo, una estudiante de doctorado que era la primera vez que hacía algo así en su vida. Y aún queda otra reunión a la que asistiremos ambos. Solo cenar contigo es una mala idea, porque alguien podría vernos y pensar mal y a mí me perjudicaría muchísimo. ¿Te parecen suficientes razones para no querer flirtear contigo?

—Joder, nena, sí que te ha dado tiempo a reflexionar sobre el tema.

—No me llames nena.

Mi advertencia flotó entre nosotros unos instantes mientras ambos continuábamos cenando. Pasaron unos segundos hasta que Harry volvió a hablar:

—Bueno, estoy de acuerdo en que casi todo lo que dices es cierto.

—¿Cómo que casi todo?

—Este hotel albergará a la mayoría de los investigadores del campo, pero cuando dé comienzo el congreso. De momento no hay tanta gente. Pero bueno, dejando a un lado eso, hay algo de tu lista que me ha llamado la atención.

—¿Qué he dicho, exactamente, que haya llamado tu atención por encima de las otras cosas?

—No ha sido algo que hayas dicho, sino lo que no has dicho. En ningún momento has mencionado que no tengas interés en mí. Con que solo hubieras dado ese argumento, podrías haberte ahorrado citar el resto de puntos de tu lista. En cambio, has hecho un análisis exhaustivo de razones que no tienen nada que ver con lo personal para justificar por qué esto que hay entre nosotros podría ser una mala idea. No sé si para disuadirme a mí o a ti misma.

Me cago en la puta. Tenía razón.

—Así que ahora te va a costar bastante convencerme de que, en el fondo, no estás tan en contra de que tú y yo... nos conozcamos.

Cuadré mis hombros, irguiéndome en mi asiento para darle una respuesta después de mi metedura de pata.

—Da igual cuáles sean las razones. La cuestión es que no voy a acostarme contigo, Harry. Métetelo en la cabeza.

—Y de nuevo te delatas —Sonrió—. ¿Quién está hablando aquí de que vayamos a acostarnos? Has sido tú la que ha sacado ese tema, que quede claro para conversaciones futuras.

—Se acabó, no voy a tolerar más tonterías —dije de pronto, decidida a terminar con aquella situación surrealista de una vez.

Cogí mi bolso y saqué un billete de cincuenta dólares de mi monedero, que dejé al lado de mi plato.

—¿Qué estás haciendo, Christina?

—Estoy pagando mi parte de la cena. Me vuelvo a mi habitación.

—Venga, no te vayas. Estaba bromeando. No es cosa tuya solo. Yo también quiero acostarme contigo.

Por Dios. ¿Es que no se enteraba de nada?

—Razón de más para que me vaya de aquí. Nos veremos en la reunión de mañana, doctor Watzlawick. Espero que allí tenga a bien comportarse como el profesional que se supone que es.

Lógicamente, él no me siguió. Habría sido absurdo que lo hiciera y, además, habríamos complicado la situación. Pero algo me decía que aquello no había acabado. Tarde o temprano volveríamos a encontrarnos cara a cara.

Ocurrió al día siguiente, cuando fuimos los primeros en llegar a la sala del hotel donde tendría lugar la reunión entre Wilkens y nosotras. Como la otra vez, él ya estaba allí cuando llegué, jugueteando también en esa ocasión con el móvil.

Despegó los ojos de la pantalla cuando me vio llegar y esa mirada suya se clavó en la mía al instante.

—Buenas tardes —dije.

—Buenas tardes, Christina. —Eché un vistazo a su alrededor, como si quisiera cerciorarse de que no había nadie, y cubrió con lentitud los pocos pasos que nos separaban hasta quedarse a una distancia prudencial. Carraspeó un poco sin dejar de observarme y vi cómo su expresión se relajaba—. Quería pedirte disculpas por mi comportamiento de ayer. Ya he captado la idea, no volverá a ocurrir. No me gustaría que te sintieras incómoda conmigo, al fin y al cabo vamos a seguir coincidiendo durante unos días. No tienes que preocuparte por nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije en medio de un suspiro. No había esperado ese cambio de actitud tan drástico de la noche a la mañana, pero me valía.

—¿Tregua?

—Tregua.

Tuvimos que aguantar el peso de estar los dos solos pocos minutos más, puesto que enseguida empezaron a llegar los demás. El resto de la junta de Wilkens y Virginia, que venía con la llave para permitirnos entrar a la sala.

La reunión fue bastante bien. Virginia llevó el peso de la conversación, pero me dejó intervenir en determinados puntos que supe defender sin problema. Al principio me sentí algo tensa por la presencia de Harry, pero tardé poco en hacer frente a ese sentimiento. Él se comportó de manera profesional. Ni rastro quedaba del megalómano que me había acosado a preguntas dos días atrás ni del hombre que me había echado los trastos el día anterior. Solo fue Harry Watzlawick, miembro de la junta directiva de la farmacéutica Wilkens, aunque ni siquiera ese título impidió que sus ojos permanecieran clavados en mí durante las dos horas que estuvimos allí.

Tal y como me había dicho Virginia, por la noche cenamos con ellos. Bueno, en realidad solo con Harry y la doctora Simons, porque los otros dos directivos habían volado hacia Boston después de la reunión.

La cena fue cómoda y distendida; el hecho de que Virginia y Amanda Simons se conocieran de antes fue de gran ayuda a la hora de crear un ambiente amigable.

Más tarde, fuimos al bar *lounge* que había en el hotel. Nos tomamos una copa los cuatro y continuamos con la conversación que nos traíamos entre manos.

Cerca de las once, tanto Harry como yo pedimos otra ronda. Pero ni Virginia ni Amanda parecían muy interesadas en quedarse más rato. Antes de que nos trajeran nuestras consumiciones, ambas mujeres se disculparon y decidieron salir de allí, dejándonos a Harry y a mí solos. Enseguida noté que el aire se espesaba entre los dos.

—Anularé el pedido, si quieres —dijo él, cuando vio que me tensaba.

—Puedes... Puedes quedarte, Harry. No pasa nada.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura.

—Sabes que si me quedo hablaré, ¿no? No voy a quedarme callado bebiendo.

—Cuento con ello, sí.

—Bien.

El silencio nos sobrevino durante unos minutos incómodos. Muy incómodos. Tanto que me obligué a ser yo la que rompiera el hielo.

—¿Qué te ha parecido la reunión?

—Sabes que no puedo hablar de eso —contestó—. Al menos no hasta que nos hayamos reunido todo el consejo.

—Sí, lo sé. No pretendía... No me refería... Da igual. Dejémoslo.

—Si lo que te interesa es conocer qué pensé de tu intervención en concreto, puedo hacer una excepción y hablarte en clave.

—No, no. Déjalo. No quiero aprovecharme de esto, solo buscaba un tema de conversación... neutral.

—No debemos preocuparnos por eso, a los dos nos interesan cosas parecidas. Encontrar un tema no va a resultarnos difícil.

Me relajé un poco. En realidad era cierto.

—¿De qué es tu ponencia del lunes? —pregunté.

—El lunes hablaré de los psicofármacos de tercera generación y la mesa en la que participo el martes de neurotransmisores implicados en la agresión. Espero que participes activamente en el turno de preguntas.

Sonreí con diversión.

—Cuenta con ello.

Empezamos a hablar de aquello que nos apasionaba a ambos: ciencia, investigación, avances. Harry quería saberlo todo acerca de a qué me dedicaba en el laboratorio, aquello en lo que trabajaba en la actualidad, en lo que había participado en el pasado y a lo que aspiraba en el futuro. Yo le iba contestando, sorprendida de lo fácil que me resultaba hablar de mi vida y milagros académicos con alguien de fuera de mi círculo, que además resultaba ser un importante doctor de referencia en el campo.

Charlamos animadamente durante lo que debieron de ser horas, compartiendo anécdotas, conocimientos y curiosidades. Como si fuésemos viejos conocidos con intereses en común y quisiéramos ponernos al día después de mucho tiempo sin vernos.

No hubo comentarios extraños ni malintencionados. Fue todo natural; una conversación sobre ciencia con alguien que había alcanzado cosas que yo soñaba conseguir en un futuro. Para mi total sorpresa, Harry me hizo sentir cómoda con él. Le hablaba con franqueza, y me dio unos consejos que me ayudaron más de lo que él podía saber.

Cuando me sentí con más confianza, le pregunté sobre él directamente: sobre sus años de universidad y los del doctorado. Me intrigaba muchísimo por qué alguien con su inquietud e inteligencia había acabado a una edad tan temprana trabajando para una farmacéutica en lugar de seguir investigando.

Cuando llevábamos un buen rato hablando, se lo pregunté directamente.

—Perdona si es una pregunta demasiado personal —dije, algo avergonzada por estar tomándome demasiadas confianzas.

—Es personal, sí, pero tú puedes preguntarme lo que quieras. —Nos sonreímos—. Fue por comodidad, supongo. Es algo con lo que muchos investigadores sueñan para el futuro, ¿no? Poder encontrar un trabajo estable sin tantos quebraderos de cabeza y que asegure un buen sueldo.

—Sí, pero eso es para cuando pasas de los cincuenta y llevas toda la vida dejándote el cuello en investigaciones. Pero tú tienes treinta y un años. Tienes mucho talento y medios para abrirte otros caminos. Me parece raro.

Sonrió con tristeza, y yo me sentí una idiota. Me estaba pasando. No era nadie para decirle todo aquello, no sabía nada de cómo había sido su vida.

—Lo siento, no pretendo juzgarte.

Negué con la cabeza y dejé la copa en la mesita del centro.

—No te disculpes, Christina. Sé lo que estás pensando. No hace mucho yo también pensaba así. —Me miró a los ojos con cierto aire tierno que hizo que se me secara la boca—. A veces, la vida pone ante ti dos opciones que resultan atractivas por distintas razones, y toca elegir. Los de Wilkens aparecieron en mi camino en un momento concreto, ofreciéndome algo que me haría la vida más fácil: dinero, estabilidad, un horario más o menos fijo y libertad para supervisar proyectos que me gustaran. Si hubieran aparecido un mes antes igual los habría rechazado, pero aparecieron en un momento en el que aceptarlos era la mejor opción para mí.

La atmósfera que nos rodeaba se volvió mucho más densa después de su revelación. Estoy segura de que él también lo notó. Estuvimos callados unos segundos y, cuando me quise dar cuenta, Harry se había inclinado hacia delante y me observaba con los codos apoyados en las rodillas. Apenas unos centímetros separaban su cara de la mía. De repente parecía que el bar estaba vacío, sin ruido ambiente. Solo la música flotando a nuestro alrededor. Mi pulso se aceleró cuando las luces del bar disminuyeron en intensidad, como si estuviera preparado, otorgando al salón un aire mucho más íntimo. Harry seguía mirándome, sin decir nada. Y yo lo miraba a él medio hipnotizada. Estaba tan guapo que quise gritar. Su pelo negro me invitaba a pasar la mano para conocer su tacto, su barba de tres días resaltaba aquella boca hecha para pecar y sus maravillosos ojos brillaban con tanta fuerza que a punto estuve de quedarme ciega. Tragué saliva. Necesitaba sentirlo más cerca. Busqué desesperadamente dentro de mi cabeza todas las razones por las que besarlo



no era una buena opción, pero no pude recordar ninguna. No obstante, yo sabía que existían, así que traté de distender el ambiente haciendo uso de toda esa capacidad de autocontrol de la que tanto presumía.

Cogí mi copa de la mesa de nuevo y di otro trago, rompiendo así el contacto visual. Moví la pajita dentro del vaso con fingida despreocupación, haciendo chocar el hielo contra el cristal.

Harry entendió el mensaje y se echó para atrás en su asiento. Me pareció ligeramente decepcionado, pero no dijo nada. Compuso una pequeña sonrisa que no se reflejó en sus ojos, y me preguntó qué más teníamos planeado para el fin de semana, tratando de sonar normal. Como si no hubiéramos estado peligrosamente cerca de rebasar la línea.

—Ya hemos terminado con las reuniones —comenté yo—. Lo que nos queda es ver algunas cosas entre nosotras, pero ya no tenemos compromisos. ¿Y tú?

—Lo mismo. Mañana he quedado para cenar con unos compañeros que estarán por aquí, en plan informal, y el resto del tiempo me dedicaré a repasar mis charlas.

Permanecemos un rato más hablando, pero no llegamos a recobrar la normalidad del todo. Aquel momento íntimo que habíamos compartido nos había turbado a los dos. Era imposible negar que nos sentíamos atraídos el uno por el otro. La tensión sexual que había crecido entre nosotros podía cortarse con tijeras. Pero no convenía avanzar por ahí, debíamos esforzarnos por andar por aquel camino de cordialidad que habíamos pavimentado esa noche. Si es que volvíamos a coincidir, claro. Al día siguiente él tenía una cena, y el domingo llegarían mis compañeros y volver a verme a solas con él iba a ser complicado. Lo mejor era terminarlo todo en ese momento.

Miré mi reloj de muñeca y vi que era más de la una de la madrugada.

—Creo que voy a subir ya a mi habitación —dije, abriendo mi bolso.

—Christina... —dijo Harry de pronto, y el tono que empleó me pareció una súplica. Sin más, posó una mano sobre mi rodilla, cubierta solo por la media.

Levanté la cara para mirarlo a los ojos, que me escudriñaban sin piedad. Mi corazón empezó a bombear con fuerza cuando el dedo de Harry acarició lentamente mi rodilla. Toda la carne se me puso de gallina. Eso era lo más cerca que había estado de sentir su piel. Tuve que cerrar los ojos un segundo para poder seguir mirándolo de frente, porque de pronto me invadían más sensaciones de las que podía asimilar.

—¿Sí? —logré articular, medio en trance, abriendo lentamente los ojos.

La boca de Harry se curvó en una sonrisa. Pero no triunfante ni descarada como hubiera cabido esperar. Parecía que estaba incómodo, caminando por un terreno que no era el suyo. Pestañeó varias veces y retiró su mano, juntándola de nuevo con la otra en su regazo.

—No hace falta que pagues. Invito yo.

Adoptó una actitud seria y distante que me descolocó. Y para qué negarlo, me decepcionó. Creo que parte de mí soñaba con que hiciera alguno de sus comentarios poco apropiados sobre que mi lista de razones para no flirtear era una puta mierda y que lo más sensato era que me acompañara a mi habitación para que follásemos como animales, o algo así.

Suspiré. Definitivamente estaba perdiendo la cabeza.

No fui capaz de ocultar que estaba afectada, y me cabreeé conmigo misma por mandarle mensajes contradictorios. Yo, ante todo, era una persona coherente, ¿no? No podía actuar como una loca que no sabía lo que quería. Por su bien y por el mío propio. Así que me obligué a sonreír y le di las gracias por la copa y por la charla.

—Buenas noches, Harry. Ya nos veremos.

Salí de allí a toda prisa, sin dejarle contestar. Imaginé que me seguía con la mirada mientras atravesaba la puerta de cristal y me perdía por el vestíbulo.

Era la tercera vez que lo dejaba plantado, huyendo de él, buscando el ascensor como quien busca un oasis en el desierto.

## ¿Acercamiento?

Al día siguiente no lo vi. Pasé todo el día en la suite de Virginia trabajando; haciendo arreglos aquí y allá y repartiéndonos la asistencia a las actividades del congreso.

Por la noche bajamos a cenar al restaurante del hotel. Aunque sabía que no estaba porque tenía aquella cena de la que me había hablado, no pude evitar buscar a Harry por todas partes.

Estuve alerta durante todo el rato que estuvimos allí. Cada vez que se abría la puerta daba un salto en mi asiento, por si acaso se habían cancelado sus planes y era él, que entraba en el restaurante con la esperanza de encontrarse conmigo. Pero no tuve esa suerte.

—¿Qué pasa, Christina? Estás muy rara esta noche —preguntó Virginia la quinta vez que levanté la cabeza tras oír la puerta.

—No me pasa nada.

—¿Esperas a alguien?

«Peligro. Peligro».

Esa mujer tenía un sexto sentido para captar... lo que fuera. Daba igual el qué, lo percibía todo.

—¿Qué? —pregunté alarmada—. Oh, no, no. Es que empieza a llegar gente importante para el congreso y estoy atenta por si reconozco a alguien.

Era una excusa tan estúpida que aún no sé cómo se dio por satisfecha y dejó de preguntar.

Cuando subimos al ascensor, ella se detuvo en la primera planta, y yo, que debía seguir hasta la cuarta, volví a bajar.

No sé por qué demonios lo hice. Bueno, sí, me fui directa al bar por si Harry volvía. Estaba completamente chalada. Estuve una hora de reloj allí sentada, bebiendo un cóctel y jugueteando con mi móvil. Intercambié algunos mensajes con mis amigos que estaban tomándose algo en Brooklyn. Cuando me preguntaron que qué hacía yo, maquillé un poco la situación. No podía confesar que estaba montando guardia esperando a un guapísimo doctor con la esperanza de que me convenciera para que tuviéramos un rollo salvaje durante los días del congreso. Posiblemente, se plantarían aquí para llevarme a que algún psicólogo evaluara mi salud mental, porque en esa historia había varios elementos totalmente impropios de mí.

Cuando dieron las once de la noche y el hielo de mi copa estaba derretido, decidí que era hora de marcharme arriba. Empezaba a sentirme idiota allí sentada por varias razones: primero, daba pena llevar una hora allí sola jugando con el móvil y bebiendo a mini sorbos un cóctel que ni siquiera me gustaba; segundo, ya había notado que varios hombres con edad para ser mi padre me miraban más de la cuenta; y tercero, si Harry aparecía en ese momento iba a resultarme muy difícil explicar qué narices hacía allí plantada como una tonta a esa hora. Así que me acerqué a la barra, pedí al camarero que apuntara la consumición a la cuenta de mi habitación porque no llevaba el bolso, y salí con la cabeza bien alta hacia el ascensor.

El domingo por la tarde por fin llegaron mis compañeros. Se notaba que el congreso empezaba al día siguiente, porque el hotel estaba lleno y había mucha más gente por los alrededores.

Por la noche salimos todos juntos a un restaurante cercano en el que habíamos reservado días atrás.

Después de cenar, volvimos al hotel y Jensen insistió en que nos quedáramos a tomar la última en el bar. Yo no quería quedarme. Estaba cansada. Y me aterraba tanto que estuviera Harry allí como que no estuviera. Pero como no quería justificar que quisiera irme, entré con ellos.

El camarero de detrás de la barra me saludó. Claro, llevaba ya varios días dejándome ver por allí. Sonrió amablemente al ver que esa noche iba acompañada por un grupo de gente, y no en plan lobo solitario como la noche anterior. Nos dio una mesa enseguida, redonda y amplia. Mis compañeros hicieron un comentario sobre lo bien relacionada que estaba y nos sentamos a pedir nuestras bebidas.

El camarero tomó la orden y, antes de alejarse, me guiñó un ojo haciéndome una señal con la cabeza para que mirara al otro extremo de la sala. Y es que allí, en el rincón más oscuro del bar, dos ojos azules como los zafiros me miraban con atención. Mi pulso se disparó, golpeando en mi garganta con tanta fuerza que casi me dolía. Por Dios, qué guapo estaba esa noche. Con un polo rojo que destacaba deliciosamente su piel morena y su boca dibujando su sonrisa descarada. Sentí un latigazo en el estómago. No lo saludé. Estaba rodeada de compañeros y hacerlo hubiera levantado sus sospechas. Pero le sonreí, para que supiera que lo tenía fichado.

Por la prolongada mirada que me dedicó, supe que iba a quedarse allí hasta que yo terminara.

Juro que fue la hora más larga de mi vida. No paraban de hablar. Me bebí mi copa todo lo rápido que pude, pero las suyas parecían no tener fin. De vez en cuando miraba hacia Harry, que no nos quitaba ojo. No parecía impaciente, todo lo contrario. Se lo veía tranquilo, sin prisa. Como si no quisiera estar en ninguna otra parte.

Cuando por fin decidieron que era hora de levantar el campamento y pagamos nuestras copas, Lily se enganchó de mi brazo, tirando de mí hacia la salida. Me sabía mal pegarle un corte, al fin y al cabo éramos amigos. Miré a Harry con cara de disculpa, que de repente ya no estaba tan tranquilo. Hasta el camarero me miró extrañado de que me fuese sin más. Ay, madre. ¿Qué podía hacer? Cuando llegamos al ascensor, se me encendió la bombilla:

—Se me ha debido de caer la llave de la habitación —mentí—. No está en mi bolsillo.

Les dije que subieran sin mí, que ahora iba yo, y caminé a toda prisa hasta el bar de nuevo.

Harry seguía allí, con la mirada fija en su copa, y no se percató de mi presencia hasta que me senté a su lado.

—¿Qué estás tomando?

Levantó la mirada sorprendido y compuso la sonrisa más bonita y sincera que le había visto hasta entonces.

—No tengo ni idea de cómo se llama. Pero podemos preguntarle al camarero, que te mira con mucho interés.

Miré en dirección a la barra, donde el camarero nos saludaba con una sonrisa. Solté una carcajada.

—Creo que, en todo caso, a quien mira es a ti —bromeé.

Frunció el ceño y sonrió al entender.

—¿De qué va eso? —preguntó.

—Creo que no ha podido evitar fijarse en... —Hice un gesto, señalándolo a él y a mí.

Él asintió, sonriendo satisfecho. Nos miramos a la cara durante varios segundos, hasta que rompió el hielo.

—¿Dónde habéis cenado?

—En un restaurante, no muy lejos de aquí. Menos mal que hicimos la reserva la semana pasada, estaba lleno.

—Claro, ahora la zona estará más concurrida por la gente que viene al congreso.

Asentí. Me preguntó que si quería tomar algo, pero le dije que no. Ya había

bebido bastante y quería estar lúcida.

—¿Has repasado ya todo para la ponencia de mañana? —pregunté.

—Sí, es un tema en el que llevo trabajando un tiempo, así que lo tengo más o menos claro —dijo, dando vueltas a su reloj de muñeca—. Por suerte hablo de los primeros, así podré disfrutar del resto del día.

Hablamos del congreso. De las ponencias que queríamos ver, de cuáles pintaban interesantes y cuáles no tanto. De los investigadores que venían. De otros congresos a los que habíamos asistido. Me habló de su experiencia como comunicador, que era bastante amplia. Comenzó desde muy joven, apuntándose a todo lo que podía para adquirir tablas. Como estudiante de doctorado empezó a dar charlas en sitios más importantes y más enfocadas a lo que estudiaba. Y más adelante presentaba sus trabajos. En aquel momento, su agenda estaba marcada por las necesidades de la farmacéutica, pero siempre trataba de escoger temas que le interesaran.

Me fascinaba todo lo que había conseguido a su corta edad. Tenía un currículum impresionante, un montón de artículos publicados y de proyectos. Cuando me preguntó por mi experiencia en congresos, casi me dio la risa. A su lado parecía que seguía en el instituto, pero estaba muy orgullosa de los logros que iba consiguiendo y del camino que seguía, así que le hablé con entusiasmo de mis pinitos como oradora.

—Casi todas las veces que he hablado en público ha sido en la universidad. Trabajos y esas cosas. También he acompañado a congresos a Virginia y normalmente suele dejarme presentar alguna parte, pero ha sido en congresos de estudiantes o a nivel estatal. Nada como esto.

Harry asentía.

—Llevas muy buena trayectoria, Christina. Estás empezando y ya tienes un montón de cosas que añadir en tus referencias. Te desenvuelves muy bien. Te sabes explicar y comunicas, eso no todo el mundo sabe hacerlo, ¿sabes? A mí me costó, tuve que apuntarme a un curso de oratoria cuando aún estaba en la facultad. Tú lo llevas dentro. Y tienes herramientas, capacidad de reacción.

—¿Capacidad de reacción?

—Sí, cuando te plantean preguntas. Te sabes defender y salir airosa de esas situaciones. Además eres muy atractiva, y eso siempre engancha. Te he visto en dos situaciones que no son tu terreno, con gente desconocida y vendiendo tu trabajo fuera del ámbito académico. Y se te da muy bien. Cautivas al público —se calló, hizo una pausa y después añadió—: Y me cautivas a mí.

Y... ahí estaba de nuevo. Ese cambio de atmósfera. Esas chispas que

saltaban cuando nos mirábamos a los ojos. De nuevo era como si estuviéramos solos en el restaurante, o en el mundo. Yo qué sé. Lo único en lo que podía pensar era que a ese paso iba a costarme mucho echar mano de mi autocontrol para llevar la situación.

Todo se volvió aún más evidente cuando compuso una sonrisa misteriosa y preguntó:

—¿Salimos a dar una vuelta?

—¿Perdona? —Parpadeé, confusa.

—Hace buena noche, y me apetece que me dé el aire. —Se levantó de la mesa sin más dilación, sacó unos billetes de su cartera y, tras dejarlos al lado de su copa vacía, me tendió la mano—. ¿Me acompaña, señorita Sanders?

Miré la mano, recelosa. ¿Qué pretendía? ¿Que fuésemos a ver las estrellas? Tardé unos segundos en decidirme, mientras él me miraba con evidente diversión en la cara. Al final la acepté, me ayudó a levantarme y juntos salimos del bar. Una vez en el vestíbulo, nos dirigimos a la puerta que conectaba con el patio interior, hacia donde daba mi habitación.

La zona se constituía de un jardín bastante extenso con bancos y una pista de tenis al final del todo que yo no había alcanzado a ver desde mi ventana. Caminamos en silencio cogidos de la mano, y de repente sentí que volvía a tener catorce años, cuando el primer chico que me besó en el baile de primavera me condujo hacia las gradas en mitad de la noche. Pero a esa emoción de estar haciendo algo excitante y prohibido, había que sumarle el magnetismo que me empujaba a Harry. Un hombre que la primera vez que lo vi me había parecido un Dios, pero al que habría estrangulado unos minutos más tarde por ser un capullo. Quien después me había estado buscando, provocando con sus comentarios poco acertados que hacían palpar cada parte de mi anatomía. El mismo que más tarde se había mostrado distante pero correcto, sin poder esconder que hay química entre nosotros. El dueño de la imagen que no había conseguido extraer de mi cerebro en las últimas setenta y dos horas.

La verdad era que a pesar del millón de razones por las que no debía andar en medio de la noche con él, Harry me hacía sentir como una niña emocionada y una mujer deseosa de clavarle las garras al mismo tiempo.

—¿Vas a decirme que hacemos aquí, casi a oscuras, cogidos de la mano?

Harry sonrió enigmáticamente.

—Trato de impedir que vuelvas a salir corriendo y me dejes plantado. Si te vas de aquí, por lo menos nadie verá la cara de tonto que se me queda

viéndote marchar.

Me detuve para mirarlo a la cara. Sus ojos brillaban más que nunca, con la luz de las farolas y de la luna reflejándose en ellos. Sabía que si él intentaba algo en ese momento no iba a poder negarme. Me gustaba demasiado y él parecía empeñado en ponérmelo difícil.

Mi respiración se aceleró cuando se acercó más a mí, obligándome a apoyarme contra la pared de piedra que quedaba a mi espalda.

—¿Te pongo nerviosa? —preguntó, invadiendo mi espacio personal casi por completo.

Reprimí una sonrisa. Qué prepotente era cuando quería. Daba igual que en esa ocasión estuviera en lo cierto; yo no pensaba darle el gusto de decirle que sí, que el simple hecho de oírlo respirar me alteraba sobremanera. Así que saqué a la superficie a aquella Christina a la que tan bien se le daba responder a las provocaciones del doctor Watzlawick.

—Quizá te sorprenda, pero no es la primera vez que alguien invade mi espacio personal en la oscuridad —dije, tratando de ignorar los latidos de mi corazón que retumbaban salvajemente en mis oídos.

—¿Ah, no? —contestó él, juguetón—. Y, dime, Christina, ¿es la primera vez que te huelen en la oscuridad?

Apoyó su mano izquierda en la pared, a la altura de mi cabeza, y con la otra apartó mi pelo a un lado. Se inclinó sobre mí y pegó su nariz debajo de mi oreja. La paseó lentamente por el arco de mi cuello, provocando a su paso que la piel se me pusiera de gallina. Lo notaba inhalar mi aroma y sentía el aire que salía de él acariciándome la piel. Cuando llegó al final me mordió suavemente, causando que un escalofrío erizara todo el vello de mi cuerpo y endureciera mis pezones.

—Claro que no —balbuceé cuando conseguí que mi cerebro diera la orden para dejar escapar las palabras.

—¿Y que te tocan?

Con los labios aún pegados a mi cuello, Harry posó sus manos en mis caderas. Pasó las palmas, acariciándome por encima del pantalón y, acto seguido, fue subiendo, dibujando mi contorno con sus manos. Ejerciendo la presión exacta para que pudiera sentirlo a través de la tela. Se apretó más a mi cuerpo, y pude sentir en mi vientre que él también estaba muy excitado. Su erección palpitaba dentro de sus pantalones, invitándome a descubrirla.

Harry siguió tocándome, acariciando mi estómago, mi cintura y mis caderas de nuevo. Jugando con la cinturilla de mis pantalones mientras seguía



besándome el cuello. No solo eran besos, también eran pequeños mordiscos y caricias ejecutadas con su lengua. Estaba tan sumamente excitada que empezaba a costarme pensar con claridad. Notaba mi vientre retorcerse de deseo y la humedad formándose entre mis piernas. Levanté las manos, que colgaban sin vida de mi cuerpo, y las llevé hasta su espalda. Todos sus músculos estaban contraídos, marcándose perfectamente debajo de su polo. Le clavé las uñas y lo acerqué más a mí, hasta el punto de que su erección se me clavase, haciéndome daño.

—No, no es la primera.

Noté como sonreía contra mi cuello.

—¿Y que te excitan?

Harry se separó de mí para mirarme a los ojos. Su mano se aventuró a colarse por mis pantalones con delicadeza. Cuando descubrió el tejido de encaje de mi ropa interior, su mirada se oscureció peligrosamente.

Me acarició con dedicación, intuyendo la suavidad de mi piel con sus dedos, acercándose cada vez más al centro de mi sexo. Yo me iba sintiendo más y más salvaje, iba a explotar por dentro si no hacía algo para aliviarme rápido. Cuando dos de sus dedos descendieron hasta aquel punto en el que se había acumulado toda mi sangre, se me escapó un gemido. Harry clavó sus ojos en los míos y volvió a hablar, con la voz ronca por el deseo.

—¿Es la primera vez que alguien...?

—Dios, cállate ya, Harry.

No podía soportarlo más tiempo. Le lancé los brazos al cuello, lo acerqué a mí cuanto pude y lo besé en la boca. Tardó una milésima de segundo en devolverme el beso. Nos besamos casi con violencia, con las bocas todo lo abiertas que nos era posible y nuestras lenguas enrollándose la una con la otra sin piedad. Llevó sus manos a mi culo, apretándolo y manoseándolo a su antojo. Yo enrosqué una pierna alrededor de su cuerpo, con el único objetivo de sentirlo lo más cerca que pudiera.

Nos besamos con locura, comiéndonos la boca como si se fuera a acabar el mundo de un minuto a otro.

Yo estaba completamente fuera de mí, sin oponer resistencia a sus manos que apretaban mis nalgas sin ningún tipo de delicadeza.

—Me vuelves loco, joder —dijo jadeante, chupando, mordiéndome el cuello—. Desde que te conocí no puedo pensar en otra cosa que en hacerte de todo.

Cuando dijo aquello perdí la razón. Adiós a la voz de mi conciencia. No sé

si era el calentón lo que le hacía hablar así, pero tampoco le di demasiadas vueltas. Lo deseaba demasiado. Metí mi mano como pude entre nosotros y la dirigí hacia su erección. La apreté con fuerza por encima de la tela de sus pantalones, y lo escuché lanzar un gruñido que me excitó más todavía.

De pronto, entre toda aquella niebla sexual que nos envolvía, un ruido nos alertó de que había alguien cerca. Ambos nos quedamos paralizados, hasta que reaccionamos y sacamos nuestras manos de donde estaban (es decir, en partes del otro que no debían ser tocadas en público). Se me heló la sangre y el corazón se me subió a la garganta.

Escuchamos pasos que salían y entraban del hotel. Ruidos de escobas barriendo hojas. Las ruedas de un carro sobre el suelo de piedra. Alguien silbando una canción que sonaba mucho en la radio.

Todos esos sonidos me devolvieron de golpe a la realidad. ¿Qué cojones estaba haciendo? ¡Podría haber sido cualquiera! Si alguien conocido nos veía en esa situación la cosa pintaría muy fea para mí. El pánico se instaló en mi pecho y me obligó a salir de allí. Me pasé la mano por el pelo, me ajusté los pantalones y eché a andar, rezando en silencio por que no hubiera nadie en ese momento en el *hall*.

Escuché a Harry murmurar «mierda», y enseguida noté sus pasos detrás de mí.

—Christina, espera.

Pero no me detuve. Me sentía muy avergonzada por haber dejado que las cosas llegaran demasiado lejos. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué más daba lo mucho que me gustara? La verdad era que estaríamos en la misma ciudad cuatro días más y ahí acabaría todo. No valía la pena exponerme así por echar cuatro polvos con él, por muy buenos que prometiesen ser. Toqué el botón del ascensor, pero como no llegaba y él estaba cada vez más cerca, me dirigí a las escaleras.

—Christina, joder, para un momento. —Lo escuché decir cuando ya llevaba un tramo de escalones.

Suspiré ruidosamente y me detuve. ¿Es que tenía quince años? No podía huir de él. Esto no era el patio del colegio, y yo se suponía que era una mujer adulta y madura. No una chiquilla que sale corriendo a la mínima de cambio.

—Creía que había quedado claro que no me gusta que huyas de mí —dijo cuando llegó a mi lado, en el primer descansillo.

—Lo sé, lo siento. Me ha entrado el pánico —dije, volviéndome hacia él.

Se apoyó en la barandilla y me miró a la cara. Tenía los ojos más

cristalinos que nunca y los labios hinchados por los besos que nos habíamos dado. Nunca me había parecido tan deseable como en ese momento, y eso me ponía las cosas aún más difíciles.

—Ya lo veo. Pero puedes estar tranquila, no nos ha visto nadie.

—Lo sé, pero podría haber pasado. —La irritación que sentía se notaba sin lugar a dudas en mi voz—. Voy a ir a acostarme. Es tarde. Mañana es un día largo.

—¿A acostarte? ¿Sola?

—Claro que sola. Lo que ha pasado abajo ha sido un recordatorio de por qué esto es una mala idea.

Me miró confuso, sin entender. Sin dar crédito a que pensara dejarlo plantado después del acercamiento de unos minutos antes.

—¡Podría haber sido cualquiera, Harry! —elevé la voz un poco—. Alguno de mis compañeros, Amanda o Virginia. Esto... no puede ser. Si alguien se entera los dos tendremos problemas, pero la que saldrá peor parada seré yo, que no soy nadie aún.

Su rostro parecía desencajado, como si no tuviera la más mínima idea de cómo proceder.

—Me gustas mucho, Harry, de verdad que sí. Pero no puedo arriesgarlo todo por esto. No es el momento, ni el lugar. Lo siento. Por favor, dejémoslo aquí.

No me moví del sitio, quería esperar a que él dijera algo primero antes de irme de allí. Pero no lo hizo. Después de pasar un rato procesando mis palabras, asintió con la cabeza y se dio media vuelta, descendiendo hacia el vestíbulo. Una parte de mí quiso seguirlo escaleras abajo, aunque fuese para no acabar mal, por mucho que nada fuese a cambiar entre nosotros. Finalmente no lo hice. Tenía que ser consecuente con mis actos y no confundirlo más de lo que ya había hecho. Subí los pisos que quedaban hasta la cuarta planta andando, arrastrando mis pies, el calentón y la sensación de estar cometiendo un error garrafal, a pesar de que mi parte racional me susurrara que estaba haciendo lo correcto.

## ¿Tú, yo y una habitación de hotel?

Al día siguiente comenzó el congreso. Bioquímica y avances neurocientíficos. Un tema bastante amplio que había atraído a investigadores de todo el país. Lo había estado esperando ansiosa durante meses, y ahora que estaba a punto de dar comienzo, en mi mente solo había cabida para uno de los ponentes: el doctor Harry Watzlawick, autor del calentón que aún llevaba encima, dueño de los besos furtivos más salvajes que me habían dado en la vida y protagonista de mis sueños húmedos de aquella noche.

No había dormido apenas pensando en él, pero había hecho un trato conmigo misma para expulsarlo de mi mente cuanto antes. Tenía que poner mis cinco sentidos en el congreso. Lo nuestro era imposible. Liarme con alguien que estuviera mínimamente relacionado con mi vida académica y laboral estaba prohibido; era mi norma más sagrada. Encima, él tenía una posición de poder respecto a mí con todo el tema de la financiación de Wilkens y nuestro estudio. Eso lo hacía aún más imposible. Debía ser fuerte y olvidarme del hombre al que había empezado a conocer y centrarme únicamente en su estatus académico.

Para mi desgracia, fue uno de los primeros en hablar tras la apertura del congreso, así que tuve la oportunidad de seguir fantaseando con él desde la distancia.

Estaba muy guapo aquel día. Mucho. Demasiado. El traje hecho a su medida, sus ojos barriendo a los presentes y su voz profunda llenando el auditorio a través del micrófono.

Expuso su trabajo con claridad y eficiencia. Su discurso era ordenado, desarrollado y magnético. Maldito Harry. Qué bien hablaba y cómo me gustó su ponencia. Estuve absorbida durante toda la charla, admirando su manera de trabajar y los resultados obtenidos. Estaba a otro nivel de la gente con la que normalmente me codeaba. Aparte de guapo, sofisticado y provocador, era inteligente. Sería el jodido hombre perfecto de no ser porque no era para mí. Ni nunca lo sería.

Cuando terminó, falté a mi palabra y no participé en el turno de preguntas. Me sentía demasiado turbada después de su exposición. Temía que la fascinación que me despertaba fuera evidente para cada maldita persona que llenaba aquel espacio si me dirigía a él directamente.

El resto del día tuve que hacer un gran esfuerzo para atender a los diferentes participantes, pero lo acabé consiguiendo. La neurociencia era mi vida. Y aquel congreso reunía a grandes expertos a los que debía aprovechar la ocasión de escuchar. Así que puse toda mi atención en ellos y traté de olvidar que en primera fila, junto al resto de ponentes, se encontraba él.

El día pasó a toda velocidad, entre exposiciones, carteles, comunicaciones cortas y mesas redondas. Me junté con mis compañeros y solo vi a Harry a lo lejos. Él siempre estaba rodeado de gente, lo cual no era de extrañar, puesto que era alguien bastante importante en ese círculo. Todo el mundo quería hablar con él, estrecharle la mano o simplemente felicitarlo por su trabajo.

En el descanso de la tanda de ponencias de la tarde, dispusieron un pequeño piscolabis para los asistentes al congreso. Había unas cuantas mesas con café, bollería y botellas de agua mineral colocadas sobre unos elegantes manteles rojos.

Aproveché para hacer *networking*, un aspecto de nuestro trabajo en el que Virginia siempre incidía. Debíamos establecer buenas relaciones con compañeros de otras universidades, porque nunca sabíamos cuándo podían sernos de ayuda.

Estuve hablando un rato con Ron, de la Universidad Emory de Atlanta, uno de los organizadores del congreso. También con una tal Jessica, becaria de la Universidad de Brown. Y con un par de compañeros de la NYU.

Justo antes del final del descanso, se acercó a mí el doctor Stewart, de la Universidad Estatal de Alabama; uno de los investigadores de alto nivel con el que nos habíamos reunido Virginia y yo la semana pasada. Estábamos comentando cosas sobre algunas de las charlas del día, cuando de la nada apareció Harry.

—Hombre, Harry. Qué bien poder hablar contigo. Quería felicitarte por tu ponencia de esta mañana. Ha sido extraordinaria —dijo el doctor Stewart.

—Muchas gracias, Mike. Han sido muchos meses de trabajo.

Harry estrechó la mano del doctor Stewart, pero sus ojos permanecían fijos en mí, a pesar de que yo no era capaz de mirarlo de frente. Jodido Harry y jodido traje que me hacía fantasear sobre lo que había debajo. Sus iris

parecían más verdes y menos azules debido a la iluminación halógena de aquella sala. Desvié la vista en cuanto noté que mi respiración se empezaba a acelerar.

El doctor Stewart se dio cuenta de que Harry me observaba sin mucho disimulo. Carraspeó un par de veces y, a continuación, compuso una sonrisa cordial.

—Harry, ¿conoces a Christina Sanders, de Columbia? Está haciendo el doctorado con Virginia McAdams.

—Sí, he tenido el placer de coincidir con ella en un par de ocasiones. ¿Qué tal está, señorita Sanders? ¿Está disfrutando del congreso?

Balbuceé algo que sonó a «sí, mucho» mientras veía como buscaba algo dentro de su americana con disimulo. Acto seguido, extendió el brazo, esperando que estrechara su mano a modo de saludo. Lo hice. Sentí el calor y la firmeza de su palma contra la mía, pero al apretar noté algo rugoso. Era un papel. Lo miré a los ojos y vi en ellos la advertencia de que guardara silencio, así que eso hice. Recuperé la mano y la dejé caer, envolviendo con mi puño lo que fuera que guardaba ahí dentro.

Después de aquel incómodo saludo, estuve unos pocos minutos más hablando con Harry y el doctor Stewart, hasta que se hizo la hora de reanudar las ponencias.

Antes de entrar dentro del auditorio de nuevo, vi que Harry me miraba con cierta ansiedad en el rostro. El papel que guardaba entre mis dedos me quemaba y él parecía muy interesado en que lo leyera.

Cuando me hube sentado en mi sitio de nuevo, y antes de que llegaran el resto de mis compañeros, abrí con disimulo aquella hojita de papel y leí las palabras escritas a mano que había ahí:

«Habitación 846, después de la cena. Necesito hablar contigo. No digas que no todavía. Solo... ven».

Si pensaba que después del desplante de la noche anterior se iba a dar por vencido, estaba claro que me equivocaba. El papel me pesó en el bolsillo del pantalón durante toda la tarde y también durante la cena que compartí con mis compañeros en la cafetería de la universidad.

Volví al hotel confusa, valorando qué hacer. ¿Debía ir y ver qué quería? ¿Sería eso poco coherente? ¿Estaba realmente preparada para dejarlo pasar?

Las dudas llenaban mi cerebro, estrujándolo y haciéndome perder el norte. Soy alguien acostumbrado a moverse por metas y en ese momento no tenía ni

la más mínima idea de cuál era mi objetivo.

Seguir fiel a mi código debería haber sido la prioridad, pero el rostro de Harry se dibujaba en mis pensamientos cada vez que bajaba la guardia. Me gustaba. Joder, me gustaba mucho. ¿Por qué? ¿Porque lo admiraba como profesional? ¿Por su físico? ¿O por lo que había debajo de aquella capa de arrogancia y que me había permitido empezar a conocer? No lo sabía.

Cuando llegué a mi habitación del hotel, me metí en el baño. Me di una ducha bastante larga para relajar los músculos, que seguían tensos después de que Harry Watzlawick me empotrara contra una pared la noche anterior. Entre nosotros había una química explosiva que me ardía en cada poro. Ni yo misma podía negarlo.

¿Qué debía hacer?

Salí del aseo y me vestí de nuevo. Vaqueros, un suéter fino con un estampado de flores y unas Converse blancas a los pies.

Di vueltas como un león enjaulado por mi habitación durante lo que debió de ser más de media hora. Miré el reloj. Eran las diez. ¿Me estaría esperando? ¿Quería escucharlo? Sí, sí quería. Y si quería, ¿lo coherente en este caso no sería ir a averiguar qué tenía que decirme? Puede que fuera una justificación estúpida, pero finalmente decidí que me daba igual. Me quité las lentillas, me puse las gafas, cogí mi móvil y fui hasta la habitación 846.

Abrió la puerta unos segundos después de que hubiera tocado. Allí estaba, con un pantalón largo de algodón gris desgastado y una camiseta vieja de su promoción del MIT. Se le marcaba todo debajo de la ropa de una manera obvia. Y cuando digo todo, es todo. Reconozco que verlo así me afectó. Con esa ropa vieja de estar por casa me costaba recordar que era el doctor Watzlawick, miembro del consejo de la farmacéutica Wilkens. En ese momento solo era Harry, un hombre guapísimo que me volvía loca y que llevaba días intentando meterse en mis bragas.

—Pasa. —Abrió del todo la puerta de su habitación y se hizo a un lado para que pudiera entrar.

La habitación era una suite, del mismo tamaño que la de Virginia. Elegante, impecablemente decorada y espaciosa. Exploré comedidamente los objetos personales que había en el salón. Un portátil con la tapa levantada, unos cuantos *dossieres* esparcidos por la mesa del centro, una lata de Coca-Cola y Eric Clapton sonando de fondo.

—Me alegro de que hayas decidido venir —dijo de pronto, haciendo que me volviera hacia él.

—¿Qué estoy haciendo aquí, Harry?

—Supongo que te interesará saber lo que tengo que decirte.

—Me refiero a por qué me has pedido que viniera.

—Si a estas alturas aún no has deducido que voy a por todas contigo, igual no eres tan lista como ambos pensamos.

Se acercó a mí despacio hasta invadir casi por completo mi espacio personal. Cerró los puños a ambos lados de su cuerpo como si estuviera haciendo un esfuerzo por no tocarme. Su aliento me hizo cosquillas y noté cómo me olía. El estómago se me contrajo de deseo.

—Harry, por favor... Dijiste que querías hablar.

—Está bien, es cierto.

Hizo una señal para que anduviera en la misma dirección que él y ambos nos dejamos caer en el sofá que había al fondo del pequeño salón. Era de piel, de color beige y parecía cómodo.

—Verás, Christina, puede que pienses que yo suelo hacer estas cosas. Que estoy acostumbrado a ver mujeres que me gusten y perseguirlas activamente.

—¿Es que no es así?

—No, no es así para nada, te lo aseguro. No tengo por qué mentirte. Me cuesta bastante encontrar mujeres que llamen mi atención, y mucho más activar el modo cazador. Pero contigo no sé qué me pasa. Es superior a mí. Estoy bastante confundido, desde el principio he actuado de una forma poco habitual en lo que a ti respecta. Y aunque ya me has dado puerta en más de una ocasión, no entiendo por qué sigo buscándote. —Hizo una pausa para calibrar mi reacción, pero yo estaba esforzándome por permanecer impasible, así que tardó poco en reanudar su discurso—. El caso es que me gustas mucho, Christina. Y sé que yo también te gusto a ti. Solo nos quedan tres días aquí, después volvemos a casa. En ciudades distintas. Dime qué daño podría hacernos disfrutar durante tres días de la compañía del otro.

Con «compañía» se refería a follar, estaba claro. Me pasé una mano por las puntas del pelo y a continuación me re Coloqué las gafas mientras pensaba qué decir.

—Creo recordar que ya te cité claramente una lista con los motivos, Harry. ¿Por qué sigues insistiendo?

—Creo recordar que te he explicado que no lo sé.

Ambos guardamos silencio durante unos segundos. Lo único que se escuchaba era la melodía que salía de su portátil. En ese momento sonaba Muse. La música pasó a un segundo plano cuando me di cuenta de que los ojos



de Harry intentaban decirme algo.

—¿Y si puedo prometerte que nadie se enterará?

—¿Cómo dices?

—Lo mantendremos en el más absoluto secreto. Solo nos veremos en privado.

—Harry, estamos en el mismo hotel. Rodeados de gente que nos conoce. Alguien acabaría dándose cuenta.

—No si tenemos cuidado.

—¿Cómo voy a explicar a mis compañeros mis desapariciones? ¿Y si Virginia quiere quedar conmigo para cenar?

—Nos veremos después. Iremos con mucho cuidado. No hablaremos en público, si no quieres.

—Sigue estando el problema de la junta y la investigación. ¿Has oído hablar de algo llamado conflicto de intereses?

—Eso ya no es un problema.

—¿Cómo?

—No habrá conflicto de intereses. Ya he redactado mi informe. Lo he mandado esta mañana. Mi decisión con respecto a vuestra investigación ya está tomada. Nada de lo que pase a partir de ahora influirá, ni para bien ni para mal. Tendría que haberlo hecho nada más acabar la segunda reunión, ya tenía claro lo que iba a decidir y también tenía claro que estaba interesado en ti. Ahora ya está hecho. Espero que eso te ayude un poco a decidirte.

Me quedé con la boca abierta. ¿De verdad se había tomado la molestia de redactar su informe sin ni siquiera volver a Boston?

—No sé qué decir.

—«Sí» sería una buena respuesta.

—En serio, Harry.

—Christina, de verdad que no te entiendo. Ya no existe ningún problema real. Nadie va a enterarse ni habrá conflicto de intereses. ¿Hay algo más que te preocupe? Es solo sexo. Tres días y ya está. ¿Es por eso? ¿No te van los rollos?

—No, Harry. Claro que no es eso. De hecho, rollos es lo único que tengo. Lo que no me van son las relaciones.

—¿Entonces? Lo entiendo aún menos. Anoche me pareció que... bueno, que había química entre nosotros.

—Sí que la hay. —Apreté los muslos ante el recuerdo de su cuerpo y el mío hablando a través de la piel—. ¿Me prometes que quedará entre nosotros?

—Te lo juro.

—Lo que me asusta es que alguien se entere, yo nunca me involucro con nadie del trabajo. Es una de las pocas normas que tengo. Y tú eres del trabajo, y encima eres alguien importante. —Harry hizo el amago de cortarme para aclarar algo, pero no lo dejé hablar—. Sabes que eres alguien, y no quiero que la gente se entere y piense que me lío contigo para conseguir cosas. Ni tampoco quiero que tú pienses que me interesas por eso.

—Claro que no lo pienso, nena. Has dejado bastante claro que estar conmigo te produce reparo.

—Creía haberte dicho que no me llamas nena —dije arqueando un poco las cejas.

—También me dijiste que no te interesaba flirtear conmigo, y ayer me la pusiste más dura que nunca en mi vida.

No pude evitar sonreír, y supe entonces que la decisión ya estaba tomada. No tenía sentido fingir lo contrario.

—Prométemelo, Harry —supliqué por última vez, antes de cortar toda conexión con mi conciencia académica y dejar que mi cuerpo tomase aquello que deseaba.

Sus ojos centellearon en ese momento al entender que yo ya había cedido. Se acercó a mí y tomó mi cara entre sus dedos.

—Te lo prometo, Christina. Nadie se enterará —dijo mirándome a los ojos—. Será el secreto más placentero que he tenido en mis treinta y un años de vida. —Apretó su cuerpo contra el mío tanto como pudo y casi se me escapó un gemido—. ¿Puedo besarte ya?

—Estás tardando.

Solo habían pasado veinticuatro horas desde que había probado su boca, pero lo cierto es que había olvidado la sensación delirante que me producía. Eso o que aquella segunda vez que Harry me besó lo hizo con un hambre desconocida, la de saber que en esa ocasión no me escaparía.

Sus besos eran salvajes, rudos y un poco ansiosos. Tenía la pasión de un adolescente en plena tormenta hormonal y la técnica de un adulto experimentado. Era fuego puro.

Había besado a muchos hombres, pero ninguno había conseguido que me olvidara de toda la realidad que me rodeaba. Mientras Harry devoraba mis labios y su lengua me atacaba sin descanso, olvidé quién era él, quién era yo y por qué habíamos cedido a hacer algo prohibido. Solo existía aquel sofá y nuestros cuerpos derrumbando barreras para explorarse, cayendo en la

tentación una y otra vez con cada roce, con cada prenda que arrancábamos y con cada gemido que aspirábamos del otro.

Harry empezó a desnudarme casi al instante, desesperado por morderme la piel. Me quitó las gafas, se deshizo de mi suéter y, con un único movimiento, desabrochó mi sujetador. Él estaba sobre mí, así que se lanzó a mis pechos mientras yo me retorcí de placer. Los tocó, los chupó y los besó, mientras susurraba que quería perderse en mi cuerpo hasta que se acabara el mundo.

Acabé quitándole la camiseta a zarpazos. Quería ver y probar su pecho. Esa zona era un puntito menos morena que sus brazos o su cuello, pero seguía teniendo ese color apetecible del chocolate con leche. Su torso estaba definido y su estómago, plano y cubierto de una fina capa de vello, invitaba a mi boca a dar un paso al frente.

Ambos debimos de pensar lo mismo cuando entre los dos luchamos para eliminar de la ecuación los pantalones del otro. Al quedar al descubierto, vi cómo sus calzoncillos contenían su excitación y tragué saliva. Aquello era descomunal.

—No te asustes, nena. Te prometo que sé usarla. Te va a gustar.

Quise reírme. Hacía falta algo más que una polla por encima de la media para asustarme o ponerme nerviosa. Decidí demostrárselo.

Me incorporé, obligándolo a él a tumbarse sobre su espalda. Sus ojos me analizaban, queriendo saber qué tenía en mente, pero yo me limité a sonreírle con malicia. Me coloqué entre sus piernas y pasé mis manos por su cuerpo, mordí su estómago y me gustó verlo retorcerse bajo mi dominio. Sin perder tiempo, le bajé la ropa interior mientras me preparaba para enfrentar su desnudo integral.

Evalué la longitud de su erección y sentí mi sexo contraerse de puras ganas de probar aquello. La acaricié de arriba abajo con mis dedos y, antes de que él dijera nada, me la llevé a la boca sin más ceremonias.

Escucharlo gemir de la manera en que lo hizo a continuación consiguió que un latigazo de deseo azotara mi vientre. La deslicé entre mis labios una vez y otra, humedeciéndola para intensificar el placer. En la habitación solo se escuchaban sus jadeos y mi respiración trabajosa.

—Ah, joder, no. Que me corro.

—Acabo de empezar.

—Llevo días torturándome pensando en esto. No sabes las ganas que te tengo.

Saboreé las primeras gotas de líquido preseminal en mis labios y supe que

era cierto, que estaba cerca de explotar. Antes de que me diera cuenta, él estaba sobre mí de nuevo, acomodándose en la otra punta del sofá y besándome con tanta pasión que resultaba casi violento.

Me abrió las piernas y empezó a besar mi pecho en dirección descendente. Mis rodillas temblaron sin remedio.

—Voy a hacer que te corras muchas veces antes de empezar, porque en cuanto esté dentro de ti voy a durar muy poco.

Su amenaza sonó sexi. Probablemente, si cualquier otro hombre me hubiera avisado de su poco aguante me habría sentido decepcionada. Pero era muy consciente de que estábamos llevándonos mutuamente al límite. Y a una gran parte de mí le gustaba saber que tenía la capacidad de hacerle perder el control de aquella manera.

Mis bragas desaparecieron de mi vista en un abrir y cerrar de ojos. Estaba claro lo que venía a continuación, pero aun así un espasmo de placer me recorrió el cuerpo entero por la anticipación.

—Grita. Grita mucho, nena. Ahora mismo en el mundo solo estamos nosotros.

No tuve tiempo ni para coger aire. Sus dedos me abrieron para él y su lengua me lamió el clítoris con aquella seguridad que caracterizaba al Harry provocador. Antes de que pudiera asimilar el placer que sentía, volvió a atacarme, una vez y otra. Lamía, chupaba, succionaba y no me daba descanso. Grité. Fuerte y mucho, como él quería. Me deshice en su boca como un maldito terrón de azúcar en agua muy caliente. Sentí que volaba. Aquello era demasiado, y tardé pocos minutos en alcanzar un clímax absolutamente abrumador que me devoró por dentro, entera.

—Perfecto —dijo él al cabo de un momento, mientras descansaba su cabeza en mi vientre y yo trataba de recobrar el aliento—. Pero la próxima vez grita mi nombre.

—¿La próx...?

No pude ni terminar la frase. Apenas había tenido un par de minutos para recuperarme cuando él volvía a la carga. Esta vez fue más lento, como si estuviera deseando hacer eterno cada instante. Me sentía saturada de sensaciones, pero eso no impidió que disfrutara con la danza de su lengua.

Solo habían pasado unos segundos cuando decidió ayudarse introduciendo un dedo en mi interior. Con un par de movimientos y unas pocas caricias más, volví a explotar, de manera casi más intensa que la vez anterior y gritando su nombre entre jadeos.

—Eres una jodida fantasía, Christina Sanders —dijo cuando volví a respirar—. Nunca había disfrutado tanto devorando a una mujer. Pero estoy llegando al límite, y no permitiré que te vayas de esta habitación sin saber lo que se siente al follarte.

Casi me mareé. Sus palabras tenían el mismo efecto en mis oídos que sus manos en mi piel. Yo tampoco había disfrutado nunca del sexo oral como aquella vez. Había sido intenso y diferente, y, ante todo, había sido íntimo. Y la intimidad no era algo que con frecuencia encontrara en el sexo.

Me dejé llevar por Harry mientras nos ponía a ambos de pie y nos dirigía al fondo de la estancia, a la que suponía que sería su habitación. Una vez allí, no perdió el tiempo. Me tumbó sobre la aquella colcha que debía de ser carísima y volvió a besarme, sin dudas, con ansia, con locura y con deseo. Paseó su boca por mi cuello y mis pechos, como si fuera incapaz de frenarse a sí mismo, y deslizó un par de dedos en mi interior para comprobar lo húmeda que seguía. Un gruñido se escapó de su garganta al constatar lo preparada que estaba para él.

Se levantó de la cama y volvió unos segundos después, abriendo el envoltorio de un preservativo con los dientes. Vi como lo desenrollaba alrededor de su erección mientras volvía a instalarse entre mis piernas. Contuve un suspiro de placer mientras tanteaba mi entrada.

—Espero que te guste fuerte, porque no voy a ser capaz de contenerme.

—Me gusta fuerte —contesté.

—Dios, cástate conmigo.

Me reí durante unos segundos y vi algo en sus ojos al observarme que me robó el aliento. Casi tanto como el hecho de que estuviera a punto de hundirse en mí.

Harry preparó la penetración con cuidado mientras me besaba y, poco a poco, empezó a deslizarse en mi interior. A medida que avanzaba, fui levantando las caderas para permitir que el placer se extendiera para ambos. Gemimos cuando nuestros cuerpos se acoplaron por completo y, al empezar a movernos con rapidez, supe que duraríamos poco, pero que lo disfrutaríamos al máximo.

—Dime cómo te gusta. Dímelo porque quiero hacerte delirar. ¿Te gusta así?

Se hundió hasta el fondo, haciéndome gritar. Le clavé las uñas en la espalda y jadeé.

—Oh, Dios, más fuerte.

Aumentó la velocidad hasta elevarme casi de la cama.

—¿Así?

—Sí. Así.

Siguió empujando sin descanso. Nuestros cuerpos colisionaban. Yo volví a gritar, arqueando el cuello. El ritmo era demencial, y después de unos minutos más de empujones, noté como entrelazaba mis dedos con los suyos y los llevaba a mi entrepierna.

—Tócate. Tócate para mí y córrete —dijo en mi oído con voz ronca y ahogada—. Yo estoy a punto, pero quiero que acabemos juntos.

No me lo tuvo que pedir dos veces. Me acaricié a mí misma mientras él se clavaba más hondo y más fuerte en mi interior, y a los pocos segundos ambos explotamos, rompiéndonos junto al otro en un orgasmo arrollador que nos hizo gritar y que consiguió que nuestras palpitaciones se confundieran.

Permanecimos un rato en silencio, intentando recuperar la normalidad de nuestras respiraciones. Harry se quedó unos instantes descansando en mi pecho y después salió de mi interior, anudó el preservativo y apoyó la cabeza en la almohada.

Al cabo de unos minutos, por fin habló.

—Me cago en la puta, Christina. ¿Siempre eres así en la cama?

—Solo cuando mi compañero me inspira —bromeé, girándome hacia él.

—Ha sido increíble. Ya quiero repetir.

—¿Es usted de periodo refractario veloz, doctor Watzlawick?

—Estás oficialmente invitada a quedarte y comprobarlo.

Me reí y él también lo hizo. Se quedó un rato observándome. Me acarició el pelo y después la mejilla con una dulzura que no sé de dónde salió y que me enfrió levemente. Estaba poco o nada acostumbrada a las muestras de cariño, especialmente en la cama. Solo Matt, Claire, Liv, Neal y mi madre me abrazaban o acariciaban de cuando en cuando. Siempre he mantenido muy protegido mi espacio personal más allá del sexo.

Harry vio que su caricia me tensaba y enseguida apartó la mano. Como si nada hubiera pasado, me ofreció uno de los albornoces del hotel y me invitó a picar algo del minibar mientras nos recuperábamos.

Veinte minutos después, estábamos de nuevo en la cama. Ni periodo refractario ni leches. Harry Watzlawick y su erección XL volvieron a la carga, haciéndome ver las estrellas de nuevo.

Esa vez lo hicimos en varias posturas, yo encima, él detrás, de lado y a cuatro patas. Duró mucho más que la primera vez, pero no fue menos intensa.

Ambos nos corrimos con fuerza al terminar, cayendo exhaustos sobre el colchón y con las piernas enredadas.

Permanecimos muy juntos mientras cogíamos aire. En mi cabeza no dejaba de repetirse que aquellos habían sido dos de los encuentros sexuales más intensos de mi vida.

Cuando constaté que podía ponerme en pie sin que me temblaran las rodillas, salí de la cama y me eché el albornoz sobre mis hombros para salir a buscar mi ropa.

—¿Vas a alguna parte? —me preguntó Harry, aún entre las sábanas y observándome con intensidad.

—Sí. A mi habitación.

—¿No te quedas?

—Eh... no. Tengo que ducharme y dormir para estar descansada mañana.

—Eso son cosas que puedes hacer aquí.

—Ya, pero tenemos que ser precavidos, ¿recuerdas? Es menos probable que me pillen saliendo a hurtadillas de aquí si me voy ahora.

Alzó las cejas.

—¿Por qué me parece que eso es una excusa para no quedarte a dormir?

—¿Porque tú mismo la has usado otras veces?

—Yo no uso excusas. Si no quiero quedarme, lo digo y punto. Aunque debo confesar que no soy demasiado experto en rollos de una noche.

—Ya. Claro.

—Es la verdad. No tengo por qué mentirte, y menos ahora que ya te he tenido en mi cama.

—Pues me ha parecido que, para no estar tan acostumbrado, te has desenvuelto muy bien entre las sábanas.

—He dicho que no soy un hombre de rollos, no que sea un monje. He follado mucho a lo largo de mi vida. Solo que con pocas mujeres. La mayoría, después de conocerme, quiere repetir y no me deja escapar.

Solté una carcajada. Maldito megalómano, cuánto me ponía.

—Repetiremos, Harry. No te preocupes. Pero no voy a quedarme a pasar la noche contigo.

Lanzó un suspiro profundo.

—Está bien. Entonces, nos veremos mañana en el congreso.

—Recuerda que has accedido a no hablarme en público. Mantén las distancias, ¿de acuerdo? Si te portas bien, volveré aquí mañana por la noche.

—Siempre he sabido que eras un hueso duro de roer, Christina. —Sonrió

—. Pero está bien. Acepto tus normas. Ahora, dame un beso antes de marcharte y no intentaré convencerte de que te quedes.

Sacudí la cabeza, divertida, e hice lo que me pedía. Me acerqué hasta su cama con intención de darle un beso corto, pero él hundió la lengua en mi boca con bastante energía. Volví a quedarme sin aliento.

—Buenas noches, nena. Espero que tú también sueñes con que ya es mañana por la noche.



## ¿Fin del congreso?

Por mucho que quise ser fiel a la Christina estudiante de doctorado, lo cierto es que el resto del congreso se podría haber definido con una sola palabra: Harry.

Y no Harry el profesional, el ponente, el provocador o el amante, sino Harry en absoluto.

Coincidir con él fuera de las paredes de su suite era un martirio que solo contribuía a que las ganas que tenía de él aumentasen.

Cumplió con su palabra y no se dirigió a mí en público en ningún momento, lo cual no fue difícil, porque durante los días de congreso yo me rodeaba de mis compañeros y de otros estudiantes de diferentes universidades, y él se codeaba con investigadores de alto perfil y directivos de las empresas asistentes.

No nos movíamos por los mismos círculos, eso estaba claro, pero ni siquiera eso lograba que, en la distancia, dejara de sentirme observada por él. Yo también lo miraba con disimulo, aunque tal vez con más frecuencia de la que me hubiera gustado. Pero es que había que ver lo bien que le sentaba el puñetero traje y esa pose arrogante con la que se relacionaba con el resto de la comunidad científica. Nada que ver con el Harry salvaje que por las noches me besaba hasta el delirio ni el que susurraba palabras sucias mientras se hundía en mí. Siempre me habían gustado los hombres que sabían hablar sucio en la cama, pero lo que sentía con él... era una locura.

La segunda noche que estuvimos juntos llegué a su habitación bastante tarde, puesto que había salido a tomar una copa con mis compañeros después de la cena.

Cuando me abrió la puerta de la suite, parecía ansioso, como si hubiera pasado horas preocupado por si aparecía.

—Creí que no vendrías —dijo al dejarme entrar. Llevaba la misma ropa de estar por casa que el día anterior y de nuevo me chocó la imagen de hombre de a pie *versus* directivo inalcanzable.

—Lo imaginaba. Me lie tomando algo con mis compañeros. Pero te dije que vendría, y aquí estoy.

Hizo un asentimiento y parpadeó varias veces como si quisiera borrar la sombra de preocupación de sus ojos.

—¿Te apetece tomar algo mientras me cuentas qué tal ha ido el día?

¿Perdona? ¿Él estaba en el menú? La única cosa que me apetecía era lo que había debajo de sus pantalones de chándal. No había ido allí para iniciar un debate con él acerca de las ponencias del congreso.

—Eh... —Lo miré confundida, y él supo interpretar perfectamente mi expresión.

—Vamos, nena, sé que estás loquita por ir a la cama. Yo también lo estoy. Pero también me apetece hablar un rato contigo. Creo que tú y yo conectamos a más niveles, aparte del sexo.

Eran las once de la noche. No tenía hambre. Pero cuando vi que sacaba una caja de mini Chips Ahoy del minibar... no pude negarme.

Hizo un gesto con la cabeza para que me sentara a su lado y yo acabé dándome por vencida. Lo cierto era que había un par de cosas que había escuchado ese día en las diferentes charlas que no me importaba comentar con él.

Nos acomodamos en nuestras sillas y empecé a plantearle mis dudas, especialmente una relacionada con las conclusiones de una de las ponencias que ponía en entredicho algunas de las cuestiones expuestas por él el día anterior. Eso nos dio para un largo debate.

—Se supone que los antipsicóticos de tercera generación parecen tener un mecanismo de acción basado también en la modulación de los niveles de dopamina en el cerebro, ¿verdad? —dije.

—Así es.

—O sea, que en realidad no supone una aproximación farmacológica diferente a la ya conocida, a pesar de haber mostrado por el momento un mejor perfil de efectos secundarios que los demás antipsicóticos disponibles.

—Muy correcto, señorita Sanders.

—Entonces... esos estudios al final llevan a no desechar el uso de los antipsicóticos clásicos frente a los atípicos por su relación coste-beneficio en el tratamiento de la esquizofrenia.

—Sí.

—Pero eso contradice un poco la línea en la que estáis trabajando en Wilkens, ¿no? La esquizofrenia sigue siendo un misterio a muchos niveles.

Habría que incidir en un replanteamiento radical y urgente de la terapia de la esquizofrenia y demás trastornos psicóticos.

—Es una manera de verlo, sí. Pero Wilkens es una farmacéutica, no un centro de tratamiento.

—Pero tu aproximación de ayer fue bastante clínica. ¿Te interesa toda la parte de diagnóstico y tratamiento?

—Tengo un doctorado. Mi carrera está totalmente orientada a la investigación.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Lo sé. —Me observó con una sonrisa que parecía melancólica. Parecía que se esforzaba por ocultar los sentimientos que la clínica despertaba muy dentro de él. Como si fuera un deseo que no debía salir a la superficie—. Eres lista, nena. Muy lista.

—Y muy perceptiva.

—Ya me he dado cuenta. —Volvió a quedarse mirándome durante un largo rato. Como si quisiera memorizar mi rostro y grabarlo en su cerebro—. Podría estar hablando contigo durante horas.

De nuevo su mirada se llenó de ese sentimiento que conseguía que se me erizara la piel y que no tenía nada que ver con el sexo. Me mordí el labio y decidí que, después de una hora de charla, ya era el momento de pasar a la acción. Así que me aclaré la garganta y con tono claramente provocador, dije:

—¿Sabes? Hay más cosas que podrías hacer conmigo durante horas.

Harry sonrió.

—Solo te ha hecho falta una frase para ponérmela dura.

Yo sonreí también y me puse en pie con la intención de entrar en la habitación y esperarlo allí, desnuda, pero él fue más rápido y me interceptó a medio camino, besándome con ansia y subiéndome sin ningún tipo de delicadeza a la robusta mesa de madera.

El primer asalto fue allí, sexo animal y crudo que, por alguna razón, fue insuficiente. Esa noche lo hicimos dos veces más, y hubo espacio para probar cosas nuevas y para demostrarnos que estábamos aprendiendo a satisfacer de verdad al otro.

Fue una noche placentera, a la altura de la anterior o incluso superior, al menos en el número de orgasmos compartidos.

Cerca de las cuatro de la mañana, decidí que debía irme de allí para poder disfrutar de unas pocas horas de sueño reparador. Aún quedaba un día de congreso; el último. Y debía estar descansada.

—¿Hoy también te vas? —dijo Harry cuando vio que empezaba a coger la ropa que había por el suelo y me la ponía.

—Sí.

—¿Por las mismas razones que ayer?

—Sí.

—¿Conseguiré dormir alguna vez contigo?

Sonreí mientras me agachaba para abrocharme los botines.

—Lo dudo mucho, cielo. Solo nos queda una noche juntos y no podrás impedirme que cruce esa puerta.

—Soy un hombre de recursos, Christina. No me provoques.

Ya vestida, me giré hacia él, que seguía gloriosamente desnudo y enredado entre las sábanas. Si hubiera sido otro tipo de chica, me habría enroscado en su pecho y habría dormido con nuestras manos entrelazadas. Harry era todo un hombre, y estaba seguro de que a su lado habría conseguido dormir sintiéndome, de alguna manera, protegida. Pero hacía años que había aprendido a no necesitar a nadie para sentirme a salvo. Solo a mí misma y mi salud mental.

—Buenas noches, doctor Watzlawick —dije desde la puerta—. Le deseo mucha suerte mañana en su mesa redonda.

—¿No vas a darme ni siquiera un beso de despedida?

—¿Lo necesitas para poder dormir? —bromeé, arqueando las cejas.

—Lo necesito. Punto.

Había tal sinceridad en sus palabras y en sus ojos que no fui capaz de negarme. Crucé de nuevo la habitación y fui a darle un beso corto y casto, pero, como había pasado la noche anterior, él me besó con ímpetu y sujetó mi cara con sus largos dedos mientras lo hacía.

—¿De verdad no puedo hacer nada para que te quedes?

—Harry, te has corrido tres veces en cuatro horas. Ya no te quedan más balas en la recámara para convencerme, literalmente.

—Puedo abrazarte por la noche y hacer que te corras al despertar.

Me reí. ¿Abrazarme por la noche? Estaba loco.

—Buenas noches, Harry.

Me separé de su lado, recogí mi bolso del salón y abandoné la habitación con su sabor en mis labios.

Verlo participar en la mesa redonda al día siguiente me trajo sentimientos encontrados. Por un lado, quería atender a lo que decía porque su enfoque me

parecía realmente interesante. Por otro, me costaba un mundo centrarme en el contenido de su discurso cuando su voz se me colaba dentro.

Su presencia, aunque fuera en la distancia, provocaba que cientos de imágenes protagonizadas por él y por mí desnudos inundaran mi cerebro. Ese día, además, estaba dolorida en un montón de lugares de mi cuerpo que me recordaban su habilidad para llevarme al séptimo cielo.

Solo me quedaba una noche para disfrutar de él, de sus manos y de su boca mágica y me juré a mí misma que la aprovecharía al máximo, aunque no consiguiera dormir ni unos pocos minutos.

Al final del día, el acto de clausura dio por terminado el congreso por todo lo alto. La mayoría de asistentes nos quedamos para el vino de honor que sirvieron en el *hall* principal y después recogimos nuestros diplomas de asistencia.

Eran las diez pasadas cuando volví al hotel. Solo había visto a Harry de lejos durante la tarde, pero lo había perdido de vista un rato antes de marcharme de allí. Supuse que estaría en su suite, esperando a que yo llegara, porque, incluso en la distancia, había sabido leer en él el mismo deseo de fundirse conmigo que sentía yo.

Me despedí de mis compañeros en el ascensor y subí hasta el cuarto piso. Mi plan era ir a mi habitación para quitarme las lentillas antes de encontrarme con Harry, pero cuando llegué casi me quedé de piedra al encontrármelo allí recostado en la puerta, con ropa informal, y jugueteando con su móvil.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué haces aquí? Podría vernos cualquiera.

—No podía esperar más.

Agité la cabeza mientras pasaba la tarjeta por el lector y abría la puerta a toda prisa. Pasé al interior, seguida por Harry, que empezó a analizarlo todo nada más poner un pie dentro. Mi habitación ocupaba una cuarta parte que la suya. Solo tenía una cama, un escritorio y una puerta camuflada que daba acceso al cuarto de baño. Estaba limpia y ordenada, eso sí. Los únicos objetos personales que podían verse era mi neceser, el portátil y la funda de mis gafas.

Dejé a Harry inspeccionándolo todo y yo entré al baño a quitarme por fin las dichas lentillas. La falta de sueño había conseguido que se me irritaran los ojos y no soportaba llevarlas puestas ni un minuto más.

Cuando salí, vi que Harry había abierto el armario e inspeccionaba las cuatro prendas que estaban ahí colgadas, como si quisiera estudiarlas a conciencia o imaginarlas sobre mi cuerpo, no lo sé.

—¿Buscas algo? —le pregunté.

—No, nada. Intentaba reunir piezas que me permitan conocerte mejor. Eres todo un misterio para mí, Christina Sanders.

—Es todo fachada. Soy una persona muy sencilla. Mi vida se reduce al trabajo y mis amigos, hay poco más que contar.

—Pues yo tengo muchas preguntas que hacerte.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Por ejemplo, ¿ese color de pelo es natural?

Solté una carcajada. No sé por qué, pero no me esperaba para nada esa pregunta. Mi pelo era de un color castaño muy claro que, cuando le daba el sol, parecía rubio. Eso era, quizá, lo más llamativo de mi aspecto. Por lo demás era bastante normalita: ojos grandes y castaños, cuerpo relativamente en forma gracias a mis horas semanales de natación y estatura media.

—Sí, es mi pelo natural.

—Es precioso. Y siempre huele bien.

Volví a reírme. ¿Qué tipo de conversación absurda era esa? Lo único en lo que yo podía pensar era en que los vaqueros que llevaba le marcaban su culito respingón y que sus mejillas afeitadas se sentirían muy suaves en mis muslos.

—¿De qué te ríes tanto? —me preguntó.

—De que esta es nuestra última noche juntos y tú estás haciendo observaciones sobre mi pelo.

—Precisamente porque es nuestra última noche juntos no quiero irme con los cientos de dudas que tengo. Quiero saber dónde vives, cómo es tu casa, con quién pasas los fines de semana, qué tipo de música te gusta escuchar, cómo es tu familia, dónde te criaste o cuál es tu película favorita. Es nuestra última noche juntos y solo puedo pensar en conocerte, más que en hacerte gemir hasta que salga el sol.

Su sinceridad hizo que mi boca se abriera de par en par.

—Harry, cielo, esto no va de eso. Mañana saldremos de la vida del otro para siempre, ¿qué más da dónde me crie? Aprovechemos para saber cómo hacer que el otro se corra en tiempo récord o dónde hay que tocar para que gritemos más fuerte.

—Eres muy difícil, Christina —contestó, pinzándose el puente de la nariz con dos dedos.

—No, para nada. Soy bastante simple. Ahora mismo solo tengo una cosa en mente, y te aseguro que no es hablar.

Noté como me observaba, con el ceño ligeramente fruncido y los ojos brillantes. Parte de mí se sintió mal por tratarlo como trataba a la mayoría de

los hombres: como simples medios de diversión. Sé que Harry era más que eso. No era tan tonta como para no darme cuenta. Lo deseaba de una manera diferente. Quería que me follara sin descanso, pero que, mientras recargábamos fuerzas, me hablara de lo que pasaba por su mente prodigiosa. Era extraño. Y complicado. Y yo quería hacer mi vida fácil y disfrutar de esa última noche que podría compartir con él en la burbuja que era aquel hotel.

Me acerqué despacio hacia donde estaba, sintiéndome observada en cada paso que daba. Pasé las manos por sus brazos cuando llegué a su lado y a continuación dirigí los dedos hacia los botones de su camisa. Nuestros ojos se cruzaron mientras yo empezaba desabrochar, poco a poco, cada botón.

Me deshice de su camisa bajándola lentamente por los hombros hasta que su pecho quedó al descubierto. Acto seguido, me puse un poco de puntillas para llegar a su garganta y dejar ahí un beso húmedo. Me sentí estremecer cuando él gimió en mi oído.

—No es justo, joder —dijo.

—¿El qué no es justo?

—Todo lo que me provocas. Me nublas el juicio.

Sin añadir ni una palabra más, me tomó de la cintura y estrelló su boca contra la mía. Me comió entera, con labios, lengua y dientes. Haciéndome notar en mi vientre lo excitado que estaba y deshaciéndose de mi ropa a una velocidad de vértigo.

—No sé qué me has hecho, pero solo puedo pensar en ti —jadeó—. En follarte, en lamerte y en hacerte gritar mi nombre hasta que te quedes sin voz.

Pasamos toda la noche enredados. Tocándonos, marcándonos, hablando a través de la carne. Era lo único que podíamos ofrecernos el uno al otro: placer, piel y saliva. Y recuerdos. Recuerdos de esas horas que habíamos pasado juntos, comunicándonos en el idioma universal del cuerpo, aquel en el que nos entendíamos a la perfección.

Cuando ambos nos dimos por satisfechos, nos metimos juntos en la ducha y nos demostramos que aún nos quedaba algo de fuerza.

Al salir, yo me puse el pijama y Harry me sorprendió poniéndose solo los calzoncillos y metiéndose en mi cama.

—¿Qué haces? —pregunté—. ¿Piensas quedarte?

—Te dije que era un hombre de recursos y que conseguiría dormir contigo. No te molestes en echarme, nena. No voy a irme.

Lo miré de hito en hito. Si no hubiera estado tan cansada habría discutido. Pero verlo entre mis sábanas, con la expresión de satisfacción de quien ha

tenido una buena sesión de sexo y con sus ojos claros brillantes por el sueño, me ablandó un poco. Finalmente cedí y me metí en la cama, cubriéndome con la colcha hasta arriba como si esa situación me avergonzara más que mostrarle cada detalle de mi desnudez.

—No muerdo, ¿sabes? —dijo burlón cuando apagamos la luz y la oscuridad llenó la habitación—. Te puedes acercar un poco más.

—Estoy bien aquí.

—Vamos, nena, me has tenido dentro de tu cuerpo. No puede incomodarte que nos toquemos.

—Esto no es algo que acostumbre a hacer, Harry.

—¿No has dormido nunca con ningún hombre?

—Sí, claro, pero no es algo que vaya demasiado conmigo. Mi espacio personal es sagrado.

—Christina, nos quedan muy pocas horas juntos. No quiero separarme de ti hasta que tenga que ir al aeropuerto. Solo es dormir. Ven aquí y deja que me quede con el recuerdo, por favor.

Estiró la mano y la metió en mi pelo sin dejarme hablar. Sus caricias me estremecieron y acabé cediendo. Me acerqué a él más hasta que nuestros brazos se tocaron. Sentí sus labios buscar mi sien y dejar ahí un beso que duró lo suficiente como para estremecerme de nuevo.

—No vamos a hacer la cucharita —le dije.

—De acuerdo. —Noté la sonrisa en su voz—. Pero dame la mano aunque sea. Quiero sentirte cerca.

Suspiré despacio y al final lo hice. Entrelacé mis dedos con los suyos y cerré los ojos escuchándolo respirar. Antes de dormirme, sus palabras me alcanzaron:

—Ahora sí que has cumplido todas mis fantasías.

A la mañana siguiente amaneció nublado. El despertador de Harry sonó a las siete para que le diera tiempo a abandonar mi habitación sin ser visto. Me vino bien, porque sobre las ocho yo tenía que estar saliendo hacia el aeropuerto.

Mientras se vestía, vi su expresión algo taciturna. No necesité preguntarle qué le pasaba para saber por qué. Yo también estaba un poco cabizbaja de pensar que a partir de ese momento solo seríamos el doctor Watzlawick y Christina Sanders, de la Universidad de Columbia. Probablemente ni siquiera volveríamos a vernos en persona. En el fondo, pensar en ello me entristecía.



—¿Lo llevas todo? —le pregunté mientras se ponía los zapatos.

Se giró hacia mí.

—No, me dejo lo más importante.

—¿El qué?

—A ti.

Se me cayó el alma a los pies.

—Harry...

—No quiero decirte adiós para siempre —dijo, acercándose a mí—. Quiero volver a verte.

—Quieres volver a follarme, querrás decir. Lo nuestro es solo físico. Y ha sido muy bueno, pero tenemos que volver a la vida real. Lo superaremos.

—Sí, ha sido bueno. Pero no es solo tu cuerpo lo que me llama. Quiero saber qué hay dentro de ti.

—Harry, por favor, no insistas. Ha sido increíble, así que no lo estropeemos ahora. Quedémonos con el recuerdo.

Me escrutó con sus ojos azules durante unos segundos antes de dirigirse a mi mesita de noche. Vi como cogía mi móvil y lo desbloqueaba.

—¿Qué estás haciendo?

—He guardado mi número —dijo después de trastear con él unos segundos—. Si alguna vez piensas en mí, escíbeme, ¿vale?

Volvió hacia donde yo estaba y sin más preámbulos me besó. Fue un beso que hablaba de muchas cosas, y ninguna era sexo. La intensidad que nos rodeaba era palpable. Tal vez demasiado.

Cuando me soltó, todavía me temblaban las rodillas.

—Ha sido un placer, Christina. Quiero que sepas que en este hotel he encontrado algo que llevaba buscando desde hace mucho tiempo.

Me hundí en su mirada y, aunque sabía que iba a acabar arrepintiéndome, pregunté:

—¿El qué?

—Conexión.

Unos segundos más tarde, Harry salía de mi habitación. La puerta se cerró tras él y algo me estrujó el pecho cuando asimilé que no volvería a verlo, y menos en esas circunstancias.

En el mundo real, lo nuestro era un imposible. No había nada que nos uniese. Y, aunque lo hubiese, seguiría siendo imposible por todo lo que nos rodeaba a ambos.

Corrí a por mi móvil y, sin pensarlo dos veces, borré su número de mi

agenda. No titubeé. Era la decisión más sensata.  
«Hasta siempre, Harry Watzlawick».

Matt

## ¿Un comienzo?

Nunca he sido una persona especial. En mi época de estudiante no destaque por tener un cerebro brillante. Tampoco tengo ninguna habilidad fuera de lo ordinario ni considero que sobresalga en nada. Soy un tío normal al que solo le importan dos cosas: el trabajo y los suyos.

En aquel momento, tenía la suerte de tener mi vida llena de seres por los que me sacrificaría con los ojos cerrados: mis padres, que me lo habían dado todo, mis tíos y primos, que me habían regalado una infancia llena de recuerdos, y mis amigos, mi familia del día a día, esos hermanos que la naturaleza no me había dado, pero que el destino había puesto en mi camino.

Junto a Neal, Claire, Christina y Olivia me había construido. Había aprendido, había caído y había conseguido levantarme. Y ellos conmigo.

Había sido y seguía siendo testigo de todo lo importante que les había ocurrido en los años que hacía que nos conocíamos. Los había visto dudar, perder empleos, enamorarse y desilusionarse las suficientes veces como para saber que mi lealtad siempre llevaría su nombre; el de los cuatro.

El trabajo era mi otro gran pilar. Mi medio de realización. Lo que daba sentido a mis jornadas.

Vender. Clientes.

Volviendo a lo de antes, si hay algo que sí sé que se me da bien es lo que comúnmente se denomina «hacer negocios». La venta, pura y dura. Descubrir las necesidades de un cliente y desarrollar ante sus ojos una fórmula que cubra su carencia. Voy incluso más allá: crearle a mi interlocutor una *necesidad* en lo que dura la conversación. Hacerle creer que tiene un problema. Y, de la nada, sacar una solución que le arreglará la vida. Motivarle a comprar su propia salvación.

Con esta manera de pensar y cierta gracia para llevar a cabo dicho planteamiento, no es de extrañar que poco después de acabar mi formación obtuviese un puesto sustancioso en una empresa de telefonía móvil. Entré como ejecutivo *junior* y se me asignaron varias cuentas potenciales gracias a las cuales, en pocos meses, mi caché en el mundo laboral creció hasta que mi cuenta de LinkedIn se llenó de ofertas que los *recruiters* del estado me enviaban casi a diario.

El panorama era el ideal para un chico ambicioso de veinticinco años que nunca ha destacado especialmente en nada.

Mi único problema durante esa época, en el que fue mi primer trabajo serio, llevaba zapatos de tacón y nombre de mujer: Sharon Simpson, mi jefa. Mi supervisora directa. La mujer que tenía el poder de suspender mi contrato cuando se le antojase y de ponérmela dura solo alzando una ceja. La maldita Medusa, para que se me entienda, que con una única mirada te convertía en piedra.

Lo nuestro fue enfermizo. Me deseaba con la misma intensidad suicida con la que yo la deseaba a ella. Desafiamos las leyes de la profesionalidad, la autoridad y la moral.

Fue una aventura placentera que llegó a su final cuando su marido nos pilló jodiendo una noche en su despacho sobre mi propia evaluación del semestre que, por cierto, ella había calificado con sobresaliente. El precio a pagar por que nuestro escarceo no llegara a oídos de absolutamente nadie en toda la empresa, fue que yo saliera de manera inmediata de la plantilla sin dar explicaciones ni a los de recursos humanos. Esas fueron las condiciones del señor Simpson para no hundir la carrera de su mujer ni interponerle una demanda de divorcio con muchos cerros de por medio.

Así fue como el pobrecito Matt, la joven promesa de la compañía, se fue derecho a la cola del paro hasta que consiguió el contrato laboral que cambiaría su vida en lo profesional y lo personal.

Sobre todo en lo personal.

Maor & Maor era un grupo empresarial que llevaba complejos vacacionales, hoteles y viviendas de lujo destinadas al alquiler turístico. Formar parte de su departamento comercial fue un gran salto para mi carrera, sí, pero no fue lo que redimensionó mi mundo.

Llevaba solo dos meses trabajando para la compañía cuando llegó ella. La jodida niña. MI jodida niña, diría en un periodo de tiempo que a otros puede parecerles largo tratándose del amor de su vida, pero que a mí me pareció un suspiro.

La conocí un martes. Un martes del mes de junio, concretamente. Acabábamos de empezar la temporada de verano y las jornadas dentro de la oficina eran un puto desastre.

Ese día no estaba de especial humor, lo reconozco. Llevaba muy poco tiempo de adaptación a las rutinas de aquel trabajo y se me había asignado dar

la acogida a la nueva hornada de recién graduados que se incorporaban a la empresa para dar soporte al departamento durante los próximos meses.

Recuerdo que había tenido un mal despertar. Había discutido con Neal antes de salir de casa. Nada grave, simplemente que compartir piso con tu mejor amigo puede convertir los típicos conflictos de convivencia en una tragedia griega.

Mi supervisor, el señor Gonzales, me dejó solo en una sala tras presentarme como Matt Lee, uno de los *key account manager* de la oficina de Nueva York.

Voy a ser sincero. Les hablé durante más de una hora de las peculiaridades de nuestro departamento. Contesté preguntas, resolví dudas e incluso hice algunas bromas para crear sensación de camaradería entre nosotros, pero no me quedé con ninguna cara. «¿Para qué?», pensé. Era un grupo muy heterogéneo. Algunos serían comerciales de calle, otros trabajarían la estrategia con los responsables de cuenta y otros solo darían soporte en tareas de oficina. No me molesté en preguntarles las funciones que desempeñaría cada uno, y eso causó que empezara con mal pie con la que sería la persona más importante de mi vida.

La primera vez que me dirigí a ella fue dos días después. Fue, además, el mismo momento en el que reparé en su existencia.

No, no sentí nada trascendental. No se me paró el corazón ni fantaseé con montármelo con ella en algún rincón de aquel edificio en el que se encontraba nuestra empresa. Pensé que era una chica mona, pero sin más. Pelo negro, ojos oscuros, nariz respingona. Expresión seria. Menudita. Muy joven para mí, que siempre había tenido debilidad por mujeres mayores que yo.

La vi cargada con una pila de papeles que dejaba en la mesa de uno de mis compañeros. Después se paró en la mesa de otro y observé cómo trasteaban con la agenda. Yo iba fatal de tiempo y el estrés hizo que mi mente codificara la información que entraba por mis ojos de la manera que sin duda más me interesaba en ese momento.

—Perdone, señorita —la llamé cuando pasó por mi lado unos segundos después—. ¿Podría hacerme fotocopias de estos documentos?

Se giró sorprendida por que me dirigiera a ella y se detuvo junto a mi mesa, echando un vistazo a los *dossieres* apilados que yo le señalaba con un gesto vago de la mano.

—¿De todo? —Sus cejas se alzaron con gesto interrogante.

—No. Los tres primeros a doble cara. Los dos últimos solo la cara par. — Cogí los documentos y los acomodé en sus brazos, tomándome, quizá, demasiadas confianzas—. Los de doble cara en blanco y negro; los otros en color.

—Vale. ¿Algo más?

—Que sea en papel reciclado —especifiqué.

—¿Todo?

—Eh... no. Las que van a color no.

—Esas son las pares de los últimos *dossieres*, ¿verdad?

—Pues ya no lo sé. —Me pincé el puente de la nariz—. ¿No lo ha apuntado?

—Tengo buena memoria.

—Bueno... espero que sea correcto todo. Lo necesito para una reunión que empieza en —miré mi reloj de muñeca favorito, el que me habían regalado mis amigos cuando me gradué en la escuela de negocios— cinco minutos.

—Eh... De acuerdo.

No sé cómo lo hizo, pero llegó a tiempo con todas las instrucciones que le había mandado sobre la marcha cumplidas a rajatabla. Me entregó los documentos originales, las copias y me di cuenta de que incluso se había tomado la molestia de graparlo todo. «Qué buena secretaria hemos fichado para el departamento», pensé. «Ojalá dure más que la anterior».

Le di las gracias, pero ella se quedó allí, frente a mí como esperando algo más por mi parte.

—Muy buen trabajo, señorita —recalqué, por si acaso era una de esas personas que necesitan que les digan más de una vez lo eficientes que son—. Por favor, si alguien pregunta por mí, tome nota y dígame que estoy en una reunión.

Cogí todas las carpetas que iba a necesitar y emprendí el paso hasta el despacho de mi supervisor. No me di cuenta de que ella se quedaba allí, viéndome marchar, y con una mueca de decepción pintada en el rostro.

La segunda vez que interactuamos fue casi peor. Fue el lunes siguiente de su incorporación en la empresa. No había vuelto a coincidir con ella para nada. La había visto en alguna ocasión caminando de aquí para allá a lo largo de la planta; supuse que debido a lo que exigía la naturaleza de su trabajo.

El caso es que pasó por mi cubículo justo en el momento que yo más necesitaba alguien que me facilitara un poco la vida. Como seguía sin saber su

nombre, llamé su atención de la única manera que se me ocurrió.

—Señorita. ¡Señorita!

Ella se paró en seco y me dio la sensación de que posponía lo que fuera que tenía entre manos para atenderme a mí.

—Dígame, señor Lee —dijo con una sonrisa cordial; no amistosa, sino, simplemente, profesional.

—¿Me traería un café?

—¿Cómo dice?

—Sí, un café. Pero no de la máquina. De la tienda que hay en la esquina.

—Eh... —Su rostro se llenó de confusión y miró a su alrededor, como en busca de algo.

—¿No es un buen momento?

—Bueno... sí. Sí. Dígame, ¿qué necesita?

—Café —repetí—. Doble, pero con leche.

—Vale.

—La leche desnatada. Templada. Ni fría ni caliente. Templada.

—Vale. —Hizo un asentimiento y puso cara de estar memorizando—. ¿Con azúcar?

—Sí. Moreno si hay.

—¿Y si no?

—Azúcar normal.

—¿Un sobre?

—Sí. Uno si es normal; dos si es moreno.

—Vale.

—Ah, y si le ofrecen alguno de esos nuevos cafés aromáticos diga que no. A no ser que sea colombiano, en ese caso diga que sí.

De nuevo esa cara que reflejaba que de manera interna estaba repitiéndose a sí misma las *peculiaridades* de mi pedido.

—De acuerdo. ¿Le traigo el *ticket*?

—No, que le hagan factura a nombre de la empresa y ya que se añada a las dietas del mes. Asegúrese de que la factura no sea simplificada, que luego siempre hay problemas.

Hizo un asentimiento y, con un golpe de melena, se dio la vuelta y se dirigió al ascensor. No pude evitar echar un vistacito disimulado a la manera en la que se contoneaban sus caderas, pero enseguida retiré la mirada. Odiaba a esos hombres babosos que inspeccionan a las mujeres como mercancía, y más aún en un entorno laboral.



Volvió unos veinte minutos después con una expresión de fastidio que intentaba disimular. Parecía de malhumor y eso hizo que olvidara en el acto la gracia que tenía al andar. Nunca me ha gustado la gente que pone mala cara mientras hace su trabajo. Me parece poco profesional y una muestra de inmadurez demasiado evidente. Aunque, bien pensado, ¿qué edad tendría la nueva secretaria?

—¿Y la galleta? —le pregunté cuando dejó el vaso humeante sobre mi mesa y hacía el amago de emprender el paso hacia otro lugar de la oficina.

—¿Qué galleta?

—La que siempre dan con el café en la tienda de la esquina.

—Ah, es que no he ido a esa. Había mucha cola y he ido al Starbucks.

—¿Starbucks?

—Estaba vacío. —Alzó las cejas y me pareció detectar un deje de chulería en su voz—. ¿Hay algún problema?

—Hombre, coincidirá conmigo en que no es lo mismo comer hamburguesa en un *diner* típico americano que en el McDonalds, ¿no, señorita?

—Señorita Miller —soltó de pronto con un tono de voz mucho más serio del que le había oído hasta el momento.

—¿Qué?

—Suele llamarme señorita, a secas, como si esto fuera un bar. Mi nombre es Kate Miller.

Su lenguaje corporal se endureció de una forma que hizo que me fijara de manera detenida en ella por primera vez. Era joven, eso estaba claro. ¿Veinte? ¿Veintiuno? ¿Veintidós? Pero en sus ojos vi muchos más años condensados. Experiencias, sabiduría. Su mirada estaba cargada de cientos de enseñanzas que únicamente te dan los golpes de la vida. Solo tendría unos pocos años menos que yo, pero algo me decía que podía darme lecciones en muchas más cuestiones de las que era capaz de imaginar en ese momento.

—Disculpe, señorita Miller. —La oleada de respeto que había despertado en mi interior se imprimó de forma irremediable en mi voz. Me saqué unas cuantas monedas del bolsillo del pantalón y se las tendí—. Aquí tiene el dinero.

—¿Señorita Miller?

—¿Sí, señor Lee?

Aquella vez nos habíamos encontrado por casualidad. Era jueves por la tarde y en la oficina se respiraban tanto las ganas del fin de semana como la

presión por cerrar todo lo pendiente.

—Tengo una reunión con un cliente en el despacho del departamento y está todo hecho un desastre. ¿Sería tan amable de archivar todos los documentos que no estén en carpetas?

Señalé hacia el interior del despacho, que podía verse sin dificultades gracias a las puertas de cristal. Incluso desde allí se intuía el desastre del que le había hablado.

—¿Se refiere al fajo de papeles que hay en la repisa? —preguntó pasando la mirada de allí hasta mí.

—Sí, exacto. Muchas gracias. —Le sonreí—. Lo necesito para dentro de media hora. Vaya yendo, el tiempo apremia.

Empecé a caminar hacia la otra punta de la planta, pero su voz me detuvo en el acto. No sé por qué, pero se me erizó el vello de la nuca. Tal vez fue por la multitud de matices que pude detectar en unas pocas palabras. Curiosidad. Furia. Seguridad. Ambición.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Lee?

Me di la vuelta y clavé mis ojos en los de ella.

—Sí, claro. Dígame.

—¿Usted cree que soy su secretaria?

—¿Cómo? —La miré extrañado porque, sinceramente, no entendía la pregunta.

—Si cree que soy su secretaria.

—Eh... mía personal no, pero es la secretaria del departamento, ¿no?

—No. Esa es Holly.

—¿Quién diablos es Holly?

—La secretaria del departamento.

Fruncí el ceño. Estaba confuso.

—¿Se está quedando conmigo, señorita Miller?

—No. Simplemente le informo de que entre mis funciones no entra obedecer sus órdenes.

—¿Y cuáles son sus funciones, si puede saberse?

—Durante los seis próximos meses soy ejecutiva *junior* en el departamento comercial de Maor & Maor. Según tengo entendido, mis tareas principales son apoyar en el diseño de planes comerciales, analizar las necesidades de las cuentas que se me asignen, asistir a las negociaciones de...

—Un momento. —La corté. ¿Era posible que llevara más de una semana tratando a uno de los nuevos fichajes como a una secretaria?—. ¿Es... es en

serio? ¿No es secretaria?

—Pues claro que no soy secretaria. Soy graduada por la Universidad de Fairfield y, ahora mismo, pertenezco a su equipo. Llevo una semana entera esperando a que me asigne alguna tarea de verdad.

—No puede ser. —Negué con la cabeza. ¿La señorita Miller estaba en mi equipo? ¿Cómo había metido la pata hasta ese punto?—. Tiene que haber un fallo. A mi equipo solo se ha incorporado ese chico, Roy.

—Es Troy, no Roy. Pero no es el único que le asignaron. Usted es Matthew Lee, ¿no?

—Sí.

—Pues estoy en su equipo.

—No recuerdo que en mi equipo hubiera ninguna mujer.

Los ojos de ella se agrandaron y los vi brillar con contrariedad.

—¿Qué se supone que está queriendo decir con eso?

—No, no me malinterprete. Me gusta trabajar con mujeres. —Y aunque sé que no era un comentario despectivo, también sé que no sonó bien. Solo hacía falta verle la cara a Kate.

—¿En qué siglo cree que estamos, señor Lee?

—Puedes llamarme Matt, en realidad.

—Vale. ¿En qué siglo crees que estamos, Matt?

—Veintiuno —respondí como el idiota prepotente que estaba demostrando que era.

—¿Y crees propio de esta época diferenciar a los compañeros de trabajo por su sexo?

La observé con atención, sintiéndome perdido de pronto, a pesar de que yo siempre sabía dónde tenía parados los pies. Algo en esa chica parecía descolocarme. Quizá la paradoja de su juventud que se diluía en la dureza de sus ojos. O, tal vez, la manera en la que había aguantado mis *instrucciones* durante días, que nada tenía que ver con la seguridad absoluta que en ese momento desprendía su postura mientras se enfrentaba a mí.

—No —respondí al final—. Ni tampoco era mi intención ofenderte.

—Bien.

Se quedó callada y creo que fue justo en ese momento cuando entre nosotros se estableció un reto. Un reto que nos marcó, que definió nuestra relación en su fase más temprana y que condicionó todo lo que vino a continuación.

Algo me vibró dentro aconsejándome que arreglara las cosas con ella. La

había cagado, la había hecho sentir al margen de mi equipo y ni siquiera había contemplado la posibilidad de verla con ojos de compañero.

Es cierto que en ese momento no sentía que le debía nada, pero sabía que tenía que enmendar mi error.

—Mira, mañana a las ocho iba a reunirme con Troy para tratar de cuadrar un par de cuestiones acerca de las cuentas que llevamos. —Evalué su expresión con los ojos entrecerrados—. Deberías venir tú también.

Ella pareció pensárselo unos segundos que me resultaron eternos.

—De acuerdo —dijo al final, y creí ver un conato de sonrisa en la comisura de su boca; sonrisa que nunca llegó a nacer.

—¿Nos vemos en el despacho de la planta de arriba? —traté de confirmar con una mirada conciliadora.

—Vale.

Me esforcé por sonreírle como lo haría con cualquier otro colega y ella, a pesar de que no me devolvió el gesto, relajó un poco su pose. Aunque poco duró porque, como mis amigos me repetían en innumerables ocasiones, soy un tocapelotas de campeonato y a veces no sé cuándo mantener mi boca cerrada.

—Eh, esto, Kate...

—¿Sí?

—Bueno... ¿podrás recoger los papeles que te he dicho antes? Voy mal de tiempo y...

La calma que se había asomado a sus ojos segundos antes desapareció en un único parpadeo. El hielo llenó al instante el espacio que nos separaba.

—Díselo a la secretaria del departamento —sentenció—. Yo soy tu compañera, no tu criada.

Se marchó dejando a su paso una estela de dignidad, de una seguridad en lo que hacía que me dejó pasmado.

Volví a fijarme en cómo movía las caderas. Y, por primera vez, detecté el perfume que desprendía. Como a plastilina, a lápices de colores, a un folio sobre el que crear. Lo asocié con mi infancia de una forma que se me pegó a las tripas y ya no pude pensar en otra cosa en todo el día.

Tras finalizar la reunión, comprobé mi correo para ver si era posible que se me hubiera pasado la incorporación de un nuevo miembro a mi equipo. Encontré el *email* en el que me hablaban de Troy —que no Roy—, pero ni rastro del nombre de Kate.

Después de un rato perdido en mi bandeja de entrada, vi que en el chat

interno de la empresa —ese que nunca miraba— tenía un mensaje de mi supervisor en el que, efectivamente, me anunciaba que Katherine Miller había sido una incorporación de última hora que entraba a formar parte de mi equipo de cuentas, no como una subordinada, sino como mi compañera durante los próximos seis meses.

Yo en ese momento no lo sabía, pero Kate no era el tipo de chica que olvida, que es capaz de cambiar una primera impresión cuando se ha herido su ego o que regala sonrisas si no cree que las mereces al cien por cien.

Por eso me costó tanto entrar. Por eso mi reacción hacia su *rechazo* fue ser un gilipollas con ella tanto tiempo. Por eso nuestra historia fue lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida.

Porque, en el fondo, mi jodida niña y yo éramos iguales.

Christina

## ¿Tú aquí?

Eran las tres de la mañana, pero no podía dormir. Demasiadas cosas que cerrar de cara al final de año académico, demasiada presión y demasiados proyectos entre manos.

Acababa de volver a mi casa después de una noche de copas. Había salido con mis amigos a cenar y luego a tomar algo en un *pub* que estaba cerca.

Allí se me había acercado un chico. Alto, moreno, veintitantos; un poco hípster. Me entró por el ojo, no lo voy a negar. Así que cuando me invitó a una copa acepté con una sonrisa.

Una hora después nos besábamos en un rincón del local. Cuando me quise dar cuenta, me despedía de mis amigos y me montaba con él en un taxi que nos llevaba a su casa.

El sexo fue normal. No hubo fuegos artificiales, pero conseguí un orgasmo, que no estaba mal después de un par de meses de sequía.

Era la primera vez que me acostaba con alguien desde Atlanta. El último en besarme y acomodarse entre mis piernas había sido Harry Watzlawick, y mentiría si dijera que durante mi encuentro con el chico hípster no pensé un poco en él. Supongo que era normal, teniendo en cuenta que el último recuerdo que tenía del sexo era con alguien con quien había tenido una química tan brutal.

Debería haber caído inconsciente nada más poner la cabeza en la almohada cuando llegué a casa, pero no fue así. Como consecuencia, a la mañana siguiente me desperté cerca de mediodía y entre eso, y que por la tarde tenía la reunión en The New de cada semana, no toqué ni un solo documento de la universidad.

—¿Qué tal fue el final de la noche, Sanders? —preguntó Matt apenas nos sentamos en nuestra mesa habitual de la cafetería.

—Pues bien, ya sabes. Lo de siempre. Coqueteo visual, una copa, algo de conversación, besos en un rincón del local, un trayecto eterno hasta su piso, un rato de sexo y un taxi de vuelta a casa en mitad de la madrugada.

—¿Quién dijo que el romanticismo ha muerto? —bromeó Liv.

—Te has vuelto muy pragmática —apuntó Claire.

—Sí, y así mi vida es mucho más fácil.

—Di que sí. —Matt me guiñó un ojo—. Yo estoy contigo.

Nos habíamos visto el día anterior, pero aun así pasamos toda la tarde hablando de aquello que ocurría en nuestras vidas. Los trabajos nuevos de Liv y Matt, los proyectos que llevaba Claire en esos momentos y la carrera para la que estaba entrenando Neal.

Volví a casa bastante despejada y aproveché para llamar a mi madre, a la que noté como siempre: tranquila y sin más novedad que los quebraderos de cabeza de su empresa.

Cuando colgué, decidí que seguiría con mi día de desconexión del trabajo, así que me puse una película, cené algunas sobras y disfruté de un rato de sofá.

Todo apuntaba a que la semana que empezaba sería tranquila, a pesar de los plazos que se nos echaban encima. Había comenzado el periodo de exámenes finales en la universidad, así que apenas quedaban clases y había muchos menos estudiantes correteando por los pasillos.

Nada más llegar al despacho compartido por los becarios del departamento y dejar mi bolso en la silla, encendí el ordenador. Enseguida saltó la alarma del calendario de Google recordándome la reunión que tenía con Virginia y con Zoe, la estudiante de posgrado que trabajaba codo con codo con nosotras.

Me dirigí al despacho de Virginia con mi libreta de notas en una mano y mi café para llevar en la otra. Ellas ya estaban allí.

—A ver, esto va a ser breve —empezó a decir mi tutora, acomodándose sus enormes gafas de vista—. Ayer hablé con Amanda Simons, de Wilkens. Por fin, dos meses después, tienen una respuesta.

Virginia hizo una pausa y a mí empezaron a sudarme las manos. Era escuchar la palabra Wilkens y recordar a cierto miembro de la junta al que conocía de manera íntima.

—¿Y bien? —pregunté, tratando de no mostrarme nerviosa.

—Han decidido financiarnos.

Tanto Zoe como yo dibujamos unas amplias sonrisas, pero Virginia enseguida levantó una mano frente a nosotras.

—No os emocionéis tan rápido. Tienen condiciones.

—¿Condiciones? —Parpadeé—. ¿Qué condiciones?

—Quieren crédito en los artículos que publiquemos y que su nombre salga en todo momento, en cada exposición, entrevista y escrito de divulgación científica. Y quieren poder presentar los resultados en el Congreso



Internacional de Farmacodinámica del año que viene.

—Bueno... no está tan mal.

—No he terminado. —Carraspeó un poco y apoyó los codos sobre la mesa para mirarnos con atención—. Quieren a uno de los suyos supervisando la investigación.

—¿Cómo? ¿Aquí? ¿En el terreno?

—Sí.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tendremos a un miembro de Wilkens metido en nuestro laboratorio durante lo que dure el estudio. Algo así como un consultor interno.

Fruncí el ceño.

—Pero... eso podría ser hasta ocho o nueve meses.

—Exacto.

—¿Y vamos a tener a uno de ellos aquí, respirándonos en la nuca mientras nosotras trabajamos?

—Sí, y no a uno cualquiera. A alguien de la junta.

Mis ojos se abrieron exageradamente. Me temí lo peor. Las pulsaciones se me dispararon y supe con total certeza cómo acabaría esa conversación.

—¿Quién de la junta? —preguntó Zoe a mi lado—. ¿Amanda Simons?

—No —contestó Virginia con seriedad—. Harry Watzlawick.

Me quedé de piedra mientras la información iba calando en mi sistema nervioso. No, no podía ser... ¿Harry en Nueva York? ¿Trabajando día y noche con nosotras? No, peor, ¿supervisando nuestro trabajo? Un calor absurdo se apoderó de mi cuerpo. Empecé a sudar bajo la fina tela de mi camiseta y mi cuello se encendió.

—¿Christina, estás bien?

—Sí... eh... el café está muy caliente y me he sofocado.

—No te hace mucha gracia lo de Watzlawick, ¿no? —adivinó mi tutora, tan perceptiva como siempre.

—Claro que no. No necesitamos un guardia que vigile que estamos haciendo nuestro trabajo.

—Lo sé. Yo pienso lo mismo. Pero es lo que hay.

—¿Cuándo vendrá? —se interesó Zoe.

—A principios del mes que viene.

Genial.

Eso me daba unas cuantas semanas de margen para prepararme psicológicamente para reencontrarme con él.

Tiene gracia que el mes de espera hasta la llegada de Harry se me pasara volando. Había empleado esas últimas semanas en reprenderme a mí misma por haber sido tan estúpida y haberme dejado llevar por los deseos de mi cuerpo.

Nunca, jamás, en toda mi vida, me había involucrado con nadie del trabajo. Y la única vez que lo había hecho había tenido que ser con la persona menos indicada. El jodido doctor Watzlawick, quien no solo tenía en su mano el destino de nuestra investigación, sino que ahora iba a pasar a ser una especie de supervisor de mi trabajo diario.

En resumidas cuentas: me había liado con mi superior. No se me ocurría un escenario peor para seguir desarrollando mi tesis doctoral.

El día que aterrizaba en Nueva York, estuve hecha un manojo de nervios desde que me levanté. Como siempre, no lo exteriorizaba, pero mi estómago se resentía por todas esas emociones que yo trataba de enterrar para mantener el control.

No sabía si lo vería, pero por si acaso había elegido mi ropa a conciencia. No porque quisiera estar guapa, sino porque no quería que Harry pensara que me había arreglado de más para él.

Entré en el despacho a primera hora de la mañana y dejé mis cosas. Me senté en la silla y empecé a dar pequeños tragos a mi café. Tenía varios correos que contestar antes de meterme en el laboratorio.

Aproximadamente a la hora del almuerzo, mientras tomaba unas muestras en el ordenador, Virginia irrumpió en la sala con aspecto frustrado.

—Christina, deja lo que estás haciendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Me ha llamado el director del hospital en persona con una emergencia. Tengo que salir para allí ahora mismo.

Me quedé mirándola sin entender qué tenía que ver eso conmigo.

—No puedo ir a por Watzlawick al aeropuerto —aclaró—. Vas a tener que ir tú.

—¿Yo?

—Sí. Toma. Aquí tienes las llaves de mi coche. Está en la sección B del parking de personal. Su avión llega en poco más de una hora. Deberías ir saliendo ya.

Miré el llavero que me tendía. Un retortijón cruzó mi estómago. Dios. No estaba preparada para verlo tan pronto.

—Estoy en medio del procedimiento de muestras —repliqué, con la esperanza de librarme de aquello.

—Pues dile a Zoe que continúe por ti. Alguien tiene que estar ahí para recibir a Watzlawick. Si no soy yo como directora del departamento, tendrás que ser tú, que eres mi mano derecha y, además, ya lo conoces.

Asentí con lentitud. Era cierto que lo conocía. Demasiado.

Cogí aire y me puse en pie.

—De acuerdo. Voy a avisar a Zoe.

—Perfecto. Cuando volváis yo habré acabado, así que podemos comer los cuatro.

—Tomo nota.

Apenas quince minutos más tarde me incorporaba al tráfico neoyorkino montada en el Mercedes Clase A de mi tutora. Hacía siglos que no estaba tan nerviosa. Fue un milagro que no cometiera ninguna imprudencia al volante.

Intenté razonar conmigo misma que no había motivos para estar tan histérica. ¿Y qué que fuera a ver a Harry? No es que fuera la primera vez que coincidía con un hombre con el que había tenido un rollo. ¿Era eso lo que me alteraba? ¿Era el hecho de que fuéramos a trabajar juntos y que yo fuera a ser su subordinada? ¿O era simplemente lo que sentía dentro ante la perspectiva de volver a verlo?

La verdad era que estaba nerviosa como una chiquilla. Yo, que era dura de pelar. Tenía que tranquilizarme. Sí, era cierto que Harry había tardado en irse de mi cabeza más que la mayoría. De hecho, no estaba segura de haberlo expulsado todavía. Pero me dejaría la piel en dejar todo eso atrás, y más ahora que tendría que lidiar con él día tras día. Estaba en juego mi reputación, mi trabajo y mi cordura.

El aeropuerto de La Guardia estaba abarrotado, como siempre, a pesar de ser martes. Pero yo lo sentía vacío, puesto que solo tenía ojos para la puerta por la que en breve aparecerían los pasajeros del vuelo procedente de Boston.

Permanecí allí plantada, retorciéndome las manos, durante lo que debieron de ser quince minutos. Empezaba a sentirme desesperada. Quería acabar con ello cuanto antes. Estaba sudando a mares. Me dolía el estómago y mi pulso retumbaba contra mi cuello. La espera me estaba matando.

Cuando las puertas automáticas volvieron a abrirse una vez más y entre el

gentío descubrí la cabeza de Harry, me temblaron las piernas.

Iba concentrado en la pantalla de su móvil, así que todavía no me había visto. Eso me dio algo de margen para acostumbrarme a su imagen. Aun en la distancia, supe sin lugar a dudas que estaba guapo. Llevaba unos pantalones oscuros, zapatos y una camisa azul. De su hombro colgaba una especie de bolsa de viaje y arrastraba una gran maleta de cuatro ruedas. Dios. Era una realidad. Estaba aquí.

Avanzó unos pasos con aire distraído, hasta que por fin alzó la cabeza y sus ojos me encontraron. Nos miramos durante unos segundos eternos en los que el resto del mundo desapareció. No había gente, no había sonidos, no había nada que no fuera el duelo entre nuestras pupilas.

Recorrió los pocos metros que nos separaban con una expresión inescrutable. No sé si estaba contento, nervioso o intrigado. A mí se me había secado la boca. Cuando estuvimos lo suficientemente cerca, vi que en sus labios se dibujaba una sonrisa burlona. Una sonrisa que resonó en mi vientre.

—Vaya, vaya... —dijo él a modo de saludo, sin dejar de observarme.

A pesar del tiempo que había tenido para prepararme, no tenía ni la más mínima idea de cómo actuar. Estaba en blanco. Así que me limité a extender la mano con la esperanza de que él la estrechara y fuera todo lo más formal posible.

—Doctor Watzlawick.

—Querida señorita Sanders, esto sí que es una bienvenida. —Aceptó la mano y yo traté de ignorar el escalofrío que reptó por mi piel cuando nuestras dos palmas se juntaron—. Aunque... se vuelve usted muy correcta en su propio terreno, ¿no cree?

—Ya sabe que me tomo muy en serio mi trabajo. Y usted es ahora mi superior.

—Solo cuando estemos en la universidad. El resto del tiempo sigo siendo el mismo hombre que consiguió derribar tus defensas.

Bien. Por lo visto la discreción no figuraba entre sus planes del día.

—No conseguiste derribar nada. Lo que tuvimos fue solo...

—¿Sí? —me animó a continuar.

Observé sus cejas arqueadas y valoré no darle una respuesta. No me convenía hablar con claridad acerca de lo que fuimos, pero por otra parte me negaba a esconderme y no llamar las cosas por su nombre.

—Sexo —dije por fin—. Solo sexo.

—Sexo del bueno, nena —apuntó él con una sonrisa de medio lado.

—Ese detalle no tiene importancia. —Carraspeé—. La cuestión es que esto no es un hotel en Atlanta en el que podemos jugar a escondernos. Esto es la vida real. Todo lo que me importa está en esta ciudad, así que guárdate tus «nena» y tus sonrisas provocadoras porque a partir de ahora a ti y a mí solo nos une la universidad.

Me miró durante unos segundos con expresión divertida.

—¿Sonrisas provocadoras?

—Harry...

—Vale, está bien. Casi había olvidado que eres un hueso duro de roer. Casi.

—Pues creo que lo mejor es que lo tengas presente.

Volvió a sonreír, como si estuviera disfrutando de aquel intercambio de palabras tan poco cordial.

—En fin, tienes razón, hagámoslo simple. Acabo de aterrizar. No me apetece que discutamos después de tres meses sin saber absolutamente nada el uno del otro. Ya tendremos tiempo de ponernos al día.

Me guiñó un ojo, dejando perfectamente claro que el tema no acababa ahí. Suspiré con fuerza y le hice una seña para que anduviéramos hacia la salida.

—¿Vamos a por el coche?

El Mercedes de Virginia tenía una selección de música clásica que me había ayudado a tranquilizarme de camino al aeropuerto. Ahora, de vuelta a la ciudad y con Harry a mi lado, me parecía que cargaba la atmósfera de todas esas palabras que no pronunciábamos.

Sentía su atención fija en mí mientras conducía. No me incomodaba, aunque la presión de su mirada había conseguido que mi temperatura corporal aumentase a pesar del aire acondicionado.

—¿Este coche es tuyo? —preguntó de pronto, rompiendo el silencio.

—No, qué va. Es de Virginia. En principio iba a venir ella a recogerte, pero le ha surgido un asunto urgente a última hora.

—Vaya... Yo pensaba que te morías por verme y que te habías ofrecido voluntaria para recibirme.

—Nada más lejos de la realidad, doctor Watzlawick.

—Ya... Debería haberlo supuesto, después de tres meses sin dar señales de vida. Ni un simple mensaje...

Aunque intentó que el comentario sonara de manera casual, pude detectar el sutil tono de reproche que escondían sus palabras.

—Tal vez es que no he encontrado el momento —mentí. «Tal vez me deshice de tu teléfono», hubiera sido la verdad.

—¿De verdad no has vuelto a pensar en mí en tres meses?

Lo miré de reojo.

—Yo no he dicho eso.

—Yo sí he pensado en ti —siguió diciendo—. He revivido nuestros días en Atlanta una y otra vez.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Sí. —Lo vi sonreír de manera descarada—. Que me quedé con ganas de más.

Apenas volvimos a hablar durante el resto del trayecto. Para Harry parecía físicamente imposible soltar dos frases sin que algo en ellas sonara a flirteo y yo no tenía ni idea de qué decir. En el ámbito profesional su presencia me cabreaba porque sentía que se estaba poniendo mi trabajo en tela de juicio. Y en el personal tenerlo cerca me recordaba lo débil que había sido. Así que no tenía ni la más mínima idea de qué hablar.

Cuando el navegador del coche me indicó que habíamos llegado a la dirección que me había dado, detuve el vehículo.

—Es aquí —le dije.

Harry echó un vistazo al edificio frente al que nos habíamos parado, donde viviría durante los meses que estuviera en Nueva York. Estábamos en una zona relativamente moderna que quedaba bastante cerca de la universidad. Algo más de media hora andando; a un par de paradas en metro.

—Vale. Iré arriba a dejar las maletas y luego podemos reunirnos para comer con Virginia. —Se desabrochó el cinturón y me miró a los ojos con intención—. ¿Te apetece subir?

—Eh... Creo que mejor me quedo aquí.

—Eso suponía. —Sonrió—. Pues espérame. No tardo nada.

Quince minutos más tarde estaba de vuelta. Cuando se hubo sentado, reanudé la marcha y en tiempo récord habíamos aparcado de nuevo en la plaza de Virginia.

Nos quitamos los cinturones de seguridad y, antes de salir del coche, compartimos una mirada que decía muchas cosas. Sus ojos, que parecían más oscuros debido a la pobre iluminación del parking, me analizaban con intensidad. Me quedé de piedra, incapaz de moverme o de abrir la boca para deshacer la tensión que se había instalado a nuestro alrededor.

Él fue el primero en hablar, con el principio de una sonrisa bailando en sus

labios.

—Dime la verdad, Christina. ¿Qué piensas de que esté aquí?

—¿La verdad? No entiendo muy bien la figura del supervisor en una investigación en la que nos hemos apañado perfectamente durante tanto tiempo. Pero acepto vuestras condiciones. Pondré todo de mi parte para que trabajemos bien.

Hizo un asentimiento con la cabeza sin dejar de observarme.

—Bien. ¿Y a nivel personal?

—¿A nivel personal qué?

—¿Cómo te hace sentir que vayamos a compartir tanto tiempo?

Tragué saliva.

—Te lo he dicho antes, Harry. A partir de ahora el único punto en común entre tú y yo es la universidad. Voy a intentar borrar de mi mente que en su día cometí el error de acercarme demasiado a ti. Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Error? ¿Crees que lo pasó entre nosotros fue un error?

—Creo con total seguridad que de haber sabido que acabarías supervisando mi trabajo jamás me habría permitido llegar tan lejos contigo.

Harry recibió mis palabras con expresión seria. Se aclaró un poco la garganta antes de hablar.

—Yo jamás te he visto como un error, Christina. Te lo puedo asegurar. Y siento que el hecho de que ahora sea algo así como un superior te haga ver las cosas de esa manera. Pero yo soy el mismo. Y las ganas de conocerte no han desaparecido. Quiero que lo sepas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que esperaré a que bajes la guardia para volver a acercarme a ti.

—Harry...

—No será hoy. No será mañana. Pero te advierto que soy una persona muy perseverante. Y suele gustarme salirme con la mía.

Sin más me dedicó una de sus sonrisas demoledoras y salió del coche. Yo respiré hondo durante los segundos siguientes y a continuación seguí sus pasos.

Tuve que hacer lo posible durante el resto del día para que no se diera cuenta de que mi respiración se aceleraba cada vez que estaba a su lado.

## ¿Buscándome en las esquinas?

No sé explicar lo que supuso para mí que Harry pasara a formar parte de mi vida.

Las dos primeras semanas fueron tranquilas. Coincidió bastante con él en numerosas reuniones destinadas a ponerlo al día acerca del funcionamiento del departamento y de los protocolos que teníamos pactados para desarrollar la investigación.

En su favor tengo que decir que delante de la gente se mostraba correcto. Amable, solícito, el tipo de caballero que yo sabía que no era. Harry era provocador, arrogante, le gustaba hablar claro y sucio y hacía lo que fuera por salirse con la suya. Me lo había demostrado en el pasado y me lo demostraba día tras día, en cada oportunidad que tenía cuando estábamos solos.

Normalmente éramos los primeros en llegar. Un par de *frikis* de la ciencia adictos al trabajo que prácticamente abrían la universidad.

Él tenía su propio despacho, que estaba muy cerca del que yo compartía con mis compañeros, así que coincidíamos en el pasillo muchos días cuando entrábamos, y todos, sin excepción, me daba un repaso visual. Barría mi aspecto de arriba abajo y de abajo arriba y en su rostro se pintaba una expresión feroz, como si supiera exactamente qué había debajo de la ropa, cosa que, por otra parte, conocía bastante bien.

—Buenos días, Christina —me dijo una de esas mañanas que nuestros pasos tropezaron.

—Buenos días, doctor Watzlawick.

Me miró con atención unos segundos mientras sacaba la llave del bolsillo del pantalón para abrir la puerta del despacho.

—¿Cuándo volveré a ser Harry para ti?

—Cuando dejes de mirarme como si estuviera desnuda en tu cama —contesté yo con soltura.

El comentario lo hizo reír. Se apoyó en la pared que quedaba a su lado y volvió a repasarme de pies a cabeza.



—Yo no contaría con que eso pase en un futuro próximo.

Había días que teníamos que trabajar codo con codo, junto con Zoe, Virginia u otros compañeros del departamento. A pesar de todo, pasar tiempo con él dentro del laboratorio me gustaba, puesto que tenía la oportunidad de aprender de lo que hacía. Harry era una persona inteligente y meticulosa en cada tarea que emprendía, y a nivel profesional era un privilegio poder tenerlo como referente. No obstante, en cuanto bajaba la guardia y nos quedábamos solos, enseguida se deshacía de la piel de cordero y me dejaba ver al lobo que había debajo.

—¿Se me permite hacer una observación? —me preguntó una mañana. Habíamos tenido una reunión de equipo a primera hora y nos habíamos quedado rezagados en la sala recogiendo nuestras cosas. Como siempre que estábamos solos, la tensión empezó a apoderarse de mi cuerpo.

—Puedes intentarlo.

—Bien, allá voy: hoy estás arrebatadora, nena. ¿Tienes una cita después del trabajo o qué?

Miré disimuladamente mi atuendo para ganar algo de tiempo. Llevaba un vestido muy fino y unas sandalias de tacón que raramente me ponía para ir a trabajar. A la universidad normalmente acudía con vaqueros o ropa cómoda que me permitiera hacer frente a una jornada encerrada dentro del laboratorio.

—No es que sea asunto tuyo, pero tengo una reunión con Virginia en el hospital.

—Te los vas a meter a todos en el bolsillo —dijo sonriendo—. Estoy seguro.

—Ya veremos. —Crucé el umbral de la sala, pero antes salir al exterior del todo me lo pensé mejor y di un paso atrás—. Por cierto, una cosa, Harry.

—Dime.

—No vuelvas a llamarme nena entre estas cuatro paredes.

El verano ya había comenzado. Harry llevaba varias semanas en Nueva York y a mí aún me quedaban unos cuantos días para las vacaciones. Ese año las cogía en julio porque, por exigencias de la investigación, en agosto tendríamos que seguir avanzando.

Con vistas a cerrarlo todo, alargaba mis horas diarias de trabajo. Entraba antes, salía más tarde y comía en el despacho.

—Señorita Sanders —dijo Harry una tarde de lunes que yo estaba tratando de organizar algo de papeleo en la hemeroteca de nuestro edificio—. No la he

visto en todo el día. ¿Todo bien?

—Todo en orden, doctor Watzlawick. Gracias por preguntar.

Se apoyó en la mesa en la que yo estaba trabajando y dibujó una sonrisa insolente.

—¿Has tenido un buen fin de semana?

—Sí, como siempre.

—Tienes un brillo especial en la cara. —Entrecerró los ojos—. ¿Debo preocuparme por que alguien esté intentando comerme terreno?

—No sé de qué hablas, Harry. —Me hice la tonta.

Sonrió de nuevo.

—Si te contesto con claridad puede que rochemos el acoso sexual, y apenas llevo un mes aquí.

Alcé la vista para mirarlo y arqueé las cejas.

—Entonces estate calladito.

—Es que es verte y se me suelta la lengua. No puedo evitarlo.

—Muérdetela, entonces —contesté, y sí, soy consciente de que sonó a flirteo.

—Preferiría que me la mordieses tú —respondió en tono provocador—. Aunque creo que eso ya lo sabes.

Puse los ojos en blanco, tratando de ignorar el hormigueo que nadaba en mi vientre. Harry me dedicó uno de sus guiños letales y curvó los labios hacia arriba de manera maliciosa.

—Sal conmigo esta noche.

—¿Qué? ¿Estás loco?

—Estoy loco por que me digas que sí.

—No voy a salir contigo, Harry. Sería un suicidio. Nueva York no es tan grande como piensas.

—Vale, pues entonces ven a mi casa. Allí nadie nos descubrirá. Te prepararé la cena.

—Harry, no es no.

—Vale. Está bien. Probaré suerte otro día.

Cuadró los hombros, se ajustó los bajos de la camisa y empezó a andar hacia la salida, dejándome confusa en mi asiento y haciendo que me preguntara hasta cuándo duraría aquel juegucillo que nos traíamos entre manos.

Por fin llegó el último día antes de las vacaciones. Por la mañana tuvimos una reunión de departamento para dejarlo todo listo y después me quedé con

Virginia detallando en el calendario cómo procederíamos a la vuelta.

Salí a comer algo rápido a la cafetería de la universidad y después volví al despacho.

Antes de colgar la bata e irme a casa, tenía que dejar enviados una serie de papeles que Virginia me había encargado aquella mañana. Para ello, necesitaba la firma de Harry.

Caminé hasta su despacho, que tenía la puerta entreabierta. Me asomé y vi que estaba concentrado en la pantalla de su ordenador. Me enfureció ver que hasta su entrecejo fruncido me resultaba tan endemoniadamente atrayente. Mi cuerpo reaccionaba ante él porque, a pesar de todos mis esfuerzos, el maldito seguía gustándome como el primer día. O puede que más.

Mucho más.

Di un par de golpecitos a la madera para llamar su atención. Separó los ojos de lo que estaba haciendo y los fijó en mí.

—Christina, ¿a qué debo esta sorpresa?

—Necesito que me firmes estos documentos antes de las vacaciones.

—Claro. Eso está hecho. —Eché un vistazo por encima a las hojas que le tendía y empezó a firmarlos todos con aire distraído—. Dime, ¿tienes planes para estas semanas?

—Sí —dije, apoyándome en su mesa mientras esperaba a que acabara—. Algo tengo organizado.

—Bien. Yo volveré a Boston unos días. El resto del tiempo lo dedicaré a hacer turismo por aquí. Apenas conozco Nueva York.

—Genial. —Sonreí—. Te gustará.

—¿Alguna recomendación?

Le cité algunos lugares a los que me gustaba ir a comer y también le aconsejé que dejara un poco de lado los típicos Central Park, Times Square y el Empire State y que aprovechara para conocer Brooklyn a fondo, que se tomara un helado en Bryant Park y que recorriera de punta a punta las calles del SoHo.

—Vale, tomo nota. —Me tendió los papeles de nuevo y entornó los ojos en mi dirección—. Aunque lo de hacerme tú de guía... ¿cómo lo ves?

Sonreí burlona.

—No lo veo.

—Vale. ¿Y una copa rápida algún día?

—No, Harry.

—¿Me estás diciendo que no te veré en tres semanas?

Me encogí de hombros, con una falsa expresión culpable.

—Ya tendrás tiempo de cansarte de mí.

—Sinceramente, lo dudo.

—¿El qué?

—Que pueda cansarme de ti alguna vez.

Ambos nos quedamos callados interiorizando el mensaje que ocultaba esa declaración. No quise hacer ninguna observación y él tampoco añadió nada más. Simplemente se limitó a suspirar.

—La echaré de menos, señorita Sanders —dijo—. Su culito respingón me alegra las mañanas y su boca deslenguada hace que cada madrugón merezca la pena.

Tragué saliva y sentí un cambio repentino en el aire. Maldito fuera. ¿Por qué con unas pocas palabras conseguía efectos tan inmediatos dentro de mí? Yo me esforzaba día a día por mantener las distancias. No era justo.

—Pásalo bien, Harry —dije, caminando hacia la salida para dar por zanjada aquella conversación surrealista—. Nos vemos a la vuelta.

Las vacaciones fueron buenas, pero se me pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Claro que ahí es donde reside la magia de las vacaciones, si la sensación no fuera tan fugaz, perdería parte de su encanto.

Me escapé junto a mis amigos a Miami, a visitar a Aiden, el hermano de Olivia. Fueron días de playa, fiesta y desconexión. Alquilamos un piso para los seis en el paseo marítimo y solo nos preocupábamos de comer, de beber y de pasarlo bien.

Cuando volvimos a Nueva York, hice un cambio de maleta para ir a Nueva Jersey a ver a mi madre. Estuve allí unos cuantos días con ella, visitando a algunos familiares y paseando cada tarde durante la puesta de sol.

La tercera semana la empleé en poner orden en mi piso. Era un espacio ridículamente pequeño, así que en cuanto acumulaba un par de trastos de más se organizaba el caos.

Los últimos días fueron de relax, de ver películas, de estar con mis amigos y prepararme de nuevo para volver a ver a Harry.

Me crucé con él a primera hora del primer día. Llevaba un café humeante en una mano y la llave de su despacho en la otra. Me dedicó una sonrisa sincera cuando me vio y yo sentí un leve cosquilleo en el estómago.

—Buenos días, Harry.

—Hola, Christina. —Nos paramos en el pasillo a una distancia prudencial.

Sus ojos me repasaron, como de costumbre, y a continuación se clavaron en los míos—. Ya de vuelta, ¿eh? ¿Qué tal las vacaciones?

—Genial. Necesitaba desconectar antes de ponernos en serio con la investigación.

—Me alegro. ¿Has estado en la playa? Tienes muy buen color.

—Sí, estuve en Miami. Tengo un amigo que vive ahí.

—¿Ah, sí? —Sus cejas dibujaron un arco perfecto—. Un amigo... ¿especial?

—Todos mis amigos son especiales —dije con una sonrisa maliciosa.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Sí. —Seguí sonriendo—. Lo sé.

—¿Y bien?

Entrecerré los ojos al preguntar:

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque todo lo que tiene que ver contigo me interesa.

Parpadeé mientras asimilaba el significado de sus palabras. Parte de mí quería marcharse de allí y dejarlo con la duda, pero otra mucho más vulnerable se apiadó de él. Mentiría si dijese que durante esas semanas no había pensado en él, en qué estaría haciendo y con quién. No nos debíamos nada el uno al otro, pero no podía negar la existencia de un hilo invisible que nos unía y nos mantenía conectados. Decidí no jugar con él más de la cuenta.

—Era un viaje de amigos —dije finalmente—. Aiden es el hermano de mi amiga Liv. Vive allí y fuimos todos a verlo.

—¿Quiénes son todos?

—Liv, Matt, Neal, Claire y yo. Mis amigos de toda la vida.

—No sueles hablar de ellos.

—Porque no me gusta hablar de mi vida personal en el trabajo, y menos contigo.

Asintió con lentitud y sus labios dibujaron una sonrisa anodina que no se reflejó en sus ojos. Estiró la mano un poco y metió la llave en la cerradura de su despacho.

—Tenía la esperanza de que las vacaciones te hubieran hecho ver las cosas con perspectiva, pero veo que me equivocaba.

—No sé si quiero saber qué perspectiva es esa.

—Yo creo que en el fondo sí que quieres. Pero necesitas algo más de tiempo para verlo. —Miró al frente y abrió la puerta con un movimiento certero—. Que pases un buen día, Christina.

Y, sin más, desapareció de mi vista.

Los días siguientes coincidimos mucho por trabajo, pero nunca estábamos solos. Mejor, porque cada vez que tenía que enfrentarme a él en la intimidad mi fuerza de voluntad se cuarteaba. Harry era un cazador persistente y minucioso. Sus comentarios iban minando poco a poco mis defensas. Me llevaba de cabeza, cada día más.

Por culpa de sus insinuaciones veladas, me pasaba el día pensando en él. En ocasiones, incluso se colaba en mi mente cuando dormía. Su imagen se me aparecía día y noche; aquellos ojos sabios con pestañas infinitas, su boca descarada y esa labia demoniaca que derretía mi interior.

Estaba en todas partes. En el laboratorio, en la mayoría de las reuniones, en la cafetería, en el despacho de Virginia, en la biblioteca. Era un suplicio.

Por eso, la primera mañana que reanudé la jornada de piscina después de vacaciones y lo encontré ahí, quise gritar.

Me quedé de piedra al encontrarme cara a cara con su cuerpo, moreno y bien definido. El mismo cuerpo que me había cubierto para darme un placer extenuante en la intimidad de un hotel.

Además de toda la piel desnuda a la que debía hacer frente, me remató la visión de un bañador ridículamente pequeño que a duras penas contenía lo que yo sabía que era un jodido pene *extra large*.

Sus ojos perspicaces tardaron pocos segundos en localizarme. Menos mal que apenas había gente a las siete de la mañana en aquella piscina, porque la mirada con la que devoró mi cuerpo podría haber causado un incendio que no habría pasado desapercibido a nadie de nuestro alrededor.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté indignada, acercándome a él.

—Por supuesto que no. No tenía ni idea de que nadaras. Acabo de apuntarme.

—Este es mi territorio. Vengo a nadar todas las semanas desde que empecé el posgrado.

—Siento importunarte, Christina. Pero, como comprenderás, estar en forma implica hacer algo de ejercicio. Y la única manera que conozco de hacerlo y a la vez dejar la mente en blanco es meterme dentro de una piscina, así que no me voy a marchar.

Sentía una corriente de electricidad chispeando a nuestro alrededor. No sé si era mi creciente cabreo o era algo más; algo más oscuro y prohibido.

Traté de tranquilizarme y de respirar hondo porque no quería que él fuera

testigo de cómo perdía los papeles.

—Vale, dime qué días tienes pensado venir para intentar no coincidir —exigí.

—Vendré todos y cada uno, y más si voy a tener estas vistas.

Su mirada volvió a pasearse por mi cuerpo, entreteniéndose en mis piernas y a continuación en mis pechos, durante más tiempo del que puede ser considerado correcto.

—Harry... —Casi jadeé. Pese a todo, yo tampoco podía dejar de mirarlo.

—¿Qué pasa? ¿Temes no poder mantenerte distante si ves lo que te estás perdiendo?

—Siga soñando, doctor Watzlawick.

—Lo hago. Sueño mucho. Y ¿sabes qué? —Se acercó un poco más a mí para inclinarse sobre mi oído. Tanto que casi nos rozábamos—. La mayoría de veces llevas incluso menos ropa que ahora.

Cerré los ojos. Dios. ¿Por qué a mí? La piel se me puso de gallina en el acto y sentí como se endurecían mis pezones. Su aliento me rozaba el cuello y, a pesar de que estábamos en un espacio climatizado, un escalofrío me cruzó la espalda.

Él sonrió con satisfacción. Sin duda, había sido capaz de leer la reacción que mi cuerpo había tenido ante su cercanía.

—Algún día dejarás de resistirte, Christina. Estoy convencido.

Sin más, se colocó el gorro que llevaba en su mano derecha y se dio la vuelta para meterse en el agua, dejándome atrás, temblorosa, confundida y muy excitada.

Después de nuestro encuentro en la piscina, empecé a sentir que el aire entre nosotros se llenaba de una mayor intensidad. Sus miradas eran más significativas, sus intentos por llegar a mí más elaborados y las ganas que nos teníamos más palpables. Pero yo seguía manteniéndome firme, teniendo siempre presente que no era el momento ni el lugar, que compartíamos cosas demasiado importantes como para arriesgarnos. Sabiendo que al vivir en la misma ciudad un encuentro con él no quedaría en el olvido, sino que le abriría la puerta para explorar ese interés en mí que había demostrado con creces. Y no podía permitirlo. Había demasiado en juego.

Estaba tan perdida que acabé hablando con mis amigas del tema. Si les sorprendió que acudiera a ellas a por consejo, cuando normalmente solía ser al revés, no lo dijeron.

Claire y Liv se limitaron a escucharme y a hacerme ver que sentir que algo se escapa de tu control, en ocasiones, no es tan malo.

—Así que el doctor Watzlawick... ¿Tienes alguna foto? —preguntó Claire. Estábamos en el salón de su casa, el que normalmente era escenario por excelencia de nuestros comités de crisis.

Saqué mi móvil y me metí en la web de Wilkens, en la que había un apartado con fotografías de sus miembros más relevantes. Localicé una foto de Harry y, al verlo, incluso a través de la pantalla, tuve que morderme el labio, porque el muy cabrón era atractivo hasta decir basta. Incluso en una foto posada y típica en la que la mayoría solemos salir mal.

—Este es. —Tendí el teléfono a mis amigas y vi cómo sus ojos se abrían como platos.

—Vaya, es bastante guapo —dijo Claire.

—Pues la foto no le hace justicia, os lo aseguro.

—¿Es cierto lo que dicen de la ascendencia afroamericana y el tamaño? —preguntó Liv con una risita.

—No sé en los demás, pero en este caso puedo afirmar que lo es.

Mis amigas se rieron.

Les había contado todo acerca de nuestro breve *affaire* en Atlanta. Cómo me persiguió, cómo me resistí y cómo acabé enterrada bajo su cuerpo. Cómo nos habíamos separado. Y cómo él había vuelto a mi vida en unas circunstancias tan delicadas.

—Vamos a ver, Christina —empezó Liv—. ¿Puedes desconectar el modo obsesa del control durante un momento? ¿Cuántas veces has encontrado a un chico que te atraiga tanto?

—No demasiadas —reconocí.

—¿Qué más da que sea alguien del trabajo? Sé que para ti es importante, pero ten en cuenta que una gran proporción de las parejas de nuestro país se forman en el ambiente laboral. Es una cuestión de cercanía y oportunidad. Todo el mundo lo hace. ¿Por qué no ibas a poder tú?

—Liv, joder, es mi superior...

—Pero te gusta —convino Claire—. No es pecado sentirte atraída por alguien prohibido.

Arqué las cejas, reprimiendo las ganas de preguntarle si hablaba por experiencia propia. Sabía, sin lugar a dudas, que Claire también sentía cosas por alguien que ella pensaba que debía estar vetado.

—Es que es tan... provocador, soberbio, inteligente, insistente, perceptivo.



Tiene una seguridad en sí mismo que me pone cardíaca. No sé qué hacer.

—Todo apunta a que acabas de encontrar a tu alma gemela —sonrió Claire—. Acabas de describirte a ti misma.

Dios. Era cierto. Harry Watzlawick y yo teníamos un montón de cosas en común. No creía en las almas gemelas, pero tenía que reconocer que para algunas cosas era como mirarse en un jodido espejo.

—No le cierres la puerta al doctor Encanto —dijo Liv, bautizando a Harry con el que sería su mote de ahí en adelante—. Te mereces vivir una historia diferente por una vez en tu vida.

—No sé, nena... No quiero cometer un suicidio profesional.

—No tiene por qué ser un suicidio —intervino Claire—. El chico parece listo. Seguro que si te decidieras a dar el paso, él sería discreto.

Me fui a casa con la cabeza hecha un mar de dudas. Harry me retaba, me buscaba y me apetecía. Y yo a él, de eso estaba segura. Pero había tantísimo en juego... No quería cometer el error de decirle que sí y que en unas semanas nos cansáramos el uno del otro e hiciéramos peligrar la paz del departamento y el futuro de la investigación.

Al día siguiente, fui pensando en esto de camino a una reunión con Virginia, cuando volví a encontrármelo de frente. Salía del despacho de mi tutora con una carpeta bajo el brazo y cuando me vio en su boca se dibujó una sonrisa sincera.

—Hola —dije.

—Me alegro de verla, señorita Sanders.

—Había quedado con Virginia —dije a modo de explicación, como si quisiera excusarme por habérmelo encontrado, después de horas deseando verlo.

—Está en medio de una llamada.

—Vale, le daré unos minutos entonces.

Asintió y se apoyó en la puerta entreabierta del despacho.

—¿Cómo ha ido la semana?

—Dura, pero bien.

—¿Te apetece hacer algo después del trabajo? Ya sabes, en plan desconexión.

—Creo que sabes que voy a decirte que no.

Harry soltó un suspiro prolongado que hizo bailar las puntas de mi pelo. Estábamos bastante cerca.

—Empiezo a pensar que no tengo ninguna posibilidad contigo.

—Veo que vas captándolo.

—Sé que eres complicada, Christina —dijo, con repentina seriedad—. Y, aunque no soy un hombre especialmente paciente, soy lo suficientemente perseverante como para seguir insistiendo porque me interesas de verdad. Pero tienes que saber que todos tenemos un límite y que puede salirte mal la jugada.

—¿Y eso qué significa?

—Que por muy excitante que encuentre el hecho de que me pongas a prueba, yo no estoy aquí para perseguirte eternamente.

Tragué saliva. A pesar de mis intentos por alejarlo, eso no eran buenas noticias.

—Me parece lógico. No es lo que pretendo.

Se me quedó mirando unos instantes como si quisiera extraer algún tipo de información extra de mis ojos.

—Está bien —dijo finalmente, y se preparó para reanudar el paso—. Que tengáis una reunión muy productiva.

Entré en el despacho de Virginia justo cuando ella colgaba el teléfono. Me dejé caer en la silla que quedaba frente a ella y puse mi cuaderno de notas sobre la mesa.

—¿Qué quería Harry? —preguntó. Supuse que nos había visto a hablar en el pasillo. Al fin y al cabo, la puerta no había estado cerrada.

—Comentarme unas cosas referentes a la fase cero.

—Ya... —Su mirada analítica se clavó en mis pupilas. Era indudable que mi tutora tenía un sexto sentido. Apuesto lo que sea a que en ese momento había sido capaz de ver que no estaba siendo sincera—. Bueno, de cualquier forma, ten cuidado con él, ¿de acuerdo? Sé lista, Christina.

Tragué saliva bajo el escrutinio de sus ojos y me revolví en el asiento. ¿Era posible que Virginia hubiera reparado en todo lo que había entre Harry y yo? Ambos éramos precavidos mientras estábamos en público, pero a mi tutora no le hacían falta demasiados datos para extraer conclusiones determinantes.

—Ahora... Abramos la base de datos para ver cómo avanza el asunto. —Empezó a trastear con el ordenador dando por zanjada la cuestión.

Yo intenté centrarme en nuestra reunión mientras parte de mi cerebro daba vueltas a sus palabras.

¿Había sido una advertencia?

«Sé lista, Christina».

Matt

## ¿Jodida niña?

El verano fue duro en la oficina. Y cuando digo duro en realidad quiero decir espantoso. Horrible. El jodido infierno en la Tierra.

Había cogido vacaciones a principios de julio para poder viajar con mis amigos a Miami y, a pesar de que esos días de playa y desconexión me ayudaron a recargar pilas, cuando volví todavía me quedaba la mayor parte del verano por delante.

No era solo el análisis de los resultados de esa temporada lo que nos ocupaba, aunque sí que es cierto que se llevaba gran parte de nuestras jornadas; lo peor era empezar a pensar en la siguiente.

Si a todo ese jaleo de cifras, reportes y análisis le sumábamos la parte estratégica de diseñar mejoras para la temporada que empezaría dentro de un año, el resultado era bastante estresante. Y más teniendo en cuenta el poco tiempo que llevaba en aquel trabajo.

En resumen, el caos regía mis días, aunque contaba con mi pequeño equipo: Troy y Kate.

Ay, Kate.

Me llevaba de cabeza. Éramos como el jodido perro y el gato, todo el día peleando, sin ponernos de acuerdo en nada, poniendo en entredicho las opiniones del otro...

Yo siempre he tenido un carácter... puntilloso. Soy consciente. Saco punta a todo. Me gustan los comentarios ácidos y llamar a las cosas por su nombre. Es cierto que, para la gente que no me conoce, mi forma de ser puede resultar chocante. Pero también lo es que en el ámbito profesional siempre había sabido controlarme.

Hasta Kate, que parecía tenerme entre ceja y ceja. Que me enfrentaba. Y ante quien yo reaccionaba. Kate, que sacaba al Matt más auténtico, el que no escuchaba a su Pepito Grillo particular y se dejaba llevar por sus provocaciones.

Troy flipaba con nosotros, que nos pasábamos la vida enganchados en una discusión tras otra. Él era el tercer miembro de aquel equipo que se tiraba horas y horas encerrado en el despacho del departamento y era, además, la persona más prudente que yo había conocido en mi vida.

Juntarnos a los tres en un mismo espacio daba como resultado un circo nuevo que descubrir cada día.

—¿Habéis pedido los informes del hotel de Ithaca?

—¿Y tú? —Kate saltó a la defensiva nada más realicé la pregunta. Eran las nueve de la mañana de un jodido lunes y ella ya estaba tocándome la moral con solo dos palabras.

—Yo he preguntado primero.

—Y yo después.

—Chicos... —Troy trató de mediar calmando las aguas, como de costumbre.

—No, «chicos» no —respondió ella—. Él es tan responsable de la cuenta como nosotros. Podría haberse encargado perfectamente y no cargarnos a nosotros con la tarea.

—¿Cargaros? ¡Solo he hecho una pregunta!

—Sí. Una pregunta con ese tufillo de superior condescendiente al que nos tienes acostumbrados.

Me quedé mirándola perplejo, con una mano perdida en mi pelo y la otra cerrándose sobre sí misma. Ya estaba nervioso.

Echando la vista atrás, debo reconocer que mi forma de actuar respecto a Kate en aquellos primeros meses nunca fue la adecuada. Habíamos empezado con mal pie por el malentendido de haberla confundido con la secretaria de nuestro departamento. Desde entonces, ella no me veía con buenos ojos. No le había caído en gracia, y yo, reaccionando a esa actitud altanera suya de forma poco madura, no puse de mi parte para congraciarme con ella, sino que tomé la decisión de comportarme tal cual era: un capullo.

Aquello significaba que no salíamos del bucle de discusiones que nos envolvían a diario, porque mi carácter y el suyo chocaban sin cesar.

Como esa mañana, que ella había saltado por una tontería y yo, en vez de mostrarme humilde y conciliador, decidí seguir con nuestro juego particular.

—¿De qué coño hablas?

—De ti. De tu prepotencia. Y de tu manía de actuar como si fueras el jefe de este equipo. —Se encaró conmigo sin retraerse ni un ápice.

—No soy el jefe. Pero llevo aquí más tiempo. Conozco mejor los procedimientos y es lógico que asuma la coordinación de algunas tareas.

—Llevas dos meses más que nosotros.

—Pero he sabido aprovechar muy bien ese tiempo. Lo normal es que os

lleve cierta ventaja en algunas cosas.

—Matt tiene razón —intervino Troy—. Tiene algo más de perspectiva que nosotros y deberíamos aprovecharnos.

Kate lo miró con los ojos abiertos como dos persianas. Tuve que reprimir una expresión burlona. La jodida niña creía que tenía a Troy en el bolsillo. Se pensaba que esas falditas tan cortas que se ponía y su singular caidita de pestañas eran suficientes para embelesar a cualquier interlocutor que la mirara de frente.

Sé que fue infantil por mi parte, pero me alegró ser testigo de cómo alguien le bajaba los humos.

—¿Te pones de su parte? —preguntó incrédula, subiendo unos cuantos decibelios su tono de voz—. ¡Increíble!

—Aquí no hay partes, Kate —siguió diciendo nuestro compañero, que se había sonrojado levemente al ser el blanco de la mala uva de Kate—. Somos un equipo.

—Eso —convine yo con una sonrisita insolente—. E-qui-po. ¿Sabes lo que significa?

La furia brilló en sus ojos negros y una corriente de excitación reptó por mi columna vertebral.

Fue su pose, digna y dura. Su expresión rabiosa, que no la hacía parecer tan joven. Su boca pequeña, fruncida en una mueca que quise morder. No por placer, sino para castigarla.

—Increíble —repitió y, sin más, dio media vuelta y se fue. Y yo no pude evitar mirar el movimiento de sus caderas mientras desaparecía de mi vista.

Veinticuatro horas más tarde de aquel encononazo, vino uno nuevo. Dos horas más tarde, otro. Y a final de semana, otro más.

Empezaba a resultar enfermizo. No me había pasado en la vida. Era cierto que me enganchaba con Neal a diario porque él no toleraba mis tonterías. A veces también discutía con las chicas porque mis provocaciones les tocaban la fibra. O con algún familiar especialmente irascible. Pero nunca en el trabajo. Y con Kate parecía que no había otra manera de interactuar.

Era culpa de los dos y de esa dinámica electrizante que, en vez de ponerme de mala leche, de alguna manera me daba vida.

Lo maduro habría sido buscar una forma de ponerle fin. Pero, por algún tipo de mecanismo retorcido que habitaba en mi mente, lo alimentaba cada día más.

—Oye, ¿has visto mi carpeta? —le pregunté cuando llegué a la zona de la oficina donde nuestras mesas compartían espacio desde hacía unos días.

—¿Qué carpeta?

—La que estaba en la estantería. Una con un *post-it* en el que ponía «entregar».

—¿La azul?

—Sí.

—¿La azul donde ponía «entregar»?

—Sí —repetí con cansancio.

—Está entregada.

—¿Qué?

—Lo ponía en el *post-it*. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo? ¡Tenía que revisarla!

—¿Entonces por qué no pusiste un *post-it* en el que dijera «revisar»?

La miré perplejo. ¿Esa tía iba en serio?

—¿Te estás quedando conmigo? ¿Por qué la has entregado sin preguntarme?

—No sé. Vi que era el informe del semestre y que ya lo habías firmado y pensé en ese sermón que nos das de vez en cuando sobre ir un paso por delante y...

—¿Decides hacerme caso por primera vez en tu vida justamente hoy? —En serio, no daba crédito—. ¿Y con esos documentos? Yo alucino contigo.

—¡Yo sí que alucino! No hacemos nada bien. Si esperamos a tus instrucciones, no tenemos iniciativa. Si intentamos adelantarnos, tampoco te parece correcto. —Se puso en pie hasta que sus ojos estuvieron prácticamente a la altura de los míos y una ráfaga de ese olor infantil que desprendía su cuello se coló por mi pituitaria—. ¿Qué narices hace falta para complacerte?

Tal vez no fue lo más sensato dado nuestro historial y la discusión que teníamos entre manos, pero mi boca se torció en una sonrisa canalla. En ese momento no tuve muy claro si era una respuesta automática a la forma en la que su boca conjugaba el verbo «complacer» o si simplemente estaba buscando una nueva manera de provocarla.

A día de hoy, estoy seguro de que fue una mezcla de ambas cosas.

Los ojos de Kate se abrieron hasta que sus cejas fueron acariciadas por sus pestañas. Me pareció ver que sus pupilas se dilataban.

—¡Dios! —exclamó—. ¡Lo que faltaba!

—Pero ¿qué pasa ahora?

—Tu cara. Esa expresión de... de...

—¿De qué?

Di un paso más al frente. Nuestros cuerpos solo se encontraban separados por su mesa.

—¡De salido!

—¿Salido? ¿Por ti? Vaya. Baja esos humos, Katherine, no eres mi tipo.

—¡Eres insufrible!

—Modera tu tono de voz, por favor. Toda la oficina está siendo testigo de la habilidad que tengo para hacerte chillar.

—Eres imbécil.

Sus ojos ardieron al encontrarse con los míos. Un único pestañeo me permitió ser testigo de todas las emociones que experimentaba al discutir conmigo.

Quise perderme en ellas y analizarlas una por una, pero justo en ese momento nuestro jefe, el señor Gonzales, se paró a nuestro lado con cara de pocos amigos.

—Miller, Lee. ¿Hay algún problema?

—No, señor —contesté, separándome unos centímetros de la mesa de Kate—. Un simple intercambio de opiniones entre compañeros.

—Se os escucha desde la otra parte de la planta. —Su mirada entrecerrada se paseaba de uno a otro irradiando desconcierto.

—Enseguida bajamos la voz. Ya sabe cómo son las mujeres. —Puse una mano en su hombro, tratando de tranquilizarlo y de traspasarle que todo estaba bajo control. Caminamos unos pocos metros en dirección contraria a nuestra y, antes de separarme de él, añadí—: Creo que está en esos días del mes...

Volví junto a Kate unos segundos después y, por las chispas que escapaban de sus ojos, supe que había oído aquel comentario.

—De todos los imbéciles machistas de esta ciudad, tenías que tocarme tú.

—Y de todas las niñas caprichosas, yo tampoco he tenido suerte. —Nos retamos en silencio durante un instante eterno y decidí poner distancia entre nuestros cuerpos. A veces, estar muy cerca de ella mientras discutíamos lograba confundirme. Y eso era lo último que necesitaba en ese momento—. En fin, no te preocupes, que yo arreglaré tu entuerto.

—¿De qué hablas?

—De la carpeta que has entregado sin mi consentimiento.

—De la carpeta en la que claramente ponía «entregar» —siguió ella, aún



en busca de pelea.

Analicé su postura de arriba abajo y suspiré con frustración. Si yo me dejaba, esa lucha que había entre ella y yo no acabaría jamás. A veces me preguntaba si no nos habríamos enganchado de manera irremediable a esa dinámica entre los dos.

—No vuelvas a tocar mis cosas sin mi consentimiento, Katherine —dije, haciendo el amago de distanciarme de ella—. Nos irá mejor.

—Eso es fácil, teniendo en cuenta que nos va de puta pena.

Sonreí para mí y volví a girarme hacia ella.

—Una pregunta. Si no dices la última palabra tú, ¿revientas?

—Yo de ti no me arriesgaría a comprobarlo —contestó con chulería.

Y eso era un «sí» en toda regla.

—No la soporto. En serio. No puedo.

—Eso no es una novedad —contestó Christina—. Tú nunca soportas a nadie.

—No. No lo entiendes. Esto es diferente. Esa niña me saca de mis casillas.

—Pero, a ver, ¿qué es lo que te pasa con ella? —quiso saber Claire.

Les conté todo lo que había sucedido entre nosotros desde el momento en que llegó a la oficina. El malentendido y mi consecuente actitud de jefecillo impertinente, dándole instrucciones como si obedecer a mis peculiaridades fuera su trabajo. Cómo mi intento de arreglar las cosas cayó en saco roto y su posterior rechazo hacia mi persona porque, simplemente, me había tomado manía. A eso había que añadirle mi actitud posterior; mi total incapacidad de solucionar las cosas como una persona adulta y mi manera de potenciar esa interacción enfermiza que nos caracterizaba.

Les hablé de todo ello a mis amigos aquel domingo en The New mientras tomábamos los batidos granizados típicos de nuestro local favorito en la temporada de verano.

—Habría que ver cómo le hablas tú también... —dijo Olivia con retintín.

—En serio, si os ponéis de su parte me levanto y me voy.

—Nadie va a ponerse de su parte —terció Claire con suavidad—. Pero te conocemos lo bastante bien como para saber que tú también tendrás tu parte de culpa.

—Yo también lo creo.

—Y yo.

—Y yo.

Los cuatro mostraban un acuerdo unánime que, en el fondo, tenía razón de ser. Me había costado muchos años conocerme en profundidad a mí mismo, y sabía perfectamente cuáles eran mis puntos débiles. Ser el rey de la provocación era uno de ellos. Aquella manía infantil de tocar las narices, otro. No fingir y ser tan claro en mi manera de decir las cosas completaban el *pack* y, si lo sumábamos todo, daba como resultado al tío molesto y *porculero* que peleaba con Kate cada día.

—A ver, reconozco que la cagué al principio —reflexioné en voz alta—. Fui un capullo condescendiente. Pero yo qué sé... Rectifiqué a tiempo.

—¿Le pediste perdón? —preguntó Claire.

—Eh... no me acuerdo.

—Eso es que no.

—Normal que te haya cogido manía.

—Joder, tampoco la humillé públicamente. Puede que no me disculpara de manera directa, pero intenté mejorar las cosas. Ya somos mayorcitos. No tiene sentido que me la tenga guardada de esta manera.

—Igual le gustas —sugirió Christina.

—¿Gustarle? ¿Esto qué es, el patio del colegio? ¿Cómo voy a gustarle? ¡Me odia!

—Del odio al amor solo hay un paso. —Liv sonrió con una mueca pícaro.

—Estáis chifladas. —Puse los ojos en blanco y a continuación me dirigí a Neal—: ¿Tú no dices nada?

—No sé, dices que os lleváis a matar y todo eso... Pero desde hace unas semanas solo te oigo hablar de ella. Kate en el desayuno, en la cena, en las cervezas que nos tomamos después del trabajo... —Se encogió de hombros—. Creo que a ti sí que te gusta ella. No es totalmente descabellado que a ella le gustes tú.

—¿Que a mí me gusta Kate? Venga, por favor. Es lo último que me faltaba por oír. —Espanté la idea haciendo un gesto impreciso en el aire—. Hablemos de otra cosa. ¿Y el doctor Encanto?

—Encantador de serpientes —contestó Christina—. El otro día me dijo, en pocas palabras, que no iba a perseguirme eternamente.

—¿Eso qué significa?

—Que se ha cansado de nuestro juegucito y probablemente mis jornadas ya no vayan a ser tan interesantes.

—Me encantan vuestros trabajos —intervino Olivia, dirigiéndose a Christina y a mí—. En el mío lo más interesante que ha pasado desde que entré

es que se coló una cucaracha y la gente se subió a las mesas. Y vosotros dos... ahí tan... tensos sexualmente en horario laboral. El mundo no está bien repartido.

Claire y Neal se rieron, pero no apoyaron el comentario de Liv. Ellos también sabían mucho de tensión sexual; la que despertaban el uno en el otro, básicamente.

Me fui a casa con las aportaciones de mis amigos rondándome la mente. Mi parte de culpa en aquel estado nuestro; la posibilidad —remota— de que entre nosotros estuviera fraguándose una especie de atracción insana... Quise contemplar todas las variables y al mismo tiempo no hacer caso de ninguna. Quise creer que llevar nuestra situación a mejor podía y debía nacer de mí, pero nada cambió la semana siguiente.

Seguimos con nuestros desencuentros, nuestras batallas dialécticas y los fogonazos que nos lanzábamos con los ojos.

Hasta que aquel conflicto terminó escalando para acabar extendiéndose como la pólvora por nuestro departamento, causando que mi jefe tuviera que intervenir en el asunto por segunda vez en menos de dos semanas.

—Matt, en serio, ¿qué pasa contigo y con Miller? —me preguntó, apoyándose en la mesa de mi cubículo en un momento en el que ni Troy ni Kate estaban cerca.

—Nada, ¿qué va a pasar?

—Me ha llegado ya por varios sitios que discutís bastante. Que incluso llegáis a gritaros. No lo entiendo, por separado no dais ningún problema. ¿Hay algún conflicto específico entre vosotros?

—No. —Negué con la cabeza—. No empezamos con buen pie y a veces nos cuesta mantener las formas.

—Esto tiene que acabar. Ella va a estar aquí hasta principios del año que viene, ya lo sabes. Y no voy a cambiarla de equipo. El tándem formado por ti, Kate y Troy puede dar muy buenos resultados. Tenéis que empezar a trabajar bien juntos. Hablaré también con ella, pero desde ya necesito tu palabra de que vas a poner de tu parte.

Solo necesitó unas pocas frases para que la culpabilidad se abriera paso dentro de mi estómago. Supe entonces que mi jefe tenía razón; que todas las tonterías que había entre Kate y yo tenían que acabar. Esa situación no era propia de mi yo profesional ni me iba a llevar a buen puerto.

Debía cambiar el chip.

—Está bien —dije—. Voy a intentarlo.

—Hazlo. Espero que esta sea la primera y última conversación que tengamos al respecto. De verdad.

Y, sin más, me dejó solo, y yo no tuve más remedio que ponerme a reflexionar sobre el tema.

Supe que Gonzales había hablado también con Kate en las horas siguientes a su charla conmigo. Lo supe por cómo ella se mordía la lengua cuando yo hablaba, por cómo medía sus palabras si estábamos con más gente y cómo me evaluaba en silencio y de reojo cuando creía que no me daba cuenta.

Las jornadas se convirtieron en algo mucho más tranquilo. Y en algo mucho menos emocionante, he de admitir.

Aun así, fueron días complicados. No estaba en mis genes eso de coger aire cada vez que un comentario me tocaba la fibra. Ni fingir amabilidad con alguien que me despertaba de aquella manera loca en la que ella lo hacía.

Pero aún me quedaban muchas cosas por aprender de mí mismo. De mí mismo y de la persona en la que me convertía cuando Kate estaba cerca.

El primer aviso de todo aquello que me quedaba por descubrir sobre mi manera de hacer frente a determinadas situaciones que la incluían a ella, tuvo lugar una tarde de jueves, a principios del mes de agosto.

Estábamos en plena negociación para crear una alianza comercial con una aerolínea especializada en vuelos nacionales. Se nos había avisado con poco tiempo de que teníamos que hacer una presentación para ellos y que debíamos ofrecer algún servicio estrella que los ayudara a decidirse por nosotros.

Troy, Kate y yo fuimos los elegidos para diseñar el proyecto y nos atrincheramos en uno de los despachos del departamento para sacar adelante, aunque fuera, una idea preliminar.

Llevábamos una hora allí cuando Troy recibió el mensaje que cambió el rumbo de la tarde:

—Chicos, tengo que dar apoyo en *marketing*. Acaban de avisarme. Necesitan a alguien que hable alemán para una reunión. No puedo quedarme.

—Joder. ¿Tiene que ser ahora? ¿No tienen en cuenta las necesidades de tu departamento?

Sabía que, de los tres, Troy tenía el perfil más analista y menos estratégico. En realidad que se marchara no era una gran pérdida. Pero no quería quedarme a solas con Kate.

—Lo ha dicho el jefe. Tengo que ir, Matt.

—No te preocupes —intervino ella tras dirigirme una mirada fugaz—.

Nosotros nos ocupamos.

Troy salió del despacho y sentí que el aire se cargaba de electricidad al quedarme a solas con Kate.

Los primeros minutos trabajamos en silencio, sin apenas mirarnos. Estaba claro que la conversación con Gonzales había hecho mella en ella si, aun estando los dos solos, mostraba aquel comportamiento «ejemplar».

Debo reconocer que verla así, tan prudente, modosita, retraída... me descolocó. Y yo no soportaba que algo me descolocara con tanta facilidad. Así que rompí el hielo.

—Veo que la charlita del jefe ha hecho efecto en tu caso.

Levantó la mirada de su cuaderno, sorprendida, y la clavó en mí.

—¿Cómo sabes que he tenido una charla con el jefe?

—Yo sé casi todo lo que pasa en este departamento.

—Ya. Claro. También ha hablado contigo, ¿no?

—Sí.

No supe qué añadir. Seguía confuso. Quizá aquel había sido el intercambio más largo de frases libre de agresiones que habíamos compartido hasta la fecha.

—Es bastante ridículo, ¿no te parece? —intervino ella de nuevo, pasados unos pocos segundos.

—¿El qué?

—Que tengan que llamarnos la atención por llevarnos mal con un compañero.

—¿No te había pasado nunca?

—Sí. Claro. Solo que la última vez estaba en el instituto.

Me sonrió. Un cosquilleo me acarició las tripas. Le devolví la sonrisa. Esa fue la primera vez que noté cierta complicidad entre los dos.

—¿Crees que es una prueba? —volvió a preguntar.

—¿El qué?

—Que tengamos que sacar adelante tú y yo este proyecto. De un día para otro y con la misteriosa desaparición de Troy.

—Pues no lo había pensado. Pero es bastante posible.

No estaba del todo familiarizado con la política de recursos humanos respecto a las desavenencias entre compañeros. Al fin y al cabo, llevaba poco tiempo en la empresa. Pero la posibilidad de que aquella fuera una estrategia para obligarnos a Kate y a mí unir fuerzas no me pareció del todo descabellada.

Ella volvió a tomar la palabra.

—Es de locos. En todas estas semanas no hemos sido capaces de pasar quince minutos juntos sin ponernos a discutir, ¿y creen que de repente vamos a lograr diseñar una propuesta los dos solos?

—Ya. No tiene sentido —corroboré, porque realmente pensaba como ella.

—Bueno... Por fin estamos de acuerdo en algo.

Segunda sonrisa que me dedicó. Segunda sonrisa compartida. Segunda vez en tres minutos que esa sensación desconocida se paseaba por mi estómago.

—Bueno... esto tiene que salir adelante —dije, tras echar un vistazo a mis notas y ver que no tenía ni una sola idea que mereciera la pena—. Y tal vez tengamos que demostrar a los de arriba que somos capaces de trabajar juntos sin matarnos.

Kate cambió de postura. Apoyó los codos sobre la mesa, junto a sus propias notas, y me miró con interés.

—Bien. ¿Qué propones?

—Una tregua —dije, no del todo convencido—. Al menos hasta que seamos capaces de sacar adelante el borrador del proyecto.

—¿Qué implica esa tregua?

—No nos gritaremos. No discutiremos. Intentaremos escuchar al otro y hacer un esfuerzo por valorar sus propuestas.

—No sabía que ya se había inventado algún mecanismo para suplantar la personalidad... —aportó con sarcasmo.

—Hablo en serio, Kate. —El Matt serio y profesional tomó las riendas de la situación—. Es importante.

Se me quedó mirando unos segundos con curiosidad y, poco a poco, su expresión también se fue transformando en una mucho más madura y decidida que la que solía poner conmigo

—Está bien. Somos adultos. Profesionales. Intentémoslo.

Dos horas después no habíamos discutido, pero tampoco teníamos nada. Era normal. No había esa clase de química entre nosotros. No teníamos confianza ni conformábamos una maquinaria bien engrasada. Éramos prácticamente dos desconocidos que solo se habían relacionado entre ellos para provocar al otro.

Empecé a ponerme nervioso. Las horas pasaban y las posibilidades de que Kate y yo constituyéramos una asociación que nos sacara de aquella iban disminuyendo.

Se escuchaba todo dentro de aquel despacho. El sonido del aire acondicionado. El de nuestras respiraciones. El tic-tac de un reloj. Incluso la desesperación que se iba adueñando de nosotros.

—Esto no sale —dijo ella en algún momento de la tarde, apartando sus notas y enterrando la cara entre sus manos.

—No. De momento no.

—Joder. Estoy como bloqueada... no sé.

—Relájate, Kate. Tu problema es que eres demasiado cuadrículada.

Alzó la mirada, algo endurecida, para encontrarse con la mía, que en ese momento estaba cargada de una paciencia que desconocía poseer.

—¿Se ha acabado la tregua y no me he enterado? —preguntó con una ceja alzada.

Yo reprimí el deseo de poner los ojos en blanco.

—No, no me he expresado bien. Quiero decir que eres una persona con potencial para buena ideas, pero que piensas de manera rígida. Expande tu mente.

Ella parpadeó un par de veces y la expresión de sus ojos se calmó levemente.

—No sé cómo —reconoció.

Por alguna razón, decidí creer en ella. Era cierto eso que le había dicho. Que nuestra relación hubiera sido complicada no quiere decir que no la hubiera observado mientras trabajaba. De hecho, creo que empezaba a entender cómo funcionaba su mente en lo relativo a los negocios. Y sabía que tenía mucho que aportar.

Rebusqué en mi cabeza algunas técnicas que había aprendido en mi trayectoria académica y profesional y decidí ponerlas en práctica.

Lo primero que hice fue eliminar parte de la distancia que nos separaba. Trabajar con un compañero que está en la otra punta de la habitación no suele dar buenos resultados. Me senté en la silla que había a su lado y traté de empatizar con ella.

—A ver, piensa. Ponte en la situación de que te vas de vacaciones. Imagina tus vacaciones ideales, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Asintió.

—Vale. Cierra los ojos. —Ella lo hizo y yo me quedé unos segundos observando la curva de sus pestañas. Mi voz se suavizó en el acto—. ¿Cómo te ves? ¿Con familia, amigos, pareja...?

—Yo sola.

¿Ella sola? Lógico. ¿Quién iba a soportarla?

«Tregua, Matt. Céntrate».

—Vale. —Carraspeé—. Tú sola. ¿Adónde te irías?

—A un resort. A la playa.

—Bien. ¿Qué necesitas para que todo sea perfecto en ese viaje?

—Buena atención —contestó—. Silencio. Que la comida sea de calidad.

—Genial. ¿Qué más?

—Flexibilidad horaria. Variedad de actividades.

—Bien, bien. Eso ya lo tenemos. Ahora vayamos un paso más allá, ¿vale?

Ella se humedeció los labios y mi mirada voló hasta allí durante unos segundos.

—Vale.

—Recuerda que esto es un proyecto para una aerolínea. Ponte en la situación de que te bajas del avión. ¿Qué podría hacer el resort para contribuir a que la bienvenida al aeropuerto fuera ideal?

—Que me entregaran allí un folleto con actividades que ofrecen.

—Bien. —Sonreí, aunque ella no pudiera verme—. Más.

—Que me espere alguien del hotel y me meta en situación. Con un *pack* de bienvenida, por ejemplo.

—Bien, bien.

—El traslado. Al hotel.

Ella seguía con los ojos cerrados pero, aun así, pude notar la energía que se creaba a nuestro alrededor. La complicidad. Esa sinergia que se produce entre dos compañeros compenetrados. Por primera vez entre los dos se respiraba algo bueno, positivo, de donde podía salir algo grande. Y me gustó. Casi tanto como esa oportunidad que estaba teniendo de poder observarla a mis anchas.

Fue justo en ese momento, recreándome por primera vez en sus facciones, en su boca pequeñita pero apetecible, en su nariz respingona y en aquel cuello de cisne que me invitaba a acariciar sus curvas, que se me ocurrió la idea.

Ahí descubrí, por primera vez, que Kate podía ser inspiración.

—¿No te estás dejando nada? —pregunté, con la intención de dirigirla a la que yo sabía que podía ser la clave del proyecto.

—¿El qué?

—¿Viajas solo con un bolso de mano?

—Las maletas. —Una sonrisa enorme se expandió en su rostro.

—Exacto.



Sus ojos se abrieron y se encontró con los míos que respiraban a unos pocos centímetros de su rostro.

—Que me recojan las maletas y me las lleven al hotel.

—Eso es. —Asentí con las comisuras en alto.

—¿Servicio de facturación entre el hotel y la aerolínea? ¿Eso se puede?

—Creo que es una gran propuesta. Le daremos forma a la idea y podemos incluirlo en la presentación.

Su expresión se llenó de júbilo. Sus manos buscaron las mías, como de forma inconsciente, y las apretaron. Su piel se estremeció. La mía hizo lo mismo.

Yo también lo sentía. La adrenalina. Las barreras desdibujándose. La confusión.

Como impulsados por una fuerza más grande, nos soltamos. Pero seguimos mirándonos. Y nos volvimos a sonreír por aquel éxito compartido.

—¡Dios! ¡Lo tenemos!

—Lo tenemos.

Pasamos cerca de tres horas trabajando en la idea y llevándola al papel para poder presentarla al día siguiente.

Se nos hizo tan tarde que, cuando me metí en la cama, el móvil me indicaba que solo dormiría cinco horas y nueve minutos.

No obstante, a la mañana siguiente acudí a la oficina relajado, principalmente porque confiaba en el trabajo que habíamos realizado el día anterior. Aunque creo que saber que ese día vería de nuevo a esa Kate con la que podía llegar a trabajar bien también tuvo algo que ver.

Pasaban dos minutos de las nueve cuando los dos entramos al despacho de Gonzales con aquellas diapositivas preparadas a toda prisa en un USB. Entre los dos presentamos el que era el borrador de la idea.

Lo hicimos tranquilos. Confiando al cien por cien en lo que habíamos creado juntos la noche anterior. Compenetrados. Como dos compañeros que han recorrido mucho camino de la mano.

—Esto está bien —dijo el jefe cuando acabamos. Yo dejé escapar el aire y me percaté de que, a mi lado, Kate hacía lo mismo—. Esto está muy muy bien. Gran trabajo por parte de los dos.

Alabó la forma de la presentación, el contenido, la originalidad de las ideas y la viabilidad comercial a la hora de llevarlas a cabo. No parecía sorprendido de ver que habíamos conseguido un resultado así. Eso me llevó a

comprender que, efectivamente, lo de dejarnos solos había sido una prueba que habíamos superado con creces.

—En realidad la idea fue de Kate —dije cuando ya nos estábamos yendo. No lo hice por regalarle los oídos, ni por demostrarle nada a mi jefe, ni por limpiar mi conciencia. Lo hice porque ella había sido el germen de la idea. Y, para mí, merecía esa consideración.

—Sí, ¿eh?

Ambos me observaban. Gonzales alternando la mirada entre Kate y yo y ella con sorpresa, como si todos los esquemas que había dibujado en su mente acerca de mí estuvieran redefiniendo sus formas.

—Fue trabajo de ambos —apuntó, mirándome muy fijamente.

Yo no contesté. Me limité a sonreírles a los dos y a abandonar el despacho con la satisfacción y el orgullo de las cosas bien hechas.

A media mañana, mientras intentaba imprimir los documentos para una reunión, Kate se acercó a mí.

Estaba bonita aquel día. Apenas me había fijado en ella de esa manera en las últimas semanas, pero, por alguna razón, en aquel momento me pareció imposible pasarlo por alto.

Llevaba el pelo color azabache suelto, con unos reflejos cobrizos que el verano le había pintado de manera natural. Sus pestañas infinitas. Su falda corta. Sus piernas contoneándose por la oficina...

—Matt.

—Dime, Katherine.

—Quería darte las gracias por darme el crédito de la idea.

Me apoyé en la fotocopidora, con un gesto un tanto macarra, y traté de sonreírle de manera sincera y libre de connotaciones.

—Lo que es justo es justo.

—Ya, pero... sin tu enfoque no habría sido posible. El resultado fue cosa de los dos.

Supe entonces que ella también había notado ese «algo» que habíamos creado la tarde-noche anterior en la intimidad de aquel despacho. Puede que esas sensaciones la tuvieran descolocada. O puede que, como a mí me pasaría a la larga, estuviera descubriendo que así era como en realidad debían marchar las cosas entre nosotros.

—No te preocupes. Disfruta del momento. Además, de esta forma... ahora estás en deuda conmigo. —Le guiñé un ojo y me di la vuelta para terminar la

tarea que me traía entre manos.

Ella camufló una sonrisa y, sin más, se fue de allí.

No me extrañó mirarla de reojo cuando empezó a caminar. No me extrañó inspirar hondo para retener su aroma unos segundos más. Lo que no me esperaba fue desear con tanta fuerza que esa deuda pendiente se saldara fuera de esas cuatro paredes.

## 10

### ¿Lady in Red?

Cada año, antes del comienzo oficial del curso académico, se celebraba una especie de fiesta para el personal docente e investigador de la universidad.

Por supuesto, todo mi departamento acudía. Ya he comentado alguna vez lo importante que era el *networking* para Virginia, así que nos tomábamos muy en serio la asistencia al evento.

Ese año, además, estaba la presión añadida de pasar una velada junto a Harry fuera de nuestro edificio.

La perspectiva de hacerle frente en un escenario que no era el habitual me tenía un poco nerviosa, sobre todo teniendo en cuenta que desde nuestra última conversación a solas, fuera del despacho de Virginia, él había adoptado una actitud más distante.

Cuando estábamos con más gente seguía mostrándose correcto y profesional, eso no había cambiado. Pero no habíamos vuelto a tener una conversación los dos solos en un par de semanas. Seguíamos cruzándonos en el pasillo muchas mañanas y también en la piscina. Pero ya no hacía amago de acercarse a mí para soltarme una de sus frases incitadoras. No había guiños de ojos ni sonrisas. Se limitaba a hacerme un saludo impersonal con un movimiento de la cabeza o de la mano. Eso era todo. Habíamos pasado a ser esos simples compañeros de trabajo que yo había insistido en ser desde el principio.

Tardé poco en darme cuenta de que ese modelo tampoco me satisfacía. Era consciente de mi bipolaridad, porque ahora que tenía lo que supuestamente quería, estaba alerta, ansiosa, deseando con todas mis fuerzas que un día algo cambiara y volviera a dedicarme un poco de atención.

Cuando acepté que eso probablemente no pasaría, enfoqué todos mis esfuerzos en intentar convencerme de que era lo mejor. Me sentía como una adolescente que quiere proteger su amor propio cuando el chico que le gusta

se fija en otra. Tenía que pasar página y hacer frente a su indiferencia cargándome de argumentos que justificaran que esta nueva situación era la correcta; la que siempre tendría que haber sido.

El evento tenía lugar en uno de los espacios privados de la universidad. No había que ir de etiqueta, era una especie de cóctel pensado para que los asistentes se deslizaran por toda la sala, bebiendo y charlando con unos y con otros.

Fue el primer año que asistía a la fiesta y me preocupaba qué modelito llevar. No había encontrado nada en mi armario que reflejara la imagen de mujer sexi e independiente que quería mostrar, así que había arrastrado a Liv de compras. Mi amiga entiende mucho de ropa y de los mensajes ocultos que podemos lanzar a través de la indumentaria.

Por supuesto, ella había captado lo que quería mostrar al segundo. Me conocía a mí, conocía lo que me traía entre manos con Harry y sabía que quería estar especialmente atractiva aquella noche. De nuevo, la adolescente que había en mí despertaba reclamando su minuto de gloria.

A pesar de que vivía cerca de la universidad, y de que normalmente iba hasta allí andando, el día de la fiesta decidí coger un taxi. Hacía una noche calurosa, por mucho que estuviéramos a finales de verano, y no quería que la humedad estropeará mi pelo. Además, si quería aguantar toda la velada en aquellos tacones, más me valía no llegar con los pies destrozados.

Me encontré con mis compañeros nada más poner un pie en la sala. Enseguida cogimos una copa de vino cada uno y empezamos a movernos por allí. La música nos llegaba a través del sistema de sonido, creando un ambiente distendido.

Mis ojos tardaron bastante poco en tropezar con los de Harry. Estaba justo al final de la estancia, hablando con Virginia y con el doctor Hayes, del departamento de Biología Molecular. Estaba... joder, estaba deslumbrante. No se me ocurre otra palabra que lo describa mejor. Llevaba un traje negro y una camisa blanca. No llevaba corbata, pero no le hacía falta para lucir elegante como el que más.

Su mirada azul me estudió en la lejanía. Barrió cada centímetro del vestido rojo que se ajustaba a mi cuerpo, entreteniéndose en mis curvas. Me sonrió como hacía días que no lo hacía y, como consecuencia, yo sentí un remolino caliente inundando mi estómago.

Ninguno de los dos hicimos el amago de acercarnos al otro, pero justo en

ese momento Virginia reparó en mi presencia y me llamó con un movimiento de cabeza.

Fui hacia donde estaban ellos y saludé al doctor Hayes, que halagó mi aspecto.

Virginia estaba imponente. Rondaba los cincuenta años y la edad la había convertido en una mujer realmente interesante.

Ella y el doctor Hayes reanudaron enseguida la conversación que se traían entre manos y eso me dejó a solas con Harry, que me miraba y me miraba, pero que intentaba no revelar en su expresión lo que pasaba por su cabeza.

—*Lady In Red* —dijo—. La dama de rojo.

—Buenas noches, Harry. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú? ¿Te diviertes?

—Mucho, gracias.

Tragué saliva bajo el escrutinio de sus ojos, que me observaban con una intensidad desbordante. Yo traté de mantenerle la mirada, pero fue difícil, porque enseguida noté que el deseo que nos rodeaba me quemaba por dentro. Harry era un peligro para mi salud, mental y física. Apreté los dedos alrededor de la copa que sujetaba y temí romperla. Su cercanía me alteraba demasiado.

Con una última sonrisa de las suyas, feroz y prohibida, me pasó discretamente un dedo por el hombro, apartándose después a pesar de haberme erizado hasta el último poro.

—Disfruta de la noche, Christina. —Y se fue antes de que yo pudiera pensar en hacerlo, consiguiendo que lo siguiera con la vista por toda la sala.

La velada, como cada año, fue un éxito. La comida era buena, la bebida era buena y el ambiente era perfecto para socializar entre nosotros.

Era interesante relacionarse con gente de otros departamentos y compartir con ellos un rato de charla distendida acerca de los proyectos en los que trabajábamos.

Después del tiempo que llevaba en la Universidad de Columbia, conocía a bastante gente fuera del campo de la Neurociencia. Con algunos hasta tenía confianza, aunque los había que se mostraban excesivamente cercanos, como por ejemplo, Jason Morris, adjunto en el departamento de Microbiología.

Fue mientras tenía una conversación con él, los dos solos, y él intentando descaradamente ligar conmigo, cuando Harry volvió a aparecer en mi campo de visión.

—Doctor Watzlawick —dijo mi acompañante cuando Harry se acercó a

nosotros con paso fingidamente tranquilo.

—Doctor Morris. ¿Cómo está?

—Pues ya ve. —Sonrió hasta enseñarnos todos sus dientes—. Nada mejor que la compañía de una preciosa señorita para amenizar una noche de fiesta.

—Ya veo, sí. —Los ojos de Harry brillaron peligrosamente al posarlos en mí—. Christina.

—Hola, Harry.

Por la expresión que cruzó su rostro, supe que Harry había captado que manteníamos una charla que no tenía nada que ver con lo profesional. Puede que hasta percibiera que Jason se estaba tomando demasiadas confianzas conmigo.

—¿De qué hablaban? —preguntó—. Si no es indiscreción.

—No, no se preocupe. Christina me estaba diciendo que le encanta el mar y yo le contaba que tengo un barco y que sería un honor salir a navegar con ella algún día.

—Vaya, un barco. Impresionante.

—¿Usted navega, doctor Watzlawick?

—No. Yo soy más de tener los pies en la tierra. —Una sonrisa fría se dibujó en sus labios mientras metía las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Lo entiendo. Pero a veces hay que ir un poco más allá para sorprender a una mujer hermosa, ¿no le parece?

—Sin duda. —Reprimió una mueca—. Aunque algo me dice que esta mujer en particular es algo difícil de sorprender.

Yo alcé las cejas, asombrada por que hubiera hecho un comentario tan... personal. Denotaba que él y yo nos conocíamos en ámbitos más allá de lo académico.

Jason pareció no darle importancia.

—Bueno... Habrá que intentarlo. —Se giró hacia mí, dándole la espalda a Harry de forma deliberada—. ¿Otra copa, Christina?

—No, gracias, Jason.

—Vamos... La noche es joven.

—De verdad, ya he bebido bastante.

—Solo una más. Brindemos por el mar y por la ciencia. Estamos pasándolo bien, ¿no?

—Doctor Morris, creo que Christina ha sido muy clara —intervino Harry—. No quiere beber más.

—Puedo hablar por mí misma, Harry —le reprendí apretando los dientes.

No quería ser descortés con él en presencia de otro investigador, pero tampoco iba a permitir que saliera en mi defensa como si yo fuera una damisela en apuros—. No hace falta que te metas.

Jason deslizó la mirada entre uno y otro con los ojos muy abiertos, pero se llevó la copa a los labios sin decir nada.

Se sucedieron un par de minutos algo violentos. Jason parecía molesto por la presencia de Harry; tal vez había detectado que él y yo nos traíamos algo entre manos. Harry, por su parte, me miraba como tratando de lanzarme un mensaje alto y claro de advertencia.

—Creo que lo llaman, doctor Morris —dijo de pronto.

—¿Quién?

—La doctora Beck. Por allí. ¿No la ve? —Señaló hacia su espalda.

—Oh. —Jason se giró hacia donde apuntaba Harry y a continuación me echó una mirada prolongada, como valorando si dejarme sola con él—. Bueno... Si me disculpáis, enseguida vuelvo.

Cuando Jason llegó al fondo de la sala, Harry me cogió del brazo y tiró de mí con suavidad hasta llevarme a un lugar algo apartado. Se detuvo cuando llegamos a un rincón poco iluminado cerca de la salida, en el que permanecíamos ocultos de los demás integrantes de la fiesta.

—¿Qué crees que haces? —pregunté.

—Tardará bastante poco en darse cuenta de que nadie lo llamaba y volverá a buscarte. —Miró a nuestro alrededor, asegurándose de que nadie nos había visto, y después clavó sus ojos en los míos—. De nada.

—¿De nada?

—Por apartarte de ese baboso pedante.

—¿Estás loco? No necesito que me apartes de nadie.

—Ese tipo te habría arrastrado al baño de esta misma planta con solo una caída de pestañas de tu parte. Te he ahorrado pasar por el trago de tener que pararle los pies.

—¿Quién te ha dicho que lo habría parado?

—Tú no te involucras con gente de la universidad.

—Tal vez Jason es la excepción. Tal vez no sería nuestra primera vez.

Una sombra cruzó los ojos de Harry, pero la borró con un parpadeo.

—No juegues conmigo, Christina. No estoy de humor.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Guardé silencio unos segundos y traté de leer su lenguaje corporal.



—¿Celoso? —pregunté.

—No. Frustrado, más bien.

—¿Por?

—Por ese vestido. —Con un movimiento de cabeza, recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Su comentario me indignó.

—No serás uno de esos idiotas machistas que se creen con derecho a opinar sobre la ropa de una mujer, ¿verdad? Porque me da náuseas solo de pensarlo.

—Por supuesto que no. —Parecía ofendido—. Puedes vestirme como te dé la gana. De hecho, ese vestido es demasiado espectacular como para que no te lo pongas y lo luzcas por ahí. Lo único que me cabrea es no ser yo el que te lo quite esta noche.

Su declaración se quedó flotando entre los dos y espesó el aire que nos rodeaba. Mi pulso se aceleró y la sangre se me calentó dentro de las venas. De pronto fui consciente de que estábamos cerca. Mucho. Demasiado. Podía registrar sus espiraciones al mismo tiempo que su olor se me colaba dentro. Maldito sistema límbico, que conectó en un instante su aroma con las emociones que me despertó en su día y que yo había encerrado en mi memoria.

Seguí mirándolo a la cara, sintiendo como nuestros cuerpos casi se rozaban y cómo eso también a él le afectaba. Mi voz sonó ronca cuando hablé.

—Creía que te habías cansado de perseguirme.

—Pero eso no quiere decir que haya dejado de desearte.

Cerré los ojos, aturdida, porque sabía que tenía razón. Nos teníamos ganas. Nos deseábamos. Ambos empezábamos a respirar de manera trabajosa e íbamos deshaciéndonos de la distancia casi inexistente que nos separaba, a pesar de estar a solo unos pasos de todo el personal de la universidad. Con solo alzar un poco más la cabeza nuestras bocas se rozarían y desataríamos una danza de locura. Dios sabe que si hubiéramos estado en otro sitio no habría sido tan fuerte. Anhelaba volver a sentirlo cerca. Mucho más de lo que creía. Pero no. No. Al acabar el hechizo me desharía en arrepentimiento.

Me aclaré la garganta y traté de contenerme a mí misma.

—No quiero que nos vean hablando en este rincón —dije.

Él me dedicó una mirada prolongada y enseguida asintió. Creo que también era consciente de que era el peor momento y lugar para saldar cuentas pendientes. Cuadró los hombros.

—De acuerdo. Vuelve a la fiesta, *lady in red*. Nos vemos más tarde.

Conseguí huir de Jason el resto de la noche. No me hacía sentir cómoda y tampoco quería poner a prueba a Harry. Me refugié en la familiaridad de mis compañeros y, más tarde, bailé con ellos un rato en la pista.

Allá por donde me movía, sentía el peso de la mirada de Harry deslizándose por mi cuerpo. Pero no fue hasta un rato después, cuando sonaron los acordes de *Lady In Red*, que me di cuenta de hasta qué punto estaba en el centro de su atención, aunque estuviéramos lejos.

Él me había llamado así esa noche. Lo busqué con la mirada, y su sonrisa me confirmó que él había pedido que sonara esa canción y me la dedicaba a mí.

Hablaba de una chica de rojo que está hermosa, que brilla, una chica con la que todos los hombres quieren bailar. Y de un chico que la observa y que nunca podrá olvidar su aspecto de esa noche.

Le sostuve la mirada mientras sonaba la melodía. Nosotros no bailábamos juntos, como decía la canción, pero sentí nuestra conexión acariciarme la piel pese a los metros que nos separaban.

Supe, sin más, que todo lo que había entre nosotros estaba lejos de terminar.

Cerca de las dos de la madrugada, la gente empezó a marcharse. Los pies me estaban matando, así que cuando salí al exterior no lo dudé y fui en dirección a los taxis.

Antes de acercarme lo suficiente a la parada, una mano atrapó mi brazo en la oscuridad.

—¿Te vas sola?

Era Harry. Harry con su camisa desabrochada, su pose elegante y su mirada de fuego. Me soltó el brazo pero no dejó de mirarme.

—Sí. Pensaba coger un taxi.

—¿Vives lejos?

—No. Quince minutos.

Miró a nuestro alrededor, como intentando asegurarse de algo.

—Vamos andando. Yo te acompaño.

A pesar de mi dolor de pies, no me resistí. Algo dentro de mí me incitaba a caminar con él y tenerlo un rato solo para mí.

—Estás muy callada —dijo cuando llevábamos unos minutos de trayecto. Estaba dándole vueltas a todo lo que había ocurrido esa noche, a sus palabras de antes, a su actitud, a la canción—. ¿En qué piensas?

—En el día a día —mentí—. En la universidad. En la investigación.

—¿En nada más? —Alzó las cejas.

—¿En qué más crees que puedo estar pensando?

Sonrió de lado.

—En el hombre que camina junto a ti.

—Siempre tan humilde, doctor Watzlawick —bromeé.

—Solo soy realista, Christina.

—A mí me parece que te lo tienes demasiado creído.

—A mí me parece que luchas contra ti misma, pero que tarde o temprano entrarás en razón.

Lo miré de reojo. Sus pasos eran contundentes, seguros. No había ni una pizca de vacilación en su lenguaje corporal ni en sus gestos. Se desenvolvía con plena confianza en sí mismo a pesar de lo difícil que le ponía yo las cosas.

—Admiro mucho tu insistencia —dije—, pero pensaba que te habías cansado.

—No voy a insistir. Solo a esperar.

El resto del camino no hablamos de nada en particular, como si ambos supiéramos que habíamos cubierto el cupo de cosas que podíamos decirnos a este lado de la línea.

Comentamos cosas de la fiesta, de los invitados y de algunos cotilleos que afectaban a las esferas superiores de la universidad. Como dos buenos compañeros, como dos personas que no se esconden nada.

Cuando llegamos a mi casa, no quería irme. Quería seguir hablando con él. Su cercanía me llamaba más que ninguna otra cosa que hubiera experimentado en mi vida.

Harry echó un vistazo a mi edificio. Se notaba que era viejo y que en su interior estaría lleno de estudiantes y becarios que no podían permitirse algo mejor, como era mi caso. Sabía de buena tinta que él no se enfrentaba a ese tipo de aprietos económicos, más bien todo lo contrario. Su ropa, su posición en Wilkens y la zona donde residía a día de hoy en Nueva York daba la pista de que su cuenta corriente estaba bastante saneada.

Esbozó una pequeña sonrisa y su expresión se transformó en algo dulce y cálido que reverberó dentro de mí. No conseguí descifrar lo que pasaba por su cabeza, pero por una vez tuve claro que no iba a proponer acabar la noche entre mis sábanas. Sus siguientes palabras me lo confirmaron.

—Será mejor que subas. Tus pies necesitan descansar.

—Tienes toda la razón.

Me sentí algo incómoda de repente, cosa que no solía pasarme en su presencia. Estaba claro que ambos estábamos pensando en lo mismo, en si yo me atrevería a invitarlo a venir conmigo. Él no iba a insinuarlo siquiera y parte de mí sabía que era mejor así. La otra, en cambio, se arrugó al ver que ponía la decisión en mis manos.

—Pero antes... Hay algo que no te he dicho en toda la velada y no quiero que te vayas sin que lo sepas. —Su voz resonó en la noche y yo me estremecí ante la idea de que hubiera cambiado de opinión y quisiera seguir insistiendo; solo un poco más.

—¿El qué?

Dio un paso hasta que nuestros cuerpos se tocaron. Mi pecho acariciaba el suyo, nuestras piernas se rozaban y nuestras respiraciones se confundían. Sentía su calor a través de la tela que nos separaba. Alcé la cabeza para poder mirarlo a los ojos y en ellos vi luz contenida.

—Esta noche estás preciosa —dijo; su voz hipnótica, sexual, se derramó por mis oídos—. Has brillado como nadie y, si no nos hubiéramos conocido, te habría perseguido hasta conseguir acabar contigo.

La garganta se me secó. No me salían las palabras. Estábamos cerca. Demasiado. Y sabía que su corazón latía tan rápido como el mío. Quería besarme. Lo veía en sus ojos. De manera instintiva, me humedecí los labios con la lengua y me preparé para recibirlo. Puede que hasta me pusiera de puntillas. Era el momento.

Él sonrió, pero cuando inclinó la cabeza hacia la mía, sus labios se dirigieron a mi frente. Dejó allí un beso cálido, tierno y totalmente insatisfactorio. Cerré los ojos y me tragué la decepción intentando no revelar nada en mi cara.

—Nos vemos el lunes —susurró.

Sin más emprendió el paso. Sin girarse ni una sola vez para verme, mientras yo permanecía en el portal de mi casa sin apenas aire en los pulmones y con un latigazo de frustración golpeando mi vientre.

## ¿Rendirse?

Pasé el fin de semana arrastrando el deseo sexual que se me había enquistado dentro. Maldito Harry. Iba ganando en nuestro pequeño juego de seducción. Me estaba volviendo loca. Era oficial.

Después de semanas incitándome, había optado por la distancia. Hasta la noche de la fiesta, en la que había asegurado que aún me deseaba y que esperaba a que fuera yo la que se rindiera a la corriente que nos empujaba a los brazos del otro.

Justo cuando creí que nos desharíamos por fin en un beso húmedo y electrificante, se había marchado.

Sé que no era razonable tomarla contra él. Sé que con solo una palabra mía habríamos acabado la noche juntos. Pero yo odiaba que hubiera dejado la decisión en mis manos, porque eso significaba que mi conciencia estaba en una encrucijada.

Para colmo, la semana siguiente Harry volvió a su pose correcta y lejana. Nada de sonrisas, nada de miradas cómplices, nada de atención extra. Nada que denotase que nos deseábamos noche y día.

Tuve que hacer frente a un sin fin de reuniones a su lado, intoxicada por su olor y abrumada por lo guapísimo que estaba día sí, día también.

Pasé toda la semana batallando contra mi propia frustración. Pensando en él a todas horas, observándolo en la relativa distancia que nos separaba y soñando con que nuestros cuerpos se fundieran.

El lunes lo llevé más o menos bien. Había hecho el pacto conmigo misma de respirar hondo cada vez que coincidiese con él. No debía entretenerme mirándolo demasiado. No debía perderme en sus palabras. No debía pensar en su piel. Durante un día entero lo conseguí.

El martes empecé a perder los nervios. Habíamos coincidido en una reunión y nuestros brazos se habían rozado. Yo sentí una descarga eléctrica recorriéndome cada poro y él hizo lo imposible por mantener su expresión impassible, de manera que no supe si lo notó o si ese breve contacto le hizo

sentir algo.

El miércoles lo encontré en la piscina hablando con una de las profesoras adjuntas de Medicina. Estaban cerca, y Harry ni siquiera me miró cuando pasé por su lado. Me ignoró por seguir manteniendo aquel *tête à tête* con la despampanante profesora. Me pregunté si se verían fuera del trabajo. Me llevaron los demonios solo de pensarlo y mi humor fue una mierda durante el resto del día.

Cuando llegó el jueves, mi cerebro era un caos. Me enfurecía pensar que todo fuera una estrategia de Harry. Me enfurecía aun más pensar que estaba teniendo éxito. Me enfurecía pensar que iba a salirse con la suya si yo cedía. Me enfurecía no ser capaz de pararme a mí misma los pies.

La consecuencia de todo aquello fue que me planté en su despacho a media mañana sin reflexionar, sin tener un plan, sin saber qué esperaba conseguir. Es decir, actuando justo en la línea contraria a mi filosofía de vida.

—Harry —dije, irrumpiendo en su espacio personal como una exhalación.

Él levantó inmediatamente la vista del documento en el que estaba trabajando y sus labios se curvaron hacia arriba. Cerré la puerta.

—Christina, qué agradable sorpresa. ¿Qué puedo hacer por ti?

Di dos pasos más hasta que mis piernas tocaron su mesa.

—¿Por qué no me besaste? —solté a bocajarro.

—¿Perdona?

—El día de la fiesta. ¿Por qué no me besaste?

Su expresión se volvió más intensa como respuesta. Su sonrisa se ensanchó y sus ojos azules se oscurecieron. Se puso en pie y rodeó la mesa hasta quedar a una distancia prudencial de donde yo estaba parada.

—Vaya, vaya... Parece que alguien lleva días conviviendo con el sentimiento de rechazo y no le gusta... —Sus ojos me barrieron de arriba abajo, deteniéndose, como siempre, en cada una de mis curvas—. Interesante.

—Harry, no estoy para juegos.

—Yo tampoco. —Se aclaró la garganta—. ¿Por qué no me besaste tú?

—Porque esto está mal.

—Pero que esté mal no te hace dejar de desearlo, ¿verdad?

No pude responder. Me limité a tragar saliva con dificultad y a mantenerle la mirada. Para él debió de ser suficiente explicación, porque su sonrisa se transformó en una de suficiencia y dio un paso más hacia mí. Cada vez estábamos más cerca.

—¿Sabes qué creo, Christina? Que te encanta que esté detrás de ti. Te

inclinan por delegar en mí la responsabilidad del avance de lo nuestro porque no quieres sentirte culpable y, a la vez, eso te vuelve loca porque tú no eres así. Tú eres de las que llevan la batuta, no de las que se dejan llevar.

—No me conoces tanto como crees —mentí, aunque la realidad era que había dado en el clavo.

—Yo diría que eso no es cierto. Por ejemplo, sé que llevas seis días preguntándote qué habría pasado si te hubieras atrevido a besarme; seis días sin dejar de pensar en mí. Puede que incluso más. Puede que no me saques de tu cabeza desde que aterricé en Nueva York. O puede que te pase como a mí, que te tengo clavada dentro desde que nos conocimos.

A esas alturas yo empezaba a respirar con dificultad por culpa de su cercanía y del sonido de su voz, que se derramaba en mí como un líquido muy espeso y caliente.

Dio un paso más y todas las sensaciones que tenía dentro se multiplicaron cuando retomó la palabra.

—¿Sabes qué más sé?

—¿Qué? —Mi voz sonó como un hilo ronco y frágil que puede estallar en cualquier momento.

—Que te falta el aire ahora que estamos tan cerca. Que notas tu cuerpo arder y una pequeña molestia entre las piernas. Que también te preguntas qué estoy sintiendo yo. —Sus pupilas taladraron las mías y sentí que mi fuerza de voluntad se agrietaba con cada exhalación—. Así que deja de mirar para otro lado, Christina, y dime claramente qué es lo que quieres. Te juro que haremos frente a la responsabilidad los dos juntos.

El mundo daba vueltas y más vueltas a mi alrededor y por un momento creí que caería. Harry estaba lo suficientemente cerca como para sujetarme, pero sabía que no había abismo mayor que el que encontraría en sus brazos. Aun así, decidí dejarme arrastrar por lo que sentía en ese momento, porque quería pensar que un deseo que nacía tan dentro de mí no podía ser un error. Era imposible.

Me lancé a su boca sin que ninguno de los dos tuviera tiempo de procesar nada. Un momento estábamos retándonos con la mirada y reprimiendo un coro de jadeos, y al siguiente nuestras lenguas se entrelazaban en un intento de liberarse de esa sensación apremiante de anhelo.

Harry me apoyó contra la pared del despacho, besándome como aquella primera vez que nuestras bocas se encontraron en la oscuridad del patio de un hotel. Su calor y la presión de su cuerpo sobre el mío me arrollaron. Pronto

nos perdimos en una batalla de piernas que se enredan, brazos que se buscan y manos que se desesperan por encima de la ropa.

Me perdí entre sensaciones; la de la pared dura detrás de mí, la de mi pecho colisionando contra el suyo y la de nuestros gemidos inundando aquel despacho.

Me aferré a él, con las manos clavadas en su espalda, al tiempo que él metía las suyas por debajo de mi blusa. Su olor se me coló en el cerebro. El sabor a café que había impregnado en su lengua llenó pronto la mía y el tacto feroz de sus dedos en mi piel logró que el deseo que había albergado por él durante semanas se apoderara de mí. Ahogué un nuevo gemido en el momento en el que su mano ascendió al encuentro de mis pechos, que estaban tensos, llenos y sensibles debido a la excitación.

Sin pensar demasiado, llevé los dedos a su entrepierna y me recreé en la dureza que escondía. Estaba a punto de desconectar del todo y de desabrocharle los pantalones, cuando una serie de voces nos llegaron desde el pasillo.

Nos separamos en el acto. Harry se llevó un mano a los labios y yo a mi pelo en un intento de recomponerme. Nos miramos y no pudimos evitar sonreír. En sus ojos brillaba un apetito primario que conocía bien porque era el mismo que en ese momento me picoteaba el pecho. Las voces pasaron de largo y ambos nos permitimos volver a respirar.

—Jo-der —dijo él, apoyándose en su escritorio, tratando de recuperar el aliento.

—Debería... Debería irme.

Harry me analizó en busca de alguna señal de arrepentimiento en mi cara, pero no debió de encontrarla, porque lo cierto era que no me arrepentía. El alivio refulgió en su mirada.

—Sí. Es lo mejor. Tenemos que hablar, pero no creo que ahora sea el mejor momento.

—No. No creo que te quede mucha sangre en el cerebro.

Sonrió.

—No sabes lo mucho que me gusta tu boca deslenguada. Le haría de todo.  
—Carraspeó un poco sin dejar de mirarme los labios y volvió a enderezarse  
—. Sabes que ahora no te vas a escapar, ¿verdad?

—Soy consciente de que no me lo vas a poner fácil.

—Ay, Christina. Esa no es la actitud. Creía que ibas a dejar de fingir que esto no es lo que de verdad quieres.



Me reí.

—Bueno, ya veremos. Ahora tengo que irme. Nos vemos luego. —Me acerqué a la puerta y puse la mano en el pomo.

—Espera.

Harry se acercó a mí y arregló un poco los bajos de mi blusa, alisándola con sus manos. Después me dio un beso en la frente y me sonrió.

—Luego la veo, señorita Sanders.

Sin más, salí del despacho.

Ni que decir tiene que el resto del día no conseguí centrarme en nada que no fuera Harry, el cuerpo de Harry y la boca de Harry bebiendo de mí.

Mi concentración fue pura basura, y como consecuencia acabé metida en mi despacho hasta las tantas tratando de encauzar el trabajo del día.

No me encontré con él el resto de la jornada, pero tampoco me hizo falta para tenerlo presente. Inundaba mi mente. Creo que hasta mi ropa olía a él. Y durante las horas de laboratorio tampoco me deshice de aquel sabor a café que me llenaba el paladar.

Cerca de las ocho, la puerta de mi despacho se abrió. Hacía horas que mis compañeros se habían marchado, pero yo seguía tratando de recortar mi lista de tareas pendientes. La cabeza morena de Harry con su pelo rapado se asomó y su sonrisa descarada hizo acto de presencia.

Separé la vista del ordenador justo cuando él se acercaba a mi mesa. Había cerrado la puerta y parecía relajado, seguro de sí mismo, como siempre.

—¿Te estás escondiendo de mí?

—No. —Sonreí.

—¿Y qué haces aún aquí metida? No queda nadie en el edificio.

—Tenía que acabar una cosa, pero ya casi está. —Le di a la opción de guardar cambios en el ordenador y volví a centrar mi mirada en él—. ¿Y tú? ¿Qué haces aún aquí?

—Esperarte.

Se sentó en mi escritorio y empezó a jugar con un pisapapeles que había en mi mesa. Yo tragué saliva y me limité a observarlo.

—¿Te parece bien que hablemos de lo que ha pasado antes? —preguntó, analizándome con aquellos ojos que me cortaban la respiración.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Es un momento como cualquier otro. Además, estamos solos.

Ví como volvía a dejar el pisapapeles donde lo había encontrado y

centraba su atención en mí. Lo estudié detenidamente.

—¿Qué quieres hablar?

—¿Qué piensas de lo que ha pasado?

—Que besas muy bien.

—Gracias por la observación —respondió con una sonrisa—. Pero no me refería a la parte técnica, sino al hecho en sí.

—¿Qué quieres que te diga, Harry? ¿Que me gustas?

—Por ejemplo.

—Vale. Pues me gustas.

—Genial. Tú también a mí.

Nos quedamos en silencio, retándonos con los ojos muy abiertos. Él parecía esperar pacientemente una explicación por mi parte.

—¿Qué más quieres saber? —pregunté.

—Muchas cosas, Christina. Tantas que con un rato robado en la universidad no tendríamos ni para empezar.

—Creía que me tenías calada.

—Solo conozco tu cuerpo. Y algunas de tus reacciones.

—Sí, desde luego mi cuerpo lo conociste bien en poco tiempo.

Harry arqueó las cejas.

—¿Está coqueteando conmigo, señorita Sanders?

—Creía que eso era lo que querías.

—Quiero mucho más que un simple coqueteo. Quiero volver a comerte entera y a enterrarme dentro de tu cuerpo. Y después hablar contigo. Hasta el amanecer.

Suspiré, recolocándome en mi asiento mientras recapacitaba acerca de sus palabras.

—He quedado con mis amigos para cenar. No habría tiempo para mucha charla.

—¿Eso significa que para la otra parte sí?

Sus ojos se llenaron de fuego en el instante que formularon la pregunta. Sentí el desafío en su voz y supe que tenía que tomar una decisión. Él no iba a tolerar más tonterías por mi parte. Yo en su lugar me habría cansado hace tiempo. Debía elegir qué camino tomar y saber que no podría recular más tarde.

Con eso en la cabeza y el deseo por él aún quemándome en las venas, dije:

—¿Por qué no te acercas y lo compruebas?

Su expresión brilló.

—No me provoques, Christina. Soy muy capaz de follarte aquí mismo. Vengo preparado.

Se señaló el bolsillo trasero donde imaginé que guardaba un preservativo. Mi corazón se aceleró. Podríamos firmar nuestro acuerdo en ese mismo momento. Solo hacía falta que me atreviera a decirlo en voz alta.

—Echa el pestillo.

No necesité decirlo dos veces. Sin despegar sus ojos de mi rostro, Harry caminó hacia la puerta y dio dos vueltas a la llave plateada que había en la cerradura.

Al segundo estaba frente a mí, con expresión firme y serena, a la que el hambre que escondían sus ojos contradecía.

Alargó un brazo hacia mí para que lo cogiera, y yo accedí, entrelazando nuestras manos y dejándome llevar cuando él tiro hacia arriba con la intención de ponerme en pie.

Nuestros pechos chocaron y, en menos de un instante, Harry había metido las manos entre mi pelo y acercaba su boca a la mía con cierta agresividad.

La situación se aceleró en cuestión de minutos. Pasamos de besos salvajes y bruscos a desabrocharnos los pantalones. Harry me sentó en mi escritorio y se deshizo de mis vaqueros y de mi ropa interior. Él se bajó los suyos hasta mitad de las caderas y se situó entre mis piernas mientras sacaba un preservativo, lo abría con los dientes y se lo ponía.

—Pensaba que la próxima vez que te tuviera así sería en una cama, donde podría hacerte gritar durante horas —dijo—. Pero no puedo más. Esto va a tener que ser suficiente.

—Para mí es perfecto. No te atrevas a parar.

Las ganas contenidas durante meses nos ganaban la batalla. Éramos cuerpos, carne y necesidad. Harry me penetró sin perder tiempo y las embestidas pronto alcanzaron el ritmo adecuado para hacerme contraerme en espasmos de placer.

No fue un encuentro largo. Tampoco elaborado. Pero fue intenso, sincero y brutal en el sentido más estricto de la palabra.

Ambos conseguimos alcanzar en brazos del otro la liberación que llevábamos semanas buscando. Dejamos fluir las ganas que nos teníamos mientras el orgasmo nos arrastraba. Pero no se puede decir que nos saciáramos. No estábamos ni cerca de conseguirlo.

Harry y yo acabábamos de empezar.

## ¿Una propuesta?

No me arrepentía de lo que había pasado entre Harry y yo. Esa era la verdad. Es más, mi cuerpo me agradecía el haber liberado toda aquella tensión que acumulaba en el vientre y que solo él podía aliviar.

No me lo quité de la cabeza en las siguientes doce horas, especialmente cuando al día siguiente me crucé con él justo cuando ambos entrábamos a nuestros respectivos despachos.

Al contrario que en la últimas semanas, esa mañana Harry sí me sonrió. Fue una sonrisa blanca, amplia y sincera que escondía la complicidad que se respiraba entre nosotros.

Se acercó a mí con sus andares de caballero de mundo y, antes de pararse, echó un vistazo a nuestro alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca.

—Tengo una propuesta para ti —me dijo.

—Adelante, dime.

—Tú y yo. Esta noche. En mi casa, olvidando la universidad, la investigación y todo lo que no sean las ganas de tocarnos.

Me mordí los labios para no sonreír. Ahora que ya había aprendido en mi propia piel que la única manera de librarse de la tentación era caer en ella, solo quería seguir haciéndolo una y otra vez.

—Digamos que acepto —contesté haciéndome la remolona—. ¿Cómo debería proceder?

—Mándame un mensaje cuando entres en tu despacho y yo te contestaré con la dirección de mi casa. Solo tienes que aparecer ahí, digamos, a las siete de la tarde, y tener ganas de verme.

Oh, oh...

—No suena mal, pero siento decirte justo en este momento que tu plan tiene lagunas.

—¿Qué lagunas?

—Yo no puedo mandarte un mensaje. No tengo tu número.

—Sí lo tienes. Yo mismo lo apunté.

—Eh... Esto... —Hice una mueca—. Lo borré.

—¿Lo borraste?

—Lo siento.

Harry se apoyó en el marco de la puerta de su despacho y se cruzó de brazos. Me lanzó una larga mirada que me hizo sentir algo de frío por dentro.

—No pretendías volver a verme, ¿verdad?

No contesté. Me encogí de hombros y no aparté mis ojos de los suyos, que trataban de escudriñar mi interior a través de mis pupilas.

En ese momento, su móvil empezó a sonar dentro de su bolsillo. Lo sacó, echó un vistazo a la pantalla y volvió a mirarme.

—Bueno, trazaré otro plan. —Hizo un gesto señalando su teléfono—. Tengo que coger esto.

Hice un asentimiento y vi como contestaba la llamada al tiempo que se metía en el despacho. Yo caminé hacia el mío, con intención de empezar el día y olvidar durante un rato la expresión que había visto en sus ojos.

Fue una jornada bastante tranquila. Me centré en todo el trabajo que quería dejar cerrado de cara al fin de semana y almorcé con mis compañeros en la cafetería de nuestro edificio.

Justo antes de la hora de la comida, Virginia entró en el despacho para hablar unas cosas. Fue una charla distendida en la que aproveché para felicitarle por mis adelantos en la investigación durante las últimas semanas.

En esas estábamos cuando la puerta volvió a abrirse y la pose elegante de Harry apareció por el umbral. Me tensé en mi asiento, puesto que en su expresión pude leer que venía a buscarme para tratar un tema personal.

Sus ojos se abrieron cuando vio a Virginia, pero se puso la máscara profesional tan rápido que no dio tiempo a que sospechara de él.

Me sentí algo violenta por estar los tres en ese espacio, el mismo que había sido testigo la tarde anterior de cómo Harry y yo nos dejábamos arrastrar por el cuerpo. Intenté que mi cara no reflejara ninguno de esos pensamientos.

—Hola, Harry —dijo mi tutora—. ¿Necesitabas algo?

—No —contestó él con una mueca fingidamente indiferente—. Solo me acercaba a preguntarle a Christina si había redactado las conclusiones de la fase cero.

—Está hecho —dije yo—. Te lo he enviado a tu correo hace aproximadamente diez minutos.

Harry sonrió.

—Perfecto. Justo a tiempo.

—¿Te sorprende? —intervino Virginia de nuevo—. Christina siempre saca el trabajo en el momento apropiado. De hecho, hace un momento estaba felicitándola por su trabajo de estas semanas. ¿Sabías que codificó ella sola la base de datos para pasarla al SPSS?

Harry me echó un vistazo prolongado y su sonrisa se ensanchó.

—Impresionante. Aunque no puedo decir que me sorprenda. Ha demostrado tener una gran capacidad de trabajo.

Aunque no era para nada mi estilo, entre las palabras de mi tutora y las de Harry acabé ruborizándome levemente. Tener a dos de los profesionales que más admiraba elogiándome tenía ese efecto en mí.

—He pensado que voy a delegar en ella la redacción del borrador del artículo preliminar. ¿Qué te parece, Harry?

—Me parece una idea excelente.

Me quedé muy sorprendida por el voto de confianza de Virginia.

—¿De verdad? —pregunté, mirándola.

—De verdad.

—Enhorabuena, Christina —sonrió Harry—. Te lo has ganado.

Dio un paso al frente y me tendió la mano para que la estrechara. Miré sus ojos con recelo —prefería no tocarlo en público—, pero él me hizo una señal que indicaba la importancia que tenía que aceptara. Enseguida supe por qué. Cuando nuestras dos palmas se tocaron, pude distinguir un papel escondido, como aquella vez que me dio su número de habitación en Atlanta.

Rápidamente cerré el puño y dejé caer mi brazo a un lado de mi cuerpo para que no se notara que ahora compartíamos un nuevo secreto.

Aquella reunión improvisada no se alargó demasiado. Harry abandonó mi despacho tras unas cuantas palabras más y Virginia lo hizo unos minutos después.

Cuando estuve sola de nuevo, abrí la mano y extendí sobre la mesa la pequeña hoja de papel en la que podía leerse una dirección, una hora y solo tres palabras; tres palabras que retumbaron en mi cabeza como una promesa: «Te estaré esperando».

Harry no vivía demasiado lejos de mi casa. Solo cuarenta minutos andando separaban el destartalado edificio en el que yo vivía del suyo, mucho más moderno.

Subí en ascensor al duodécimo piso y, cuando salí, él estaba allí, en la tercera puerta a la izquierda vistiendo unos vaqueros y una camiseta vieja. Me

sonrió ampliamente y me dejó pasar al interior de su casa.

—Hola, nena. ¿Llueve?

Iba a protestar por su «nena», pero lo cierto es que él había accedido a no llamarme así únicamente en la universidad. Ahora estábamos fuera; en su casa. Y yo no quería ponerme guerrera nada más llegar.

—Sí, mucho.

—Ven. Pasa. —Me quitó el paraguas y lo dejó en un paragüero que había cerca de la entrada. Me echó un vistazo de pies a cabeza—. ¿Quieres que te deje algo de ropa?

—¿Eso es un truco para conseguir desnudarme?

—No sabía que necesitaba trucos.

Sonreí. Era cierto. No los necesitaba.

Mi ropa estaba empapada. Mis pantalones, mi blusa y las bailarinas que llevaba.

Le lancé una mirada cargada de significado y empecé a desnudarme con lentitud, con el único objetivo de provocarlo. Me desabroché el botón de los vaqueros y los deslicé por mis piernas. Me quité el calzado y, sin dejar de mirarlo, me deshice también de la parte de arriba.

—Dios. —Harry cerró los ojos—. Ya la tengo dura.

—Suena bien.

Me acerqué a él con la intención de que su ropa siguiera el mismo camino que la mía, pero me paró a tiempo.

—Espera... Quería hablar antes de nada.

—¿Hablar de qué?

—De nosotros.

—¿No podemos hablar después?

—No me fío de que vayas a quedarte.

—Vaya. —Retrocedí un poco, confundida.

—Borraste mi número, Christina —dijo en tono de reproche.

—¿Y qué? Tú ni siquiera me pediste el mío.

—Fue un error por mi parte. Uno que, por cierto, no voy a volver a cometer. —Sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y me lo tendió—. Marca aquí tu teléfono.

Lo cogí, teclé con dedos rápidos y se lo devolví. Él pulsó la tecla de llamada y, a los pocos segundos, un sonido procedente del interior de mi bolso irrumpió en el salón.

—Te tengo fichada.

Me guiñó un ojo y me pidió que esperara un segundo mientras me traía algo para taparme y se llevaba mi ropa mojada. Yo aproveché para echar un vistazo a la casa. Era enorme. Solo el salón y la cocina americana eran casi el doble de grande que mi piso. Había una puerta que supuse que sería un baño y un pequeño pasillo que conducía a las habitaciones. El suelo era de mármol, las paredes blancas y lisas y los muebles vanguardistas. Cada rincón desprendía el aroma del dinero. No sabía lo que podía costarle a Wilkens un piso así en esa zona de la ciudad, pero estaba claro que mucho.

Harry entró de nuevo en el salón con un albornoz que echó sobre mis hombros.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunté.

Me hizo un gesto para indicarme que me sentara en una de las sillas que había alrededor de la mesa, en el otro extremo del salón. Ambos nos dejamos caer enfrente del otro y nos miramos a los ojos. Él fue el primero en hablar.

—¿Qué esperas de esto, Christina?

Podría haberme hecho la tonta y fingir que no sabía de qué hablaba, pero decidí seguir su ejemplo y no andarme con rodeos.

—Nada en concreto —contesté.

—¿Podrías intentar especificar?

—No sé. ¿Qué esperas tú?

—Yo he preguntado primero.

—Ya, pero, supuestamente, tú eres el experto. O al menos sabes más que yo de este tipo de conversaciones.

Harry carraspeó un poco e inclinó su cuerpo hacia delante, apoyando los codos sobre sus rodillas.

—Christina, yo tengo claro lo que quiero. No me cuesta nada ser franco y abierto contigo. Jamás he intentado ocultar lo mucho que me interesas. Pero necesito saber qué quieres tú. Es lo básico en cualquier relación.

—Yo nunca he tenido una relación.

—¿Nunca?

—No. No sé hasta qué punto eso nos complica la vida. Aunque tampoco estoy diciendo que quiera una relación contigo ahora. Estoy acostumbrada al sexo sin compromisos. Pocas veces repito con el mismo chico.

—¿Y conmigo? —Arqueó las cejas.

—No soy idiota. Sé que contigo no es tan fácil. Nos atraemos y nos vemos todos los días. Habiendo accedido a acostarnos de nuevo, sé que la cosa no va a quedar en un encuentro aislado.



—Desde luego no es mi intención.

—Pero no sé qué más puedes querer de mí —seguí diciendo—. Yo no quiero ser tu novia.

—Vale, eso lo entiendo. No estoy pidiéndote que lo seas. Solo quiero tener la oportunidad de conocerte, de verte cuando a los dos nos apetezca, de pasar tiempo contigo siendo solo Christina y Harry. Nada más.

—¿Con qué fin?

—Ninguno en particular y todos al mismo tiempo.

—¿Eh? —Parpadeé, confusa.

—No persigo nada concreto, pero quiero obtener de ti lo máximo que me permitas.

Ahora fui yo la que asentí. Jugueteeé con las tiras del albornoz y volví a clavar mis ojos en los suyos.

—¿Y la universidad?

—Esto que hay entre nosotros no tiene nada que ver con lo que ocurre allí. Absolutamente nada.

—Pero si empezamos a vernos fuera... ¿nuestra interacción allí no cambiará?

—Christina, aunque no volviéramos a vernos nunca más fuera de esas cuatro paredes, nuestro trato sería diferente del que tenemos con otros compañeros.

—Pero...

—Nadie va a enterarse. Te lo juro. Tendremos mucho cuidado.

Tragué saliva al tiempo que escudriñaba sus pupilas, y supe ver en ellas que era sincero. Para él ese punto también era importante.

—De acuerdo. Me fío de ti.

Asintió una vez con lentitud antes de decirme:

—Aún no me has dicho qué esperas tú de esto.

—No lo sé, Harry. De verdad que no. Todo lo que puedo decirte por ahora es que he intentado mantenerme lejos de ti porque estamos en una situación complicada, pero no he podido.

—Lo sé. Yo tampoco puedo estar lejos de ti.

Nuestras miradas se encontraron y noté que el aire cambiaba. ¿Qué quería decir aquello? ¿Qué significaba que ambos hubiéramos fracasado en alejarnos del otro? ¿Por qué había tanta intensidad vistiendo los ojos de Harry cuando me miraba? Sentí un ramalazo de pánico agitarse en mi estómago. Algo me decía que mi vida estaba a punto de cambiar. Deseaba a Harry y estaba

dispuesta a ofrecerle algo más que mi cuerpo con tal de pasar algo de tiempo con él, porque lo cierto era que yo también estaba interesada. Pero temía que aquello se nos fuera de las manos y acabáramos perjudicando nuestro trabajo.

Sacudí la cabeza en un intento de dejar de pensar en todo aquello y me esforcé por sonreír. En ese instante, era lo mejor que podía hacer.

—¿Es suficiente conversación? —pregunté.

—Por el momento sí. Iremos poco a poco. No hay prisa, ni reglas, ni obligaciones. Solo quiero poder verte, Christina. Lo demás lo iremos viendo según llegue.

—De acuerdo. —Volví a sonreír—. Podemos ir por ahí.

—Bien. —Él también sonrió—. Ahora, deja que te enseñe mi habitación.

Se puso en pie y me tendió una mano. Me condujo hacia su dormitorio, un espacio amplio y ordenado en el que presidía la cama en la que me tumbó sin perder tiempo. Se deshizo de mi albornoz y de mi ropa interior, y su lengua de pecado recorrió cada uno de los rincones que lo reclamaban.

Fue una tarde placentera en todos los sentidos. No solo por el número de orgasmos compartidos, sino porque era cierto eso de que Harry sabía comportarse como un caballero. Se encargó de secarme la ropa, me ofreció un tentempié para reponer fuerzas y me permitió darme un baño en la soledad de la impresionante ducha hidromasaje que había en el aseo de su habitación.

Cuando salí al comedor con mi ropa como nueva, estaba relajada como no recordaba haber estado en semanas.

Harry miraba algo en su iPad y sonrió cuando me vio llegar. Yo me asomé al enorme ventanal que había junto al sofá y vi que la tormenta había crecido en las últimas horas. El agua caía con furia y repiqueteaba contra los cristales. Las calles estaban inundadas y algunas zonas de la ciudad se habían quedado sin luz.

—Se ha ido la luz en la calle —dije.

—¿En serio? —Se acercó a mí y se puso también a mirar por la ventana—. Joder con la tormenta.

—Tal vez debería irme antes de que empeore.

—¿Irte? ¿Estás loca?

—Cuanto más tarde será peor.

Paseó su mirada entre los relámpagos que cruzaban el cielo y el bolso que yo ya había colgado de mi hombro. Sea lo que sea lo que pasó por su cabeza, no debió de darle demasiadas vueltas.

—Quédate —dijo.

—¿Eh?

—Podemos empezar hoy mismo con eso de conocernos. —Me separó de la ventana y tiró de mí hasta que ambos estuvimos sentados en el sofá de cuero negro—. Mira, te cuento mi plan. Te dejo algo de ropa cómoda. Te cambias mientras yo preparo la cena. Abrimos una botella de vino y nos la tomamos, aquí, en el sofá, mientras hablamos de todo y de nada. Cuando nos entre sueño, nos metemos en la cama. Buscaré una manera creativa de hacer que te corras y, si lo consigo, tú puedes devolverme el favor. En el momento en que ninguno de los dos pueda más, nos metemos dentro y dormimos.

—No sé, Harry...

—Venga, nena. Es un buen plan. Esto no tiene por qué ser solo sexo. Ya te lo he dicho, me interesas de verdad.

Me mordí el labio mientras sopesaba mis opciones. En la calle la tormenta había traído el caos. No encontraría un taxi libre y seguro que el metro era un infierno. Harry me ofrecía una velada tranquila y excitante a partes iguales, y lo cierto es que con él siempre lo pasaba bien. Además, yo había accedido a eso de conocernos. ¿Qué había de malo en que empezáramos esa noche?

Finalmente, cuadré los hombros y dije:

—De acuerdo.

Harry me llevó de nuevo a su habitación, donde me dio un pijama suyo. Me estaba enorme y olía a él y a suavizante para la ropa.

Cuando volví a la zona del salón, había preparado unas cuantas cosas en la mesita que había frente al sofá y había abierto una botella de vino tinto.

Cenamos mientras hablábamos de temas varios. De planes de fin de semana, de películas que nos gustaban, de cómo eran nuestros amigos y, por supuesto, de la universidad.

—Sé que estás preocupada por la investigación —me dijo en medio de esa conversación—. Pero te aseguro que lograremos mantener las cosas separadas. Soy un profesional y tú también. Una de las buenas, por cierto.

Sonreí por el halago y di un trago a mi segunda copa de vino.

—Me quedo con la frase que has dicho antes. Aunque esto acabara aquí, nuestra relación jamás sería estrictamente profesional. No después de lo que pasó en Atlanta.

—Así es, nena.

—¿Por qué insistes en llamarme nena?

—¿Por qué lo odias tú?

—Porque así llamo a mis amigas. Es una especie de apelativo cariñoso. Me choca que lo utilices para referirte a mí.

—Me sale solo. Desde el principio. Me encanta tu nombre, pero me gusta la idea de referirme a ti de una manera especial.

Seguimos hablando. De nuestros estudios, de otras investigaciones en las que habíamos participado, de las metas con las que soñábamos en el pasado y cómo poco a poco se iban cumpliendo.

—Háblame de cuando eras estudiante —le pedí en un momento determinado de la noche. Estábamos los dos recostados en el sofá en una postura bastante íntima, con música de fondo y el sonido de la tormenta como compañía—. ¿Cómo fue el desarrollo de tu doctorado?

—Bien. Fácil. En lo académico y en lo personal.

—¿Eso qué quiere decir?

—Me casé con la hija de mi director de tesis. Puedes imaginarte que la línea entre una faceta de mi vida y la otra se difuminó demasiado.

—¿Te casaste con la hija de tu tutor? —repetí, incrédula. ¿Harry había estado casado?

—Sí.

Un relámpago molesto, como los que iluminaban el exterior, vibró dentro de mi pecho.

—Supongo que ya no estáis juntos.

—Supones bien.

Ambos nos quedamos callados unos segundos. Era la primera vez que dábamos con una revelación personal tan delicada. No sé por qué me impactó tanto esa información ni por qué parte de mí se sentía incómoda de repente.

Harry tardó poco en darse cuenta de que aquel pequeño descubrimiento me había hecho pensar.

—Puedes preguntar qué nos pasó —dijo—. No importa.

—No quiero saberlo.

—¿No?

—No es asunto mío.

Sus ojos me escrutaron, como si en el fondo no terminara de creer esas palabras, pero finalmente zanjó la conversación diciendo:

—Vale. De todas formas, tampoco es un tema del que me guste hablar.

Seguimos hablando y moviéndonos por el terreno de lo personal, contándonos batallitas sin importancia y, en el caso de Harry, recordándome aquello que me había dicho en su día de que había conocido de manera íntima

a pocas mujeres porque siempre acababa pasando mucho tiempo con ellas.

—Así que eres un experto en relaciones serias...

—Yo no diría tanto.

—Sabes más que yo.

—Eso es cierto. Ahora que lo dices, ¿cómo es que nunca has tenido novio?

—Tuve novietes en el instituto.

—Eso no cuenta. Me refiero a relaciones adultas.

—No lo sé. —Me encogí de hombros—. Nunca he querido complicarme la vida en ese sentido.

—Igual es que no has encontrado a la persona que te haga planteártelo todo.

—No sé si en mi caso existe esa persona —reconocí—. Nunca he sido enamoradiza. Me gustan los hombres, pero más mi independencia, mi trabajo, mis amigos... No siento que haya un hueco por llenar ni nada por el estilo.

—Eso está muy bien. Sobre todo que no necesites a nadie para sentirte completa, dice mucho de ti y de tu autoestima. Pero el amor puede ser un complemento de todo eso. Está en nuestro ADN.

—Para asegurar la procreación —contesté yo, acomodándome mejor en el sofá—. Conoces a alguien que te atrae y tu cerebro empieza a segregarse dopamina, serotonina y oxitocina a borbotones y te enganchas como a una buena droga de diseño. Es química, Harry. Nada más.

Me miró con atención, con los ojos entrecerrados y los labios sutilmente curvados hacia arriba.

—Eres demasiado joven para ser tan escéptica. Yo he estado enamorado y te aseguro que es mucho más complejo que un conjunto de hormonas y neurotransmisores jugueteando con nuestro cerebro. —Se aclaró la garganta—. Entran en juego variables psicológicas no tan tangibles, como el compañerismo, la admiración, la intimidad, el apego, la necesidad de protección de la pareja... No hay nada como querer a alguien y sentirte querido por esa persona.

—¿Entonces por qué no sigues con tu mujer? —pregunté, y no lo hice por ser borde, era pura curiosidad. Si él era de pronto un defensor del amor, ¿cómo era que no había sido capaz de mantener su matrimonio?

Harry no se ofendió, todo lo contrario, hizo un movimiento con la mano y la expresión de su cara se suavizó.

—Porque el amor requiere de cuidado, comunicación y respeto. A veces se estropea. No en todos los casos es para siempre.

Sentí un tinte melancólico en sus palabras. Algo dentro de mí se arrugó al pensar que un hombre tan resuelto como Harry había sufrido por una relación fallida.

—¿Ves? —dije intentando sonreír para quitar hierro al asunto—. Demasiado complicado.

Harry me echó una mirada prolongada y después también sonrió, como si me tuviera calada.

—Sigo pensando que no has encontrado a tu persona. Cuando la encuentres, tu percepción del amor cambiará.

—Si pasa, te escribiré para contártelo.

—Igual no hace falta. —Su sonrisa se ensanchó. Se acercó más a mí y su expresión nostálgica fue sustituida por aquella provocadora que me volvía loca—. Igual yo estoy aquí para eso. Para hacerte cambiar de idea.

Me eché a reír.

—Harry, no voy a enamorarme de ti.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque lo estoy.

—También estabas muy segura de no querer nada conmigo y esta noche duermes en mi cama.

Entrecerré los ojos, desafiándolo.

—Eso es algo que puede cambiar fácilmente.

Soltó una carcajada y su expresión se mantuvo relajada.

—Decía Carl Jung que el encuentro entre dos personalidades es como el contacto de dos sustancias químicas: si hay alguna reacción, ambas se transforman.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú y yo nos hacemos reaccionar, Christina. Tenemos ese tipo de química. Yo puedo hacerte cambiar a ti de la misma manera en la que puedo afirmar que tú me cambias a mí.

—¿Yo te cambio a ti?

—Desde el principio. Mi reacción ante ti desde el primer día que te conocí ha sido muy potente e inesperada. Química pura. Del tipo que es inexplicable, como el amor.

Sentí frío de repente.

—¿Estás insinuando que podrías enamorarte de mí?

Harry sonrió y no separó sus ojos de los míos ni un momento cuando dijo:

—Lo contemplo como posibilidad, sin ninguna duda.

Mi corazón se aceleró, no sé por qué. Parecía serio cuando lo dijo; su mirada fue intensa y penetrante y consiguió anidar en mi pecho, en un lugar al que nunca hacía caso. No sabía por dónde salir, a pesar de que siempre suelo tener una respuesta para todo. Pero aquel no era para nada mi terreno. Nadie me había dicho a la cara algo como aquello. Intenté no reflejar la turbación que sentía por dentro cuando volví a hablar.

—No sabes lo que dices.

—Por Dios, Christina. Cualquier hombre podría enamorarse de ti. Eres lista, trabajadora, preciosa, sexi, tienes seguridad en ti misma y esa pose de chica dura que da ganas de deshacer a base de caricias.

Escuchar a un hombre citando las cualidades que me hacían digna de ser amada no era algo para lo que estuviera preparada.

Me revolví en el sofá y di un último trago a la copa. Después la dejé sobre la mesa del centro.

—Creo que ya hemos hablado suficiente por hoy —dije.

Los ojos de Harry se abrieron y escudriñaron mi rostro, mostrando que su capacidad perceptiva funcionaba perfectamente a pesar del vino.

—¿Por qué te incomoda que te diga esas cosas?

—Porque yo no quiero que nos enamoremos, Harry.

—Hay cosas que no se pueden evitar.

—Deja de hablar así. —Me puse seria—. Me estás asustando.

Soltó una carcajada.

—Relájate, nena. Solo estoy provocándote un poco. Nunca te pediría nada que no quisieras darme.

Se acercó a mí y me dejó un beso húmedo y decadente en mi cuello. Mi cuerpo traidor reaccionó erizándose en cada rincón. Sus labios rodaron por mi garganta, el hombro y la clavícula y yo poco a poco fui relajándome de nuevo, olvidándome de por qué estar tan cerca de Harry me parecía de pronto tan peligroso.

—Vamos a la cama. Voy a compensarte por cada palabra que he dicho de más.

Fuimos de nuevo a su habitación, donde él desplegó todos los trucos que conocía para lograr que yo dejara la mente en blanco.

Me perdí en su cuerpo, en su boca y en sus manos. Me entregué a lo que me pedía su piel y lo que exigía la mía.

Y cuando me dormí a su lado, volví a encontrarme a mí misma y conseguí olvidar por unas horas que esa noche algo había sido diferente; que esa noche,

tal vez, me había abierto las puertas hacia un camino hasta entonces desconocido.



Matt

## ¿Preguntas y respuestas?

Las semanas siguientes al diseño del proyecto para la aerolínea fueron extrañas. Extrañas entre Kate y yo, me refiero. No hay otra manera de describirlas.

Nuestra interacción había cambiado radicalmente, aunque, en esencia, continuase siendo la misma.

Seguíamos discutiendo, pero ya no lo hacíamos desde la rabia o la antipatía, sino que se había convertido en un juego. Un juego en el que ninguno ganábamos, pero en el que tampoco consentíamos perder.

No sé si era consciente o inconsciente, pero siempre nos estábamos buscando. Con la mirada. En comentarios ambiguos lanzados al aire. En las carreras por ver quién terminaba antes una tarea. En los roces durante esos breves instantes en los que robábamos espacio al otro.

Nos peleábamos por estupideces, rivalizábamos como dos niños que están aprendiendo el significado de la palabra «competición» y nos enzarzábamos en batallas dialécticas solo por el placer de escuchar al otro llevarnos la contraria. Pero había cosas nuevas que hacían de nuestro trato cotidiano algo diferente, como las sonrisas compartidas si nos cruzábamos por los pasillos o ese gesto cómplice cuando coincidíamos en una idea.

Así pasaron las últimas semanas del verano; trabajando codo con codo, aprendiendo a tolerarnos y disimulando que el interés en el otro iba creciendo cada vez que cerrábamos la puerta de una nueva jornada.

Y así seguimos.

Hasta el día que todo cambió.

Acababa de salir de una reunión interminable cuando me dirigí a mi mesa para dejar un par de carpetas. Mi idea era bajar a comprarme un café americano —el tercero del día—, pero allí encontré a Jason, un compañero de *marketing* al que le encantaba fomentar el sentimiento de equipo entre los trabajadores.

—Ey, Matt. Vienes esta tarde al *Quiz*, ¿no?

El *Quiz* consistía en tomar cervezas en un bar de Brooklyn mientras nos enfrentábamos por equipos en un juego de preguntas y respuestas. Solía

organizarse el último viernes de cada mes, aunque hasta la fecha yo solo había asistido a uno.

—Pues no lo sé —dije—. No lo tenía en mente.

Me pasé una mano por el pelo y en ese momento apareció Kate. Kate con esa expresión seria, un tanto altiva, que ponía cuando se encerraba en el trabajo; con una faldita gris y el pelo negro cayéndole sobre los hombros; con su sonrisa camuflada esperando el momento exacto para aparecer.

Eso también era nuevo. Desde hacía unas semanas, cada vez que la tenía a cierta distancia me resultaba imposible no escanearla de arriba abajo.

—Hola, chicos —saludó.

—Hola —contestamos nosotros.

Dejó las cosas sobre su mesa, justo al lado de la mía, y después se giró hacia donde estábamos parados.

—¿De qué hablabais?

—Intento convencer a Matt para que se una a lo de esta tarde —respondió Jason.

—Ah —me dirigí a ella—, ¿es que tú vas?

—Por supuesto. —Su sonrisa apareció por primera vez, y lo hizo de una manera maliciosa que me produjo un hormigueo en la nuca—. ¿Qué pasa, Matthew, temes perder?

—No. Al menos no contra ti.

Como cada vez que nos enfrentábamos, se produjo un duelo de miradas entre nosotros. Ella pestañeó con gracia y yo curvé los labios con superioridad.

Se escuchó la chispa de ese reto implícito que cortaba el aire. Y de la competición. Y de esa atracción absurda que empezaba a nacer. Pero nadie pareció reparar en ella; solo yo.

—Uhhh, se huele la competitividad a la legua —bromeó Jason, deshaciendo el contacto visual entre Kate y yo—. ¿Estáis seguros de que no queréis desafiarnos en el campo de batalla?

—Creo que no se atreve a exponerse a la humillación pública —me provocó ella de manera indirecta, mirándome una vez más.

—No des cosas por sentadas, Katherine.

Kate y Jason se pusieron a comentar los detalles del *Quiz*, pero sus voces se colaron en mis oídos como ruido blanco. Apenas los escuchaba. En ese momento, toda la información que calaba en mi sistema nervioso lo hacía a través de la vista, que se empapaba de la imagen de esa chica misteriosa que

se había cruzado en mi vida.

Observé cómo gesticulaba. Cómo se movía su boca mientras dibujaba palabras y las lanzaba al aire. Jodida niña. Era increíble cómo su risa se iba guardando en un rincón de mi cerebro, aunque yo no quisiera. Al igual que tampoco quería que mi cuerpo reaccionara ante ella, por mucho que en ocasiones su forma de moverse, de hablar, de mirar o respirar consiguiera que mi estómago se tensara. Una putada porque, una vez que la sangre habla, estás perdido.

Me rasqué la mandíbula mientras ellos acordaban la hora de quedada de esa tarde.

Fue mi instinto el que habló, a pesar de que no estuviera preparado para lo que estaba por venir.

—A las siete, ¿no? Pues allí estaré.

El *Quiz* tenía lugar en un bar de Brooklyn bastante cercano a mi casa. Llegué de los últimos y lo hice empapado, porque aquella tarde llovía a cántaros y había salido a la calle sin paraguas.

Me recibió el aroma a cebada, las luces tenues y la música llenando el espacio.

Los equipos ya estaban formados en el momento que tomé asiento. Me tocó con algunos compañeros del departamento de recursos humanos e informática.

Kate ya estaba allí, tomando una cerveza junto a otro grupo y con una expresión relajada en su rostro que no le conocía.

No se había cambiado desde por la mañana, pero por alguna razón tenía mucho mejor aspecto que horas antes. Tal vez era por el simple hecho de estar fuera del trabajo, en un ambiente distendido, tomando algo y escuchando anécdotas divertidas de gente a la que normalmente solo la unía temas laborales. No supe por qué la vi diferente, pero el caso es que me resultó complicado apartar la vista.

Me pilló mirándola unos segundos más tarde. Sus ojos se entrecerraron en mi dirección y hasta el aire cambió su forma. Sentí el chispazo de nuevo. El anuncio de un presentimiento que no supe identificar en ese preciso instante, pero que estaba ahí, flotando.

El desafío.

—Matthew —dijo.

—Katherine —contesté yo.

Volvimos a mirarnos. Ella me inspeccionó de arriba abajo; no estaba

acostumbrada a verme con ropa tan informal. Vaqueros, una camiseta de Nirvana y zapatillas era mi atuendo de aquella tarde.

—¿Estás preparado para perder?

—¿Contra ti? —Me reí—. Eres tan ingenua...

—Y tú demasiado sobrado.

—Y bien que te gusta.

El brillo de sus ojos contradijo a la expresión impasible que se vio obligada a fingir. Siempre hacíamos eso: fingir que no nos afectábamos. Pero a esas alturas ya era un hecho. Entre nosotros existía una complicidad tácita que nos envolvía y que tarde o temprano acabaría pasándonos factura.

Apenas un par de minutos más tarde, el juego comenzó. Como la otra vez que había estado allí, fue divertido. Fue como una noche de Trivial con mis amigos, pero con otra gente con la que me jugaba el pago de la cuenta de los quince trabajadores de Maor & Maor que estábamos allí.

Mi grupo acertó muchas preguntas.

«¿A qué equipo se enfrentó Filadelfia en la primera Super Bowl que jugó?».

«¿Qué presidente de los Estados Unidos abolió la esclavitud?».

Fallamos muchas también.

«¿Cuántos países baña el Mar Negro?».

«¿Cuántos Oscars se llevó *Memorias de África*?».

No ganamos, pero tampoco quedamos los últimos, por lo que nos libramos de pagar.

Cuando terminó el *Quiz*, muchos compañeros se marcharon a sus casas. Los que quedábamos nos reagrupamos en una mesa grande. Me pedí otra cerveza. También trajeron nachos, alitas de pollo y algo rebozado que no sé qué era, pero que estaba de muerte.

Fuera seguía lloviendo con fuerza. Desde el ventanal se veía el caos de coches y taxis que inundaba la avenida. Se había ido la luz en la calle.

Me pregunté cómo volvería Kate a su casa, puesto que era una de las personas que había decidido quedarse. Pensándolo bien, ni siquiera sabía dónde vivía. Ni con quién. No sabía absolutamente nada de su vida. Solo sabía que el café le gustaba con aroma a caramelo, que necesitaba trabajar en silencio y que madrugar le agriaba ese humor suyo que, ya de por sí, no era precisamente suave. Hacía un par de minutos también había conseguido descubrir que la cerveza le gustaba tostada y con poco gas, que el queso fundido era su debilidad y que las noches de tormenta la asustaban.

—¿Te asusta la lluvia? —le pregunté—. Nunca lo habría dicho de alguien como tú.

—No me asusta la lluvia. Me asustan los truenos, el colapso de la ciudad y que se vaya la luz. —Dio un trago a su cerveza y su ceño se frunció—. Un momento, ¿qué significa eso de «alguien como tú»?

—Nada en concreto. Simplemente, no me encajas en el perfil. Eres demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Guerrera. Peleona. Cero blandita.

—Que a alguien no le gusten las tormentas no lo convierte en una persona blandita, ¿sabes?

Sonreí porque parecía imposible intercambiar un par de frases con ella y que no saltara a la defensiva.

—Está visto que no. He conocido a pocas personas con esa fuerza arrolladora que tú desprendes.

Me miró a los ojos durante unos segundos y después sonrió. Y no lo hizo con burla, superioridad o malicia. No lo hizo con complicidad ni con intención de encararse conmigo. Simplemente sonrió. Con sinceridad. Solo su boca curvándose hacia arriba convirtiéndome en el único culpable de aquella expresión.

Fue diferente.

No obstante, ningún acercamiento entre los dos traía calma durante mucho tiempo. Estábamos demasiado cómodos en la provocación. Y durante las dos horas siguientes, se lo demostramos a todo aquel que quiso escucharnos.

—¡Pues claro que es mejor leer en digital que en papel! —le dije yo a colación de una conversación que había surgido en el grupo—. ¿En qué siglo vives?

—¡Ay, mira, el moderno! ¿Qué me dices de la magia del papel?

—¿La magia del papel? Me interesa la magia de la economía, del espacio y de poder viajar con mi Kindle lleno de libros sin que mi maleta reviente.

—Dios, seguro que tu casa es una de esas tristes con las estanterías vacías...

—Mi casa está llena de clásicos, listilla.

—Sí, seguro.

—Cuando quieras subes y te lo demuestro.

Más adelante, la disputa fue otra. Cada vez que en la mesa salía algún tema que diera pie a disparidad de opiniones, las voces de nuestros compañeros se

apagaban y únicamente se nos escuchaba hablar a nosotros, como si de pronto nos hubiéramos quedado solos.

Yo creo que todos alucinaban con aquel juego disfrazado de hostilidad que había entre Kate y yo, pero nadie se atrevía a intervenir cuando nos «comunicábamos».

—Hay que ahorrar —sentencié—. El que guarda siempre tiene.

—No está mal ahorrar, pero el dinero está para gastarlo. Una buena casa. Un coche bonito. Las vacaciones de tu vida...

—Sí... Las vacaciones de tu vida. Esas que dices que te gustaría pasar sola, ¿no?

—Serás cabrón...

Entrar en bucle en una discusión con ella era una de las cosas más fáciles que había hecho en mi vida. De alguna forma, hasta era liberador. Aunque no tuviera fin.

—*Love actually* es la película más sobrevalorada de la historia!

—Pero ¿tú qué sabrás? —Se puso hecha una furia—. ¡No tienes ni idea de cine! Y mucho menos de comedias románticas.

—Probablemente sea la persona de este bar que más sepa sobre comedias románticas, perdona que te diga. Una de mis mejores amigas es adicta a ellas y nos conocemos el catálogo como las tablas de multiplicar.

—¿Sí? Entonces sabrás que la escena de las cartulinas es una de las mejores que nos ha regalado el séptimo arte.

—¿La de las cartulinas? ¿La del tío ese patético que está enamorado de la mujer de su mejor amigo? Venga, por favor, Katherine. No esperaba que fueras un cliché con patas. A ti te va más otro tipo de historia... Como la de la chica que está enamorada de su compañero de trabajo, por ejemplo.

—¿Estás queriendo decir algo?

—No sé. —Sonreí con prepotencia—. Lee entre líneas.

La siguiente vez que miré el reloj, eran las doce de la noche. Hacía horas que la luz se había ido en la calle. Solo se distinguían los faros de los vehículos y la iluminación que provenía del interior de algunas viviendas que no habían sufrido las consecuencias de la tormenta.

Los cuatro compañeros que quedaban a esas horas dijeron de compartir un taxi. Todos vivían cerca de Williamsburg, la zona hípster de Brooklyn. Yo lo tenía fácil para llegar a mi casa, que estaba tan solo a cinco minutos. Pero cuando Kate dijo que ella no se iba de allí hasta que volviera la luz supe que yo tampoco lo haría.

—¿Por qué no te vas en taxi? —preguntó Jules, una de las chicas de administración que aún no se había marchado.

—¿En taxi? ¿Sin luz en la calle? No voy a arriesgarme a tener un accidente.

—¿Y en metro?

—Sí, claro. Para que haya un corte de electricidad y me quede atrapada en la vía.

—Entonces ¿te quedas aquí sola?

—Si no hay más remedio, sí.

—Bueno... —intervine yo—. Yo vivo cerca de aquí.

Kate clavó su mirada en la mía y, sin más, se echó a reír.

—Estás loco si crees que voy a irme contigo a tu casa. Prefiero quedarme aquí sola toda la noche.

—Deja de soñar, Katherine. No era eso lo que te estaba proponiendo. Solo iba a ofrecerte a quedarme un rato contigo hasta que volviera la luz, pero si prefieres estar sola, no seré yo el que te estropee el plan.

Ella parpadeó muy deprisa. Estaba roja y yo le sonreí con burla, aunque nunca reconocería que, si ella hubiera accedido, le habría abierto las puertas de mi casa sin pestañear.

—Eh... bueno, haced lo que queráis. Pero tiene pinta de que conseguir un taxi con la que está cayendo es complicado, así que nos vamos ya.

El grupito que nos había acompañado hasta ese momento se acercó a la barra para pagar sus consumiciones. Después se despidieron de nosotros con un gesto de la mano y salieron fuera, donde todavía no había dejado de llover.

Cuando me giré de nuevo, fui consciente de que Kate y yo nos habíamos quedado solos. Ella me observaba con esa actitud indiferente que en ocasiones fingía conmigo, pero que en ese momento apenas se sostenía en pie.

Supe que la tenía donde quería.

—¿Quieres que me vaya? —le pregunté.

—¿Quieres tú irte?

Qué lista, la jodida niña. No era tan indescifrable para ella como yo creía. Por supuesto que no quería irme. Hacía semanas que sabía que haría cualquier cosa con tal de tenerla para mí solo un rato fuera del trabajo.

—Está bien —cedí—. ¿Billar?

Ella sonrió y solo tardó un segundo en acceder.

—De acuerdo.

Nos dirigimos al fondo del local, donde había cuatro mesas de billar. Dos de ellas estaban vacías. Elegimos la que estaba más apartada.



Pedimos un par de cervezas en la barra y, cuando nos las trajeron, chocamos los botellines. No sé si existiría algún motivo en el mundo por el que ambos quisiésemos brindar, pero lo hicimos, y la mirada que cruzamos fue la de dos personas que comparten algo.

—Como gran consumidor de comedias románticas, tengo muy interiorizado que en toda partida que se precie los contrincantes deben jugarse algo —dije mientras cogíamos dos palos del rincón.

—¿Insinúas que estamos en una comedia romántica?

—No, insinúo que podemos hacer esto mucho más interesante.

—¿Sí, eh? —Me miró divertida—. A ver, ¿qué propones?

—Bueno... ya que esto ha empezado como una noche de *Quiz*, ¿por qué no seguimos con el plan de las preguntas?

—¿Preguntas de qué? ¿De cultura general?

—No, de nuestras vidas.

—¿Personales?

—¿Por qué no? ¿Guardas algún secreto?

—Ninguno que a ti te pueda interesar.

—Entonces, ¿de qué tienes miedo? ¿De conocerme tan a fondo que acabes encontrándome irresistible?

Se echó a reír con esa risa que solo había escuchado en un par de ocasiones y que nunca había estado relacionada directamente conmigo. Era como una cascada de cosquillas por debajo de la piel. Como una explosión interna de escalofríos.

—Más bien tengo miedo de lo contrario —dijo.

—Chica lista.

Kate preparó las bolas encima de la mesa. Rayadas, lisas, rayadas, lisas. En el centro la negra, que hizo girar sobre sí misma antes de volverse hacia mí.

—¿Cuáles son las reglas? —preguntó.

—Uno mete las de un tipo y el otro las del contrario.

—Eso ya lo sé. —Puso los ojos en blanco—. Digo del rollo de las preguntas.

—Pues... cada vez que metamos una bola tenemos derecho a una pregunta. Asintió.

—¿Se puede vetar?

—Se puede.

—Bien. Entonces vamos. ¿Rompes tú?

—No te preocupes. Adelante.

Empezó el juego. La bola blanca, impulsada por el tiro de Kate, hizo bailar el resto por el tapete verde. Una consiguió meterse en la tronera y eso la hizo sonreír.

—Vale. Yo rayadas, tú lisas —dijo—. Veamos, lo primero que quiero saber es: ¿siempre has sido una persona tan molesta?

Solté una carcajada.

—La respuesta es sí. No es que yo me considere molesto, entiéndeme, pero soy consciente de que tengo un carácter... complicado. Puntilloso. Todo el mundo que me conoce me lo dice, pero hay que quererme así.

Kate sonrió antes de continuar con la partida.

En la siguiente jugada erró el tiro, lo que significaba que era mi turno.

Metí la bola azul de pura potra.

—Tienes veintitrés años y acabas de terminar la carrera. Eso significa que perdiste un curso. ¿Por qué fue?

—Veto —contestó.

—¿Qué? ¿Tan pronto? Es una mierda de pregunta.

—Tú eso no lo sabes.

La miré con fijeza, intentando leerla, e imaginé la cantidad de situaciones que podrían haberla llevado a descuidar sus estudios: fiestas, chicos...

—Fuiste una adolescente rebelde, es eso, ¿no?

—He dicho veto.

—Joder. Vale. —Me rasqué la cabeza y pensé en otro camino que pudiera darme algo de información—. ¿Dónde creciste?

—Ya has hecho tu pregunta. Si quieres otra, tendrás que meter una bola.

—¿Estás de coña?

—No.

—¿Quién pone aquí las reglas?

—Puesto que es un juego que nos acabamos de inventar, diría que los dos. Así que, si quieres preguntar, tira.

Dios. La odiaba.

Sin rechistar —algo insólito en mí—, preparé el tiro y golpeé la bola blanca hasta conseguir meter tres lisas de una sola jugada.

La miré con burla.

—¿Dónde te criaste?

—Stamford, Conneticut.

En la media hora siguiente, tuve la oportunidad de escuchar muchas

respuestas acerca de su vida. Me enteré de que llevaba poco tiempo en la ciudad, de que compartía piso por unos meses con dos completas desconocidas y de que al principio pensó que Nueva York la agobiaría, pero que poco a poco la ciudad la iba conquistando.

Ella también aprendió muchas cosas sobre mí, como que era hijo único, que mi objetivo era ser el director comercial de una empresa con una alta facturación y que mi vicio inconfesable era ser fan de series de adolescentes tipo *Gossip girl*.

Nos reímos bastante. Ella vetó un par de preguntas más. Yo no veté ninguna. Ni siquiera cuando la cosa empezó a ponerse... interesante.

—¿Son ciertos los rumores sobre tu anterior empresa? —preguntó.

—¿Qué rumores?

—¿Tuviste una aventura con tu jefa?

Alcé las cejas, sorprendido de que esa información hubiera llegado a sus manos. Manhattan era grande, pero mucha gente de mi actual empresa tenía relación con trabajadores de la anterior, y el escarceo entre Sharon y yo no había pasado tan desapercibido como a ambos nos hubiera gustado.

Pensé en ella. Solo fue un segundo, pero el simple recuerdo de aquello que compartimos fue suficiente para ensombrecer mi mirada.

—Sí —contesté.

—Vaya... —susurró al observarme—. Te duele.

—Siempre se experimenta cierta nostalgia cuando se mira hacia el pasado.

—¿Fue una historia importante para ti?

La expresión de Kate era de curiosidad, supuestamente casual, aunque supe ver que había algo más por la forma en la que se mordía el labio, esperando una respuesta; por cómo rehuía mi mirada.

No le contesté de entrada. Eché un vistazo a la mesa que había entre nosotros y luego a ella.

—Solo has metido una bola —le dije, recordándole esa regla que ella misma había implantado varias tiradas atrás.

—Tienes razón. —Carraspeó un poco para disipar esa tensión repentina. A continuación se preparó a conciencia y consiguió que la bola naranja entrara de manera limpia en la tronera. No dudó en preguntar de nuevo—. ¿Fue una historia importante para ti?

—Es la única historia que ha sido importante para mí.

El juego continuó durante los siguientes minutos. Las preguntas empezaron a ser de tanteo. De exploración. A veces un poco canallas. Después de ese

intento algo comprometido de investigar sobre mi vida sentimental, me vi con el derecho de hacer lo mismo con esa faceta suya.

—¿Cuántas parejas has tenido?

—Muchas y ninguna a la vez —contestó—. He estado con muchos chicos, pero no sé si he llegado a estar en una relación. Para mí «pareja» es un concepto que implica mucho. Tanto que no tengo claro si he llegado a vivirlo en su totalidad.

Y así seguimos. Escalando posiciones en un juego entre los dos que cada vez era más peligroso. Traspasando la intimidad del otro. Fantaseando con difuminar los límites. Llegando a hacerlo, en realidad, con alguna de las preguntas:

—¿Has tenido sexo alguna vez con un desconocido?

—Sí.

Vi su pulso latirle en el cuello. Es curioso cómo la palabra «sexo» siempre resuena más que ninguna, a pesar de tener solo cuatro letras. Los ojos de Kate se encendieron en el acto al darme una respuesta y brillaron con interrogantes que yo mismo me planteaba. Cómo. Cuándo. Con quién. Qué sonidos hacía mientras su cuerpo resbalaba sobre otro.

Quise conocerlo todo de primera mano. Ser testigo. Aspirar su boca con mis ganas.

—Yo también.

—No te he preguntado.

—Ya —dije—. Pero querías saberlo.

La forma en la que cayeron sus pestañas me indicó que sí, quería.

El ambiente cambió. Creo que hacía rato que lo había hecho. Quizá en el mismo momento en el que nos habíamos quedado solos.

Había sexo en el aire, y sí, nosotros habíamos jugado mucho, pero no a eso.

Eso era nuevo. Y cada vez más peligroso.

—¿Cuánto hace que no follas?

Esa fue su siguiente pregunta. Mi polla reaccionó agitándose y deseé que el camino que estábamos tomando desembocase en nosotros dos enredándonos, poniendo fin al periodo que llevábamos sin tocar otros cuerpos.

—Dos semanas —contesté.

—Yo cinco meses.

—Es bastante.

—Sí... Empiezo a tener ganas.

Dejó aquella bomba consumiéndose en mis manos para a continuación

mostrar indiferencia. Pero no colaba. De verdad que no. Eso era una provocación. Una llamada. El deseo de más volviéndose tangible en el oxígeno que nos rodeaba.

Deslizó el palo entre sus dedos, lo apoyó en la mesa y a continuación se inclinó para preparar el tiro. En el proceso su falda se subió un poco, dejando a la vista esos muslos en los que hacía días que quería hundir mis uñas.

Se me nubló la mente y acepté el desafío.

—Pues no creo que tengas problema para solucionarlo, ¿sabes?

Kate se irguió de nuevo, apoyando el palo en su cadera, y me miró.

—¿Me estás halagando?

—Estoy exponiendo un hecho objetivo. Imagino que en tu casa tienes espejos. Sabes que eres la clase de chica que sabe poner cachondo a un tío.

Se hizo el silencio entre los dos. Apartó la mirada y se giró lentamente para volver a adoptar la posición de tiro, pero, cuando trató de golpear la bola blanca, la madera se le resbaló en las manos.

—¿Te has puesto nerviosa, Katherine?

—Hace falta algo más para ponerme nerviosa —dijo. La dificultad con la que tragó saliva fue evidente por el movimiento de su garganta.

—Ya veo. —Me acerqué a ella por detrás hasta encajar mi cuerpo con el suyo. La sentí estremecerse. Puede que yo lo hiciera también—. ¿De qué color es tu ropa interior?

Se dio la vuelta muy despacio hasta quedar frente a mí.

—¿Quién te ha dicho que llevo ropa interior?

—*Touché*. Aunque espero que lleves, esa falda es demasiado corta para ir en plan comando. Alguien puede echar un vistacito sin querer y llevarse una sorpresa.

—¿Tienes algún problema con el corto de mi falda?

Estábamos tan cerca que su aliento me acariciaba la piel.

—Ninguno.

—¿No te gusta?

—Demasiado —susurré—. Me gusta demasiado.

Si alguien nos hubiera visto desde fuera, habría pensado que éramos una pareja que se estaba conociendo y que solo necesitaba respirar el mismo aire para ponerse a tono. No podíamos estar más cerca. Mi pecho acariciaba las formas redondeadas de Kate a través de su blusa de gasa. Mi nariz estaba a la altura perfecta para oler su pelo. En cada inhalación se aspiraban las ganas que teníamos de más.

—Tal vez deberíamos parar esto —dijo ella con voz ronca cuando lo que estaba ocurriendo se volvió demasiado evidente.

—¿El qué?

La chispa crepitó. Le aparté un mechón de pelo que caía por su cara y sentí cosquillas en los dedos. Nunca antes la había tocado hasta ese momento.

—Esto. Tú y yo.

—¿Por qué?

—Porque no es buena idea.

—Si juegas con fuego corres el riesgo de quemarte. ¿No te lo ha enseñado nunca nadie?

—Te sorprendería la cantidad de cosas que me ha enseñado la vida.

—Parece que no las suficientes si de repente estás tan cerca de alguien a quien odias.

Su frente se contrajo con confusión.

—¿Crees que te odio?

—Creo que no nos gustamos, pero...

—¿Pero?

—Pero... que hay algo. Algo entre los dos. Algo que explica por qué estamos temblando. Algo que hace que te esté costando respirar y que yo no quepa en mis propios pantalones.

Su lengua escapó de entre sus labios para humedecerlos y tentarme más de lo ya lo estaba haciendo.

—Igual estamos a tiempo de ignorar ese «algo»...

Me acerqué aún más. Mi erección, que a esas alturas ya resultaba imposible de ignorar, chocó contra su vientre. Me incliné un poco y mordí el lóbulo de su oreja antes de susurrarle allí:

—¿Es eso lo que quieres?

Un gruñido estalló en su garganta. Se rozó contra mí. Sentí su conciencia apagarse.

—Mi casa está a cinco minutos —musité.

Ella me miró a los ojos durante unos segundos y no necesitó palabras para decirme que sí.

No fuimos capaces de esperar hasta llegar a mi apartamento para probarnos. La calle seguía oscura cuando salimos, pero la tormenta ya no caía con la intensidad de horas atrás. Solo se notaban unas pequeñas gotas, finas, pero suficientes para empaparnos el rostro. Por eso, cuando mi boca rozó por

primera vez la de Kate, lo que sentí fue el sabor de la lluvia en sus labios; la furia de un trueno en su lengua.

Besarla fue morir en vida. Fue ruido y silencio. Frío y calor. Luces y sombras.

Con Kate siempre me movía entre los dos extremos de un mismo continuo, pero hasta que no la besé por primera vez no supe hasta qué punto era capaz de consumirme en el mismo momento en que mi pecho se expandía.

El beso fue un ciclón. Superior a la media de todos los primeros besos que me había dado con una mujer. Un beso eléctrico bajo una tormenta de final de verano.

Mis dedos clavados en sus mejillas. Labios mordiéndose. Su lengua asaltando mi boca.

Nos separamos para mirarnos a los ojos. Me puse nervioso. Puede que por la excitación o puede que porque Kate tenía algo... algo arrollador que, a algún nivel interno, me asustaba.

Ella sonrió y me obligó a reanudar el paso. Nuestros dedos se entrelazaron y su piel tibia calentó la mía.

Caminamos unos veinte metros y nos paramos de nuevo, esta vez en un portal. Volvimos a besarnos allí. Nuestros dientes chocaron por el ansia que habíamos escondido en cada provocación, discusión y batalla durante los meses anteriores. Sus manos se enredaron en mi nuca y las mías se colaron bajo su blusa. Le rocé la espalda y se estremeció. Acaricié sus poros erizados hasta que el beso se volvió tan urgente que tuvimos que detener aquello.

Nuestros pasos volvieron a resonar sobre la calle que iba a mi casa. Nos mirábamos de reojo, aunque apenas nos veíamos porque la luz no había vuelto en aquella avenida. Nos detuvimos un par de veces más antes de llegar a mi edificio.

Junto la fachada de un supermercado.

Bajo una farola apagada.

También nos comimos en el ascensor que subía a mi apartamento. Tuvimos que coger aire antes de abrir la cerradura y atravesar la puerta de mi casa, que nos recibió vacía, con las cortinas moviéndose y la luz apagada.

—¿Estamos solos? —preguntó Kate.

—Sí. Imagino que Neal estará con Claire.

—¿Quién es Claire? ¿Su novia?

—Eso quisiera él. —Me reí—. Bueno... y ella. Ella también.

Sonrió despacio, como si hubiera encontrado algo inspirador en esas

palabras. A continuación se paseó por el salón, estudiando los rincones: el perchero de la entrada, ese sofá en el que Neal y yo compartíamos una cerveza tras una jornada difícil...

—¿Te gusta mi casa? —le pregunté.

—Me gusta. Pero apuesto a que tu habitación es la mejor parte.

Cuando escuché el «clic» de la puerta de mi dormitorio cerrarse, me di cuenta de hasta qué punto estaba excitado. Excitado, ansioso, loco. La luz debía de haber vuelto en mi calle, porque gracias a la claridad que entraba de las farolas y la luna pude ver como Kate se iba deshaciendo de su ropa. Su falda desapareció en el suelo. También su blusa. Sus sandalias y su sujetador. Se quedó solo con unas braguitas blancas.

Tragué saliva.

No estaba preparado para su cuerpo desnudo. Sus pechos firmes, mirando al cielo. La curva de su cintura. La piel de sus muslos.

Despacio se acercó a mí y, sin dejar de mirarme a los ojos, empezó a quitarme la ropa hasta dejarme sin nada. En ese momento fui consciente de que estaba aterrorizado. También estaba cachondo. Cachondo como no lo había estado en meses. Tanto que sentía que no tenía capacidad de controlar lo que estaba a punto de suceder.

Ella tomó la iniciativa. Nos besamos hasta acabar tumbados en la cama. De pronto no tenía ni puta idea de qué hacer. Quería devorarla hasta hacerla gritar, pero me notaba paralizado.

—Tócame —susurró ella.

Hipnotizado por su voz, le hice caso. Le mordí el cuello, después un pezón y seguidamente deslicé mis dedos bajo la tela de su ropa interior.

Juro que sentir su humedad me enloqueció, hasta el punto que pensé que podría correrme solo con hacerla disfrutar. Ella gimió, se retorció sobre mí y pocos segundos más tarde una de sus manos rodeó mi erección.

La primera sacudida me arrancó un alarido. La segunda un latigazo en mi espina dorsal. Con la tercera creí que aquel encuentro acabaría en ese instante y a parte de mí incluso le dio igual.

—Ponte el preservativo —pidió de pronto, como si se hubiera dado cuenta de que mi capacidad de control era patética en ese momento.

—Vale.

No tenía mesita de noche, así que debajo de mi cama escondía una cesta en la que guardaba protección para casos como ese.

Kate me arrancó el paquete con la mano y fue ella la que desenrolló el



látex sobre mí. Mi polla se estremeció al sentir la atención de sus dedos firmes y seguros.

—¿Ansioso? —preguntó.

—No sabes cuánto.

Me hubiera gustado ganar algo de tiempo para tranquilizarme, tantearla y prepararme para lo que venía a continuación. Pero, como siempre, fue ella la que se adelantó.

Se quitó las bragas y se subió a horcajadas sobre mí. Jugueteeó con mi erección en su entrada hasta deslizarse sobre ella y meterla hasta el final. Gritó. Gritó tanto que yo grité también, y agradecí que estuviéramos solos, porque no me veía capaz de contenerme en ningún sentido.

Ambos nos movimos como dos desquiciados e hicimos sonar el somier. Volvimos a chillar.

—Te gusta, ¿eh?

—Cinco meses, Matthew. Cinco meses. Nunca había tenido tantas ganas.

Se mordió el labio en una expresión tan erótica que creí que no podría soportarlo. Yo no tenía ni idea de cómo luciría mi cara, pero imaginaba que debía de tener los ojos desorbitados y la boca entreabierta por el placer mientras mis dedos clavados en su carne dirigían sus caderas hacia mí.

Me parecía increíble estar haciendo aquello con ella, pero, al mismo tiempo, tenía la certeza de que era algo inevitable. De que la energía que había entre nosotros no podía destruirse, pero sí transformarse en aquella electricidad que nos recorría mientras nos follábamos. No había explicación para lo que había entre los dos. No había habido un comienzo claro. No había lógica que lo sustentara. Ni siquiera se podía definir con palabras. Pero allí estábamos, sintiéndolo. Dejándonos ahogar por ello. Al menos yo, que me sentía presa de algo que no entendía, pero que poco a poco me dominaba.

Nunca me había sentido tan desbordado de sensaciones durante el sexo. Nunca había querido entrar en nadie hasta ese momento.

—Tócate —le pedí en un momento clave, apretando los dientes—. Tócate porque no creo que pueda aguantar mucho.

—¿Qué? ¿Ya?

—Lo siento, pero... Dios... Tócate.

Un par de movimientos más de sus caderas mientras la veía acariciarse fue lo que hizo falta para derramarme como un adolescente sin técnica ni aguante. Me corrí como un loco. Enterré mis gritos en su cuello y marqué sus nalgas con mis uñas.

En aquel momento no supe si ella terminó. No me atreví ni a preguntarlo. Hacía años que no tenía esa sensación de no haber dado la talla tras correrme dentro de una mujer, y me sentí algo avergonzado. Mareado.

La miré. Se había tumbado a mi lado. Estaba preciosa. Tenía el pelo enmarañado, la respiración agitada y la piel pegajosa, pero, aun así, estaba guapa a reventar.

Pasamos varios minutos sin decir nada. Rehuyéndonos las miradas y solo escuchando al otro respirar.

—¿Quieres...? ¿Quieres ducharte? —le pregunté al final como un gilipollas. No tenía ni puta idea de qué decir ni cómo actuar.

—No. Mejor me ducho en mi casa.

—¿Te... te vas?

—Sí. Parece que la luz ha vuelto y, bueno... —Me miró de frente. Fue en ese momento exacto en el que supe que sí, la había jodido. Quería huir. Lo gritaban sus ojos.—. No sé si esto ha sido buena idea.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cosas que solo salen bien en nuestra imaginación.

La miré y supe lo que estaba insinuando.

Nunca me he sentido tan idiota como en ese momento.

Observé como se levantaba de mi cama con mucha dignidad, dadas las circunstancias. Recogió su ropa y empezó a vestirse. Lo hizo delante de mí, sin esconderse. Al igual que tampoco escondía lo que estaba pensando. Que lo nuestro había sido un error, un desastre, que aún no había abandonado mi casa y ya se arrepentía.

Era imposible que me sintiera peor.

Me puse unos calzoncillos y una camiseta y la acompañé, dubitativo, a la puerta. Tenía un nudo de angustia en la boca del estómago. Jamás se me había dado mal el sexo, y tenía que cagarla justo con ella, que era mi compañera de equipo, mi archienemiga en cada discusión tonta que emprendíamos y la persona que más me había fascinado en años.

—En fin... nos vemos el lunes, ¿no? —preguntó, iniciando la despedida.

—Bueno, eso será si no tramitas tu baja de la empresa —dije con una mueca agria.

—No te voy a mentir, es lo primero que he pensado en cuanto te has corrido.

«Qué hija de perra», pensé. Si pensaba echarme en cara que no había estado a la altura, quizá sería yo el que acabara dejando el puesto de trabajo.

—Adiós, Kate.

—Buenas noches.

Y se fue.

Hasta ese instante, ninguna puerta cerrada se me había atravesado tanto en el pecho.

## ¿Complicarse la vida?

Las primeras semanas fueron de prueba. De tantearnos, de descubrirnos y de acortar distancias.

Dentro de la universidad hablábamos lo justo y necesario para sacar adelante el trabajo. El único atrevimiento que nos permitíamos era lanzarnos miraditas de vez en cuando, cuando creíamos que nadie nos veía. Esas miradas se convertían en algo menos inocente cuando ocurrían en la piscina, en la que coincidíamos a menudo. Pero la mayoría del tiempo fingíamos de maravilla.

Todos nuestros encuentros como «algo más» tenían lugar en casa de Harry. Él insistía en ir de vez en cuando a mi piso, pero yo aún no me sentía cómoda compartiendo mi espacio.

Vernos en un lugar público tampoco era una opción. Nos arriesgábamos a que alguien nos descubriera y ninguno de los dos estaba dispuesto a lidiar con las consecuencias de algo así.

De momento, con lo que teníamos era suficiente. El sexo entre nosotros era más que bueno, nos hacíamos reír y desde aquella noche de tormenta no nos habíamos adentrado en ninguna conversación peliaguda.

Aquel acuerdo parecía funcionar.

Un par de semanas después de que lo nuestro estuviera en marcha, coincidimos en una reunión con todos los adjuntos del departamento. Virginia, como directora, fue la encargada de moderar las intervenciones de los demás.

Me tocó sentarme al lado de Harry. Nuestras piernas se rozaban por debajo de la mesa. Nuestros brazos estaban peligrosamente cerca. Pero nuestras miradas no se encontraron. Mejor, porque no estaba segura de poder permanecer impasible si sentía sus ojos clavados en los míos. Bastante tenía con luchar contra aquella sonrisita insolente que se dibujaba en su boca. Era preferible no ponernos a prueba en público.

No hubo nada reseñable en la reunión. Tomé notas compulsivamente, como siempre, y traté de aprender de los comentarios de cada uno de los

investigadores que hablaron.

Cuando quedaban aproximadamente cinco minutos para acabar, noté que la pantalla de mi móvil brillaba sobre la mesa. Lo había sacado a petición de Virginia para ir controlando el tiempo, así que lo miraba de vez en cuando. Lo que no esperaba fue que precisamente en ese momento me llegara el mensaje que me llegó. Era Adam, un chico con el que tenía algo de historia y con el que había coincidido por casualidad el sábado anterior cuando salí con mis amigos.

*<Lo pasé genial la otra noche. Podemos repetir cuando quieras. Siempre estoy dispuesto para ti, ya lo sabes>.*

Lo leí por encima y sonreí. Ya le contestaría luego. Apunté un par de cosas más en la libreta, y justo en ese momento sentí que Harry se tensaba a mi lado. Carraspeó con incomodidad y se removió en su asiento. Parte de mí pensó que tal vez había visto el mensaje, pero no tenía tiempo en ese momento para meditar sobre esa posibilidad, así que lo dejé pasar.

Cuando me acorraló en los baños de la cafetería un par de horas más tarde, lo último que pensaba era que fuera a hablarme de ese tema.

—¿Tienes un momento?

—Eh... Bueno.

Me cogió del brazo con suavidad pero con firmeza, y me llevó a un rincón que quedaba fuera de la vista del resto de comensales. Su voz sonó dura cuando habló.

—¿Quién cojones es Adam?

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Sus ojos azules taladraban los míos. Parecía realmente molesto y de entrada me sentí un poco mal. Pero cuando entendí que no solo había fisgoneado mi teléfono, sino que tenía la cara de venir a pedirme explicaciones como un hombre de las cavernas, levanté la cabeza y me preparé para pelear.

—¿Quién te ha dado permiso para cotillear mis mensajes?

—El móvil estaba... La pantalla... —Parecía descolocado—. No he podido evitar leer. Lo siento, pero esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es la cuestión?

Se acercó un poco más a mí y bajó la voz, aunque el tono seguía siendo áspero y oscuro.

—¿Te acuestas con otros hombres, Christina?

Levanté la mirada. Me indignaba la territorialidad que impregnaba sus palabras. Me indignaba que él sonara indignado, como si yo acabara de faltarle al respeto rompiendo alguna promesa que existía entre los dos.

—Como comprenderás, no voy a hablar de eso aquí y ahora.

Se separó un poco y parpadeó a toda velocidad, como si acabara de ser consciente de dónde estábamos. Volvió a asegurarse de que nadie nos oía y se aclaró la garganta.

—Bien. De acuerdo. Te espero esta tarde en mi casa cuando salgas de trabajar.

—¿Perdona? Tú a mí no me dices lo que tengo que hacer.

—No, es cierto. Pero pensaba que me había metido en esto con una persona adulta. Si tenemos un problema, lo lógico es que lo hablemos.

—No somos pareja —rebatí.

—No, pero nos debemos respeto. —Sonaba molesto, molesto de verdad. No parecía que para él aquello fuera una trifulca sin importancia—. Estás en tu derecho de no venir a solucionar las cosas, pero si no lo haces quiero que sepas que me habrás decepcionado.

No me dejó contestar. Se dio media vuelta y volvió en dirección a donde estaban las mesas.

Llegué a mi casa más tarde de lo que había pensado. Me metí en la ducha y me puse a darle vueltas a la discusión que había tenido con Harry horas atrás. Estaba hecha un lío. Nadie me había pedido explicaciones en veinticinco años de vida. Nunca había tenido que pedir perdón ni permiso por las decisiones que tomaba. Y, de repente, sin saber muy bien cómo, estaba en una situación en la que las acciones que llevaba a cabo podían afectar a los sentimientos de otra persona.

No era mi terreno. Y, aunque parte de mí podía llegar a entender su reacción, lo cierto es que también me asustaba la implicación que todo aquello tenía.

Algo me decía que si no iba a casa de Harry las cosas iban a cambiar entre los dos. No quería ser el tipo de mujer que pierde el culo por agradar a un hombre, pero tampoco el tipo de persona que no admite cuándo toca ser maduro y hablar cara a cara las cosas.

Harry me abrió la puerta de su casa en chándal. Estábamos a finales de septiembre y se notaba que el calor nos iba dejando poco a poco. Como

siempre que lo veía, mi estómago reaccionó agitándose sin remedio.

—Adelante —dijo.

Pasé al interior y vi que había un par de platos en la barra del desayuno. Cuando yo iba, normalmente cenábamos en el salón. Nuestros ojos se encontraron unos breves instantes y solo eso fue suficiente para saber que Harry seguía molesto por lo que había pasado esa mañana. Y que le había dado vueltas al tema. Muchas.

—¿Estabas cenando?

—Acabo de terminar. ¿Tú tienes hambre?

—No. Cené hace un rato.

Asintió y vi como empezaba a recoger los restos de comida. Metió las cosas en el lavavajillas que había en la otra parte de la cocina y yo me sentí con la libertad de cruzar el comedor en dirección al sofá. Tomé asiento y me acomodé mientras lo esperaba.

Harry se dejó caer junto a mí unos minutos después. Cogió el mando de la tele para bajar el volumen y se situó para mirarme de frente. Guardó silencio los segundos siguientes, esperando a que fuera yo la que empezara a explicarse.

—Harry, no puedes ponerte celoso. Odio a los hombres posesivos.

—Nunca he sido un hombre celoso, ni posesivo. Y te pido disculpas si esa es la impresión que te ha dado. —Se frotó los ojos, como si el hecho de tener esa conversación lo agotara hasta el extremo—. Estaba cabreado.

—Dijiste que sin reglas ni obligaciones. ¿Por qué te molesta pensar que me he acostado con otro hombre?

—No me gusta compartir —dijo con firmeza, como si eso lo explicara todo.

—Yo no soy tuya.

—No he dicho que lo seas, pero no estoy acostumbrado a esto. Yo soy más de citas, de cenas, de intimidad. Nunca he sido infiel a una mujer y no me gusta estar al otro lado tampoco.

—¿Considerarías una infidelidad que uno de los dos se acostara con una tercera persona?

—Sí —contestó sin dudar.

—¿Por qué? Tú y yo... no somos pareja.

—Pero compartimos cosas, Christina. Nos estamos conociendo, lo pasamos bien, y el hecho de que te acuestes con otro me hace pensar que hay algo aquí que no funciona; que para ti esto no es suficiente o que no te lo tomas

tan en serio como me lo tomo yo, independientemente de que no tengamos una relación seria. —Hizo una pausa en la que aprovechó para tomar aire. A continuación clavó sus ojos en los míos—. Pensar que esto para ti no significa nada me duele.

Que me dijera algo así me ablandó, no pude evitarlo. Entre otras cosas, porque yo en el fondo secundaba cada una de sus palabras. Supe entonces que si la situación hubiera sido al revés también me habría molestado. Y también me dolería que insinuara de alguna manera que todo lo que compartíamos no tenía ningún significado.

Harry demostraba cada día ser el tipo de hombre que me había advertido que era. Un hombre de una sola mujer, comprometido, acostumbrado a lo estable, sensible, en el fondo, por más que cubriera sus expresiones con ese disfraz de lobo.

El hielo que cubría mi corazón se derritió un poco cuando volví a mirarlo a los ojos.

—No me acosté con Adam, Harry.

—¿Cómo?

—Al menos no el sábado pasado. Él y yo tuvimos algo hace cosa de un año. El sábado me lo encontré en un bar y me invitó a una copa. Charlamos, nos reímos y eso fue todo. Ni siquiera lo besé.

El alivio que inundó sus facciones al escucharme hablar fue un puñetazo en las costillas. Me di cuenta de que incluso había estado conteniendo el aire. Saber de primera mano el poder que al parecer tenía sobre él me hizo seguir hablando:

—No me he acostado con otro desde que estás en Nueva York. Y no porque crea que te debo algo, sino porque no me sale. Ahora mismo solo me interesas tú en ese sentido. Y cuando eso cambie, esto que tenemos habrá terminado. No es mi intención complicarme tanto la vida.

En sus labios se dibujó una sonrisa.

—Siempre tan práctica...

Yo también le sonreí y ambos nos quedamos en silencio.

—Siento haberme puesto así —dijo él al cabo de un rato—. No es que no confíe en ti, es que todo esto del sexo sin ataduras es demasiado nuevo para mí. No sé dónde están los límites, y a veces tanta ambigüedad puede jugar malas pasadas. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, Harry. Puede que yo no haya tenido nada como esto hasta ahora, pero puedo entender que hay determinadas cosas que



no están bien.

Asintió una sola vez y a continuación alargó el brazo para atrapar mis manos en las suyas. Nuestras palmas se rozaron y nuestros dedos se entrelazaron. La carne se me calentó al instante. Había más intimidad en ese gesto que en todos los besos que me habían dado en mi vida antes de él.

—¿Qué habrías hecho si te hubiera dicho que sí que me acosté con Adam?

Harry suspiró.

—No sé si vas a querer oír la respuesta.

—Si te lo pregunto es porque quiero oírla.

Era cierto. Quería oírla. Quería entender un poco mejor eso que Harry sentía por mí, a ver si de ese modo conseguía descifrar mis propios sentimientos.

—Me habría vuelto loco de celos —confesó.

—Has dicho que no eres celoso.

—No lo soy. O eso creía. Pero he pasado toda la tarde torturándome con imágenes tuyas con otro hombre y no soporto la idea de otro tío tocándote y obteniendo de ti lo que yo me esfuerzo por ganarme día tras día.

—¿Habrías querido seguir con esto?

—Christina...

—Dímelo, por favor. Necesito saberlo.

Harry carraspeó y se incorporó un poco sobre el sofá. No me soltó la mano.

—Ojalá pudiera decirte que sí. Me gusta lo que tenemos; me gusta pasar tiempo contigo, y disfruto de lo que hacemos juntos hasta el punto de ser capaz de aceptar únicamente lo que quieras darme. Pero la verdad es que no habría podido seguir contigo sin morirme un poco por dentro cada vez que salieses por la puerta de mi casa, especialmente sabiendo que puedes acabar en brazos de otro nada más dejar mi cama. Y no quiero pasarlo mal. Así que no, no habría querido seguir con esto. Me importas demasiado.

Su sinceridad cruda y descarnada terminó de desarmarme. Decirle algo tan intenso a una mujer como yo era un riesgo, uno que a Harry no dudó en correr.

Me di cuenta de que poco a poco él iba poniendo sus sentimientos en mis manos, sin importarle que yo no tuviera la experiencia suficiente como para tratarlos con el cuidado que merecían.

Me estremecí al pensar que Harry se abría a mí día tras día como si no pudiera evitarlo, a pesar de que yo era incapaz de corresponderle de la misma manera.

—Ven —dije, tirando un poco de él para ponerlo entre mis piernas. De repente me sentía triste y me preocupaba que él sintiera algo parecido. Quería sentirlo cerca. Él se dejó hacer y se acomodó contra mi cuerpo. Dejó un beso en mi cuello—. Yo no quiero hacerte daño.

—Lo sé.

—Pero todo esto es nuevo para mí. A veces meteré la pata.

—Es normal. Seguro que yo también.

—¿Bromeas? Tú eres demasiado perfecto como para meter la pata. —Lo dije en tono burlón, pero en el fondo lo decía en serio. Harry sería el jodido hombre ideal para cualquier mujer con dos dedos de frente—. Eres el sueño de cualquier chica.

—No quiero ser el sueño de cualquier chica. Solo quiero serlo para ti.

Nuestros ojos se encontraron y se hablaron sin palabras ni barreras. Su boca tardó poco en venir al encuentro de la mía, que la recibió con muchas ganas y alivio. Me aterró pensar hasta qué punto mi tranquilidad se iba entremezclando con lo que pasaba entre nosotros, pero descarté ese pensamiento para dejarme llevar por lo que estaba sintiendo dentro.

Harry se deshizo de cada prenda que me cubría. Su boca rodó por mis hombros, mis pechos, mi estómago y mis caderas. Mis jadeos pronto se confundieron con su respiración entrecortada. Poco a poco fue quitándose también su ropa y acabamos los dos desnudos sobre aquel sofá de cuero negro.

Los dientes de Harry arañaron mi ombligo y mi cintura y, con cuidado, fue descendiendo hasta mi monte de Venus. Allí se tomó un momento para aspirar mi esencia y, antes de que pudiera decir ni una palabra, me abrió para él y su lengua acarició cada rincón.

Yo gemí sin remedio y me entregué a ello, retorciéndome y pronunciando en voz alta su nombre, porque sabía que le encantaba oírlo.

Poco más duramos en el salón. Harry me cogió en brazos y sin dejar de besarme me llevó a su habitación. Me tumbó en su cama y en menos de un minuto sacó un preservativo, se lo puso y entró dentro de mí.

Muy lentamente empezó a moverse, dibujando un círculo con las caderas que unía su cuerpo al mío. Era intenso, placentero, decadente, y ambos nos perdimos en aquel ritmo desconocido mientras la piel se hacía oír.

—Me gustas tanto, nena... Tanto tanto...

Cuando minutos después nos deshicimos en un clímax compartido, noté que me faltaba algo para sentirme satisfecha del todo. Necesitaba a Harry, más de su cercanía; escuchar su corazón latir y notar como su respiración adoptaba de

nuevo una velocidad normal. Así que me abracé a su pecho, él me besó la cabeza y por primera vez desde que empezamos a acostarnos, no fue solo sexo lo que llenaba esa habitación.

Después de asearnos y de beber un poco de agua, volvimos al dormitorio. Harry se puso el pijama y yo empecé a quitarme las lentillas para guardarlas en el botecito que llevaba en el bolso.

—¿No te vas? —me preguntó, tumbándose en la cama.

Me giré hacia él.

—¿Quieres que me vaya?

—Claro que no. Si por mi fuera te encerraría para que no pudieras salir de esta habitación jamás. Pero como mañana trabajamos, pensé que querrías irte a tu casa.

—Me saltaré la piscina e iré a mi piso a cambiarme y coger mis cosas. Si te parece bien.

La sonrisa que me dedicó me aceleró las pulsaciones.

—Me parece genial. Si quieres, puedes dejarte aquí una muda de ropa para la próxima vez.

—Lo pensaré.

Harry me indicó dónde había guardado el pijama que ya había usado un par de veces y me lo puse en silencio. Cuando hube terminado, me descalcé y me metí junto a él entre las sábanas.

—Algún día conseguiré que bajas todas esas barreras, nena —dijo con ese tonito de suficiencia que me ponía cardíaca.

—¡Oye! Has sacado de mí más que nadie en muchos años. ¿No te parece suficiente?

Me sonrió de medio lado y me acomodó encima de su pecho. Por primera vez, no rechisté por lo íntimo de la posición.

—No. Lo quiero todo.

—¿A qué te refieres con todo?

—Ya lo entenderás. Tiempo al tiempo.

Y volvió a meter la mano entre mis piernas. Y me besó en la boca. Y dejaron de hacer falta las palabras. Como siempre entre nosotros.

## ¿Primera cita?

No sé cómo narices había ocurrido, pero Harry había inundado mi vida fuera de la universidad. Estaba en todas partes. En todas. Especialmente en mi cabeza, en la que reinaba como dueño y señor de cada rincón.

Nunca me había pasado. Nunca me había sentido tan en sintonía con alguien, hasta el punto de desear verlo cada minuto libre, de pensar en él incluso durante esos momentos en el trabajo que exigían concentración, o cuando llegaba a mi casa y me metía en la ducha. O en la cama.

Desde aquella conversación que tuvimos a raíz del mensaje de Adam, algo había cambiado. El espacio entre los dos se había llenado de cosas mucho más complejas que el sexo o el deseo que sentíamos de rozar la piel del otro. Se asomaban nuevos matices que nos hablaban de sensaciones no tan tangibles como el placer físico, como la creciente intimidad que se respiraba cuando estábamos juntos, la complicidad con la que nos mirábamos o las ganas de cuidar de aquello que nos unía.

De Harry aprendí a enfrentarme a la rutina teniendo en cuenta a otra persona. Aprendí de comunicación, de empatía y de cómo actos pequeños o simples palabras podían tener tanto impacto en alguien que caminaba cerca de mí.

También aprendí a estrechar lazos, a ceder espacio y a lidiar con las diferencias que a veces nos alejaban y que tantas otras nos unían.

El resultado de todo eso era que cada vez estaba más enganchada a todas esas realidades que Harry me ofrecía. Y por más que luchara por mantenerme en mi sitio, cada día evolucionaba hacia una nueva Christina que jamás había contemplado.

—¿Me estás diciendo que jamás has tenido una primera cita? —me preguntó una noche. Era un día entre semana en el que me había acercado a su casa después del trabajo. Acabábamos de echar un polvo espectacular en el suelo del pasillo y ahora estábamos en su habitación mientras yo me vestía para volver a mi piso.

—He tenido citas, pero como preludeo del típico rollo de una noche. Nada serio.

—O sea, que nunca has ido a cenar con un hombre con la incertidumbre de si volverá a llamarte o si estás asistiendo al comienzo de una historia importante.

—Exacto.

Me senté en el borde de la cama y empecé a atarme los cordones de mis Converse. Sentía la mirada penetrante de Harry clavada en mí. Él estaba parado en el umbral de la puerta del aseo que había en su dormitorio con el albornoz puesto.

—¿Nunca has sentido en el estómago la expectación de si la cita acabará en beso?

Me reí y alcé las cejas para mirarlo con intención.

—No. Siempre acaban en mucho más que besos.

Esa aclaración no pareció hacerle demasiada gracia, pero enseguida sacudió la cabeza y se deshizo de la expresión taciturna que se había asomado en sus ojos.

—Tengo que sacarte por ahí. Tienes que vivir la experiencia de una primera cita al menos una vez en la vida.

—¿Y crees que tú eres el más indicado para hacerlo? Nos hemos visto desnudos cientos de veces.

—Soy un profesional de las citas, nena. Soy tan bueno que conseguiré que te olvides de que ya me has tenido en tu cama. Me desearás como si nunca hubieras estado conmigo.

Volví a reírme de aquella actitud propia de un megalómano de manual. Desde luego, Harry no tenía problemas de amor propio.

—¿Cuántas primeras citas has tenido en tu vida? —le pregunté.

—Muchas. Aunque lo importante es la proporción de citas que han evolucionado en algo más. Mis números son una pasada.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es tu juego?

—No te lo puedo decir. Arruinaría la magia. Prefiero que lo vivas en tu propia piel.

—Harry, no podemos salir juntos. Alguien podría vernos.

—Ya se me ocurrirá algo. Pero Christina Sanders se merece tener una primera cita con Harry Watzlawick. Te mereces el *pack* completo, nena.

Puse los ojos en blanco, pero en el fondo me tentaba decirle que sí. Eso era parte del magnetismo de Harry, me tendía la mano hacia esa nueva Christina que valoraba cosas que no me había planteado hasta la fecha. Como salir con un hombre que me gustara sin más pretensión que un rato de su compañía;

como hacer las cosas típicas de dos personas que se atraen y se están conociendo.

—Está bien —dije finalmente—. Dejaré que me sorprendas. Pero, como alguien nos pille, considérate hombre muerto.

—Tú déjalo todo en mis manos. —Sonrió ampliamente y, en respuesta, mi corazón se aceleró.

El resto de la semana pasó sin contratiempos. No volví a ver a Harry a solas, pero coincidía con él a diario por trabajo. Algunas noches nos mandábamos mensajes. Otras nos conformábamos con haber intercambiado un par de palabras acerca de la investigación.

El viernes por la tarde, después de salir de la universidad, recibí un mensaje suyo con instrucciones: *<¿Estás preparada para nuestra primera cita? Si es que sí, te recogeré mañana sobre las siete y media. No tienes que preocuparte por nada, solo mente abierta. Ponte guapa>*.

Inexplicablemente, aquel puñado de palabras me puso nerviosa. ¿Mente abierta? Supuse que se refería a que me metiera en el papel de una mujer que está dejándose cortejar por un hombre en una primera cita. Nunca había estado en esa posición y él lo sabía.

Sobre lo de ponerme guapa... supe que necesitaría ayuda. La ropa no era lo mío. Así que el sábado por la tarde llamé a Liv por Skype. En esos momentos, mi amiga estaba en Vancouver por trabajo. Llevaba ahí aproximadamente un mes y medio y ya estaba adaptada.

Desde la distancia y a través de la pantalla del ordenador, me obligó a sacar todo el contenido de mi armario y se puso a dar órdenes.

—Pantalones no, fuera todos. Esa falda es para llevarla con botas, así que tampoco. ¡Uy, no! El vestido marrón queda descartado. No queremos que parezca que vas a vender biblias, ¿verdad? A ver, déjame pensar... —Empezó a darse toquitos en la mejilla con un dedo mientras yo iba metiendo de nuevo lo que no servía—. ¡Ya lo tengo! ¿Te acuerdas del vestido que te regalamos hace un par de años? El azul marino que va cogido al cuello.

—¿El que tiene la espalda descubierta?

—¡Ese!

—¿Ese? ¿No es muy atrevido?

—¡Es perfecto!

—Liv, no sé...

—Christina, él está jugando sus cartas con todo eso de la cita misteriosa.

Tú tienes que jugar las tuyas. Y ese vestido es una apuesta segura. Hazme caso.

Me subí a una silla para llegar al altillo y lo saqué de la bolsa. Solo me lo había puesto una vez. Era corto, salvaje y precioso. Tendría que pasarle un poco la plancha, pero podía quedar bien.

Liv me pidió que sacara zapatos y demás complementos para elegir los que mejor combinaban y yo obedecí. Justo en ese momento tocaron al timbre. Le dije que esperara mientras iba a abrir.

—¿Christina Sanders? —me preguntó un chico con pinta de repartidor. Llevaba un enorme ramo de rosas blancas en la mano.

—Eh... sí. Soy yo.

—Firme aquí.

Me tendió una carpeta y yo garabateé mi nombre. A continuación, me dio el ramo y me deseó que pasara un buen día. Yo le di las gracias y cerré la puerta.

Caminé un par de pasos hasta donde estaba la pantalla de mi ordenador con la cara de Liv en el centro. Mi amiga ahogó un grito cuando vio el ramo.

—Vaya con el doctor Encanto... —Sonrió—. ¿Qué pone en la tarjeta?

Cogí el pequeño sobrecito blanco que acompañaba a las flores y saqué una nota escrita con el puño y letra de Harry.

—«Estoy deseando que llegue la noche» —leí.

No era nada demasiado especial, pero aun así me quedé mirando las flores con cara de idiota. Eran preciosas y su aroma ya había llenado mi piso. Era la primera vez que alguien tenía un detalle así conmigo y no pude evitar que una ilusión tonta burbujeara en mi estómago, a pesar de que deduje que era parte del protocolo de Harry para una primera cita.

Al cabo de unos segundos, separé la mirada del ramo y volví a centrar mis ojos en mi amiga.

—Creo que hemos elegido bien el vestido, nena...

Harry fue puntual. Yo también. A las siete y media ya estaba vestida, peinada y maquillada. Y nerviosa. Mucho. Y no tenía ni idea de por qué.

Bajé las escaleras de mi edificio con cuidado de no matarme con los tacones. Nada más abrir la puerta que daba a la calle, el aire fresco de la noche otoñal y las luces de la calle me dieron la bienvenida. Lo siguiente que vi fue a Harry apoyado en un taxi de color amarillo. Tragué saliva. Estaba guapo. Demasiado.

A pesar de que solo hacía veinticuatro horas que no lo veía, su presencia

me impactó. Me fijé en la americana que vestía, en la camisa azul clarito que llevaba debajo y en cómo los pantalones negros se ceñían a su cintura.

Su sonrisa se ensanchó cuando me acerqué a él. Sus ojos recorrieron mis piernas y después mi rostro. A continuación, dejó un beso escueto en mi mejilla y me abrió la puerta del taxi.

Antes de entrar, me quité el abrigo y lo doblé sobre mi brazo. Cuando me di la vuelta para pasar al interior del vehículo, Harry pudo ver la piel de mi espalda que quedaba al descubierto.

Soltó un silbido de admiración.

—Cuando te dije que te pusieras guapa no sabía que me pondrías tanto a prueba —dijo en cuanto se sentó a mi lado en la parte de atrás.

—¿Me he pasado?

—Para nada, estás perfecta. Pero lo voy a tener muy jodido para mantener las manos alejadas de ti.

—¿Es que no quieres tocarme?

—Esto es una primera cita. Nunca toco a una mujer en la primera cita.

Pensé en todas las «primeras citas» que yo había tenido, en las que tocar, sin duda, era una parte muy importante.

—Eres muy raro. —Sonreí.

El taxi nos dejó un rato después en el muelle de Whitehall, desde donde salía el ferri. Ya era prácticamente noche cerrada cuando llegamos. Se había levantado algo de aire y la humedad que salía del Hudson me erizó la piel.

—¿Adónde vamos, Harry?

—A Staten Island —sonrió volviéndose hacia mí—. Con un poco de suerte, allí no nos conocerá nadie.

El trayecto en ferri desde Manhattan hasta nuestro destino duraba aproximadamente veinticinco minutos. Escogimos un sitio de la cubierta y nos quedamos allí. Nos apoyamos en la barandilla y dejamos que la brisa nocturna que traía el río nos acariciara el rostro.

Fuimos hablando de cosas sin importancia durante todo el camino. Tardé poco en darme cuenta de que Harry mantenía las distancias más de lo habitual. Tal vez quería comportarse como si realmente aquella fuera la primera vez que dos personas que no se conocían apenas quedaban para pasar juntos la velada.

Hasta esa noche, no me había dado cuenta de lo mucho que me tocaba Harry cuando estábamos solos, y lo mucho que me gustaba que lo hiciera. Desde que nos habíamos encontrado junto al taxi, apenas me había rozado. Ni siquiera ahora en el ferri, a pesar de que nadie a nuestro alrededor nos



conocía. Y parte de mí extrañó su contacto.

—Esta vista es preciosa —dije al cabo de un rato. Ante nuestros ojos se extendían figuras como el *skyline* de Manhattan iluminado, la Estatua de la Libertad o el puente Verrazano. Era espectacular.

—Estoy de acuerdo —contestó Harry.

Me giré hacia él y vi que tenía sus brillantes ojos azules clavados en mí. Parpadeé lentamente, halagada por sus palabras. Mis labios se curvaron en su dirección con una sonrisa coqueta.

—¿Sí que te permites flirtear en la primera cita?

—Depende de la chica. Depende de la química que haya entre nosotros.

—Entonces ¿dirías que conmigo hay química?

Harry sonrió una vez más y su mano tocó unos segundos la mía, como una breve caricia que decía demasiado.

—Ay, Christina. Entre tú y yo no hay química. Hay un jodido epicentro de energía nuclear.

El restaurante en el que Harry había reservado era pequeño y estaba bastante apartado del centro de Staten Island. Supuse que lo había elegido por la intimidad que ofrecía y agradecí que se hubiera tomado en serio ese aspecto.

Nos sentamos en una de las mesas del fondo, bastante alejados de la puerta. Eché un vistazo a los amplios tablones de madera lustrada que cubrían el suelo y a las molduras que podían encontrarse en el techo. Los muebles eran de un color entre dorado y ocre y la cubertería de plata destacaba sobre impolutos manteles blancos.

Cuando estuvimos acomodados, consultamos la carta de vinos, y recordé aquella vez en Atlanta, la única vez que habíamos cenado juntos en un restaurante, en la que él se adelantó a pedir por mí. Recordé lo mal que reaccioné y como él me prometió que no volvería a pasar. Había cumplido su palabra.

—No te he dado las gracias por las flores —dije mientras esperábamos que nos sirvieran la bebida.

—No hay de qué.

—¿Siempre mandas flores?

—No, no siempre.

—¿De qué depende?

—Del día. De la chica. De mis ganas de que todo salga como espero.

Asentí mientras en mi mente iba dibujando un boceto del *modus operandi* de Harry. Parecía que se tomaba todo el *show* bastante en serio.

—¿De qué sueles hablar en una primera cita? —pregunté.

—De cosas más bien triviales. Trabajo, modo de vida, presentaciones superficiales... Pero todo eso contigo está más que cubierto, así que podemos hablar de otros temas.

—¿Como cuáles?

—Quiero saber cómo es tu familia. Nunca hablas de ellos.

Parte de mí se enfrió levemente. Siempre trataba de evitar conversaciones demasiado personales. No me gusta hablar de mí. Pero había algo en la atmósfera que se había configurado a nuestro alrededor que me incitaba a hacer una excepción. Durante un segundo me pregunté si Harry no habría utilizado la excusa de la cita como pretexto para «derribar mis barreras», como él decía. El jodido era listo.

—Sabes que tengo dos hermanas mayores y que mis padres están divorciados. ¿Qué más quieres saber?

—Todo lo que te apetezca contarme.

—¿Por qué no empiezas hablando tú de la tuya?

Entrecerró un poco los ojos, como si estuviera estudiando algo concreto que solo pudiera encontrar en mi mirada.

—Está bien, Christina. Empezaré yo. —Dio un trago a la copa de vino que acababa de traernos el camarero y después tragó—. Mi padre es austriaco, ¿te lo había dicho?

—No, pero eso explica tu apellido impronunciable y que tengas los ojos tan claros.

—Sí —sonrió—. Mi madre es afroamericana, pero mi padre es el típico europeo rubio con los ojos azules. De aquella mezcla salí yo.

«Bendita genética», pensé.

—¿Cómo se conocieron?

—Pues es muy de película. Se conocieron en Austria. Mi padre pertenecía a una familia bastante acomodada de Salzburgo; mi madre era una estudiante estadounidense que viajó a Europa para ganar algo de dinero con el que costearse sus estudios, y acabó trabajando en la mansión Watzlawick.

—¿Tu madre trabajaba para ellos?

—Sí. Se ocupaba de la limpieza, la ropa, la organización del hogar... Se conocieron en esas circunstancias. Él el niño rico de la casa y ella algo así como la doncella. Aun así, tardaron poco en enamorarse. Los detalles son

fáciles de imaginar: miradas furtivas, roces inintencionados, conversaciones clandestinas, la erótica de estar haciendo algo prohibido... Se volvieron locos de amor, aunque sabían que la suya sería una historia difícil. Pero les dio igual. Mi padre plantó cara a mis abuelos y defendió su amor por mi madre. Cuando ellos se opusieron, decidió marcharse con ella a Estados Unidos para empezar allí una vida juntos. Movi6 alguno de sus negocios y empez6 otros nuevos, aunque perdi6 mucho dinero en el proceso. Se casaron enseguida; por amor y para que mi padre no tuviera problemas con el visado. Poco tiempo después de que se instalaran en Estados Unidos, llegué yo. Y, seis años más tarde, nació Fred.

Harry pasó a hablarme de lo unido que estaba a su familia. Vivían a un par de horas de Boston, pero intentaba verlos con frecuencia. Me contó que durante su infancia su situación económica era apretada, pero que sus padres trabajaron mucho para que tanto él como su hermano tuvieran grandes oportunidades.

Con el tiempo, antes de que Harry se fuera a la universidad, sus abuelos se pusieron en contacto con ellos y les rogaron que los aceptaran de nuevo en su vida. Se estaban haciendo mayores y la culpa por cómo se habían comportado años atrás les pesaba demasiado. A pesar del daño causado, los padres de Harry decidieron perdonarlos y, desde entonces, sus abuelos pasaban largas temporadas en Estados Unidos tratando de recuperar el tiempo perdido.

Harry me habló largo y tendido de su hermano y de cómo, a pesar de la diferencia de edad, era el mejor amigo que había tenido nunca. Mi corazón se enterneció al registrar en las palabras de Harry el amor incondicional que sentía por su hermano. Me recordó a lo que sentía yo por mis amigos y, una vez más, me di cuenta de que Harry y yo no éramos tan diferentes.

—Tu turno —dijo cuando ya nos habían traído el primer plato. No había parado de hablar acerca de su familia y, aunque me encantaba escucharlo y conocer cosas de él, lo cierto era que merecía obtener lo mismo de mí.

—En realidad no hay mucho que saber —comenté encogiéndome de hombros—. Mis padres tuvieron dos hijas, y años más tarde llegué yo por sorpresa. Su relación ya estaba bastante mermada cuando nací. Mi padre es cirujano y estaba obsesionado con su carrera. Aún lo está. Puedes imaginarte que un nuevo bebé no entraba en sus planes.

—¿Eso causó su divorcio?

—Sí. Ya no se soportaban y mi madre no podía más. Nos cogió a las tres y volvió a Estados Unidos, donde estaba la mayor parte de su familia.

—¿Dónde vivíais?

—En Vancouver.

—¿Eres canadiense?

—Sí, de nacimiento. Aunque todos mis recuerdos son de Nueva Jersey. Mi madre nos sacó adelante con la ayuda de mis abuelos. Ella trabajaba mucho. Mi padre no se desentendió económicamente de nosotras, pero ella no quería su caridad, así que aceptaba lo mínimo aunque eso significase vivir bastante apretadas. Aprendí desde muy pequeña a autorregularme. Pasaba mucho tiempo sola. Mis hermanas son bastante más mayores que yo, así que se fueron de casa cuando yo aún era muy pequeña. A día de hoy no tenemos una gran relación, pero tampoco estamos completamente distanciadas. —Hice una pausa para masticar un pedazo del pato a la naranja que me había pedido—. Desde muy joven tuve la presión de tener un expediente brillante para optar a becas de estudios y que mi madre no tuviera que trabajar tanto para costearse mi educación ni pedir dinero a mi padre.

Harry asintió con comprensión, buceando en mis ojos para descifrar todo lo que escondían mis palabras.

—¿Cómo es tu madre?

—Buena, atenta, cariñosa. Con un alto espíritu de sacrificio. Es mucho más fuerte de lo que cree. Trabaja como encargada en un Walmart desde hace años. Sus compañeros la adoran.

—¿Nunca ha rehecho su vida?

—No. Dice que no le interesa volver a enamorarse. Es feliz con su vida tal y como es.

—¿Estáis muy unidas?

—Sí. Voy a verla siempre que puedo y la llamo con bastante frecuencia. Sara, mi hermana mayor, vive cerca, con su marido y sus hijos. Melanie, la mediana, vive en Los Ángeles y va muy poco a casa. Mi madre... es mi punto débil. Sufrió y peleó mucho, y para mí es un gran ejemplo como madre y como persona.

—Tiene que serlo si ha criado a una mujer tan fuerte e independiente como tú.

—Sí, aunque lo mío fue adaptación. Tuve que aprender muy pronto a resolver mi propia papeleta, ¿entiendes?

—Perfectamente.

Los ojos de Harry lucían cristalinos mientras me observaba. Se lo veía relajado y sereno, concentrado en mi discurso. En mi interior, yo sentía una

leve inquietud por estar exponiéndome de esa manera. Nunca hablaba de cosas personales, y menos delante de alguien que me generaba emociones tan complejas como Harry. De pronto me sentía expuesta y no sabía qué pensar al respecto.

—Hablemos de otra cosa, por favor —dije finalmente—. Este tema me pone un poco...

—¿Triste?

—Melancólica, sí. Háblame de tus inicios en Wilkens.

Harry hizo un movimiento afirmativo, como si hubiera percibido que lo mejor era que cambiáramos de tema.

—Creo que para que entiendas cómo acabé allí tengo que ponerte un poco en situación...

Me habló de que desde la época del instituto destacó por su inteligencia y por sus notas. Mostraba grandes aptitudes para la química y, aun sin él saber por dónde quería tirar, lo convencieron para que solicitara plaza en el MIT donde, por supuesto, lo aceptaron.

Allí también tardó poco en sobresalir entre sus compañeros. Muchos de sus profesores quisieron ficharlo para sus departamentos. Muchos otros lo aconsejaron para que escogiera un itinerario que le asegurase una buena base de cara a una carrera en la investigación. Acabó haciendo un posgrado de dos años en solo uno y lo contactaron de Harvard para cursar allí el doctorado.

Él quería especializarse en la parte clínica y médica, pero sus mentores insistían en que aceptara la oferta de Harvard.

—Cuando creces diciéndote que eres brillante y que tienes capacidades extraordinarias, empiezas a cargar con las expectativas de los demás. Eso genera un gran estrés a la hora de decidir, porque temes fallar —me dijo.

Así acabó matriculándose para realizar estudios de doctorado. Pasó los años siguientes metido en la universidad y dejándose el cuello en su trabajo, hasta doctorarse con mención *Cum Laude*.

Fue en ese momento cuando los de Wilkens llamaron a su puerta.

—¿Y decidiste aceptar? ¿Escogiste trabajar en una farmacéutica cuando tu gran pasión, en el fondo, siempre había sido la práctica clínica?

—Sí. La oferta de Wilkens era muy tentadora. Había muchos ceros en su propuesta.

—¿Aceptaste por dinero?

—No solo por dinero. Todo el mundo a mi alrededor me decía que era lo mejor. Evelyn, con la que ya estaba saliendo, sobre todo. Mi entonces suegro,

que era mi director de tesis, todos mis amigos y compañeros... Y era un proyecto ambicioso. Buen horario, contactos, libertad, pocos comederos de cabeza...

—¿Y qué decían tus padres?

—Siempre me han dado libertad para elegir. Se fían de mi criterio al cien por cien. —Sonrió con tristeza—. Lo que terminó de ayudarme a decidir fue que mi hermano en ese momento tenía problemas y necesitaba dinero. Sabía que con Wilkens podía llevar a cabo todas las ideas que pasaban por la cabeza de Evelyn y al mismo tiempo ayudar a Fred. Eso, sumado a la presión de mi entorno, hizo que la balanza se inclinara a favor de aceptar el trabajo.

—¿Qué clase de problemas tenía Fred?

Su mirada se ensombreció, pero enseguida trató de camuflar su expresión.

—Eso para la segunda cita, nena.

Continuamos cenando mientras hablábamos de otros temas, aunque entre nosotros ahora serpenteaba una chispa diferente. Ambos habíamos dejado ver al otro partes vulnerables de nosotros mismos. Yo acerca de cómo había influido en mí el pasado de mi familia, él sobre el peso de expectativas ajenas, que habían tenido mucho que ver en las decisiones que había tomado. Nunca nos habíamos puesto tan serios en compañía del otro y sabía que haberlo hecho esa noche significaba dar un paso más que nos alejaba de esa relación sin complicaciones que habíamos planteado en un inicio.

Había algo especial en el ambiente; algo diferente que nos sobrevolaba desde hacía un tiempo, pero que acababa de culminar esa noche, con nuestras confesiones y la no resistencia con la que habíamos hablado de nuestro pasado; con la magia de estar compartiendo algo nuestro por una vez que no tenía nada que ver con el sexo ni la universidad. Lo sentía dentro de mí, palpitando, y me lo contaban los iris azules de Harry, que se habían llenado de luz y brillaban solo para mí.

Reflexioné sobre la presión extraña que sentía en la boca del estómago cada vez que Harry me miraba. En sus ojos había cada vez menos lujuria y más carga de un sentimiento que no sabía nombrar. No sabía cuándo se había producido ese cambio. Si llevaba ahí semanas, si acababa de surgir o si en realidad había sido así desde el principio y yo me había negado a verlo.

La vuelta en el ferri a Manhattan fue tranquila en apariencia, aunque dentro de mí se había levantado un tornado de emociones que no conocía. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no quería que la noche terminara todavía? ¿Por qué quería estar con Harry solo hablando, conociéndolo y olvidando que hasta la fecha lo

nuestro no había sido más que un rollo de cama? ¿Así eran todas las citas con él?

Harry, ajeno a todo lo que pasaba dentro de mí, no dejó de hablarme de cosas que me daban aún mejor acceso a su interior. De la primera chica con la que hizo el amor, de lo que sintió la primera noche que estuvo lejos de casa o del dolor que experimenta un corazón roto.

Cuando llegamos a mi edificio, me sentía perdida. ¿Esto era lo que sentían las mujeres con las que había salido hasta la fecha? ¿Formaba todo parte de una estrategia bien elaborada? ¿O es que lo que tenemos Harry y yo realmente era especial?

Como no sabía qué hacer, traté de forzarnos a ambos a volver a terreno conocido. Le ofrecí que me acompañara arriba, con la esperanza de que un poco de sexo me ayudara a poner todo en perspectiva.

—No voy a subir —me dijo, deteniéndose frente a mi portal—. Ni siquiera beso en la primera cita.

—¿Qué? ¿Por qué no? ¿Cómo vas a seducir entonces a la chica?

—Si he hecho todo bien durante la noche, ella ya tiene que estar en ese punto.

Sabía de sobra que su táctica era buena, porque aunque nosotros ya nos conocíamos de antes, me sentía totalmente atrapada por el magnetismo que había desplegado esa noche. No podía negar que aquella había sido la mejor cita de mi vida. Y no quería que terminara.

—¿Y por qué no la besas?

Harry me observó unos segundos, como valorando si darme una respuesta y dejarme ver parte de su estrategia.

—Porque entonces el juego acabaría muy rápido. Es importante que ella se vaya a casa con el deseo de ese beso inexistente pulsándole en los labios. Esperará con impaciencia a que la llame. No podrá dejar de pensar en mí. Y la próxima vez que nos veamos estará expectante, lanzándome señales y rezando por que al final de la noche me decida a besarla por fin.

—Eres un maldito enfermo retorcido.

Se rio.

—Hasta ahora me ha funcionado.

—Entonces, ¿cómo te despides? ¿Con un movimiento de cabeza?

Volvió a hacer una pausa.

—No. Tengo un código.

—¿Un código?

—Si la chica no me ha gustado, le doy la mano. Si es lista, sabrá que lo más probable es que no vuelva a llamarla. Si me ha gustado un poco, lo suficiente como para repetir pero sin demasiado revuelo, le doy un beso en la mejilla y le deseo buenas noches.

—¿Y si te ha gustado mucho?

Harry me evaluó de nuevo durante un segundo y a continuación dijo:

—Hago esto. Ven.

Me colocó justo en frente de él y me dedicó una sonrisa que hizo que me ardieran las bragas y que a la vez se me desbocara el corazón. No sé qué efecto tenía en otras mujeres, pero solo con eso yo ya estaba perdida.

Sus ojos brillantes se clavaron en los míos y nuestros pechos casi se pegaron. Una de sus manos se apoyó en mi cintura y la otra jugueteó con un mechón de mi pelo. Todo esto sin dejar de observarme ni un instante, lo que hacía que mi boca se secara y que mi respiración fluyese de una manera diferente.

—Lo he pasado muy bien esta noche, Christina —dijo con un tono de voz bajo, oscuro, sexual. Como si nos trajéramos entre manos algo mucho más íntimo.

Sentí calentarse algo dentro de mi pecho debido a la intensidad que de pronto se había tejido a nuestro alrededor.

—Yo... Yo también.

Harry se inclinó un poco y el perfume que salía de su cuello me embotó los sentidos. Temí que mis piernas no me sujetaran. A continuación se inclinó con lentitud y dejó un beso en mi frente que duró más de lo considerado socialmente correcto.

En la huella de sus labios en mi piel pude traducir un mensaje. Hablaba de lo mucho que había significado la noche para él, de las ganas que tenía de más y de que él tampoco quería que acabara todavía. Fue tan intenso que de pronto me entraron ganas de llorar, como si me estuviese perdiendo algo mucho más valioso que un adiós en cualquier cita de sábado.

Cuando se separó, sus ojos aún brillaban y a mí me temblaban las manos. Tragué saliva con dificultad, afectada como no recordaba haber estado nunca.

—Buenas noches, Christina —susurró despacio.

Me miró una vez más y acto seguido hizo el amago de marcharse, como si realmente aquel numerito hubiera sido una despedida. Pero yo no podía dejarlo ir.

Lo cogí suavemente del hombro y lo retuve a mi lado.



—Eres bueno, Watzlawick.

—Gracias, nena. —Sonrió de lado y reanudó de nuevo la marcha—. Nos vemos el lunes.

—Espera. ¿De verdad no vas a subir?

—De verdad.

—Eso es absurdo. ¿No quieres follar? Porque a mí la tontería esta de los besos me ha puesto a mil.

Soltó una carcajada.

—Claro que quiero, pero me gusta hacer bien el trabajo. Si subo ahora, estropearé todo lo que he conseguido contigo esta noche.

—Harry, conmigo no tienes que conseguir nada.

—Todo lo contrario, Christina. Conquistarte a ti es lo más difícil que he hecho en mi vida.

Me quedé de piedra. No pude evitarlo. Había tal intensidad en sus palabras que supe que era cierto. Que quería conquistarme. Llegar a mí. Derribar mis barreras a pesar de cuánto me esforzaba yo por fortalecerlas.

Aunque parte de mí ya lo sabía, viví aquella declaración como una revelación destinada a poner mi mundo patas arriba. No supe reaccionar. Me quedé callada.

—Buenas noches, nena.

En vista de que no decía nada, Harry me dio un nuevo beso en la frente y empezó a andar hacia la parada de taxi más cercana. Me dejó en el portal de mi casa confundida y alterada, preguntándome a gritos en mi interior si poco a poco estaba quedándome atrapada en una red de emociones de la que no sabría salir.

Dos horas después, seguía despierta. Estaba en la cama, pero no dejaba de dar vueltas a todo lo que había ocurrido esa noche. Salir con Harry había logrado que las dudas que había albergado dentro acerca de qué sentía realmente por él alcanzaran niveles estratosféricos.

Para colmo, me había mandado un mensaje que me había enredado todavía más: *<Gracias por una noche tan especial. Estoy deseando volver a verte>*.

Estaba claro que ese era el típico mensaje que mandaba a todas las mujeres con las que tenía una primera cita en condiciones. Y me sentí confundida. ¿Lo que había pasado esa noche era algo superficial que él podía replicar con cualquiera en cualquier momento? ¿Sentía esa sintonía con todas las mujeres que cenaban con él? ¿Les hablaba también de su familia y de sus sueños

pasados? ¿Me sentía yo así porque había formado parte de un modelo de encuentro estudiado hasta el milímetro?

Esa posibilidad me cabreó, porque yo jamás había compartido una velada tan especial con nadie.

No sabía si podría dormir. Quería verlo. Ir a su casa y meterme en su cama. Hacerlo gemir hasta borrar el recuerdo de toda mujer que hubiera despertado en él emociones parecidas a las que estaba sintiendo yo en ese momento.

Quería hablar con él y asegurarme de que aquello no se nos estaba yendo de las manos. O sí. Pero que avanzáramos por el mismo camino.

Sin pensar mucho en la hora que era, cogí mi móvil y busqué su nombre en la agenda. El teléfono dio dos tonos hasta que su voz completamente despejada sonó al otro lado.

—¿Christina?

—Tengo que decirte que ha funcionado.

—¿El qué?

—Tu numerito de seducción. Estoy en la cama cachonda, frustrada y sin dejar de pensar en ti.

Soltó una carcajada potente y sonora que distorsionó la claridad de la línea durante unos segundos.

—Piensas en mí ¿cómo? ¿Como una polla con patas capaz de que consigas un par de orgasmos antes de dormir?

—No, listillo. Pienso en ti en general. En lo que hemos hablado en la cena. En lo unido que estás a tu familia. En que tu gran amor era la clínica...

Casi pude escucharlo sonreír.

—Yo también estaba pensando en ti. Siento que ahora te conozco mucho mejor que hace unas horas y eso me gusta.

Nos quedamos en silencio. Lo imaginé en esa cama en la que ya había dormido bastantes veces, vistiendo su pijama de marca y enredado entre las sábanas dando vueltas a lo mismo que no me dejaba dormir a mí.

—¿Te pasa a menudo? —preguntó al cabo de un rato.

—¿El qué?

—Pensar en mí cuando no estamos juntos.

Mi corazón se aceleró.

—¿Qué me darás si contesto a eso?

—Contestaré a la misma pregunta.

Lo pensé durante unos segundos hasta que decidí que no tenía nada que perder.

—Está bien —dije—. Sí. Me pasa a menudo.

—¿Qué cosas piensas?

—Eso es darte mucha información. Además, te toca a ti dar una respuesta.

De nuevo, tuve la certeza de que estaba sonriendo.

—Por supuesto que pienso en ti, nena. A todas horas, cada día y cada minuto. Pienso en qué estarás haciendo, recreo nuestras últimas conversaciones, planeo próximos encuentros. Pienso en ti de manera absoluta y en términos relativos. Me paso el día contigo en la cabeza.

Tragué saliva. Mi corazón volvía a latir tan acelerado que pensé que se me saldría del pecho.

—Suena serio —susurré.

—Es que es serio. Para mí es serio. Yo... siento cosas por ti, Christina. Cosas que van más allá del sexo. No sé si quieres tener esta información, pero creo que es mejor que te hagas una idea.

Parecía un poco angustiado, como si estuviese luchando contra esas palabras para no ser pronunciadas. Como si parte de él temiera mi reacción a ellas y la otra quisiera arriesgarse sin importarle nada más.

—No sé qué decir ahora —reconocí. Me hubiera gustado ser valiente como él y ser capaz de reconocer algo así en voz alta, pero no estaba preparada. Me aterraban demasiado las consecuencias.

—No hace falta que digas nada. —Carraspeó—. Duerme, nena. Mañana hablamos.

—¿Nos veremos? —pregunté rápidamente, antes de que colgara.

—¿Tú quieres que nos veamos?

—Sí.

—Pero es domingo, tu día de The New.

—Ya, pero... —Me arrepentí de mostrarme tan desesperada por volver a verlo. Me mordí la lengua y reulé—. Bueno. Está bien. Nos veremos el lunes.

—Christina... —pronunció mi nombre con una paciencia infinita—. Si quieres, puedes venir cuando te apetezca. Da igual la hora. Estaré en casa todo el día.

—Vale.

El silencio volvió a inundar la línea telefónica durante unos segundos. Calculé mentalmente cuántas horas me quedaban para verlo. Dudé poder dormir esa noche con todo lo que había en mi cabeza.

—Buenas noches —dijo él finalmente. Creo que no solo yo me sentía incómoda en ese momento. Lo mejor era dejar reposar nuestras ideas hasta la

mañana siguiente—. Espero que sueñes con cosas bonitas, nena. Desde hace tiempo yo solo sueño contigo.

Y, sin añadir ni una palabra más, colgó.

## ¿Mi interior?

Apenas dormí dando vueltas a todo. A las confesiones de Harry, a las mías propias, a ese aire especial que había circulado entre nosotros toda la noche y al momento de la despedida. También a aquella conversación telefónica en la que Harry había dicho en voz alta que sentía algo por mí, algo que no tenía que ver con el sexo, sino con todas esas sensaciones nuevas que nos sobrevolaban y que cada día me eran más familiares.

Tampoco había dejado de preguntarme el significado que había tenido esa noche para él. Si era exactamente lo que acostumbraba a hacer cada vez que salía con una mujer o si lo que habíamos sentido también le resultaba nuevo y desconocido.

No podía quitarme todo eso de la cabeza.

El domingo por la tarde, acudí a The New para reunirme con Matt, Neal y Claire. A pesar de que Liv ya llevaba un tiempo fuera, todavía se nos hacía raro ser solo los cuatro para merendar.

Hablamos largo y tendido de las novedades.

Matt llevaba una temporada raro, como si todo lo que estaba viviendo con esa tal Kate realmente lo estuviera cambiando por dentro. Estaba más irritable de lo normal, hablaba menos de sus ligues sin sentido y pasaba por alto muchas oportunidades para burlarse de nosotros.

Neal y Claire seguían con sus rutinas de siempre, aquella amistad incondicional que escondía mucho más de lo que eran capaces de reconocer.

Yo hablé de Harry, de que habíamos salido a cenar y de que lo había pasado bien, pero no estaba preparada para confesar todo aquello que había sentido y que aún estaba tratando de digerir.

Cuando salimos de nuevo a la calle, valoré qué hacer. Por una parte, no quería dejarme llevar por mis impulsos. Debía conservar la mente fría y luchar por mantener el control de la situación, que parecía que minuto a minuto se me iba escapando entre los dedos.

Por otra, me moría de ganas de ver a Harry.

Mientras me montaba en el metro para volver a Manhattan, no pude evitar reproducir una vez más todas las sensaciones que había vivido dentro la noche anterior. Su voz hipnótica hablándome del pasado, los latidos de mi corazón

desatados por esa cercanía que no acabó en roce, la seguridad con la que había afirmado que conquistarme a mí era lo más difícil que había hecho en su vida.

Me di cuenta de que nunca iba a aclararme si no encontraba las agallas para indagar. Y la única manera en la que podía hacerlo era hablando con él, aprendiendo a extraer conclusiones de las palabras que me dedicaba.

El resultado de aquella divagación fue que bajé en la parada que estaba más cerca de su casa. Toqué al timbre antes de poder arrepentirme y él me abrió sin preguntar siquiera, como si no hubiera dudado ni un segundo que aparecería por su puerta. Maldito hombre perceptivo que empezaba a conocerme de verdad.

Cuando salí del ascensor, me estaba esperando en el umbral. Vestía su típico chándal de estar por casa y sonreía de manera comedida, aunque sus ojos brillaban con fuerza.

—Hola, nena. Me alegro de verte. —Me dio un beso en la frente y me dejó pasar al interior.

—Yo también me alegro, Harry.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. He merendado en The New.

Caminamos unos pasos hasta dejarnos caer en el sofá de cuero negro. Yo crucé las piernas y él se reclinó levemente sobre el respaldo, observándome atentamente.

—¿Cómo has amanecido hoy? —preguntó.

—¿La verdad?

—Claro. Siempre.

—Confusa.

Alzó las cejas.

—¿Por qué?

—Eso es lo que pasa. Que no lo sé.

—Entiendo. —Hizo una pausa durante la cual balanceó su cuerpo levemente hacia delante, de forma que la distancia entre nuestros dos cuerpos se acortó de manera considerable. La postura así era mucho más cómplice y permitía que sus ojos me inspeccionaran con una mayor atención—. ¿Hay algo que quieras preguntarme?

Parpadeé con lentitud. Dios. ¿Cómo lo sabía?

—¿Siempre son así? Tus citas, digo.

—Así ¿cómo?

—Cercanas. Evocadoras. Íntimas.

Harry se mostró algo sorprendido por mi apreciación y se tomó un momento para contestar. Entornó los ojos, sin dejar de observarme ni un solo instante.

No había ni una pizca de vacilación en sus palabras cuando dijo:

—No. Claro que no.

—¿Cómo son?

—Sencillas, entretenidas, superficiales.

—¿Y cómo definirías nuestra cita de ayer?

—Es una palabra... mágica. Especial. —Sus labios se curvaron en una sonrisa tan tierna que algo me ardió en lo alto del pecho—. Tú y yo conectamos, Christina.

—Eso es más de una palabra.

Harry sonrió.

—Ay, esa boca deslenguada...

Pasamos unos minutos sin decir nada. Yo inspeccionando el salón, la luz que bañaba todos los rincones, el olor a limpio que se percibía, los sonidos de la calle que llegaban amortiguados debido a los doce pisos de altura. Harry, en cambio, me observaba a mí. Sentía la presión de sus pupilas como una caricia sobre mi piel. Había algo cálido, suave y reconfortante en la manera que tenía de mirarme. Me hacía sentir importante y protegida; deseada y única. Y conseguía que emociones a las que jamás había prestado atención aletearan perezosamente dentro de mi estómago.

Tras esos instantes de escudriñamiento que parecían haber detenido el tiempo, Harry decidió romper el silencio.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Me agobia sentir que estoy perdiendo el control.

—¿El control de qué?

—De lo que hay entre nosotros.

—¿Por qué sientes que pierdes el control?

—Porque veo que cada día nos alejamos más de lo que éramos en un primer momento.

—¿Y eso no es bueno?

Me encogí de hombros.

—Es nuevo. Y no es mi terreno.

Harry asintió con comprensión.

—Pero no estás sola. Me tienes a mí.

—¿Tú tienes idea de hacia dónde vamos?

—Tengo una idea de hacia dónde voy yo —dijo pasándose una mano por el puente de la nariz—. No sé qué hay en tu cabeza.

—Y ¿hacia dónde vas?

—Es pronto para hablar de eso, nena —dijo con cuidado—. No quiero precipitarme.

Había tal expresión de cautela en su mirada que no quise insistir.

—Vale.

—Ven aquí —dijo al leer en mi expresión que me sentía más perdida cada minuto que pasaba. Tiró de mí hasta acomodarme entre sus brazos. Me besó el pelo y hubo algo en ese gesto tan simple que me incendió el corazón—. Siempre que tengas alguna duda, puedes hablar conmigo. De verdad. Estoy aquí para ti cada vez que me necesites.

—¿Tú también te sientes diferente respecto al principio? —pregunté casi de inmediato. Necesitaba que me asegurase que yo no era la única que estaba perdiendo el control que regía aquello nuestro.

—Sí y no —respondió.

—¿Eso qué quiere decir?

Soltó un suspiro prolongado y volvió a rozar mi pelo con su boca.

—Lo que sentía al principio ha crecido, así que por esa parte sí, es diferente. Pero por otra, creo que lo que tú viste en mí cuando nos conocimos es distinto a lo que vi yo. Nunca te vi como un rollo de una noche, y ese aspecto no ha cambiado.

—¿Qué fue lo que viste en mí?

—Algo que no sabía que estaba buscando. Alguien que me impactara, que me intrigara, que me desafiara. Alguien que me interesara de verdad; una igual.

—Yo no soy tu igual.

—Por supuesto que lo eres, Christina. Puede que nuestros estatus de cara a la investigación sean diferentes, pero eso es totalmente secundario. Eres una profesional de los pies a la cabeza, y cuando salimos de la universidad me plantas cara como pocas personas han hecho. Creo que nuestra relación es totalmente simétrica, y eso me gusta. No había tenido nada así hasta ahora.

Asentí y una vez más me pregunté cómo había sido Harry con otras mujeres; cómo había sido con su exmujer, con la tal Evelyn. En mi cerebro latió la duda de cómo sería la persona con la que un día Harry creyó que pasaría el resto de su vida. Quise saber qué había visto en ella, si se parecería



a mí en lo más mínimo, qué los había destruido. Pero no encontré el valor dentro de mí para preguntar, así que volví a centrarme en nosotros.

—¿Por qué crees que hemos cambiado?

Harry sonrió una vez más.

—Se llama evolución. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque nunca me había pasado.

—Este es el ritmo natural que fluye entre dos personas que conectan. Nunca te había pasado porque nunca habías compartido tanto tiempo con la misma persona.

—¿Insinúas que nos vemos demasiado?

—Claro que no, nena. Para mí nunca nos vemos lo suficiente.

Dejamos que su declaración navegara en el espacio entre los dos, que a esas alturas estaba cargado de electricidad y de palabras silenciosas.

Me pregunté si las cosas entre nosotros serían así de intensas de ahora en adelante. Si todos esos cambios que estábamos experimentando significaban que entrábamos en una nueva etapa, en la que la intimidad y demás emociones complejas reinarían en nuestro día a día.

Estaba tan confundida que parte de mí quería irse a casa y acurrucarse para llorar todas las dudas. Jamás me había sentido de esa manera. Jamás había anhelado tan desesperadamente formar parte de algo junto con otra persona. Jamás perder el control me había parecido una opción tan peligrosa y tentadora al mismo tiempo. Y estaba asustada.

Alcé la vista hacia Harry, que me observaba con las huellas de sus pensamientos dibujadas en su mirada.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

—En que te debo un beso de despedida. Y en que hace más de setenta y dos horas que no te beso y no puedo aguantar más.

Sentí un nudo de algo más complicado que la excitación apretándose en mi vientre. En su boca había aparecido una de esas sonrisas de lobo que me hacían cosquillas en la parte baja de la espalda. Lentamente sonreí.

—Yo tampoco.

Cuando Harry bajó la cabeza para unir nuestras bocas, creí que todo mi cuerpo se desharía por dentro. Se había acabado la charla. Aquel fue el beso más dulce que me habían dado en la vida. Estaba lleno de incertidumbre y necesidad; de urgencia y devoción. Era salvaje y tierno, y con cada movimiento de nuestras lenguas condensábamos todas esas palabras que no nos atrevíamos a decirnos en voz alta.

Aquel día me di cuenta de que Harry había entrado en mi interior. Y de que tal vez no saldría nunca. Y de que, muy a mi pesar, me había complicado la vida.

Matt

## ¿Hacerte volar?

Cada vez que vivo algún suceso determinante, me agarro a las rutinas. Como todos, supongo, pero a mí, además, me gusta reflexionar sobre ellas. Las considero un buen punto de referencia que evidencia que nuestra estabilidad no ha saltado por los aires. Las rutinas dan sentido a nuestros días. Marcan un camino a seguir. Te ayudan a seguir un orden.

Eso son las rutinas, las que compartimos con gente que te llena, que suma, que resta; las que compartía junto a Kate.

Y cuando digo junto a Kate, no sé en realidad qué estoy queriendo decir, porque sí, a menudo respirábamos el mismo aire, compartíamos espacio, tareas, broncas, fechas límite y responsabilidades, pero no nos unía nada más.

Volver el lunes al trabajo después de habérmela follado durante aproximadamente ocho minutos fue duro. Ver que ella fingía que no había habido ningún tipo de acercamiento entre nosotros... lo fue más.

—Buenos días, Katherine. ¿Qué tal el fin de semana?

—Hola. Bien, nada destacable. —Ni siquiera me miró—. ¿Tienes la previsión de reservas para el mes próximo?

Se me debió de quedar cara de gilipollas, estoy seguro, pero ella no hizo nada por suavizar la situación. ¿Para qué? Ya me había buscado, alcanzado, exprimido y había encontrado en todo ello una experiencia poco satisfactoria.

—¿Matt?

—¿Sí?

—La previsión de ventas.

—Eh... sí. Espera. —Me incliné sobre mi escritorio, busqué el fichero en mi correo electrónico y le di a imprimir—. Está saliendo por la impresora dos. Cógelo.

—Claro, porque que me los des tú en la mano es mucho pedir.

Me quedé mirándola perplejo. ¿Cuándo habíamos retomado la rutina de desafiarnos por lo más insignificante?

Increíble.

—Bueno, también podría haberte remitido a Jay, que es la persona que lo lleva, y no haberte facilitado la vida —le contesté.

Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en una franja del mismo color

que las bellotas. Se marchó sin más. Sus zapatos repiquetearon por el suelo, llenando mis oídos del sonido de su distancia.

Maldita Kate. Qué difícil me lo puso siempre.

El tiempo no se detuvo; siguió pasando en aquella oficina. En la oficina y en el mundo en general, se entiende. Pero, de pronto, para mí no existía más que la realidad que se desarrollaba en esas cuatro paredes, porque allí dentro estaba Kate y, para mi desgracia, todo empezaba a girar alrededor de ella.

Kate no me gustaba. No de verdad, quiero decir. No sentía eso que sabía que Neal experimentaba al mirar a Claire. No la admiraba desde lo más interno ni tampoco sacaba lo mejor de mí. Todo lo contrario, en realidad.

Lo que me pasaba por dentro cuando mis ojos se cruzaban con los suyos, cuando escuchaba su voz, o incluso cuando la oía, no tenía nada de positivo. Era algo... inquietante. Como plomo en los pulmones. Gasolina en el estómago. Algo feo, oscuro, que me apretaba el pecho y la garganta. No era bueno.

Aun así, no me la quitaba de la cabeza ni un jodido segundo. Si sabía que andaba cerca, mis ojos la buscaban. Me gustaba tenerla localizada y eso me atormentaba porque no entendía la razón. Pero era mucho peor cuando estaba lejos, porque su recuerdo lo llenaba todo. Su voz discutiendo conmigo o intercambiando opiniones con algún compañero. Su olor infantil, a pinturas de colores, papel para recortar y muñecos de gomaespuma. La expresión que se le formó en la cara cuando enloquecí dentro de ella, guiando sus movimientos, gritándole al oído, derramándome en su interior con el látex de por medio.

Temí estar obsesionándome. Lo temí de verdad, porque no tenía lógica. Y no me gustaba sentirme así, y menos por alguien como ella. Joven. Con un carácter de mierda. Una maldita colegiala que solo necesitaba cruzarse de piernas para ponérmela dura.

Tenía que curarme, porque sí, empezaba a considerarlo como una enfermedad. Del cerebro. Del instinto. Yo qué sé.

Acabé buscando otros suspiros que me vaciaran y a la vez llenaran mis sentidos de sensaciones nuevas. Así dicho queda muy poético. Lo que en realidad pasó es que me follé a otra. Una tal Josephine, que me sacaba quince años, que regentaba un bar y que me dejó que me la tirara durante más de una hora para demostrarme a mí mismo que lo que pasó con Kate fue mala suerte.

Gracias a mi encuentro con Josephine, no pensé en ella durante el resto del fin de semana; me sentía satisfecho y vacío. Pero el lunes, después de una

jornada entera a su lado, volví con un dolor de pelotas a casa para el que únicamente había una culpable.

No había pasado nada. Solo nos habíamos peleado, pero eso no era nuevo. Había hecho una cagada que me hizo perder un montón de tiempo y quedarme toda la hora de la comida frente al ordenador. En su favor, debo decir que a última hora de la tarde había intentado arreglarlo.

—Matt.

—¿Qué?

—Si necesitas... bueno... si necesitas ayuda...

La planta estaba prácticamente vacía. Había un silencio poco habitual. Los ordenadores apagados. No sonaba ningún teléfono. Y ella estaba allí, frente a mí, tan profesional, tan seria, y a la vez tan humana... Me desconcertó.

—¿Si necesito ayuda, qué, Katherine? No tengo toda la tarde.

—Pues eso. Que puedo echarle una mano. Soy tu compañera.

—Tú no eres mi compañera. Eres un grano en el culo.

Vale, puede que no fuera el comentario más acertado. Todos cometemos errores, pero solo algunos encuentran en su interior la humildad para reconocerlo y tratar de buscar una solución. Kate en ese momento me ofrecía una bandera blanca, puede que no solo por su fallo de aquel día, sino por esas últimas semanas en las que nos habíamos enfrentado tantas veces que habíamos perdido la cuenta. ¿Era por odio? ¿Manía? ¿O solo frustración porque creíamos que el otro nos daría una liberación que en realidad no habíamos obtenido?

—Dios —contestó—. Eres un gilipollas. Solo quería ayudarte.

—Ya me has ayudado bastante reseteando toda la semana de reservas. Anda, vete a casa. No me hagas perder más tiempo.

—¿Quién te ha dicho que me voy a mi casa?

—Me importa una mierda adónde te vayas. —«Me importaba una mierda su vida. Me importaba una mierda». Miré de nuevo hacia mi ordenador y traté de ignorarla—. Mañana nos vemos.

—Sí, mañana nos vemos... Quítate el palo del culo antes de venir, por favor.

—Deja mi culo tranquilo que ya me ocupo yo de él.

—Vale. Dejo en paz a tu culo. Pero si lo que necesitas es destensarte, ahí tienes un baño y privacidad para meneártela.

—No necesito meneármela. Ya me la han meneado lo suficiente este fin de semana. Pero gracias por tu interés.

—¿Llegaste a los cinco minutos?

—Piérdete, Katherine.

Lo hizo. Se fue y se perdió. Pero algo suyo, su esencia, su olor o su jodido recuerdo se quedó adherido a mi cerebro. Y llegué a mi casa con una necesidad que solo había una manera de satisfacer.

Ella lo había llamado «destensarme».

Las semanas siguientes no fueron mejores. De hecho, aprendí que el infierno que vivía por tener a Kate cerca podía ser peor; había algo que quemaba más que sentir el calor de las llamas desde lejos: sentir las arder en tu propia piel.

Nunca he sido un tío celoso. Ni en el instituto cuando tuve mi primera novia y aún era un adolescente inseguro. Ni en la universidad cuando mi ligue habitual compartía cama con medio campus. Ni en la vida adulta cuando tomé la decisión de tener una aventura con una mujer casada.

Por eso me jodió aún más de lo esperado ver que Kate estrechaba lazos con uno de los chicos del departamento de franquicias. Me reventaba verla reír con él en los pasillos, cuando conmigo apenas sonreía; sentía una especie de asfixia si los encontraba juntos a la hora de la comida, compartiendo una ración de patatas fritas y un rato de confianzas.

Lo peor fue ver que una tarde se marchaban juntos del edificio, bajo un mismo paraguas, en busca de un espacio en el que no se sintieran observados. En el que fueran más libres. En el que fueran solo ellos.

En ocasiones maldigo mi carácter explosivo. Ojalá fuera de esas personas capaces de guardarse sus observaciones. Me encantaría no ser tan jodidamente transparente cuando algo me toca los cojones, porque así, tal vez, podría haberme controlado. De esa manera, no me habría expuesto tanto delante de Kate y ella no habría descubierto tan pronto que me sacaba ventaja en demasiados aspectos.

Era viernes. Se suponía que no trabajábamos por la tarde, pero yo estaba en la oficina cerrando mierdas. Había un par de compañeros más repartidos por la planta. Tenía los auriculares puestos. Esa tarde me había dado por escuchar a Metallica, que me rompía la cabeza para luego unir los pedazos y convertirlos en verdades universales.

Kate llegó de la nada y por unos segundos creí que era una alucinación. ¿Era posible que de tanto pensar en ella mi mente la dibujara en la esfera de la

realidad? Pero no, era realmente ella. Llevaba unos vaqueros, unas Converse y una chaqueta de cuero negra. Si me hubieran dicho que aún estaba en la universidad, me lo habría creído.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, cuando llegó hasta donde estaba.

—¿Y tú? Es viernes.

—Yo he preguntado primero.

—Y yo después.

Ya estábamos con la misma cantinela de siempre. Nos retamos con los ojos. Al final acabé cediendo.

—Tenía algunos asuntos que no quería que me colgaran la semana que viene. He decidido aprovechar.

—Bien. —Suavizó su expresión y empezó a caminar hacia su mesa—. Yo me he dejado algo aquí. Vengo a cogerlo.

—¿No podía esperar hasta el lunes?

—No, no podía.

La vi inclinarse sobre su escritorio y abrir el cajón. Sacó lo que parecían dos entradas, quizá para un museo, o una exposición, o...

—¿Para qué son? —La curiosidad me pudo.

—Tengo un concierto. Empieza en unas horas.

—¿Un concierto?

—Sí.

—¿De música?

—Sí.

—¿De algún grupo conocido?

—Bueno, yo los conozco.

Joder. Qué críptica estaba la tía.

Mientras se guardaba las entradas en la mochilita que llevaba, la imaginé con las emociones desatadas ante el espectáculo de la música en directo. Saltando. Bebiendo. Sudando. Preciosa, porque no dudaba que hasta con el pelo pegado al cuello y los ojos turbios por el alcohol lo estaría.

—¿No me vas a decir qué grupo es?

—Tengo prisa, Matt, no tengo tiempo para charlar. Tengo que llegar hasta el recinto y mi acompañante me está esperando abajo.

—Tu acompañante, ¿eh? ¿Quién es, si puede saberse? ¿Tu amiguito de las franquicias?

—¿Te refieres a Jack? —preguntó con algo parecido a la malicia—. No sabía que fuera asunto tuyo.



La observé durante unos breves instantes. No había negado que fuera él la persona con la que iba a ver ese misterioso concierto. Volví a dibujarla en mi mente, esta vez escuchando junto a ese fantoche la letra de alguna canción que los empujara a estar más cerca. Los dientes me chirriaron.

—No estoy celoso.

Ella arqueó las cejas.

—¿Quién ha dicho que lo estés?

—Nadie, ya te lo he dicho: no lo estoy.

—¿Y por qué estás apretando la mandíbula?

—Tengo bruxismo. A veces me pasa.

—Ya...

—Sí. Ya.

Nos miramos unos segundos a los ojos, pero ninguno fue capaz de mantener la vista. Ella fue la que rompió el silencio.

—Bueno... tengo que irme.

—Sí, claro. No hagas esperar a Romeo.

El comentario destiló más vinagre del que pretendía. No quería ponerme más en evidencia, pero es que yo soy así: si no escupo el veneno, me escuece por dentro.

Supongo que Kate fue capaz de detectar ese mecanismo, aunque eso no le impidió meter el dedo en la llaga.

—Bueno, a veces la demora de la gratificación tiene su punto, Matthew. Deberías reflexionar sobre ello, ya sabes, para... el futuro.

—En serio, Claire. Esto no me había pasado nunca. No me cae bien. Me saca de quicio. Pero no pienso en otra cosa que no sea ella. Me enferma pensar que pueda estar follando con otro que sea capaz de llevarla al orgasmo, cuando la única vez que yo tuve la oportunidad la eyaculación precoz hizo acto de presencia en mi vida.

Claire y yo estábamos paseando por Bryant Park. El otoño ya había impreso su huella en la ciudad. Las temperaturas habían bajado de forma considerable y los árboles flanqueaban desnudos la ciudad. El aire olía a hojas secas. A la vuelta al colegio. Al perrito caliente que llevábamos cada uno en nuestras manos.

—¿Es necesario que me des tanta información? Con lo de que piensas siempre en ella y que no soportas la idea de que se enamore de otro ya me bastaba.

—Yo no he dicho nada de enamorarse. Que se enamore de quien quiera. Pero me jode haber quedado en ridículo y no haber conseguido que se corriera.

Claire me observó y sus ojos azules solo necesitaron un par de segundos para leerme.

—¿Crees que esto es un asunto de tu ego herido?

—Sí —dije, aunque no estaba del todo convencido de la respuesta—. ¿Tú no?

—¿Quieres la verdad o una explicación que no vaya a hacer saltar tu cabeza por los aires?

Puse los ojos en blanco.

—Adelante, Pepito Grillo. Dime la verdad.

—Vale. Allá va: Kate te gusta.

—No me gusta.

—Kate te gusta, Matt. Te gusta de la peor manera posible: esa que rompe todos tus esquemas porque crees que está mal, que te traicionas a ti mismo y que no encontrarás en este mundo una explicación que te haga sentir en paz.

—¿Seguimos hablando de mí? —pregunté con una sonrisilla burlona. Esa historia latente entre Neal y ella me parecía tan absurda como divertida.

—Te gusta —siguió diciendo, ignorando mi pullita—. De una manera visceral que no puedes controlar. Y cuando antes lo admitas, mejor.

—¿Mejor para quién?

—Para ti, principalmente. Pero también para ella, porque, una vez que reconozcas lo que sientes, ganarás cierto control sobre la situación y el resentimiento desaparecerá. Hará vuestra relación más llevadera.

—Es que no es eso lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

Me tomé unos segundos para meditar mi respuesta, aunque lo tenía tan claro que asustaba. Delante de otra persona no me habría expresado con tanta claridad, pero Claire era mi hermana y mentirle no tenía sentido.

—Quiero... poseerla.

Ella asintió, recibiendo esas dos palabras, analizándolas para extraer de ellas un sentido que iba mucho más allá.

—El sexo podría ser la vía más rápida para llegar a lo que quieres en realidad.

—¿Y qué es lo que quiero *en realidad*?

—A ella, sin más.

De haber sabido que el puto karma me la tenía guardada, habría sido más listo. Habría cambiado de trabajo, de ciudad, de país o yo qué sé. Habría hecho cualquier cosa con tal de no verme en la situación que me alcanzó la semana siguiente.

Era lunes. Teníamos la reunión de apertura de la semana todos los del departamento; las trece personas que éramos en ese momento allí metidos. Eso, claro, incluía a Kate.

El señor Gonzales nos puso al día de uno de los proyectos que teníamos en marcha. La firma con un hotel muy importante de la zona de los Hamptons que pasaba a formar parte de Maor & Maor como franquiciado de una de nuestras marcas. Era un gran negocio porque su cartera de clientes en temporada alta estaba por encima de la media de un hotel de su categoría.

Nuestro jefe había programado una serie de reuniones en los próximos días para cerrarlo todo. En principio, mi equipo y yo nos desplazaríamos a la zona durante un par de días para que las firmas tuvieran lugar de manera presencial. No pintaba mal, de no ser por los cambios de última hora...

—El tren sale el jueves por la mañana —dijo—. Lógicamente, os hospedaréis en una de las habitaciones del hotel. Solo será una noche. Marisa, ¿puedes encargarte de las reservas? Coge tres habitaciones. No creo que tengas ningún problema para conseguirlas, en esta temporada está casi vacío.

—Vale. ¿Los nombres?

—Matt Lee, Kate Miller y Jack Darris.

Levanté la cabeza de la libreta en la que estaba tomando notas. Mi voz resonó en la sala y en cada sílaba se hizo palpable la confusión.

—¿Cómo?

—Matt Lee, Kate Miller y Jack Darris —repitió mi jefe.

—Sí, eso ya lo he oído. Pero ¿qué pinta Darris aquí? ¿Qué pasa con Troy?

—A Troy se le necesita en otro asunto aquí en la central.

—Bien. Pero ¿por qué Darris?

—Porque es uno de los *seniors* del departamento de franquicias y he pensado que os vendrá bien algo de apoyo de cara a cerrar la negociación.

Seguía sin comprenderlo.

—Con el debido respeto, señor. Esto es una transacción comercial. Kate y yo estamos más que capacitados para encargarnos. La incorporación de Darris al viaje es un gasto innecesario.

Era consciente de que me estaba poniendo en evidencia. Tan consciente

como de que los ojos de Kate estaban abiertos de par en par, clavados en mí. ¿Qué coño íbamos a hacer en un hotel casi desierto Jack, Kate y yo? Si los veía subir juntos a su habitación, me llenaría los bolsillos de piedras y me tiraría al mar.

—Con el debido respeto, señor Lee —recalcó mi jefe—. Soy yo quien determina qué es un gasto inútil y qué no, así como qué configuración del equipo es la más apropiada para la fase final de este proyecto.

Tres días después, me encontraba en un maldito tren rumbo a los Hamptons. Allá que íbamos, la jodida niña, su más que posible actual amante y yo. Bueno, ellos iban sentados juntos, riéndose y mirando cosas en el móvil de ella mientras yo iba solo un par de asientos más atrás.

Por lo visto, el infierno puede deslizarse sobre las vías de un ferrocarril.

Kate sabía de sobra que estaba incómodo con ese viaje. Sospechaba que yo sospechaba que a Jack y ella les unía algún tipo de relación romántica. O por lo menos carnal. Y que yo eso no lo llevaba nada bien.

Había tratado de provocarme días atrás con este tema. No sé con qué fin. Si para verme perder los papeles o para que yo asumiera a la fuerza la situación, pero no le había dado el gusto de ver hasta qué punto me afectaba. Había echado mano de todo mi autocontrol para conseguirlo, pero esta pequeña batalla la había ganado yo.

Fue un alivio llegar al hotel y ver que, efectivamente, cada uno de nosotros tenía su propia habitación; no lo fue tanto comprobar que entre mi cuarto y el de Kate solo había una pared.

Contra todo pronóstico, dado el contexto en el que nos movíamos, la reunión llegó a buen puerto. Cerramos las negociaciones, se firmaron los documentos pertinentes y en poco más de dos horas los de comunicación interna ya habían expandido la noticia por toda la empresa.

Todo el mundo en la central lo estaba celebrando. También allí, en los Hamptons.

De hecho, por la noche, cenamos con algunos de los ejecutivos del hotel y tomamos una copa con ellos. Fue una invitación por todo lo alto en la que no faltaron los brindis y los discursos corporativos. Suena bien, ¿verdad? Pues no lo fue tanto, porque durante horas y horas tuve que ver como el fantoche de Darris se comía a Kate con los ojos. Como le hablaba al oído. Como la tocaba sin venir a cuento. Creo que marcaba territorio para hacernos saber al resto de los presentes que entre ellos dos había algo. Solo le faltó mearla, joder. Hasta

se le iluminaron los ojos cuando uno de nuestros nuevos colegas dio por hecho que eran pareja y ella... no lo desmintió.

Eran cerca de las doce cuando vi la mano de él acariciar la rodilla de ella y decidí que ya había tenido suficiente. Me la peló dejar la celebración a medias. Me la peló la mirada escéptica que me dedicaron todos y cada uno de ellos cuando les dije que me marchaba a la habitación. Me la peló mi imagen como encargado del proyecto, porque lo único que mi cerebro registraba era el triunfo en la cara de Darris por perderme de vista.

Puse una excusa estúpida sobre que tenía jaqueca y, dando un último trago a lo que quedaba de mi copa, me marché de allí. Crucé el *hall* y me planté delante de los ascensores.

Solo dos minutos después apareció Kate. También llegó el ascensor. Hice el amago de meterme dentro.

—Matt. ¡Matt! Para. ¿Qué estás haciendo?

—Me voy —le dije pulsando el botón de mi planta. *Nuestra* planta.

—Ya, eso ya lo veo. —Me barrió con los ojos, intentando descifrarme. Puso la mano delante del sensor para mantener las puertas abiertas—. ¿Eres consciente de la mala imagen que da que te marches? Eres el *key account manager*. Tienes que quedarte hasta el final.

—¿Para qué? Ya son nuestros.

Me miró como si me hubiera vuelto loco; como si no me entendiera; como si no me conociera.

Tal vez las tres cosas eran ciertas.

—Sabes tan bien como yo lo importante que es la post-venta. Por favor, no la cagues ahora.

—Lo siento, Kate. No puedo quedarme más. Ya estáis tú y Darris para defender el fuerte. Formáis un buen equipo.

De nuevo, mi propio veneno me traicionó tiñendo mis palabras de ese resentimiento que guardaba dentro. Ese que anunciaba que Kate no me era indiferente en ningún sentido; que tal vez jamás me lo sería.

—¿Esto es por Jack?

—Esto es porque tu habitación y la mía están demasiado cerca. Esto es porque quiero subir, beberme una par de esas botellitas de alcohol del minibar y dormirme antes de que tú subas y me jodas la noche.

La confusión atravesó sus ojos.

—¿Por qué iba yo a joderte la noche?

—Porque si tengo que escucharte follar con otro no voy a poderlo soportar.

Y voy a tener que veros a los dos mañana. Y a ti, concretamente, tendré que verte cada día hasta que finalices tu contrato. Y mi carácter ya está bastante podrido para que le añadamos más oscuridad.

—Pero Matt...

—No. Buenas noches, Katherine.

Hala, ya está. Ya había explotado.

No sé qué vio en mi mirada, pero Kate por fin retrocedió y quitó la mano del sensor. Las puertas de aluminio se cerraron y, con amargura, pensé que acababa de dejarle vía libre para hacerme daño de cualquier manera que se le ocurriera.

Pasó una hora. Me bebí una botellita de ron y otra de Jack Daniels. Estaba mareado, sí, pero no me dormía. Sabía que con cada minuto que pasaba la probabilidad de ser testigo sonoro de mi mayor pesadilla del momento aumentaba, pero eso no me ayudaba a caer inconsciente. Es más: me quitaba el sueño.

También se me pasó por la cabeza la posibilidad de que no llegaran nunca. De que fueran directamente a la habitación de él, donde nadie podría oírlos. Y eso fue casi peor.

Tenía angustia. Una angustia que se me subió a la garganta cuando, un rato después, escuché que la puerta de la habitación de al lado se abría y se cerraba a continuación.

Kate ya había llegado.

Escuché pasos. La puerta de un armario. Más pasos. Ninguna voz.

Contra mi buen juicio, pegué la oreja a la pared para intentar captar con mayor claridad lo que ocurría en el dormitorio vecino.

De pronto, un chasquido.

¿Estaba abriendo la ducha?

Empecé a escuchar el agua caer.

Bueno, eso no sonaba a calentón desesperado. Aunque igual ya lo habían hecho en algún punto de aquel hotel y ahora solo querían lavarse en compañía. Qué sé yo.

Cuando se cerró el grifo un rato después, seguía sin oír voces. ¿Estaba sola? Imposible saberlo. Quizá estaban hablando bajito, entre susurros, como dos amantes que se hablan a la piel.

Pasaron unos minutos. No sé cuántos. Más silencio. Y de pronto, por fin sonidos. Voces. Pero no de ellos. Era la televisión.

Volví a tumbarme en la cama, confuso. ¿Era posible que Kate hubiera subido sin compañía? ¿Que hubiera dado plantón a Darris y estuviera en ese momento tirada en su cama, cansada y viendo una película antes de dormirse?

Pasados diez minutos, la tele siguió sonando y ninguna otra voz me vino desde allí. Entonces lo supe: estaba sola.

Apagué la luz e intenté cerrar los ojos, pero seguí sin dormirme. Me mataba saber que solo nos separaba una pared. Unos cuantos centímetros de yeso que me contenían. Ir a su habitación no tenía sentido; ella no había vuelto a manifestar ningún interés en mí y yo ya me había puesto en ridículo lo suficiente.

No sé qué me llevó, unos minutos después, a buscar el móvil de nuevo y a poner algo de música. Quería que ella supiera que estaba despierto. No sé si por alentarla a dar un paso en mi dirección o simplemente para que supiera que la había oído llegar, sin compañía.

En cuanto las notas de una canción de Secondhand Serenade sonaron, ella bajó el volumen de la tele. La imaginé acercando la oreja a la pared, como yo había hecho hacía un rato, para determinar si la melodía salía de mi habitación.

*The best thing about tonight is that we're not fighting...*

La canción siguió sonando. Ella no apagó la película. Yo no quité la música. Nos hablábamos con sonidos que no eran nuestros, y en algún punto de esa conversación en la que ninguno participábamos, pero que a la vez nos pertenecía por completo, por fin me quedé dormido.

A la mañana siguiente me desperté prácticamente al alba. En parte descansado y en parte embotado como si no hubiera dormido más que unos minutos.

Desayuné un café y un *bagel* y salí a andar por la zona.

Los Hamptons era impresionante. Lo era en verano, pero me lo pareció más en esa mañana de otoño. Con sus casas blancas tan majestuosas; de esas que salían en las películas y en aquellas series que no me gustaba admitir que veía. Con su brisa, su ambiente elitista en cada esquina, su mar a lo lejos dibujando el horizonte.

Caminé un rato por allí hasta que decidí adentrarme en la playa. Siempre he encontrado un encanto especial en ver el mar durante el amanecer. Me gusta la fusión de los colores. El aire, que aún no es cálido. La tranquilidad que se respira.

Hacía frío. Ya estábamos a finales de octubre y el invierno empezaba a insinuarse en el viento helado. Llevaba puestos unos vaqueros, las deportivas y una sudadera. No iba especialmente abrigado, pero aun así tomé asiento en la playa.

Jugueteé con la arena fría entre mis dedos y miré al mar. Me perdí en mis pensamientos durante un espacio de tiempo que no sabría concretar. Pensé en el trabajo y lo que había pasado el día anterior. En mis amigos y en qué punto estaban sus vidas. Y en Kate, claro. En qué la uniría a Jack Darris. En por qué subió sola a su habitación. En por qué sus ojos temblaron cuando se cerró la puerta del ascensor.

Como si mi mente la hubiera llamado a gritos, su presencia me invadió un rato después, cuando el sol estaba más alto; cuando ni siquiera la esperaba.

Lo hizo poco a poco. Primero fueron sus pasos, rápidos, seguros. Después su olor; ese día olía a acuarelas, a pinceles de brocha fina y a un folio blanco en el que pintar. Por último, registré su voz.

—Te estaba buscando.

Se puso delante de mí y tapó aquel sol de las ocho de la mañana con su silueta.

—¿A mí?

—Sí.

—Estaba aquí.

—Ya, ya lo veo. No estabas en tu habitación, no estabas en la cafetería y la chica de recepción ha dicho que te vio salir hacía un rato.

—¿Me has estado buscando?

—Es lo primero que he dicho.

La miré con atención. Ella también llevaba vaqueros, aunque había tenido el acierto de coger un abrigo. Debajo de la prenda asomaba un cuello de lana. No había ni una gota de maquillaje en su rostro. Era tan niña que dolía, porque en el fondo sabía que no lo era.

—¿Por qué estás aquí?

—Quería verte.

Eso me confundió.

—No me apetece mucho hablar en este momento —dije.

—Vale. Pues no hablaremos, pero, si no te molesta, quiero sentarme aquí, a tu lado.

No esperó una respuesta. Se sentó junto a mí y ella también clavó sus ojos en el horizonte. Su pantalón y el mío se rozaron. Cumplió con su palabra: no



abrió la boca. Y cada segundo que se consumía entre nosotros pasó a ser especial; desconcertantemente nuestro.

En algún punto, mi mente se quedó en blanco. Me limitaba a registrar sensaciones, estímulos que me rodeaban y a los que quería darles un significado. Como el sonido de nuestras respiraciones mezclado con el de las olas. El olor a mar, a un otoño que se derrite bajo el sol. La arena que se deslizaba entre sus dedos. Fría. Rugosa. Cada grano igual y diferente al resto. Como ella.

Permanecimos en silencio lo que debieron de ser horas, y ni siquiera llegué a preguntarme en qué estaría pensando, a pesar de tener la certeza de que no había pasado nada entre ella y Jack la noche anterior. A pesar de que ella fuera consciente de que yo lo sabía. A pesar de que esa verdad, ineludible, flotase allí, junto a nosotros, junto al mar.

El silencio durante ese rato se convirtió en una bandera blanca que nos situaba en un plano mejor; más honesto y menos tóxico. A través de esas sílabas que no pronunciamos, creo que llegamos incluso a perdonarnos por todas las faltas que habíamos tenido el uno con el otro en esos meses.

Es extraño: a veces en el silencio ocurren las mejores cosas.

El sol empezaba a calentar un poco más de lo que lo había hecho momentos antes. Nuestra atención se desvió a unas risas que, a lo lejos, nos alcanzaron. Las palabras salieron de mi interior.

—Qué imagen tan real —pensé en voz alta, mientras ambos absorbíamos la escena de una familia que acababa de entrar en la playa; tres niños corrían detrás de un perro y los padres los vigilaban de cerca—. Si Olivia estuviera aquí, ya habría sacado una fotografía.

Pensé en Liv, en Vancouver. Hacía ya unas semanas que se había ido por trabajo. Sabía que estaba bien y que el cambio era positivo para ella, pero en ese momento la eché de menos.

—¿Quién es Olivia?

—Una amiga.

—¿Especial?

—Todos mis amigos son especiales —dije, copiando una frase que en realidad pertenecía a Christina.

—No me refiero a eso.

—Ya sé a lo que te refieres. —Suspiré profundamente y, por primera vez en muchos minutos, la miré a los ojos—. Olivia es una de esas hermanas que me ha dado la vida. Ella, Christina, Claire y Neal lo son.

Kate asintió y volvió a quedarse en silencio unos pocos segundos. Me pregunté si tendría gente en su vida que significara lo mismo para ella.

—¿Y por qué haría una foto tu amiga Olivia? ¿Es fotógrafa profesional?

—No, pero le gusta coleccionar ideas. Momentos. Imágenes especiales como esa, que encierren un sentimiento que quiera recordar.

Asintió nuevamente en un gesto comprensivo.

—¿Y qué tiene esa imagen para que quieras guardarla?

—El sueño de mi vida: una familia grande.

—¿Quieres una familia?

—Sí. Desde siempre he querido ser padre. Y no me gustaría que mis hijos crecieran sin hermanos, como yo, así que... sí, familia numerosa.

Sentí su mirada sobre mí, taladrándome.

—Nunca habría dicho que ese era tu sueño.

—No me conoces.

—Cierto. —Carraspeó lentamente y desvió la mirada—. ¿Nunca has conocido a una candidata potencial con la que hacerlo realidad?

—No, nunca. Pero bueno, soy joven. Si a los cuarenta sigo sin pareja igual empiezo a pinchar condones por ahí...

Se echó a reír y el tintineo de su risa camufló cada sonido que llenaba la playa.

—Dios mío, qué peligro. Menos mal que tomo la píldora.

—¿Estás insinuando de manera inconsciente que quieres repetir?

Puede que ese comentario fuera una cagada. Desde luego, no era acertado. Pero es que por muy confuso que estuviera, el Matt socarrón, aquel que se vale de la provocación para extraer verdades de los otros, seguía muy vivo.

La expresión de Kate cambió; de risueña y desenfadada a una más profunda y oscura.

La escuché tragar saliva.

—¿En serio crees que fue bien el experimento como para que quiera una segunda noche contigo?

—No puede decirse que tú y yo tuviéramos una noche. Tuvimos un rato de sexo que, por desgracia, no salió como yo esperaba.

—Igual fueron las expectativas —dijo pensativa, pasados unos segundos. Su mirada y la mía seguían fundidas con el mar—. No sé por qué pensaba que acostarme contigo me pondría los ojos del revés.

—Es que acostarte conmigo podría ponerte los ojos del revés —le aseguré—. Lo que pasó fue... no sé, la naturaleza humana. A veces fallas. Es normal.

Pero te fuiste tan rápido que no me diste la oportunidad de demostrarte que puedo hacerlo mejor. Más que mejor, de hecho. Sublime.

—Igual no somos compatibles —dijo—. Bueno, eso es evidente por lo mal que nos llevamos. Pero... no sé. Algo me decía que en la cama nos entenderíamos mejor de lo que nunca lo hemos hecho con palabras.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. Yo también pensaba igual.

Guardamos silencio y volvimos a dejar que nuestras miradas se perdieran por el escenario que nos rodeaba: aquella familia que representaba algo que sí me permitía anhelar; el sonido de la brisa y su esencia salada.

Vi como Kate cogía aire despacio, llenándose los pulmones de aquel aire libre de sensaciones nocivas, mientras cogía fuerzas para poner voz al interrogante que flotaba entre nosotros.

—Entonces... ¿qué pasó?

Solo necesité dos segundos para decidir que quería traspasarle mi verdad.

—¿Nunca te has sentido superada por una situación?

—¿El sexo te superó?

—No. —Negué con la cabeza—. Estar dentro de ti fue lo que me superó.

Los ojos de Kate parpadearon lentamente, absorbiendo el significado de esas palabras que me desnudaban demasiado para lo que había sido mi vida hasta ese momento.

—¿Por qué? —preguntó—. No hay ese tipo de química entre nosotros. Ni siquiera nos llevamos bien.

—¿Te crees que no lo sé? He follado con muchas mujeres. Con la mayoría he hecho cosas de las que quizá no hayas oído ni hablar. Pero fuiste tú la que me superó. Tu cuerpo, tu...

—¿Mi...?

—Tu piel. Tu olor. Tus gemidos en mi oído. A veces cierro los ojos y aún los escucho. No sé, Kate. —Me encogí de hombros con una despreocupación que no sentía—. Yo tampoco lo entiendo.

Durante segundos, ninguno de los dos hablamos, pero sí nos mantuvimos la mirada. Las dudas sobre qué estaría pensando ella me martilleaban la cabeza, pero procuré concentrarme en la marea que se agitaba alrededor de sus pupilas.

—¿Te gusto? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé. Pero me siento atraído hacia ti.

—¿Y eso qué significa?

—Que volvería a follarte si tú me dejaras.

—¿Aquí? —Miró hacia nuestro alrededor, como si quisiera condensar nuestro presente en algún lugar físico.

—Aquí. Allí. De vuelta en Nueva York. Hoy, mañana, dentro de un mes...

—¿Podrías esperar?

Suspiré.

—Esperaría toda la vida con tal de demostrarte que puedo hacerte volar solo con mis dedos.

De nuevo, el duelo entre nuestras miradas se convirtió en una realidad. Volvimos a comunicarnos a través del silencio y del eco de lo que ya había sido dicho.

Creo que aquel podría haber sido un momento decisivo si el móvil de Kate no hubiera sonado en ese instante. Vio el nombre de la persona que llamaba y no dudó en contestar. Me pidió permiso con los ojos para levantarse, romper nuestra conexión y dejarme solo.

La observé mientras cruzaba la playa de camino al hotel, llevándose con ella su aroma y las sensaciones de los instantes que habíamos compartido.

Respiré mejor y peor al mismo tiempo en cuanto la perdí de vista. Era el alivio y el no saber qué vendría a continuación, aunque en el fondo entendí que daba igual.

De alguna manera, estaba todo dicho.

Entré en mi casa varias horas después, con el cansancio y las dudas presionándome la espalda.

No había vuelto a coincidir con Kate a solas. En el tren de regreso, ella se había sentado de nuevo junto a Darris, aunque no pude evitar darme cuenta de que apenas se hablaban ni se miraban; ni siquiera sonrieron juntos ni una vez.

En el salón de mi apartamento encontré a Claire sentada junto a Neal mientras este le arreglaba el ordenador. Vi como interactuaban y como se reían de cosas que solo ellos entendían. Eran, sin duda, la pareja-no-pareja más feliz que conocía.

Después de ducharme, deshacer el equipaje y guarrear con las sobras que había en la nevera, me encerré en mi cuarto. Pasé el resto de la tarde tumbado en la cama, mirando cosas en el móvil y con los auriculares puestos.

La música inundaba mis oídos; tal vez, por eso, me perdí los sonidos que anunciaban que mi vida estaba a punto de cambiar.

Neal abrió la puerta de mi habitación, que había permanecido cerrada durante horas, sobresaltándome. Asomó la cabeza mirándome con una sonrisa.

—¿Estás despierto? —me preguntó.

—Sí.

—¿Y presentable?

—¿Cuándo no estoy presentable, capullo?

—No voy a contestar a esa pregunta. —Giró la cabeza hacia la derecha y se dirigió a alguien—: Ya puedes pasar.

La puerta se abrió por completo y, de la nada, apareció Kate. O al menos se parecía a Kate, porque la chica que había frente a mí en ese momento me pareció mucho más inocente que aquella con la que compartía mi día a día. Más tímida, más insegura, más... vulnerable.

Neal nos dejó solos. Volvió a cerrar y a continuación escuché sus pasos perderse en dirección al salón.

Ella permaneció ahí, en el centro de la habitación, mirándome con sus ojos oscuros, retorciéndose los dedos y respirando con una velocidad superior a la habitual. En silencio sepulcral.

En el fondo la entendía; yo no solo me había quedado en *shock*, sino que mi corazón se movía con rapidez dentro de mi pecho, haciéndome daño y dándome vida a la vez.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté; mi voz sonó tan ronca que ni siquiera la identifiqué como mía.

Entonces por fin habló. Solo dijo cuatro palabras; una pregunta; un interrogante que tenía el poder de cambiarnos para siempre:

—¿Aún quieres hacerme volar?

No necesité contestar. Ella debió de ver en mis ojos y en cada facción de mi rostro que me moría por que corriera a mis brazos.

Nos encontramos a medio camino, al borde de mi cama, y el deseo que siempre nos había rodeado tomó el control de la situación, obligándonos a chocar nuestras bocas en un beso furioso.

Me sentí liberado por dentro al volver a sentir la piel con la que llevaba semanas soñando despierto. Volver a sentir que, por unos momentos, Kate era mía, llenó mi interior de la certeza de que no quería estropearlo. De que no quería discutir con ella si no era para acabar en la cama. De que quería hacer de su sonrisa mi rutina favorita.

Esa noche le di todo lo que sabía que podía darle, viviendo cada segundo como si fuera único, pero al mismo tiempo sabiendo que solo era el principio. La llevé a lugares que ella no sabía ni que existían y que a mí me parecían nuevos solo por el hecho de tenerla a mi lado.

Y lo hicimos: por fin volamos; voló ella y volé yo.

Christina

## ¿Avanzar?

Después del fin de semana de nuestra primera cita necesité distancia. Al menos toda la distancia que podía obtener teniendo en cuenta la cantidad de espacios en los que coincidía con Harry día tras día.

Pasábamos bastante tiempo juntos por trabajo, asistíamos a reuniones e incluso compartíamos largos ratos en el laboratorio, pero ni siquiera cuando estábamos solos yo dejaba de mostrarme profesional.

Ya era bastante malo que no dejara de pensar en él ni un puñetero instante a lo largo del día. Ya era bastante malo haberme perdido en la certeza de que sentía algo profundo y complejo por él. No podía perder también de vista lo importante que era guardar las formas en la universidad. Me resultaba difícil, porque cada vez que estaba cerca todo mi cuerpo reaccionaba. No solo por el deseo que sentía por él, sino por todas las sensaciones que despertaba en mí su mera presencia. Día a día se me hacía más complicado contenerlas dentro y simular que no existían.

Por eso, aquella mañana en la que lo encontré en la piscina, me fui a la punta contraria. No quería tenerlo cerca, perder mi mirada por su cuerpo de infarto y ponerme a fantasear a las siete de la mañana con todo lo que conseguía hacerme sentir.

Pero Harry era listo. Y sé que desde hacía días se había percatado de que yo trataba de mantenerme alejada. Por eso no dudó en seguirme hasta los vestuarios, reteniéndome en la puerta antes de que desapareciera de su vista.

—¿Huye de mí, señorita Sanders?

—Por supuesto que no, doctor Watzlawick. No podría aunque quisiera. Está usted en todas partes.

Esa sonrisa que tanto me alteraba se manifestó en su boca y todo mi cuerpo despertó sin poder evitarlo.

—Es parte de la estrategia —susurró.

—¿De cuál?

—De la que te impide dejar de pensar en mí.

No pude evitar sonreír.

—Siempre tan humilde...



Nos miramos unos segundos a los ojos y Harry relajó un poco su expresión.

—En serio, ¿estás bien? Llevas unos días un poco distante.

—Sí, estoy bien.

—Es por todo lo que ha ido pasando últimamente, ¿verdad? —preguntó, haciendo gala una vez más de sus habilidades perceptivas, que traducían mi caos mental en unas pocas palabras—. Te sientes abrumada.

—Harry, no vamos a hablar de eso aquí.

—Ya, tienes razón. ¿Cuándo podemos vernos fuera?

—No sé. Luego te mando un mensaje y te digo.

—Está bien. Estaré esperando. —Y sonó a advertencia, como si acabáramos de acordar algo y yo no pudiera faltar a mi palabra.

Siempre he sido una persona con las cosas claras. Toda la vida he sabido qué quería y qué hacer para conseguirlo. Pero Harry me hacía actuar de manera incoherente, desde el principio. Lo quería cerca, pero me esforzaba por mantenerlo lejos. Quería seguir explorando lo que sentía, pero me costaba todo aquello que implicara ir más allá de nuestro acuerdo inicial. Era así con todo. Por eso no me sorprendió que aquel día, en el que lo que necesitaba era seguir manteniéndome distante para no sentir que me involucraba demasiado, le propusiera venir a mi casa por primera vez. Era un ejemplo más de lo desequilibrada que estaba. Valoraba pedirle a viva voz un poco de espacio. No sabía si quería seguir por aquel camino. Mi vida se estaba volviendo demasiado complicada. Mi cabeza era un caos y apenas podía concentrarme en mi trabajo. Pero, al mismo tiempo, quería retenerlo a mi lado un poco más. Quería que se sintiera especial, porque sin duda para mí lo era. Quería tantas cosas contradictorias que no sé cómo no había tenido algún brote psicótico.

Harry apareció en mi piso a las siete en punto. Le abrí la puerta enseguida y lo hice pasar al interior sin apenas mediar palabra. Lo dejé en el centro del diminuto salón, desde el que podía obtener una visión general de la casa. Era muy pequeña. A la derecha estaba el cuarto de baño y también la cocina. A la izquierda, un hueco sin puerta en el que podías encontrar el armario y, un poquito más al fondo, una cama. Eso era todo.

—En fin, este es mi piso —dije cuando Harry ya llevaba allí unos minutos inspeccionándolo todo—. Por favor, no te rías.

—¿Reírme? —Se giró hacia mí—. ¿Crees que me reiría de ti por tener una vivienda modesta?

—He visto dónde vives. Conozco bastante bien el contenido de tu armario

y el dinero que debes de invertir en mantenerlo. Sé de buena tinta que Wilkens es una mina de oro. Este modo de vida puede resultarte algo chocante.

—Yo también fui estudiante, Christina. También he vivido en un cuchitril.

—¿Estás llamando cuchitril a mi casa?

«Maldito *snob*».

—Bueno... sí. Pero es tuya. La mantienes con tu trabajo y tu esfuerzo. Así que es perfecta.

Caminó unos pasos más y se puso a curiosear en las pocas baldas que había. Miró los gastados volúmenes sobre biología y neurociencia. Los portarretratos, el equipo de música y las figuras de decoración. Lo dejó examinar cada rincón. Entendía su curiosidad. Yo también había cotilleado infinidad de veces entre los objetos que se podían encontrar en su casa.

Pasamos al cuarto de baño para que también lo viera y yo soñé en voz alta con la posibilidad de tener algún día un lavabo con dos pilas. Harry sonrió y ambos nos dirigimos hacia la cocina. Creo que se tuvo que contener para no abrir los armarios y la nevera para ver el tipo de alimentación que seguía. Harry siempre estuvo muy interesado en conocerme a fondo, en todos los sentidos.

Cuando terminó aquel pequeño *tour*, ambos tomamos asiento en el sofá y nos giramos un poco para vernos de frente.

—En serio, Christina, gracias por haberme invitado a venir.

—De nada.

—Dime, ¿soy el primer hombre que pisa tus dominios?

—Siento decirte que no. Pero sí eres el primero que tiene la oportunidad de ver algo más que la cama.

—¿Intentas ser graciosa? —Sus ojos se entornaron peligrosamente.

—Para nada.

Harry soltó un suspiro prolongado. No sé si lo imaginé, pero creo que no le hacía gracia pensar en mí con otros hombres. Contra todo pronóstico, por primera vez en mi vida no me molestó esa actitud. Incluso la entendí. Algo me quemaba a mí también a un nivel muy interno y desconocido al imaginar a Harry con otras mujeres.

—¿Vas a decirme por qué llevas unos días rara?

—He estado liada. Mucho trabajo, mucho en lo que pensar.

Por la mirada que cruzó sus ojos, vi que esa respuesta no le satisfizo. Sabía que ocultaba algo. Es más, sabía que ese algo tenía la fuerza suficiente como para suponer la ruptura de lo nuestro. Y eso era algo que a Harry no le

gustaba.

—No voy a permitir que te escapes, ¿eres consciente? —Sus pupilas se clavaron en las mías con intensidad, haciéndome ver el alcance de esa declaración. Tragué saliva con fuerza. Supongo que la turbación que sentía se reflejó en mi cara, porque su tono de voz se relajó cuando volvió a hablar—: Christina, sé que estás confundida. Sé que no estás acostumbrada a esto. Pero, lo creas o no, también hacía mucho que no me pasaba a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto no entraba en mis planes, pero ha pasado. Engancharme a ti ha sido algo involuntario. Maravilloso, pero involuntario.

—¿Involuntario?

—Sí, como en la canción de Muse. *Unintended*. Escúchala. Habla de nosotros.

Ambos guardamos silencio y nos perdimos en la mirada del otro sin saber bien qué esperábamos encontrar.

—No sé qué hacer —reconocí pasados unos segundos. Me pasé una mano por la frente, como si así pudiera aliviar mi confusión—. No quiero dejar de verte, pero no puedo permitir que esto se siga complicando.

—Christina, no acabes con esto, por favor. —Su voz, ronca, se rasgó—. Me destrozaría.

—Harry...

—Yo estoy loco por ti. ¿No lo ves?

—Sí —susurré sin dudar. Lo sabía. Lo veía en sus ojos. Lo sentía en su boca y en su piel cada vez que nos tocábamos.

—Pues dame una oportunidad.

—Me estás complicando la vida.

—Perdóname —me dijo con el corazón en los ojos—. Perdóname igual que yo te perdono a ti día a día por haber aparecido en mi vida para cambiarlo todo.

Unas inexplicables ganas de llorar me sacudieron de arriba abajo. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Yo le había cambiado la vida? ¿Había él cambiado la mía? «Sí», supe al instante. Así había sido.

Me costaba recordar cómo era todo antes de él. Qué llenaba mis días, qué conseguía realmente ilusionarme... La llegada de Harry había redimensionado la forma en la que veía y percibía las cosas. Todo era diferente. Yo era diferente. Tragué el nudo de emociones que se había formado en mi garganta y traté de digerirlo.

—Dime en qué estás pensado —me pidió.

—En que tú también has cambiado mi vida. No sé qué sentir al respecto, pero es así.

—Me alegra oír eso, porque tú estás dándole sentido a la mía.

No me dio tiempo a procesar sus palabras. Sus ojos no buscaron permiso en los míos para acercarse. Tampoco hizo falta. Mi boca recibió la suya con el consuelo de quien encuentra una luz después de horas de oscuridad. Nuestros labios se devoraron en silencio. Nuestras manos se perdieron por la ropa y enseguida la chispa que había entre nosotros fue abanicada hasta convertirse en una llama que tardó pocos segundos en consumirnos.

Harry me cogió en brazos y caminó unos pocos pasos hasta llegar a mi cama. Me dejó allí con reverencia, sin dejar de besarme, y se deshizo de mi ropa. Yo quise ayudarlo a quitarse la suya, pero me retuvo con sus piernas y él mismo se ocupó de la tarea de desnudarse.

Ver su cuerpo moreno ante mí, en mi cama, me estremeció. No por la visión en sí, puesto que a esas alturas estaba acostumbrada a él. Sino por saber que ese hombre sexi, inteligente y descarado estaba *loco por mí*. Y que todo lo que él era en ese momento estaba a mi alcance.

A través de la devoción con la que me miraba, besaba y acariciaba, a través de la intensidad de cada movimiento de sus caderas sobre las mías o de su lengua en mi boca, supe que aquello para nosotros había dejado de ser físico. Tal vez hacía tiempo. En cada respiración se hacía evidente que Harry y yo no estábamos follando, sino que estábamos haciendo el amor. Y esa revelación me atravesó de arriba abajo como algo tangible que surcaba mi piel. Y me dolió. Me dolió como duelen esas realidades que tienen el poder de destruirte y de darte vida en un único aliento.

Cuando por fin nos corrimos, enredados en nuestros propios suspiros e inhalando los del otro, los dos cuerpos se hablaron sin palabras, sin barreras y gritando esa verdad que lo envolvía todo.

Conseguimos salir de la cama un buen rato después. Nos dimos un baño en mi ducha minúscula y después preparé algo de cena.

Nos la comimos tirados en el sofá, con la televisión de fondo, como una pareja normal que desea que llegue la noche para compartir un rato con el otro y contarle cómo ha ido el día. En nuestro caso, hablamos de la universidad, de lo que abarcaba el presente y de trozos de aquel pasado que no incluía a nuestro acompañante. De todo menos de lo intensa que se estaba volviendo la situación, porque no hacía falta. Ya lo habíamos hecho patente, con palabras y

sin ellas, y ambos sabíamos que lo mejor era que todas esas ideas respiraran en su propio espacio antes de volverlas a enfrentar.

Harry insistió en quedarse a dormir conmigo. Yo no tenía fuerzas ni ganas de convencerlo de lo contrario. Puse la calefacción a tope porque no tenía ningún pijama para él y tendría que dormir desnudo.

Cuando nos metimos en la cama y nos acurrucamos bajo las plumas de mi edredón, Harry me atrajo hacia su pecho y me besó la frente, con esa ternura que imprimía en los gestos más sencillos. Después respiró hondo y entrelazó mis manos con las suyas.

—Prométeme que no huirás de mí, Christina. Aunque aún quede mucho por resolver, aunque te coman las dudas... Habla conmigo. No desaparezcas.

Su voz me alcanzó en la oscuridad. Un escalofrío me pellizcó la espalda y luego la nuca. Nunca había huido de nada ni de nadie, pero lo cierto era que tampoco me había quedado en ningún sitio. Harry era mi primera vez; la única persona que había contemplado como un lugar en el que permanecer.

—Te lo prometo —susurré por fin, en medio de un suspiro.

Lo noté asentir a mi lado y, sin más, volvió a besarme. Y sellamos aquel acuerdo de palabras con la melodía de su piel resbalando con la mía.

Al día siguiente me sentía más relajada, más en mi sitio, más ligera. Era jueves. Crucé las puertas de mi despacho con energías renovadas, con la cabeza despejada y con ganas de hacer frente a un día de trabajo.

Todo lo que habíamos hecho y hablado Harry y yo el día anterior había insuflado en mí una especie de calma. Y quería aprovecharla mientras durase. Lo que no esperaba es que fuera a terminar tan pronto.

Acababa de parar para almorzar cuando recibí la llamada de mi hermana mayor, Sara. Sonaba nerviosa mientras me explicaba lo que había pasado. Puso en mis manos toda la información que podría necesitar y después colgó.

Mis dedos temblaban mientras guardaba mi teléfono móvil. Miré a mi alrededor. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Me levanté de la silla del laboratorio, guardé las muestras con las que estaba trabajando y, antes de pararme a meditar sobre lo que hacía, mis pasos me dirigieron al despacho de Harry. Por suerte, estaba solo.

—Nena, ¿qué pasa? —preguntó en cuanto me vio y cerré la puerta. Sus ojos me recorrieron entera en busca de alguna señal que le indicase de qué iba

aquello.

—Es mi padre, Harry.

—¿Tu padre? ¿Qué pasa con tu padre?

—Me acaba de llamar mi hermana. Ha sufrido un infarto.

Las facciones de Harry se tensaron, mostrando preocupación.

—¿Es grave?

—Está en la UCI. Su hermana está con él. Mis hermanas no quieren saber nada. Mi madre tampoco. Yo no sé qué hacer.

Se puso en pie y me dirigió hasta una de las sillas que había frente a su mesa. Me instó a tomar asiento. Él se apoyó en el escritorio e inclinó la cabeza para verme mejor.

—¿Dónde está?

—En Vancouver. Creo que tengo... tengo que ir.

Le había estado dando vueltas desde que me había llamado mi hermana. Mi padre y yo no estábamos especialmente unidos, igual que no lo estaba con Sara y Melanie, pero me apenaba pensar que nadie acudiría a su lado en un momento así.

—Claro que sí —dijo Harry—. Cógete los días que hagan falta.

—Pero la investigación...

—No te preocupes por eso. Ve a Vancouver.

Asentí.

—Tengo que hablar con Virginia.

—Habla con ella si quieres, pero yo tengo la última palabra. Y te digo que puedes marcharte sin problema.

—Gracias. —Lo miré a los ojos y tragué saliva—. Voy... voy a buscarla.

Encontré a Virginia quince minutos después en uno de los pasillos. Sin perder tiempo, la llevé a un rincón y le conté lo que había pasado. Ella me escuchó con atención y me dio permiso para ausentarme el tiempo que hiciera falta.

Un rato más tarde, me senté frente a mi mesa para poner en orden algunas cosas que me convenía dejar arregladas si realmente iba a marcharme. El fin de semana estaba cerca y eso me daba algo de margen, pero los viernes normalmente nos reuníamos para cerrar la semana y, si iba a faltar, debía dejarlo todo lo más encauzado posible.

Harry entró mientras actualizaba el calendario de Google. Cuando vio que estaba sola, cerró la puerta, aunque no avanzó. Se quedó a una distancia prudente de mi mesa, como si quisiera que la situación luciera lo menos

sospechosa posible si alguien entraba en algún momento.

—¿Tienes el billete?

—No, todavía no. Voy a comprarlo ahora.

Pareció aliviado.

—Yo me encargo —dijo—. He decidido que me voy contigo.

—¿Qué?

—No voy a permitir que vayas sola hasta Vancouver. Voy contigo — repitió.

—Harry, de verdad...

—Christina, basta. No tienes que hacerlo todo sin ayuda. Yo estoy aquí. Déjame estar a tu lado.

—No estaré sola. Liv está allí, en Vancouver.

Ya había llamado a mi amiga para informarla de que iba para allá. Ella me había ofrecido su casa el tiempo que hiciera falta. Sabía que no le importaría si le decía que Harry me acompañaba, pero aun así...

—Por favor —insistió. Parecía importante para él—. Quiero ir contigo.

—Pero si nos vamos los dos a la vez...

—Me importa una mierda. Yo estoy al mando de esta investigación, y si debo ausentarme por motivos personales no tengo por qué dar explicaciones a nadie.

Nos miramos en la distancia y por un instante me sentí superada por la situación. Por lo que ocurría con mi padre, porque mis hermanas habían escurrido el bulto, porque ir a cuidar de Samuel Sanders era un acto que me hacía entrar en conflicto conmigo misma. Y luego estaba Harry... que me ofrecía algo que no había tenido en la vida. Un compañero que estuviera a mi lado y me sostuviera cuando las fuerzas amenazaban con fallarme. No encontré el ánimo para negarme, y parte de mí sospechó que en realidad era porque no quería hacerlo.

Parpadeé con lentitud y a continuación hice un asentimiento. Harry dejó escapar el aire y suavizó su tono de voz.

—Vete a casa y prepara una maleta. Saldremos hoy mismo. Yo me encargo de todo.

A las siete de la tarde estaba sentada en primera clase de un avión de la compañía Air Canadá. Harry iba a mi lado. Tal y como había previsto, a Liv no le importó que fuéramos los dos para allá. Le dije que no había problema en coger un hotel, pero mi amiga no quería ni oír hablar del tema.

Miré a mi alrededor. Nunca había viajado en primera. Era otro nivel. Me había tomado la pastilla para el mareo con un trago de zumo de melocotón que me había traído la azafata en un vaso precioso de cristal, antes incluso de haber despegado. Ahora el avión había alcanzado la altura suficiente como para no poder distinguir las luces que iluminaban Nueva York.

Harry lo había hecho todo. Buscar los vuelos, reservarlos y pagarlos. Teníamos seis horas de camino por delante. Después, cogeríamos un taxi hasta casa de Liv.

—Dime cuánto te debo de los billetes.

Harry dejó el iPad con el que estaba trasteando en su regazo y se giró hacia mi rostro.

—Estar a tu lado ahora no tiene precio para mí. —Entrelazó sus dedos con los míos y se llevó nuestras manos a la boca. Dejó ahí un beso de esos suyos tiernos y me miró a los ojos. A mí me dolió un poco el pecho—. No me debes nada, nena. Relájate.

—Pero...

—¿Por qué no intentas dormir? Esas pastillas que te has tomado tienen pinta de ser una bomba.

En eso tenía razón. Me mareo con mucha facilidad en los medios de transporte, por lo que siempre tengo que tomarme algo antes de volar. Las pastillas que había tomado ese día eran buenas, pero provocaban somnolencia. De hecho, empezaba a notar los párpados cada vez más pesados.

—De acuerdo —decidí no insistir y recliné hacia atrás el asiento. Lo invitaría a cenar para saldar la deuda. Muchas veces—. ¿Qué te ha dicho Virginia cuando le has dicho que te ibas?

—No te preocupes por eso.

—Dímelo.

—Está bien. No le ha hecho gracia ver que nos íbamos a ausentar a la vez. Me ha acusado de no estar siendo profesional.

—¿Crees que sospecha de nosotros?

Harry se encogió de hombros, sin darle mucha importancia.

—Es posible.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Puede que le haya recordado quién tiene la sartén por el mango de cara a la investigación. Y puede que le haya dicho que no tiene la autoridad suficiente para cuestionar mis decisiones ni hacer juicios acerca de mi carácter.

Abrí los ojos como platos, a pesar de la somnolencia que me iba



envolviendo. No me gustaba la idea de Harry enfrentándose a Virginia.

—Harry...

—Tranquila, ha captado el mensaje. Duérmete.

Me dio un beso en la cabeza y extendió sobre mis piernas la manta que nos había dado una de las azafatas. Una oleada de gratitud se extendió dentro de mí. Esa faceta protectora de Harry me ponía tierna.

—Gracias —susurré—. Por todo.

Me desperté cuatro horas más tarde debido a una sacudida en el estómago. Me sentí desorientada, pero enseguida la mano de Harry acariciando mi mejilla me hizo centrarme en el aquí y el ahora.

—Bienvenida de nuevo, nena.

—Dios, he dormido mucho.

—Son las pastillas. Te has perdido la cena. ¿Quieres que pidamos algo?

Asentí y él pulsó el botón que servía para llamar a la azafata. Una chica muy joven apareció al instante con la mejor de sus sonrisas. Cinco minutos más tarde, tenía el menú principal del avión frente a mí.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Harry.

—Estoy un poco nerviosa. No sé en qué estado se encuentra mi padre.

—¿No has vuelto a saber de él?

—No. Mi hermana no sabía nada más y él no tiene el teléfono encima, así que no he podido llamarlo.

—¿No hay ningún familiar con el que puedas contactar?

—Bueno, está mi tía Caroline, su hermana, que es la que lo está acompañando en el hospital. Pero ella y yo... no nos llevamos bien. Así que prefiero no llamarla.

—¿Por qué no os lleváis bien?

—Creo que la he visto tres veces en mi vida. Ella nos odia a mí y a mis hermanas, nos acusa de no ser buenas hijas. No es capaz de ver que el que ha fallado como padre ha sido Samuel.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—La última vez que lo vi fue el día que te conocí a ti. Coincidí con él en el aeropuerto cuando iba para Atlanta. ¿Te lo puedes creer? Había estado en Nueva York por trabajo y ni siquiera me mandó un mensaje. Eso dice mucho de la relación que tenemos.

Harry asintió.

—¿Y desde entonces?

—Hemos hablado alguna vez por teléfono. Creo que se sentía culpable. En

realidad, no es que esperara nada; nunca estuvo demasiado presente. Cuando éramos pequeñas, venía una vez al mes o cada dos meses a vernos. Nos llamaba una vez por semana. Le pasaba una pensión a mi madre para ayudar con nuestros gastos, pero el mayor esfuerzo siempre lo hizo ella. Nunca estuvo cuando nos pusimos enfermas, ni cuando pasábamos por las dificultades típicas de la adolescencia, ni en ningún momento trascendental. Estaba demasiado lejos y demasiado centrado en su carrera.

—Y, sin embargo, aquí estás, cruzando el país para correr a su lado cuando necesita algo de apoyo.

Solté un suspiro prolongado.

—Yo no soy como él. A mí me cuesta mirar para otro lado. No le guardo rencor. Aprendí a aceptar las cosas tal cual eran.

Harry se quedó mirándome durante unos segundos y en sus ojos pude distinguir un brillo de orgullo.

—Eres increíble, nena.

—Qué va, no lo soy. Simplemente no podría quedarme en casa, ignorando la situación por completo. No va conmigo.

—Ya, pero lo cierto es que no le debes nada. Y sería mucho más fácil adoptar la postura de tus hermanas. En cambio, has puesto en pausa esa investigación a la que dedicas todo tu tiempo y esfuerzo para que él no se sienta solo. Eso dice mucho de ti.

—Puede ser.

—Eres una buena persona.

—Tú también. —Sonreí—. Estás aquí, conmigo. Te has ocupado de todo. No tenías por qué.

—Lo cierto es que sí. Tú me importas, Christina. Me importas de verdad. Dejarte pasar por esto tú sola no era una opción.

Dejé escapar el aire de nuevo y a continuación le di un beso en la mejilla.

—Gracias, Harry. —Y lo dije de corazón. No sabía que necesitaba a alguien a mi lado hasta que él me había ofrecido su compañía. Que estuviera allí conmigo lo significaba todo.

Cuando aterrizamos, eran las diez de la noche en Vancouver, tres horas menos que en Nueva York.

El taxi nos dejó en casa de Olivia después de un largo trayecto. Subimos los tres pisos en ascensor y lo primero que vi fue a mi amiga esperando en la puerta, deseosa de abrazarme después de más de dos meses sin vernos.

Había pedido algo de cena, y nos la comimos en la pequeña mesa que había en una esquina del salón.

Liv no paró de hablar en todo el rato, y eso me gustó, porque sabía que era un rasgo suyo que se intensificaba cuando estaba en confianza, lo que significaba que había aceptado a Harry. Era la primera vez que lo involucraba con algún aspecto de mi vida personal y todo estaba siendo tan natural que una marea de satisfacción me llenó por dentro.

—¿Qué tal Will? —le pregunté a Olivia después de habernos puesto al día de casi todo lo que ocurría en su vida.

—Pues ahí está. En todas partes y en ninguna.

—¿Eso qué significa?

Pasó a contarnos que Will, protagonista de la historia de amor truncada que había vivido mi amiga, se dedicaba a mandarle mensajes desde hacía semanas con la intención de acercarse a ella.

Liv no sabía qué pensar. Su comportamiento la confundía y amenazaba con hacer caer las barreras que ella había alzado a su alrededor para no dejarse llevar por lo que sentía.

—Si me permites que te dé mi opinión —dijo Harry—, ningún hombre se molesta tanto por una mujer que no le interesa de verdad. Créeme.

—¿Tú crees?

—Sí —asintió—. ¿Te ha visto desnuda?

—Sí.

—¿Conectabais?

—Sí.

—Pues eso es lo que tendrá en la cabeza cada vez que te mire. No te dejes engañar.

Liv hizo un gesto que confirmaba que había entendido su punto de vista. Hizo un movimiento con las manos y después se dirigió a mí.

—Me gusta el doctor Encanto. Es directo y sincero. Muy de tu estilo.

Harry se rio y alternó su mirada de una a otra.

—¿Doctor Encanto?

—No preguntes —le recomendé yo.

Estuvimos un rato más hablando en el salón hasta que se hizo bastante tarde. A la mañana siguiente Liv tenía que ir a trabajar y nosotros debíamos dirigirnos al hospital.

—Os he cambiado la ropa de cama. Tenéis más mantas en el armario empotrado, si os hacen falta.

—Oh, no, Olivia —dijo Harry—. Duerme tú con Christina en tu cama. Yo dormiré en el sofá.

—¡No! Ni hablar. Sois mis invitados. Os apetecerá tener vuestra intimidad.

—Pero...

—En serio, Harry. Tu cometido esta noche es darle calor a nuestra chica. —Le guiñó un ojo—. Yo no sabría hacerlo tan bien como tú.

—Gracias, Liv —le dije.

—De nada. Pero os recuerdo que las paredes son de papel. No quiero tener que amputarme los oídos.

Yo me reí, acostumbrada a la naturalidad de mi amiga, y Harry lo hizo con sorpresa.

Me costó mucho dormirme cuando nos metimos en la cama. La cabeza me daba vueltas pensando en lo que me encontraría al día siguiente.

Finalmente puse la mente en blanco y me perdí en el sonido pausado de la respiración de Harry.

Parte de mí susurraba que, con él a mi lado, todo sería más fácil.

## ¿Lo que encontramos en Canadá?

Harry y yo nos levantamos al día siguiente justo cuando Liv salía hacia el trabajo. Nos dimos una ducha, desayunamos y cogimos un taxi para ir al hospital.

La chica que nos atendió en recepción nos informó de que mi padre sería trasladado a una habitación a lo largo de la mañana. Eso eran buenas noticias.

Subimos a la sala de espera de la planta que nos indicaron y esperamos allí. Aproximadamente media hora más tarde, mi tía Caroline apareció de la nada, con ese semblante torcido que la caracterizaba y los ojos vacíos.

—Vaya, vaya... —dijo en cuanto me vio—. Si al final resulta que una de las hijas pródigas tiene algo de corazón y se digna a aparecer...

—Hola, Caroline. Buenos días. —Vi que mi tía miraba sin mucho disimulo hacia Harry, así que me adelanté e hice las presentaciones—. Te presento a Harry. Harry, te presento a Caroline, la hermana de mi padre.

—Encantado —dijo él tendiéndole la mano.

Ella se la estrechó.

—Igualmente. ¿Eres su pareja?

Harry y yo intercambiamos una mirada que, en cualquier otra situación, nos hubiera hecho sentir que estábamos solos en el mundo. Él arqueó las cejas, esperando a que fuera yo la que contestara, pero de pronto no me salía la voz.

Caroline frunció los labios.

—Ya veo...

Con su habitual tono de indiferencia, pasó a ponernos al día sobre el estado de mi padre. Ya estaba fuera de peligro. El equipo médico había actuado a tiempo y lo más probable era que no le quedase ninguna secuela importante, aunque tendría que bajar un poco el ritmo de vida que llevaba hasta la fecha.

Estaba previsto que a media mañana lo trasladaran a la planta, tal y como nos habían indicado en recepción.

Esperamos los tres en la sala de espera hasta que alguien viniera a avisarnos de que podíamos pasar a verlo.

Durante todo el rato que estuvimos allí, tuve que pararme a coger aire varias veces. Las cosas con mi tía no eran fáciles, tal y como mostraba la tensión que se había instalado a nuestro alrededor y que era casi tangible, del tipo que espesa el oxígeno y dificulta la respiración.

Aproximadamente una hora después, apareció uno de los enfermeros, que nos dijo que podíamos entrar a la habitación de mi padre de uno en uno.

Caroline y yo tuvimos un duelo de miradas. Era evidente que ella pensaba que tenía derecho a ser la primera. No le importaba que yo hubiera viajado desde Nueva York o que no hubiera tenido la oportunidad de verlo desde que había sufrido el infarto. No quise discutir, así que me hice a un lado y la dejé pasar.

No habían pasado ni cinco minutos cuando volvió a aparecer, con la cabeza bien alta y expresión sombría.

—Pregunta por ti —escupió en mi dirección.

Abrí los ojos con sorpresa. No quise regodearme en el hecho de que mi padre hubiera desplazado a mi tía a un segundo lugar. Simplemente me limité a asentir.

Antes de ponerme a caminar hacia la habitación, Harry me apretó el hombro y me transmitió fuerza con su mirada. Yo le dediqué una pequeña sonrisa y, acto seguido, salí de la sala.

La habitación de mi padre era amplia y bastante luminosa, aunque también era aséptica y triste. Me impactó el aspecto deteriorado que lucía Samuel Sanders. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto, su pelo era prácticamente blanco en su totalidad y llevaba una vía y un respirador que me hicieron estremecer.

—Christina... —susurró cuando vio que me acercaba a él.

—Hola, papá.

—Has venido. —Cada palabra que pronunciaba le costaba un mundo, pero las dejaba salir con claridad—. ¿Y tus hermanas?

—No podían venir.

Hizo una especie de asentimiento.

—¿Tu madre...?

—Tampoco. Tenía trabajo.

Por sus ojos cruzó una sombra de oscura comprensión. De pronto parecía un hombre viejo y solo al que empezaba a pesarle la culpa de los errores del pasado. Se me encogió un poco el estómago al procesar la imagen.

—Entiendo... Gracias por estar aquí. ¿Has venido sola?

—No, he venido, eh... esto... con un amigo.

Creo que mi padre pudo ver en mis ojos que Harry era de todo menos mi amigo. Una expresión de tranquilidad se extendió entonces en el rostro, como si le aliviara saber que contaba con alguien a mi lado.

—Bien. Eso está bien.

—¿Necesitas algo? ¿Agua, dormir? ¿Llamo a alguien?

—No, no. Solo siéntate aquí y cuéntame cosas de la universidad y de ese amigo tuyo que te acompaña. No tengo fuerzas para hablar, pero el sonido de tu voz seguro que consigue calmarme.

Durante media hora, le hablé de mi día a día en Columbia. De la investigación, de mis avances y de lo satisfecha que me sentía con la tutorización de Virginia. También le hablé de Harry. Le conté que el reputado doctor Watzlawick, de la farmacéutica Wilkens, estaba trabajando con nosotros, aunque no entré en detalles de lo que me unía a él fuera de la universidad.

Hacía muchos años que no me sentaba con mi padre para ponerlo al día de lo que pasaba con mi vida. Es más, no sé si habíamos llegado a hacerlo alguna vez. Me sentí extraña al hablarle durante tanto rato seguido de mí, pero al mismo tiempo sentía que estaba haciendo justo lo que él necesitaba en esa situación.

Unos pequeños golpes en la puerta, un rato después, rompieron la conexión del momento.

—Hola. —La cabeza de Caroline se asomó un segundo y enseguida entró en la habitación. Nos miró a mi padre y a mí y, fuera lo que fuera lo que vio en la imagen, no le gustó. Sus facciones se endurecieron un instante antes de volver a hablar—. Christina, creo que lo mejor es que salgas. Samuel necesita descansar.

—Caroline, estoy bien —dijo él—. Estoy poniéndome al día con mi hija.

—Lo que tienes que hacer ahora es dormir, no hacer esfuerzos. Ya lleva un rato aquí. Ahora debemos dejarte tranquilidad para que puedas reponer fuerzas.

Mi padre no encontró el ánimo para objetar contra las indicaciones de su hermana, así que se limitó a coger mi mano y apretarla con las pocas fuerzas que tenía.

—¿Vendrás luego?

Un nudo se apretó en mi garganta al percibir la inseguridad en sus ojos. No sé por qué le permití llegar a mí. Nunca lo había hecho. Pero había algo en esa

soledad que habitaba en su mirada que me producía lástima.

Asentí una sola vez antes de abandonar la habitación.

Caroline tardó más de media hora en salir.

Durante el resto del día, Harry y yo permanecemos en el hospital. Comimos en la cafetería y salimos a dar una breve vuelta por los alrededores.

Él jamás sabrá lo agradecida que estaba en el fondo por tenerlo a mi lado. No sabrá lo que sentía al pasear con él de la mano, aprovechando que allí nadie nos conocía. Su presencia me relajaba, a pesar de que a lo largo de todas aquellas horas de hospital estuviera luchando contra los sentimientos generados por la situación. Además, tuve que aguantar los continuos desplantes de mi tía. Sus opiniones para todo, sus comentarios hostiles y la manera velada en la que criticaba a mi familia. Como si hubiéramos sido nosotras las que le hubiéramos fallado a Samuel y no al revés.

A pesar de que no era mi estilo, aguanté sus ataques en silencio porque no quería montar un numerito en medio del hospital. Mastiqué los sentimientos que me producía hasta acumularlos en el estómago, como una bola de plomo que cada vez pesaba más.

Por la noche, Liv nos sacó por ahí a cenar. Después estuvimos hablando durante horas en un *pub* del centro de Vancouver que estaba de moda en esos días.

Cuando llegamos a casa, me encontraba exhausta. Demasiado tiempo despierta enfrentándome a un pasado que en mi día a día no recordaba. Demasiadas emociones, demasiados reproches que callar, demasiadas cosas que gestionar, en especial esa sensación de traición a mi madre, a mis hermanas y a mí misma por estar atendiendo a quien se había desentendido de nosotras.

—¿Estás bien? —preguntó Harry cuando nos metimos en la cama. Me había pasado una mano por debajo del cuello para tener la libertad de acercarme más a él. Yo había apoyado la cabeza en su pecho, sin pensar que hasta hace unos meses esa me parecía una postura demasiado íntima como para reproducirla con otra persona.

—Un tanto abrumada.

—Cuéntamelo.

—Estar aquí, en el territorio de mi padre, me remueve por dentro. Pienso en todo lo que perdimos mis hermanas, mi madre y yo. Pienso en lo que podría haber sido. No es algo sobre lo que reflexione a menudo, pero estar aquí me



hace sentir cosas. Ya has visto cómo se comporta mi tía conmigo. Tiene una visión totalmente distorsionada de cómo es la situación. No sé. Este no es mi lugar, y se nota.

—Nos podemos ir cuando tú quieras. Tenemos la vuelta flexible. Podemos irnos mañana mismo o esperar hasta el domingo. Si quieres quedarte una semana más, nos quedaremos. Lo que tú necesites, nena.

Sentí las lágrimas escocerme en la garganta y ni siquiera sabía por qué. Hacía años que no lloraba, y menos por nada que tuviera que ver con mi padre. Pero estaba saturada de sensaciones. De preocupación, de nostalgia, de rabia, de incompreensión, de incoherencia y de dolor. Por mi familia y también por Harry, porque justo en ese viaje empecé a darme cuenta de que lo necesitaba a mi lado, y no sabía cómo integrar esa revelación en mi manera de ver la vida. Me estremecí solo de pensarlo.

—Abrázame, Harry. Por favor.

—Siempre —susurró él rodeándome con sus dos brazos hasta fusionarnos en una sola figura—. Siempre que lo necesites. Eres la persona más fuerte que conozco, pero tienes derecho a flaquear. Yo estaré aquí para sostenerte.

Suspiré, dejando escapar en mi aliento el eco de las sensaciones que me ahogaban.

—Gracias por estar aquí.

—Siempre —repitió.

Me levanté al día siguiente con la certeza de que lo mejor que podía hacer era irme a casa. Mi padre estaba bien. Estaba fuera de peligro y en pocos días podría volver a hacer vida normal; esa vida de la que yo jamás había formado parte. Además, después de la pelea del día anterior con mi tía porque no quise quedarme a pasar la noche en el hospital, no tenía ganas de compartir más tiempo y espacio con ella.

Harry aceptó mi decisión sin hacer preguntas y arregló los billetes para que pudiéramos volar a última hora de la tarde. No sabía cómo iba a agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí esos días, pero quise pensar que ya se me ocurriría algo.

Le comuniqué a mi padre que ese mismo día volvería a Nueva York y él recibió la noticia con una sombra en los ojos primero, y con una sonrisa de comprensión en los labios después. Creo que era consciente de que había obtenido de mí esos días más de lo que merecía, y que no tenía derecho a opinar si yo creía que mi tiempo ahí había terminado.

Como era de esperar, la que no se lo tomó tan bien fue mi tía Caroline.

—¿No vas a quedarte?

—No.

—Eres una ingrata, Christina. —Sus facciones se habían teñido de rabia y antipatía, al igual que su mirada—. Como tu madre y tus hermanas. Apareces por la puerta interpretando el papel de buena hija salvadora, y solo estás aquí por evitarte cargos de conciencia. Mi hermano se merece algo más que un par de horas de visita y una sonrisa de porcelana.

—Sinceramente, lo pongo en duda. Tiene lo que se ha ganado.

—¡Ja! Si la bruja de tu madre no os hubiera llevado tan lejos las cosas podrían haber sido diferentes. Él habría sido un buen padre. Pero ni siquiera cuando crecisteis le disteis una oportunidad. Te vino muy bien su dinero para no pasar hambre cuando tu madre no tenía dónde caerse muerta. Te vino muy bien la pensión que te pasó durante dieciocho años. Tú, tú eres la peor de las tres. Un parásito. Un error que cometieron tus padres que le salió muy caro a mi hermano.

Mi rostro se desencajó y sentí las palabras atascarse en mis cuerdas vocales, hasta que de pronto, una voz que no había intervenido hasta el momento para nada, me sorprendió resonando a mi lado.

—Mira, perdona, pero te estás pasando —dijo Harry, consiguiendo que los ojos de mi tía se agrandaran por la sorpresa.

—¿Disculpa?

—Christina ha hecho un viaje muy largo para estar aquí, cuando ninguna de sus hermanas lo ha contemplado siquiera como opción. Eso dice mucho acerca de lo que su padre merece. Así que lo menos que puedes hacer es mostrar respeto ante ella. Es mucho mejor persona que todos vosotros.

—Tú no eres familia. Ni siquiera eres su pareja. No tienes derecho a opinar.

—Tiene todo el derecho del mundo solo por estar aquí conmigo, acompañándome. Y por muchas otras cosas que a ti no te incumben —intervine yo, saltando en defensa de Harry.

En ese momento, mi tía se tomó un instante para observar al hombre que había a mi lado, como si lo viera por primera vez. Lo inspeccionó de arriba abajo. Se fijó en su ropa, su calzado y su reloj. Casi pude ver los símbolos de dólar dibujarse en su mirada al tiempo que una expresión maliciosa se adueñaba de su rostro. A continuación se giró hacia mí.

—Eres una blandengue aprovechada, como tu madre.

—Si vuelves a mencionar a mi madre, te cogeré de ese pelo de pájaro que tienes y te arrastraré por todo el hospital hasta que no te quede ni una sola pluma en la cabeza. —Mi voz sonó dura, colapsada por todas las horas que había camuflado la animadversión que esa mujer me despertaba—. ¿Me has entendido?

Caroline se quedó callada, tragando saliva mientras se pensaba dos veces si contestarme o no. Cuando quedó claro que no lo haría, entrelacé mi mano con la de Harry y tomamos asiento en la otra parte de la sala, bien lejos de ella. No soportaba tenerla cerca ni un segundo más.

Nos fuimos hacia el aeropuerto un rato después de comer. El avión salía a la seis y convenía ir con tiempo. No había vuelto a dirigirle la palabra a mi tía el resto del día, salvo para despedirme. Con mi padre había estado un rato antes de marcharme, y le había prometido llamarlo al día siguiente para ver cómo evolucionaba.

En cuanto a Harry, se había quedado algo pensativo después del encontronazo con Caroline. En el taxi volví a entrelazar mi mano con la suya. Él miró hacia nuestros dedos unidos, pero no dijo nada.

Pasados unos minutos de trayecto, por fin abrió la boca. Parecía preocupado cuando se giró hacia mí:

—Siento haberme metido antes en medio. Sé que no te gusta que nadie hable por ti, pero no he podido evitarlo. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, Harry. Si hubiera sido al revés yo habría actuado igual. No hubiera permitido que una imbécil como Caroline te hablara así en mi presencia.

Sus ojos se iluminaron, agradecidos por mis palabras, como si escondieran una verdad importante y demoledora. Me pasó una mano por los hombros y tiró de mí para que descansara mi cabeza en el hueco de su cuello.

—¿Estás segura de que compartes ADN con esa señora? Es una impresentable.

Sonreí.

—Por desgracia, parece que sí.

Harry me miró con dulzura y dejó un largo beso en mi cabeza. Después perdió su mirada por la ventanilla, como si tuviera mucho sobre lo que reflexionar.

No hablamos más hasta que llegamos al aeropuerto.

Una vez allí, hicimos el *check-in*, pasamos el control y nos compramos una

bolsa de patatas para compartir.

Mientras esperábamos en la sala de espera VIP, me percaté de que Harry estaba inquieto, un poco taciturno incluso, como si cargara en sus hombros con el peso de algo que lo preocupara. Le pregunté si le pasaba algo, pero él se limitó a observarme con atención y a negar con la cabeza. Tragó saliva, arrastrando lo que fuera que estuviera callando, y sacó su iPad para consultar el correo electrónico.

Un rato antes de embarcar, fuimos al aseo. Allí sustituí las lentillas por las gafas y me tomé la pastilla para el mareo. Cuanto antes me hiciera efecto, mejor. Quería intentar dormir un poco para dejar de pensar en todo lo que había dicho Caroline y en mi padre. Con un poco de suerte, caería inconsciente en cuanto el avión se levantara del suelo.

Aproximadamente veinte minutos más tarde, estábamos sentados de nuevo en primera clase. Habían pasado solo cuarenta y ocho horas desde que habíamos dejado Nueva York, pero habían sido tan emocionalmente agotadoras que estaba deseando volver a casa.

Me giré para mirar a Harry, que contemplaba con los ojos entornados la revista de abordo. Apenas me había dirigido la palabra en la última media hora, parecía perdido en su propia cabeza y empezaba a preocuparme.

Cuando sonó la voz del capitán dándonos la bienvenida al avión, nos abrochamos los cinturones. Ambos desconectamos las conexiones inalámbricas de nuestros dispositivos móviles y cruzamos una breve mirada; en la suya había una intensidad tal que me descolocó. La misma que no lo había abandonado desde que estábamos en el taxi.

Estábamos a punto de despegar. La tripulación comenzó con las indicaciones de seguridad. Explicaron la manera de ponerse correctamente el cinturón, la forma de colocarse el chaleco salvavidas, dónde estaban situadas las mascarillas de oxígeno y cómo usarlas...

A mi lado, Harry resoplaba y tiraba del cuello de su jersey como si este le asfixiara.

—Harry, ¿estás bien?

—Sí. No. No lo sé.

—¿Te importaría explicarte, por favor?

Soltó el aire entre los dientes sin apenas mirarme.

—Es que... hay algo que tengo que decirte —dijo con un tono de voz oscuro que me puso alerta—. Puede que no sea el mejor momento, pero no voy a poder callármelo mucho más.

Lo observé con atención y pude vislumbrar una expresión de inquietud que no había visto jamás en sus ojos. Siempre parecía tan seguro de sí mismo, tan sereno, tan acorde a la situación... Me puse nerviosa.

—Vale, me estás asustando. ¿Qué pasa?

Harry hizo un esfuerzo por tragar saliva. Vi su nuez subir y bajar al tiempo que sus pupilas me analizaban. Miró al frente mientras el avión cogía velocidad, preparándose para el despegue. Suspiró a mi lado y, justo en el momento en el que nos elevábamos del suelo y atravesábamos el aire dejando atrás Vancouver, dijo:

—Pasa que me he enamorado de ti, Christina. —Se quedó callado unos segundos durante los que el mundo dejó de girar. Las palabras se evaporaron de mi garganta y sentí algo caliente inundando mi estómago. Él aprovechó mi silencio para explicarse, poniéndole letra a la única declaración de amor que había escuchado en mi vida—. Siempre supe que existía la posibilidad, pero no creí que sentiría la necesidad de confesarlo tan pronto. Supongo que tienes muchas preguntas, yo también las tendría si las respuestas no me hubieran encontrado a mí casi al momento de conocerte. Sé que suena a tópico, pero nunca he conocido a nadie como tú. Nadie ha provocado una reacción tan intensa en mí antes. Cuando me miraste por primera vez, el mundo se paró. No fui consciente en ese instante, tuve que pasar una hora observándote mientras exponías en un escenario para entenderlo. Pero entonces lo supe, supe que acababa de pasarme algo importante. Desde ese momento, estuve perdido. —Hizo una nueva pausa y sus iris azulados temblaron al mirarme—. Te quiero. A ti, tu independencia, tu cerebro y tu corazón. Me muero cada vez que sonrías. Me muero en cada parpadeo tuyo en el que atrapas mi mirada. Amo tu forma de enfrentarte a la vida, tu resolución y determinación. Amo la lealtad que tienes hacia los tuyos. Amo hasta esas partes de ti que están heridas, porque incluso a pesar de ellas encuentras la fuerza para ofrecer la mejor versión de ti misma.

Sentí un vacío en mi estómago que no tenía nada que ver con la altura a la que ahora volábamos. Los párpados me ardían y la cabeza me pesaba. La voz no me salía del cuerpo a pesar de que algo dentro de mí gritaba una respuesta.

—Entiendo que no digas nada —siguió diciendo—. Sé que esto es inesperado. Sé que es pronto. Sé que estos tres meses juntos te parecen poco tiempo y sé que es egoísta habértelo dicho, pero los últimos días a tu lado me han llevado al límite. Te quiero y no puedo callarlo más tiempo.

Sentí poco a poco como mis extremidades se entumecían. Se me cerraban

los ojos y sentía que el vacío se apoderaba de mí. Apenas podía sostener mi propia cabeza, a pesar de que habría dado cualquier cosa por ser capaz de decir algo.

—¿Christina? ¿Estás bien?

—No mucho. Me he tomado la pastilla del mareo hace un rato. Está haciendo efecto.

Conseguí abrir los ojos justo a tiempo para ver una sombra de decepción cruzar los suyos. Creo que no era precisamente así como él había imaginado ese momento.

—Oh. Bueno. Si necesitas dormir...

—Sí, por favor.

Quería hablarle. Quería contestarle. Pero mi cerebro se había aletargado y no me sostenía. Una fuerza superior a mí me obligaba a cerrar los ojos y dejarme caer hacia el mundo de los sueños. No podía pararlo.

—De acuerdo —dijo Harry resignado—. Deja que te tape.

Sentí como me ayudaba a reclinar el asiento y como me cubría con una de aquellas mantas de la compañía aérea sin añadir nada más.

Me hundí en un profundo sueño con sus palabras acariciándome los oídos.

No me desperté hasta que aterrizamos. Mi reloj de muñeca marcaba la hora de Vancouver, las doce de la noche, pero en Nueva York eran las tres.

Me levanté del asiento con la ayuda de Harry. Notaba todos los sentidos embotados a causa del sueño. Había dormido seis horas bajo el efecto de la pastilla y me sentía débil y mareada.

Si antes de subir al avión Harry me había parecido inquieto y taciturno, no sé explicar cómo lucía ahora. Parecía triste y derrotado, como si acabara de recibir una mala noticia y no supiera gestionarla.

Se me encogió el estómago al pensar que su actitud se debía a la falta de respuesta por mi parte. Él se había abierto en canal para mí. Me había ofrecido su corazón y yo... me había quedado dormida. Sin contestarle, sin dejarlo intuir siquiera lo que yo sentía.

No habíamos facturado maletas porque habíamos viajado solo con las de cabina, así que tras pasar el control de pasaportes nos dirigimos al taxi.

Allí, Harry habló por fin. Le dijo al taxista que haríamos dos paradas en la zona de Columbia.

—Solo una parada, por favor —dije yo rompiendo el silencio. Mi voz sonaba pastosa, pero me hice entender. Me giré hacia él—. ¿Puedo ir a tu casa?

Harry me miró con los ojos entrecerrados y recorrió mi cara en la oscuridad de la noche unos segundos, intentando concentrar mis expresiones en una sola idea que le diera una respuesta.

—Claro —dijo finalmente.

Le dio su dirección al conductor y se acomodó mejor en el asiento, sin apenas tocarme y sin hablar.

Llegamos a casa de Harry cerca de las cuatro de la madrugada, hora local. Yo ya me había espabilado lo suficiente como para prepararme algo de cena mientras él se duchaba.

Harry no quiso comer nada, había devorado el menú del avión mientras yo dormía y no tenía más hambre.

Aproveché mientras cenaba para avisar a mi madre y a mis amigos de que había llegado y, cuando terminé, lo metí todo en el lavavajillas.

Justo cuando yo entraba en la habitación, él salió de la ducha con uno de sus pijamas de Ralph Lauren puesto. Hasta así, meditabundo y con cara de cansancio extremo me hacía estremecer.

Me detuve un segundo a contemplar a ese hombre sexi, elegante y provocativo que se había enamorado de mí. De mí, con toda mi sencillez, mi complejidad, mi necesidad de espacio. No podía creerlo. El peso de una respuesta por dar vibró una vez más en lo bajo de mi vientre.

Pasé por su lado, pero él apartó su mirada de mí. Ni siquiera me rozó, como si mi contacto y mi presencia lo incomodaran.

Yo respiré hondo mientras sacaba de mi maleta ropa interior limpia y cogía el pijama que Harry tenía reservado para mí.

Después me metí en la ducha y dejé que el agua caliente destensara mis músculos y relajara la sensación de ansiedad que ocupaba mi pecho.

Cuando salí de nuevo a la habitación, la tensión se olía en el aire. Harry ya estaba en la cama, con la espalda apoyada en una almohada, una pierna flexionada y el móvil entre sus dedos.

Seguía actuando como si yo no estuviera. No me miró ni una sola vez mientras me preparaba para acostarme. Se me pasó por la cabeza que tal vez estaba avergonzado por todo lo que me había dicho y por el hecho de que yo hubiera actuado como si nada. Quizá se sentía herido. Habían pasado ocho horas desde su declaración y yo ni siquiera había insinuado qué pensaba del tema o qué sentía. Entendía su silencio y su distancia.

Me descalcé mientras mantenía los ojos clavados en él y me subí a la cama. Gateé sobre las sábanas hasta llegar a donde estaba y, cuando lo hice,

me coloqué a horcajadas sobre él, con mis piernas a ambos lados de las suyas. Le quité el móvil de las manos y lo dejé en la mesita de noche. Él siguió sin mirarme a la cara. Cerró los ojos con pesadez y dejó escapar un suspiro entre sus labios, acompañando una expresión de derrota.

—Harry. Harry, mírame. —Insistí hasta que su mirada azul encontró la mía. En ese momento me relajé, cogí aire y dejé que el sonido de mi voz llegara a él—. Cada vez que te tengo cerca siento una presión aquí, en el pecho, que me asfixia. Nunca me había pasado. Nunca lo había sentido. Por eso tal vez he tardado tanto en averiguar lo que significa. No soy buena con las palabras. Nunca soltaré un discurso a la altura de lo que me has dicho tú antes, en el avión. Pero sé de sensaciones. Sé cómo el cerebro procesa los estímulos y cómo el cuerpo reacciona. Sé que cuando estás cerca mis pulsaciones aumentan. Sé que me aceleras la respiración y que cada vez que me tocas mi piel se eriza. También puedo asegurarte que pienso en ti a todas horas. Cuando como, cuando trabajo e incluso cuando duermo. Sueño casi a diario con esas pequeñas cosas que me encantan de ti. A veces oigo tu voz, o tu risa. O veo tus manos y tu pecho. O tus ojos. A veces solo sueño que me besas o me acaricias. Pero esto no acaba aquí. A menudo, suelo perderme en otras cosas más subjetivas que me provocas. En la conexión que nos une. En la admiración que me despiertas, que cada día es más grande porque no solo conozco al profesional o al amante que hay en ti, sino al hombre generoso, tierno y entregado que eres. Nunca he contemplado un futuro al lado de nadie, pero no puedo soportar la idea de perderte. ¿Sabes qué significa eso?

—¿Qué? —Tragó saliva con dificultad. Parecía hipnotizado.

—Que ya no concibo la vida sin ti. Que me has cambiado por completo. Que yo también he caído.

Soltó aire lentamente y la espiración se convirtió en una débil sonrisa que tiñó su mirada de esperanza.

—¿Te has enamorado de mí?

—Hasta el fondo —reconocí. Mi voz sonó como un hilo de cobre muy fino, pero capaz de conducir la electricidad para generar luz y energía. Percibí como los ojos de Harry se cerraron un segundo con alivio. En un parpadeo se borró esa expresión sombría que había inundado sus ojos y en su lugar apareció una que solo podía ser de amor—. Pero estoy asustada —añadí.

—Lo sé, nena. Yo también. —Subió sus manos por mis muslos y las dejó allí—. Pero nos tenemos el uno al otro. Ahora que sé que me quieres, me sentiré invencible.



—¿No lo sabías todavía?

—No estaba seguro. —Me dedicó una sonrisa tierna y me acarició la mejilla con el dorso de sus dedos—. Eres un hueso duro de roer.

—Y yo que creía que no tenías problemas de seguridad ni de amor propio...

—¿Qué puedo decir? Eres mi punto débil.

Solté una risita y en los ojos de Harry brilló de nuevo el amor. Brilló tan fuerte que supe que nunca cabrían en mí dudas al respecto. Y yo estaba tan enamorada que en ese momento me dolió.

Yo, enamorada y confesándolo en voz alta. Era una locura.

Me abracé a él y enterré la cabeza en su pecho. Él inclinó la suya hasta que nuestros labios se rozaron inhalando el mismo aire.

—¿De verdad me quieres? —preguntó.

—De verdad. Soy nueva en esto, pero soy científica, y cientos de variables objetivas me dan la razón.

Sonrió una vez más antes de acariciar mi nariz con la suya.

—Yo te quiero tanto a ti, nena... Sé que es pronto, pero no te haces una idea. Me haces sentir como un niño ilusionado, un adolescente encaprichado, un hombre enamorado y un viejo capaz de unificar todos esos tipos de amor en uno maduro y de verdad, de los que duran toda la vida.

Su mano se había enterrado en mi pelo y dibujaba círculos en mi cuero cabelludo. La otra se coló en mi espalda, bajo el pijama, expandiendo la calidez por mi piel. Me relajé por completo y sentí ganas de reír y llorar al mismo tiempo.

Harry sonrió a un milímetro de mis labios y su boca aspiró las palabras hasta convertirlas en un beso, un beso que encerraba la inmensidad de ese sentimiento que ahora nos unía.

Nuestros cuerpos se enredaron, se reconocieron y se unieron en una danza que hablaba de amor, de sentimientos, de piel y eternidad. Y cerré los ojos para pedir que, ahora que lo había encontrado, aquello no acabase nunca.

En los brazos de Harry había encontrado a la verdadera Christina, la que se permite ser débil, la que siente, la que ama y la que lucharía por eso nuestro de ahí en adelante.

Matt

## ¿El secreto que me escondes?

Siempre había pensado que, si te acuestas de manera habitual con la misma mujer, pronto la rutina llama a tu puerta; la emoción decae y la sensación de estar viviendo una aventura se normaliza hasta que dejas de considerar la experiencia como algo especial.

Pero no es así.

Nadie me había hablado de la otra cara de la moneda. Nadie me había hablado de lo que se siente al memorizar las curvas de un cuerpo con el que eres capaz de comunicarte en silencio. Ni lo que supone reconocer con los ojos cerrados el olor de la piel que anhelas. O los sonidos que indican que estás acercándola al límite.

Nadie me habló jamás de la intimidad, la complicidad, las madrugadas despiertos, el sexo arrebatado seguido de una conversación que te hace sentir vulnerable.

Nadie me habló de nada de eso, y si me hubieran dicho que lo encontraría viviendo aquel otoño junto a Kate jamás me lo habría creído.

Habían pasado unas cuantas semanas desde el viaje a los Hamptons; desde que ella por fin había decidido venir a buscarme; desde que todo había cambiado.

El presente se había redimensionado, adquiriendo matices que hablaban de nuevas realidades que yo desconocía. Como estudiar cada segundo libre que tenía para saber si podíamos pasarlo juntos o escribirle un mensaje cada vez que su recuerdo cruzaba mi mente. Mi vida se llenó de ella y yo sé que fui el huracán que cambió su día a día.

Fuera de la oficina, éramos dos personas que querían conocerse mejor y sentirse vibrar en manos del otro. En el trabajo, seguíamos siendo dos compañeros que chocaban con frecuencia; que tenían visiones distintas y para los que discutir seguía siendo algo demasiado fácil.

Lo único que había cambiado en ese sentido era que habíamos encontrado una nueva manera de quemar ese exceso de energía que creábamos el uno en el otro con cada nueva discusión.

—Podrían pillarnos —susurré un día mientras me dejaba arrastrar al baño de nuestra planta a última hora de la tarde. Notaba la sangre bombearme a toda

velocidad en las venas—. ¿No te preocupa?

—A mí no —dijo mirándome con picardía—. ¿Y a ti?

Cerró la puerta y sus dedos ágiles empezaron a desabrocharme los botones del pantalón. Sentí que me llenaba con una erección que empezaba a humedecerse.

—Me gusta que nunca tengas suficiente. —Me mordí el labio mientras sentía su aliento mezclarse con mi piel. Gemí bajito. Noté como sonreía y durante los minutos siguientes fui capaz de fundirme con su risa.

Había tardado poco en demostrarle a Kate que esa primera impresión que se había formado sobre mi destreza sexual había sido errónea. Me había esforzado por poner a su disposición todos los trucos que había aprendido durante mis años como sujeto sexualmente activo. Nunca más obtuve queja de su parte. Ni ella tampoco, claro, porque tardamos poco en poner a prueba la química que había entre nuestros dos cuerpos.

Lo más curioso de todo resultó ser que el sexo no era lo único que conseguía acercarnos. Descubrimos que compartíamos aficiones y que teníamos más cosas en común de las que pensábamos. Las conversaciones hasta las tantas empezaron a ser una constante los viernes por la noche, después de trabajar, o esos contados fines de semana que ella no se marchaba a su ciudad natal.

Hablamos de sueños, de la familia, de mis amigos y de su hermana mayor, de la gente que nos acompañaba, del trabajo, de lo que nos hacía sentir débiles y de aquello que nos daba fuerza.

Aprendí a ver en ella no solo a una compañera o a mi actual pareja sexual, también a una amiga, alguien a quien me apetecía cuidar.

—Me da mucha vergüenza que estés aquí —dijo. Acababa de abrirme la puerta de su casa tras un día de ausencia en el trabajo. Me había preocupado por su repentina desaparición y, nada más acabar la jornada, había volado hasta su piso.

—¿Vergüenza de qué? El otro día mientras follábamos se te escapó un pedo y ni siquiera se me bajó. Entre nosotros ya hay confianza, Katherine.

Contra todo pronóstico, ese comentario la hizo reír.

—Eres imbécil. Fue un pedo vaginal. Y, además, no es lo mismo. Hoy estoy con las hormonas revueltas, retortijones y dolor de ovarios. No me apetece que estés aquí.

—Prometo estar callado y no molestar. Además, he traído refuerzos.

Le enseñé una bolsa con donuts glaseados y el DVD que me había dejado Claire tras mi parada de emergencia en su casa. La película se llamaba *Bajo la misma estrella* y me había dicho que era una apuesta segura.

—¿Y esto? —preguntó.

—No sé. Mis amigas siempre se ponen películas moñas cuando les baja la regla. Dicen que es terapéutico.

Me miró con escepticismo, pero no comentó nada. Nos dirigió a ambos a su habitación y cerró la puerta. Había estado ahí un par de veces. Era un espacio pequeño pero funcional. Todo el piso lo era, en realidad. Sus compañeras no estaban ese día, y casi lo agradecí, porque eran bastante entrometidas.

Kate se acomodó en la cama y dejó que yo me encargara de todo. Cuando volví a girarme hacia ella, la observé detenidamente y algo cálido se expandió por mi pecho.

Estaba preciosa con el pelo recogido en un moño sin forma. Con un pijama de felpa con nubes estampadas que la hacía aún más niña. Con los ojos levemente hinchados por la siesta que evidentemente se había echado esa tarde. Era un tipo indescriptible de belleza para el que no tenía referente y que me descolocó un poco.

—¿Qué miras? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Nada.

—Estoy horrible, ¿verdad? Dios, te he dicho que no tendrías que estar aquí...

—Calla, anda. Vamos a poner la peli a ver si te mejora el humor.

Pocos minutos después, la película nos había atrapado. Y hora y media más tarde, ella se convulsionaba a mi lado en un llanto que le nacía de dentro. Tenía la cara empapada por las lágrimas y olía a tristeza y a sal.

No supe cómo reaccionar.

—¿Quieres que la quite?

—¿Por qué la has puesto? —Sollozó con fuerza. Una vez y otra. Me quedé mirándola perplejo. Por el amor de Dios, no tenía consuelo.

—No sé, pensé que te animaría...

—¿Animarme? ¡Quiero morirme!

Me gritó como si fuera el causante de todos sus males. Después, lloró durante la última media hora de película de una manera tan intensa que sacudía su pecho. Siguió así incluso cuando la música de los créditos finales empezó a

salir del reproductor. La melodía flotaba a nuestro alrededor y empezó a confundirse con su llanto.

Continuó llorando durante minutos y minutos, hasta que sus lágrimas se tornaron silenciosas. Se limpió la cara y cogió aire muy lentamente. Después, se acurrucó a mi lado, sin decir nada.

Ver llorar a una mujer que no fuera de mi familia o una de mis amigas era algo que me hacía sentir incómodo. Ver llorar a Kate, simplemente, me noqueó.

—Déjame hacer algo para que te sientas mejor —susurré. Me sentía muy culpable por que se hubiera puesto así. Yo solo quería cuidarla, y aparentemente había acabado rompiéndola.

Ella balbució algo como «no puedes hacer nada», pero yo hice caso omiso. No se me ocurría nada divertido que contarle ni ninguna noticia que levantara su ánimo, pero sí que había algo que podía proporcionarle en ese momento.

Me incliné sobre su cuerpo y empecé a depositar besos en su cuello. La toqué por encima de la ropa y a continuación colé una mano bajo su pijama para acariciar la piel de su espalda. Ella me miró con la duda pintada en sus ojos negros.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Intento que te sientas mejor.

Nunca había tocado a una mujer en esas circunstancias. Hacerlo suponía alcanzar un grado de intimidad que no conocía. Pero en ese momento me nacía mimar a Kate. Llevarla hasta el orgasmo aunque tuviera que hacerlo con la tela de sus braguitas de por medio; aunque no llegara a sentirla directamente.

La piel de su cuello y sus mejillas se encendió cuando, minutos después, una corriente de placer atravesó su cuerpo. Tembló en mis dedos aunque el contacto no fuera directo, porque no lo había sido. Y, aun así, el pensamiento de que aquel había sido uno de los momentos más eróticos de mi vida cruzó mi mente.

Solo habían pasado un par de minutos cuando ella se incorporó e hizo el amago de subirse a mi cuerpo. Sus manos se dirigieron a mi bragueta, bajo la que palpitaba una erección que sabía acabaría doliéndome, porque aquel no era el momento de prestarle atención. Ni siquiera quería que pasara.

—No, Kate. Quieta. No hace falta.

Parpadeó, confusa, hasta que entendió que aquello había sido un regalo para ella; solo para ella. Sus ojos brillantes me miraron llenos de gratitud y de algo parecido al cariño.

Volvíamos a acomodarnos los dos juntos en la cama, en silencio, viendo como la oscuridad se colaba por la ventana.

—¿Y ahora? —preguntó unos minutos después.

Lentamente, me giré hacia ella.

—Ahora vas a tomarte un vaso de leche con un ibuprofeno y después vamos a dormir.

—¿Vamos? ¿Vas a quedarte?

—Si tú quieres, sí.

—¿Sueles dormir con mujeres menstruales?

—Suelo dormir con personas que me transmiten calma.

—¿Yo te transmito calma? —Sonrió lentamente, como si no me creyera.

—Pues sí. Eres la persona que más emociones es capaz de transmitirme, de hecho. Me resultas insoportable, molesta y eres una cría que sabe sacarme de quicio. Pero también eres divertida, sexi, inteligente e inspiradora. Y no hay nada que me haga sentir más relajado que un rato de sexo contigo.

—Pero hoy no hemos tenido sexo.

—Te has corrido en mis manos. Para mí eso cuenta como sexo.

Le guiñé un ojo y a continuación fui a la cocina y puse algo de leche a calentar. Después metí una bolsa con semillas que ella me había indicado al microondas. Cogí un ibuprofeno del armario y, cuando lo tuve todo listo, volví a la habitación.

Le llevé el vaso hasta la cama. Mientras ella se lo tomaba, coloqué la bolsa con las semillas calientes en su vientre para aliviar la molestia.

No cené. Me había comido más de media caja de donuts yo solo. Así que directamente me vacié los bolsillos, me quité la ropa y me quedé en calzoncillos y con la camiseta interior.

Para cuando me metí entre las sábanas junto a ella, me sentía completamente analizado por su mirada intensa y perspicaz.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Por qué me miras así?

—Estoy sorprendida.

—¿Sorprendida de qué?

—De esta faceta tuya. —Se encogió de hombros—. Supongo que ahora estoy en deuda contigo.

Me reí.

—Pues ahí va una pista: me gustan los videojuegos y las mamadas. Y nunca suelo decir que no ni a una cosa ni a la otra.

—Tonto.

—Bien que te gusta.

—Pues sí —reconoció, poniéndose seria de pronto—. Muy a mi pesar, me gusta.

Parpadeé, mirándola fijamente durante unos segundos, y sentí una sonrisa de idiota formarse en mi cara.

—Bien —dije—. Eso está bien.

Puse la alarma del móvil más temprano de lo habitual; tendría que ir a darme una ducha y cambiarme a mi piso al día siguiente si quería llegar presentable al trabajo. Después apagué la luz y me tapé hasta el cuello, sintiendo la respiración calmada de Kate junto a mí.

—Matt —dijo ella de pronto, a través de la oscuridad.

—¿Sí?

—Gracias.

—No hay de qué, Katherine.

—Hacía mucho que nadie me cuidaba.

Me giré para poder mirarla. Entraba algo de luz por la ventana, la necesaria para adivinar su silueta, pero no la suficiente para leer su expresión como a mí me gustaba hacerlo.

—Me gusta arrancarte la ropa y ser brusco contigo en la cama —confesé—. También me gusta que discutamos y hacerte perder los papeles. Pero te aseguro que cada vez que lo necesites... cuidaré de ti.

Ella suspiró profundamente y se puso bocarriba. Yo hice lo mismo. Ambos mirábamos al techo, donde había unas pegatinas de luz con forma de dinosaurios. Respiré hondo y me di cuenta de que ese día Kate olía a golosinas.

Había pasado un rato relativamente largo cuando su voz volvió a alcanzarme.

—¿Cuidarías de mí en cualquier circunstancia?

—¿A qué te refieres?

—A si te importo lo suficiente como para cuidar de mí en el caso de que mi vida se complicara. Si tuviera algún problema familiar, por ejemplo.

Volví a girarme para poder verla mejor.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—No lo sé.

Noté que se escondía de mí. Sus ojos me rehuyeron en la penumbra y sentí como quería imponer distancia. Pero yo intuía que pocas veces habíamos estado tan cerca como en ese momento, así que no se lo permití.



—Kate. Mírame. —Ella lo hizo. Me miró aunque no pudiéramos vernos del todo. Y sentí la vulnerabilidad instalarse en sus ojos—. ¿Es esta tu manera de preguntarme si me estoy implicando emocionalmente?

—No lo sé —repitió—. Solo quiero saber si eres la clase de persona que respondería por mí si mi vida fuera complicada.

La miré fijamente y volví a preguntarme, una vez más, si Kate guardaba algún secreto. A veces, cuando estábamos juntos, me daba la sensación de que guardaba cosas; cosas que notaba que necesitaba contarme cuando nos acercábamos y la intimidad nos sobrevolaba. Pero quería darle tiempo y espacio para hacer las cosas a su manera. Y para ello sabía que debía ganarme su confianza.

—Kate, si es lo que quieres, cuidaré de ti y de todos lo que te importan. Tienes mi palabra.

Ella tragó saliva y asintió. Me pareció ver su mandíbula algo temblorosa, pero la falta de luz no me dejaba asegurarlo.

—¿Puedo abrazarte? —me preguntó.

—Claro. Ven.

Nos acercamos el uno al otro y nos acurrucamos. Sabía que acabaría durmiéndose en mi pecho.

Estaba deseando que ocurriera.

Cuando cerré los ojos, ni siquiera me planteé el peso de la promesa que acababa de hacerle. Ni de lo importante que había sido para ella.

Días más tarde, diciembre había llegado. Y con él el olor de la Navidad. Las luces de colores. Y el encendido del famoso árbol del Rockefeller Center.

Tuve la absurda idea de llevar a Kate a verlo. No sé por qué. De repente me apetecía hacer planes típicos con ella, como si fuéramos dos personas viviendo un presente normal. Sin nada singular que lo caracterizara. Quería pensar que así era, porque cada día que pasaba todo entre nosotros era más... real.

—Te brillan los ojos.

—No es verdad.

—Vas a llorar como una niña pequeña.

Estábamos abandonando la zona del Rockefeller donde había tenido lugar el espectáculo. Estaba lleno de gente. Lleno a reventar. Pero, a la vez, a mi lado solo sentía a Kate.

El árbol a esas alturas ya estaba encendido, coronando el Midtown y dando

la bienvenida a las fiestas y al ambiente consumista.

Kate y yo íbamos de la mano, sintiéndonos a través de la lana de los guantes, dejando que la electricidad se instalara en nuestros estómagos a pesar de no estar tocándonos de verdad.

Como siempre, íbamos discutiendo.

—No soy ninguna niña —rebatí.

—Por supuesto que lo eres.

—No tienes ni idea de lo que dices.

—¿Ah, no? Puedo leer la ilusión de la Navidad en tu mirada, como si tuvieras ocho años. Estás comiendo un bastón de caramelo. Tienes un pijama de nubes. Te dan miedo las tormentas. Te mueres de amor por Augustus Waters, que apenas es un adolescente. Tus pies y tus manos son diminutos. Eres una niña, Kate. —Sonreí lentamente y añadí—: Mi jodida niña.

Ella parpadeó, tratando de camuflar la sonrisa que luchaba por formarse en su rostro. Después alzó la cabeza, recuperando su actitud altanera.

—Yo no soy tuya.

—No todavía, pero sí un poquito más cada día que pasa. Solo que aún no te has dado cuenta.

Seguimos caminando entre aquel río de gente, hasta que conseguimos llegar a un sitio menos concurrido. Nuestras manos aún no se habían soltado.

—¿También cuando follamos te parezco una niña? —volvió a insistir, alzando las cejas con actitud desafiante.

—Querida Katherine... nunca eres más niña que cuando estás entre mis brazos.

Llegamos a la puerta de un local en el que habíamos tenido el acierto de reservar. Kate me miraba, como si estuviera tratando de descubrir algo en mi rostro; o quizá en su propia cabeza, no sé. Estaba tan concentrada en mí que ni siquiera se dio cuenta de que alguien se acercaba hacia donde estábamos.

—¿Kate?

Se giró hacia la voz que había hablado y sus ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Marie? ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí, ¿recuerdas?

Observé a las dos chicas que se habían parado en la cola a nuestro lado. Una de ellas, la tal Marie, alternaba la mirada de Kate a mí, y de ahí a nuestras manos unidas.

Kate permaneció en silencio unos segundos. Sus dedos dejaron de agarrarme y yo los dejé marchar. Supe que se sentía incómoda por cómo

carraspeaba y se tocaba el pelo.

—¿No vas a presentarnos? —dijo Marie.

—Sí, sí. Claro. Marie, Moira, este es Matt Lee. Matt, estas son mi hermana y su pareja.

—¿Tu hermana? —repetí. Confieso que a esas alturas me había montado una película en la que la tal Marie era una amante secreta de Kate.

—Sí —dijo la chica—. ¿No nos parecemos? Nos lo dice todo el mundo.

—Ah, pues... sí. Ahora que lo dices, sí —mentí. No se parecían ni en el blanco de los ojos.

—¿Vas a casa este fin de semana? —preguntó Marie. Su pareja, Moira, permanecía en un discreto segundo plano, observándonos a todos, pero sin interactuar con ninguno.

—Sí. El viernes después de trabajar me iré —contestó Kate.

—Me han dicho papá y mamá que no fuiste a casa la semana pasada.

—No, no fui. Tenía cosas que hacer por aquí y ellos también tenían planes.

Vi cierto reproche en los ojos de Marie, y la verdad es que no entendía por qué. Desde que estaba al tanto de las rutinas de Kate, me había dado cuenta de que, salvo algún caso excepcional, todos los fines de semana iba a su casa, en Conneticut. Rara vez se quedaba en Nueva York, ni siquiera cuando yo le proponía planes difíciles de rechazar. Kate parecía estar muy unida a su familia y eso era algo que respetaba, aunque casi nunca me hablase de ellos.

—Ya... Ya veo qué tipo de cosas tenías que hacer por aquí...

—Marie, por favor —susurró Kate, y pude ver la súplica en sus ojos y la conversación silenciosa que mantenía con su hermana. Debieron de entenderse a pesar de no utilizar palabras, porque la expresión de Marie cambió de pronto y Kate se relajó en respuesta. No entendía nada. Pero sabía que no era el momento de preguntar.

—Bueno, os dejamos cenar tranquilos. Te llamo mañana, Kate. Creo que tenemos mucho de lo que hablar.

—Vale. Por la tarde estaré disponible.

—Bien... —Marie le lanzó una mirada prolongada a su hermana, y a continuación se giró a mirarme a mí—. Ha sido un placer, Matt.

—Gracias. Igualmente. Encantado de conoceros a las dos.

Nos despedimos los cuatro y vi como Moira y Marie salían por la puerta del establecimiento. Kate, a mi lado, soltó el aire que había retenido durante los últimos quince segundos. Así de pendiente estaba de su comportamiento; era hasta conocedor del tiempo que la tensión no la dejaba ni respirar.

En ese momento el camarero apareció y nos llevó a nuestra mesa. Cuando estuvimos sentados el uno frente al otro, me atreví a hablar.

—¿Tu hermana...?

—Es lesbiana, sí.

—No es eso lo que iba a preguntar. —Me aclaré la garganta—. No sabía que vivía en la ciudad.

—Sí. Suelo cenar con ella todos los lunes. Los dos últimos no he podido, porque, bueno... estaba contigo.

—Eso explica por qué estaba tan a la defensiva.

—Ya... no es exactamente por eso.

—¿Y por qué es?

—Es complicado. La relación entre Marie y yo es complicada.

—¿No os lleváis bien?

—Al contrario, nos adoramos. Pero hay algunas decisiones que no compartimos. Llevamos una época un poco rara.

Solo necesitó un par de parpadeos nerviosos y ver como fingía bucear en la carta para hacerme saber que no quería seguir hablando del tema.

En ese momento confirmé que había cosas de Kate que desconocía, que muchas de ellas ni siquiera las podía imaginar. Y algo me molestó dentro, porque yo quería saberlo todo de ella.

Cuando la acompañé a casa esa noche, supe que no me invitaría a subir. Yo tampoco lo deseaba, no quería estar con ella sabiendo que guardaba cosas. Aunque no quise marcharme sin transmitirle que en cuanto se sintiera preparada, yo la escucharía.

—Sé que me escondes cosas. Tranquila, no voy a hacerte preguntas. De verdad que no. No quiero ninguna información que tú no quieras poner en mis manos. Pero sí que quiero que sepas que estoy aquí para ti.

—Matt...

—Me importas, Kate. Me importas de verdad. Y no quiero que te agobies y pienses que quiero obligarte a nada, pero... joder. —Me puse nervioso. Demasiado. Como la primera vez que me acosté con ella. Como cada una de las veces que la miraba dormirse y una sensación desconocida me sobrecogía. Como cada vez que la hacía reír y mi cerebro colapsaba. Acabé traduciendo lo que sentía en unas frases absurdas que no eran representativas de lo que me pasaba por dentro—. Me gustaría ganarme tu confianza. Llegar a ser alguien importante para ti también.

Dejó escapar el aire entre sus labios, oscurecidos por el frío, y apoyó la

frente en mi pecho. Quise abrazarla y fundirla contra mi cuerpo, pero en ese momento me sentía demasiado asustado como para dar ningún paso.

—Eres importante. Demasiado para lo que yo esperaba de esto. Solo... Dame un poco de tiempo, ¿vale?

Y le dije que sí. Sí, sin dudar. Todo lo que ella me pidiera, yo se lo daría.

Pero si había algo que no teníamos, era tiempo. El tiempo se había convertido en una mecha que había prendido y que se iba consumiendo poco a poco.

Solo habían pasado dos días desde la noche del Rockefeller Center cuando la bomba me explotó en la cara. Y lo que más me jode no es que no la hubiera visto venir, es que, a pesar de la mentira que había estado viviendo, no encontré en mí la fuerza suficiente para odiar a Kate.

Era jueves. Estábamos en mi casa. Habíamos estado viendo un programa con Neal en el salón y nosotros ya nos habíamos retirado a mi cuarto. Eran las diez de la noche y al día siguiente teníamos que trabajar, pero de pronto ambos sentíamos que teníamos muchas cosas que contarnos. Hablamos de nuestra infancia, de nuestras primeras veces, de lo que siempre habíamos querido ser de mayores y de qué monstruos nos atormentaban cuando éramos pequeños.

Estábamos en mi cama, bajo las sábanas, hablándonos casi en susurros, cuando de pronto su móvil sonó.

Vio el número que llamaba y frunció el ceño al tiempo que la preocupación iba inundando sus facciones. Descolgó al instante y se puso en pie.

—¿Sí? Dime, mamá, ¿qué pasa? —Pausa—. Espera, espera, pero ¿está bien? —Pausa—. ¿Cómo piensa que lo he abandonado? ¿Le has explicado que estoy trabajando? —Pausa—. No lo entiendo, he hablado esta tarde con él y parecía normal. ¿Has probado a darle algún tipo de infusión o...? —Pausa—. Ya, claro. Pónmelo al teléfono, a ver si hablando con él se tranquiliza. —Pausa—. Joder... Mañana trabajo, mamá. Está a casi dos horas. Llegaría pasada la medianoche. —Pausa—. Sí soy responsable, joder. Suenas como mi hermana. —Pausa—. ¡Por supuesto que estoy preocupada! Nada es más importante para mí que él, y todos deberíais saberlo. —Pausa—. ¡Vale, vale! Bien. Me visto y ya veré cómo llego. Cuando esté de camino te llamo.

Colgó y lanzó el móvil encima de mi cama. Sus ojos estaban rojos, cansados y un poco tristes. Se frotó la frente con los dedos y enseguida empezó a quitarse el pijama que le había dejado. Las manos le temblaban.

—¿Ha pasado algo?

—Más o menos —dijo mientras buscaba su ropa por la cómoda de mi habitación.

—¿Algo grave? ¿Algún accidente?

—No, no, no es eso. Es... Tobey, se ha despertado con pesadillas, llorando y preguntando por mí. Está muy angustiado y mi madre cree que lo mejor es que vaya... que vaya a estar con él.

Siguió vistiéndose con la respiración entrecortada. Nunca la había visto tan alterada.

—Kate.

—¿Qué?

—¿Puedo... puedo preguntar quién es Tobey?

Se giró hacia mí y me fijé en como le temblaba la mandíbula. Tenía la mirada turbia y tragaba saliva con dificultad.

—Tobey es mi hijo —dijo.

—¿Tu hijo? —repetí, confuso.

—Sí.

—¿Tu ahijado?

—No, mi hijo.

—No lo entiendo.

—Es bastante simple de entender.

Me quedé blanco. No podía verme, pero sentí como la sangre abandonaba mi cara. Estaba teniendo serios problemas para procesar una palabra de cuatro letras. Mi pulso palpitaba en mi garganta y veía un poco borroso. Ella seguía vistiéndose.

—Pues explícamelo porque estoy perdido —conseguí decir.

Me miró de frente, con los pantalones a medio abrochar y sus pechos asomándose por encima del sujetador. Sus dedos seguían sacudiéndose de manera leve pero evidente.

—Me quedé embarazada, llevé a mi hijo dentro nueve meses y después di a luz. ¿Lo entiendes ahora?

Un calambrazo me azotó las vértebras.

—¿Eres madre?

—Sí.

La seguridad en esa única sílaba me dio toda la información que necesitaba. Ahí estaba, el gran secreto de Kate. No estaba sola; era madre.

—Dios.

Unos minutos atrás me había puesto de pie, pero de pronto necesité volver

a sentarme. La cabeza me daba vueltas, pero el mundo no giraba. Era raro. Había perdido la voz, y los sonidos que emitía Kate me llegaban muy lejanos... como si vinieran de otra dimensión.

—¿Matt? ¿Matt? —Creo que llevaba un rato llamándome.

—¿Qué?

—Que me tengo que ir.

Parpadeé y la miré de nuevo. Ya estaba vestida. ¿Cuánto tiempo había pasado con la cabeza ida?

—Mira, entiendo que estés en *shock*. Tienes todo el derecho. Prometo explicártelo todo. Pero tengo que coger un taxi o un Uber o algo para llegar a Conneticut. Ahora mismo me necesita.

Parecía a punto de echarse a llorar. Estaba pasándolo mal; aún temblaba y parecía desesperada. Yo seguía sin aclararme.

¿Qué coño le había pasado a mi vida en los últimos cinco minutos?

—¿Un taxi? —repetí—. ¿U...? ¿Qué?

—Sí. —Volvimos a callarnos. Y yo volví a sentirme mareado—. ¿Matt?

—¿Mmm?

—Estás en *shock*.

—Claire tiene coche —dije sin más.

—¿Qué?

—Podemos pedírselo. Podemos llegar a Conneticut en dos horas.

Me miró perpleja durante unos segundos, aunque a continuación su mirada se iluminó levemente.

—¿No estás enfadado?

—No lo sé. —Me froté los ojos—. Lo que sí sé es que no me gusta verte tan nerviosa.

—¿De verdad me llevarías?

Un taxi hasta casa de Claire. Doce pisos en ascensor para coger las llaves, mientras Kate esperaba abajo. Un viaje hasta el garaje, las llaves en el contacto y ya estábamos en la carretera. Yo conducía, aunque dado el estado en el que me encontraba nadie con dos dedos de frente debería habérmelo permitido.

Los dos íbamos callados. Yo despertando del *shock*, intentando integrar la realidad en mi consciencia; sintiendo como un cabreo sin precedentes iba adueñándose de mí. Ella retorciéndose los dedos de las manos, mirándome de reojo de vez en cuando, aguantando la respiración cada vez que yo resoplaba y

mordiéndose el labio para no llorar cada vez que yo me cagaba en la puta en voz alta.

—Lo siento —dijo con un pitido en su voz.

—Cállate, por favor. No digas nada.

—Pero es que lo siento, Matt. No quería que esto pasara así.

—¿Y cómo pretendías que pasara? Es más, ¿pretendías que pasara en algún momento?

—Claro que sí. Te lo dije, eres importante para mí.

—No vuelvas a decir eso. Te lo juro, porque paro el coche y te dejo aquí. No digas que soy importante cuando llevas meses mintiéndome. ¡Eres madre, joder!

—No sabía cómo...

—Cállate, de verdad. Pretendo llevarte a casa sana y salva para que puedas estar con tu hijo. No me lo pongas más difícil.

La casa de los padres de Kate estaba a las afueras de Conneticut. Llegamos pasadas las doce, pero las luces del interior de la vivienda estaban encendidas. Era una noche helada de principios de diciembre. Probablemente estaríamos rozando temperaturas próximas a cero.

Detuve el coche para que bajara, pero ella me miró con sus grandes ojos negros y supe que me pedía que me quedara para llevarla de vuelta a Nueva York. Volví a resoplar, porque ahí me di cuenta de lo jodido que estaba si no era capaz de dejarla tirada después de lo que acababa de hacerme.

—¿Por qué no pasas dentro? Vas a congelarte.

—No importa.

—Matt, por favor, mis padres no van a decirte nada. Como mucho te agradecerán que me hayas traído. Pasa y toma algo caliente. Mi madre prepara unos chocolates de miedo.

—Está bien —cedí, porque hacía un frío de pelotas y no hacía nada dentro de un coche, en una zona residencial en plena madrugada. Bajamos y antes de tocar al timbre, le dije—: Tienes media hora, Kate. Después me vuelvo a la ciudad. Tú verás si vienes o te quedas.

Asintió una sola vez con decisión, dejó pasar un nudo de saliva y tocó a la puerta.

Segundos más tarde, una mujer con los mismos ojos de Kate nos abrió. Me miró con curiosidad, pero no hizo preguntas. Apenas pronunció palabra. Simplemente cogió la mano de su hija y tiró de ella hacia las escaleras que conducían al piso de arriba. Yo me quedé en el salón.



Me entretuve curioseando por los rincones. La chimenea estaba puesta, y sobre la repisa había multitud de fotografías. Me acerqué y el corazón se me detuvo viendo imágenes de Kate de pequeña, Kate embarazada, Kate graduándose, Kate sosteniendo a un bebé en sus brazos, Kate jugando con un niño pequeño.

Volví a sentirme mareado y me dejé caer en el sofá que había frente a un enorme televisor. Había una manta colgando de uno de los reposabrazos y un cuento infantil mezclado entre los cojines. La vista se me nubló y enterré la cabeza entre las manos mientras esperaba, no sé a qué ni a quién.

Kate bajó lo que me pareció una eternidad después acompañada de un hombre, que me presentó como su padre. Le estreché la mano a ese señor que iba en bata y pantuflas y pensé en mi interior que esa era la situación más surrealista que había vivido jamás.

—Tobey ya está más tranquilo —me explicó Kate con naturalidad, como si Tobey fuera una realidad de mi día a día—. Voy a la cocina a hablar un momento con mis padres. Cinco minutos, ¿vale?

Asentí, por hacer algo, y volví a sentarme en el sofá. Cogí de nuevo el libro infantil y pasé las páginas que contaban la historia de la rana Froggy y sus amigos.

—Ese libro es mío —dijo de pronto una vocecita aguda, infantil y clara.

Por si no había tenido suficientes emociones por una noche, aquello terminó de matarme. Juro que empezó a dolerme tanto el pecho que pensé que me estaba dando un puto infarto sin haber cumplido los treinta.

Me quedé mirando embobado lo que tenía delante. Era un niño. Pequeño, pero no tanto como había pensado. Le eché unos cinco o seis años. Era blanquito de piel. Con los ojos castaños y una mata de pelo negra, revuelta. Llevaba un pijama de aviones. Unas zapatillas de estar por casa peludas, con la forma de Patricio, de *Bob Esponja*. Me miraba con curiosidad, de esa manera en la que me miraba su madre cuando intentaba traducirme.

Respiraba. Entendía. Hablaba.

Era una personita. Y era de Kate.

—Lo sé. Pero lo he visto aquí y... me ha parecido guay.

No habría sonado más patético ni aunque lo hubiera ensayado. Permanecí sentado, histérico de repente, y observando con estupefacción como el niño se acercaba a mí.

—¿Tienes coche? —me preguntó.

—Eh... bueno, sí.

—Vale.

Ambos nos quedamos callados, observándonos el uno al otro como si hubiéramos dado con un ejemplar de una especie desconocida. No supe cómo coño actuar. Estaba en blanco. Me había sentado con clientes de grandes empresas, había hecho el discurso de la graduación en la escuela de negocios y fui el maestro de ceremonias en el último aniversario de mis padres, pero no tenía ni puta idea de qué decirle a un crío que no llegaba a medir un metro.

Fueron los segundos más largos de mi vida.

Gracias a Dios, Kate entró en ese momento en el salón. Se quedó en el quicio de la puerta, viéndonos a su hijo y a mí «interactuar». Soltó el aire entre sus labios y se agachó frente al pequeño.

—Bebé, ¿qué haces aquí?

—Has dicho que me leerías un cuento si no me dormía.

—Pensaba que ya te habías dormido.

—Quiero el cuento, mami.

Ella chasqueó la lengua y le acarició el pelo con tanta ternura que algo me dolió a mí por dentro.

—Mi vida, mamá tiene que irse. Mañana tengo que trabajar y mi amigo Matt también. He venido en su coche, ¿te acuerdas que te lo he explicado? La abuela te lo leerá.

—Es que yo quiero que me lo leas tú. —El niño hizo un puchero que me partió el corazón. No sé cómo Kate podía soportarlo.

—Cielo, ya te he dicho que...

—Léeselo, Kate —interrumpí, e hice todo lo posible por dibujar una sonrisa conciliadora—. Puedo esperar diez minutos más.

Ella parpadeó y me dirigió la mirada más cálida y llena de significado que me habían dedicado en la vida.

—Gracias —me dijo; después volvió a mirar a su hijo—. Venga, bebé, vamos arriba.

Lo cogió en brazos y el niño le rodeó la cintura con sus piernecitas.

—¿Puede venir tu amigo?

—Eh...

—Es que tiene un coche. Quiero que me cuentes un cuento de un coche y él puede ayudarte.

Se me cayó el alma a los pies. No estaba preparado para soportar más minutos de interacción entre madre e hijo. Iba a darme algo de un momento a otro. Pero en ese momento Kate volvió a mirarme, y vi en sus ojos tal

vulnerabilidad que no pude decir que no.

—Claro, amigo. Vamos a tu cuarto.

Kate y yo nos inventamos el cuento de un príncipe que vendía su caballo para comprarse un coche. Tobey decidió ir colaborando con el argumento, agregando detalles como que el príncipe se escapaba de su castillo todas las noches para recoger a la princesa.

Me hacía gracia cómo hablaba el niño, con su vocecita aguda. Usando las palabras de forma clara y fluida, aunque pronunciando las erres en exceso.

Poco a poco fue quedándose dormido y la voz de Kate fue apagándose hasta que se dejó de escuchar. La respiración pausada del niño llenó la habitación y en ese momento, su madre y yo compartimos una mirada que significaba muchas cosas; tantas que tal vez necesitaría una vida entera para procesarlas.

—¿Me dejas un minuto sola que me despida de él?

Se me volvió a partir el corazón.

—Claro.

Pero no me fui, me quedé observando desde la puerta cómo Kate miraba y acariciaba a su niño.

Nunca había presenciado una escena que desprendiera un amor tan tangible. Recordé a mi propia madre cuidando de mí; ese era el único referente que tenía de lo que estaba viviendo en ese momento.

Ví que Kate amaba a su hijo de la misma manera en la que mi madre me amaba a mí; de la forma en la que yo quería amar a mis hijos algún día.

Y entonces me di cuenta de que una parte de mí ya había empezado a amarla a ella; tal vez justo en ese momento, tal vez en el mismo instante en que mis ojos se posaron en los suyos; tal vez la primera vez que discutimos o la primera vez que la toqué. ¿Qué más daba? Una parte de mí ya se había enamorado de mi jodida niña, que no era una niña, que era una mujer; que era madre.

Y no había vuelta atrás.

## 21

**¿Salir a la luz?**

Los seres humanos evolucionamos a veces de manera misteriosa. Durante toda una vida, tienes claro quién eres, qué quieres y qué puedes esperar de ti mismo y de tus metas. Sueñas con una vida dedicada a tu trabajo, el cual adoras por encima de todas las cosas, acompañada de esa gente que no es gente, sino que son parte de ti. Y no hablo de familia, o al menos no de la familia que no se elige. Hablo de esas personas que aparecieron en tu vida para que aprendieses el significado de apoyo incondicional.

Pasas años permitiéndote tener solo debilidad por tu madre y por los cuatro mejores amigos que el destino pudo poner en tu camino y eres feliz con eso, con tus rutinas, con tus rollos insignificantes de fin de semana y con aprender a ser un poquito mejor cada día. Tu vida funciona, hasta que un día, de repente, alguien nuevo se cruza en tu camino y te cambia los esquemas de arriba abajo. No se trata de una persona exenta de complicaciones, sino de alguien prohibido, alguien que te busca, te provoca, te incita y te despierta. Alguien que pelea día a día por tenerte; alguien que, cuando por fin te encuentra, no te deja ir.

Y así, sin más, de repente, te das cuenta de que amas a esa persona de la manera en la que jamás pensaste que lo harías.

Y te rindes ante un mundo que ha cambiado para siempre.

Y, a pesar de que no sé explicar cómo pasó, a pesar de que era algo que nunca entró en mis planes, a pesar de que la certeza de amar a Harry desafiaba cada pequeña parte de mí, sentía que, por fin, estaba en casa.

—Nena, ¿en qué piensas?

Harry y yo estábamos en mi piso. Habían pasado dos semanas desde que habíamos vuelto de Vancouver. Dos semanas de vernos cada día en la universidad, de escapar de la realidad juntos cada tarde y cada noche; de hablarnos con palabras y con el cuerpo; de perdernos en la intensidad que creábamos juntos fingiendo que el mundo que había fuera no existía. Pero sí lo hacía. Y debíamos ser consecuentes con las decisiones que íbamos tomando.

—Pues... pensaba en que, tal vez, debería hablar con Virginia.

—¿Con Virginia?

—Sí.

—¿De qué?

—De lo que hay entre tú y yo.

Harry arqueó una ceja, asombrado. Su mano dibujaba espirales en mi cintura en un gesto tierno y, al mismo tiempo, territorial. Como si quisiera grabar su huella en mi piel para que todo el mundo pudiera verla.

—¿Qué te ha llevado a esa conclusión?

—No me siento bien escondiéndoselo más. Ya ha pasado mucho tiempo, ahora esto es algo serio y...

—Siempre ha sido serio —me cortó.

—Ya, pero... Ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. —Respiró hondo—. Si tú te sientes mejor hablando con ella, lo haremos.

—¿No te preocupa que se sepa?

—Claro que no.

—No digo de anunciarlo en el periódico. Solo quiero hacer partícipe a Virginia.

—Nena, yo soy partidario de anunciarlo en el periódico. —Sonrió y yo no pude evitar hacer lo mismo—. Me da igual que se sepa y me dan igual las consecuencias que pueda haber. Ya las estudiaríamos de darse el caso. Yo estoy al mando de la investigación, pero tú eres alumna de Virginia. Yo no te evalúo, no soy tu profesor ni tu tutor. Ni siquiera soy tu jefe en el sentido estricto de la palabra. No estamos haciendo nada malo. Pero entiendo que quieras hablar con ella. Igual, si se lo toma bien, incluso podemos empezar a hacer vida en la ciudad. No tendríamos que llevar tanto cuidado.

Sonreí. Me gustaba la idea de poder salir a cenar con Harry, ir al cine, a pasear, a una exposición o a patinar en el Rockefeller Center ahora que la Navidad estaba tan cerca. Eran cosas sencillas que nunca creí que querría compartir con un hombre, pero que ahora no podía esperar a vivir con Harry.

—Está bien —dije—. Mañana sin falta hablo con ella.

—Los dos hablaremos con ella. Yo te acompaño.

—¿Seguro? ¿No crees que es mejor que vaya yo sola?

—Creo que lo mejor es que presentemos un frente unido. Que sepa que esto no es un capricho, sino un compromiso de verdad.

Harry me dio un suave beso en los labios y a continuación se levantó para

ir al aseo. Yo lo observé cruzar el piso hasta que desapareció tras la puerta.

Una pequeña incomodidad se había instalado bajo mis costillas. Había sido esa palabra. «Compromiso». Y no porque la temiera en sí misma, sino porque me hizo pensar en el futuro que tenía lo mío con Harry. En aproximadamente tres meses, la investigación acabaría y él volvería a su trabajo, en Boston. Un trabajo que ahora sabía que no le llenaba. ¿Qué sería de nosotros entonces? No pretendía comerme la cabeza antes de hora, pero sabía que la idea permanecería latente en mi cabeza hasta que ambos nos animáramos a hacerle frente.

Al día siguiente amanecí nerviosa. No quería posponer la conversación con Virginia ahora que había tomado la decisión de sincerarme con ella, así que supusimos que aquel día era tan bueno como cualquier otro.

Harry entró en el laboratorio a media mañana, creo que con la esperanza de encontrarme sola. Yo estaba con Zoe y Lily en ese momento observando la conducta de unos ratones a los que habíamos inyectado un chute de melatonina. Ellas apuntaban en los registros toda la información relevante y yo supervisaba.

—Codifícalo como somnolencia si no llega a dormirse —les dije a mis compañeras—. Y asegúrate de que quedan bien establecidos los intervalos para luego tener clara la latencia en los efectos de los ritmos circadianos.

—Vale —accedieron ellas.

Me volví en ese momento y vi a Harry apoyado en la jamba de la puerta, mirándome fijamente. En su expresión bailaban reflejos de ese amor que sentía por mí. Tanto era así que me estremecí. Creo que habría resultado obvio para cualquiera que lo hubiera observado en ese momento, porque el sentimiento envolvía sus ojos y hasta era capaz de sentirlo en mi piel.

—¿Necesitabas algo, Harry?

—Sí. Quería ver si tenías un hueco para hablar con Virginia lo que comentamos ayer.

Mis ojos se abrieron casi imperceptiblemente y miré con disimulo a mi alrededor. Ni Zoe ni Lily nos estaban prestando atención y, aunque lo hubieran hecho, no podrían haber sabido a qué se refería Harry. Aun así me puse nerviosa.

Él me sonreía con las cejas en alto, ajeno a todo. Consulté el reloj de pared que había sobre la puerta y vi que era la hora idónea para abordar a mi tutora.

—Eh... vale. Chicas, ¿os importa seguir sin mí un momento? Tengo que ir a

hablar con la profesora McAdams.

—Sí, claro.

—No hay problema.

—Genial. —Me puse en pie y valoré durante un segundo si quitarme la bata. Decidí que no, que era mejor actuar con la mayor naturalidad posible. Alisé un poco los bajos y crucé la puerta que Harry me sostenía abierta.

De camino al despacho de Virginia, que estaba en la otra punta del edificio, empecé a ponerme más nerviosa todavía. Me sudaban las manos y un retortijón, de esos que aparecen cuando una situación me supera, cruzó mi estómago de arriba abajo. Anduve con paso dubitativo al lado de Harry, hasta que él se dio cuenta de que algo me pasaba.

Cuando llegamos a la puerta en la que aparecía el nombre de mi tutora, nos detuvimos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Estás segura? No tenemos por qué hacer esto si no quieres, Christina.

—Sí. Sí que quiero. —Sí que quería. Por mi sentido del deber y de la lealtad hacia Virginia, y porque Harry merecía que yo diera un paso al frente.

—Está bien. —Recorrió mi cara con sus ojos durante unos breves segundos. La simple caricia de su mirada fue suficiente para calmarme un poco—. Entremos.

Sin demorarlo más, intercambiamos una pequeña sonrisa, tocamos a la puerta y nos asomamos.

—¿Sí?

—¿Te pillamos bien, Virginia? —pregunté—. Queríamos hablar contigo de una cosa.

Mi tutora nos echó un vistazo a los dos con los ojos entrecerrados y pude leer en ellos como algo hacía clic en su interior.

—Sí. Claro. Pasad.

Empezó a mover los documentos que descansaban en su mesa hasta hacer un pequeño montoncito con ellos. En ese pequeño intervalo de tiempo, Harry y yo nos acomodamos en las dos sillas que quedaban enfrente de su escritorio.

Miré a mi alrededor, hacia aquel espacio que encerraba los logros de Virginia como profesional. Había estado allí miles de veces, por lo que no me sorprendía la cantidad de diplomas, credenciales y libros con su nombre que había.

Virginia era mi modelo a seguir. Mi mentora. Y yo estaba a punto de

reconocer ante ella que había sido incapaz de mantenerme alejada de una figura importante en la comunidad científica. No sabía cómo iba a reaccionar y el no poder anticiparlo me inquietaba.

—Bueno... —empecé a decir para que entráramos en materia. Cuanto antes pasara todo, mejor.

—Sí, bueno. A ver, antes de que digáis ninguno de los dos nada, quiero haceros una pregunta. —Hizo una pausa en la que Harry asintió con la cabeza y yo tragué con fuerza. La mirada analítica de Virginia se paseó de uno a otro con firmeza—. ¿Esto va de un rollo sin importancia o vais en serio? Porque si es lo primero, no sé si merece la pena que digáis ni una palabra más.

Me quedé en blanco. Oh, Dios. ¿Lo sabía? Noté mis pulsaciones dispararse y a Harry carraspeando a mi lado.

—Vamos en serio —dijo casi al instante, sin amedrentarse ni un ápice, como si la contestación de Virginia hubiera estado entre las muchas que contemplaba y no tuviera ni que pararse a pensar la respuesta—. Nunca he ido más en serio con nada en mi vida.

Virginia parpadeó y creo que ambas contuvimos la respiración ante las palabras de Harry. Yo, además, sentí un hormigueo en la base de la espalda.

—Ya veo —dijo mi tutora, evaluándolo con atención—. Bien. En ese caso, decidme. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Solo queríamos que estuvieras al tanto. Nos parecía lo más profesional, dadas las circunstancias —dije yo, recuperando la voz—. No va a cambiar nada. Seguiremos trabajando como hasta ahora y nada de lo que tengamos entre nosotros fuera influirá en ningún aspecto relacionado con la investigación.

—Está bien. —Virginia pareció recapacitar unos segundos, en un intento de condensar todos sus pensamientos en unas cuantas frases—. A ver, os conozco a los dos, y sé que sois buenos profesionales. Sé que no vais a mostrar ningún comportamiento inapropiado aquí, en la universidad. Por otro lado... tú no eres docente, Harry. Estrictamente, no va contra las reglas que tengas una relación con una estudiante de doctorado. Pero, aun así... no sé qué problemas podría haber si esto llegara a oídos de los otros miembros de la junta. Mi recomendación es que seáis discretos. Christina está a tu cargo como parte de la investigación y eso lo complica todo. Quedan tres meses en los que esto se considera una situación potencialmente peligrosa.

—¿Qué problemas crees que podría haber con la junta? —pregunté yo.

Fue Harry el que contestó.



—En principio, técnicamente hablando, no debería haber ninguno. Yo también estoy en la junta. No es que quiera decir que eso me hace inmune a posibles sanciones, pero sí que me da un amplio margen para contener la magnitud del problema.

—Eso es cierto —dijo mi tutora—, pero aun así creo que lo mejor para vosotros es que esto no llegue a oídos de nadie en Wilkens. Ni de altas esferas de aquí, de Columbia. Podéis contar con mi discreción, por supuesto. Pero debéis tener cuidado.

—Lo tendremos —asentimos los dos.

—Bien. —Virginia formó una sonrisa, pero no de las verdaderas, sino de esas cordiales que utilizaba para relacionarse con la galería—. Si eso es todo, no creo que haya nada más que añadir. Gracias por haberlo compartido conmigo. A no ser que me deis motivos para lo contrario, vuestro secreto está a salvo.

Ambos asentimos de nuevo, absorbiendo aquella pequeña advertencia que mi tutora había dejado caer. A continuación, nos levantamos de la silla.

—Christina, tú no te vayas. Quiero hablar contigo un momento.

Harry me lanzó una breve mirada y yo me encogí casi imperceptiblemente de hombros. No tenía ni idea de qué quería Virginia, aunque algo me decía que tenía en mente darme alguno de sus consejos trascendentales.

—Hasta luego, Harry. —Con solo tres palabras, Virginia lo despachó. Yo me acomodé mejor en mi asiento y me despedí de él con una mano.

—Nos vemos luego —dijo en mi dirección, y casi pude ver como contenía ese «nena» que le picaba en la lengua. Después miró a mi tutora—. Adiós, Virginia. Gracias por todo.

Harry salió del despacho, cerrando la puerta a su espalda. De pronto, el silencio en esa habitación hizo que las paredes se apretaran a nuestro alrededor. Me sentí algo incómoda, cosa que rara vez me pasaba ante Virginia, ni siquiera al principio, cuando ella aún se mostraba lejana e inaccesible. Mi estómago se revolvió un poco.

—Bueno, bueno... Así que Harry Watzlawick. Habéis tardado en venir a hablar conmigo más de lo que esperaba, pero bueno, habéis venido.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿La verdad? Lo he sospechado siempre. Pero cuando Harry desapareció sin dar explicaciones cuando ocurrió lo de tu padre...

—Sí, le dije que sería demasiado evidente. Pero él insistió en acompañarme.

Por mi cabeza pasó en un pensamiento fugaz todo lo que había ocurrido en Vancouver y lo que supuso ese viaje en nuestra relación. Su compañía, su apoyo, su amor por mí. Y el mío por él. No cambiaría nada de lo que ocurrió esos días aunque se hubiera enterado todo Wilkens y el decano de Columbia.

El amor me volvía una loca inconsciente.

—Bien, eso está bien. Dice mucho de lo que siente por ti. Aunque, por cómo se ha expresado antes, parece que lo tienes absolutamente atrapado.

—A Harry se le dan muy bien las palabras —dije yo, evitando pensar en su declaración de antes, que me había puesto el vello de punta—. Tengo que esforzarme para estar a su altura en ese sentido.

—No, Christina. Tú no tienes que esforzarte para estar a la altura de nadie. Eso es precisamente lo que quería hablar contigo. Tú eres muy grande por ti sola. Ninguna relación, ni siquiera con el doctor Harry Watzlawick, uno de los químicos más importantes de la Costa Este, debería hacerte sentir menos.

—Harry no me hace sentir menos, Virginia. Todo lo contrario. Ha despertado a una Christina que no creí que jamás viera la luz.

—Vale, entiendo. —Su mirada reflejó la comprensión que captó en mis palabras. No supe descifrar si parecía sorprendida o si acababa de confirmar todas sus sospechas—. Tú también te has enamorado de él. Bien. Lo veo normal, en serio. Sois jóvenes, no tenéis compromiso con nadie y os atraéis. Estabais cerca y... bueno, esas cosas pasan. Pero lo que quiero decirte es que no te olvides de lo mucho que vales tú, especialmente como profesional, que es mucho.

—Por supuesto que no. Sabes lo mucho que significa para mí mi trabajo.

—Sí, pero... los hombres inteligentes y poderosos tienen un ego que necesitan que alimenten los demás. No quiero que te pierdas en algo así.

—¿Por qué dices eso?

Virginia hizo una pausa en la que supe que se moría por un cigarrillo. Fumaba a veces, a escondidas, cuando creía que nadie reparaba en ella.

—Mi exmarido es el doctor Harrington —dijo de pronto, dejando escapar las palabras como si aquel hecho aún doliese.

—¿Harrington? ¿El doctor Alfred Harrington?

—Sí.

—Vaya. No... No tenía ni idea.

—Pues sí. —Sonrió con amargura—. Nuestro matrimonio fue un infierno. No los primeros años, pero sí cuando empezó a hacerse evidente que su carrera eclipsaba la mía. Y no porque fuera mejor, sino porque él necesitaba

un reconocimiento que lo hacía estar en constante movimiento y, a su lado, empecé a pasar desapercibida. Yo no era la doctora McAdams, era la mujer del doctor Harrington. Muy poca gente me tomaba en serio por mí misma, la mayoría porque pensaban que los triunfos que yo conseguía por mi cuenta tenían mucho que ver con la mano de Alfred. No estoy diciendo que esto sea algo que pueda pasarte a ti, pero creo que es un hecho que la investigación sigue siendo un mundo demasiado de hombres para una mujer que tiene como pareja a alguien del estatus y caché de Harry. ¿Entiendes por dónde voy?

—Sí.

—Desmárcate de él todo lo que puedas en lo profesional, es mi consejo. No como tutora, sino como amiga. Tiene una posición que puede absorber tu carrera si te descuidas.

—Yo nunca permitiría algo así. Y sé que Harry tampoco.

Me di cuenta de que Harry proyectaba precisamente esa imagen, un poco la del exmarido de Virginia. La del directivo, amante de la investigación y los éxitos, frío, imperturbable. Que por tener un estatus como el que él gozaba se le presuponían una serie de actitudes que, en realidad, no tenían nada que ver con la persona que yo conocía y había empezado a amar.

Nadie sabía lo que había debajo. Un hombre que nunca eligió lo que de verdad le apasionaba. Un hombre que se dejó llevar y que no le dio una oportunidad a aquello que podría haberle dado sentido a su vida. Alguien que día a día me empujaba a mí a seguir luchando por lo que me moviera el estómago.

—De acuerdo —siguió diciendo Virginia—. Tú solo... ten cuidado, ¿vale? En esto que estamos hablando y en todo en general. Harry parece un personaje complicado en varios aspectos. Y vuestra situación no es la ideal para una pareja que recién empieza.

Asentí.

—Vale. Gracias. Tendré cuidado.

—Sé que eres lista y que lo harás bien, Christina. Si alguna vez necesitas algo, mi despacho siempre está abierto para ti.

—Gracias, Virginia.

Sin más, me levanté. Me despedí de mi tutora y salí por la puerta con un sentimiento extraño en el pecho, mezcla de la ligereza que experimentaba por haberme sincerado con Virginia y de todo lo que me quedaba por explorar con Harry.

No creía que lo que le pasó a Virginia con su exmarido me fuera a pasar a

mí con él, pero aún había demasiados interrogantes que masticar y digerir. Como por ejemplo, ¿pensaba él redirigir su carrera en algún momento hacia aquello que lo apasionaba? ¿Encontraría yo algún día la fuerza para preguntarle por su vida antes de mí? ¿Por Evelyn, su exmujer? Mi yo pragmático me susurraba que todo lo anterior a ese «nosotros» que habíamos construido poco importaba; lo que teníamos Harry y yo era totalmente independiente de nuestras vidas pasadas, él mismo me lo había dicho, pero ese lado soñador que acababa de descubrir me incitaba a saberlo todo acerca del hombre del que me había enamorado.

No vi más a Harry en todo el día hasta por la noche, cuando fui a su casa para cenar con él.

Al entrar, lo pillé al teléfono con su hermano. Lo sé porque, aunque se metió en su habitación para hablar, lo escuchaba pronunciar su nombre en la lejanía.

Salió al salón unos minutos más tarde. Yo había empezado a cortar las verduras que él había sacado de la nevera. Creo que el plan era cenar un revuelto con huevo.

—¿Qué tal, nena? —preguntó besando mi cabeza.

—Bien.

—Deja eso. Ahora seguimos. Quiero hablar un momento de la reunión con Virginia.

Lo obedecí y ambos nos desplazamos a la otra parte del comedor para dejarnos caer sobre el sofá de cuero negro. Uno de mis lugares favoritos del mundo desde hacía más de tres meses.

—¿Qué quieres hablar? —Quise saber yo.

—Nada especial. Ha ido bien, ¿no?

—Sí. No ha tirado fuegos artificiales, pero tampoco ha puesto el grito en el cielo. Ha estado bien.

—Sí. Nos apoyará de torcerse las cosas, estoy seguro. Le importas mucho, aunque sea una tía dura.

—Sí. Supongo que sí le importo.

—¿De qué habéis hablado cuando me he ido?

—De nada en especial. —Me encogí de hombros—. Quería tener conmigo una charla de mujer a mujer sobre el tema.

—Sí, ¿eh?

Creo que Harry vio en mis ojos que no estaba diciéndoselo todo, pero él ya

había aprendido en ese tiempo a no insistir cuando detectaba que quería proteger parte de mi espacio. Así que no trató de indagar.

—Harry, necesito preguntarte algo.

—Claro. Lo que quieras.

—Antes en el despacho... has dicho que... bueno. —Cogí aire, nerviosa de pronto—. Cuando Virginia ha preguntado si íbamos en serio, has dicho que no habías ido más en serio con nada en tu vida.

—Sí. Eso he dicho. —Sus ojos me taladraron.

—Pero ¿y Evelyn? Te casaste con ella. ¿Qué hay más serio que el matrimonio cuando hablamos de relaciones?

Harry me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos. Fue un gesto simple, de esos tiernos que tenía conmigo a menudo, pero me dio la sensación de que intentaba traspasarme parte de la intensidad de lo que vendría a continuación. O que quería ayudar a que creyera a ciegas en sus palabras.

—Me casé con Evelyn enamorado, pero no convencido de que lo nuestro fuera a durar para siempre. No quiero quitarme responsabilidad de aquella decisión, pero era lo que se esperaba de mí. Después de más de un año saliendo juntos, tras conseguir el trabajo en Wilkens lo lógico era pedirle matrimonio. Lo esperaba ella, su padre, todo nuestro círculo. Solo mi madre veía que no era el momento para tomar la decisión. Creo que ella supo ver más allá, que Evelyn, en el fondo, no era para mí. Ni yo para ella.

Hice un pequeño asentimiento y me imaginé a la madre de Harry, una mujer elegante por dentro y por fuera, que conocía y amaba a sus hijos por encima de todas las cosas. Imaginé una conversación entre los dos, entre el Harry perdido entre las expectativas de los demás y su madre, alguien que no quería decidir por él y que le enseñaba el camino para que tomara sus propias decisiones desde dentro.

—¿Qué hace diferente lo nuestro, entonces?

—Lo nuestro es diferente en todo. No solo porque tú y ella no tengáis absolutamente nada que ver, sino porque tú estás... libre de connotaciones, por así decirlo. Lo que tengo contigo no está contaminado por expectativas ajenas. Casi nadie conoce lo nuestro. Nadie me ha aconsejado que seas la mejor opción para mí, es algo que siento dentro, tan dentro como nunca he sentido nada. Esa certeza en las tripas de que eres lo que quiero, sin más. Sin que nadie me ayude a elegir, sin nadie que dirija mis pasos. Quererte es algo que he decidido yo, solo yo. No tengo ninguna duda de que es así y es la primera vez que esa convicción me pertenece por entero.

Respiré hondo. Más que sentirme halagada por sus palabras, sentí pena por Harry. Por ver que había disfrutado de pocas cosas en su vida que le nacían desde dentro. Porque nunca había considerado su criterio lo suficientemente bueno como para confiar en él. Porque las grandes decisiones de su vida habían estado condicionadas por su entorno, por lo que los demás esperaban, por sus expectativas y sus consejos. Y yo sabía que Harry guardaba sueños dentro. Y que le daba miedo arriesgarse y fallar. Hasta que llegué yo. Y lo que empezó a sentir tomó la suficiente fuerza como para que él no dudara de qué era lo que quería.

Me chocaba que una persona tan perseverante como Harry, que siempre conseguía lo que se proponía, empleara todos sus esfuerzos en alcanzar metas que no se había fijado él mismo. No le gustaba investigar, sino la clínica, y se había doctorado *Cum Laude*. No le gustaba su trabajo, pero había ascendido a miembro de la junta directiva. Y no se había visto en un futuro con Evelyn, pero aun así la convirtió en su esposa. Era de locos.

—¿Qué pasó con tu hermano? Me dijiste que tuvo problemas y que necesitaba dinero. Y que todo eso influyó en que aceptaras el trabajo de Wilkens.

Harry soltó el aire antes de darme una respuesta.

—Fred tuvo problemas con las drogas. Ocurrió cuando yo estaba en la universidad, fuera de casa. Se perdió un poco en las malas compañías, en el miedo a tomar decisiones de futuro y en la ingenuidad típica de la juventud. Se le fue de las manos. Tanto que llegó un momento en el que tuvo que decidir entrar en rehabilitación para salvar su vida de un destino catastrófico. También debía dinero. Él no quería que mis padres supieran hasta qué punto estaba de mierda hasta el cuello. Tampoco quería que se hicieran cargo económicamente de la rehabilitación. Se daba asco a sí mismo. Así que me ofrecí a encargarme de la situación. Wilkens pagaba muy bien y su horario era flexible. Me daba la oportunidad de involucrarme en la terapia de Fred cuando así se exigiera. Fue la gota que colmó el vaso, lo que me ayudó a decidir.

—Entiendo. —El escenario se había dibujado con toda claridad en mi mente y me ayudó a ponerme en los zapatos de ese Harry que tomó una decisión de tal calibre motivado, entre otras cosas, por ofrecer ayuda a su hermano—. ¿Ahora cómo está?

—Bien. Ahora bien. Lleva muchos años limpio. Ayuda a mi padre en algunos de sus negocios y estudia por las noches para obtener un título.

—Me alegro. Aunque no debió de ser fácil para ti.

—No. —Sus ojos se oscurecieron—. No lo fue.

Después de todas las confesiones de Harry de esa noche, me sentía más conectada con él que nunca. No por saber detalles concretos de su pasado, sino por haber entendido los caminos que había seguido su mente. Cómo había funcionado en la vida. Me inquietaba esa incapacidad suya de no elegir por sí mismo, pero lo enterré bajo la certeza de que yo era la primera elección que le había nacido de dentro, y que eso convertía lo nuestro en algo especial.

Nos levantamos a terminar de preparar la cena y después nos la comimos en la mesa del salón, mientras hablábamos de las vacaciones de Navidad, que estaban a la vuelta de la esquina. Compartimos anécdotas de esas fechas y tradiciones familiares en general.

Harry volaba a Boston la semana siguiente para pasar allí las vacaciones. Era la primera vez desde que estábamos juntos que íbamos a separarnos.

—Te juro que pasaría de todo y me quedaría contigo en Nueva York —me dijo—. Si tú quisieras, te acompañaría a todos los eventos. Y si no, me quedaría en casa esperando a que acabases aunque eso significase pasar solo la noche contigo.

—Eres un romántico. —Me reí.

—Hablo en serio. No quiero irme. Pero mi madre me mataría si faltase. Es la primera Navidad en años que pasaré con ellos.

—¿Y eso?

—Normalmente, pasábamos las fiestas con la familia de Evelyn —dejó caer con cierto toque de cautela.

Palidecí de repente. ¿Cuánto tiempo llevaba Harry divorciado?

—Eh... ¿Cuánto hace...?

Él me leyó la mente, como si llevara mucho tiempo esperando esa pregunta.

—¿Que acabó lo mío con Evelyn?

—Sí.

—Me fui de la casa que compartíamos después de las navidades del año pasado. Pero lo nuestro estaba roto desde antes. Dormíamos en habitaciones separadas desde ese mismo verano.

Tragué saliva con incomodidad. No me resultaba agradable pensar en el matrimonio de Harry. Pero lo cierto es que no tenía casi nada de información sobre esa parte del pasado de la persona con la que ahora compartía mi vida.

—Tuvo que ser duro —comenté.

—Sí. —Una sombra cruzó los ojos de Harry, pero él parpadeó insistentemente hasta hacerla desaparecer—. Pero no quiero hablar de eso

ahora. Estaba intentando decirte que te voy a echar de menos, Christina.

—Lo sé. —Suspiré—. Yo también a ti. Pero nada cambiará. Cuando vuelvas, yo seguiré aquí.

—Lo sé, nena. Ahora sé que no te vas a escapar.

Me reí.

—Tú siempre tan humilde...

—Es que confío en nosotros. Sé que sientes algo parecido a lo que siento yo.

—¿Algo parecido? —Arqueé una ceja.

—Sí. Sé que me quieres. Pero es imposible que, de momento, me quieras de la forma en la que yo te quiero a ti.

—¿Y cómo es eso, si puede saberse?

—Como si no fuera a acabar nunca.

Harry sonrió con lentitud y yo tuve que hacer un esfuerzo por no marearme, revivir en sus brazos y después gritarle que estaba loco. ¿Como si no fuera a acabar nunca? ¿No era demasiado pronto para afirmar algo así?

Dejé de pensar cuando se acercó hacia mí como una pantera, me besó con fuerza y empezó a deshacerse de mi ropa. Ya no habría más charla. Me perdí en el camino húmedo que su boca trazaba por mi piel y dejé volar todos los gemidos que me vibraban dentro.

Durante los minutos siguientes, nos desvivimos por hacer delirar al otro. Sin que ninguno fuéramos conscientes de que estábamos equivocados. De que, después de esas navidades, algo entre los dos cambiaría. Tal vez para siempre.



## ¿La realidad de lo nuestro?

Nunca me ha gustado la Navidad. Me descoloca, me saca de mis rutinas y siempre acabo con alguna indigestión ocasionada por los dulces, el alcohol y las comidas familiares.

Además, aunque nunca lo reconoceré en voz alta, es una época que me pone nostálgica. No sé por qué. Recuerdo aquellas navidades de mi infancia en las que mi madre tenía que trabajar horas extras para poder poner un regalo para cada una bajo el árbol. Recuerdo decorar la casa con mis hermanas porque ella no tenía tiempo material para dedicarse a aquello. Recuerdo que mi padre se limitaba a felicitarnos por teléfono y a mandarnos algún detalle por correo postal, pero nunca nos sorprendía con su presencia.

Cada imagen que almaceno en mi memoria de esa época del año viene acompañada por una nebulosa gris que lo empaña todo.

Cuando crecí, las fiestas tomaron un significado distinto. Eran desconexión. Nueva Jersey. Fiestas. Mamá. Y los famosos cumpleaños en la residencia Gallagher, que siempre plantaban una sonrisa en mi cara.

Aquel año en concreto, me sentí más desubicada que nunca. Harry había volado a Boston para pasar las fiestas con su familia y yo no me encontraba a mí misma. Absurdo, ¿verdad? Echar de menos a morir a alguien de quien no me había separado en meses. ¿Era normal ese sentimiento aunque solo fuéramos a estar lejos unos días?

—¿Quieres dejar el móvil? Pones la misma cara que Liv mensajeándose con Will. No, peor, pareces Claire hablando con Neal como si nadie estuviera delante.

Me giré hacia Matt, que jugueteaba con su copa de *glühwein* entre sus dedos y le sonreí. Guardé el teléfono que no hacía más que vibrar con mensajes de Harry.

—Te ha faltado nombrarte a ti mismo y a tu cara de cordero degollado cuando hablas de Kate.

—No pongo cara de cordero degollado.

—Ni yo me parezco a Liv, Claire o Neal.

—Es cierto. Tú eres más dura. Pero el doctor Encanto te ha tocado la fibra. No puedes negarlo.

—No. No puedo. —Sonreí para mí mientras trataba de borrar la expresión soñadora que me habían dejado sus últimos mensajes—. ¿Cómo te van a ti las cosas con Kate?

—Bueno. Van. Ahora está en su casa, con sus padres y el niño. No vuelve hasta después de Año Nuevo.

—¿La echas de menos?

—Cada minuto. —Suspiró—. Pero necesito espacio y distancia para meditar sobre todo lo que ha pasado. Es demasiado.... Demasiado.

Seguí hablando con mi amigo durante un buen rato de las personas que ocupaban nuestros pensamientos. Había que ver, con lo que nosotros habíamos sido. Dos almas libres, que no buscaban el amor, que encontraban la felicidad en el sexo sin compromiso durante el fin de semana. Dos personas a las que solo les interesaba su familia, sus amigos y el trabajo. Y ahí estábamos. Con el alma encogida durante una fiesta por estar pensando en aquellos que se habían colado en nuestras vidas para cambiarlo todo. Atentos al móvil por si teníamos noticias de ellos. Deseando con todas nuestras fuerzas que estuvieran allí, compartiendo ese momento con nosotros.

Había sido el jodido karma, estaba segura.

—Eh, tíos —dijo Liv, llegando de pronto a nuestro lado—. ¿Sabéis qué acabo de ver?

—¿Qué? ¿Will está en la puerta para rematar su numerito del día? —preguntó Matt con sarcasmo.

—No, idiota. Neal y Claire. Los dos en la cocina teniendo un encuentro clandestino. A oscuras. Tocándose y susurrándose cosas.

Tanto Matt como yo abrimos los ojos de par en par.

—¿Qué cosas?

—¡No lo sé! Pero he oído algo entre ellos, y os aseguro que no era amistad. ¡Se quieren! ¡Lo sé!

—Claro que se quieren, nena —dije yo—. Desde siempre. Algún día dejarán de fingir, delante de ellos mismos y de nosotros, claro.

—Joder, me tienen harta. No sé a qué esperan. Tanta tensión sexual no puede ser buena.

Liv y yo nos reímos y le dimos la razón. Todos deseábamos que esos dos abrieran de una vez los ojos.

No hubo nada reseñable durante el resto de las fiestas. Volvimos a Nueva York para pasar allí el fin de año y un par de días después nos incorporamos al trabajo.

Harry volvía la noche siguiente y yo quise prepararle una sorpresa de bienvenida. Antes de irse me había dado una copia de la llave de su piso, así que la utilicé para colarme dentro antes de que él llegara.

Entró en casa sobre las ocho de la tarde. Cansado, con la ropa arrugada y arrastrando la maleta. Estaba agotado porque su vuelo se había retrasado casi dos horas, lo cual era absurdo, teniendo en cuenta que la distancia en avión entre las dos ciudades era de apenas media hora.

No obstante, cuando me vio, su rostro se iluminó con fuerza. Dejó la maleta y cubrió los pasos que nos separaban hasta coger mi cara entre sus manos y unir nuestras bocas.

El beso que me dio no fue tranquilo. Tampoco fue suave ni exploratorio. Fue como una afirmación salvaje y desenfrenada que hablaba de necesidad y de ganas; de lo mucho que nos habíamos echado de menos aunque solo habían sido unos días.

Enseguida nos trasladamos a la cama sin perder tiempo. Nos quitamos la ropa y ambos gemimos. Lo saboreé. Mi garganta estaba casi cerrada de emoción por sentir su lengua acariciando la mía y su cuerpo entre mis piernas.

Durante los minutos siguientes respiramos aire el uno del otro. Me sentía perdida en sensaciones. Me limitaba a aspirar su olor metiéndolo profundamente en mis pulmones. Era una chiflada. Una adicta. Pero Harry me entendía. Compartía ese mismo sentimiento. Así que pasamos las dos horas siguientes reencontrándonos piel con piel y demostrándonos de todas las maneras en las que nos habíamos necesitado esos días.

—¿De qué te ríes? —le pregunté a Harry. Estábamos tumbados en la cama, desnudos bajo las sábanas y compartiendo intimidad. De la buena, de la de verdad. La que se respiraba entre nosotros.

—Estaba acordándome de alguien.

—¿Ah, sí? ¿De quién?

—De esa Christina que conocí en Atlanta, la que peleaba conmigo y que no quería quedarse a dormir en mi habitación.

Respiré hondo. Sabía a qué se refería. Había reflexionado mucho sobre ello en los días pasados. Había evolucionado tanto en los últimos meses que a

veces sentía que mi personalidad se desdoblaba cada mañana. Mi conclusión era que había crecido, pero en lo esencial aún era la misma persona. Ahora estaba enamorada, pero seguía siendo yo hasta las últimas consecuencias.

—Esa Christina sigue aquí, ¿sabes? Es la que te pega patadas por las noches cuando me quitas el edredón.

Harry sonrió.

—Sé que sigue ahí. Cada vez que discutimos se deja ver. Es la que tiene esa boca deslenguada que tanto adoro y la que me planta cara cada instante. Gracias a ella nunca bajo la guardia.

Me abracé más a Harry y agradecí que aún tuviera presente a esa Christina de la que hablábamos. La esencial. La que siempre he sido y la que siempre sería.

—He cambiado mucho, ¿verdad? ¿Tú también lo notas? —No pude evitar imprimir una nota de nostalgia en mis palabras.

—Sigues siendo tú, nena. Has madurado algunos aspectos y algunas de las cosas que hemos vivido te han hecho evolucionar, pero sigues siendo tú. Todo lo que me enamoró de ti, tu fuerza, tu carácter, tu inteligencia, tu independencia, continúa deslumbrándome cada día.

—Tú no has cambiado tanto. Sigues siendo el mismo hombre brillante y provocador que consiguió bajarme las bragas en Atlanta.

Soltó una carcajada que hizo vibrar su pecho.

—Siempre seré ese hombre para ti. Siempre me entregaré a ti con todo lo que soy y todo lo que tengo.

Las siguientes semanas fueron increíbles. Mágicas. El aire se inundó de Harry y de mí. Compartimos cosas, conocimos hasta esas partes del otro que al principio se nos resistían y trasladamos nuestra relación a la ciudad; muy de vez en cuando y con mucho cuidado de no ser vistos, pero conseguí pasear con Harry como dos personas sin nombre, sin pasado ni futuro ni un presente que se consume.

Los días transcurrían en un suspiro y llenaban mi vida de RECUERDOS a los que poder agarrarme siempre. Sí, RECUERDOS, en mayúscula. Mi mente los atesoraba todos como si supiera que en un futuro solo ellos me mantendrían a flote.

Como un baño compartido en aquel hidromasaje que me volvía loca...

—Dios, así, nena.

—¿Así?

—Más. Más.

Estábamos en la ducha. Los dos desnudos, calientes y con el agua resbalando por nuestro cuerpo. Yo estaba de rodillas y jugaba con su piel en mi boca; hasta el fondo, con la intención de llevarlo al límite.

Harry se tensó entero en el momento que explotó sobre mi lengua, espeso, salado y cálido.

Me puse de pie y le mordí suavemente el cuello.

—¿Ha estado bien? —pregunté arqueando las cejas.

—Uff, nena. Cásate conmigo.

Como una cena en el restaurante más mágico y escondido de Brooklyn...

—La primera vez que te vi con ese vestido me empalmé en una sala llena de gente. ¿Te lo había dicho?

Me miré el vestido rojo que había llevado para la cena de principio de curso y que me había puesto esa noche bajo expresa petición de Harry. Sonreí, porque lo cierto era que sí, me sentaba de miedo.

—Eres un guarro.

—Tuve que hacer un inventario mental y exhaustivo de mi nevera para que aquello bajara.

—¿Sí? Pues a mí me puso cachonda que me separaras de aquel tipo, ¿te acuerdas? Me hirvió la sangre por tu forma de entrometerte en mi vida, pero en el fondo solo quería arrastrarte al baño más cercano por estar tan pendiente de mí.

—Yo quería quitarte el vestido. No iba permitir que nadie que no fuese yo lo hiciera.

—Me lo puedes quitar hoy —reliqué con coquetería.

Harry dejó escapar el aire entre sus dientes. Sus ojos brillaban cuando los clavó en los míos.

—En realidad, Christina, lo que espero es poder desnudarte cada noche desde hoy hasta el día en que me muera.

O un paseo en un carruaje tirado por caballos en Central Park, en el que Harry sacó a relucir al hortera romántico que llevaba dentro...

—Te quiero —susurró en mi oído, poniéndome la piel de gallina—. Es la primera vez que te lo digo al aire libre, con un manto de estrellas

observándonos desde el cielo.

Me reí.

—Eres un cliché andante, ¿lo sabías? Además, desde aquí no se distingue ninguna estrella.

—¿Por qué me estropeas el momento?

—Porque si no no estaría siendo yo misma. Y, seguramente, no me querrías tanto.

—Eso es verdad. No puedo evitarlo. Adoro que tu boca deslenguada se encare conmigo, aunque me rompa los esquemas. O especialmente por eso.

—Yo adoro que me digas esas cosas. Aunque jamás lo reconoceré ante nadie que no seas tú. —Sonreímos—. Me has convertido en una blanda.

—¿Blanda, tú? No lo creo, para mí siempre serás un hueso duro de roer.

—¿Y eso es malo?

—No, nena, al contrario. Es lo mejor que me ha pasado nunca.

Un beso en Times Square que, aunque era uno de los sitios más concurridos del mundo, te hacía sentir anónimo...

—¿Vas a besarme aquí? ¿Ahora? Cualquiera podría vernos.

—¿Y qué? ¿No puede un hombre perdidamente enamorado de una mujer darle un beso en uno de los lugares más emblemáticos del mundo occidental?

—Pero si nos pillan...

—Me da igual. Me da igual todo lo que no seas tú. Jamás, ni una sola vez, voy a desperdiciar la oportunidad de besar a la mujer de mi vida cuando me maten las ganas de hacerlo.

—Estás loco.

—Y tú discutes demasiado.

Dibujó su sonrisa de lobo y aspiró mi aliento al unir nuestras bocas. Fue uno de esos besos perfectos, en un escenario de película, que se colorean en tu cerebro para formar un recuerdo eterno.

O el definitivo: un paseo por el puente de Brooklyn al atardecer.

—Voy a guardar este momento en mi memoria para siempre —susurré de pronto.

Estábamos abrazados, apoyados en las barandillas, mirando al Hudson, a la ciudad que empezaba a iluminarse y al sol ponerse a lo lejos.

—¿Por el frío? Estamos diez grados bajo cero.

—No.

—¿Por la luz? La verdad que es preciosa. Ese juego de colores entre azul, amarillo y rosa. La manera en la que los tonos bailan en el agua. El cielo lleno de esa nieve que no tardará en caer...

—No, Harry.

—¿Entonces por qué?

—Porque acabo de darme cuenta de una cosa.

Giró el cuello para mirarme de frente y frunció el ceño. Su mano me apretó sobre el anorak que me cubría.

—¿Qué pasa, nena?

—No quiero que esto termine.

—¿El qué?

—Tú y yo. No quiero que se termine nunca.

Dejó escapar el aire con un alivio que tal vez había contenido durante mucho tiempo. Su aliento se fundió en el hielo que se respiraba en la fría noche de febrero y después se internó en mi boca cuando los labios de Harry se acercaron a los míos para dejar allí un beso dulce, sentido, cálido; un beso de amor.

—Nunca acabaré, nena. Tienes mi palabra.

Sentí unas tremendas ganas de llorar, como lágrimas anticipatorias que escurren esa herida que te dolerá con los días. Entonces no lo sabíamos. Pero aquella fue la última vez que nos miraríamos a los ojos sin que importara nada más que lo que sentíamos el uno por el otro.

Era viernes por la tarde. Harry había tenido una videoconferencia a última hora con los de Wilkens y se había quedado en la universidad. Yo había acabado pronto, así que pasé por mi piso para cambiarme de ropa y llenar una bolsa de deporte con todo lo que iba a necesitar ese fin de semana que pretendía pasar en casa de Harry.

Me sentía en una nube. Ligera. Era una pluma. Un diente de león. Flotaba.

Entré en el piso de Harry con la certeza de que llegaría cansado de la universidad. Había sido una semana dura y probablemente solo le apetecería un poco de vino y enredarse conmigo en el sofá.

Preparé un par de copas y me aseguré de que en la nevera hubiera alguna botella fría. Después me puse un salto de cama negro, precioso y atrevido, y

me tumbé en el sofá para que mi imagen fuera lo primero que Harry viera en cuanto llegase.

Mientras miraba cosas en mi móvil para matar el tiempo, tocaron al timbre. No al de abajo, sino al de la propia casa. Creí que tal vez Harry no encontraba las llaves en sus bolsillos, llenos siempre hasta los topes, así que fui a abrir. La mirilla me devolvió la silueta de una mujer. Pensé que sería alguna vecina que necesitaba algo, así que abrí solo una rendija y asomé la cabeza. No quería que mi cuerpo cubierto de lencería le diera la bienvenida.

—Eh... hola. ¿Puedo ayudarte?

—¿Está Harry?

—Pues no. Estará a punto de llegar. ¿Necesitabas algo?

La mujer entrecerró unos preciosos ojos azules delineados y algo dentro de mí se contrajo. Era rubia, elegante y llamativa. Y no parecía de las que toman un no por respuesta.

—Esperaré dentro, si no te importa. —Abrió la puerta de la casa, pillándome desprevenida y poniendo un pie en el interior del apartamento sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Un mal presentimiento me mordió la espalda.

—Perdona, pero ¿quién eres?

La mujer barrió en pocos segundos la inmensidad del salón de Harry antes de girarse hacia mí. Cuando lo hizo, me inspeccionó de arriba abajo. Mis pies descalzos, mis piernas desnudas y mi cuerpo cubierto con aquel salto de cama que dejaba tan poco a la imaginación. Había algo malicioso en sus ojos que me hizo tragar saliva.

—Así que tú eres la famosa Christina. Vaya, vaya. Esta vez Harry ha conseguido sorprenderme. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinte?

—Te lo voy a preguntar de nuevo. —Mi voz se endureció—. ¿Quién eres?

—Evelyn Watzlawick —dijo ella con frialdad, orgullosa de pronunciar junto a su nombre ese apellido que tanto significaba para mí—. Y relájate, Christina. Legalmente, yo tengo más derecho que tú a estar aquí.

—Se supone que *legalmente*, a día de hoy, tú y yo estamos en las mismas condiciones.

—¿Eso crees? —Sus ojos se agrandaron y una mueca de regocijo torció su boca de muñeca—. Así que Harry no te lo ha dicho...

—¿El qué?

—Harry y yo seguimos casados, Christina. Aún soy su mujer.

—¿Qué? —La sangre abandonó mi cara.



—¿No lo sabías? De verdad, este hombre es increíble. Se le llena la boca hablando del gran amor que siente por ti, y no ha sido capaz de decirte que sigue casado.

Intenté contenerme, lo juro. No quería que la cólera que empezaba a sentir se reflejara en mi mirada. No quería que esa mujer percibiera el abismo que se estaba abriendo dentro de mí. Allí estaba yo, casi desnuda, enfrentándome a la esposa del que yo creía que era mi pareja. Del hombre que había cambiado mi vida y la había revuelto de arriba abajo, desde los cimientos; del hombre que aún pertenecía a otra.

Clavé las uñas en el respaldo de la silla más cercana. Tragué el grito que se agitaba dentro de mi pecho y traté de contenerme. Evelyn me observaba con aquellas cejas perfiladas en alto. Siempre me había preguntado cómo era y ahora lo sabía. Alta, delgada, sofisticada. Vestía ropa de marca y en sus orejas brillaban dos diamantes llenos de luz. Era la pareja que cualquiera pudiera haberse imaginado para un hombre como Harry. Y era lo opuesto a mí.

Un chasquido en la cerradura anunció su llegada. Harry abrió la puerta y su rostro se iluminó un segundo cuando me vio con aquella indumentaria, pero su expresión enseguida se transformó al percibir la frialdad en mi ojos y la tensión que había en el ambiente.

—Nena, ¿qué...? —Cerró la puerta, dio un par de pasos hacia mí y en ese momento, por fin, reparó en ella. Una mueca de pánico afeó su semblante y vi aparecer un tic en su mandíbula. Se quedó petrificado—. Dios. Evelyn. ¿Qué... qué está pasando aquí?

—Tu mujer, que ha decidido hacerte una visita —solté yo, con la voz desprovista de toda emoción.

Vi como Harry palidecía, no sé si por la situación en sí o por la manera en la que yo lo fulminaba con la mirada. Él me conocía perfectamente y sabía que a partir de ese momento nada entre nosotros sería igual. Algo acababa de romperse para siempre.

Harry me observó en silencio con dolor en su mirada. A pesar de que lo novedoso de la escena era la presencia de su esposa, no apartó los ojos de mí ni un momento.

—Ella... Yo... Dios. —Se llevó las manos a la cara y se apretó el puente de la nariz. A continuación se giró hacia su mujer—. Evelyn. ¿Qué haces aquí?

Ella se irguió, complacida por ser el centro de atención y dejar de ser invisible a los ojos de su marido. Rebuscó en su enorme bolso de firma y sacó unos documentos de ahí. Los dejó caer sobre la mesa con un ruido seco.

—He venido a que me expliques qué significa esto.

Harry reconoció los papeles. Lo supe por cómo su nuez se movió con lentitud. Sus ojos, llenos de un dolor que yo desconocía, se deslizaron hacia Evelyn y entre los dos se produjo una conversación silenciosa.

—Yo me voy —dije. No quería ser testigo de lo que fuera que quedase de aquel matrimonio. No quería ver a Harry interactuar con una mujer que había significado tanto en su vida y que todo apuntaba a que aún era importante. Me sentía débil. Mareada. Tenía náuseas. Debía irme de allí.

—Sí, mejor —dijo Evelyn—. Esto no te incumbe.

—No, no te vas. —La voz dura y profunda de Harry resonó por todo el salón—. Christina, por favor, quédate.

En sus ojos había una súplica. Una que me susurraba que, a pesar de lo que me había estado escondiendo, en el fondo no tenía nada que ocultar. Me pedía que me quedase para demostrar que podía confiar en él. Yo me mantuve quieta en mi sitio. No quería obedecerlo. No quería escuchar ni una palabra más. Pero la parte más vulnerable de mí quería saber cómo encajábamos cada una de las piezas de ese desastre.

Cuando estuvo seguro de que no iba a huir, Harry respiró hondo.

—Son los papeles del divorcio, Evelyn —dijo.

—Eso ya lo sé. Pero tú y yo tenemos un acuerdo. No entiendo a qué viene esto ahora.

—¿De verdad no lo entiendes? ¿O no te interesa entenderlo?

—No lo entiendo. Nada ha cambiado.

—Todo ha cambiado, Evelyn. —Me dedicó una leve mirada de soslayo—. Al menos para mí. Tienes que aceptarlo.

—Mira, Harry. Te voy a hablar muy claro. Puedes tirarte a quien te venga en gana. Puedes mudarte con ella y convertirla en tu querida. Tiene pinta de que se le da bien todo lo que conlleva ese papel, pero por escrito tiene que figurar que tu mujer soy yo. Lo sabes perfectamente.

—Evelyn, contrólate. —La voz de Harry sonaba oscura, de una manera que nunca había sonado para mí—. No vuelvas a hablar así a Christina. Discúlpate.

—¿Qué?

—Discúlpate con ella o te echo de mi casa sin miramientos. Sabes que te puedo poner las cosas aún más difíciles. No me provoques.

—Harry, no es necesario —intervine yo.

—Sí. Sí lo es.

El tono de voz que empleó no daba lugar a réplica. ¿Quién era ese Harry? Fuera quien fuera, aún tenía algo de influencia sobre Evelyn, porque sus hombros se agacharon con arrepentimiento en el mismo momento en el que se giró hacia mí.

—Perdona, Christina. Harry tiene la capacidad de sacar lo peor de mí. Tú no tienes la culpa de que piense con la parte del cuerpo equivocada. —La cadencia de sus palabras sonó dulce pero falsa. Sus ojos se entornaron con malicia y lo siguiente que dijo fue escupido con un odio espeso que impactó directamente en Harry—. A ver, dime, ¿qué es lo que quieres?

—El divorcio.

—Sabes que eso no puede ser. Hay mucho que perder.

—Encontraremos la manera de que no pierdas. Te lo prometo. Pero yo no puedo seguir siendo tu marido. Ni siquiera en un trozo de papel.

Discutieron durante unos minutos de propiedades, bienes en común y acuerdos prenupciales. No extraía ningún significado de lo que decían. Eran como palabras pronunciadas en otro idioma, tal vez porque aquella era la lengua en la que se comunicaban dos personas que lo habían compartido todo: la economía, los problemas, la vida. Y yo no tenía nada que ver con aquello. Me sentí tan excluida de la realidad de Harry que me dolió más que el hecho de que me hubiera ocultado la verdad tanto tiempo.

Tras un rato tirándose dardos envenenados uno al otro, Evelyn resopló y se alisó su blusa de seda en un intento de recomponerse a sí misma. Era una mujer preciosa, de esas que rezuman clase por cada poro. La imaginé vestida de blanco agarrada del brazo de Harry mientras se daban el «sí quiero» y quise gritar. Harry la había amado. Ella había sido su vida. De alguna manera, aún lo era.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad? —preguntó Evelyn, imprimiendo una calma en su voz que todos los presentes sabíamos que no sentía.

—No.

—Vale. En ese caso, recibirás una llamada de mi abogado antes de que finalice el mes. No voy a rendirme, Harry. No voy a perder. No en esto.

Cogió los documentos de la mesa y los volvió a meter en su bolso. Después caminó con seguridad, haciendo resonar sus tacones en el mármol del suelo. Yo sentía que me ahogaba viéndola salir de allí. Ella no volvió a mirarnos ni a Harry ni a mí, y cruzó la salida con una elegancia que jamás podría imitarle, especialmente en un momento tan tenso como aquel.

Yo seguía allí, casi desnuda, y en el momento que escuché la puerta

cerrarse por fin reaccioné. Me faltaba el aire. Me asfixiaba. Tenía que irme.

Empecé a andar por el pasillo para entrar en la habitación. La rabia empezaba a crecerme por dentro y se comía mi tranquilidad. Era cuestión de tiempo hasta que explotase.

Tal y como me temía, Harry decidió seguirme.

—Christina, espera. ¿Adónde vas?

—Lejos de aquí.

Cogí la bolsa de deporte que había traído y empecé a sacar mi ropa con la intención de ponérmela y salir a la calle.

—No. Nena, por favor.

—¡No! ¡Nada de nena, Harry, ¿me oyes?! ¡Nada!

—Por favor. —Extendió un brazo hacia mí con la esperanza de que su tacto, como tantas otras veces, me calmara.

—No me toques. ¡No me toques!

—Lo siento. Lo siento, joder. Esto no tendría que haber pasado así. Maldita Evelyn, si solo...

—¡¿Maldita Evelyn?! ¡No te atrevas a culpar a nadie de lo que tú has hecho! ¡Me mentiste! ¡Me mentiste día y noche durante meses! ¡Meses! ¡Estás casado! ¡Casado! Tu vida está unida a la de otra mujer, ¡a tu esposa! Dios... Tengo que irme de aquí.

Empecé a ponerme los pantalones aun sin quitarme el salto de cama. Me daba igual todo. No pensaba desnudarme delante de él y no quería perder el tiempo. Me puse un jersey de lana por encima lo suficientemente largo como para cubrir por entero lo que llevaba debajo.

—Christina, si te he mentido ha sido por omisión. No te dije que legalmente Evelyn y yo seguíamos juntos, pero he sido completamente sincero en todo lo demás. Hace mucho que no somos una pareja. No vivimos juntos desde hace más de un año, no nos une nada salvo una firma en un papel y un montón de jaleos burocráticos. ¡Yo no estoy enamorado de ella, joder! Solo te quiero a ti, desde que te cruzaste en mi camino solo has sido tú. Christina, por favor, relájate y deja que te lo explique todo. Respira.

Me giré hacia él, hecha una furia.

—Si vuelves a pedirme que me relaje te corto las pelotas y te las hago tragar. ¿Me has entendido?

Harry retrocedió un paso. Me creía muy capaz de hacer algo así.

—Sí.

—Bien. Ahora, déjame salir. —Terminé de abrocharme las botas y me eché

al hombro la bolsa. No quería estar con él ni un minuto más.

—¿Adónde vas?

—No es asunto tuyo.

—Nada es más asunto mío que tú.

—Yo de ti empezaría a usar el tiempo pasado para referirte a mí.

Harry no se apartó para dejarme pasar, pero tampoco me retuvo. Salí al salón de nuevo, cogí mi abrigo del perchero que había junto a la entrada y me lo puse.

Él apareció por el hueco del pasillo justo detrás de mí, pero no volvió a abrir la boca.

Tal y como había hecho Evelyn, no le dediqué una última mirada. Cuadré mis hombros y abrí la puerta. Cerré con fuerza y después me metí en el ascensor con la cabeza dándome vueltas.

Vagué por la zona, con frío y a oscuras, hasta que me di cuenta de adónde debía ir. Al único lugar que conocía donde las penas pesan menos y donde la compañía tiene el poder de relativizarlo todo.

Allí donde surgió la verdadera Christina.

## ¿Y ahora qué?

Claire me abrió la puerta de su casa con una expresión de preocupación dibujada en su rostro.

—Pasa —me dijo—. Neal ya está aquí. Liv y Matt vienen de camino.

—¿Los has llamado a todos?

—Sí. Matt también está bastante decaído, según Neal. Creo que todos nos necesitamos a todos.

El apartamento de Claire estaba ordenado hasta el milímetro, como si ella de antemano hubiera sabido que íbamos a acabar refugiados allí.

Neal estaba sentado en el sofá y me miraba con esa ternura infinita suya. Me pregunté si había llegado el primero por casualidad, o si es que llevaba ahí toda la tarde. Algo me decía que era lo segundo.

Liv llegó a los cinco minutos de haber entrado yo por la puerta y Matt lo hizo a los diez. En ese tiempo, a Claire le había dado tiempo a preparar una bandeja con cervezas, canapés salados y tostadas con queso de untar.

Nos sentamos alrededor de la mesa pequeña del centro que había frente al sofá y empezamos a comer en silencio, cada uno pensando en sus cosas. Liv en Will, como siempre. Matt en Kate y cualesquiera que fueran esas novedades que lo estaban atormentando, y Claire y Neal en aquello que compartían y escondían al resto del mundo.

Tras unos minutos en los que solo escuchábamos la música que Claire había seleccionado, Liv rompió el hielo.

—Christina, ¿qué ha pasado?

—Harry está casado —solté.

—¿Casado? ¿Cómo que casado? ¿Con quién?

—Con la que se suponía que era su exmujer.

No les había dado muchos detalles a mis amigos de esa parte de la vida de Harry, entre otras cosas porque ni yo misma sabía demasiado del tema. Me pasé las manos por el pelo y lo recogí rápidamente en una especie de moño.

—¿Te lo ha dicho hoy? —preguntó Claire.

—No exactamente...

Pasé a contarles a mis amigos lo que había ocurrido esa tarde. Desde mi llegada al piso de Harry después del trabajo, pasando por la aparición sorpresa de Evelyn y la expresión de Harry cuando cruzó la puerta de la casa y nos vio a las dos allí, paradas en su salón. Intenté reproducirles todo lo que se habían dicho entre ellos y también mi actitud una vez la mujer de Harry se había marchado de la casa.

Mis amigos se quedaron observándome en silencio durante segundos, digiriéndolo todo. Hasta que Liv soltó uno de esos comentarios espontáneos suyos para deshacer la tensión.

—¿Todavía llevas el salto de cama?

Yo asentí con la cabeza y me levanté el jersey para enseñarles la tela de encaje negro que aún estaba pegada a mi cuerpo.

—Muy interesante, Sanders. —Matt me guiñó un ojo.

—¿Qué quieres hacer, Christina? —preguntó Neal—. ¿Tienes algún plan?

—No. —Negué con la cabeza.

—Creo que deberías dejar pasar un poco de tiempo para asimilarlo todo, pero en algún momento tendrás que permitirle que se explique —continuó diciendo mi amigo—. Igual todo esto tiene algún sentido que no somos capaces de ver.

—¿Sentido? ¿Qué sentido? Me ha mentado durante meses. Ha tenido mil oportunidades de explicarme que seguía casado. No digo que lo hiciera en nuestros comienzos, cuando en principio entre nosotros solo había sexo, pero en el mismo momento en que empezamos a ser algo más... Joder. No entiendo cómo ha podido ocultármelo.

—Cielo, entiendo que estés enfadada —dijo Claire—. Por primera vez en tu vida has confiado en un hombre, te has abierto a él y de repente te enteras de esto y... es normal que estés en *shock*.

—No quiero volver a verlo. —En el mismo momento en el que pronuncié esas palabras, la posibilidad de no volver a ver a Harry me desgarró un poco por dentro.

—No digas eso. Ahora mismo te duele su mentira, pero él te quiere, Christina. Igual no ha sabido hacerlo mejor. Habría que escuchar su versión de las cosas.

—¿Por qué lo defiendes, Claire? —preguntó Liv—. ¡A la hoguera con él!

—Lo defiendo porque toda historia tiene dos caras. Y conocemos la de Christina, pero no la de Harry.

—Hombres...

—A veces las mujeres también la cagamos, ¿sabes? No solo son ellos.

—¿Ah, sí? —Liv alzó las cejitas con diversión—. ¿Lo dices por alguien en especial?

Claire abrió mucho los ojos, sintiéndose acorralada. Pero Neal, como siempre, la rescató a tiempo.

—Chicas, os estáis desviando del tema. Esto va de Christina y el doctor Encanto.

—Harry. Harry a secas —dije—. No se merece que hablemos de él con tanto cariño. No se merece nada, en realidad.

—A ver, Christina. Entiendo que estés cabreada —intervino Matt—. De verdad, te sientes engañada y puedo entender que hayas sacado las uñas. Pero ¿puedes intentar verlo con perspectiva? Es solo un papel. Por lo que has dicho, no lo une una relación sentimental con ella. No es una situación irreversible. No se trata de un secreto que os cambie la vida. No es como si te hubiera ocultado un hijo, joder.

—Ya sé que no. Sé que mi situación no se puede ni comparar con la tuya. Pero me ha mentido. Durante todo este tiempo me ha hecho creer que soy el centro de su mundo, que lo nuestro es lo más importante que le ha pasado en la vida y me estaba escondiendo que seguía casado. Que sea capaz de mentirme así me hace dudar de todo lo demás.

—Y yo me quejo de que lo mío con Will es complicado —murmuró Olivia—. Al menos, en nuestra situación no hay más variables más allá de nosotros...

Los cinco pasamos a debatir las razones por las que Harry podía haber actuado de esa manera.

Mientras hablaba del tema abiertamente con mis amigos, noté una sensación extraña. Como si estuviera viendo la imagen desde fuera. Normalmente yo no tenía problemas de ese tipo. No era como Liv, que siempre se abría en canal cuando algo relacionado con Will la torturaba. No era como Matt, que contaba sin pelos en la lengua todo aquello que ocurría en su vida. Ni como Neal y Claire cuando nos hablaban de las cosas del día a día que les preocupaban. Yo siempre estaba al otro lado. Escuchando, dando consejos, viendo en el interior de cada uno de ellos. Hasta ese punto había cambiado tras la aparición de Harry en mi vida.

Traté de ver el problema en la distancia. Mis amigos siempre decían que yo formulaba la pregunta clave, la que diseccionaba el problema y exponía a



la luz el núcleo del que provenía el malestar. Así que intenté hacer de Christina conmigo misma, como si estuviera aconsejando a uno de mis amigos.

—Preguntadme por qué he reaccionado así —dije de pronto.

—¿Qué?

—Debo rebuscar en mi interior las razones por las que esto me ha dolido tanto, más allá de la mentira. Que alguien me haga la pregunta clave, por favor.

Mis amigos se me quedaron mirando unos segundos hasta que la comprensión alcanzó sus rostros. Se quedaron pensativos hasta que Liv tomó la palabra, de la misma manera en la que lo habría hecho yo. Incluso imitó el apelativo.

—Nena, ¿qué hay detrás de todo esto? Sabemos que te duele la mentira, pero ¿qué hay debajo? Hay algo a un nivel más interno que es lo que te está haciendo verdadero daño. Sácalo para que no se te enquiste.

Todos sonrieron, yo incluida, porque había sido como escucharme a mí misma. Había utilizado incluso algunas de mis expresiones. Lo había hecho bien.

—No entiendo por qué sigue casado con ella. No entiendo qué es eso tan grande que los une que no ha podido dar el paso de divorciarse cuando es obvio que ya no son una pareja en la práctica. Intuyo que a un nivel muy íntimo sigue ligado a ella y eso es lo que me hace daño, porque me había hecho creer que era la única y ahora veo que no lo soy.

Ahí estaba. La clave de aquel dolor que me arañaba las tripas. En la duda había surgido el interrogante: ¿de verdad Harry me quería de la manera en la que decía hacerlo?

Los días siguientes necesité espacio, pero Harry no me lo concedió. Mi móvil sonaba tanto con llamadas tuyas que dejé que se secara la batería y no lo puse a cargar. Eso solo consiguió que el domingo apareciera en la puerta de The New.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Mis amigos se quedaron en la salida, observándonos sin perder detalle, pero sin entrometerse. Aunque sé que Matt tenía serias tentaciones de acercarse para mandarlo a paseo.

Los ojos de Harry estaban irritados y vacíos. Su bello rostro contraído con angustia.

—He sacado la dirección de internet —dijo—. No ha sido tan difícil.

—¿Qué quieres, Harry?

—Hablar contigo.

—Eso no va a poder ser.

—Christina, por favor. Han pasado dos días. Tenemos que hablar.

La cadencia de su voz era una súplica susurrada que casi pudo conmigo. Acostumbrada a su tono profundo, provocador, sexual, escuchar aquel hilo de palabras pronunciadas con dificultad me hizo conocedora de que él sufría tanto como yo. Pero no estaba preparada para dejarlo explicarse. Todavía no.

—Habla, Harry. Pero será cuando yo quiera. Y ahora no es el momento.

—Pero mañana coincidiremos en la universidad. No podemos llevar hasta allí nuestros problemas.

—No pongas en entredicho mi profesionalidad. Nadie ha sabido jamás lo que nos traemos entre manos y eso no va a cambiar por mucho que haya descubierto que eres un maldito cobarde y un mentiroso.

—Christina, nena...

Su expresión lucía torturada. Pero torturada de verdad. Alargó un brazo para tocarme, como si no pudiera evitar anhelar el roce de su piel contra la mía. Yo di un paso hacia atrás.

—Vete, Harry. No me hagas montar un numerito delante de mis amigos.

Se marchó de allí arrastrando los pies. Yo me di la vuelta para no tener que verlo.

La semana fue fácil y complicada al mismo tiempo. Fue fácil porque ambos conseguimos comportarnos con profesionalidad, de forma que nuestros problemas no trascendieron hasta aquellas paredes. Fue complicado precisamente por esa razón. Por tener que fingir, porque cada vez que salía por la puerta esa realidad en la que yo era incapaz de mirar a Harry me golpeaba.

Los días pasaron. Él me enviaba mensajes cada noche. En ellos me escribía pocas palabras, a veces inconexas y sin sentido. Su único objetivo era dibujar recuerdos en mi mente: «Tú, yo, una manta y una botella de vino». «Nuestra primera cita». «Ducharnos juntos». «Besarte en Times Square, en la universidad a escondidas o en el salón de mi casa». «Besarte». «Quererte me llena». «Extrañarte me duele».

El viernes cuando llegué a casa, lo encontré en la puerta de arriba. Estaba destrozado. Tanto o más que yo, que llevaba una semana sin dormir, sin ir a nadar, comiendo poco y mal y pensando más de la cuenta.

Identifiqué su dolor con el mío propio, como una misma totalidad que no

podía existir sin una de las partes. Ahí fue cuando me rendí.

—Pasa —le dije.

Él suspiró aliviado y enseguida cuadró los hombros, sabiendo que yo no buscaba hablar con alguien que se doblegase ante mí. Yo quería tratar aquello con un igual; con mi igual.

Nos sentamos en el sofá. Yo mirando al frente, él de cara a mí. Él respirando profundo y yo de pronto, muy rápido. Dejamos que unos pocos segundos nos trajeran la tranquilidad necesaria para enfrentarnos el uno al otro. Harry me dejó a mí marcar los tiempos. Así que, cuando estuve preparada, fui la primera en hablar.

—¿Por qué, Harry?

Tres palabras. Solo tres palabras y Harry se abrió para mí desde muy adentro. Sin dudas, sin vacilación, sin miedo. O, quizá, lleno de él; impulsándolo como un buen motor de empuje.

—Porque no medí bien nuestros pasos. Quise decírtelo el primer día que estuviste en mi casa. Te hablé de que me había casado con la hija de mi tutor y te dije que podías preguntar qué nos pasó. Tú contestaste que no te interesaba. Me sentí decepcionado y aliviado al mismo tiempo. Decepcionado porque no quisieras ahondar en mí y en mis cosas, aliviado porque parte de mí sabía que si te enterabas de lo complicados que eran algunos aspectos de mi vida saldrías corriendo. Y había tardado tanto en acercarte que no quería dejarte escapar.

»El tiempo fue pasando y no volvió a salir el tema. A veces nombraba a Evelyn, pero como se nombra a alguien que pertenece al pasado, no al presente. Hace mucho tiempo que no la considero como parte de mi día a día. Apenas pienso en ella, mucho menos desde que tú te convertiste en el centro de todo lo que me importa. Aun así, sé que tendría que habértelo dicho. Pero la manera en la que gestioné el asunto al principio me dejó poco margen de actuación. Tú te estabas acercando y a mí aún me preocupaba que una revelación así te hiciera huir en dirección contraria. Cuando empecé a sentirme seguro respecto a lo que tú sentías por mí, el miedo se transformó y lo que temía era que te enfadaras conmigo por ocultártelo. Te conozco bien, Christina, sabía cómo reaccionarías. Así que lo fui dejando pasar por miedo, por comodidad, por egoísmo... porque no soy perfecto.

—¿Pensabas ocultármelo eternamente?

—No. Claro que no. Tenía un plan, pero necesitaba más tiempo. Por si no has mirado el calendario últimamente, te diré que en tres semanas se acaba mi

tiempo en Nueva York. Tú y yo no hemos hablado del tema, pero está claro que tenemos que tomar algunas decisiones. No quería que confesarte lo de mi matrimonio complicase más las cosas en ese sentido. Así que, mientras pensaba bien en cómo abordar el tema, fui adelantando por otra parte y empecé a mover los papeles del divorcio. Yo ya había hablado con Evelyn de ti. Fui a verla cuando estuve en Boston en Navidad. Aún tenía algunas cosas en mi antigua casa y, además, quería hacerlo todo bien. Le dije que me había enamorado y que no podía seguir casado con ella. Evelyn, por supuesto, enloqueció e intentó disuadirme. No llegamos a ningún acuerdo, pero yo ya había tomado la decisión de divorciarme. Cuando llegué a Nueva York, me puse en contacto con mi abogado y hace un par de semanas le hice llegar los papeles. Creo que nunca pensó que me atrevería a hacerlo, por eso se plantó aquí para pedir explicaciones. Si todo hubiera salido bien, ya estaría en trámites de divorciarme y podría hablarte del problema ofreciéndote la certeza de que estaba en vías de solucionarse. Sé que te habrías cabreado de igual manera por habértelo ocultado, pero creo que hubiera sido menos dramático que la manera en la que pasó todo en realidad.

—Sí. Desde luego.

Harry respiró hondo y me estudió atentamente, tratando de detectar algún resquicio de debilidad en mi actitud por el que colarse. Pero no encontró ninguno. Ese día yo llevaba puesta mi mejor máscara y no iba a caer a la primera de cambio. Dejó escapar el aire entre los dientes y se frotó esos ojos azules que chorreaban frustración y arrepentimiento.

—Lo siento mucho, Christina. La cagué. Lo hice mal desde el principio. Tendría que haberte dicho nada más conocerte que mi matrimonio estaba roto, pero que por cuestiones legales aún existía sobre un papel.

—Sí, aunque tienes razón. Habría salido corriendo.

—Lo sé, nena. Pero eso no es excusa. Al menos tendría que habértelo dicho en el momento en el que accediste a más; a conocernos, aquí, en Nueva York. Siento haberlo hecho tan mal. No quiero justificarme, pero había conseguido tanto contigo... mucho más de lo que creí que conseguiría. No podía exponerme a la posibilidad de perderte. Pero bueno... eso da igual. Lo sé. Te oculté una verdad bastante importante de mi vida, aunque te juro que no te menté en ningún momento. Abandoné la casa que compartíamos hace más de un año. No estoy involucrado con Evelyn de manera romántica desde hace mucho. Dejé de amarla bastante tiempo atrás.

—¿Entonces por qué sigues casado con ella? Si no la quieres desde hace

tanto, si hacéis vidas tan separadas... ¿por qué seguiste con aquel matrimonio?

Harry tragó saliva y cerró los ojos. Su nuez subió y bajó con lentitud, como si intentara ganar tiempo.

—¿Estás preparada para escuchar toda la historia? Porque yo quiero contártela. No quiero ocultarte nunca nada más. —Se inclinó hacia mí, acercándose tanto que quise morirme. Su proximidad me mareaba—. Yo te quiero, Christina. De verdad. Con toda mi alma. Todo lo que soy es tuyo, hasta esas partes que tú ahora crees que pertenecen a otra.

—No sé si quiero escucharlo. —Me aterraba lo que podía descubrir. Me mataba el miedo a absorber toda esa realidad acerca de Harry que lo unía a otra persona. No sabía si me podría recuperar de ello.

—Por favor. Quiero que tengas toda la información.

Fuera, el sol ya se había puesto. La oscuridad se intuía a través de las cortinas. En mi casa la luz era cálida, aunque el ambiente fuera tan frío. Supe que la escena que se estaba desarrollando en mi salón quedaría congelada en mi memoria. Harry suplicándome con los ojos que le permitiera deshacerse de todo aquello que le pesaba. Yo debatiéndome entre echarlo de allí, marcharme yo o dejar que se explicara.

Supe que lo quería demasiado como para no escucharlo.

—Está bien —dije—. Cuéntamelo.

Él se limitó a asentir una sola vez antes de hablar.

—Conocí a Evelyn en casa de mi tutor. Él y yo teníamos muy buena relación. Algo así como tú y Virginia, pero con una mayor implicación a nivel personal. El caso es que una de las veces que me invitó a cenar con su familia, coincidí con Evelyn y, bueno... ya la has visto. Era preciosa, elegante, su padre era como un dios para mí... en ese momento, me pareció perfecta. Cuando empezamos a salir, todo el mundo recibió la noticia con admiración. Mis compañeros de Harvard, mis amigos, el padre de Evelyn... Compartir la vida con ella parecía la elección correcta. Su familia era importante en los círculos donde yo me movía y ella estaba loca por mí. Nuestra relación se formalizó bastante pronto. Estuvo a mi lado en mi último año de doctorado, cuando conseguí la mención *Cum Laude*, cuando llegaron las primeras ofertas de trabajo... Ya sabes. —Hizo una pequeña pausa. Su mandíbula se veía tensa—. En su cabeza habían empezado a dibujarse planes de futuro. Una boda, viajar, la casa de nuestros sueños... Y yo, pues tenía veintisiete años, la mujer a la que quería a mi lado y el jodido mundo a mis pies. En ese momento apareció Wilkens y su más que generosa oferta. Con lo que me ofrecían podría

financiar el ritmo de vida con el que Evelyn soñaba, también estaba el tema de Fred... ¿Qué puedo decirte, Christina? Acepté una mañana y por la noche estaba poniéndole un anillo en el dedo. La boda fue una locura. Yo quería algo sencillo, pero Evelyn lo publicó hasta en el periódico. Vinieron quinientos invitados. Yo no conocía ni a la mitad. —Puso los ojos en blanco—. En fin, no voy a aburrirte con esa parte. Lo que importa es que nos casamos con un montón de sueños que queríamos cumplir. Nuestro matrimonio duró dos años y medio y solo cumplimos uno: el de la casa. Esa casa, Christina... es el tercer miembro de nuestra relación. Para empezar, no es una casa como la que estás imaginando. Era una especie de villa. La habíamos adquirido antes de la boda. Los dos nos habíamos enamorado perdidamente cuando la vimos. Íbamos a reformarla, a llenarla de vida, de luz, de color... Era nuestro proyecto. Tanto fue así que se convirtió en un punto entero de nuestro contrato prematrimonial. En caso de divorcio, la casa no sería para ninguno de los dos. Se vendería por su valor en el mercado y ninguno tendría derecho a poseerla.

Me puse una mano en el cuello, algo aturdida.

—Por favor, no me digas que sigues casado con ella por una casa...

Harry no apartó sus ojos de los míos.

—No es una casa, Christina. Es un sueño de ladrillo. Una ilusión. Una de las pocas cosas que he sentido mía en la vida. Tardamos un año en poder vivir en ella, y cuando lo hicimos... No sé. Era el jodido Nirvana. Los jardines, la piscina, los muebles... Evelyn había dejado su puesto en la revista en la que trabajaba para poder dedicarse a decorarla. Quedó perfecta. Era nuestro legado. No sé explicarlo. Llenó nuestras vidas. Especialmente la de Evelyn. Pero nos volcamos tanto en esa casa que no nos dimos cuenta de que nosotros no teníamos demasiadas ilusiones compartidas, más allá de aquel proyecto. —Suspiró con pesar—. La primera noche que pasamos allí nos sobrevino el vacío. No teníamos nada de qué hablar. Llevábamos casados un año y seguíamos sin conocernos apenas. Así que ¿qué pasó? Evelyn decidió llenar nuestras vidas con un nuevo proyecto. Me propuso que tuviéramos un hijo.

Harry me miró a los ojos para calibrar mi reacción y yo me puse blanca de repente. Sentí como el suelo se abría bajo mis pies.

—No serás padre, ¿verdad, Harry?

—Sí y no. —Se pasó la mano por la frente—. No tengo hijos, Christina, pero de alguna manera siempre me sentiré padre. Deja que te lo explique. Le dije a Evelyn que no quería tener niños. Estaba demasiado centrado en mi trabajo y luego estaba lo otro... que no veía a Evelyn como la madre que

quería para mis hijos. A esas alturas, yo ya estaba bastante desencantado con nuestra relación. Ya te lo dije, me casé con ella enamorado, pero también influenciado por mi ambiente y sin la seguridad de que aquello fuese a durar para siempre. No sé explicarlo. Me había dejado tanto llevar que no me encontraba a mí mismo. Pero tener un hijo eran palabras mayores, y sabía que no quería hacerlo; no de ese modo.

—¿Y qué pasó?

—Ella se quedó embarazada. Supuestamente fue un fallo con las pastillas anticonceptivas, pero nunca he sabido la verdad. No sé si Evelyn me la jugó o si la naturaleza quiso que así fuera, pero el caso es que ocurrió. Y eso nos trajo muchos problemas. Muchos. Muchas discusiones, muchas noches de dormir separados, días enteros sin hablarnos... y ese bebé cada día era más real. Pasamos la barrera del primer trimestre. Evelyn empezó a comprar cosas, a preparar una habitación, todo el mundo lo sabía... y un día, de repente, el corazón del niño dejó de latir. Es algo común en embarazos menos avanzados, pero nos ocurrió a nosotros, que ya llevábamos cinco meses preparándonos para su llegada. Evelyn perdió al niño y yo me sentí el hombre más desgraciado del mundo por no haber sabido quererlo cuando aún estaba a tiempo. —Cerró los ojos un segundo y cuando los abrió de nuevo pude ver en ellos parte de ese dolor—. Esos meses fueron un infierno, Christina. Evelyn se desquició, yo empecé a beber, a pasar menos tiempo dentro de casa... Discutíamos muchísimo. Ella me culpaba. Me acusaba de no haber querido a nuestro hijo y de alegrarme de su muerte. Decía cosas horribles. Ella cayó en una depresión, yo casi pierdo la cabeza... Fue un infierno.

—Y os separasteis —adiviné.

—Sí. Pasamos seis meses conviviendo en habitaciones distintas de aquella casa que era nuestro sueño y que de pronto se había convertido en nuestra cárcel. Después de aquellas últimas navidades, supe que nunca podría volver a verla como la mujer que un día quise. Hablamos más civilizadamente de lo que lo habíamos hecho en meses y yo me fui. Alquilé un estudio cerca del trabajo y le dije adiós a Evelyn, a nuestra historia y a nuestra casa.

—Pero no os divorciasteis...

Negó con la cabeza.

—No. Yo quería, porque tenía claro que jamás volvería a ser feliz con ella a mi lado, pero ella supo manejarme. Y yo me dejé, claro. Me dijo que estaba débil. Que su vida se había ido a la mierda. Que necesitaba tiempo para recuperarse y que no podía perder también la casa. A nivel legal, esa casa no

puede estar a nombre de uno de nosotros. Es posesión del matrimonio. No sé por qué firmamos esa barbaridad, pero el caso es que en el momento que nos divorciemos habrá que venderla. Y eso es lo que ella quiere evitar.

—Pero no es justo. Todo este tiempo ella ha estado disfrutando de la casa.

—Eso es porque ha tenido mucha suerte. —Sonrió con tristeza—. Al principio se suponía que iban a ser unos pocos meses, hasta que todo se asentara y se estabilizara. Pero entonces yo me vine a Nueva York y encontré algo que me importaba más que cualquier casa. —Me miró a los ojos—. Te encontré a ti. Y me olvidé de todo. Me dio igual Evelyn, la propiedad, el acuerdo prematrimonial... Todo.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo más que claro que voy a divorciarme de ella. Tengo algunas ideas para que pueda quedarse con la casa, si es lo que quiere. A mí ya me da igual que la tenga. Está demasiado llena de recuerdos que no quiero arrastrar conmigo.

El silencio inundó de pronto el salón. Mi cabeza daba vueltas mientras trataba de asimilar toda la información que Harry había puesto en mis manos. Me sentía confundida, mareada y demasiado suya como para pensar en todo aquello con claridad.

—No puedo creerme que me hayas ocultado todo esto durante meses, Harry. No lo entiendo.

—Lo sé. Y lo siento, de verdad. Pero quiero que sepas que en lo esencial no te he engañado. No quiero a Evelyn, hace mucho que salió de mi vida y después te conocí a ti, que le has dado sentido a todo. Perdóname por haberte ocultado algo tan grande. Pero tardé tanto en hacerlo que cada vez me resultaba más difícil abrirme.

—Es como si no te conociera de nada.

—Me conoces, Christina. Mejor que nadie. —Por primera vez desde que habíamos empezado a hablar, se animó a coger mis manos entre las suyas. Mi piel tembló un poco ante su contacto—. Conoces la persona que soy a día de hoy. Conoces al hombre que está desesperadamente enamorado de ti.

Cerré los ojos, abrumada por todo. Solté mis manos de su agarre y con ellas me froté la cara. Necesitaba pensar.

—Necesito tiempo, Harry. Tiempo para asimilar todo esto. Yo también te quiero, pero creo que entre nosotros se ha roto algo. Necesito averiguar si puede arreglarse.



—Claro que puede arreglarse. —Un ramalazo de pánico se asomó a su voz —. Christina, tú y yo podemos con todo.

—No es verdad. Si pensaras eso habrías sido sincero conmigo mucho tiempo antes.

—No era tan fácil y lo sabes.

Su voz sonaba rota, triste. Y es que Harry me conocía tan bien a esas alturas que sabía lo que pasaba por mi cabeza. La decepción, la desilusión, el desengaño. Estaba saturada. Porque me hubiera ocultado cosas, porque me sentía excluida de la realidad de su vida, porque aún estuviera unido a Evelyn.

Había un montón de emociones y de ideas bullendo en mi interior. Y la mayoría no eran buenas.

Me puse de pie.

—Creo que deberías irte, Harry.

—¿Qué estás diciendo? —Él también se levantó, situándose muy cerca de mí—. ¿Esto se ha terminado?

—No. —Cerré los ojos—. No lo sé.

—Nena, en tres semanas se acaba mi colaboración con la universidad. No tenemos tiempo para averiguar qué queremos. Los días se nos agotan.

Otra idea más que me asfixiaba y que no me dejaba pensar. El saber que teníamos que tomar decisiones de cara a un futuro inmediato justo cuando su pasado se nos había venido encima.

—Ya lo sé, joder. No me presiones. Entiende que después de todo esto no puedo hablarte de futuro. Igual lo mejor es que vuelvas a Boston y que en unos meses volvamos a hablar.

—No quiero volver a Boston, Christina. Quiero hacer mi vida contigo.

—Harry, por favor, vete. No vas a conseguir nada diciéndome hoy esas cosas.

Harry parpadeó y cogió aire con fuerza. Después me observó con atención unos segundos y dio un paso atrás.

—De acuerdo. ¿Podemos vernos este fin de semana?

—Creo que lo mejor es que no.

—Nena... —Su voz sonó como una súplica que aspiré hasta que me dolieron los pulmones.

—Adiós, Harry.

Dimos un par de pasos hasta llegar a la puerta. Estiré el brazo hasta alcanzar la manivela y abrí con un «clic» que resonó en el piso.

Harry agachó la cabeza y cruzó hacia el otro lado del umbral. Antes de

desaparecer, clavó en mí sus ojos. Esos ojos brillantes y perspicaces que me decían tantas cosas sin palabras y que había aprendido a amar más allá de la cordura.

—Te quiero —dijo—. Te juro que te quiero, Christina. Para siempre.

Yo asentí una sola vez y cerré la puerta. Después apoyé la espalda en la madera, me deslicé hacia abajo y me quedé en el suelo.

Y, por primera vez en más de cinco años, lloré.

Matt

## ¿Nosotros y el presente?

—Nunca fue mi intención ocultártelo. Pero es que tampoco era mi intención que acabáramos tan cerca el uno del otro. No te mereces que esto haya pasado así, y entenderé que no quieras volver a verme, pero dame al menos la oportunidad de explicarme, por favor.

Había pasado una semana desde la noche en la que descubrí la realidad sobre la vida de Kate. Una semana de sangrar por dentro cada vez que me la cruzaba en el trabajo o cada vez que me llegaba un mensaje suyo y tomaba la decisión de ignorarlo.

Todo había seguido en una especie de guerra fría entre los dos hasta ese día, que Kate había optado por poner fin al silencio y se había plantado en mi casa. Había sido Neal quien había abierto la puerta y la había dejado pasar. También fue él quien me obligó a salir de mi habitación y enfrentarme a ella. Después se había ido de casa para dejarnos intimidad, así que ahí estábamos los dos, Kate y yo, en el sofá, intentando recoger los pedazos de lo que habíamos sido.

—¿Qué parte de tu historia te sientes capaz de contarme? —la desafié.

—Quiero contártelo todo. Desnudaré mi alma delante de ti si eso consigue volver a acercarnos.

—Bien. —Cuadré mi postura en sofá en un intento de resultar intimidante —. Adelante.

—Necesito que entiendas que, ante todo, adoro a Tobey. Lo quiero más que a mí misma, pero ser madre... no es tan fácil como la sociedad te hace creer.

Cogió aire antes de pronunciar la siguiente frase y yo clavé mis ojos en ella, rezando en mi interior por que el relato que estaba a punto de serme revelado no me destrozara aún más por dentro.

—Me quedé embarazada muy joven, tenía dieciséis años cuando me hice aquel test que cambió mi vida y acababa de cumplir los diecisiete cuando me encontré con un bebé entre mis brazos.

»Fui una chica rebelde; desde siempre. Empecé a fumar muy pronto, me emborraché por primera vez a los catorce y a los quince incluso había tonteado con algunas drogas. No voy a escudarme en traumas infantiles, porque la verdad es que no los hubo. No siempre hay una historia oscura que justifique por qué algunos nos sentimos perdidos en la vida. Pero yo me sentía

así, rota por dentro, y empecé a ir con gente que no me convenía, a asistir a fiestas para las que no tenía edad y, en definitiva, a destruir mi inocencia cuando tendría que haberla protegido el máximo tiempo posible.

Soltó aquella parte casi sin respirar mientras yo fingía que escuchar todo aquello no me impactaba. En ese momento, deseé servirnos una copa a ambos; a ella para que dejara de estar tan nerviosa y a mí para no sentirme tan a la deriva. Pero no lo hice. No me consideraba capaz de moverme.

—Mi vida se complicó con la muerte de una chica que en esa época era muy cercana a mí —continuó diciendo—. Éramos una mala influencia la una para la otra. Nos metíamos en toda clase de líos. Nos involucrábamos en ambientes turbios, nos relacionábamos con chicos malos y fumábamos porros mientras nuestros padres pensaban que estábamos estudiando juntas. —Tragó saliva—. Un día, tuve la idea de que asistiéramos a una fiesta en el garaje de mi ligue del momento. Supongo que lo que le pasó podría haberle pasado en cualquier otro momento y lugar, pero no pude evitar sentirme culpable porque, de alguna manera, yo la había llevado hasta allí.

—¿Qué pasó?

—Evie sufría una especie de cardiopatía de la que nunca hablaba. Parece ser que los excesos de esa noche de fiesta la hicieron colapsar por dentro. Murió fulminada de un infarto, delante de todos, sin que nos diera tiempo a llamar a una ambulancia.

—Dios. Horrible —murmuré mientras ella hacía un movimiento afirmativo.

—Sí... Como te puedes imaginar, el sentimiento de culpabilidad no me ayudó precisamente a escapar de esa espiral autodestructiva en la que estaba inmersa. Vinieron más fiestas, más drogas, más chicos... Meses después de la muerte de Evie, me enteré de que estaba embarazada.

—Entiendo... Y ¿cómo fue esa época? Quiero decir...

—Negra —me cortó—. Queda fatal, pero quedarme embarazada es lo mejor y lo peor que me ha pasado en la vida. Los nueve meses que llevé a Tobey dentro fueron así... negros. Muchas peleas en casa. Muchos días encerrada en mi cuarto, llorando, sin alimentarme como era debido, ni a mí ni a mi bebé. Sentir que aquello me venía grande, que no quería ser madre, desear morirme para acabar con todo... Mal, Matt. Muy mal.

—¿Y nunca valoraste la opción de...?

—¿De interrumpir el embarazo?

—Sí.

—Sí y no. Sí lo planteé, pero cuando lo descubrí era tan tarde que...

—Vale. —Asentí, incapaz de decir nada. La angustia se me atascaba en la garganta—. ¿Y qué pasó luego?

—Me gustaría decirte que todo mejoró cuando tuve a mi niño en los brazos, pero no fue así como ocurrió. Tuve una especie de crisis... una depresión postparto atípica. —La miré con confusión y ella se apresuró a explicarse—: Rechazaba al bebé. No quería verlo, ni darle de mamar, ni cambiarle el pañal ni ninguna otra cosa normal para una madre. Y lo peor es que en el fondo lo quería con todo mi ser, porque era parte de mí, así que me sentía muy culpable por todo. —Suspiró—. Mi vida se convirtió en un círculo vicioso nocivo del que me costó salir. Me sentía muy mala persona.

—Estabas enferma, Kate. La depresión postparto es algo muy serio y muy desconocido. Tú no eres mala persona.

No sé exactamente qué me impulsó a justificarla. Es decir, entendía que aquello por lo que había pasado no la convertía en alguien cruel o carente de sentimientos. Era una niña viviendo una situación que no le correspondía. Pero no sé por qué una gran parte de mí quería protegerla mientras se desnudaba en mi presencia; necesitaba que se sintiera segura cuando ella no había tenido ninguna consideración conmigo.

Supongo que siempre tuvo demasiado poder sobre mí.

—Como te puedes imaginar, perdí un año de instituto. Acudí a terapia durante meses y, finalmente, conseguí prepararme las pruebas para la universidad cuando Tobey aún era muy pequeño. —Una sonrisa nostálgica se dibujó en su boca—. Pude entrar en una pequeña universidad cercana a mi casa y eso me animó; el ver que, a pesar de todo, podía lograr cosas por mí misma. Pensé que, tal vez, estaba capacitada para sacarnos adelante a mí y a Tobey.

—¿Habéis vivido con tus padres todo este tiempo?

—Sí. Sin ellos... no sé qué habría hecho. Se encargaron de todo, a nivel económico, cuidaron de Tobey mientras yo estudiaba... Todo. Marie también ha estado muy involucrada. Ellos lo han sido todo para nosotros.

El silencio que siguió a esa frase evidenció que había cierta parte de su historia que estábamos obviando y que tenía bastante peso; en el pasado de Kate, pero, más importante, en el posible futuro que podríamos tener.

Me armé de valor para preguntar.

—¿Y el padre de Tobey?

—Me resulta especialmente difícil explicarte esa parte —contestó con el semblante más serio.

—¿Estáis juntos a día de hoy?

—Es difícil...

—Ya sé que es difícil —la interrumpí, perdiendo ligeramente los nervios por primera vez desde que ella había empezado a hablar—. Pero no te andes por las ramas. Has dicho que me lo contarías todo.

Ella asintió y vi como cerraba los puños y se clavaba las uñas en las palmas.

—Se llama Patrick —dijo con un hilo de voz—. Es unos años mayor que yo. Él tenía veinte cuando Tobey nació. Estaba en la universidad y saber que sería padre no fue precisamente la mejor noticia de su vida.

Asentí.

—¿Te dejó tirada?

—Su padre es un importante juez del estado de Conneticut. Él quería seguir sus pasos. Tener un hijo con una menor era un lastre para su carrera.

—O sea que sí, te dejó tirada.

—No exactamente. Ha estado en nuestras vidas, pero de manera intermitente. Ha ayudado en aspectos económicos. Ha intentado estar lo más involucrado posible en la vida de Tobey, pero él estudiaba en Yale y bueno... no estaba todo lo presente que nos hubiera gustado.

Volví a asentir. No sé por qué, tuve el presentimiento de que eso no era todo lo que había que saber respecto al padre de Tobey.

—¿Habéis sido pareja alguna vez?

—No hemos sido nunca una pareja al uso, ni siquiera lo éramos cuando me quedé embarazada. Pero sí que es cierto que esas temporadas en las que estaba cerca nos unía algo más que un hijo en común. Me he hecho muchas ilusiones con él a lo largo de los años, pero siempre se acababa marchando.

—Hizo una pausa en la que cogió aire—. Pero hace unos meses todo cambió.

—¿Qué pasó?

—Regresó a casa, ya con un puesto fijo de trabajo, y con la intención supuestamente real de estar ahí para nosotros. Se ha esforzado, no diré lo contrario, pero yo nunca he llegado a tomar la decisión de estar con él de manera definitiva. Nos vemos, salimos de vez en cuando, pasamos tiempo juntos con Tobey... —Se encogió de hombros—. Él intenta hacer las cosas bien, no solo con nuestro hijo, sino también conmigo.

—Entiendo. ¿En qué punto estáis ahora?

—En ninguno. No siento que le deba fidelidad. No habría estado contigo este tiempo si hubiera sido así. Me he tomado estos meses aquí para averiguar

qué quiero de la vida. Qué es lo mejor para mí, para mi hijo y para nuestro futuro.

—Ya. —Hice pasar un nudo de saliva por la garganta para ver si con suerte me deshacía del gusto amargo que me había llenado la boca—. Cómo acabaste en Nueva York?

—Por una carambola del destino. No tenía grandes expectativas a nivel profesional; me saqué la carrera mientras mi hijo aprendía a caminar, a usar un orinal y decía sus primeras palabras. Esa era mi única prioridad, ¿sabes? Estar a su lado y verlo crecer. Asistí a una universidad muy pequeña, pero en el último curso tuve la suerte de caerle en gracia a uno de mis profesores. Él fue quien me dijo que en Maor & Maor buscaban a alguien. Rellené una solicitud, él se encargó de recomendarme a alguien de dentro de la empresa y me llamaron. —Sonrió—. Para mí, que nunca había aspirado a algo así, ver que lo había conseguido, ver que, quizá, podría darle un futuro mejor a Tobey en el caso de que Patrick volviera a salir de nuestras vidas... No sé. No podía decir que no. Era un gran trabajo en Manhattan. Y yo acababa de graduarme. Era una locura rechazar la oportunidad. Y además... sentía que me lo debía a mí misma. Quería ser yo por una vez. Sin responsabilidades. Hacer algo por mí, ¿entiendes? Suena fatal, porque nunca más seré solo yo, soy madre, pero quería... fingir aunque fuera cuatro días a la semana que soy una persona de veintitrés años sin cargas.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza para traspararle que la había comprendido con claridad y sin juicios.

—¿Patrick te apoyó?

—No se lo tomó bien. Dijo que huir ahora que estábamos tan cerca de ser una familia era ridículo. Al final acordamos que este tiempo sería para eso, para reflexionar y para poder crecer como individuos, porque eso sería positivo para el niño.

Nos quedamos en silencio. Yo reflexioné sobre lo que había dicho, sobre todos aquellos hechos y fechas clave que me permitían ponerme en sus zapatos y entender que, en un momento dado, ella hubiera tomado la decisión de ser solo Kate, una chica recién graduada que viene a Nueva York con la idea de crecer profesionalmente. Y que mantener esa decisión hasta el final hubiera traído consecuencias negativas a quien se había cruzado en su camino; yo, en este caso.

Sin embargo, había algo... algo de lo que no había hablado; una duda en la que cabían mil interrogantes y que no pude callar.



—¿Estás enamorada de Patrick?

En sus ojos se reflejó una sombra, pero no dudó en responderme.

—Estoy enamorada de la idea de que Tobey pueda tener una familia. Es todo lo que sé en este momento.

—¿Pero lo quieres? —insistí. De pronto, el resto de su historia me daba igual. Solo quería saber si yo era el único que había perdido la cabeza en esa aventura que había sido conocernos.

—Es el padre de mi hijo, Matt. Solo por eso ya lo quiero.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

—Pues... —Me miró a los ojos, desnuda de pretextos—: Es la única respuesta que me siento capaz de darte.

De ese día habían pasado ya varias semanas. Ella se había ido a casa a pasar las fiestas, a estar con su hijo y a ver las posibilidades que tenía de cara a enfrentarse a su futuro más inmediato. Yo había ido a Nueva Jersey a comerme la cabeza, a encontrarme con mi familia y a sentir que cada día tenía un poco más claro lo que quería, aunque con cada minuto que pasaba sin noticias de Kate aquel deseo estuviera más lejos.

Volvimos a vernos el primer día de trabajo después de las vacaciones. Ella como si nada, imperturbable, serena. Aunque su mirada cálida contradecía esa capa de hielo que fingía para hacer creer al resto del mundo que era invencible. En cuanto a mí... pues me sentía perdido. Quería hablarle, decirle que si ella me daba la más mínima señal me esforzaría en entenderla, en perdonarla y en darle todo lo que estuviera dispuesta a pedirme. Pero no encontraba la fuerza, así que durante los primeros días tras ese encuentro volvimos a ese tipo de interacción que tan bien conocíamos y que nos hacía sentir seguros.

El día a día volvió a convertirse en un infierno. Nos quedábamos hasta las tantas trabajando, puede que con la excusa de tenernos más tiempo cerca, pero siempre peleándonos, desafiándonos. Era la única manera en la que nos veíamos capaces de funcionar, hasta que un día recuperamos la rutina del sexo rabioso escondidos en los baños de nuestra planta. Yo sabía que íbamos contrarreloj, que si quería algo de ella debía pedírselo antes de que su contrato finalizara y volviera a Conneticut, cerca de ese hombre al que la unía lo más grande que puede unir a dos personas. Debía pedírselo como se piden las cosas que importan, con sinceridad, dejando que las emociones hablen... Pero no, en vez de eso, me la follaba, gritándole con el cuerpo que era una

mentirosa, que me había decepcionado, que quería ser yo el que le diera tanto que no tuviera la necesidad de buscar nada más en otra parte.

No me siento orgulloso. Ella tampoco debía de hacerlo, porque después de cada encuentro se marchaba sin mirarme y tardaba veinticuatro horas en volver a dirigirme la palabra.

Un sábado, de los últimos que le quedaban en la ciudad, fui a buscarla a su casa. Había tomado la determinación de hablar de todo ello. Sabía que no se había marchado a Connecticut porque la había escuchado comentarle a Troy el día anterior que se quedaba en Manhattan. Así que allá que fui, con el discurso preparado, las ganas de sincerarme ardiéndome en la boca y dispuesto a preguntarle qué quería de mí, si quería algo, porque yo estaba seguro de que quería dárselo todo, a pesar de las mentiras, la decepción y todo lo que nos separaba.

Me abrió la puerta Jacqueline, una de sus compañeras de piso, pero vaciló al verme decidido a entrar.

—No es un buen momento, Matt —me dijo—. Kate no está sola.

—¿Cómo que no está sola?

—Pues eso... Que hay alguien con ella.

—¿No puedo pasar?

—Eh... No sé. Yo diría que no.

En un segundos se me pasaron mil cosas por la cabeza, menos la más lógica: la llegada de ese hombre que era el centro de su vida y cuya presencia en el piso me fue revelada a través de una risita infantil.

Ignoré los intentos de Jacqueline por evitar que entrara y abrí la puerta de la habitación de Kate.

La imagen que me recibió congeló mis latidos. Allí estaban los dos, madre e hijo, en pijama, jugando, riendo como si el mundo fuera no existiera.

Enseguida repararon en mí y la forma en la que a ambos se les descosieron las sonrisas me hizo sentir un intruso de mierda.

Kate parpadeó varias veces, nerviosa, pero juntó fuerzas para que aquel silencio no se prolongara:

—Matt... ¿qué estás haciendo aquí?

—No lo sé. Quería hablar, pero... —Me quedé sin palabras unos instantes—. No lo sé.

Tobey nos miraba a uno y a otro con sus enormes ojos llenos de interrogantes.

—Mami, ¿quién es? —preguntó con su vocecita aguda.

Kate reaccionó de pronto, y dulcificó su expresión para hablarle a su hijo:

—Es mi amigo Matt. Estuvo en casa hace unas semanas. ¿Te acuerdas de que me llevó en coche y luego te contamos un cuento?

La cara del niño se iluminó en señal de reconocimiento.

—¡Sí! ¿Ha venido en coche?

—No, colega —me adelanté yo. Caminé unos pasos por la habitación hasta quedar más próximo a la cama en la que estaban ellos y me acuclillé para que nuestros rostros estuvieran a la misma altura—. En Nueva York nunca voy en coche, sino en metro. El metro es mucho más guay porque va por debajo de la tierra, ¿lo sabías?

—No. —Abrió mucho los ojos.

—Pues mola un montón.

—Mami, ¿podemos ir en metro con Matt? —preguntó dirigiéndose a Kate con una sonrisa cargada de emoción.

—Podemos ir en metro, cariño, pero Matt... Matt igual tiene cosas que hacer.

Tobey asintió despacito, visiblemente decepcionado. No sé por qué, yo me sentía igual.

—¿Podemos hablar fuera un momento? —me preguntó Kate de pronto, con una expresión comedida, tras haberme estado observando los últimos segundos.

—Por supuesto.

Salimos al pasillo mientras Tobey se entretenía con la *tablet* de Kate. Dejamos la puerta de la habitación entreabierta para que pudiera llamarnos si necesitaba algo. Cuando Kate habló, lo hizo en susurros.

—¿Por qué has venido?

—Porque quería hablar contigo.

—¿Por qué?

—Porque no le encuentro sentido a lo que estamos haciendo.

—¿A qué? —Endureció su mirada—. ¿A que follemos como animales por ahí pero que no tengamos una conversación normal desde hace casi un mes?

—Bueno... Es un buen resumen.

Resopló, indignada, y meneó la cabeza en un gesto de frustración.

—La cosa es así: nos iba bien juntos, descubriste que tenía un hijo, me exigiste una explicación, te la di y llevas desde entonces pasando de mí, salvo cuando te pica, que entonces no tienes reparo en empotrarme en los baños de nuestras oficinas.

Fruncí el ceño.

—Esa lectura es un tanto injusta. Tal y como yo lo veo fue: nos iba bien juntos, tan bien que juraría que estaba naciendo algo... bonito. —Ella apartó un segundo la mirada, pero yo seguí hablando—. Entonces descubrí que llevabas meses engañándome, te pedí explicaciones y luego ambos necesitamos distancia. Tú porque tienes una vida a la que volver lejos de aquí y yo... porque no sé... Sigo sin entender una puta mierda.

—¿Qué es lo que no entiendes? Te expliqué por qué te había mentado. Lo que te pasa es que no sabes si te sigo gustando tanto ahora que sabes que vengo con mochila.

—Ese no es el problema. —Me pasé las manos por el pelo, agobiado—. Tengo muy claro si me gustas o no, con mochila o sin ella; no es esa la cuestión.

—¿Y cuál es?

Su mirada, esos dos ojos en los que me había perdido y encontrado tantas veces, brillaron como un mar en calma. Supe leer en ellos las ganas que tenía de que le asegurara que no me había perdido del todo. Tal vez aún no se había dado cuenta, pero no estaba preparada para la posibilidad de verme salir de su vida para siempre.

Le dije la única frase que pedía una explicación que nos calmara tanto a mí como a ella.

—No sé durante cuánto tiempo más esto nuestro seguirá siendo una posibilidad real.

Un solo parpadeo se llevó las dudas de sus ojos.

—Eso depende. ¿Tú aún quieres que lo sea?

Me mordí el labio inferior, deseando que fuera el suyo en vez del mío. Había que ver hasta qué punto su cercanía afectaba a mis huesos y mi sangre. Se había acercado tanto en los últimos segundos que su olor ya había bloqueado mi sentido común. Como siempre con ella, solo atendía a pulsiones internas.

Pero justo en ese instante una vocecita nos recordó que no estábamos solos.

—Mami, ¿el metro cierra?

Kate se separó de mí como un resorte. A través de ese pijama de gatitos que llevaba, pude percibir que se le habían erizado los pezones.

—No, cielo. Está abierto todo el día.

El niño nos miró como si fuera consciente de que se le estaba escapando algo de aquella escena.

—¿Y está muy lejos? —insistió.

—No, muy cerquita de este edificio hay una parada.

—¿Tú sabes ir? Matt podría acompañarnos para que no nos perdamos.

El niño me miró con algo parecido a la esperanza reflejándose en sus ojos y segundos después su madre hizo exactamente lo mismo:

—Tal vez... —dijo.

Yo carraspeé un poco, algo confuso, y dejé que mi instinto hablara.

—Puedo hacer algo más guay que eso. Puedo acompañaros y enseñaros un camino secreto que lleva hasta un sitio superchulo.

Tanto madre como hijo sonrieron tímidamente en mi dirección, pero fue ella la que habló:

—¿Vendrías con nosotros a ese sitio?

Yo la miré y sonreí enigmáticamente.

—¿Habéis desayunado?

A Tobey le flipó el metro. Ir de pie, cogido a la barra mientras su madre sujetaba su cuerpecito para que no se tambaleara con el movimiento. La oscuridad de las vías, la velocidad, la gente que salía de todas partes.

Llegamos al Museo de los Niños de Manhattan, que era nuestro destino, en un momento en el que ni siquiera tuvimos que hacer cola.

Durante las horas siguientes, Tobey se perdió en salas llenas de juguetes, pinturas, cuentos y otros niños. Rio a carcajadas y se sentó muy formal durante un taller de dibujo infantil. Después comimos los tres con otros padres que también habían pasado allí el día y luego se metió en un parque de bolas mientras Kate y yo lo observábamos desde fuera, a través de una red.

—Este sitio es una pasada —dijo Kate con una sonrisa en mi dirección. Lejos había quedado la tensión de horas atrás y de las últimas semanas—. Jamás se me habría ocurrido traerlo aquí.

—Nueva York está lleno de posibilidades para familias con niños. Es una pena que no haya venido más veces.

—Ya... Siempre prefiero ir yo a Connecticut por no sacarlo mucho de sus rutinas. Este fin de semana ha venido él porque mis padres tenían una boda fuera de la ciudad, y bueno... quería tenerlo aquí aunque solo fuera una vez.

—¿Y Patrick?

Su mirada se perdió unos segundos a lo lejos.

—Esta ha sido una de esas ocasiones en las que Patrick está demasiado ocupado.

—¿Se lleva bien con Tobey?

—Sí, Tobey lo adora. Lo idolatra como si fuera una especie de héroe. Siempre me pregunta si cuando vuelva de trabajar en Nueva York iremos a vivir con él.

Asentí con comprensión, aunque lo cierto era que esa posibilidad no me gustaba.

—¿Iréis a vivir con él? —indagué.

—No lo sé. No sé bien qué quiero en este momento. Para empezar, no sé cómo me siento acerca de abandonar Nueva York. Al final me ha gustado más de lo que creía. —Sonrió con nostalgia—. No dejo de pensar en todas las posibilidades que tendríamos viviendo aquí. Pero Tobey y yo solos en una ciudad tan grande...

—No estaríais solos.

—Ya, están Marie y Moira, pero...

—No me refería solo a ellas —aclaré—. Yo... podría echaros una mano.

Ella me miró. Había sonado tan vulnerable que me habría ahorcado a mí mismo por parecer tan crío. Pero ella debió de pensar algo bien distinto, porque volvió a curvar sus labios y se puso de puntillas para pasar sus dedos por mi pelo. Me recorrió un escalofrío.

—Eres especial —dijo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Qué va. No lo soy.

—Sí lo eres. —Me dio un beso en la mejilla, pillándome totalmente desprevenido, y me dedicó una mirada tan intensa que me volví a estremecer—. Algún día te darás cuenta de todo lo bueno que llevas dentro.

Por la tarde, aunque hacía bastante frío, llevamos al niño a Central Park. Por suerte no llovía y pudimos pasear un rato por los parques, entre árboles, y nos dio tiempo a llevarlo al Billy Johnson Playground para que se tirara por el enorme tobogán de granito antes de que anocheciera.

Me encantaban los niños, aunque había tenido contacto con muy pocos en toda mi vida. Por eso tal vez disfruté especialmente de ver como Tobey se lo pasaba en grande, gritando a pleno pulmón, muerto de risa mientras se deslizaba por los toboganes, se subía a los columpios o simplemente jugaba con otros niños.

También disfrutaba de la expresión serena de Kate, de cómo se reflejaba la

felicidad por su hijo a través de sus ojos, de cómo me observaba a mí de vez en cuando, como si no me conociera y al mismo tiempo lo supiera todo de mí.

Y yo confirmé aquello que en realidad siempre había sabido: que la vida era mucho más bonita si la miraba de reojo y la pillaba mirándome.

La última parada del día fue una visita a esas tiendas famosas porque permiten que los clientes diseñen un peluche a su medida. Les regalé uno a cada uno: una flor a Kate, con tanto relleno que el peluche parecía una piedra, y uno con forma de coche a Tobey, que decía que le había quedado como el de su película favorita: *Cars*.

Antes de acompañarlos a su casa, cenamos un Happy Meal en el McDonald's y, en el taxi de vuelta, Tobey se quedó dormido entre su madre y yo.

Lo subí en brazos hasta su casa y ayudé a Kate a ponerle el pijama y arroparlo en la cama. Ella llenó su carita de besos y después me acompañó a la salida.

Nos quedamos mirándonos unos segundos en el recibidor. Ella parecía nerviosa, contenta, emocionada y agradecida. Todo a la vez.

—Gracias —me dijo—. Gracias por el día de hoy.

—No, gracias a ti por haber compartido conmigo una parte tan importante de tu vida.

Era cierto, había sido un gran día. Lo recordaría siempre. Lo sabía. No solo por el niño, que era parte de Kate y solo por eso tenía parte de mi corazón en sus manos. También por ella, porque la había sentido cerca como nunca antes. Y ese era mi mayor deseo en ese momento; quizá para siempre.

—A Tobey le gustas —anunció con una expresión tierna.

—Y a mí me gusta él.

—A su madre también le gustas.

—A mí su madre me encanta.

Nos miramos y sonreímos como dos gilipollas. Porque tal vez eso éramos: dos gilipollas que podían tener todo lo que quieren al alcance de su mano, pero temen pedirlo.

—Mi tiempo aquí se acaba —agregó, pensativa.

—Ya lo sé. Pero la ciudad no va a moverse de aquí si necesitas tiempo para tomar una decisión.

Sus ojos se entornaron, convirtiéndose en una franja oscura y brillante llena de preguntas.

—¿Y tú? ¿Te moverás tú?

—Si me necesitas, no me iré a ninguna parte.

Alzó la mano, con miedo, y me tocó las mejillas. Sus yemas en mi piel quemaban, pero eran a la vez suaves y reconfortantes. Después su caricia se expandió hacia mi nariz y mi boca, y yo regué su dedos con mi aliento con la esperanza de que aquel momento fuera eterno.

—¿Cómo hemos acabado así? —susurró y supe al momento a lo que se refería: tan cerca, tan nuestros, con tanto poder el uno sobre el otro—. No contaba contigo.

—Ni yo con vosotros, pero ya ves... así es la vida. —Sus ojos se abrieron de par en par, asustados por todo lo que contenían—. ¿Qué pasa?

—Has dicho nosotros.

—Claro. ¿Qué pasa? —repetí.

Su respuesta no fue con palabras, sino que se encaramó a mí hasta conseguir fundir su boca con la mía. Nos dimos un beso lento, húmedo, sincero y lleno de sensaciones bonitas, no como los últimos que nos habíamos dados, que estaban plagados de reproches. Fue un beso que solo tenía cabida en aquel momento, porque jamás, jamás, nos habíamos entregado a un duelo de saliva sin murallas entre nosotros.

La toqué por encima de la ropa, no por excitarla, sino porque quería sentirla entera, sabiendo que por dentro a ella le pasaba lo mismo que a mí.

—Me estás matando... —murmuró en mi boca.

—Y tú a mí. Cada día te llevas un poco más de mi vida.

Sabía que pronto alcanzaría un punto de no retorno, así que me obligué a parar. No quería hacer nada en esa casa si Tobey dormía en ella. No quería forzar las cosas. Esa situación precisaba de tiempo y delicadeza.

—Será mejor que me vaya —dije, separándome de Kate.

Cuando nos despedimos unos segundos después, lo hicimos sin prisa y con la promesa de hablar de todo lo que había pasado. Ella lo había dicho. Se nos agotaba el calendario. Y tenía que tomar una decisión. Pero sabía que si me pedía tiempo... yo se lo daría.

Los días siguientes fueron de eso. De tiempo que nos regalamos el uno al otro, pero no para compartirlo juntos, sino para que cada uno pudiera pensar sobre lo que quería. Así nos lo habíamos dicho una tarde que nos encontramos en el ascensor a la hora de la salida:

—Necesito tiempo, Matt. Me voy dentro de nada y aún no sé cómo voy a



afrontar mi marcha.

—Lo respeto. Solo te pido que me informes cuando tomes una decisión. Yo, mientras, también estaré pensando.

Pero pasaron los días y no hubo respuesta. Yo trataba de ser paciente, aunque sabía que jugaba una carrera contrarreloj. Mi instinto me decía que la posibilidad de alcanzar lo que quería era cada segundo un poco más lejana. Ella ya no me sonreía en el trabajo tanto como jornadas atrás. Tampoco discutíamos, como era habitual en esos momentos en los que la frustración por sentir lo que sentíamos tomaba el control. Cada vez nos parecíamos más a dos desconocidos que no comparten ningún futuro posible.

Hasta aquel día. Aquel maldito día en el que todo se rompió de manera definitiva.

Abrí la puerta de mi casa, tras haber contestado al telefonillo y haber escuchado su voz. Ella apareció minutos después tras la puerta del ascensor. La vi... mayor. Madura. Vieja, incluso. Su ropa era gris. Su mirada también. Su gesto... pura desidia.

—He venido a despedirme, Matt —dijo cuando la hice entrar en mi casa y ambos pasamos al salón.

—¿Despedirte? No entiendo. Te queda una semana de contrato.

—Ya, pero en vez de pagarme los días de vacaciones que me deben he decidido cogérmelos.

—¿Para qué?

—Para llegar antes a casa.

—Vale... ¿Tienes pensado venir por aquí dentro de poco o...?

Ella negó con la cabeza con tanta determinación que mi voz se cortó.

—No voy a volver, Matt.

—¿Cómo que no?

—He estado pensando... No sé si mantener en mi mente la posibilidad de Nueva York es buena idea. Quizá debería cortar con todo.

Cada palabra que pronunciaba sonaba hueca, vacía de emoción. Salvo ese último «todo», que sabía que englobaba mucho más.

—¿Estás hablando de Nueva York o de mí?

Ella no vaciló.

—De ambos.

—No lo entiendo.

—Lo entenderás con el tiempo.

La miré con fijeza, tratando de resolver el enigma que había dibujado en sus ojos. Algo pasaba. Algún miedo, alguna herida antigua había envenenado sus reflexiones, porque la Kate que había logrado vislumbrar ese día que compartimos con su hijo... me había confesado muchas cosas sin palabras. Y esas cosas tenían demasiada fuerza como para haber desaparecido por un poco de viento.

—Una vez me dijiste que no volverías a ocultarme nada. Así que habla, Kate. Di lo que tengas que decir y déjame a mí decidir si es algo que en algún momento alcanzará a mi comprensión.

Ella asintió, con los ojos cerrados, y después los abrió para demostrarme el vacío que habitaba en ellos.

—Patrick ha comprado una casa. Una casa grande, en Stamford, cerca de donde viven mis padres. Es el hogar perfecto para Tobey. Está solo a dos calles de su colegio.

—Me alegro de la capacidad de Patrick para hipotecarse. Pero no sé qué tiene que ver eso contigo.

—Es lo que siempre he querido para mi hijo. Su familia junta; sus padres juntos.

—Pero tú no quieres a Patrick, Kate. Si lo quisieras a estas alturas yo lo sabría.

—Quiero a Tobey —recalcó—. Le he quitado mucho a lo largo de su vida. Merece tenerlo todo ahora que está al alcance de su mano.

Ladeé la cabeza, para ver si mirándola desde otro ángulo conseguía interpretar mejor la situación.

—¿Y dónde está lo que tú te mereces, Kate?

—Yo me merezco la felicidad plena de mi hijo. Por lo menos tener la oportunidad de saber si esto realmente puede hacerlo feliz.

—¿Vas a unir tu vida a la de un hombre del que no estás enamorada?

—Voy a unir mi vida al padre de mi hijo.

Lo juro, esa afirmación me exasperó.

—Eso es una gilipollez.

—La estabilidad de Tobey no es ninguna gilipollez.

—No, que creas que por jugar a las casitas con ese hombre tu hijo va a tener una vida mejor va a ser una gilipollez. Que compartas tu vida con alguien a quien no amas es una gilipollez, porque tu hijo no es tonto y ver que su madre no es feliz no va a hacerlo feliz a él.

—No hables de lo que no entiendes, Matt. No eres padre. No tienes ningún

derecho a juzgar mis decisiones.

—Sí tengo derecho si soy la única persona capaz de abrirte lo ojos.

—¿Y por qué ibas a ser tú esa persona?

—Porque sé que yo sí puedo hacerte feliz.

Eso la descolocó. Lo sé. De hecho, en parte también me descolocó a mí. Esas simples palabras eran mucho más de lo que jamás nos habíamos atrevido a decirnos.

—¿De qué hablas?

—De lo increíble que es la vida cuando estamos juntos. De eso hablo.

—Te has vuelto loco.

—Puede que sí, que haya perdido un poco la cabeza, pero al mismo tiempo veo las cosas tan claras que puede que eso te asuste.

Kate agitó la cabeza, nerviosa, ansiosa y un poco cabreada; no sé si con ella, conmigo o con la vida.

—No voy a elegirte, Matt. No por encima de mi hijo.

—No te estoy pidiendo que me elijas por encima de tu hijo. Tu hijo eres tú, sois un pack, y lo aceptaré para siempre. Lo que te pido es que no elijas el camino fácil porque lo único que va a darte es una vida gris.

—Lo que me ofrece Patrick es una buena vida.

—¿Lo que te ofrece...? No te está vendiendo un coche, Kate —dije con tensión—. Es el futuro. Lo que te pasa es que te asusta lo nuevo, porque temes volver a sentirte perdida como te sentías cuando eras una niña. Pero ¿sabes qué? Que aún eres una niña. Tienes que crecer y dejar atrás los miedos.

—No soy una niña. No vuelvas a decirlo.

—Eres una niña, una jodida niñata que tiene miedo a la intensidad y a andar a la deriva por si vuelve a perder el norte.

Eso le dolió. Le dolió mucho. Pude verlo en sus ojos y en el tic que hizo temblar su mandíbula. Había dado en el centro de su ansiedad y le aterraba saber hasta dónde alcanzaba el influjo que a esas alturas ya tenía sobre ella.

—Te odio —escupió.

—Tú no me odias, Kate. Eso es lo que te asusta.

—¡Te odio! Me estás juzgando. Estás juzgando quién fui. Ya no soy esa persona. Solo quiero tener una vida en paz, ¿entiendes? Y ya he elegido. He tomado mi decisión y no hay vuelta atrás. Me iré y no volveré a pensar nunca en lo que he vivido aquí.

—Eso no es verdad. Lo recordarás cada día. Porque hasta que llegaste aquí nunca habías alcanzado esa versión tuya que siempre quisiste encontrar. Y, por

mucho que te joda, eso ha pasado en parte gracias a Nueva York. Y también a mí. Y ahora tienes tanto miedo de perder eso que prefieres refugiarte de nuevo en lo conocido.

Su mirada refulgió con rabia.

—Te odio.

Temí que se echara a llorar, aunque al mismo tiempo lo deseaba, porque eso habría sido una prueba de lo mucho que estaba desestabilizándola el momento que compartíamos.

Sin previo aviso, se levantó del sofá y se fue. Yo ni siquiera me esforcé en detenerla. Bien conocía yo su carácter explosivo, porque era igual que el mío. Y mientras yo estaba haciendo un esfuerzo titánico por contenerme, sabía que ella era incapaz de controlar sus reacciones.

Cerró la puerta de mi casa con un sonoro portazo. Yo me quedé en el sofá mirando a la nada, con la cabeza llena de la certeza de que iba a perderla, pero que aún no nos habíamos dado nuestro adiós.

Solo habían pasado diez minutos cuando el timbre sonó de nuevo. Caminé hasta la entrada y, cuando abrí, me la encontré de frente. Más niña que nunca, con el rostro desencajado, lágrimas en las mejillas y el labio inferior temblando.

—No te odio —murmuró con un sollozo que se ahogaba en su garganta.

—Lo sé. Yo a ti tampoco.

Entró en el apartamento y cerramos la puerta. Me miró con sus ojos llenos de miedo y pena. Cuando apoyó su cuerpo en mi pecho, me di cuenta de que tiritaba.

—Voy a irme —dijo.

—También lo sé. Pero en este momento me necesitas demasiado.

Ella no lo confirmó, pero sus ojos sí lo hicieron. Allí empezó nuestra despedida. Nos besamos sabiendo que era la última vez. Yo quería olvidarlo. No quería ni pensar en que ella había tomado una decisión que no me incluía; en que saldrían de mi vida, ella, su niño, su realidad. Sentía que me rompía por dentro, en pedazos tan pequeños que igual jamás volvía a encontrarme. Pero mientras ella siguiera besándome me mantendría entero.

Pronto los besos dejaron de ser suficientes y empezamos a reclamar piel. Perdimos la ropa por los rincones de mi casa antes de entrar a mi habitación. Allí nos quedamos desnudos, bailando sobre esa colcha que había sido testigos de muchas primeras veces. La primera vez que la toqué, que no estuve a la altura. La primera vez que conseguí que se corriera bajo mis manos. La

primera vez que me di cuenta de que quería verla dormir cada noche. Y allí estábamos ahora... en esa primera vez, que al mismo tiempo era la última.

Y me faltó el aire en cada beso, en cada embestida y en cada caricia que quiso fundirse con su carne. Porque cuando aquel encuentro acabara, perdería más que carcajadas, riñas, sexo y todo lo que compartía con ella; perdería también esa parte de mí mismo que había despertado con su presencia. Y para eso no estaba preparado.

Nos comimos hasta perder la cordura durante horas, durante toda una noche que no queríamos que acabara, pero cuyo final estaba cada segundo un poco más cerca. Y cuando el placer nos alcanzó, nos rompió por la mitad. Y la otra mitad fue a parar al interior del otro, para hacer nido allí y recordarnos siempre lo que habíamos conseguido ser juntos.

Minutos después, ella se quedó dormida. Yo la abracé junto a mi pecho, y suspiré, pensando que moriría asfixiado por la intensidad de lo que sentía.

—Eres lo más bonito que he tenido nunca entre mis brazos—susurré en su oído. Ella sonrió y respiró mi aliento, como si quisiera guardarme dentro para siempre.

Pero no lo consiguió.

Cuando llegó el amanecer, este ya nos encontró separados.

## ¿Es esto un avance?

Siempre he sido una persona muy reflexiva. Era algo intrínseco a mi carácter y me había ayudado a desenvolverme en la vida. Trazar planes, fijarme metas. Así funcionaba mi cerebro. Y, para ello, hacía falta mucho trabajo de rumiación previa; contemplar variables, meditar acerca de las causas, las consecuencias... Reflexionar era mi modo de dar con la alternativa correcta, con la respuesta acertada; era parte de quien era y lo ponía en práctica en todas las facetas de mi vida.

Los días posteriores a mi conversación con Harry, pensé mucho. Ya no solo en nosotros y en si podríamos recuperarnos de aquello, sino que pensé en él. En cómo había sido su vida. En cómo había interiorizado las expectativas ajenas hasta desarrollar esa incapacidad de elegir por sí mismo, que empezaba a resultarme patológica.

No lo entendía. La suya había sido una infancia feliz. Nada ayuda más a un niño a convertirse en un adulto independiente y seguro de sí mismo que el amor incondicional de sus padres. Y Harry lo había tenido. Y sí, era cierto que él gozaba de una gran seguridad personal. Solo había que ver cómo se desenvolvía en la vida. Razones no le faltaban: era inteligente, perseverante y alcanzaba sus objetivos como fruto de su esfuerzo y confianza en sí mismo. Pero, al mismo tiempo, no se fiaba de sus instintos.

Estudió lo que otros le aconsejaron basándose en su aptitudes y no en su motivación. Su vida se fue definiendo poco a poco por sus capacidades, no por sus deseos. Aprendió a dejarse llevar y a confiar en lo que otros le decían que era lo mejor para él, y se enganchó. Se acomodó. Era mucho más fácil para él dejarse llevar por el criterio de los demás que confiar en el suyo propio y cargar con las consecuencias. Y esa elección, la de no elegir por sí mismo, trajo implícitas pérdidas. Como renunciar a algunas de sus pasiones. Como aceptar un trabajo que a la larga no le llenaría. Como casarse precipitadamente con una mujer que no lo era todo para él. Como no divorciarse cuando el cuerpo se lo pedía, puesto que le fue más fácil dejarse

llevar por los caprichos de la otra persona.

Harry tenía treinta y un años y no había tomado ni una sola decisión trascendental que le naciera en las tripas. Salvo una: enamorarse de mí. Pero por todo aquel bagaje de falta de responsabilidad a la hora de construir una vida, no había sido capaz de gestionar la situación como era debido. Harry tenía que crecer y hacer las paces con esa parte de él que había enterrado con los años: la que sentía, la que vivía con intensidad; aquella que se había escapado solo una vez de su control: cuando él y yo nos conocimos.

Los días siguientes fueron duros. Harry me respetaba en la universidad. Se dirigía a mí de manera profesional y no invadía mi espacio. Eso me gustaba, que tuviera en cuenta en todo momento lo importante que era para mí que mi trabajo no se viese perjudicado.

Cuando salíamos por la puerta, él retomaba su estrategia de los mensajes, que estaba volviéndome loca.

«La primera vez que nos besamos». «Aquella noche que me abrazaste en sueños». «Las lágrimas que se te escapan cuando ríes sin control». «Hacerte el amor con la mirada». «Quererte desde dentro, sin reservas y para siempre».

Con cada puñadito de palabras se me agujereaba el corazón. Yo no estaba acostumbrada a eso, así que no tenía demasiado perfeccionadas las defensas para hacerle frente. No estaba acostumbrada a querer de ese modo, a echar de menos otro cuerpo. No estaba acostumbrada a todas las sensaciones que se me agolpaban dentro.

Lo peor era que yo ya conocía tan bien a Harry que entendía por qué había hecho lo que había hecho. No lo compartía, pero lo entendía. Y sabía, desde un lugar muy adentro de mí, que él me quería de verdad. Más de lo que nunca quiso a Evelyn. Que había manejado fatal el tema de su divorcio no porque aún sintiera amor por ella, sino porque no había sabido ponerse a sí mismo por delante. La culpa por no haber aceptado aquel bebé lo mataba por dentro. No supo tomar la decisión de deshacerse de aquella propiedad y obligar a Evelyn a empezar de cero porque nunca había aprendido a decidir.

También sabía por qué me lo había ocultado todo. En un primer momento, porque yo no le había dado la confianza suficiente como para que él se sintiera seguro; después... porque el miedo de perder lo único que él había querido de verdad en su vida lo ahogaba cada vez que se planteaba la posibilidad.

Ahora, estaba en mi mano encontrar la fuerza para perdonarlo por ser humano y tan imperfecto. Pero, lo más importante, tenía que decidir si quería

ayudarlo a ser mejor, a encontrarse, a poner sus decisiones en lo que le decían las tripas y no en su exterior. Esa, para mí, era la clave de querer a un hombre como Harry hasta las últimas consecuencias.

Mientras aún pensaba en todo aquello y daba vueltas a posibles caminos que nos ayudaran a solucionar la situación, Harry atacó. Lo hizo un día en el que yo estaba sensible, con la regla y rebuscando entre las razones aquella que explicara por qué seguía alejándome de él.

—¿Podemos cenar juntos esta noche?

Se había plantado en mi despacho. Eran las ocho de la tarde y ya no había nadie en la universidad. Quedaban dos semanas para que acabara su tiempo en Nueva York y sabía que no podía obviar el tema eternamente. Además, los dos estábamos hechos una mierda. Habíamos perdido peso, teníamos ojeras... No encontré la fuerza para decirle que no.

Eso sí, me negué a pisar su casa o que él viniera a la mía, así que fuimos a un pequeño restaurante italiano de Harlem en el que probablemente nadie nos conocería. Aunque solo quedaban quince días de esa situación peligrosa en la que nos movíamos, así que, en realidad ¿qué más daba?

—Te echo de menos —dijo nada más sentarnos. Yo cerré los ojos. No quería caer tan pronto. Pero, joder, yo me sentía de la misma manera.

—Harry...

—No, no lo entiendes. Te echo de menos cada segundo que no te tengo. No sé qué hacer, Christina. No puedo más.

—Yo tampoco sé qué hacer. Nunca me he visto en una situación como esta. Todo es demasiado nuevo, y confuso, y...

—Haré lo que quieras. En serio. Dime qué tengo que hacer para que vuelvas a aceptarme.

Cerré los ojos de nuevo. Ese era precisamente el gran germen de nuestro problema, solo que él aún no lo veía.

—Harry, no tienes que hacer lo que yo quiera. Tienes que averiguar qué quieres tú. ¿No necesitas tiempo para poner tu cabeza en orden? ¿No...? ¿Qué haces?

Harry se había puesto en pie y se dirigía hacia mí. Antes de darme una respuesta, se agachó, me acarició la cara con sus manos y me besó de una manera dulce, electrizante y sin una pizca de vacilación. No pude evitar responderle. Fue nuestro primer contacto íntimo en semanas. Fue devoción, nostalgia y futuro. Fue la definición gráfica de un beso de amor.



Cuando nos separamos, volvió a su sitio. Creo que habíamos atraído la mirada de mucha gente del restaurante, pero en ese momento no podía importarme menos.

—¿A qué ha venido eso?

—Has dicho que averiguara qué es lo que quiero hacer. Quería besarte. Y ahora me gustaría que cenásemos como si no nos separara un mundo de interrogantes. Te he echado de menos. Solo quiero estar contigo.

Esa cena fue fácil, y le dio fuerzas a Harry para seguir intentándolo. Los días siguientes, además de mandarme mensajes, me llamaba por las noches. Hablábamos de trabajo, de la universidad, de mis amigos... Me dejó caer que tendría que viajar a Boston en los próximos días para coordinar algunos temas de la junta que no podía resolver mediante videoconferencia, como hacía habitualmente. Yo me sentí aliviada y angustiada a la vez por saber que se ausentaría justo una semana antes de que su marcha fuera inminente.

Mientras estuvo en Boston, me llamó todos los días sin excepción. En esas conversaciones parecía de buen humor y llegué a la conclusión de que tal vez distanciarse un poco no le había venido mal a él tampoco.

Regresó a Nueva York a tiempo para cerrar todo lo referente a la investigación. «Efectos de las drogas en el sueño y los ritmos circadianos. Una colaboración entre la Universidad de Columbia y Wilkens, S.L.». Esa había sido nuestra vida durante nueve meses. Y ahora se acababa. Tocaba estudiar los resultados y empezar a redactar los artículos y demás borradores para diferentes revistas de divulgación científica donde estábamos interesados en publicar.

Y Harry volvería a Boston, a su trabajo como miembro de la junta directiva de Wilkens. Y nosotros seguíamos sin saber qué haríamos con lo que quedaba de nuestra relación. Ni siquiera habíamos comentado las posibilidades.

Por fin, llegó el día en que lo hablamos. Mi cabeza había dado vueltas sin parar las últimas noches y yo tenía bastante claro lo que iba a decir.

En aquella ocasión, Harry me convenció para que fuera a cenar a su casa. Hacía semanas que no la pisaba por miedo a encontrarme de cara con los recuerdos de la última vez que estuve allí. Pero nunca me ha gustado la idea de dejarme vencer por mis fantasmas, así que acabé aceptando.

Cuando llegué, me sorprendió encontrarlo todo en su sitio. Me había preparado mentalmente para ver el salón lleno de cajas y la ropa a medio meter en las maletas. Él se iba de Nueva York, ¿no? ¿Por qué no lo parecía?

Cenamos en la mesa del comedor, yo presidiendo y él a mi derecha. Había preparado pasta a la carbonara. Harry no era un gran cocinero, pero se defendía con lo básico.

Los primeros minutos comimos en silencio. Harry me observaba con inquietud. Estaba nervioso. Estábamos en un punto muy delicado de nuestra relación. Ambos estábamos desubicados y se avecinaba una conversación seria. No era de extrañar que estuviera así. Yo misma empezaba a sentir los primeros síntomas de ansiedad agarrándose a mi pecho.

—¿Qué tal Boston? —le pregunté.

—Bien. Como siempre. Mucho trabajo, muchas reuniones... Pero ha sido fructífero. ¿Por aquí todo bien?

—Sí, sin más novedades que las que te he ido contando.

Hablamos sobre cosas de la universidad y de otros temas superficiales. Creo que ambos intentábamos ganar tiempo antes de enfrentarnos a nuestro futuro.

Después recogimos los platos y la cocina y nos trasladamos al sofá. Harry me ofreció una copa de vino y estuve tentada de decirle que sí, porque ambos estábamos tensos y tal vez un poco de alcohol podría habernos ayudado a relajarnos. Pero finalmente la rechacé. No quería desconcentrarme.

—¿Por qué no has empezado a vaciar la casa? —Fue lo primero que le pregunté cuando ambos hubimos tomado asiento.

—¿Tienes prisa por que me vaya?

—No. Pero en cinco días se acaba tu tiempo aquí. Pensaba que a estas alturas ya habrías empezado a recoger.

Harry dejó escapar una exhalación profunda. Nos miramos en silencio y, sin saber por qué, aguanté la respiración.

—Tengo algo que decirte, Christina.

—¿El qué?

—Va a haber cambios en Wilkens. Cambios bastante importantes, a nivel estructura, oficinas... Algo serio.

Asentí.

—¿Y en qué te afecta eso a ti?

—Me afecta en la medida que yo quiera que me afecte. Por eso fui a Boston. Tenía que reunirme con el resto del equipo cara a cara para poder determinar el alcance que tendrán estos cambios para cada uno. Será un proceso algo lento, pero más o menos tengo claro cuál será mi papel.

—Vale. ¿Y cuál será?

—A ver... Mente abierta, ¿vale? —Yo asentí. No sabía por dónde iba a salir y empezaba a estar bastante nerviosa—. Wilkens quiere expandirse por la Costa Este. Están pensando abrir dos nuevas oficinas. En Richmond, Virginia y... aquí, en Nueva York.

—De acuerdo... —Sentí el pulso martillearme las sienas. Tuve un palpito. Supe lo que venía a continuación y supe que eso me ponía las cosas más difíciles. O más fáciles. Aún no lo sabía.

—He presentado mi candidatura para dirigir la oficina de Nueva York. Sé que tengo posibilidades. Seguiría estando en la junta y de vez en cuando tendría que viajar a Boston, que continuará albergando la sede central, pero me trasladaría aquí para hacer frente al nuevo proyecto.

Cerré los ojos.

—Harry...

—Estaría aquí, Christina. Sé que ahora no estamos en nuestro mejor momento y que tenemos mucho que solucionar, pero de esta manera estaríamos ganando tiempo. Tiempo para ir despacio, para hablar, para seguir enamorándonos cada día... Creo que esta es la mejor oportunidad que se nos podría haber presentado.

—No —respondí al instante, sin una pizca de vacilación.

—¿No?

Respiré hondo, a pesar de que notaba que me faltaba el aire. Quise echarme a llorar. Por mí, por nosotros, pero, sobre todo, por él. Porque era incapaz de ver que seguía dejándose llevar, que descargaba la responsabilidad de sus decisiones en factores externos. Y porque había llegado el momento de demostrarle hasta qué punto lo quería, aunque con ello fuera a rompernos por completo.

—No, Harry. Esta no es la mejor oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Creo... creo que no deberías venir a Nueva York.

Su mirada se endureció.

—¿Por qué?

—Porque ese no es tu camino.

—Sí que lo es.

—No, Harry. Estás tomando esa decisión por las razones equivocadas. Crees que es lo que yo quiero que hagas o lo que se espera de ti en determinado punto de tu carrera, pero la realidad es que tú no quieres ser el director de Wilkens Nueva York. No quieres estar en la junta directiva y, en

resumen, no quieres tener nada que ver con ellos.

Arrugó el entrecejo.

—¿Qué estás queriendo decir, Christina?

—Que has dejado que tu vida se defina por lo que se esperaba de ti, porque creciste escuchando cómo el mundo te decía que eras demasiado brillante como para no aspirar a lo más grande, y por el camino te olvidaste de ti, de quién eres y de lo que de verdad deseas.

Harry guardó silencio. Me miró de una manera... con recelo y admiración mezclados. Como si hubiera destapado una herida muy antigua que le doliese, pero al mismo tiempo le sorprendiese que hubiera sido capaz de encontrarla.

—¿Y si ahora solo te deseo a ti? —preguntó con un hilo de voz.

Negué con la cabeza.

—No estoy dispuesta a convertirme en la excusa que te impida darte cuenta de que tu vida hasta ahora no ha sido tuya, sino de cada persona que te aconsejó, en la que delegaste responsabilidades o que no te respetó lo suficiente como para dejarte tomar las riendas de tu propio camino.

Harry se frotó los ojos. Sus manos temblaban ligeramente.

—Vale. Entiendo tu punto de vista. Y de verdad que, aunque duela escucharlo, te agradezco que hayas sido capaz de ver en mi interior de esta manera. Pero mi carrera ya está hecha, Christina. He llegado muy lejos. Ahora me interesa mi vida personal.

—No, Harry. Te interesa agarrarte a la seguridad que te da quererme para seguir creciendo escudándote en otros.

—No. No es así.

—Sí. Sí lo es.

—No. Quiero venirme aquí contigo. Comprar un piso en el que puedas dormir siempre que quieras; en el que quieras vivir conmigo algún día. Quiero verte avanzar en tu doctorado y estar a tu lado el día que lo consigas. Quiero conocer a tu madre y el sitio en el que te criaste. Quiero pelearme contigo cuando te encierres tanto en tu trabajo que apenas nos veamos. Quiero que nos reconciliemos después y que aprendamos a ser mejores el uno para el otro. Quiero que vengas a Boston conmigo y que conozcas a mis padres y a mi hermano. Quiero que ellos tengan la oportunidad de conocerte y de quererte como te quiero yo. Por fin tengo claro qué es lo que quiero de la vida y quiero esto, Christina. Me lo dicen las tripas.

—¿A qué precio, Harry?

—¿Cómo que a qué precio?

—Sí. Vas a seguir atado a algo que no te gusta, que no te hace feliz. Y, con los años, te arrepentirás. Lo sé. Tú no quieres ser directivo de una farmacéutica. Tú lo que siempre has querido es meterte en un hospital y marcar la diferencia desde el terreno. Pero tienes miedo de tomar la decisión.

—¿Qué es lo que pretendes, Christina? ¿Todo esto es porque sigues enfadada por lo de Evelyn? No te entiendo.

—No. Esto no tiene nada que ver con Evelyn. Ni siquiera tiene que ver conmigo. Tiene que ver contigo, solo contigo. Quiero que aprendas a decidir qué te hace feliz. Quiero que te sientas realizado a nivel profesional. No quiero que te escudes en lo nuestro para seguir moviéndote por inercia. Quiero que crezcas, Harry.

—¿Qué significa eso? ¿De verdad no quieres que venga a Nueva York?

—No. —Cogí aire con fuerza—. No te quiero aquí por las razones equivocadas.

—¿Quieres que vuelva a Boston? ¿Qué será de nosotros entonces?

—No. Todavía no lo has entendido. Tampoco debes estar en Boston si lo único que te ata a ese lugar es un trabajo que no te gusta. Piensa acerca de cómo quieres vivir tu vida y toma una decisión en consecuencia.

—Ya te lo he dicho. He decidido. Y te he elegido a ti, joder. ¿Por qué no lo entiendes?

Harry empezaba a sonar alterado, frustrado, cansado. Creo que se sentía acorralado porque en el fondo, muy en el fondo, entendía lo que estaba queriendo decirle. Él sabía que tenía que empezar a responsabilizarse de ciertas cosas. Pero no estaba preparado para perder aquello que sí que había conseguido llenar su vida.

Yo intenté tranquilizarme y condensar en unas pocas palabras esa realidad que crecía ante nosotros.

—No sé si quiero que me elija alguien que no entiende la importancia de elegirse a uno mismo —le dije.

—¿Qué estás queriendo decirme?

—Que no quiero hacer mi vida con alguien que no es capaz de mirar en su interior y tomar sus propias decisiones. No quiero una relación que está abocada al fracaso antes de empezar porque una de las partes no se encuentra a sí misma.

Frunció el ceño y vi como se formaban esos dos pliegues en los que yo me había fijado en otras ocasiones. Tuve que hacer un esfuerzo por no pasar por allí la yema de mis dedos para deshacer la arruga.

—Christina... ¿Me estás dejando?

Me llevé una mano al pecho. Me dolía. Pero en un lugar mucho más profundo sabía que estaba haciendo lo correcto.

—Sí —susurré.

—¿Por qué?

—Porque hasta que no te respetes a ti mismo no podrás construir una vida sana al lado de alguien.

Clavó la mirada en el suelo segundos muy largos. Pude ver aquella herida interna que escondía dentro sangrar hasta secarse del todo.

—Joder, Christina. Yo... yo te quiero. No puedo perderte.

—Yo también te quiero. Por eso deseo lo mejor para ti. Y lo mejor en estos momentos no soy yo. Lo mejor es que te encuentres.

Me miró a los ojos y yo me revolví en el asiento. Sentía su dolor como una brisa muy fría cortando mi piel. Harry me conocía y sabía que iba completamente en serio. Aquello no era un farol, ni una prueba ni un ultimátum. No era mi estilo. Aquello era una realidad cruda que estaba a un paso de engullirnos.

—Christina... Christina, por favor, no me dejes marchar.

—Lo siento. —Me mordí los labios por dentro—. Es lo mejor.

—¿Y si mi decisión es luchar por ti? ¿Y si me quedo en Nueva York y dedico mi vida a convencerte de que me aceptes de nuevo?

—No te aceptaré, Harry. No así. No malgastes tu tiempo intentando convencerme. Te quiero entero, no perdido en decisiones que no te pertenecen.

Resopló y la frustración que sentía llenó el aire. Yo me estremecí. No quería hacerle daño. De verdad que no quería, pero estaba haciendo todo eso por él. Algún día se daría cuenta y, tal vez, podría perdonarme.

—No me dejas alternativa, entonces. Me obligas a irme.

—Es lo mejor —repetí.

—No, nena. No lo es. Nada que implique estar separado de ti puede ser bueno.

—Harry, tienes que liberarte de todas esas expectativas que te pesan por dentro. Deja tu trabajo. Divórciate. Vende la casa. Viaja. Piensa. Reflexiona. Y después decide. Sin escuchar a nadie más que a ti mismo.

—No puedo perderte, Christina. —Se frotó los ojos—. Dios. No puedo.

—Yo... no puedo garantizarte que eso no vaya a pasar. Y no por mi parte, porque yo seguiré aquí, en Nueva York, con todo lo que me hace feliz y con la seguridad de saber exactamente quién soy. Pero, igual, cuando tú por fin te

hayas deshecho de todo y te encuentres a ti mismo, te des cuenta de que yo no soy lo que quieres.

—Eso no va a pasar.

—Puede pasar, Harry. Tienes mucho sobre lo que meditar. No solo sobre tu trabajo y tus ambiciones, sino también sobre tu matrimonio, el bebé que perdiste, lo que significa estar divorciado, solo, sin pareja. Prácticamente solapaste tu separación de Evelyn con el principio de lo nuestro. Tienes mucho que pensar sobre eso también. Darnos a cada una nuestro espacio y nuestra importancia en tu vida. Tal vez, cuando eso ocurra, te des cuenta de que tus sentimientos por mí no eran tan profundos. Y no te culparé, de verdad. Me alegraré de que hayas conseguido deshacer el nudo que tienes en tu cabeza.

Sé que, en ese momento, Harry creía quererme. Sé que se lo decía su interior y que era la primera certeza que creía tener en su vida. Pero yo no podía confiar ciegamente en que los cimientos de aquel amor fueran sólidos, porque las estructuras internas de Harry estaban hechas de papel. Debía conocerse, aprender desde el principio lo que significaba amar, a uno mismo, a los demás, para siempre...

—¿Y si hago todo eso que dices y sigo pensando lo mismo respecto a ti? ¿Y si sigo queriéndote a pesar de todo? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Entonces ven a buscarme. Sabes cómo encontrarme. Me encantará verte y saber que lo conseguiste.

—¿Me esperarás?

Aparté la mirada un segundo.

—No lo sé. Igual que no sé si tú volverás.

—¿Estás diciéndome que esto podría ser el adiós definitivo? ¿Que esta puede que sea la última vez que te tenga a esta distancia?

—Es posible, Harry. Pero es un riesgo que estoy dispuesta a correr.

—Pero tú me quieres, Christina. Casi tanto como yo a ti. ¿De dónde sacas la fuerza para dejarme ir?

Guardé silencio. No lo sabía. No tenía ni idea.

Fuera había empezado a nevar. Podía verlo a través de las ventanas. Pensé en nosotros como pequeños cristales de hielo que se forman poco a poco, que viven en las nubes, que luego abrazan su destino al caer desde arriba; que flotan, que vuelan, que se derriten...

—¿Qué voy a hacer sin ti? —dijo Harry de pronto. Se había quedado mirándome esos últimos segundos con los ojos inundados de un sentimiento que en vez de llenarle, lo vaciaba—. Sin tu boca, sin tus manos, sin tus

comentarios inteligentes. Sin ese cerebro que adoro. Sin tu gran corazón. Yo no puedo vivir sin ti, nena.

—Sí. Sí podrás. Sin lo único que no puedes vivir eres tú mismo. Tienes que aprenderlo.

—Te querré siempre —susurró—. Sé que dudas que sea así porque crees que estoy perdido. Pero te juro que nada puede cambiar esto que siento. Aunque me reinventaran de arriba abajo. Te seguiré queriendo igual.

De nuevo, el dolor vibró en mi pecho.

—El tiempo lo dirá.

—¿Por qué para ti parece tan fácil? —Su cara se contrajo en una mueca.

—Dios, Harry. ¿En serio crees que es fácil? Me mata la simple posibilidad de que cuando te hayas encontrado ya no haya un lugar para mí.

—Dentro de mí siempre habrá un lugar que solo será tuyo.

Nos miramos con tristeza. Él porque aún no comprendía bien las razones que me habían llevado a empujarlo tan lejos. Yo porque me estaba jugando el potencial amor de mi vida en una carta de madurez demasiado avanzada para mis veinticinco años. Me sentía una vieja por dentro.

Poco a poco nos habíamos ido acercando y, después de sus últimas palabras, ambos flaqueamos cuando al respirar hondo lo único que oímos fue al otro. Cerramos los ojos y nuestras bocas, como dos imanes, se buscaron en la escasa distancia que nos separaba para buscar un consuelo que no podríamos obtener de otra forma.

Jugueteamos un poco con el aire y, apenas nos rozamos, me separé.

Quemaba.

—Harry... no. Tengo que irme. Creo que quedarme complicaría las cosas.

—Déjame besarte —me pidió con el corazón en los ojos—. Déjame besarte por si esta fuera la última vez.

Fui débil. Quizá porque había sido demasiado fuerte los últimos minutos. Quizá porque sabía que tendría que serlo de ahí en adelante. Quizá porque, a pesar de todo, seguía demasiado enamorada de aquel hombre como para negarle ese adiós cuyo origen él no había alcanzado a entender.

Abrimos las bocas antes de juntarlas, lo que convirtió el beso en una danza eterna que nos abrasó por dentro.

Sus dedos bailaron con mi piel por debajo de la ropa y sentí un golpe en el pecho que me dejó sin aire. Esa sensación... la de nuestros cuerpos hablándose, la de nuestras piezas encajando. Me dolía. Y a él también. Lo sabía.



Harry empezó a desnudarme. Deslizó la tela que me cubría hasta formar un río de ropa en el suelo. Cada centímetro de mi cuerpo que brillaba bajo la lámpara del salón fue adornado por su lengua y sus dientes. Gemí. Me contraí. Y Harry acarició mis labios con sus manos como si quisiera atrapar cada suspiro.

Podríamos habernos ido a la habitación, habernos dejado caer en la cama y haber trenzado nuestras piernas sobre las sábanas. Pero nos pudieron las prisas. Las ganas. Y recordé que la primera vez que descubrí el cuerpo de Harry también fue sobre un sofá. Todo parecía estar en su sitio.

Su camisa rodó por sus hombros hasta acabar en el suelo; su pantalón siguió el mismo camino.

Nos abrazamos. Necesitábamos hundirnos en el otro. Respirarnos. Mordernos. Nos faltaba aire para todo lo que queríamos hacernos. Íbamos a consumirnos. Condesaríamos los segundos para hacer de ese encuentro algo infinito que grabar en nuestra memoria para siempre.

Esa podría ser la última vez que sintiéramos aquello. Un placer tan intenso que dolía, un amor tan profundo que rompía cada esquema que habíamos trazado sobre nosotros mismos o la realidad.

Me subí a horcajadas encima de Harry con la intención de fundirme con su cuerpo, de tatuarme su esencia en mi piel, impregnar su huella en mi organismo. No sé. Se me fue la cabeza. No quería que aquel adiós se evaporara como una simple palabra de cinco letras. Quería llevarlo siempre conmigo.

Tanteé mi entrada con esa erección tensa que se escurría entre mis dedos y él gimió.

—Nena... no tengo protección.

—Hagámoslo. —Cerré los ojos—. Mañana me ocupo.

Me deslicé sobre él y Harry empujó desde abajo. Jadeé. Él también. Yo no lo había hecho nunca así, piel con piel, y aquel era el momento perfecto para saber qué se sentía teniendo al hombre al que quería resbalando en mi interior sin nada entre nosotros.

Empecé a moverme sobre él y nos besamos. Toqué su pecho con la punta de mis dedos y él se estremeció. Era tan mío en ese momento que quise llevármelo todo. Quería robarle con caricias las dudas, los temores, todo aquello que se interponía entre nosotros. También quise darle mi seguridad, mis certezas, mi amor. Que él lo cogiera, tomara lo que quisiera y se lo llevara con él para siempre.

El ritmo de mis caderas cada vez era más intenso. Más rápido, más frenético. Y Harry gemía, se retorció, jadeaba y yo supe que aquel no era un encuentro destinado a durar.

—Quiero correrme dentro —susurró.

Le dije que sí con los ojos. ¿Qué más daba? Al día siguiente lo arreglaría. En ese momento lo quería todo de él. Lo bueno, lo malo, lo prohibido. Entero. Sin restricciones. Para poder beber de cada pequeña parte de Harry de ahí en adelante; para que me acompañara en cada paso del camino.

Supe que estaba cerca cuando acercó sus dedos a mi sexo. Quería acelerar el orgasmo. Yo soñaba con hacerlo eterno, pero era demasiado intenso.

Su cuerpo conocía al mío y sabía qué teclas tocar para que nuestras pieles resbalando hicieran música. Y eso ocurrió. Nos frotamos y ambos empujamos hasta perdernos en gemidos. Gritos. Espasmos que nos recorrieron las venas para dibujar esa despedida que nos ardería dentro durante el tiempo que cabe en un para siempre.

Nos dormimos en su cama, juntos y aún un poco sudados, aunque nos habíamos dado una ducha.

Harry había dibujado círculos en mi espalda para ayudarme a dormirme. Mis ojos se cerraron en el momento en el que él me besó en los labios y olió y tocó mi pelo. El mismo momento en el que me acarició la mejilla con la nariz y susurró en mi oído:

—Te quiero para siempre, nena.

Abrí los ojos a las cinco de la mañana. El despertador de Harry sonaría a las seis, como el mío cada día entre semana. De pronto me agobié por estar en su cama. Porque volver a caer en sus brazos cuando ya nos habíamos despedido con el cuerpo la noche anterior me parecía un error que no quería pagar.

Salí de la habitación sin hacer ruido y cogí mi ropa del salón. Me vestí y salí por la puerta.

Me fui de esa casa pensando que lo vería más tarde, en el trabajo.

Me fui de esa casa sin recoger mis cosas, sin saber que ese día pondría una excusa para no ir a la universidad.

Me fui de esa casa sin saber que haría las maletas y las mandarí a otra ciudad. Que se subiría a un avión antes de que llegara la noche.

Me fui de esa casa sin mirar atrás y sin saber que aquella había sido la

última vez que vería a Harry, que sería mío, que aquel presente que compartíamos sería nuestro.

Kate

## ¿Una vida mejor?

Me gustaría poder decir que me arrepentí de mi decisión en el mismo momento en el que dije adiós a Matt, cogí mi maleta y abandoné Nueva York sin mirar atrás.

Por desgracia, estaba tan cegada por la expectativa de que el camino que estaba tomando me traería lo que siempre había deseado que no ocurrió de esa manera.

Instalarme con Tobey en la casa que Patrick había comprado para nuestra familia fue fácil. ¿Cómo no iba a serlo? Era una casa muy bonita, grande y espaciosa, con un jardín en el que Tobey podría jugar cuando llegara el buen tiempo.

La primera noche que pasamos allí, cenamos los tres en el salón. Dejamos que Tobey repitiera el postre y Patrick y yo compartimos una botella de un vino que guardaba para ocasiones especiales.

Cuando el niño se acostó, me dijo que estaba tan preciosa que no había podido dejar de mirarme en toda la noche.

—Me hace muy feliz que estéis aquí, Kate. Tobey me hace feliz, pero lo que tú me provocas... va más allá de la felicidad.

—Me alegra saber que albergas sentimientos tan bonitos, Patrick.

Él sonrió, fingiendo que mi comentario no lo había decepcionado. Siguió con ese intento de seducción que no iba a llevarlo a ningún sitio.

—Sé que has dejado claro que de momento quieres tener tu propia habitación mientras te acostumbras a estar aquí, pero la verdad es que me gustaría que inauguráramos esta nueva etapa los dos juntos y... solos.

—Lo siento, pero eso de momento no va a poder ser.

—Vale, lo entiendo. —De nuevo, controló su gesto para no reflejar que se sentía herido—. Pero quiero que sepas que la puerta de mi habitación siempre estará abierta para ti.

Las primeras semanas fueron de aprendizaje. De aprender a respetar los límites de cada uno. Aprender de la forma que el otro tenía de educar a Tobey. Aprender a ser mejores cada día. Aprender a ir a una. Aprender a ser una familia.

Hacia principios de primavera, empecé a buscar trabajo. Quería mi independencia en lo económico, seguir alimentando ese colchón que había empezado a crear en mi época en Manhattan y sentir que era más que una madre joven.

Patrick insistía una y otra vez en que no necesitaba trabajar fuera de casa, que él podía hacerse cargo de lo económico mientras yo me dedicaba a Tobey.

—Son las ventajas de que ahora seamos un equipo. Tú puedes centrarte en las necesidades de Tobey y yo me ocuparé de que no os falte de nada.

—Pero es que yo quiero trabajar.

—Kate... ¿Sabes cuántas personas querrían estar en tu situación? Ocuparse de la crianza de un hijo es una de las tareas más satisfactorias de la vida. Además, ¿qué harás cuando tengamos otro?

—¿Cuando tengamos otro qué?

—Otro hijo.

—Yo no quiero tener más hijos.

—Tiempo al tiempo... Tarde o temprano Tobey nos pedirá un hermano.

A veces pensaba que Patrick no se enteraba de lo que pasaba. Llevaba casi dos meses viviendo en su casa, y no había hecho el amago de acercarme a su habitación ni una sola vez. No me atraía la idea de compartir cama ni intimidad con él. No me sentía preparada para que fuéramos una pareja, además de los padres de Tobey.

Pero era cierto que él se esforzaba. Se esforzaba por ser esa figura que habíamos necesitado durante los casi siete años que Tobey llevaba en el mundo. Lo llevaba al colegio todas las mañanas. Se sentaba con él mientras hacía los deberes. Lo bañaba mientras yo preparaba la cena. Le leía cada noche. Lo llevaba a jugar al parque los días que hacía buen tiempo.

Estaba ejerciendo de padre ejemplar. Incluso de marido ejemplar, aun sin serlo. Se preocupaba por que yo también me sintiera a gusto. Con el paso de las semanas, incluso aceptó mi decisión de buscar trabajo y se encargó de ayudarme a encontrar algo en una empresa local que no quedaba lejos de nuestra casa.

Tenía detalles conmigo. Como comprar flores frescas todas las semanas para iluminar el recibidor. O traerme libros a casa que pensaba que podrían gustarme. O prepararme un baño caliente los días que el frío aún azotaba. Tenía que reconocer que, a ratos, a muchos ratos, era encantador. Era lo que yo siempre había esperado encontrar en él.

Algunos viernes, se encargaba de que Tobey se quedara con mis padres y

me sacaba a cenar y a tomar una copa por la ciudad. Quería dármele todo, el pack completo: el niño, la casa, la familia y el romance. Y yo, poco a poco, me iba dejando querer.

No quería pensar en ello, mucho menos admitirlo, pero dentro de mí había un vacío. Un vacío que estaba lleno de fantasmas de recuerdos, de sueños, de risas. Del holograma de la ciudad donde me había encontrado por primera vez a mí misma. No a Kate la rebelde, no a Kate la hija que toma malas decisiones muy pronto, ni Kate, la madre de Tobey. Sino a Kate. Esa Kate que sabía ser libre, dar lo mejor de sí misma. Que era independiente y elegía de verdad.

Algo estaba haciendo mal, porque ese vacío cada vez me comía más y más, hasta chocar con mis huesos. Así fue como tomé la decisión de llenarlo con las manos equivocadas, con los susurros de una voz que no era la que quería escuchar. Y me encerré un poco más en una vida que no estaba destinada a completarme.

El día que se cumplieron tres meses de nuestra llegada, ya estaba totalmente instalada en aquella casa. Tobey era un niño sano y feliz, yo tenía un trabajo que, aunque no me hacía sentirme realizada, al menos me mantenía ocupada. Y compartía mi vida con el padre de mi hijo, que sabía que le daría un buen futuro.

Entre Patrick y yo se acabó produciendo un acercamiento. Era inevitable. Él estaba siempre presente, de manera silenciosa, esperando a que bajara la guardia. Y yo estaba receptiva. Tal vez porque me sentía agradecida. O porque me estaba creyendo el papel que me forzaba a interpretar cada día. O porque, en el fondo, me sentía sola y ese sentimiento iba apoderándose poco a poco de mí.

Ocurrió el día de mi veinticuatro cumpleaños. Patrick preparó una fiesta sorpresa en nuestra casa. Invitó a mi familia al completo. A amigos que acababan de llegar a nuestras vidas, como algunos padres de los amiguitos de Tobey del colegio. También a antiguos compañeros de estudios, vecinos...

Fue una velada bonita. Organizada con buen gusto y con cariño. Y tenía el objetivo de mostrarme lo llena que estaba mi vida de gente que se preocupaba por nosotros; de que había conseguido lo que había soñado para el futuro.

Esa noche... el influjo de las emociones vividas me llevó a los brazos de Patrick. Y apreté la venda que cubría mis ojos un poco más. Y condené mi camino más allá de lo que ya lo había hecho.

Las estaciones fueron trayendo de la mano recuerdos de una vida que, en realidad, no era para nosotros.

La primavera, con los primeros paseos familiares mientras le explicábamos a Tobey los tipos de flores que crecían en Conneticut. La Pascua decorando huevos que debía llevar al colegio. Los días que se alargaban y que se traducían en tardes en el parque y picnics al aire libre.

El verano, con unas vacaciones en la playa. Con las excursiones a los parques acuáticos más cercanos adaptados para niños. Incluso con una escapada de fin de semana a Disneyland.

Era la materialización de todo lo que siempre deseé que mi hijo tuviera durante su infancia.

Fuimos pareja. Padres. Familia. Quisimos serlo todo.

Y, durante un tiempo, funcionó.

No fue hasta el otoño siguiente que me di cuenta de que el mundo que había creído construir sobre cimientos sólidos, en realidad se sostenía sobre una base de papel.

Es lo que tiene la rutina. La gente se relaja cuando consigue sus objetivos y el día a día lo llena todo. Y aquel rol que asumiste, que hiciste tuyo y que te esforzaste en representar empieza a cuartearse. Poco a poco su interior se deshace hasta que no encuentras motivos que mantengan en pie las decisiones que tomaste.

Desaparecieron los detalles. Las sonrisas porque sí. Incluso las ganas.

Eso le pasó a Patrick. Y también a mí.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera esta vez? —le pregunté una noche mientras lo veía guardar cosas en una maleta.

—Una semana. Dos, tal vez.

—Pero yo tengo la convención de la que te hablé. Llegaré a las tantas todos los días. ¿Qué hacemos con el niño?

—Yo qué sé, Kate. Habla con tus padres y que se quede allí. O no vayas al evento ese.

—¿Y por qué tengo que renunciar yo a dar un paso más en mi trabajo y tú no puedes mover un par de reuniones a una fecha que nos venga mejor a todos?

—¿Por qué tienes que discutir por todo siempre, joder? Eres muy difícil de complacer.

—Que tú me traigas regalos cada vez que desapareces por trabajo no es sinónimo de complacer, Patrick. No sé si eres consciente.

—Soy consciente de que lo doy todo por esta familia. Y tú siempre buscas



pelea.

Eso era algo de lo que me acusaba a menudo. De las peleas. De los enfrentamientos. Discutir era parte de quien era. Me gustaba expresar mi opinión, confrontar las situaciones con las que no me sentía cómoda. Discutía por defender lo que creía que era justo.

Discutir, en ocasiones, era mi modo de relacionarme cuando me sentía vulnerable. Y yo necesitaba que la persona que estaba a mi lado supiera leer eso.

La vida se nos complicó. Ese es el resumen. Nadie puede forzarse a ser alguien que no es durante mucho tiempo. Por eso Patrick y yo chocamos de lleno con la realidad. Él dejó de ser un padre y marido modelo, y yo dejé de callar todo aquello que no me encajaba. Él volvió a priorizar su trabajo ante todo y yo dejé de negarme que ese vacío que sentía dentro jamás sería llenado por él y por la familia que intentábamos construir.

—Hola, Kate —me dijo una tarde que llegó antes de lo normal. Yo estaba en la cama, leyendo un rato aprovechando que Tobey esa tarde estaba en casa de un amiguito.

—Hola.

Se me quedó mirando unos minutos, apoyado en el quicio de la puerta, con los ojos brillando con una expresión que conocía bien.

—Estás guapa —susurró.

—Estoy en camisón y sin peinar. Estoy hecha un asco.

—Yo te veo bonita. Y respecto al camisón... le doy el aprobado.

Se fue deshaciendo de algunas prendas mientras avanzaba por nuestro cuarto. Se quitó los zapatos. El cinturón. Y desabrochó un par de botones de su camisa.

Se dejó caer a mi lado en la cama, enterró la nariz en mi cuello y empezó a sobarme los pechos por encima de la tela.

—Hoy venía con muchas ganas de verte... —murmuró contra mi garganta.

—Patrick, hoy no tengo ganas de juegos.

—¿Por qué no? Mira cómo estoy. —Cogió mis manos y las llevó a su entrepierna, que esperaba dura, queriendo más—. Tengo ganas de que me mimes.

—Estoy para que me mimen, no para mimar.

—También puedo mimarte yo a ti.

Hizo el amago de colar sus manos bajo mis bragas, pero lo detuve a tiempo. Iba a encontrarse con una sorpresa poco agradable si seguía con su tarea exploratoria.

—Para, por favor. Estoy con la regla.

Se separó de mí como un resorte.

—¿Qué?

—Estoy con la regla. Me duelen los ovarios y estoy destemplada.

Me miró como si tuviera que hacer un esfuerzo extra para encontrarle significado a esas palabras. Todo rastro de excitación desapareció en el acto.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Es verdad eso de la regla?

—Sí, Patrick. No es una leyenda urbana.

—Puff. —Se frotó los ojos y se recolocó los pantalones—. En ese caso me voy con los chicos. Creo que habían organizado una timba de cartas y quizás aún puedo engancharme.

—¿Me vas a dejar aquí?

—Estás con la regla, Kate. No quiero molestar.

Me enfurruñé, porque en realidad lo que él no quería era lidiar con otro tipo de «molestia»: la que le producía no poder llevarse el gato al agua esa noche.

Hasta ahí habían llegado las ganas que tenía de verme.

—Bien. Pues nada, márchate —escupí—. Ven cuando quieras, pero no pienses encontrarte la cena hecha.

Me dedicó una mirada fugaz que venía a decir: «A esta tía las hormonas la desquician» y después se marchó sin comentar nada más.

Cuando llegó Tobey, me encargué yo sola de bañarlo y de darle la cena. Después de acostarlo, picoteé algo, me tomé un ibuprofeno y puse mi bolsa de semillas a calentar.

Me metí en la cama con intención de seguir leyendo, pero mi mente había ido por libre las últimas dos horas y había conectado con una parte melancólica que habitaba en mí y a la que yo nunca quería prestar atención.

Así fue como acabé bajo las mantas, con un paquete de clínex, y con la película de *Bajo la misma estrella* preparada para hacerme sacar todo el dolor que guardaba dentro.

—Kate, estás muy delgada —me comentó Marie un fin de semana.

Moira estaba en un viaje de trabajo y ella había venido a pasar esos días

en casa. Tobey se había ido al cine con mis padres y solo Dios sabía dónde estaba Patrick.

Mi hermana y yo nos atrincheramos en el sofá, con un chocolate caliente entre las manos y muchas ganas de comunicarnos.

—¿Está todo bien en casa? —preguntó.

—Sí. Bien. Mal. Regular. Depende del día. —Me encogí de hombros.

—¿Debo preocuparme?

—No lo sé. Si lo analizamos desde un punto de vista objetivo, no. No nos falta de nada.

—Ya. —Mi hermana entornó los ojos, como si quisiera ver dentro de mí—. Y si rasco un poquito la superficie, ¿qué me voy a encontrar?

Volví a encogerme de hombros. Últimamente era un gesto que repetía a menudo. Había tantas cosas que sentía que desconocía... Había perdido de vista el objetivo de casi todo lo que me rodeaba. Solo Tobey me mantenía en pie.

—Mira, Kate, no entiendo qué ocurre. Aunque... puedo hacerme una idea. —Acercó más la cabeza hasta que nuestras miradas se encontraron a la misma altura—. Es Patrick, ¿verdad? No os va bien en lo sentimental.

—No sé si alguna vez ha existido la idea de Patrick y yo como concepto —reconocí.

—Pero siempre quisiste algo así de él...

—Sí, quizá con diecisiete años cuando me encontré con un hijo suyo en los brazos. Pensé que era mi meta, ¿sabes? Que los tres fuéramos una unidad. Pero creo que esa idea se esfumó con el tiempo.

—¿Y por qué llevas tantos meses jugando con él a la familia feliz? Y ya no a la familia feliz, sino a ser su mujer. A compartir cama e intimidad, me refiero.

Guardé silencio. Eso era algo para lo que no tenía respuesta. O, quizás, era una respuesta que no quería encontrarme de frente.

—Pensaba que era lo más maduro —acabé reconociendo—. Lo que todos esperabais de mí.

—¿A qué te refieres?

—Sé que pensáis que a lo largo de la vida de Tobey he tomado malas decisiones. Como la manera en la que afronté su llegada al mundo. Como ponerme a estudiar en vez de buscar un trabajo que nos permitiera ser independientes. O como irme a trabajar a Nueva York cuando terminé la carrera en vez de quedarme cerca. —Tragué saliva—. Después de siete años,

sentía que me tocaba tomar una buena decisión basada únicamente en lo mejor para mi hijo.

Marie asintió con comprensión. Mi hermana podía ver a través de mí y creo que era capaz de identificar mi culpa. Mi sentimiento de deuda. Desde que Tobey nació, desde antes incluso, yo había cometido muchos errores. Decisiones no siempre acertadas. Emociones contradictorias porque, a pesar de que siempre quise a mi bebé, no siempre supe demostrarlo. Con los años, había alimentado esa sensación de que le debía mucho a mi hijo por las posibles carencias que pudiera tener por mi culpa. Y solo supe pagarlo de esa manera, teniendo a sus padres juntos, con esa idea de familia que había intentado darle los últimos meses y que ya no se sostenía en pie.

—Entiendo lo que dices. Y sé que has crecido mucho y que has madurado si has llegado a la conclusión de que esto era lo mejor. Pero ¿a qué precio, Kate? Has unido tu vida a la de un hombre del que no estás enamorada. Y eso a la larga no os hará felices a ninguno de los tres.

Sentí un fogonazo en el cerebro. Matt me vino a la mente. Lo hizo de una forma tan nítida que me dolió, porque justamente esas fueron sus palabras meses atrás cuando le comuniqué la decisión que había tomado. Él vaticinó que este camino no estaba destinado a hacerme feliz. El corazón me dolió aún más cuando recordé la rotundidad con la que afirmó que él sí lo conseguiría.

Durante unos instantes me sentí mareada. Matt había acudido a mi cabeza después de demasiado tiempo.

Hacía meses que guardaba los recuerdos enterrados bajo mil capas de rutina. De rutina y de esa sensación de que el camino que seguía era el correcto. Había aprendido a no pensar en él en mi día a día, a no recordar la socarronería que acompañaba a su sonrisa. A olvidar que la adrenalina me corría por las venas cada vez que nos enfrentábamos. Día a día reseteaba mi memoria para no recordar cómo era vivir a su lado ni la facilidad que tenía para hacerme reír.

Desde hacía muchos meses, Matt solo existía en mi subconsciente, en algunos sueños que no controlaba y en esos rincones a los que a veces viajaba mi mente.

—Lo echo de menos —dije de pronto, con la mirada un poco aguada.

—¿De qué hablas, Kate? Me estás asustando.

—De Matt. De Matt Lee, mi compañero de trabajo cuando estaba en Nueva York. Lo conociste un día, ¿te acuerdas?

—Eh... sí. Me acuerdo de él. Pero no sé qué pinta en todo esto.

—Él me dijo que esta no era la decisión correcta. Y tenía razón. Jodido Matt. Siempre tiene razón en todo. —Me reí yo sola, recordando todas las lecciones que él siempre había presumido de darme—. Lo echo de menos.

—¿Así? ¿Ahora? ¿De repente?

—Eso parece. Llevo meses sin permitirme pensar en él.

—¿Y eso por qué?

—Porque es la única persona con la capacidad de hacerme cambiar de opinión.

Mi hermana me miró como si estuviera loca. Llevaba meses sin hablar de él. Sin pronunciar siquiera su nombre. Y ahora de repente revelaba que él era el centro de esa desidia que iba apoderándose de mi presente.

Para ella no tenía sentido. Tal vez para nadie lo tenía. Pero, en ese momento, yo lo veía claro.

—¿Tú crees? —insistió.

—Lo creo. Bueno, no. Lo sé. —Me agarré el estómago, porque ahí se concentraba la certeza que estaba sintiendo.

—No entiendo que estés tan segura así sin más cuando te marchaste de su vida sin mirar atrás.

—No tengo una explicación sencilla para esto, Marie. Solo puedo decirte que todo lo que me pasa tiene mucha relación con él. Si él no existiera, si no supiera lo que es de verdad conectar con alguien, quizá me conformaría con lo que tengo ahora. Pero sé que existe algo más. Y ese algo más solo lo he conocido gracias a Matt.

—Insisto: ¿y por qué te das cuenta hoy, ahora, en este momento?

Cerré los ojos. Para eso no tenía una respuesta. ¿Por qué entonces? ¿Por qué entonces y no en los últimos meses o en todos aquellos momentos en los que me había sentido vacía y sola?

—Supongo que era cuestión de tiempo que abriera los ojos.

Era una mierda de explicación, fui consciente. Pero dentro de mi cabeza todo tenía sentido. Hasta ese momento jamás había tenido una epifanía, pero sin duda era lo que estaba experimentando esa tarde en el sofá junto a mi hermana.

—¿Y qué te diría él si viera cómo estás?

—Uff... Me diría de todo. —Volví a sonreír—. Me llamaría niñata. Me diría que soy una estúpida, que estoy perdida y que me engaño a mí misma. Y después nos pelearíamos.

—Vale. —Marie rio—. No es la escena de película que me había

imaginado.

—Claro que no. Matt no es de esos. Es de discutir conmigo. De explotar. De no callarse su opinión. De provocar para extraer verdades.

—Suenas interesante.

Durante los segundos siguientes me perdí en más recuerdos; en imágenes de momentos que habíamos vivido. De sensaciones; las que me provocaba y las que yo era capaz de extraer de él. De palabras y el significado que escondían. De la manera en la que se reía, debatía, se explicaba, vivía.

—Quiero volver a verlo —dije con un suspiro.

—¿Y qué te lo impide?

Cerré los ojos. Tantas cosas que no me sentía capaz de numerarlas.

—Bueno, está la situación en casa —empecé a decir—. Sacar de nuevo a Patrick de la vida de Tobey no sé si es la mejor opción.

—Millones de niños viven con sus padres separados y no pasa nada, Kate. No vas a traumatizarlo porque digas en voz alta que no estás enamorada de su padre. Venga. ¿Qué más te lo impide?

Asentí y traté de dejar de lado las excusas. Miré en mi interior para extraer lo que de verdad me preocupaba.

—Probablemente me mande a la mierda —dije—. Es como si lo viera. Si ahora apareciera en su casa me haría volverme por donde he venido. Estoy convencida.

—¿Y? Eres una persona bastante perseverante. Siempre consigues lo que te propones. Tú búscalo, entrométete en su vida y Manhattan hará el resto.

Me reí. Para mi hermana había pocas cosas que no se podían conseguir con el escenario de Manhattan de fondo.

—Él vive en Brooklyn.

—¿En serio? —Arrugó la nariz.

—Sí.

Sonreímos con complicidad y Marie me agarró la mano para transmitirme seguridad.

—Piensa qué es lo mejor, Kate. Pero no lo mejor para tu hijo. Lo mejor para vuestra vida conjunta. ¿Qué tiene más posibilidades de haceros felices a la larga?

Me quedé mirándola, pero no respondí. Aunque lo supe.

Matt. Nueva York.

Volví a casa con ganas de gritar. Cuando tomas una decisión en tu interior

que sabes que lo cambiará todo solo quieres compartirla con todo aquel que quiera escucharte.

Así me sentía yo. Con ganas de hacer las maletas, salir de esa casa, buscar nuevos caminos... Tantas cosas a la vez que necesitaba sacarlas a pleno pulmón.

—Patrick, quiero irme de aquí —le dije después de la cena. Tobey ya estaba acostado. Como si hubiera percibido que en mí se había producido algo diferente, me había obligado a quedarme a su lado hasta que se durmió. Ahora, su padre y yo disfrutábamos de una copa de vino frente a la luz de la chimenea.

—¿De dónde?

—De la casa que compartimos.

Su ceño se frunció.

—¿De qué hablas?

—No te quiero. —Cogí aire—. No estoy enamorada de ti ni nunca lo estaré. Y tengo derecho a hacer mi vida con alguien a quien amo.

Dejó la copa sobre la mesa del centro y me miró de hito en hito. Parecía esforzarse en contenerse, pero las palabras se le escaparon con un volumen más alto del que habíamos estado empleando.

—¿Estás loca?

—No. Creo que lo mejor es que nos vayamos cuanto antes.

—¿Tú y el niño?

—Claro. —Traté de mantener la calma—. Soy su madre. Tobey viene conmigo, pero podrás verlo siempre que quieras. Eres su padre y ahora que te tiene no quiero que te pierda.

Patrick se calló. Estuvo en silencio durante varios minutos, intentando procesar toda la información que yo soltaba y que él no había visto venir. Parecía estar trazando la estrategia de uno de sus casos. Cuando habló, su voz sonó vacía.

—Pero si os vais... no será lo mismo. Yo tengo mucho trabajo.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Hablo de la realidad que encontraréis si os marcháis de esta casa.

Di un sorbo al vino para deshacer el nudo de mi garganta. Me pareció que, de forma velada, Patrick estaba empleando el chantaje.

—¿Darías la espalda a tu hijo solo porque tú y yo no nos queremos y ha dejado de tener sentido que vivamos bajo el mismo techo?

Se pasó las manos por la cara, frustrado. Entendía que fuera precisamente ese el sentimiento que estaba experimentando. Al fin y al cabo, estaba

desmontando sus esquemas. Él había pasado los últimos años lejos, fuera de la vida de Tobey, estando presente de manera intermitente. Y ahora que tenía el trabajo estable, ahora que lo que buscaba era la familia perfecta para completar el pack, esta amenazaba con desaparecer. Porque esa era la verdad. A Patrick no le frustraba que yo me fuera porque estuviera enamorado de mí, sino porque estaba haciendo saltar por los aires esa imagen perfecta que él había creado en su cabeza para satisfacerse a sí mismo y para aliviar su culpa por los errores del pasado.

—Lo que no entiendo es qué ha cambiado de antes a ahora. ¿Por qué de repente tienes prisa por irte? Podemos hacer que funcione, Kate. Durante un tiempo lo conseguimos. Es cierto que ahora estamos un poco distantes, pero las parejas tienen rachas. Madura un poco.

Eso me dolió. Que me tacharan de niña y de inmadura siempre lo hacía.

—He madurado, Patrick. Esto que estoy haciendo va de ser madura. Lo nuestro no va a funcionar nunca porque no es una relación basada en el amor de pareja. Solo nos une el amor por Tobey, que está muy bien, pero no es suficiente para que lo compartamos todo.

Negó con la cabeza.

—Estás equivocándote, Kate.

—Lo dudo. La equivocación fue venir aquí. Ahora lo veo.

—No os ha faltado de nada —contraatacó—. No seas desagradecida.

—No me malinterpretes. Estoy muy agradecida por todo lo que nos has dado. Pero no quiero sentir gratitud hacia mi pareja, lo que quiero es... otra cosa.

Otra cosa. Deseo. Ganas. Dedicación. Intimidad. Peleas. Reconciliaciones. Detalles. Conversaciones. Planes. Vida. Amor. Otra cosa.

Y otra persona.

Finalmente, Patrick vació su copa y se levantó del sofá. Se volvió solo una vez antes de salir por la puerta y, al hablar, su voz sonó como una sentencia.

—Haz lo que creas conveniente, Kate. Pero atente a las consecuencias de todo lo que perderás por el camino.

Lo miré y supe que no sería eso lo que guiaría mis pasos. Me centraría en todo lo que iba a ganar.

Para ello, necesitaba un plan.



## ¿Libre?

Creo que todos en la universidad lo supieron. Que a Harry le había pasado algo grave. Algo que lo había hecho huir de Nueva York de un día para otro, sin vaciar su despacho, sin despedirse de nadie a pesar de que había cultivado buenas relaciones con sus compañeros en los últimos nueve meses.

Por suerte, nadie vinculó su desaparición conmigo. Nadie salvo Virginia, que tardó dos semanas en venir a hablarme del tema. Dos semanas en las que yo me había ido secando por dentro, a pesar de que la situación que vivía la había provocado yo sola.

—He hablado con Amanda —me dijo—. Me ha dicho que Harry está insoportable. Que se ha convertido en un tirano y que no abandona su despacho; prácticamente está viviendo allí. ¿Qué coño os ha pasado, Christina?

Cerré los ojos, decepcionada por saber que Harry seguía en Wilkens; por saber que mi sacrificio no había servido de nada. Después miré a mi tutora.

—Él tenía asuntos pendientes de su vida antes de mí. Lo dejé libre para que los solucionara. —Fue mi única explicación.

Ella asintió y guardó silencio.

Tardamos muchos meses en volver a mencionar a Harry.

Mi vida se convirtió en una sucesión de días grises. La piscina en la que nadaba con él me parecía fantasmagórica. Los pasillos de la universidad demasiado desiertos. Las tardes vacías, insulsas. Los fines de semana el reflejo mismo de la tristeza.

Fue una época complicada. Y, aun así, el primer mes me pareció el más fácil. Tal vez porque aún conservaba en mi organismo restos de aquel chute de adrenalina que sentí al poner fin a lo nuestro, porque sabía que estaba siendo valiente, que era lo correcto, que lo hacía por él. Y no hay sensación que te haga sentir más vivo que arriesgarlo todo por la persona que amas.

El segundo y tercer mes me vine abajo. Lo echaba de menos a rabiar. Cada día, cada hora, cada jodido segundo. Ni siquiera el trabajo me ayudó a salir adelante. Estaba despistada. Virginia me reprendió en un par de ocasiones por no tener los cinco sentidos en el laboratorio. Fue como bajar al infierno y no quemarme, porque la vida seguía y nada a mi alrededor parecía diferente, aunque dentro de mí todo había cambiado.

Lo único que me ayudó a sonreír esos meses fue ser testigo de las cosas buenas que les pasaban a mis amigos.

Liv por fin había aceptado de nuevo a Will en su vida. Ella estaba en una nube multicolor, en un arcoíris eterno. Había dejado atrás todos sus miedos y él había cogido su mano con la intención de no soltarla jamás.

Claire y Neal, tras varios meses ocultando, sin demasiado éxito, su relación, habían decidido destaparse ante nosotros. Llevaban juntos desde enero. Nos contaron su historia al completo una noche en casa de Claire, y Liv y yo le ganamos cuarenta pavos a Matt gracias a una apuesta que llevaba meses en marcha.

Nadie conocía a Claire de la manera en la que Liv y yo lo hacíamos.

Llegó el verano, los días largos, las vacaciones. Yo seguía sin encontrarme. Seguía pensando en Harry, echándolo de menos, preguntándome si seguiría en Wilkens, si estaría reflexionando, si se habría divorciado, si se había dejado arrastrar por Evelyn y se había vuelto a instalar en su antigua vida. Las hipótesis volaban en mi cabeza. Cada día una nueva, algo diferente que me hacía daño por dentro.

Decidí escapar de todo durante una semana. El asfalto de Nueva York quemaba y fundía mis recuerdos hasta incrustarlos en mi cerebro. Necesitaba estar sola. Pensar. Hacer las paces conmigo misma. Perdonarme por haber sido humana, madura, vieja por dentro al haber presionado a Harry para que se marchase. Habían pasado casi cinco meses desde aquel adiós y no sabía si mi sacrificio había servido para algo. Estaba perdida.

Decidí irme de viaje. Una semana yo sola a Costa Rica, con el único objetivo de sentirme anónima al caminar por sus calles y descansar en playas de arena blanca.

La tarde antes de marcharme, Claire y yo fuimos a casa de Liv. Neal y Matt se habían apuntado a un torneo de tenis con los compañeros del trabajo de Neal y hasta la noche no se unirían a nosotras.

Ese día yo estaba especialmente apagada. Ni siquiera la perspectiva de

viajar me había subido el ánimo. Tal vez porque, en el fondo, lo que de verdad quería era compartir ese destino de ensueño con Harry. Pasear con él, bañarnos juntos en el mar, llenarnos los pies de arena y sentir la esencia salada del aire mojándonos la piel. Y no podía ser. No había ni rastro de Harry.

Pasé la tarde con mis amigas hablando de cosas superficiales, aunque yo no engañaba a nadie; el vacío que sentía dentro había llenado mis ojos.

Cerca de las siete de la tarde, la puerta de casa de Liv se abrió. Ante nosotras apareció Will. Un Will más elegante que el que solíamos ver aquellas veces que se unía a nuestros planes. Llevaba traje, camisa blanca y una corbata que tenía el sello de mi amiga por todas partes.

—Hola. Vaya. Hola a todas, señoritas —dijo cuando entró y nos vio a Claire y a mí sentadas en el sofá. Nosotras lo saludamos con un movimiento de la mano y él nos dedicó una de esas sonrisas de infarto que lo caracterizaban. Creo que las bragas de Liv empezaron a saltar queriendo meterse en su bolsillo—. Perdón. No sabía que era tarde de chicas.

—Sí. Se me olvidó avisarte. —Olivia se puso en pie y le dio un beso al que él respondió con ganas mientras le acariciaba la parte baja de la espalda.

Claire y yo nos miramos entre nosotras con una sonrisita para dejarles intimidad.

—Tendría que haberte llamado para decirte que venía. Aunque ha sido algo improvisado. —Le pasó una mano por los hombros y se volvió hacia nosotras—. Perdón por interrumpir. Mejor me marchó y os dejo para que sigáis hablando de vuestras cosas.

Olivia le sonrió, agradecida por que respetase su espacio y su tiempo con sus amigas. Pero nosotras no veíamos la necesidad de que se fuera.

—Quédate, Will. Con nosotras siempre eres bienvenido —dijo Claire, que siempre lo había admirado en plan platónico.

—¿Seguro? —Nos miró a Claire y a mí y luego a Olivia.

Las tres dijimos que sí al unísono.

Nos acomodamos los cuatro entre el sofá y unas sillas. Olivia sacó más cerveza y abrió una bolsa de patatas que repartió en un par de platos hondos.

—Bueno, decidme. ¿De qué hablan las mujeres cuando están solas?

—Pues verás, William —empezó a decir Liv—. Estábamos hablando de ropa, pero porque creo que tanto Claire como yo estábamos haciendo tiempo para que Christina se animara a hablar de lo que de verdad le ronda la mente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que le ronda la mente?

—El doctor Encanto.

—Harry —dije yo—. Harry a secas.

Aún me dolía que se refiriesen a él como doctor Encanto. Me recordaba a tiempos pasados, felices, en los que lo único que me preocupaba eran los kilómetros que separaban Boston de Nueva York; en los que me atrevía a soñar que lo nuestro permanecería intacto.

Will no estaba muy al día de lo que había ocurrido entre nosotros, según Liv «porque ella es una amiga muy discreta». Así que le hizo un resumen sobre cómo estaban las cosas.

Cuando acabó, Will me miró fijamente con sus ojos azules. Traté de no pensar en otra mirada del mismo color que tenía el poder de cortarme la respiración.

—Yo creo que lo has hecho bien, Christina —me dijo—. Hay que tener las cosas muy claras y tener un par de ovarios para tomar una decisión como la que tomaste, pero creo que en la posición que estabas era tu única alternativa fiable.

—Gracias, Will.

—Si de verdad te quiere, no importa el tiempo que pase, no importarán sus vivencias y no importará lo arriesgada que fue tu decisión. Volverá. Cuando alguien quiere de verdad, siempre vuelve.

Eché una mirada de reojo a Olivia y ella le sonrió. Sentí una punzada dolorosa en el corazón. La adoración con la que se miraban me removi6 cosas, me recordó a la forma en la que Harry solía mirarme a mí. A nuestros juegos. A nuestro idioma secreto. Harry, Harry, Harry. Para mí, todo seguía siendo Harry.

—¿Y si no vuelve? —me atreví a preguntar.

Will me observó con atención y pude ver al fondo de sus ojos el cariño de un buen amigo. Él también estaba destinado a convertirse en familia.

—Si no vuelve, no es para ti. Y tu decisión de dejarlo marchar seguirá siendo la correcta.

Asentí agradecida por sus palabras y él me sonrió.

Más tarde, Matt y Neal se unieron a nosotros. Cenamos los seis en el diminuto salón de Liv y hablamos, bebimos, nos reímos y nos despedimos antes de que yo me marchara una semana a aquel viaje que lo cambió todo. O que, en realidad, no cambió nada.

Costa Rica no fue lo que yo esperaba. Creía que estar a solas conmigo

misma me ayudaría a encontrar paz interior, pero solo consiguió que me sintiera más triste que nunca.

Cada hombre con el que me cruzaba de piel morena era Harry. Cada risa ronca que se escuchaba por las calles era la suya. Estaba en la playa, entre el gentío, en cada rincón. En cada novela que leía, en cada canción.

Escuché mucha música esos días. Puesto que no tenía nadie con quién hablar, me apetecía oír otras voces. Recordé a Claire diciéndome que Harry era mi *Waterloo*, como la canción de Abba. Claire siempre relaciona los momentos con canciones y decía que esa era la que hablaba de Harry y de mí, porque él había ganado esa guerra que le había declarado yo misma y se había alzado como vencedor; habíamos acabado juntos. Yo había sido derrotada como Napoleón y, aun así, sabía que había ganado.

También escuché música que sé que le gustaba a él, como Eric Clapton y su *Tears In Heaven*, que me recordaba a las lágrimas que yo no había podido derramar en meses. O como Muse y *Unintended*. Esa canción que Harry me había dicho una vez que hablaba de nosotros. La escuché y supe que Harry se me había declarado y me había hablado de su pasado mucho antes, a través de aquella canción, aunque yo no lo supiera.

Volví a Nueva York sintiéndome triste. Sola. Echándolo de menos. Preguntándome si algún día todo ese calvario por el que estaba pasando merecería la pena. Había tomado una decisión sabia, meditada, cocinada desde dentro, desde el amor, pero me había arriesgado a perderlo todo. Y cada día me pesaba más.

Regresar a la universidad fue horrible. Me terminó de apagar. Las mismas caras, los mismos suelos que había pisado con él, todo seguía en su sitio. Menos yo. Yo seguía atrapada en unos ojos casi traslúcidos. En una casa que había sentido como mía. En un sofá de cuero negro en el que había dicho adiós con mi cuerpo.

Las semanas siguientes me sentí muy desgraciada y se notaba. En el trabajo, en casa, en los domingos en The New. Estaba fuera de mí. Aquella actitud no tenía nada que ver con la Christina que había sido. La fuerte, la independiente, la resuelta. Estaba tocando fondo. Lo echaba de menos a morir y no entendía cómo no me había habituado en todos esos meses a estar sin él; no entendía por qué cada día se me hacía todo más cuesta arriba.

Me refugié en mis amigos. También en mi madre, aunque no quería cargarla con mis problemas. E incluso en mi padre, que en esos meses viajó un par de veces a Nueva York y habíamos pasado algo de tiempo juntos.

Pero fueron Matt, Liv, Neal y Claire los que intentaron abrirme los ojos. Los que quisieron sacarme del vacío. Los que me hicieron la primera intervención de mi vida, como las que se veían en las series.

Fue en casa de Claire. Los cuatro estaban sentados en la alfombra que había en la zona de los sofás cuando llegué. Habían quitado la mesa del centro y en su lugar habían puesto un cojín, en el punto exacto en el que yo tenía que tomar asiento.

La anfitriona fue la primera en hablar:

—Christina, creemos que se te está yendo el tema de Harry de las manos. Estás hecha polvo. Has perdido cinco kilos. Estás descentrada. No pareces tú.

—Sí —continuó Neal—. Han pasado siete meses desde que Harry se fue. Entendemos que sigas echándolo de menos. Pero lo que no entendemos es que sigas empeñada en pasarlo tan mal. Deberías buscar una solución.

—Lo que queremos que entiendas es que no te estarás fallando a ti misma si decides llamarlo —intervino Matt—. Es normal que quieras saber de él. Nadie va a juzgarte, y a lo mejor él lo está esperando.

—No pasa nada porque admitas que lo necesitas. Puedes permitirte ser débil. Puedes perder el control. —Esa última fue Liv, y con unas pocas palabras terminó de hundirme.

—¿Creéis que debería llamarlo?

—Sí.

Bufé y me llevé las manos a los ojos.

—No quiero ser incoherente. Le dije que se tomara el tiempo que hiciera falta. Tal vez nunca vuelva a buscarme, tal vez...

—Christina —dijo Claire—. Eso ha estado bien los primeros siete meses. Nadie te acusará de ser incoherente con todo el tiempo que ha pasado. Pero estás mal. No, estás peor que mal. Estás hecha una porquería. Deberías por lo menos intentar hablar con él y cerrar todo lo que quedó abierto.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes —sentenció Liv.

Miré a mis amigos. Todos parecían preocupados y me sentí culpable por haber sido tal desastre los últimos meses. Yo no era así, joder. ¿Qué me pasaba? No me encontraba. Llevaba sin hacerlo meses. Y no porque dudara de las decisiones que había tomado, porque sabía que había elegido ese camino con la cabeza, sino, simplemente, porque echaba de menos a Harry.

Mis amigos tenían razón. ¿Qué pasaba si era débil? Ya había sido fuerte demasiado tiempo. Y me había cansado de vivir de recuerdos, de instantes

pasados y de imágenes que se habían congelado en mi memoria.

Asentí hacia donde estaban ellos y me dispuse a sacar mi móvil del bolso. Me temblaban las manos. Me levanté, me aparté un poco de donde estaban mis amigos para tener intimidad y busqué el número de Harry en mi agenda. Parpadeé al ver lo guapo que estaba en su foto de contacto. Harry. Mi Harry. El único hombre que había significado algo en mi vida. Lo extrañaba de verdad.

Pulsé la opción de llamada y me llevé el teléfono a la oreja. Tardó en conectar y, cuando por fin lo hizo, una voz robotizada me dio una respuesta: «El número marcado no existe». Fruncí el ceño y volví a marcar. El resultado fue el mismo. Volví al salón donde estaban mis amigos y les conté lo que había pasado.

—Igual te ha bloqueado —dijo Neal—. Toma. Prueba con el mío.

Marqué el número en el móvil que me tendían y, a los pocos segundos, volvió a escucharse la misma voz: «El número marcado no existe».

Casi me desplomé en el acto. Harry había cortado su antigua línea. ¿Qué significaba?

Los días siguientes probé otras maneras de localizarlo. Estábamos en el siglo XXI, por Dios. La Era de la Comunicación. Había mil maneras de conseguirlo.

Primero lo intenté por Facebook, pero fue en vano. Harry ni siquiera había aceptado la solicitud de amistad que le mandé meses atrás, cuando lo nuestro aún era una realidad. Eso significaba dos cosas: que no usaba nunca su cuenta o que, si se había metido últimamente, había decidido ignorar mi petición.

Lo siguiente que probé fue el correo electrónico. Para mi desgracia, no tenía la cuenta personal de Harry. Solo guardaba la dirección de su correo corporativo. Era arriesgado escribirle ahí, pero no se me ocurrió otra cosa.

Minutos después de haber mandado un mensaje estudiado hasta la última coma, mi bandeja de entrada saltó con el típico: «*Message delivery failure*». Me devolvía el correo porque la dirección era incorrecta o había dejado de estar operativa.

Ahí fue cuando me asusté. Cuando me di cuenta de que no tenía manera de contactar con Harry. No conocía a su gente de Boston, ni a su familia. Su cuenta de Facebook estaba configurada de manera que no tenía acceso a sus contactos ni a su muro. No sabía dónde vivía. Comencé a preocuparme. ¿Y si le había pasado algo? ¿Cómo podría contactar con él? Me empezó a faltar el

aire. Oh, Dios. ¿Y si nunca volvía a saber de él?

De pronto, se me ocurrió una última cosa. Era arriesgada. Mucho. Demasiado. Pero no tenía ninguna otra opción.

Empecé a rebuscar en cadenas de correos para dar con los datos de la persona que buscaba. Me llevó un buen rato, pero al final lo encontré. En la firma de uno de sus mensajes estaba: un número de teléfono. Un número que marqué antes de perder el nervio y no ser capaz.

Dio un tono. Dos. Tres. Hasta que al final tuve respuesta:

—Amanda Simons.

—Buenos días, doctora Simons —dije titubeando—. Eh... Soy Christina Sanders, de la Universidad de Columbia.

Hubo un silencio. Un silencio casi ensordecedor.

—Sí... Claro. Hola, Christina. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Pasa algo con Virginia?

—No, no. Virginia está muy bien. Ahora se encuentra en un viaje de trabajo por Europa, pero está bien. Yo... Esto... Llamaba por un tema un poco al margen de la universidad.

Otro silencio.

—Entiendo.

—Quisiera... bueno... Me gustaría contactar con Harry, con el doctor Watzlawick. Le he mandado un correo esta mañana, pero me rebota a mi bandeja de entrada como si la dirección fuera incorrecta.

—¿Al correo de Wilkens?

—Sí.

—Eso es porque ese correo se dio de baja hace meses. Harry ya no trabaja aquí.

Sentí un golpe en el pecho y los pulmones se me llenaron de mil sensaciones. Nervios, orgullo, ansia, expectación. Tragué saliva.

—Oh, vaya, yo... No lo sabía. Siento molestarla en ese caso. Pero yo... eh... me preguntaba si había algún número a través del cual pudiera ponerme en contacto con él.

—Si es por algo de trabajo, todos sus asuntos me fueron derivados a mí directamente. Podemos hablar lo que necesites.

Guardé silencio un segundo para poder pensar. Seguir hablando con ella significaba destaparme del todo, pero no había llegado tan lejos para rendirme ahora.

—No es por nada relacionado con el trabajo —dije.



—Ya veo. —Se quedó callada. Pude sentir su reprobación al otro lado del teléfono—. Mira, Christina, si fuera tú, lo dejaría marchar del todo. Eso es lo que querías, ¿no?

Se me heló la sangre.

—¿Cómo dice?

—Harry y yo, además de compañeros, éramos buenos amigos. Era algo así como un sobrino lejano. Casi familia. Y hablábamos mucho. Me contaba cosas. ¿Entiendes por dónde voy?

—¿Por qué habla de él en pasado?

—Porque Harry se marchó hace meses de Wilkens. De Boston. Y, hasta donde tengo entendido, del país. Cortó con todo. Se cambió de teléfono, como supongo que a estas alturas sabes. Nadie sabe nada de él, salvo que lo más probable es que no vuelva.

Sentí que me mareaba. Agarré el teléfono con fuerza.

—¿No hay manera de contactar con él? Tengo que decirle algo importante.

Que lo quería. Tenía que decirle que lo quería, que lo echaba de menos y que estaba dispuesta a hacer frente a todo lo que tenía pendiente a su lado. No quería perder más tiempo.

—Eso, Christina, tendrías que habértelo pensado mejor antes de echarlo de tu vida. Ya tienes lo que querías. Ha volado. Tienes que estar satisfecha.

El pulso me martilleó las sienes. Empezaba a ver borroso.

—¿De verdad no va a volver?

—Yo no contaría con ello.

—Pero...

—Mira, por respeto a Virginia y a Harry, no te he colgado el teléfono. Pero si no tienes nada que decirme dentro del ámbito profesional, lo mejor es que esta conversación acabe aquí.

Respiré hondo. Sabía que me había pasado de la raya. Esto era demasiado. No podía comprometer mi imagen profesional de esa manera. Me pasé una mano por el pelo y dejé escapar el aire.

—Está bien, doctora Simons. Gracias por atenderme. Sé que ha sido poco profesional por mi parte, pero... no sabía a quién acudir. Le ruego que me disculpe. No volverá a pasar.

—Bien. Disculpas aceptadas. Que pases un buen día, Christina.

Sin más, cortó la llamada. El sonido del silencio al otro lado del teléfono me susurró una certeza: ahora sí, había perdido a Harry para siempre.

—¿Por qué estoy así? Explicádmelo, porque no lo entiendo.

Claire y Liv vinieron a mi casa aquella tarde. Ellas me habían llamado para hacer algo y, cuando se dieron cuenta del estado de nervios en el que me encontraba, insistieron en venir a verme. Yo no quería. Quería estar sola y digerir que Harry había desaparecido del mapa. Hacerme a la idea de que no volvería a verlo. Ese había sido mi mayor riesgo a la hora de dejarlo marchar: que él no encontrara en mí motivos suficientes para regresar.

Hablé con mis amigas de eso y también teoriqué acerca de una de las cosas que más me atormentaban: el porqué de mi angustia. Por qué había perdido el control de mí misma de aquella manera. Por qué no me encontraba. Por qué había cambiado tanto y dónde se encontraba la verdadera Christina.

—Porque cambiaste de golpe sin pararte a asimilarlo —contestó Olivia—. Porque todo lo que pasó entre Harry y tú fue muy rápido e intenso. Pasaste de no haber dejado a ningún hombre acercarse a ti a compartir tu vida con él sin reservas.

—Sí —continuó Claire—. Y ahora tienes que hacer frente a todas las transformaciones que has sufrido. A haber dejado caer tus defensas, a haberte enamorado, a haberte entregado a otra persona y a haberlo perdido. También tienes que digerir la culpa que te produce haber decidido sacarlo de tu vida.

Cerré los ojos. La culpa. La culpa que me mordía las entrañas. La duda que me dominaba últimamente por conocer qué había habido realmente detrás de mi decisión. Rebusqué en lo más hondo de mí. ¿Por qué lo había echado? ¿De verdad lo único que quería era ayudarlo a encontrarse? ¿O me había venido todo grande? ¿Seguía enfadada por lo de Evelyn? ¿Había sido por todo al mismo tiempo?

Fuera lo que fuera, el daño ya estaba hecho. Había tomado una decisión. Había arriesgado. Y lo había perdido.

—Se acabó, cielo —siguió diciendo Claire—. Se ha ido. Tal vez para siempre. Pero no puedes perderte también a ti misma. Tienes que traer a nuestra Christina de vuelta. A la sabia, la resuelta, la independiente. La que todos queremos. La que eres realmente.

Sonreí, aunque sabía que esa Christina ya no existía, o al menos en la versión que era en la época pre-Harry. Ahora había evolucionado. Sabía que en el fondo seguía siendo yo. Fuerte, resolutiva, un hueso duro de roer. Pero ahora también era sensible, veía las cosas bajo un prisma distinto, me permitía sentir más allá de todo aquello que quería controlar. Era, en definitiva, más humana.

Seguí el consejo de mis amigas. Tenía que recuperarme a mí misma. Ya había pasado mucho tiempo y había perdido demasiado. No podía perderme a mí también.

Los siguientes meses fueron de eso. Saqué fuerzas de donde no tenía para despojarme de aquel disfraz que mantenía oculta mi verdadera identidad. Fui deshaciéndome de lo que me pesaba y me dolía. Me volví a construir de arriba abajo. Fui asimilando paso a paso todas las cosas que me habían pasado: el haber conocido a alguien que cambió mi vida, el haber roto mis esquemas una y mil veces, el haber amado, sufrido y perdido.

Lloré cuando me tocó hacerlo y sonreí cada vez que un nuevo día me daba la oportunidad de encontrarme con una parte de mí que había permanecido oculta.

Me costó, pero con los días, las semanas y los meses volví a enamorarme de mi trabajo. De mis rutinas. De mis amigos. De mi familia. De todas las cosas que sabía que podían hacerme feliz y que había descuidado por el camino.

Fue duro, no voy a negarlo. Pero también reconfortante. Volver a ponerme mis propios zapatos, reencontrarme con mi zona de confort, a pesar de que esta había cambiado, hacer las paces con las partes de mí que había desatendido. Fue como volver a casa y encontrar que nada había cambiado y que, al mismo tiempo, todo lo había hecho. Pero aprendí a amar las diferencias y a integrarlas en mi nuevo yo. Una fusión entre la Christina de siempre y la que Harry había despertado. La nueva. La única. La verdadera.

Solo había una parte de mí que se me resistía: la de rehacer mi vida en el plano sentimental. No me veía en una nueva relación ni tampoco volviendo al sexo sin compromiso. Pero ya tenía veintiséis años. Las relaciones con el sexo opuesto eran parte de la naturaleza humana, de la evolución, del momento vital que vivía. Tenía que abrir mi mente y encontrar un modelo que se ajustase a la persona que ahora era.

La respuesta llegó de la mano de alguien que no esperaba. Alguien de relativa confianza, con quien compartía historia. Un allegado con el que las cosas serían más fáciles y a la vez más complicadas. Alguien que reapareció en mi vida cuando no lo esperaba.

Un año más, estábamos en la residencia Gallagher, celebrando el cumpleaños de Liv y Aiden y dando la bienvenida a la Navidad.

No voy a mentir. El comienzo de la noche fue algo duro. La nostalgia era como un pellizco agudo atravesando mi piel. Me sentía triste.

Tuve una breve conversación con Claire que me animó bastante. Matt hizo un par de bromas de las suyas y eso me inspiró, porque sabía que él tampoco estaba pasando por su mejor momento y que sacaba fuerzas para seguir haciéndonos sonreír al resto.

La noche dio un giro cuando George Stevens, el amigo de Liv y Aiden de toda la vida, se acercó a mí. Me había estado lanzando miraditas toda la noche. Era un juego con el que siempre se arriesgaba cuando coincidíamos en algún lugar. Sentí algo despertar dentro de mí. Un silbido, un susurro de una vida pasada. No lo pensé. En ese momento me apeteció seguirle el rollo y le dirigí una caidita de pestañas que él recibió con una sonrisa de las suyas: grande y desenfadada.

—Christina —dijo al llegar donde estaba yo.

—George. Hola, ¿qué tal?

—Bien. No tanto como tú, pero bien.

Le sonreí con esa picardía típica de la vieja Christina y empezamos una conversación distendida. Hablamos del día a día, del presente que vivíamos, nuestras ocupaciones, nuestros trabajos. También hablamos del futuro. De cosas con las que soñábamos. Y del pasado.

Recordamos anécdotas de juventud. Fiestas, conciertos y también esas tres o cuatro veces locas en las que él y yo nos habíamos conocido de manera más íntima. Cara a cara, cuerpo a cuerpo. Mis manos en su piel, su boca en mi pecho.

El ambiente entre los dos se fue caldeando con cada recuerdo al que dábamos forma con palabras. Por primera vez en nueve meses, sentí calor. Mi cuerpo despertaba.

—¿Sabes? Es una pena que estar en Nueva Jersey implique dormir en casa de mis padres —me dijo, acercándose a mí.

—¿Y eso por qué?

—Porque me gustaría tener un espacio solo mío en el que poder invitarte a una copa. —Sonrió—. ¿Aceptarías de darme el caso?

«Invitarte a una copa» sonaba demasiado a «arrancarte la ropa y follarte contra una pared». Sentí un cosquilleo en las piernas. La última pieza de la verdadera Christina que necesitaba para completar el puzle. Solo debía estirar la mano y atreverme a rescatarla.

Agité mi melena con gracia y curvé los labios de esa manera coqueta que

en el pasado había probado ser un arma infalible. Y decidí que sí, que ya había llegado la hora.

—La semana que viene vuelvo a Nueva York. Llámame y lo descubriremos.

Él me sonrió de nuevo y en sus ojos brilló una promesa.

Y, así, mi antigua vida se fusionó con la nueva para crear un futuro en el que volver a encontrarme. Sola. Lejos de Harry. Únicamente yo: la verdadera Christina.

Harry

## ¿Reencontrarse?

No sé si alguna vez te ha pasado. Sentir una certeza que tira desde dentro de ti. Saber algo con la misma seguridad con la que intuyes que el aire llenará tus pulmones en la siguiente respiración o que tu corazón bombeará la sangre para viajar hacia tus venas.

Yo he tenido pocas de esas en la vida, y solo una a la que pueda poner nombre y apellido: el de la mujer que me había cambiado para siempre. Y no me había cambiado solo por el simple hecho de conocerla y que me tuviera a sus pies en el tiempo que tarda el cerebro humano en conectar con otra persona, sino porque fue la primera que me hizo ver que mi vida había sido una sucesión de decisiones que no me pertenecían. La primera en decirme a las claras que debía conocerme, desmontarme y empezar a elegir lo que me nacía de las vísceras.

No fue fácil. Aunque sabía exactamente a qué se refería Christina con aquel discurso que me dio en mi sofá, algo seguía frenándome. Era la falta de confianza en mi propio criterio. El temor a no cumplir expectativas, a desaprovechar lo que otros denominaban la garantía del triunfo. Pero, sobre todo, era la comodidad. El dejarme llevar. El no enfrentarme a mis propios demonios para acabar tomando un camino que, de ser erróneo, me haría cargar con grandes pesos a mi espalda.

Abandoné Nueva York. Cuando desperté aquella mañana y ella no estaba junto a mí supe que todo había acabado. Y no quería pisar la universidad o verla desde lejos sabiendo que mi tiempo a su lado se había agotado. Necesité huir.

Dediqué el día entero a meterlo todo en maletas y cajas y lo envié a Boston antes de subirme a ese avión que me alejaría de Manhattan.

Nadie en Wilkens me preguntó por qué volvía días antes de lo previsto ni por qué cancelaba mi candidatura para el traslado a Nueva York. Nadie preguntó por qué me encerré en mi despacho hasta ponerme al día de todo sin respetar los tiempos habituales. Nadie se dio cuenta de que utilizaba el trabajo como la única tabla de salvación capaz de mantenerme a flote.

No abandoné la empresa. No contacté con Evelyn para arreglar los papeles y no me paré a escucharme a mí mismo, tal y como me había sugerido Christina. ¿Por qué desmontar mi vida de la noche a la mañana? Estando con ella, escuchándola hablar, todo había tenido sentido. Pero ahora que no la tenía a mi lado nada lo hacía. Estaba cabreado. Con ella por haberme dejado marchar sin apenas pestañear. Conmigo por no estar a su altura.

Tuvieron que pasar dos meses para que me plantease mover ficha. Ocurrió tras el final de una semana agotadora y frustrante que me hizo darme cuenta de lo infeliz que era con mi vida. Salvo mi familia y un par de buenos amigos, no tenía nada que me llenase. No disfrutaba con mi día a día. Ni con mi trabajo ni con el resto de rutinas. Vivía dentro de cuatro paredes que no sentía como mi hogar. Empezaba a dudar de todo lo que me rodeaba y, lo peor, extrañaba hasta el delirio a Christina. Seguía dolido con ella por haberme dejado marchar. Incluso llegué a odiarla por poner mi mente patas arriba en todos los sentidos; por hacer que me cuestionara cada pilar que sostenía mi vida.

Me sentí perdido. Solo. Débil. Incoherente. Y detesté esa sensación. Me di cuenta de golpe de que estaba cansado de mí mismo, y de que si eso era así era porque no me reconocía. No puedes no aborrecer lo que encuentras si, cuando miras hacia dentro, no das con ninguna verdad que lleve tu nombre escrito.

No dejé Wilkens de inmediato. Me paré a pensar. Intenté trazar un plan objetivo. Cogí un folio y planteé dos cuestiones que, en un principio, parecieron muy sencillas: «Dónde estaba» y «a dónde quería llegar». A la hora de contestarlas... me di cuenta de que no lo eran tanto. Me llevó días entender quién era en ese momento y cómo quería que acabara siendo mi vida.

Pensé, medité, reflexioné, rumié, me obsesioné. Hasta dar con esas respuestas que, sin saberlo, llevaba buscando toda la vida.

—Harry, por favor, sé razonable. Luchamos mucho por esa casa. No podemos perderla.

Me había reunido con Evelyn en una cafetería cerca de su trabajo. Ella había vuelto al mercado laboral e iba avanzando a pasitos pequeños pero firmes. Decidí hablar con ella cara a cara, sin abogados, sin dobleces.

Era lo primero que tenía que solucionar. Mi matrimonio fallido, las promesas que habíamos roto, las ilusiones que habíamos dejado por el camino.

—Lo siento, Evelyn. Llevamos más de un año separados. Has tenido



tiempo de sobra para buscar alguna solución, rehacer tu vida y empezar desde cero. Se ha acabado. Necesito firmar el divorcio.

—¿Es por Christina?

—No. —Tragué saliva. Era y no era por ella. Era algo mío, pero solo gracias a su influencia había sido capaz de verlo de ese modo—. Es por mí. Tú y yo ya no nos queremos. Nuestras vidas están separadas en la práctica. Es hora de hacerlo oficial.

—No digas que no nos queremos. Yo siempre te querré, Harry.

Cerré los ojos. No podía decirle que yo había dejado de amarla hacía mucho tiempo. Menos aún confesarle que la manera en la que la quise a ella no podía compararse con esa sensación de sentirme lleno que me embargaba al pensar en Christina.

—No lo hagas más difícil, por favor. Firmemos y acabemos con todo cuanto antes.

—Mi padre cree que puede comprar la casa —dijo cuando se supo perdida—. Él la compraría, estaría a su nombre y yo viviría en ella. Si de verdad entre tú y yo no hay nada que hacer, esa casa es mi único consuelo.

—¿Tiene el dinero?

—Eh... podría pagarte tu parte en varios años. Diez es lo que había estimado.

—No.

—Harry, nadie tiene esa cantidad de dinero para desembolsar de un día para otro. Por favor, trata de ser comprensivo.

—He dicho que no, Evelyn. Necesito el dinero.

—¿Para qué necesitas tú esa cantidad? Tienes un buen colchón. Tienes un buen sueldo en Wilkens. Tienes...

—No es asunto tuyo, pero tengo planes. Necesito el dinero. Si no puede pagar, la respuesta es no.

Me miró con sus enormes ojos azules llenos de rabia y confusión.

—¿Qué ha sido del Harry comprensivo que eras?

—¿Te refieres al que se dejaba manipular por los demás? Creo que se ha ido. Para siempre.

—No me gusta esta versión de ti mismo. No sé qué clase de influencia tiene sobre ti esa chica, pero no es buena. No me gusta en lo que te has convertido.

—No me importa tu opinión. Tienes un mes para darme una respuesta. Si no, venderemos la casa. Se acabó la negociación.

Un mes exacto fue lo que tardamos en solucionar el tema del divorcio y de la propiedad, y otro mes en conseguir venderla por su precio en el mercado. El padre de Evelyn, mi antiguo mentor, no pudo finalmente hacer frente al gasto, así que se la vendimos a un importante inversor de la zona que estaba muy interesado en el que fue mi proyecto junto a Evelyn.

No es que me hubiera vuelto un insensible que no tuviera en cuenta los esfuerzos de su exmujer por conservar aquel sueño de ladrillo, es que un plan empezaba a esbozarse en mi mente y, si quería llevarlo a cabo, iba a necesitar un buen colchón económico que me respaldara.

Fue la primera decisión que tomé pensando solo en mí, y me sentí bien después de ejecutarla.

En junio estaba todo prácticamente cerrado. Tenía el dinero, había dejado por fin Wilkens y era un hombre libre. Decidí salir de allí, de Boston y las decisiones que arrastraba; de Estados Unidos y del eco de la persona que había elegido ser.

Viajé a Salzburgo para pasar una temporada con mis abuelos mientras reflexionaba acerca de cuál sería mi siguiente paso. No quería pensar en nada ni en nadie de lo que dejaba atrás, quería desintoxicarme de opiniones ajenas, así que di de baja mi teléfono móvil. Compré una nueva tarjeta de prepago cuyo número solo facilité a mi familia y a un par de allegados. No quería que nadie de mi círculo se pusiera en contacto conmigo para intentar hacerme entrar en razón. No quería escuchar los consejos de nadie. Solo quería atenderme a mí.

Mis abuelos se mostraron encantados de tenerme allí. A lo largo de los años, alguna vez había ido de visita, pero nunca había pasado largos periodos con ellos.

Aproveché aquellos meses para aprenderme de memoria Salzburgo, la ciudad de mi padre. Con sus parques, sus fuentes, sus edificios, sus palacios. También viajé a otros puntos del país que siempre había querido conocer, como Innsbruck y Viena. Me moví por todos aquellos lugares, acompañado en ocasiones y solo en muchas otras. Quería pensar. Estar conmigo mismo. Escucharme. Valorar opciones. Y respirar dentro de mí el recuerdo de Christina, que no se me había ido de la mente.

A mediados de verano, mi hermano Fred vino un par de semanas para pasar conmigo parte de sus vacaciones. Estuvimos unos días dejándonos mimar por nuestros abuelos como un par de niños y luego cogimos un tren que nos llevó

por el sur del país y el norte de Italia. Fue la realización del sueño de hacer ese viaje de hermanos que siempre habíamos querido llevar a cabo.

Fred me habló de sus proyectos y del futuro que se trazaba a corto plazo. Para una persona con los problemas que él había tenido, lo más importante era vivir el día a día, marcarse pequeñas metas que lo motivasen y llenar su vida de cosas que le dieran sentido. Acababa de sacarse un curso de auxiliar de clínica que le abría puertas para el futuro laboral que se había planteado dentro del ámbito sanitario. Mi hermano siempre había sido una persona sensible y encontraba en el acto de ayudar a los otros una realización que lo llenaba en lo profesional y lo personal.

Yo compartí algunas de mis inquietudes con él. Sabía que Fred no intentaría dirigir mis pensamientos, sino que solo me escucharía y trataría de ponerse en mis zapatos.

—¿Aún piensas en ella?

Mi hermano y yo estábamos en una pequeña campiña de la Toscana. Habíamos alquilado un par de días una casa de campo en la que poder pasear, respirar aire puro y tumbarnos en el césped para ver las estrellas, como estábamos haciendo en ese momento.

—Sí, pero pienso más en mí. Creo que es lo que necesito. Y lo que ella esperaba.

—Me gustaría conocerla. Tiene que ser una mujer interesante.

Pensé en Christina y una sonrisa curvó mis labios. Christina. Mi Christina. La mujer de mi vida.

—Fred, ni te lo imaginas...

—Pues cuéntamelo. Será bonito conocerla a través de tu mirada.

No necesité cerrar los ojos para que su imagen se dibujara en mi memoria. Ella aparecía en mi mente cuando menos lo esperaba. No había mentido a mi hermano. En ese tiempo había aprendido a no perderme en ella y su recuerdo. No solo porque parte de mí siguiera cabreado porque me hubiera dejado, sino porque debía centrarme en mí. En quién era yo por mí mismo. Sin su presencia, su influencia ni las posibilidades de futuro que contemplaba al imaginarme una vida a su lado. Estaba tan centrado en mí que, en ocasiones, no había sitio para ella. Y eso era bueno. Significaba que me estaba poniendo a mí como prioridad y que estaba aprendiendo a definir su espacio. Ella no pretendía que mi vida girara a su alrededor, lo que de verdad quería era que yo aprendiera a sostener mi propio mundo. Eso era el amor para ella. Un sentimiento sano que fluye entre dos individuos —cada uno con sus miedos,

sus logros y sus aspiraciones— que decidían caminar al lado del otro. Yo estaba en vías de convertirme en esa persona con la que ella quisiera compartir sus pasos. Por fin lo estaba entendiendo.

Miré a mi hermano y algo me dolió en las costillas al recordar a Christina. La primera vez que la vi. Aquella exposición en la que me cautivó. Los días en aquel hotel de Atlanta en los que yo la perseguía porque me moría por saber qué se escondía tras aquella chica dura que se mostraba ante mis ojos. Y entre sus piernas. No voy a mentir. La deseé con fuerza desde el primer instante en que mis ojos se posaron en ella. Recordé la sensación de empujar entre sus muslos, de rodar mi boca por todo su cuerpo, de dormirme junto a su respiración pausada y de decirle adiós, pensando que sería para siempre, aunque finalmente hallé la manera de que nos reencontráramos.

En mis recuerdos se coloreó el sonido de sus palabras afiladas cada vez que intentaba acercarme. Su mirada, que la contradecía en cada rechazo. Sus ganas perdiéndose en su pose profesional.

Día a día, fui testigo de cómo se deshacía su coraza. Hasta que cayó en mis brazos de nuevo, consiguiendo que yo me encadenara a los suyos de por vida. Logrando que me enamorara más y más en cada susurro, en cada confesión, en cada capa que se fundía, en cada orgasmo que le robaba, en cada caricia llena de significado. Me enamoré de ella por todo lo que se veía en la superficie y todo lo que guardaba dentro. Su fuerza. Su voluntad. Su entrega. Por las muchas Christinas que escondía en su interior, que eran diferentes versiones de ella misma, de la única, la verdadera, la mujer que se me había agarrado a las tripas para grabar en ellas una certeza: la de que la amaría hasta mi último aliento.

Le hablé de todo eso a Fred y él me miró pasmado. Tal vez no se esperaba que su hermano mayor soltara el corazón por la boca.

—Nunca te escuché hablar así de Evelyn.

—Nunca contemplé que se pudiera querer a otra persona del modo en el que quiero a Christina.

—¿Y qué modo es ese?

—Con la seguridad absoluta de que ese sentimiento durará para siempre.

—¿Crees que la recuperarás?

—Sé que cuando esté todo claro aquí. —Me señalé la cabeza—. Y aquí. —Me llevé una mano al estómago—. Volveré a por ella. No sé qué pasará después.

Eso lo sabía. Cuando consiguiera perdonarla del todo, cuando consiguiera

perdonarme a mí mismo, iría a buscarla. Sabía que lo que sentía dentro no iba a cambiar. Era la convicción más sólida que había tenido en mi vida.

Había días que todo se me hacía cuesta arriba. La soledad, las dudas, el tiempo que pasaba.

Había otros que me levantaba enfadado con ella. Sí, sé que era irracional porque entendía perfectamente el porqué de sus decisiones, pero yo qué sé. Seguía siendo humano. Imperfecto. Y me pesaba cada día echarla de menos, preguntarme si para ella había sido tan fácil como parecía separarse de mí. Me preguntaba qué estaría haciendo. Y con quién. Si habría vuelto a sus antiguas costumbres, a enterrarse bajo cuerpos anónimos, si habría olvidado lo que era entregarse a una única persona.

La echaba de menos. Entera. Lo bueno y lo malo. Enfrentarme a ella, luchar para derribar sus defensas, el dolor que me producía su distancia al principio.

Durante una pequeña temporada, me obsesioné con la idea de que rehiciera su vida.

¿Y si volvía? ¿Y si lo dejaba todo para volver a su lado? Por suerte, tardaba poco en darme cuenta de que aún no tenía nada que ofrecerle. Y me frustraba. Aún me quedaba camino por delante.

Las semanas fueron pasando. Hasta finales de verano no tomé una decisión en cuanto a mi vida profesional. Fue durante una conversación con mi abuelo que aprendí a dar forma a ese deseo que llevaba dentro el mismo tiempo que lo había ignorado.

—Cuando eras pequeño, ¿qué querías ser de mayor?

—Siempre me he visto en un hospital. Ayudando a gente con problemas; marcando la diferencia desde el terreno, no fuera, investigando.

—¿Y qué te frena a alcanzarlo?

—No sé. Hasta ahora ha sido pensar que tengo treinta y dos años, un doctorado, un trabajo muy bien pagado... Desde hace unos meses creo que es el miedo.

—¿Miedo a qué?

—A empezar de cero. A que no salga bien.

—Aún eres joven, hijo. Te has labrado un nombre. Si no saliese bien, tendrías alternativas. Yo creo que, si de verdad es lo que quieres, deberías intentarlo.

—Pero implicaría volver a estudiar a mi edad...

—Tienes treinta y dos años, Harry. Eres muy joven. No tienes grandes responsabilidades. Tienes dinero. Y, si te hiciera falta, tienes el apoyo de tu abuela y mío también en lo económico. Tienes opciones. Lucha por ello.

Pasé varios días rumiando las palabras de mi abuelo. Informándome sobre cursos de posgrado que complementasen mi formación para meterme en el ámbito clínico. En ocasiones me agobiaba pensar en todo lo que dejaría de lado por el camino. Yo era el doctor Harry Watzlawick. Uno de los investigadores químicos más importantes de la Costa Este. Había sido directivo de una farmacéutica de gran prestigio. Y, de pronto, ¿volvería a la universidad? ¿A ser nadie? ¿A arriesgar todo lo que había logrado en una década?

Me daba vértigo el cambio. Pero luego miraba los itinerarios de los diferentes posgrados de bioquímica clínica y los ojos me brillaban. Qué bonito sería un futuro así. Lo esboqué en mi mente. Un día a día en el laboratorio. Tratar cada caso como particular, con nombres y apellidos. Para mí, era ir mucho más allá que hablar de muestras anónimas, colectivos, hombres, mujeres... En lo particular estaba la grandeza. Lo singular.

Encontré el programa perfecto, en la universidad que mejor se ajustaba a mis planes de futuro. Los primeros meses eran a distancia. Se impartía la materia de forma online y solo tenía que examinarme de manera presencial llegado el periodo de exámenes. Eso me daba unos meses de margen para seguir en Salzburgo.

Estaba bien allí. En paz. Sin grandes gastos. Aunque el dinero seguía sin ser un problema. Tenía inversiones que me iban inyectando un pequeño capital todos los meses. Tenía un buen colchón y tenía el dinero de la casa. A nivel económico, estaba en la situación ideal, porque mi plan exigía dos años de entrega completa a mis nuevos estudios.

No volví a Boston hasta Navidad. Tras pasarme seis meses en Europa, mi madre lloriqueó que quería tenerme en casa para las fiestas. Aunque habían venido a verme en un par de ocasiones durante ese tiempo, para ella era importante pasar esa época del año en familia.

Pensé que, tal vez, era la hora de regresar.

Volver a casa de mis padres fue extraño. Había dejado el piso de alquiler en el que vivía en Boston antes de irme a Austria, así que tenía la mitad de mis cosas en un trastero y la otra mitad en las maletas que viajaban conmigo.

Me quedaría en la casa de mi infancia hasta que arreglara el tema de la vivienda. Mis padres me dijeron que no había prisa, pero aquel era el último paso que quedaba definir de mi nueva vida. No lo demoraría demasiado.

Una mañana, después de las fiestas, cogí el coche hasta Boston. Mis padres vivían a dos horas de allí, así que aproveché el viaje para hacer algunos papeles y otros recados que tenía pendientes. Entre ellos, quedar para comer con Amanda. Ella había sido una especie de amiga durante mi época en Wilkens. La única que realmente sabía todo lo que había detrás de mi decisión de dejar la compañía. No había sabido de ella en todo el tiempo que estuve fuera, porque así se lo había pedido. Pero le debía un rato para ponerla al día de las novedades.

Quedamos en un restaurante de comida francesa que había por el centro. Amanda parecía cansada pero contenta de volver a verme.

—Wilkens es un desastre desde que te fuiste —dijo—. Todavía estamos batallando con algunos de los cambios que tu ausencia nos dejó.

—Siento oír eso. Nunca fue mi intención causaros problemas.

—Lo sé. Pero no te preocupes, en pocos meses se nombrarán nuevos cargos. Un lavado de cara puede ser justo lo que necesitamos. —Sonrió—. Y, hablando de caras... tú tienes muy buen aspecto. Pareces contento.

—Sí, lo estoy. Te dije que me había matriculado en el posgrado, ¿no? —Ella asintió—. Pues este primer semestre ha sido de gran carga teórica, pero estoy aprendiendo muchísimo. Ahora estoy preparando los exámenes, que empiezan en un par de semanas. En febrero comienzan las clases presenciales y las prácticas. Es un programa exigente, pero me gusta.

—Así que clínica... ¿Quién lo iba a decir?

—Yo. Solo yo. Pero no era consciente de hasta qué punto lo deseaba.

Amanda curvó los labios hacia arriba, en una sonrisa característica de un buen amigo, de alguien que de verdad se preocupa por ti y celebra tus logros.

—Me alegro de que Europa te haya sentado bien. Deduzco que no te arrepientes de haber roto con todo, ¿verdad?

—No. Algo así era justo lo que necesitaba en este momento de mi vida.

Y no mentía. Estar solo, recapacitar, pasar el duelo de mi matrimonio y del hijo que perdí, pensar en mi futuro, en mis deseos, me había ayudado a alcanzar un punto de equilibrio que necesitaba desesperadamente para no perderme a mí mismo.

Amanda sonrió de nuevo.

—Veo que quien te aconsejó que lo hicieras te conocía bien —dejó caer

con aire pensativo.

Tragué saliva. Christina. Su recuerdo había perdido fuerza en los últimos meses. Su imagen había compartido espacio con todo lo que ahora llenaba mi vida. Pero seguía ahí, siempre estaba ahí.

—Sí. Así es —contesté.

—Puedes preguntarme si sé algo de ella —dijo con una mirada que desprendía sabiduría—. La verdad es que la relación con Columbia es bastante estrecha después de la investigación.

—¿La has visto? —Mi voz sonó ronca. Mis pulsaciones habían cambiado.

—Sí. Al poco de marcharte tú la vi en un congreso.

—Y ¿cómo estaba?

—En ese momento me pareció que bien. Ya sabes, es una chica muy profesional.

—Sí. —Sonreí para mí al recordarla—. Mucho.

—Pero... esa no fue la última vez que tuve noticias de ella. —La mirada de Amanda se había intensificado. No sé por qué me puse nervioso.

—¿Ah, no?

—No. Llamó a Wilkens hace unos meses. Estuve hablando con ella. Pero no era conmigo con quien quería hablar. —Iba soltando las palabras poco a poco para que fuera asimilándolas. Esperó unos segundos para calibrar mi reacción. De pronto, empecé a sentir una asfixia en mi pecho—. Te buscaba a ti.

—¿A mí?

—Parecía bastante desesperada por encontrarte.

—¿Cómo? Amanda, explícate, por favor.

Amanda pasó a contarme su conversación con Christina. Cómo ella había intentado ponerse en contacto conmigo por teléfono y a través de mi correo corporativo. Cómo, ante el fracaso por esas vías, había decidido quemar un último cartucho llamando a Wilkens. A Amanda.

—Joder. Joder. ¿Cuándo fue eso?

—Hará aproximadamente tres meses.

—¿Y tú qué le dijiste?

—La verdad. Que habías dejado Boston y que no sabía cuándo volverías, ni si lo harías.

Joder. Cerré los ojos. Imaginé lo desesperada que tenía que haberse sentido Christina para llamar a Amanda, para mostrar una actitud tan poco profesional con gente a la que ella respetaba tanto. Y ahora pensaba que yo



había desaparecido del mapa. Que tal vez no volvería.

—Mierda. ¿Y no me avisaste?

—Harry, relájate. Me pediste que no te contactara a no ser que hubiera una emergencia. Dijiste que no querías saber nada de tu vida aquí. ¿Con qué derecho iba a faltar a mi palabra después de tres meses sin noticias tuyas?

Respiré hondo. Amanda tenía razón.

—Vale, vale. —Me llevé la mano a la frente—. Es solo que... Joder. Nunca creí que ella intentaría contactarme. No me lo esperaba. Estoy en *shock*.

Todo el viaje de vuelta a casa de mis padres lo pasé pensando en Christina. Estaba hecho un lío. ¿Por qué me había buscado? ¿Habría pasado algo grave? No, si fuera eso Amanda se habría enterado por Virginia. Entonces, ¿había sido por un tema personal? ¿Querría, simplemente, saber de mí? ¿O querría algo más?

Ella era tan fuerte... me costaba imaginarla desesperada por encontrarme. Parecía tenerlo muy claro todo cuando me dejó marchar. Durante los meses siguientes, cuando yo aún seguía en Wilkens, no había dado señales de vida. Eso quiere decir que no se arrepentía. ¿Era posible que el tiempo hubiera hecho mella en ella? ¿Que le pesara la distancia?

Dios. Las dudas y los interrogantes carcomieron mi cerebro en unas pocas horas.

Los últimos meses habían sido buenos para mí. Estaba en un buen punto personal. De hecho, creo que estaba tan bien conmigo mismo que no sentía la necesidad de llenar ningún vacío. Ni siquiera aquel que llevaba su nombre. Me sentía bien estando solo.

Pero ella seguía ahí. La quería. De una manera desmedida pero controlada; como un loco, pero desde la cordura; de manera obsesiva pero sana.

Y yo sabía que el final de aquel viaje que había emprendido meses atrás acababa conmigo yendo a buscarla. Pero no tenía prisa. Estaba disfrutando el camino, aunque, tal vez, había llegado la hora de volver a andar a su lado.

Saber que ella me había buscado lo cambió todo para mí. Me dio fuerzas y valor. Aunque también me puso nervioso. Quizá, para Christina, saber que me había ido tan lejos había sido una especie de señal. Tal vez la había llevado a convencerse de que debía seguir sin mí.

No podía arriesgarme a perderla para siempre. No sabía con qué versión de Christina me encontraría. ¿La distante? ¿La fuerte? ¿La dura? ¿La perceptiva? ¿La que sabía más de mis necesidades que yo mismo? ¿La

compleja? ¿La sencilla? ¿La luchadora? ¿La sensible? ¿La que me quiso? ¿La que aún me quería?

Me daba igual. Las quería a todas. Siempre lo querría todo de ella. Y ahora que me había encontrado a mí mismo, era el momento de demostrárselo.

Matt

## ¿Un futuro?

No sé cuánto tiempo pasó, durante cuántos meses la ausencia de Kate fue la realidad de mi día a día.

¿Seis? ¿Siete? ¿Ocho?

No lo sé, pero sí sé que no fueron suficientes para olvidarme de ella. Aunque al mismo tiempo fueron demasiados como aceptar con facilidad las señales de que había vuelto.

Ocurrió un día, sin más. Un martes. O un miércoles. Uno de esos días que crees que pasarán sin pena ni gloria.

Me compré un café, un bollo relleno de chocolate y me senté en mi mesa. Encima de una pila de papeles me encontré un *post-it*. Un *post-it* normal, amarillo, que tenía escrito solo tres palabras: «¿Reconoces este olor?». Me lo llevé a la nariz y algo parecido al algodón de azúcar golpeó mis fosas.

En el acto pensé en ella. Quizá porque cualquier excusa era buena para traerla a mi mente, quizá porque siempre mantuve la esperanza de que me mandara una señal o quizá porque todo estímulo que asociara con infancia irremediabilmente iba unido a Kate.

La busqué, no voy a mentir. La busqué por la planta de la oficina que habíamos compartido en el pasado como quien busca un zumbido que no sabe de dónde procede y que te vuelve loco. Pero no estaba. Por supuesto. Ella jamás me lo pondría tan fácil.

Era su olor. Era su letra. Era Kate. Pero seguía sin estar.

Así fue cómo su imagen se coló de nuevo en mis rutinas, en mis reuniones, en mis ratos de copas con mis amigos y en mis duchas solitarias. Hacía meses que me había prohibido dejar que mi mente girara alrededor de su recuerdo. Me permitía muy pocos momentos de debilidad.

Durante esos meses me había refugiado en mis amigos. En mi trabajo. En salir. Conocí otras camas. Y me convencí de que, en el fondo, la decisión que Kate tomó era la más acertada porque, al fin y al cabo, ella debía pensar en su hijo. Y yo debía seguir con mi vida.

No la odié. En ningún momento logré hacerlo, aunque al principio tuve un par de momentos en los que pensé que enfadarme con ella me haría las cosas más fáciles. Pero no encontré las fuerzas necesarias para ello. La conocía

demasiado, lo cual me permitía ponerme en sus zapatos y entenderla. No diré al cien por cien, porque yo jamás habría tomado una decisión como esa, pero sí lo suficiente como para empatizar con su situación y esperar a que el tiempo le diera la lección que tarde o temprano llegaría.

Durante los días siguientes al «momento *post-it*», estuve alerta por si acaso me la cruzaba en la esquina menos pensada o encontraba algún otro mensaje escondido. Pasaron tres días cuando encontré la siguiente pista de que Kate estaba cerca.

Fue a la hora de la comida. Ese día había traído un *tupper* con sobras porque sabía que tenía que prepararme una reunión y no podría bajar a comer fuera. Era imposible que ella de antemano supiera cuál sería mi rutina aquel día, pero dentro de la bolsa que contenía el *tupper* encontré una bolsita de tela llena de recuerdos: entradas de cine, tickets de cenas compartidas, un guante —mío— al que le faltaba la pareja porque la perdimos una noche y la correa de un bolso que se le rompió porque la reté a una carrera bajo la nieve.

Jodida Kate, que me hacía conectar con el pasado a una velocidad que cortaba la piel. Y qué rabia me dio que no diera la cara, porque era evidente que estaba cerca. Volví a buscarla por toda la planta, por el edificio, y hasta bajé a la calle, pero no había ni rastro de esa maldita niña. Porque estaba claro que, a pesar del tiempo que había pasado, a pesar de que me había dejado para comprar esa vida de adulta que siempre se sintió obligada a escoger, Kate seguía siendo una niña. La manera en la que estaba gestionando su vuelta me lo indicaba.

Las dos semanas siguientes se llenaron de postales de sitios de Nueva York en los que habíamos estado juntos. De notitas enterradas bajo mi teclado. O en mis carpetas. Incluso pegadas al espejo del baño cuando salía de mear.

Siempre en mi lugar de trabajo. Siempre interfiriendo con mi día a día, poniéndome cada vez de peor humor.

Estaba seguro de que tenía un cómplice. Era imposible que hiciera todo aquello sin ser vista en ningún momento. Y sabía exactamente quién era la persona que estaba ayudándola desde dentro.

—¿Sabes algo de los mensajitos que me encuentro en cada puto lugar de esta oficina? —le pregunté a Troy. Más bien, le increpé. Estábamos los dos solos tomando algo en la cafetería de debajo del edificio y juro que me había parecido ver mi nombre en la pizarra con las especialidades del día.

—No. —Era obvio que mentía.

—Dile que pare. —Me puse serio y él tragó saliva—. En serio, díselo.

Estoy en el trabajo. Así no se hacen las cosas.

Automáticamente, recuperé la normalidad de mi día a día en la oficina. Pero no conté con que ella tendría un plan B.

El día que me encontré el primer sobre en el buzón de mi casa estuve a punto de llamarla. No porque hubiera conseguido ablandarme, sino porque me tocaba las pelotas sobremanera que estuviera llevando así la situación. ¿Quería hablarme? ¿Verme? ¿Retomar el contacto? ¿Disculparse? Pues que lo hiciera, pero a la cara. Que tuviera el valor de enfrentarme y que me pidiera lo que tuviera que pedirme. Que llorase, me gritase, se arrastrase o que se mostrara digna, pero que lo hiciera mirándome a los ojos.

El contenido de las notas que me dejaba en el buzón se fue volviendo más extenso con los días. Al principio eran ideas, palabras que trataban de evocar sensaciones que yo ya creía perdidas, pero las letras cada vez estaban más cargadas de culpa, de nuevos enfoques, eran más y más complejas, hasta que llegó un simple pergamino que resumía toda su verdad en unas pocas líneas:

«Dicen que la parte más vulnerable de nosotros es aquella que protegemos con muchas capas de piel y mentiras. Aquella que nos duele si alguien la roza o la nombra, pero que nos define más allá de donde alcanzan las palabras. No amamos algo porque sea bello y eterno, sino porque sabemos que puede romperse y decidimos sostenerlo entre nuestros dedos. Yo puedo romperme en cualquier momento. Solo tú supiste verlo».

Aquella nota me mató, hasta el punto de romperla en ocho trozos que horas más tarde intenté recomponer con ayuda de mis amigos, que habían venido a cenar.

—Yo creo que ahí está la clave para entender a esta chica —dijo Christina.

—Pues yo creo que, si quiere algo de ti, ya puede bañarse desnuda en el Hudson o poner tu nombre en la Luna. —Esa fue Claire—. ¿Qué han pasado, nueve meses? A estas alturas hasta podría haber tenido otro niño.

—No seas bruta, pequeña —intercedió Neal.

—Es que no entiendo. ¿Qué pretende?

—Igual se ha arrepentido —opinó Olivia—. Puede que se haya dado cuenta de que el tal Konrad...

—Patrick —la rectificó.

—Sí, eso, Patrick. Que el tal Patrick no es el hombre de su vida.

—Eso podría haberlo pensado antes de arruinarle la vida a Matt.

—No me ha arruinado la vida, Claire. Tomó la mejor decisión que podía tomar en ese momento de su vida. —Me encogí de hombros—. No sé.

Vosotros no la conocéis como yo.

—¿Eso significa que la perdonarías? —preguntó Christina.

—No tengo nada que perdonar porque no estoy enfadado. Pero no sé si la aceptaría, si es que tuviera el valor para plantarme cara, que no parece ser el caso.

—¿Qué tendría que hacer para que «la aceptaras»? —preguntó Olivia dibujando las comillas con los dedos.

Me lo pensé durante unos segundos. ¿Había algo a su alcance que pudiera lograr que yo la quisiera de vuelta? Solo se me ocurrían cosas tan intangibles que ni siquiera sabía si tendrían la suficiente fuerza. O si llegarían a tiempo para convertirse en motivos de peso.

Aun así, dije:

—Intentar convencerme de que nunca más va a marcharse... y conseguir que la crea.

Las notas dejaron de llegar de la noche a la mañana. No sé si es que ella esperaba algún movimiento por mi parte que no encontró y eso consiguió desanimarla. El caso es que desapareció y eso a mí me dio espacio para reflexionar sobre todo.

Pensé mucho en nuestro pasado, en todas las cosas que habíamos vivido en nuestra historia. También recapacité sobre sus decisiones y sobre cómo ella fue llevándome a su terreno sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta. Y sobre la nota. Di muchísimas vueltas a ese mensaje encerrado entre tinta y papel que, como me había dicho Christina, contenía la clave para entenderla; para comprender que Kate era una persona con demasiado miedo a mostrar su vulnerabilidad y a permitir que otros dedos acariciaran sus cicatrices. Tanto era así que había ocultado su mayor miedo, el de no ser suficiente para su hijo, en una decisión que la había condenado.

El día que volvió a mi vida sí lo recuerdo perfectamente. Recuerdo su ropa y mi ropa, el olor a hielo fundido por el sol que había en el ambiente, el miedo en sus ojos y la duda en los míos.

Yo salía de una comida de negocios y ella me abordó en una esquina. Me abordó de una manera que parecía casual, porque yo no la esperaba a ella y ella estaba tan concentrada en no perderme de vista que acabó chocando conmigo. Mi portafolios cayó al suelo y también lo hizo su bolso. Mis papeles se mezclaron con su cartera, la funda de sus gafas de sol, un tubito de rímel y

un paquete de toallitas.

Lo recogí todo precipitadamente sin reparar en que era ella.

—Lo siento, señorita. Iba pensando en mis cosas.

Esperé una respuesta por parte de la persona con la que hablaba, pero solo obtuve silencio. Y fue precisamente en ese silencio en el que pude escuchar su voz aunque no abriera la boca, en el que percibí el olor a globos de colores que desprendía aquel día, en el que supe sin duda que era ella, sin ni siquiera despegar la mirada de la acera.

Cuando conseguí alzar la vista, estuve muy tentado a dejarme caer. Era realmente Kate, una Kate más seria que la que yo recordaba. Más mayor, más adulta. Menos niña.

Una Kate que olía a fiestas de cumpleaños y que me miraba como si yo fuera un tigre en medio de la sabana. Vi como estudiaba mi expresión. Seguía agachada, como yo, en medio de una de las calles más transitadas cerca del Puente de Brooklyn.

Pudimos pasar allí cientos de segundos. Minutos enteros. Pero solo necesité dos parpadeos para asumir que era real que estuviera allí, en carne y hueso, cerca de mí.

—Podemos ponernos de pie cuando quieras —dijo finalmente, rompiendo el hielo cuando ya pensaba que el primero en hablar sería yo.

—¿Quién te ha dicho que quiero ponerme de pie? —contraataqué alzando una ceja.

Eso la descolocó.

—No sé. Estamos en cuclillas en el suelo y llevas traje. Querrás estar cómodo.

—¿Cómodo para qué?

—Para hablar conmigo.

—No necesito estar cómodo para hablar contigo. De hecho, me encanta el suelo. ¿Ves? —Me senté sobre la acera mugrienta del centro de Manhattan, en hora punta, cuando pasaban miles de personas a nuestro lado. Quería provocarla y no sabía cómo—. ¿De qué dices que quieres hablar?

Ella me miró alucinada un segundo y enfadada al segundo siguiente.

—¿Me estás vacilando?

—No lo he decidido.

Clavó sus ojos en mí de nuevo, furiosa como no la veía desde esas primeras semanas de discusiones cuando todo empezó. Decidió imitarme. Se sentó en la acera, enfrente de mí, con las piernas en plan indio y su mirada



clavada en la mía. La gente pasaba a nuestro alrededor, esquivándonos para no chocar con esos dos locos que había sentados en el suelo. Al principio nos miraban mal, pero era Manhattan. Cosas más raras se habían visto entre sus calles.

—¿No querías hablar? —pregunté, evaluando su expresión.

—No si no vas a tomártelo en serio.

—¿Tomármelo en serio? ¿Cuál es tu concepto de tomarte en serio algo? ¿Dejar notitas en el lugar de trabajo de alguien? ¿En su casa? Para ser una mujer con tantas responsabilidades, estás muy en contacto con tu adolescente interior.

—Dios, eres un gilipollas. —Se frotó los ojos con exasperación—. ¿No eres capaz de entender que no sabía cómo acercarme?

—Era tan fácil como levantar el teléfono y hacer una llamada. O mandarme un mensaje. O, simplemente, aparecer.

—No sabía cómo reaccionarías si me vieras de repente. Solo quería ponerte sobre aviso.

Ahora el que se frotó los ojos fui yo. Solté un bufido. No solo estaba en *shock* por encontrármela cuando ya no la esperaba, encima tenía que gestionar todo lo que me pasaba por dentro por tenerla cerca, con tantas ganas enterradas bajo capas de miedo y vulnerabilidad.

Me cabreé.

—Jodida niñata —dije entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—¡Que eres una maldita cría que hace cosas estúpidas! ¿Tienes idea de lo mucho que me cabreaba abrir el buzón y encontrarme una nota tuya intentado desenterrar recuerdos?

—Oye, imbécil, que no se me ocurría hacerlo de otra manera. ¿Por qué no puedes hacer el esfuerzo de comprender que me daba miedo tu reacción? ¿Es que no entiendes que la he cagado tanto que mi margen para arreglar las cosas es prácticamente nulo? ¡Estaba desesperada!

—¿Desesperada por qué?

—Por venir, por verte, por hablar contigo y decirte que lo siento, que me equivoqué y que necesito que me perdones.

—Para estar tan desesperada te has tomado tu tiempo —le reproché. Nuestros ojos estaban a la misma altura, demasiado cerca del nivel del suelo—. ¿Cuánto has tardado? ¿Ocho, nueve, diez meses? ¿Qué ha pasado? ¿Patrick ya no te daba lo que necesitabas? ¿Tu idea de familia perfecta no era tan ideal

como imaginabas?

—En serio, Matt, para. Me estás haciendo daño.

—Ah, ¿yo te estoy haciendo daño a ti? Eso tiene gracia.

—Vale, estás enfadado, y lo entiendo.

—No, no, Kate. Yo no estoy enfadado. No estoy enfadado, porque te entiendo. Lo que estoy es decepcionado.

—¿Decepcionado?

—Sí. Porque no eres tan fuerte como yo pensaba que eras, porque vas vendiendo una parte de ti que no existe, porque has tardado muchos meses en darte cuenta de que cometiste un error yéndote de Nueva York y, sobre todo, porque intentaste ocultar que te sentías rota por dentro. No solo a mí, que también, sino a ti misma.

Para mí, esa era su realidad, la clave para entender a Kate. Ella y sus pedazos. Kate y esa parte rebelde que en su juventud la llevó por el mal camino. Kate y su lucha por mantenerse entera para ser mejor para Tobey.

Ella me miró, dolida, pero con algo de gratitud al fondo de sus ojos.

—Tienes razón —dijo con un suspiro—. No puedo rebatirte nada, porque tienes toda la razón. Siempre la has tenido.

Nos quedamos callados bastante tiempo. El suficiente como para recibir varias miradas de gente a la que le entorpecíamos el paso y un par de gritos muy poco amables.

Decidí que no me apetecía jugar más en ese momento, quería respuestas a preguntas que ni siquiera sabía aún cuáles eran.

—¿Qué haces aquí, Kate? —atajé finalmente—. ¿Por qué has vuelto?

—Por ti. Por mí también. Por Nueva York y por Tobey. Pero sobre todo por ti.

Asentí. Tragué un nudo de saliva que me ahogaba.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—¿Ahora mismo? Que nos levantemos del suelo y que me dejes invitarte a algo.

—No voy a ir contigo a ningún sitio, Kate. Bastante tengo con digerir que acabes de aparecer.

—Te he dejado muchas semanas para que fueras haciéndote a la idea.

—¿Ese era tu plan? —pregunté con las cejas en alto—. ¿Colarte sigilosamente? ¿Intentar blandarme?

—Suena fatal, pero... sí.

Negué con la cabeza.

—No puedo ir contigo a ningún sitio.

—Por favor, Matt.

Me miró suplicante, con sus ojos oscuros brillando más de lo normal y un tic cruzando su mandíbula. Por primera vez desde que la conocía decidió mostrarse vulnerable delante de mí. Desnuda de todas esas capas que la hacían más dura, pero que hacía tiempo que a mí no me engañaban.

—Dame una razón por la que deba aceptar —le pedí aguantándole la mirada.

—Solo se me ocurren cientos de razones por las que no puedo dejarte marchar sin intentarlo.

—¿Como cuáles?

—Eres la mejor persona que ha pasado por mi vida. Y no te he olvidado, por más que lo he intentado. —Tomó aire despacio—. Tienes razón. Estoy hecha de pedacitos por dentro, pero la manera en la que tú me miras me hace sentir entera de nuevo. Sin grietas. Sin una maldita fisura.

El nudo de la garganta se intensificó, pero me obligué a no apartar mis ojos de los suyos.

—¿Y qué más?

—Nunca te lo he dicho, pero cada vez que te tengo cerca me cuesta un poco respirar. Pero si te vas, sencillamente, me falta el aire. No podré vivir durante el resto de mis días sabiendo que arruiné lo nuestro. Los pedacitos se harán tan pequeños que me perderé para siempre en ellos. —Juntó sus manos en el regazo y vi como se retorció los dedos mientras contenía un nuevo suspiro—. Solo te pido una cena, Matt. Dime que sí aunque sea por hacerlo fácil.

—Nada es sencillo entre nosotros, Kate, ya lo sabes.

—Entonces dime que sí porque muy dentro sigues sintiendo algo por mí y crees que merecemos una segunda oportunidad.

Me jode admitirlo, pero su discurso me ablandó. Me di pena a mí mismo, porque en ese momento me di cuenta de hasta qué punto era un títere en manos de esa mujer. De alguna manera, Kate representaba todo lo que quería alcanzar. Ella era el molde con el que había construido mis sueños y mi idea de futuro, y tenerla allí, suplicándome, cuarteó mi fortaleza.

Pero no estaba decidido a ponérselo fácil. Tendría que luchar, porque una cosa era querer fundirme con ella, y otra bien distinta era confiar en lo que me ofrecía.

—No va a ser hoy —dije.

—Me da igual. Esperaré.

—¿No tienes que volver a Stamford?

—Estamos instalados en casa de Marie y Moira. Estoy buscando trabajo.

—¿En Nueva York? —pregunté un poco confuso.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me lo debo a mí misma.

La miré unos segundos y sentí cierto orgullo por dentro. Jodida niña, no se daba cuenta de lo especial que era.

—Esa es una gran razón.

Sonrió.

—¿Vas a decirme que sí?

—Te digo que sí a una cena. Solo una cena. En un turco. Tú reservas y tú pagas.

—Trato hecho.

Nos pusimos de pie, sabiendo que nuestro tiempo allí había terminado. Nos sacudimos un poco la ropa, que tendríamos que meter en la lavadora o, en su defecto, dejar que ardiera para eliminar tanta mierda adherida.

La miré una última vez, le dije adiós y me di la vuelta.

Había caminado solo un par de pasos cuando volvió a hablar.

—¿Te mando un mensaje cuando sepa sitio y hora?

Sonreí para mí.

—Mejor déjame una nota.

Tardamos varios días en volver a vernos. Ella propuso quedar prácticamente al día siguiente, pero yo quería demorar ese encuentro por varias razones. Para ganar algo de tiempo con el fin de establecer distancia y para poner a prueba su paciencia.

El día que por fin quedamos, llegué un poco tarde a la cita. Habíamos quedado en un turco cerca de Times Square. Ella ya estaba allí cuando me acerqué a la mesa.

Podría tirarme horas describiendo lo increíble que estaba ese día, pero mejor lo resumo en que durante unos segundos me costó mantener el control de la situación.

La saludé con cierta frialdad y tomé asiento enfrente de ella. Me fijé en que las manos le sudaban y en que al tragar saliva le temblaba la garganta.

Quise torturarla un poco.

—¿Pasa algo, Kate?

—No. Nada. —Hizo un gesto con las manos y, sin querer, tiró el salero—. Uf, perdón. Es que... estoy muy nerviosa.

—Bien —dije serio, aunque disfrutando del momento por dentro—. Deberías.

—¿Vas a castigarme durante mucho tiempo? Es por ir pidiendo ya la bebida.

—Ya que lo preguntas, la verdad es que te mereces que te castigue.

Los ojos de Kate se abrieron y a continuación hizo algo que no esperaba: se echó a reír. Una risa nerviosa y a la vez intensa a través de la que consiguió canalizar la tensión. Me parecía tan surrealista verla así cuando había estado al borde del infarto apenas un segundo antes que me uní a ella.

Era la complicidad que aún existía entre nosotros y el doble sentido de la frase. Por no mencionar que en el pasado habíamos sido *salvajes* en la cama y la palabra «castigar» nos había traído recuerdos a ambos.

—Vale. Ha sonado fatal —reconocí cuando conseguimos calmarnos un poco.

Ella asintió.

—Sé que lo merezco —dijo retomando el hilo del principio de la conversación—. Pero también sé que no eres una persona rencorosa, solo me estás provocando.

La miré con atención.

—Me conoces bien.

—Como tú a mí. —Hizo una pausa en la que aprovechó para ojear la carta—. ¿Es cierto lo que dijiste el otro día? ¿Entiendes por qué hice lo que hice?

—Sí.

El camarero apareció en ese momento y tomó nota de todo. Estuvo con nosotros unos minutos, pero no consiguió que la conexión entre Kate y yo se perdiera.

—Explícame tu visión de lo que ha sido mi vida —me dijo cuando volvimos a quedarnos solos.

—Está bien. —Me tomé unos pocos segundos para ordenar las ideas—. Eras joven, rebelde y estabas perdida. Vacía, incluso. Un poco rota aunque no tuvieras motivos. Tomabas malas decisiones y eras imprudente, así te quedaste embarazada. Fuiste infeliz durante el embarazo, el parto e incluso cuando tu niño llegó. Eso te hacía sentir culpable y más rota todavía. Aún te sientes así. Como cada vez que tomas decisiones que consideras que te ponen a ti como prioridad, por ejemplo. Así que, bueno, cuando se te presentó una oportunidad

que pensabas que compensaría tus errores, te agarraste a ella. —Me encogí de hombros—. Eso es todo.

—Te dejas a Patrick —señaló.

—Tal y como yo lo veo, Patrick tiene muy poco peso en esta ecuación. Idealizaste su figura como padre de tu hijo, y cuando te propuso una vía de escape te dejaste llevar porque considerabas que elegirme a mí y quedarte aquí implicaba rechazar la idea de familia y, con ello, traicionar a tu hijo. Punto. Patrick no pinta nada en esta historia.

Kate guardó silencio unos segundos durante los que jugueteó con la tela de su servilleta. Su mente parecía de pronto lejos de allí.

—No sé cómo lo haces, pero siempre acabas teniendo razón. Es un alivio saber que me entiendes tan bien, Matt. En serio.

—No te equivoques, que te entienda no significa nada más allá de eso.

Asintió y se inclinó un poco hacia delante para acortar distancias, aunque una mesa y muchas preguntas aún nos separaban. En ese momento llegó el camarero y nos sirvió las bebidas.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? —preguntó cuando se hubo marchado.

—Kate, ya te lo he dicho. No tengo nada que perdonarte. De verdad. No estoy enfadado. Pero entiende que la decisión que tomaste tiene consecuencias. Me quedé destrozado cuando te fuiste. No es algo que vaya a olvidar de la noche a la mañana.

Ella agachó la mirada y la hundió en su copa de vino blanco. Durante esos segundos que estuvo ausente, recordé los meses sin ella. Los primeros, muerto de angustia y tristeza. Los siguientes, de desquite y hedonismo. Los de volver a pensar en ella cuando me pareció verla una noche en un bar. Los de sufrir cada vez que veía a un niño paseando con su madre. Y los últimos, de resignación y aceptación de su ausencia.

—Haré lo que sea —dijo de pronto.

—¿Lo que sea para qué?

—Para que quieras quererme.

Eso me golpeó. Nosotros habíamos hablado de muchas cosas, pero nunca de amor. Quizá porque ninguno necesitábamos poner nombre a lo que sentíamos; lo que nos pasaba dentro era tan intenso que las etiquetas sobraban.

Oírla pronunciar esa palabra fue un jarro de agua fría.

—Creo que no sabes lo que estás pidiendo —dije.

—Quiero estar en tu vida. Y quiero que tú estés en la mía. En la mía y en la

de mi hijo.

—No soy tu segunda opción para que formes la familia de tus sueños, Kate. Las cosas no funcionan así.

—No eres mi segunda opción de familia. Eres mi primera opción de hombre con el que quiero compartir mi vida.

—¿Sabes cuál es el problema, Kate? Que me cuesta confiar en lo que dices.

—Vale, me hago cargo. Por eso te lo voy a demostrar.

—¿Te has planteado que quizá sea tarde para demostrarlo? Ha pasado mucho tiempo. ¿Qué te hace pensar que yo aún quiero que me demuestres nada?

—Sí quieres —dijo con rotundidad—. Sé que quieres. Por eso estás aquí.

—Vale. Supongamos que una parte de mí quiere. Pero ¿y si la otra no puede? Tuviste muchos meses para rectificar y venir a buscarme. En mi opinión, dejaste que pasara demasiado tiempo.

—Lo sé —dijo desviando de nuevo la mirada—. Lo siento.

—¿Qué cambió? ¿Por qué decidiste volver de repente?

—No lo sé. De pronto abrí los ojos. No te lo puedo explicar. Me engañé durante meses y un día, cuando aquello ya no se sostenía, me di cuenta de que era un error de planteamiento. De que Patrick no podía ser el hombre de mi vida si ese papel ya le correspondía a otra persona.

—¿Me estás diciendo que abriste los ojos así sin más? ¿Un día, de la noche a la mañana?

—Sí. Así fue. Te lo juro. Fue como una epifanía.

—¿Se te apareció la Virgen?

—No. —Me miró fijamente a los ojos—. Te me apareciste tú.

Algo tembló dentro de mí, pero fingí lo contrario.

—Muy poético, Katherine.

—Gracias, Matthew.

—Pero, lo siento, no cambia nada. No puedo confiar en que estés aquí y que quieras quedarte; en que vayas a quedarte.

—Te lo he dicho, Matt. Te lo voy a demostrar. Te lo voy a demostrar con tanta fuerza y durante tanto tiempo que acabarás creyéndome.

Dejé escapar un suspiro. Soy tan gilipollas que habría cedido en ese momento. Pero no podía hacerlo. Ni tampoco quería.

El camarero apareció justo entonces y me salvó de caer en la tentación.

—¿Qué te parece si cenamos? —dije desviando el tema cuando se marchó

—. Hablemos de otras cosas más... cotidianas. ¿Os habéis trasladado a Nueva York así sin más en pleno curso escolar?

Ella entendió mi estrategia y decidió seguirme el rollo. Me contó que solo venían a Nueva York los fines de semana, aunque esos días ella había estado por allí para estar más accesible para mí. Tobey iba al colegio en Stamford y así seguiría siendo hasta final de curso. Venían los viernes por la noche y se quedaban hasta el domingo para que el niño se familiarizara con la ciudad. Ella iba echando currículums, haciendo entrevistas y preparándolo todo para el futuro traslado.

Hablamos de eso un rato, durante el que yo también aproveché para ponerla al día de las novedades del trabajo y de cosas del día a día.

—Entonces, ¿estás contenta con la decisión de venir a Nueva York?

—Sí. Esto es lo que quiero. Creo que aquí encontraré todas las oportunidades que siempre he buscado y, bueno, no estoy sola. Tengo a mi hermana y a Moira. —Hizo una pausa, me miró y se animó a añadir—: Aunque tú nunca me quieras de vuelta, las tenemos a ellas.

—Bonita forma de introducir el tema de nuevo.

—Solo puedo pensar en eso.

Cerré los ojos un segundo.

—¿Ves? Son esa clase de afirmaciones las que me hacen dudar. ¿Solo puedes pensar en eso y has tardado tanto? No me encaja.

—Es que no tiene que encajarte todo. Quítate la cuadrícula de la cabeza. A veces las personas la cagamos y tardamos tiempo en reconocerlo y hacer algo por rectificar. Me fui con Patrick, nunca lo quise, pero aguanté porque creía que era lo lógico y maduro. Hasta que un día dejé de pensar así. A veces se producen cambios en las personas. Como nosotros, por ejemplo. Un día nos odiábamos y meses más tarde nos besamos porque fuimos incapaces de contenernos. Un día no te soportaba y al otro quería que me follaras sin descanso. Un día follábamos y al otro compartíamos intimidad, me cuidabas si me bajaba la regla y me llevabas a casa en medio de la noche aunque acabaras de descubrir que llevaba meses mintiéndote. Y eso ocurrió porque ¡sorpresa! te habías involucrado sentimentalmente aunque al principio nos lleváramos a matar.

—Esas cosas que dices no ocurrieron de la noche a la mañana. Fue algo progresivo.

—Darme cuenta de que mi vida en casa de Patrick era un error también fue progresivo. Pero siempre existe un momento en el que se hace clic. Yo puedo



decir cuándo me hizo clic a mí para pasar de odiarte a desear que me empotraras. ¿Tú no?

—No. Yo prácticamente quise empotrarte desde el principio.

—Eres imbécil —dijo ofendida—. No te lo estás tomando en serio.

—Te aseguro que me he tomado pocas cosas tan en serio como esta conversación.

—¿Entiendes lo que te estoy queriendo decir?

—Más o menos.

—Vale. —Guardó silencio y aprovechó para coger un pedazo de pan. Ya había acabado con el contenido de su plato hacía un rato, pero necesitaba tener las manos ocupadas—. ¿Vas a darme una oportunidad?

Dejé escapar el aliento en un suspiro y me froté la cara. Me sentía confuso y mareado.

—¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Verte. Estar contigo. Que tú estés conmigo.

—Eso es muy impreciso. Los objetivos deben ser concretos para poder alcanzarlos.

—Vale. Quiero que empecemos de nuevo.

—No podemos empezar de nuevo. Eso es una gilipollez.

—Vale. Quiero que sigamos por donde lo dejamos.

—Eso es todavía más estúpido. Lo dejamos en un punto en el que tú tomaste la decisión de abandonarme.

—¿Puedes ponérmelo un poco fácil, por favor?

—Claro que no. —Sonreí—. Quiero que lo pelees.

Compartimos una mirada cómplice y al final sus labios se curvaron hacia arriba.

—Está bien. Quiero que salgamos. Que me lleves a conocer rincones de la ciudad. Que nos redescubramos. Que recuerdes por qué te gustaba en el pasado. A mí eso no me hace falta, lo tengo muy presente. También quiero introducirte en la vida de Tobey como una figura estable que cuidará de él, porque no tengo ninguna duda de que lo harías. Quiero que hagamos cosas los tres, pero que también tengamos tiempo para ser dos. Quiero que estés presente cuando él empiece su primer día de cole aquí y quiero salir a celebrar contigo cuando encuentre un trabajo que me guste. Quiero que en algún punto alcancemos un equilibrio y que no exista un futuro que no nos contemple a los tres como unidad. Sé que si decidieras dar el paso, para ti mi hijo sería como tuyo.

—En eso último no te equivocas.

—¿Y en lo demás?

Me encogí de hombros y di un trago a mi copa casi vacía.

—Me preocupa que sean sueños de humo.

—No lo serán —afirmó muy segura.

—Tienes mucho trabajo por delante para probar algo así.

—¿Eso es que me dejarás intentarlo?

Ví la esperanza en sus ojos y durante unos segundos estuve tentado de perderme en ellos. Estaba a un paso de caer y lo sabía, pero si cedía, los cimientos que nos sostuvieran de ahí en adelante serían demasiado endebles. Yo quería seguridad, por parte de ambos. Quería que ella tuviera clara que esta era la decisión con la que viviría durante el resto de su vida, y sí, quería que luchara por convencerme hasta hacerme sentir seguro de que lo que estábamos construyendo sería eterno. No solo por mí y por nosotros, sino también pensando en ese niño que era el centro de la vida de Kate y que de dar un paso más también sería el centro de la mía. Éramos adultos y teníamos una responsabilidad que iba más allá de lo que sentíamos el uno por el otro.

Así que en ese momento me obligué a tomar la decisión menos peligrosa. La más sensata. La que nos compraba tiempo.

—Eso es que ya veremos, Kate —contesté—. Por ahora, paga la cuenta. Quiero irme a mi casa.

Kate no desapareció de mi vida. Todo lo contrario. Luchó para estar todo lo presente que podía. Estuvo unas semanas en Nueva York de lunes a domingo para poder participar tranquilamente en los procesos de selección. El fin de semana lo dedicaba a Tobey y a la ciudad y, aun así, se las arreglaba para venir a recogerme a mí cada día al trabajo.

Me contaba qué tal habían ido sus entrevistas. Hasta el momento no había tenido suerte. Su currículum no estaba mal, pero su experiencia profesional se reducía a unos pocos meses en dos empresas distintas. Eso no pintaba demasiado prometedor de entrada. Hacía falta que alguien viera su potencial y decidiera confiar en ella.

Así pasaron las semanas siguientes. Paseos por las calles de Brooklyn. Una cena que se extiende a una noche de copas y confesiones. Citas. Cines. Acercamiento. Ganas. Y, de pronto, programar un día en el acuario en un intento de introducirme en la órbita de Tobey. Más cerca. Más ganas. Y ella dejándose la piel en demostrarme que iba en serio, que yo era importante, la

pieza de ese puzle que necesitaba para hacer las paces consigo misma.

—¿Pretendes besarme en algún momento? —me preguntó una tarde. Salíamos de un musical que nos había recomendado Claire. La música y la intensidad de la historia se habían quedado con nosotros mientras recorríamos el camino hacia una parada de taxis.

—No, no entraba en mis planes —reconocí con una sonrisa canalla—. Prefiero que lo hagas tú.

Ella me miró con sus enormes ojos llenos de luz y deseo.

—¿Te apartarás si lo intento?

—Tendrás que arriesgarte a ver.

Lo hizo, se arriesgó. Me cogió de la mano y me hizo detenerme en mitad de la calle. Me miró. La miré. Sentí la electricidad rodearnos y la adrenalina ardiéndonos en las venas a los dos.

Ella se puso de puntillas para llegar a mi boca, pero en el último momento la paré. No quería que me besara. En el momento en que mis labios se unieran con los suyos, querría ir más allá. Y si iba más allá no querría dejarla ir nunca. Y ese nunca se convertiría en un para siempre. Y aún no estaba preparado.

Así que sí, la paré. Me aparté y dejé una caricia en su mejilla para suavizar el golpe. Ella me miró con tristeza y dolor, pero también con comprensión. Cerró los ojos para atajar el rechazo y yo me incliné en su oído para susurrar:

—Hoy no es el día, Katherine.

Durante los días siguientes ella tanteó el terreno. Sabía que yo no daría el paso, lo que la dejaba a ella con la responsabilidad de evaluar la llegada del momento adecuado.

Me puso a prueba en varias ocasiones.

Dejándome ver que bajo la falda que vestía llevaba medias de liga.

Coqueteando descaradamente.

Acercándose a mí más de lo necesario para que pudiera olerla mejor y así volverme loco con el perfume que salía de su cuello.

Abriéndome su corazón cuando menos lo esperaba. Confesando pequeños secretos de su interior que me hacían entenderla mejor. Miedos. Inseguridades. Cicatrices.

Diciéndome con los ojos todo aquello que yo también sentía y que a ambos nos daba miedo confesarnos.

Derribando mis barreras al dejarme acariciar sus partes vulnerables,

entregándose en silencio y a gritos, con prisa y con calma.

Confesando que ya había aceptado que merecía que le pasaran cosas bonitas. Que merecía aceptar que sentir lo que sentía estaba permitido. Que merecía ponerse a veces por delante sin sentirse culpable. Que se merecía que la quisieran a pesar de sus defectos, fallos y secretos. Que merecía querer hasta volverse loca. Que me merecía a mí, que merecía que le diera esa oportunidad por la que luchaba y por la que lucharía para siempre.

Y de tanto ponerme a prueba, acabé bajando la guardia. Lo hice una noche que salimos a cenar y que ella me propuso salir a bailar. Lo hice porque no podía seguir siendo tan fuerte durante tanto tiempo.

—Yo no bailo, Kate.

—Lo sé. Yo tampoco. Solo busco una excusa para acercarme a tu cuerpo —me dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Esta noche caes. Estás avisado. —Y me miró de tal forma que supe que estaba en lo cierto.

Maldita descarada. Me llevó a un *pub* de bailes latinos. Ninguno de los dos teníamos gracia para movernos, pero ¿qué más daba? Entendíamos de carne y cercanía, así que tardamos bastante poco en pegarnos como dos imanes de cargas opuestas. Sonaba música de fondo. ¿Bachata, salsa? No conocía la diferencia, y en ese momento ni siquiera me importaba. Mis sentidos estaban centrados en Kate, en las curvas de Kate, los brazos de Kate que rodeaban mi cuello y los míos propios que se habían ceñido a sus caderas.

Nos miramos en silencio mientras fingíamos que intentábamos seguir la melodía, cuando en realidad lo que hacíamos era buscar el cuerpo del otro. La erección que a esas alturas ya llenaba mi entrepierna rozaba su vientre. Sus manos jugueteaban con mi pelo y la electricidad me recorría la nuca. Su aliento y el mío se mezclaban. El deseo era espeso. Las ganas cada vez más evidentes.

—Te dije que esta noche caerías —me provocó ella.

—Aún no he caído.

—Pero estás tan cerca que te duele.

Me reí.

—Sí. Eso es verdad.

Sonrió y yo solo pude pensar en comerme su risa hasta un nuevo día.

—¿Qué necesitas para dejarte llevar, Matt? —preguntó mientras intensificaba su caricia en mi cuello y se apretaba más para que sintiera sus

pechos rozar el mío. Qué cabrona.

—No lo sé. Sé que si me dejo llevar no habrá vuelta atrás.

—Esa es la idea.

—No hay más margen de error, Kate. Esto es la vida real. El futuro. El tuyo, el mío y el de Tobey.

—Lo sé. Nada me importa más que el futuro que podamos tener los tres.

Se puso de puntillas y me dio un beso en la mandíbula. La carne se me puso de gallina.

—Dios... —ahogué un gemido—. Juegas sucio.

—En el amor y en la guerra todo vale.

Volvió a sonreír y el suelo tembló. Tembló tanto que, aunque parecía imposible, acabamos acercándonos aún más. Nuestras bocas se rozaron. Las lenguas se buscaron. Y caí. Y ella también. Caímos los dos con todo, tejiendo con saliva la certeza de que esta vez era para siempre. Que no habría secretos. Mentiras. Vidas separadas. Ni decisiones que no incluyeran un futuro común.

Fuimos a mi casa. Nos quitamos la ropa a tirones y nos dejamos caer en el sofá. No había nadie y sabía que nadie más llegaría. La vida evolucionaba y el presente ahora solo nos contenía a ella y a mí.

El deseo nos quemaba tanto que había desesperación en el aire. Nos tocamos. Nos probamos con la boca. Nos descubrimos con las manos. Y ella acabó corriéndose en mis dedos y yo sobre su pecho.

Después, una ducha, un abrazo, una noche de sábanas. Una mañana en la cama. Días de búsquedas. Semanas de incluirnos en las rutinas del otro. De integrar a Tobey en la realidad de nuestra pareja. De introducirme a mí en la realidad de una madre con su hijo.

Un puñado de momentos cargados de significado y ya estábamos listos para afrontar el pasado, el presente y el futuro. Lo que viniera. Lo que quisiera venir. Lo que afrontaríamos juntos.

El para siempre. Un para siempre que nos incluía a los tres.

## ¿Tu vuelta?

Uno no sabe cuándo va a cambiar su vida. No siempre hay señales que nos adelanten los acontecimientos que marcarán un antes y después.

Te levantas una mañana cualquiera y pones en marcha tus rutinas como un día más.

Apagar el despertador. Salir de la cama. Vestirse. Caminar hasta la universidad. Nadar en la piscina. Ducha. Ropa de trabajo. Lentillas. Un café y entrar en el despacho para hacer frente a la jornada.

Así fue aquel martes. Normal.

Hacía ya unos meses que había aprendido a disfrutar de nuevo con el trabajo. Tenía nuevas metas, como preparar un seminario que iba a impartir el próximo semestre. Hacer carrera en la universidad implica, además de investigar, adoptar la faceta de docente.

Virginia creía que yo ya estaba preparada para enfrentarme a una clase llena de alumnos, y mis amigos bromeaban diciendo que por fin podría impartir esa sabiduría que hasta ahora solo compartía con ellos.

Tenía nuevos objetivos que me hacían sentir bien. Volvía a disfrutar con la universidad. Me había reencontrado conmigo misma. Así que sí, aquel fue un buen día.

Salí a las siete de la tarde. Desde hacía meses, intentaba tomarme el trabajo con algo más de calma. Pocas veces seguía quedándome hasta pasadas las ocho, porque eso dejaba poco margen para llenar mi día de otras cosas. Como una cerveza rápida con mis compañeros, ir a ver una exposición o acompañar a Claire al musical de turno. Aun así, continuaba siendo una obsesa que quería controlar hasta el último detalle de cada proyecto. Así que mis jornadas seguían siendo de diez horas.

Nada más poner un pie en la calle, me puse la bufanda. Estábamos a finales de enero y el hielo que había en el aire cortaba la piel. Me puse un gorro, los guantes y me quedé junto a las columnas que daban a la escalinata principal

mientras esperaba.

Fue en ese momento exacto cuando el suelo se inclinó bajo mis pies. El viento trajo el susurro de una voz. De un nombre... el mío. Y mi piel se erizó por debajo de la ropa como respuesta a ese estímulo sonoro que me era tan familiar como doloroso.

—Christina...

Me di la vuelta y lo vi. Alto, sereno, imperturbable. El pelo más largo, dejando que se formasen unos diminutos ricitos negros sobre su cabeza. La barba arreglada. Su nuez subiendo y bajando para hacer pasar la saliva y los ojos brillando en la oscuridad de la noche de enero.

Creí que el corazón se me saldría por la boca. Sentí un mareo y empecé a ver difuminadas las luces que desprendían las farolas.

—Dios... —dije apoyándome en la columna por miedo a que mis rodillas no me sostuviesen.

Buscó mis ojos. Sus labios se ladearon en una sonrisa, no la suya de lobo, sino otra más contenida. Se agachó levemente para encontrar en mis pupilas una señal que le indicase qué estaba pensando.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, el mundo se detuvo. Pero fue escuchar de nuevo su voz lo que hizo que contuviera el aliento.

—¿Estás bien?

—No. Quiero decir, sí. Es solo que... no te esperaba, y... Dios. —Me llevé una mano a los ojos. No podía creérmelo—. No te esperaba.

—Eso ya lo has dicho. —Sonrió.

—Lo sé. Pero es la verdad.

Harry me observó. De arriba abajo, demorándose en mi cara, mi nariz, mi boca. Una corriente eléctrica me atravesó cuando se acercó un paso más y tuve la oportunidad de aspirar su olor. Olía a noches en la cama, a provocaciones, a perseguirme, a dejarme caer en sus brazos. Olía a la mejor época de mi vida.

Pasamos unos segundos en silencio, solo mirándonos. Yo no tenía palabras. Estaba en *shock*. Fui a abrir la boca para hablar, pero vacilé y fue él quien tomó la iniciativa.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien. Bueno, ahora un poco impactada, pero hasta hace dos minutos estaba bien.

Sonrió de nuevo.

—Tienes buen aspecto, aunque te has quedado un poco pálida. ¿Quieres sentarte? Puedo invitarte a un café.

—En realidad, yo... eh... He quedado. Vienen a recogerme en breve.

—Entiendo.

De nuevo silencio. El destino tiene un curioso sentido del humor. Justo cuando por fin me había decidido a salir adelante, a pensar en el futuro, mi pasado volvía para desestabilizar mi presente.

Miré a Harry. Las sensaciones que se desprendían de aquel encuentro, por parte de los dos, eran intensas, reales. Pero, más allá de eso, no entendía demasiado.

—¿Qué...? —empecé a preguntar—. ¿Cómo...?

—¿Sí?

—¿Qué haces aquí? No en Nueva York, que también. Sino aquí, en Columbia. Creía que estabas fuera, y que... —Mi lengua se trabó. ¿Dónde estaba mi templanza, por el amor de Dios?

Harry dio un paso más.

—Nena, respira. Quiero contártelo todo paso a paso. Pero si tienes que irte, este no es el momento.

—Sí, lo sé, pero ¿hasta cuándo te quedas?

—Vivo en Nueva York.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas.

—Pero...

—¡Christina!

Una nueva voz se unió a nosotros y detuvo mi mundo por segunda vez en cinco minutos. Era George, que subía por la escalinata de piedra para encontrarse conmigo. Una sonrisa grande y sincera adornaba su expresión, como siempre que me veía.

—Hola, preciosa —dijo al llegar a mi lado. Me dio un beso en los labios que me hizo sentir incómoda.

—Hola.

—El taxi nos espera.

No quise mirar a Harry, aunque al mismo tiempo era consciente de que estaba cerca, clavando en mí sus ojos azules. ¿Qué estaría pensando él en ese momento? No sabía por qué estaba ahí ni qué motivos lo habían llevado a encontrarme aquella tarde. No sabía si había sido casualidad o si me había buscado. Puede que le fuera indiferente haberme visto o que su mundo también se hubiera detenido. Solo había estado con él cinco minutos. Era imposible entender el significado de aquel momento que habíamos compartido.



Sentí la mano de George aferrarse a mi cintura y recordé que me había dicho algo.

—¿Vamos a ir en taxi? —pregunté.

—Sí. Venía desde la otra punta de la ciudad, así que creo que es más rápido así. ¿Estás lista?

—Eh... bueno... —Eché una mirada de reojo a Harry. No quería perder la oportunidad de averiguar qué significaba su presencia, pero en ese momento no veía otra salida que marcharme con George.

Harry enseguida se hizo cargo de la situación, como si me hubiera leído la mente.

—Tranquila, Christina. Ya hablaremos en otra ocasión —dijo—. Ha sido un placer verte.

Me tendió una mano para que se la estrechara y ese gesto me descolocó. Era demasiado formal. Habían pasado diez meses, pero él y yo lo habíamos compartido todo en su día.

Cuando la lana que cubría mi piel sintió su contacto lo entendí.

Mi mente viajó a Atlanta, a una nota que me invitaba a un paso adelante. Después fue a mi despacho, a ese trozo de papel con el que me abría las puertas de su casa.

A través de la tela sentí la rugosidad de una hoja que, seguramente, contenía la clave para contactar con Harry.

Alcé la vista hacia sus ojos y en ellos vi una súplica, una sonrisa y una promesa.

La pelota estaba en mi tejado.

A mi lado, George observaba la escena intentando descifrar algo de lo que flotaba en el ambiente. Harry se dio cuenta y, haciendo gala de sus modales de alto directivo, le ofreció la mano a modo de saludo.

—Harry Watzlawick —dijo.

—George Stevens —contestó George mientras la estrechaba. Compuso la versión cordial de su sonrisa y después se giró hacia mí de nuevo—. ¿Vamos?

—Sí. Vamos. —Asentí. Era el momento de marcharse de allí. Centré la mirada en Harry una última vez—. Adiós, Harry.

—Adiós.

El trayecto en taxi hasta casa de Will y Olivia fue tenso. No porque George estuviera mandando correos desde su teléfono móvil y habláramos poco, sino porque yo estaba demasiado impactada. Acababa de ver a Harry. Harry. Mi Harry. Habían pasado diez meses y solo unos pocos minutos a su lado habían

desestabilizado todo mi mundo. Aún no lo había asimilado.

George me pasó una mano por la rodilla con aire distraído mientras contestaba una llamada y yo cerré los ojos para poder pensar.

Llevábamos viéndonos unas cuantas semanas. Después de la fiesta en la residencia Gallagher, le dije que lo llamaría y así lo hice.

El día que quedamos, no perdimos mucho el tiempo. Tomamos una cerveza en un bar por la zona en la que él vivía y después subimos a su casa. Follamos durante horas. En ese momento, yo llevaba nueve meses sin acostarme con nadie y mi cerebro necesitaba descargar.

George y yo nos entendíamos. El sexo fue bueno. Tanto que propuso repetir en un futuro próximo.

Él y yo ya nos habíamos acostado en el pasado y nunca quisimos obtener de aquello mucho más. Pero ya no éramos unos niños de veinte años. Ahora éramos adultos con responsabilidades y verse con alguien traía implícito otras connotaciones.

Le dije que sí. No perdía nada por poner a prueba la complicidad que había entre nosotros. Tenía bastante asimilado que había perdido a Harry. Ya era hora de salir adelante de verdad.

Aunque no podía decirse que tuviéramos algo serio, tampoco era uno de mis típicos rollos sin ataduras. No sabía definirlo. Ambos estábamos en vías de entenderlo.

No obstante, la llegada de Harry amenazaba con hacer volar por los aires las pocas certezas que sostenían lo mío con George.

—¿Todo bien? —me preguntó mientras el taxi cruzaba Manhattan en dirección a casa de nuestros amigos. Hacía unas semanas que Olivia se había mudado con Will. Como él y George eran amigos, ambos estábamos invitados a la cena de inauguración de aquella noche.

—Sí.

—¿Quién era ese hombre? El tal Harry.

Tragué saliva, preguntándome si George había captado esa atmósfera vibrante que nos rodeaba a Harry y a mí.

—Él, bueno... Participó en una investigación con nosotros el año pasado.

—Ah. Bien.

No pareció darle mucha importancia. Me dirigió una sonrisa cálida y continuó trajinando con su móvil.

Con mucho disimulo, saqué el pequeño papelito que Harry me había pasado. En tinta negra había apuntado un número. Sin pararme a pensar, lo

guardé en la agenda del teléfono aprovechando que George seguía enfrascado en sus cosas y después desvié la vista por la ventana durante lo que quedaba de trayecto.

La casa de Will y Olivia estaba situada en el barrio de Tribeca. Will llevaba viviendo en ella varios años y hacía solo un par de semanas que Liv se había trasladado allí de manera definitiva.

El salón estaba recogido. En las estanterías podían verse fotos de ellos dos juntos, algunos mandalas de Liv plastificados, sus libros mezclados, instantáneas con el sello de mi amiga e incluso un portarretratos en el que aparecíamos Liv, Aiden, Claire, Matt, Neal y yo en un cumpleaños Gallagher.

Era un hogar hecho a la medida de los dos.

George y yo saludamos a todos y metimos en la nevera el vino que acabábamos de comprar en la tienda de la esquina.

En cuanto volví al salón y tuve ocasión, agarré a Olivia del hombro y la arrastré a una esquina.

—Liv, ¿podemos hablar?

—Claro. Vamos a la cocina, aunque Will está como loco con el horno, así que...

—Creo que necesito más intimidad.

—Oh. —Los ojos color miel de mi amiga escrutaron los míos—. Vale. Vamos dentro.

—Vale. Voy a por Claire.

Olivia nos condujo a una pequeña habitación que aún estaba llena de cajas. Según ella, ese era su despacho/vestidor, aunque Will aún no había aceptado formalmente la etiqueta.

Cerró la puerta detrás de ella y yo tomé aire antes de soltarles la bomba a mis dos mejores amigas.

—Bueno —dijo Claire—. Tú dirás.

—Harry ha vuelto —dije sin más.

—¿Qué?! —gritó Liv. Claire y yo la reprendimos con la mirada por ese grito que seguramente se había escuchado desde el salón—. Lo siento. ¿Qué?

—Lo que habéis oído. Lo he visto.

—¿Lo has visto?!

—Liv, por favor, nos van a oír —le dije.

—Ay, perdón, pero es que... Madre mía. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Estaba en las escaleras de la universidad cuando he salido esta tarde.

—¿Qué hacía ahí? —preguntó Claire—. ¿Esperarte?

—No lo sé. Igual ha sido casualidad. —Me froté los ojos—. No lo sé.

—Explícate, Sanders —ordenó Olivia—. No me estoy enterando de nada.

Les conté a mis amigas todo. Bueno, todo lo que entendía, que no era mucho. Les relaté cómo Harry me había abordado mientras yo esperaba en la escalinata de la universidad. Cómo me había paralizado al verlo. Les dije que habíamos intercambiado muy pocas palabras, no las suficientes para desentrañar el significado de aquel encuentro, si es que tenía alguno. Acabé confesando que seguía impactada. Tanto que empezaba a costarme hablar con claridad.

—Dios mío, Christina. ¡Ha vuelto! —exclamó Liv.

—Eso parece, pero no sé hasta qué punto que esté aquí tiene algo que ver conmigo.

—¿Eres tonta? ¡Claro que tiene que ver contigo! Estoy segura.

—Yo también lo creo —sonrió Claire—. ¿Qué otro motivo iba a tener para estar parado en las escaleras del lugar donde trabajas? ¡Y encima te ha dado su número!

—No quiero hacerme ilusiones...

—¿Eso significa que lo aceptarías? —preguntó Liv—. ¿Vas a llamarlo?

—Ay, nena, no lo sé...

Me llevé la mano al cuello y traté de respirar hondo. En ese momento se escucharon pisadas al otro lado de la puerta y la voz de Will buscando a Olivia.

—¿Cariño?

Liv abrió la puerta de la habitación y se asomó al pasillo.

—Estamos aquí, William. Hablamos de cosas de compresas y eso. Ahora salimos.

—Vale. La cena ya está.

—Vale. Dos minutos. —Sonrió a Will y después cerró la puerta de nuevo. Se giró hacia nosotras—. Bueno. Vayamos paso a paso. Relájate, Christina. Respira. Tenemos cuatro hombres en el comedor esperándonos.

—Es cierto. Madre mía, ¿qué voy a hacer con George?

—Shh. Disfruta de la cena, en serio. Ya pensarás en eso mañana. Llámanos cuando salgas de trabajar. Merendamos juntas y lo hablamos bien todo.

La cena estaba buenísima. Will tenía bastante mano en la cocina. Liv intentó colárnosla diciendo que lo había ayudado, pero todos la conocíamos lo

suficiente como para saber que, como mucho, habría pelado las patatas.

Hablamos de todo un poco. De nuestros trabajos. De las primeras semanas de convivencia de Will y Olivia. De que Claire también le había pedido a Neal en su cena de aniversario que se fueran a vivir juntos. De los cambios en la vida de Matt, como que tendría que buscar un nuevo piso para vivir o un nuevo compañero ahora que Neal se mudaba, o que él y Kate se estaban dando una nueva oportunidad.

—Podrías haberla traído esta noche —dijo Claire—. Estamos locos de ganas de conocerla por fin.

—Es cierto —convine yo—. Hoy habría sido ideal. Somos muchos, estamos de celebración, hay vino...

—No sé... Llevamos «viéndonos» pocas semanas. Lo veía un poco precipitado.

—¿Pocas semanas? ¿Y qué? Estamos entre amigos. Esto es ir poco a poco. Harry y yo estamos en la misma situación.

Se hizo el silencio en la mesa. Tardé dos segundos en entender por qué. Cerré los ojos un segundo. Mi subconsciente me había traicionado. Había dicho Harry...

—George —rectifiqué de inmediato—. George y yo estamos en la misma situación.

Lancé una mirada a mis amigos para que alguno me echara una mano, pero estaban demasiado ocupados manejando sus reacciones.

Matt escondía una sonrisa socarrona detrás de una copa. Neal había desviado la mirada hacia la pared del fondo. Claire tenía los ojos abiertos de par en par y cara de querer esconderse debajo de la mesa. Liv se había atragantado con el vino y Will, a su lado, le daba palmaditas en la espalda mientras le susurraba: «¿Estás bien?».

George, por su parte, me miraba con las cejas en alto y en sus ojos me pareció ver comprensión. Como si las piezas hubieran encajado de pronto en su lugar. La presencia de Harry esa tarde, el modo en el que estaban actuando mis amigos y el sofoco que se había adueñado de mi piel. Sentí calor en las mejillas y la tentación de agachar la mirada y huir de la situación, pero no lo hice. Puse mi mejor máscara y actué con naturalidad. Mis amigos enseguida me siguieron el juego y mi metedura de pata no trascendió demasiado durante las horas siguientes. Aunque parte de mí sabía que el tema no había acabado.

Al subir al taxi de vuelta, George y yo apenas hablamos. El resto de la cena

había sido distendido y no había habido ningún contratiempo más, pero él se había quedado pensativo. Lo entendía perfectamente. Yo llevaba escrito el sentimiento de culpabilidad por toda mi cara.

Cuando cruzamos la avenida que llevaba a su casa, George se giró hacia mí con la versión melancólica de su sonrisa.

—Algo me dice que si te invito a pasar la noche de hoy conmigo vas a decirme que no. ¿Me equivoco?

—¿Por qué dices eso?

—Porque no tienes puesta la cabeza en nosotros. Estás pensando en el tal Harry que, estoy seguro, es algo más que un compañero de investigación. —Se quedó callado un segundo, mirándome a través de la penumbra que llenaba el taxi—. Dime la verdad, Christina, ¿quién es?

Dejé escapar el aire entre los dientes. No tenía sentido esconderle la verdad.

—Estuvimos juntos el año pasado. Es cierto que trabajó con nosotros, pero él nunca fue solo mi compañero.

—Creía que nunca te juntabas con gente de la universidad.

—Y así es. Él ha sido la única excepción. —Me encogí de hombros—. Se suponía que estaba fuera del país. Llevaba diez meses sin verlo. Encontrarme hoy con él de repente me ha impactado, no voy a negarlo.

George asintió y su expresión se volvió más intensa.

—¿Lo quieres?

—Hace diez meses que no hablo con él...

—No te he preguntado eso, Christina. Ahí, dentro de ti, estoy seguro de que sabes la respuesta. Así que dime, ¿lo quieres?

—Sí —dije sin pensar. Fue un alivio volver a decirlo en voz alta después de meses tratando de olvidarlo. Y, ya que estaba, decidí sincerarme del todo—. Es probable que nunca deje de hacerlo.

—Bien. Eso está bien. Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te haga sentir así.

—¿Qué quieres decir?

—Veo lo que tienen Will y Olivia. Y Claire y Neal. Incluso Matt con esa tal Kate, y eso es lo que busco. Lo que tú deberías buscar también. —George sonrió con calidez y cogió mi mano entre las suyas—. Eres una tía genial. En serio, me gustas, nos entendemos y me pones a cien, pero no sé si entre nosotros encontraríamos algo así. Y menos si tú estás enamorada de otro. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza para mirarme mejor—. ¿Entiendes lo que te

estoy queriendo decir?

—Sí. Esto se ha acabado, ¿no?

—Sí. —Asintió despacio—. Es lo mejor para los dos. Me has dado unas semanas fantásticas. Lo he pasado genial y siempre recordaré cada uno de nuestros encuentros con una sonrisa. Siempre tendrás en mí un amigo. Pero creo que lo mejor es que no nos empeñemos en algo que ambos sabemos que no está destinado a ser.

El taxista se detuvo frente al edificio donde vivía George. Le dijimos por el intercomunicador que esperara un momento mientras nos despedíamos. Por suerte para la intimidad de la conversación que manteníamos, era uno de esos vehículos en los que un cristal separaba al conductor de los pasajeros.

—Tienes razón —le dije—. En todo. Y te doy las gracias por ponérmelo todo tan fácil y por estas semanas juntos. Las necesitaba para poner en orden algunas cosas dentro de mi cabeza.

—Me alegro de haberte sido de ayuda. —Sonrió de nuevo y me miró con cariño—. Ven aquí.

Tiró de mí hasta atraparme junto a su pecho en un abrazo que sabía a despedida. Me dio pena, pero se me quedó una sensación dulce en la boca. Era como decir adiós a uno de esos amores de verano que siempre supiste que no durarían pero que habían hecho tu vida un poco mejor.

—Gracias, George. Por todo.

—De nada, preciosa. —Se quitó el cinturón, abrió la puerta y, antes de salir, se giró hacia mí—. Y llama a Harry. He visto cómo te mira. Seguro que aún no es tarde para vosotros.

Dibujé una sonrisa y vi como caminaba por la calle desierta y helada que llevaba a su apartamento.

Dejé escapar un suspiro y le di mi dirección al taxista.

Mientras avanzábamos entre las hileras de farolas que iluminaban la ciudad, volví a pensar en Harry. En qué significaba su vuelta. En si había ido a buscarme. Y en cuánto tardaría en reunir las fuerzas para llamarlo y enfrentarme a los interrogantes que aún quedaban entre nosotros.

## ¿Tú y yo de nuevo?

No llamé a Harry de inmediato. Quería hacerlo. Me moría por escuchar su voz de nuevo, por ser testigo de ese susurro con el que pronunciaba mi nombre. Pero no me sentía preparada. Necesitaba concienciarme de todos los escenarios posibles que podían derivarse de esa conversación.

Lo único que sabía de su vida actual era que vivía en Nueva York, pero no tenía ni idea de dónde trabajaba, de con quién compartía su día a día, si habría superado todo lo que tenía enquistado en su estómago...

Tenía demasiadas dudas y, aunque me costara reconocérmelo a mí misma, tenía miedo de encontrarme de frente con un adiós definitivo. Hasta ahora, una pequeña parte de mí había mantenido la esperanza de que Harry y yo fuéramos a estar unidos de alguna manera, aunque fuera a través de todas esas cosas pendientes que habían quedado entre nosotros. Pero enfrentarme a la posibilidad de zanjear el asunto sin que hubiera vuelta atrás... me ponía nerviosa.

La cuestión es que tardé dos días en atreverme a llamarlo. Cuando me hice el ánimo, era jueves y estaba en la universidad, sola, a la hora del almuerzo. Me estaba comiendo una manzana en el despacho y, mientras repasaba la agenda, no dejaba de pensar en él. Supuse que aquel momento era tan bueno como cualquier otro. No podía esconderme detrás de mis fantasmas. Tenía que hacer frente a la situación. Así que respiré hondo, cogí mi móvil, busqué su nombre en la agenda y le di a llamar.

Al segundo tono, su voz llenó la línea.

—¿Sí?

—¿Harry?

—Christina...

—Sí. Soy yo.

Silencio.

—¿Te pillo bien?

—Sí. Un segundo. —Escuché ruido de sillas, voces apagadas, una puerta cerrarse—. Ya puedo hablar. Hola.



—Hola —contesté—. No... no sé muy bien qué decir.

—No sé si sentirme halagado, tratándose de ti.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú siempre sabes qué decir.

Sonreí para mí.

—Bueno, digamos que la Christina deslenguada ha aprendido a tomarse las cosas de otra manera.

—Vaya. ¿Es algo definitivo?

—Aún no lo tengo claro.

De nuevo el silencio se instaló entre los dos. Miré a mi alrededor en busca de algo que me diera una señal de cómo continuar con la conversación, pero no encontré ninguna. Fue Harry el que se hizo cargo de perseguir la normalidad.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien también. Ahora que te escucho mejor.

—¿Pensabas que no te llamaría?

—No las tenía todas conmigo.

—Ya... Ni yo tampoco. —Hice una pausa en la que me apreté el puente de la nariz. Seguía sin saber cómo proceder, así que fui clara—: No quisiera ser borde, pero ¿qué sentido tiene esta conversación?

—Bueno, yo te di mi teléfono. Tú me has llamado. Está claro que ambos tenemos interés en saber del otro.

—Ya, sí... Supongo que sí.

—Pon día y hora.

—¿Cómo?

—Para vernos. Dime un día, una hora y un lugar y allí estaré.

El corazón se me aceleró ante la sola perspectiva de volver a verlo. Sonaba bastante impaciente y eso hizo que la esperanza naciera en mi pecho.

—De acuerdo —dije—. No sé. ¿Mañana?

—¿Qué tal hoy?

—Hoy no puedo. Tengo una conferencia con Virginia fuera de la ciudad. Volveré tarde.

—Vale. Pues mañana. ¿Para cenar? ¿Te apetece sushi?

—Creía que era yo la que ponía día, hora y lugar —bromeé.

—Sí. Tienes razón. —Se rio—. Elige lo que quieras.

—Cenar sushi suena bien. Hay uno en la calle Cincuenta que creo que te

gustará. ¿Te parece que nos veamos en la puerta a las ocho? Yo me encargo de reservar.

—Vale. Perfecto. Nos vemos mañana, entonces. —Carraspeó, y lo imaginé camuflando una sonrisa—. Bueno... Que vaya bien la conferencia.

—Gracias, Harry. Hasta mañana.

Colgamos.

Había sido la conversación más tensa y surrealista que había mantenido con él hasta la fecha, pero bueno, había sido una toma de contacto.

Solté el aire que había estado conteniendo e hice mi mejor esfuerzo por centrarme de nuevo en el trabajo.

Al día siguiente, llegué a las ocho en punto a la puerta del restaurante. Harry ya estaba ahí, con un abrigo de paño negro que le cubría la mitad de los muslos, su pose elegante y el móvil entre los dedos.

Sentí un nudo ansioso por dentro. A pesar de haberlo visto tres días antes, no estaba preparada para tenerlo tan cerca de nuevo.

—Harry —dije cuando me aproximé a donde estaba él.

—Christina.

Nos miramos de frente. Creo que ambos estábamos nerviosos, pero nos mantuvimos la mirada. En la boca de Harry se dibujó una sonrisa que me tranquilizó un poco. Daba igual el tiempo que hubiera pasado. Éramos él y yo, y entre los dos aún existían ecos de aquello que nos unió en su día y que se correspondía con esa sensación de estar por fin en casa.

—¿Entramos? —preguntó tras unos segundos de silencio en los que ambos nos limitamos a observarnos.

—Sí. Vamos.

La mesa que nos dieron estaba situada al fondo del local, en un rincón que daba al patio interior donde se encontraba la parte de fumadores.

Nos sentamos uno enfrente del otro sin decir nada. El camarero nos dejó una carta a cada uno y tomó nota de nuestras bebidas. Ambos pedimos una cerveza japonesa que venía recomendada por la casa.

Fui consciente de cada sonido que había a nuestro alrededor en cuanto nos quedamos solos de nuevo. Las risas de la gente, la suave melodía que se abría paso a través del sistema de sonido, las pisadas de los camareros. Pero todo eso desapareció cuando sentí que la mirada de Harry estaba clavada en mí.

Inspeccionaba cada milímetro de mi rostro, como quien estudia pedazos de cristal a través de un microscopio.

—¿Qué? —Sonreí, cuando no pude aguantar más la presión de su escrutinio.

—Nada. Que me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte a ti. Me gusta como te queda el pelo así.

Sentí un cosquilleo en las manos. Me moría por pasarle los dedos por el pelo, por esos ricitos diminutos, gruesos y apelmazados.

—¿Sí? Me apetecía algo diferente. Tengo que estar pendiente de que no crezca demasiado porque es muy fácil que se me quede a lo afro.

—Yo también he pensado en cambiar. Cortármelo, hacerme flequillo... No sé.

—Tu pelo es precioso. Está perfecto como está. Aunque si te apetece un cambio... Bueno, el pelo crece.

Aparté la mirada un segundo y jugueteé con el servilletero que había en el centro de la mesa. Una sonrisa asomó a mis labios.

—¿De qué te ríes? —preguntó Harry con aire divertido.

—De que hace diez meses que no sé nada de ti y nuestra primera conversación es sobre peluquería.

Él me imitó el gesto y también compuso una sonrisa.

—Estamos rompiendo el hielo. Esto es... complicado.

—Sí. Lo sé.

En ese momento apareció el camarero. Nos dejó las bebidas y preguntó qué íbamos a pedir. Apenas habíamos tenido tiempo de mirar la carta, así que lo resolvimos rápido decidiéndonos por un menú dúo que traía varias piezas de sushi para compartir.

El chico que nos estaba atendiendo se fue y el silencio se volvió a acomodar en nuestra mesa. Harry continuaba mirándome como si yo fuera lo único que le importaba en el mundo, como si acabara de descubrirme, como si el tiempo se consumiese a nuestro alrededor.

—¿Qué es de tu vida? —preguntó. Tenía la vista fija en mi boca, pero parpadeó y volvió a centrarse en mis ojos mientras yo le daba una respuesta.

—Pues... lo mismo de siempre. La universidad, mis amigos... No ha habido grandes cambios.

—El otro día me pareció que había algunas novedades importantes. —Intentó camuflar la incomodidad en su voz, pero sus ojos lo delataron.

—No te fíes de todo lo que ves —dije con una sonrisa anodina—. ¿Qué

hay de ti?

—La verdad es que no sé por dónde empezar. —Dejó escapar un suspiro y cambió de postura en su asiento.

—Bueno, dijiste que estás viviendo en Nueva York...

—Sí. Vivo en la zona de West Village. Me mudé hace tres semanas. Fue un poco caos y todavía estoy instalándome, pero me gusta. Es un piso de alquiler de esos con opción a compra. Le iré dando mi toque poco a poco.

—¿Dónde estás trabajando?

Harry sonrió y dio un trago a su cerveza.

—No estoy trabajando.

—¿Cómo? —Fruncí el ceño.

—Soy estudiante de la Universidad de Nueva York.

—¿Qué?

—Estoy haciendo un posgrado de Bioquímica Médica.

—¿De verdad?

—De verdad.

Parpadeé varias veces. No podía creérmelo. De todos los escenarios que había imaginado en mi subconsciente, que Harry replanteara su carrera desde cero no se me había pasado por la cabeza. Lo imaginaba inscribiéndose en ofertas más enfocadas a lo que le gustaba, pero no esperaba que dejara de trabajar para formarse desde lo más básico. Me parecía increíble.

—Cuéntamelo todo —le pedí.

—¿El qué?

—Todo. Desde cuándo, cuándo tomaste la decisión, si estás contento, si te gustan las clases...

Él sonrió de nuevo y apoyó los codos sobre el mantel blanco. Se inclinó levemente hacia delante, como si quisiera adoptar una postura más cómplice e íntima.

—Bueno, para empezar fue una decisión de última hora. Pasé meses pensando qué hacer con mi vida. Dejé Wilkens antes de verano, pero no sabía bien cómo enfocar mi siguiente paso. Cuando lo decidí, tuve que tirar de algunos hilos para que me admitieran en el programa. No fue fácil, pero conseguí entrar. A principios de esta semana tuve el último examen del primer semestre. Ahora tengo unos días de vacaciones antes de empezar las clases.

—¿Y estás contento? ¿Te gusta?

—Sí. Me gusta mucho. Es un programa exigente, pero estoy aprendiendo muchísimo.

Me quedé mirándolo. Estaba sorprendida. Contenta por él, pero triste al mismo tiempo por haberme perdido todo ese proceso. Por no haber estado a su lado cuando tomó las decisiones más difíciles, cuando dudó. El sacrificio que hice en su día fue doloroso y trajo implícitas pérdidas, pero en el fondo había dado resultado. Al menos para él. Había hallado el camino para alcanzar lo que siempre quiso.

—¿Qué pasa? —me preguntó. Llevaba un rato callada y mirándolo fijamente.

—No, nada. Me alegro por ti. —Él alzó las cejas. Ni siquiera me había dado cuenta de que también había pasado los últimos segundos observándome a mí—. Perdona. Al parecer tres días no han sido suficientes para prepararme para esto.

—¿Necesitabas preparación?

—Pues sí. Eso parece.

La intensidad que había comenzado a tejerse entre nosotros fue interrumpida por el camarero, que en ese momento dejó en nuestra mesa lo que habíamos pedido. Todo tenía una pinta deliciosa. Agradecí la intrusión, porque empezaba a sentir algo de tensión dentro de mi pecho. No sé si eran las confesiones, el estar cerca de él o conocer el desarrollo de ese presente que no compartíamos.

Supe, por la manera en la que me estaba mirando, que no iba pasar por alto mi último comentario, aquel en el que había dejado entrever que nuestro reencuentro, en cierta forma, me intimidaba.

En cuanto nos quedamos solos, volvió a inclinarse hacia delante y dijo:

—Yo también estoy nervioso, Christina. Han pasado diez meses. No sé en qué punto estás tú y tú no sabes en qué punto estoy yo. No tenemos por qué hablarlo todo hoy, si no estás preparada.

—Es que... no sé qué significa que estés aquí de nuevo.

—¿No lo sabes?

—No. No sé si el otro día nos encontramos por casualidad en la universidad o si...

—No. No fue casualidad. Llevaba una hora esperándote.

Noté como mis pulsaciones aumentaban. ¿Qué quería decir eso? ¿Que me había buscado? Pero ¿con qué objetivo?

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque, al parecer, mi presencia allí no fue del todo oportuna. Cuando vi cómo estaban las cosas solo se me ocurrió darte mi nuevo número. Lo llevaba

apuntado para dártelo de todas formas. Después te di espacio para que hicieras lo que quisieras hacer.

—¿Y si no llego a llamarte?

—Iba a darte una semana. Si no, habría ido a buscarte de nuevo. — Carraspeó—. Te debo demasiado como para no tener la oportunidad de hablar contigo.

No supe qué contestar a eso. Me quedé callada, mirándolo, notando como la tensión iba rodeándonos poco a poco.

—Has sido una de las personas más importantes de mi vida —siguió diciendo—. Me apetecía compartir contigo todas las cosas que me han pasado. Dijiste que, aunque pasara el tiempo, querrías volver a saber de mí y saber que conseguí salvarme de mí mismo.

—Sí. Lo dije.

—Pues de eso me gustaría que fuera esta noche. Quisiera contarte cómo ha sido mi camino de estos meses.

No sé explicar lo que sentí en ese momento. Estaba confundida y no lograba descifrar la actitud de Harry. ¿Solo quería hablar conmigo porque se sentía en deuda? ¿Se habría dado cuenta de que lo que sintió por mí en su día no era algo destinado a durar, como le ocurrió con Evelyn? ¿Estaba agradecido únicamente por haberle dado el impulso para perseguir aquello que de verdad quería?

Era una posibilidad, una muy real. Él no había sacado las armas con las que en el pasado intentaba acercarse a mí. No había habido provocaciones. No había sacado su sonrisa de lobo. No me había rozado siquiera.

Pensé en los momentos que aún llevaba dentro. En los besos, las risas, las caricias y la piel. Había sido real, pero tal vez solo había tenido sentido en esa realidad que se nos había esfumado. Quizá aquello solo eran recuerdos que se habían convertido en polvo.

Aun así, le debía al hombre que tenía delante la oportunidad de explicarse. Por todo lo que habíamos vivido. Por las decisiones que habíamos tomado. Por el futuro que podría haber sido. Así que compuse una sonrisa y lo animé a que me hiciera partícipe del camino de su evolución.

—Está bien —dije—. Adelante.

Se tomó unos pocos segundos para observarme. Después asintió y se aclaró la garganta.

—Tardé tiempo en interiorizar todo lo que me dijiste, ¿sabes? Los dos meses siguientes de mi llegada a Boston no moví ficha. Me encerré en el

trabajo, en mis rutinas, en retomar mi antigua vida... Hasta que abrí los ojos y comencé a tomar decisiones.

Empezó a hablarme de todo lo que había vivido de manera ordenada, como si hubiera tenido el discurso guardado en la lengua. Me habló del giro de ciento ochenta grados que dio su mente el día que decidió romper con todo. De las dudas, los planes y el vértigo. De lo que supuso comunicar la decisión en Wilkens, hacer partícipes a sus allegados, presentar la carta de dimisión.

De Evelyn y el divorcio. De ver desaparecer la casa. De dejar su piso en Boston, subirse a un avión e instalarse en Europa por un tiempo indefinido.

De sus momentos de reflexión, de barajar opciones, estudiar distintos enfoques.

De esa última etapa, ya con un proyecto ante sus ojos. Un proyecto que le trajo una ilusión que había escondido durante más de una década.

Finalmente, solo silencio.

—Así que ahora eres un estudiante con una buena cuenta corriente... —dije cuando terminó.

—Sí. Por suerte, el dinero no es un problema. Tengo ingresos de sobra para permitirme estar estos dos años dedicándome a mis estudios. A finales del curso que viene empiezan las prácticas. Lo estoy deseando.

—¿Crees que te costará encontrar trabajo una vez termines?

—Está mal que diga esto, pero lo cierto es que no. Tengo muchos contactos de mis años en Harvard y Wilkens. Hay algunos hospitales y clínicas a los que ya les he echado el ojo. Tendré que trabajar duro para estar a la altura, pero no creo que vaya a ser un problema.

Asentí y llevé una pieza de *maki* al cuenco con salsa de soja.

—Y ¿cómo se tomó Evelyn el divorcio?

—Mal. Montó varios numeritos, especialmente cuando se vendió la casa. No he vuelto a saber de ella en mucho tiempo. Es lo mejor que podríamos haber hecho el uno por el otro. Espero que ella también lo haya entendido.

Volví a asentir y me quedé abstraída, jugueteando con los palillos entre los dedos y pensando en toda la parte que él había pasado por alto: aquella más relacionada con su vida personal. Cómo habría ubicado a Evelyn y sus sueños perdidos; al bebé al que nunca conoció. Cómo habría integrado la pérdida y el enfoque de su vida solo, sin ellos, sin mí...

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—En nada en especial. Te imagino en Salzburgo todos estos meses, viajando, pensando, pasando tiempo solo. Tienes que haber aprendido mucho.

—Muchísimo. He podido reflexionar, meditar, decidir... He pensado mucho en mi vida, en mi familia, en mi carrera, en ti... He pensado mucho en ti, Christina. Pero he pensado más en mí. Creo que de eso se trataba, ¿no?

Sentí un nudo en el estómago.

—Así es.

—Al principio estaba cabreado contigo. Es decir, entendía tus razones, pero me dolía que me hubieras alejado. Lo pasé mal. Estaba herido, decepcionado, enfadado... Hasta que me di cuenta de una cosa.

—¿De qué?

—De lo mucho que me querías para dejarme marchar.

Un escalofrío. Un chispazo ardiente atravesándome las venas. Tragué saliva.

—Sí, Harry. Te quería mucho.

—Querías que me encontrara a mí mismo.

—Sí.

—Y ahora lo he conseguido. Y te lo debo a ti, Christina.

—Me alegro de oír eso.

Y era cierto. Me alegraba de que se hubiera encontrado debajo de todas esas decisiones tomadas durante años que no le pertenecían. Hasta ese punto era él importante para mí. Hasta el punto de empujarlo a encontrarse a sí mismo, aunque eso implicase perder todo lo que me unía a él.

Terminamos la cena en silencio, cada uno perdido en su propia cabeza.

—¿En qué estás pensando? —me interrogó de nuevo, una vez el camarero hubo retirado nuestros platos.

Me pregunté si esa curiosidad suya por saber qué pensamientos cruzaban por mi mente era su manera de intentar descifrarme a mí. Tal vez él también se cuestionaba qué pensaba yo de tenerlo de nuevo cerca. Quizá incluso tuviera la curiosidad de saber en qué punto estaban mis sentimientos por él. Si habían crecido, si se habían congelado; si aún existían.

—No lo sé. No sé en qué pienso. Se me hace raro tenerte delante, pero al mismo tiempo es todo tan natural... Tan... como si no hubiera pasado el tiempo. Tengo mucho que digerir de lo que me has contado.

—Supongo que es normal.

El camarero volvió de nuevo para preguntarnos si íbamos a tomar postre. Harry y yo intercambiamos una mirada y decidimos que no. Unos minutos más tarde nos trajeron la cuenta.

—¿A tu novio le importaría que te invitase a tomar una copa? —preguntó



cuando nos volvimos a quedar solos.

—Eh... George no es... —Arrugué la nariz—. No es mi novio.

—¿Ah, no? ¿Y qué es?

—Un buen amigo. Nada más.

Él asintió lentamente, sin dejar de estudiarme, y sacó la cartera.

—¿Me lo explicas con un mojito?

—¿Ahora?

—¿Tienes algún sitio mejor en el que estar?

Nos miramos a los ojos y sentí mi sangre calentarse. Al fondo de su mirada me pareció intuir todo eso que él había tratado de ocultar durante la noche: sueños, deseo, ganas. De mí, de nosotros. Necesitaba saber si él también estaba tratando de mantener todo eso que aún existía a raya o si realmente se había esfumado para siempre.

Tomé la determinación de averiguarlo.

—No. Ninguno.

—Así que un buen amigo...

Harry no había dado vueltas. Había pasado de protocolos. Nos habíamos sentado en unos sillones en un *pub* cercano con un mojito cada uno. El suyo de lima y el mío de fresa. Y allí, en la penumbra, había dejado escapar esa duda que, al parecer, rondaba su cabeza.

—Sí. Lo conozco desde hace años —contesté.

—Nunca me has hablado de él.

—Nunca ha habido nada que decir.

—¿Y ahora?

Alcé las cejas. Ese Harry que tenía ahora delante de mí sí me recordaba al verdadero. Al que me perseguía, me provocaba y se iba colando poco a poco por mi espacio personal.

—¿Estás pidiéndome explicaciones?

—Pues sí. Puedes no dármelas. Pero supongo que a estas alturas sabrás que me muero por saber a qué debo atenerme.

Di vueltas al contenido de mi copa con la pajita. El hielo tenía forma de estrella y los pedazos de fresa se pegaban al cristal. La música sonaba alta, pero no tanto como para que tuviéramos que alzar la voz. Pensé que era la primera vez que salía por ahí con Harry de manera libre, sin miedo a que nos descubriesen. Y tal vez fue por eso, porque ya no éramos quienes habíamos sido. O porque nuestras circunstancias eran especiales. O porque no quería

obstáculos entre nosotros más allá de los que había. Pero el caso es que decidí sincerarme sobre esa parte de mi vida.

—George y yo tenemos algo de historia. Tuvimos algunos rollos esporádicos durante nuestra juventud; nada importante. A lo largo de los años hemos coincidido en fiestas, cumpleaños y cosas así, sin mayor repercusión. Si te soy sincera, mi vida personal durante estos meses ha estado en un segundo plano. Hasta las navidades pasadas, que volví a coincidir con George y ambos nos vimos con otros ojos. Estuvimos un rato hablando, conectamos de nuevo y, durante las semanas siguientes, nos hemos estado viendo, aquí en Nueva York. —Me encogí de hombros—. Eso ha sido todo.

—¿Ha sido? ¿Ya no os veréis más?

—Supongo que coincidiremos en algún momento, pero solo como amigos.

Nos quedamos callados unos segundos en los que nos mantuvimos la mirada. Mi boca se secó ante la presión de sus ojos azules, que en ese momento parecían grises debido a la iluminación. Parecía que estaba procesando algo que necesitaba exponer en voz alta.

—¿Ha sido por mí? —preguntó.

—¿El qué?

—Que hayáis decidido ponerle fin.

Su insinuación me pilló desprevenida y provocó que una leve carcajada saliera de mi garganta, como método de aliviar la tensión.

—Veo que sigues siendo igual de humilde que siempre...

—Sigo siendo perceptivo —terció él, sin perder la seriedad.

Me sorprendió el giro de la conversación, no voy a negarlo. Después de toda una noche sin apenas mencionar ese «nosotros» que se camuflaba en el ambiente, no sabía muy bien cómo reaccionar a ese comentario de Harry que dejaba entrever la posibilidad de que él aún fuera, de alguna manera, el centro de mis pensamientos. Algo estaba cambiando. Di un trago a mi bebida para ganar tiempo.

—Ha sido por todo. Él y yo nos lo pasamos bien, pero hay poco más que sacar de ahí.

—¿Y tú aspiras a algo más?

—No lo sé. Nunca pensé en el concepto de «más» hasta que te conocí a ti. Ahora... Todo es demasiado confuso.

—¿Te confunde que esté aquí?

De pronto, me di cuenta de que nos habíamos acercado. Estábamos cerca. Muy cerca. Demasiado cerca para dos personas que están intentando averiguar

cuál es su sitio y qué lugar le pertenece al otro. Demasiado cerca para mí, que llevaba unos minutos descolocada por todo lo que se iba destapando por momentos. Demasiado cerca para ignorar el aroma que salía de su cuello y que me llevaba de vuelta a días pasados.

—Sí —susurré.

—¿Por qué?

—Porque sigo sin saber qué significa.

Él asintió y se acomodó mejor en el sofá. Su pantalón rozó las medias tupidas que vestían mi pierna y, aun a través de la tela que nos separaba, sentí su calor.

—No hay prisa. Podemos ir averiguándolo poco a poco. ¿No te parece? Si hay algo que tenemos ahora es tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunté.

—Para ver si aún existe algo entre nosotros.

Harry separó la espalda del sofá y se dejó caer hacia delante, de manera que nuestros rostros quedaron a pocos centímetros de distancia. Pude detectar el sabor de la lima en su aliento y hasta la temperatura que guardaba su boca. Sus ojos sobrevolaron los míos, también mis mejillas, mis labios y mi pelo. Sentí que me faltaba el aire. La proximidad era tal que entre nosotros solo cabía ese infinito que nos prometimos un día.

Tragué saliva antes de preguntar:

—¿Algo?

—Algo. Todo. —Se inclinó un poco más y creí que nuestras narices arderían al juntarse—. Me muero por saber si ahora que estamos cerca se te ha acelerado la respiración. Si ha aumentado la temperatura de tu piel. Si el pulso te golpea la garganta. Si respiras el deseo que un día existió entre nosotros.

Empecé a marearme. La tensión nos rodeaba. La intensidad se enredaba en el aire que circulaba entre su cuerpo y el mío.

—¿Y si la respuesta es que sí?

—Lucharé contra mis instintos —contestó con la voz grave y sin dejar de mirarme a los ojos—. Te daré un beso en la frente y te meteré en un taxi lo antes posible para no ceder a la tentación de acabar la noche desnudándote. Insistiré en verte otro día, cuanto antes. Pero no me precipitaré. Hemos perdido mucho en diez meses. No quiero que lo que podamos llegar a ser se rompa por intentar consumirlo demasiado pronto.

Mi corazón latía desenfrenado. Había dicho «desnudarme»...

—¿Y si la respuesta es no? ¿Desaparecerás de mi vida?

Se tomó unos segundos para contestar.

—No, nena. Si la respuesta es no, empezaré desde el principio.

El aire era denso. La distancia entre los dos casi inexistente. Nuestras piernas se rozaban. Las copas de ambos descansaban sobre la mesa y la música lo llenaba todo, salvo el espacio dentro de nuestras cabezas. Me di cuenta mientras lo miraba de que iba soltando poco a poco todo lo que había mantenido atado durante toda la noche. De que luchaba por no tocarme, por no fundirse conmigo. De que yo no le era indiferente. De que si había guardado las distancias mientras cenábamos era porque desconocía mi situación y quería ir tanteándome. De que debajo del hombre sereno con el que había compartido la velada se encontraba Harry. Mi Harry. Y yo me moría por recuperarlo.

—¿Qué sientes tú, Harry?

Nuestros ojos chocaron de nuevo y temblé por dentro. Creo que ambos lo hicimos.

—No voy a decírtelo ahora. Si algún día tengo la oportunidad de hacerlo, quiero poder explicártelo sin palabras.

Mi mente rebobinó hacia todos aquellos recuerdos en los que nos habíamos comunicado sin necesidad de hablar. En la cama. En la ducha. En sueños. En las miradas. En las risas. En las caricias. En los gestos. En los roces.

Me faltó el aire cuando los ojos de Harry se desnudaron para mí, dejándome ver todo lo que guardaban. Dejándome ver que lo que en su día hubo entre nosotros aún existía. Dejándome ver lo fina que era la línea que en ese momento nos mantenía separados. Y no hablo de la distancia a la que estábamos, aunque su aliento en ese momento me hiciera cosquillas. Hablo de lo débiles que eran nuestras barreras mentales y lo fuertes las ganas que ambos teníamos de morder al otro para terminar de comprobar si aquello que estábamos sintiendo era real. Aunque no fuese el momento.

Parpadeé un par de veces, pero en los ojos de Harry seguí viendo el reflejo de lo que guardaban los míos. El anhelo. La esperanza. El amor.

—Creo... creo que debo irme a casa —dije, irguiéndome en mi asiento para recuperar mi espacio. Habíamos estado demasiado cerca de fundir la cautela. Ambos lo sabíamos.

—Sí. Yo también lo creo.

Carraspeó un par de veces y se recolocó los pantalones con disimulo. No quise buscar signos de si la excitación también le palpitaba por dentro, como a mí. Bastante tenía con el recuerdo de su respiración agitada.

Salimos a la calle helada de finales de enero y caminamos en silencio hasta que conseguimos un taxi. Nos miramos de frente y nos sonreímos como dos niños inocentes que guardan un secreto que lo redimensiona todo.

—No te lo he dicho, pero el lunes me pasaré por Columbia. Tengo una tutoría con un profesor que es adjunto allí.

No supe si era una manera de dar pie a un posible encuentro. Aún era viernes, quedaban varios días para entonces y quizá él pensaba que ambos deberíamos emplear el fin de semana en digerir todo lo que aún nos provocábamos.

—Bien. —Sonreí—. Pues que vaya bien la reunión.

—Gracias, nena. Hablamos pronto.

Abrió la puerta de atrás del taxi y vio como tomaba asiento. Antes de cerrar la puerta, me giré de nuevo hacia él.

—De acuerdo. Adiós, Harry.

—Adiós.

El vehículo se incorporó al tráfico nocturno y yo perdí la vista entre la luz que salía de las farolas. Aunque, si cerraba los ojos, lo único que veía era a Harry.

## ¿Nuestro momento?

Después de un fin de semana de reflexión, el lunes entré en la universidad con ganas de desconectar de mí misma.

Básicamente, las últimas cuarenta y ocho horas solo había pensado en Harry y en nuestra cena del viernes por la noche. En cómo se había mostrado distante y misterioso al principio, y cómo, poco a poco, había ido deshaciéndose de las capas que lo cubrían para demostrarme que todavía quedaban motivos por los que luchar.

Lo que hubo entre los dos aún existía, por parte de ambos. Pero él no quería precipitar los hechos y yo no sabía qué ritmo era el adecuado. Por una parte, quería lanzarme a sus brazos y pedirle que me besara hasta que el tiempo como unidad de medida dejara de condicionar nuestras decisiones. Por otro, quería ser adulta y mimar las bases sobre las que construiríamos el futuro.

Con todo eso en la cabeza, decidí hacer frente a una nueva semana de trabajo que prometía ser eterna.

Nada más entrar en mi despacho, organicé la jornada. Repasar del calendario de Google en el que se detallaban las reuniones, chequear la bandeja de entrada del correo, terminar de redactar algunos informes e imprimirlos para que Virginia los firmara antes de ser enviados.

A media mañana, me acerqué a su despacho con la intención de llevarle los documentos y de comentar algunas cosas del seminario que estaba preparando.

Toqué a la puerta y, cuando escuché que decía «adelante», crucé sin esperarme lo que me esperaba dentro.

—Virginia, yo... ¿Harry?

Me detuve en seco. Allí, frente a la mesa de Virginia, se encontraba Harry en su versión informal: vaqueros, jersey y una sonrisa relajada adornando sus labios.

Se giró hacia mí y sus ojos brillaron por la sorpresa. Sentí que la sala empequeñecía y se llenaba de recuerdos de nuestra vida juntos: las horas trabajando codo con codo, los debates con mi tutora y aquella vez en la que nos presentamos ante ella como un frente unido al declarar en voz alta por

primera vez nuestra relación.

—Hola —dijo él.

—Perdón, no sabía...

—¿Quieres pasar? —preguntó Virginia. Me pregunté a qué se debía esa expresión traviesa que vi en sus ojos. ¿Habrían estado hablando de mí?

—Claro. Siéntate —convino Harry. Su mirada azul me sonreía. Se alegraba de verme. Y yo a él, aunque la situación me resultase algo incómoda.

Virginia conocía nuestro pasado. Sabía el estado en el que yo quedé cuando se marchó. Sabía que él también había cambiado y había roto con todo.

—No, no. No os preocupéis —dije fingiendo una sonrisa—. Os dejo que habléis tranquilos. Vengo luego.

Antes de salir por la puerta, cacé el gesto divertido de Virginia y la mirada intensa que Harry me dedicó. Me moría de ganas por tenerlo cerca y hablar con él, pero aquel no era el momento.

Volví al despacho y me puse a trabajar en la base de datos de la investigación que teníamos activa. Unos minutos más tarde, entraron Lily y Zoe y las tres nos situamos frente al ordenador para intentar codificarlo todo antes de la hora de la comida.

Cuando ya llevábamos media hora sumergidas en la tarea, se escucharon unos golpecitos en la puerta segundos antes de que esta se abriera.

Lo siguiente que vi fue a Harry asomarse.

—¿Se puede? —preguntó con una sonrisa cuando nos vio a las tres trabajando.

Mis compañeras enseguida se pusieron de pie para saludarlo, pero yo no. No me moví del sitio.

—¡Doctor Watzlawick!

—¡Hola!

—Hola, chicas. ¿Cómo estáis? Y por favor, nada de doctor Watzlawick. Harry. Solo Harry.

Lo miré detenidamente desde mi asiento y me pregunté si, tras los cambios que había habido en su vida, había dejado de sentirse «el doctor Watzlawick», uno de los químicos más importantes de la Costa Este y directivo en la farmacéutica Wilkens. Tal vez ahora solo le gustaba pensar en sí mismo como Harry, un hombre que está empezando una nueva vida y cuyo estatus se corresponde con el de cualquier estudiante normal.

Escuché como intercambiaba unas cuantas frases de cortesía con mis compañeras y yo fingí estar muy centrada en la pantalla de mi ordenador. Me

perturbaba tenerlo allí, en mi despacho, donde nos habíamos besado tantas veces a escondidas, donde habíamos tenido sexo, donde él había sido mi mentor... Me confundía.

—Christina —dijo de repente, sacándome de mis pensamientos. Alcé la vista hasta encontrarme con la suya—. ¿Tienes un momento?

—Sí. Claro. —Me levanté de mi silla, me guardé el móvil en el bolsillo y me dirigí hacia las chicas—. Ahora vengo.

Salimos al pasillo dejando atrás a Lily y Zoe, que se habían quedado observándonos con curiosidad. Tal vez se habían percatado de la forma en la que Harry y yo nos comunicábamos con una sola mirada. Tal vez lo habían sospechado siempre o tal vez se estaban dando cuenta de todo en ese momento. Daba igual. Ya no había ninguna razón por la que Harry y yo tuviéramos que mantenernos alejados, salvo las que nos imponíamos nosotros mismos.

Nos detuvimos en un rincón discreto que había cerca de donde estaba el que fue su despacho. Por mi mente pasaron todas esas veces que nos habíamos reunido ahí intentando pasar desapercibidos.

—Qué raro se me hace verte aquí de nuevo —dije cuando nos detuvimos.

—Y a mí se me hace raro volver. Estos pasillos están llenos de recuerdos.

—Sí. Sí que lo están.

Cafés para llevar. Miradas que se hablaban en un idioma que solo él y yo entendíamos. Sonrisas disfrazadas. El roce de nuestras batas cuando nos cruzábamos...

Sacudí la cabeza.

—¿Qué tal la reunión con Virginia?

—Bien. Nos poníamos al día. —Sonrió un segundo y, no sé por qué, volví a imaginarlos hablando de mí; de ese nosotros que aún existía. Harry se acercó un poco más y me pareció que estaba haciendo un esfuerzo por no tocarme—. Tengo que irme ya, pero antes quería preguntarte si podemos vernos más tarde.

—Tengo planes. Hoy es el cumpleaños de mi amigo Neal.

—Entiendo. —La decepción cruzó sus ojos, pero la camufló enseguida—. Bueno, pues otro día será.

—Sí. Seguro.

Nos miramos y los dos sonreímos como idiotas. Estaba en el aire. Nos moríamos de ganas. De todo. De tocarnos, de hablarnos, de comernos. Pero ambos sabíamos que debíamos frenarnos, que lo mejor era ir poco a poco, tanteando el terreno por el que nos movíamos.



Harry dio un paso al frente y apoyó las manos en mis hombros. Solo ese gesto me produjo una descarga eléctrica bajo la ropa. Pensé que me abrazaría, pero únicamente se agachó un poco para dejar un beso en mi pelo. Eso fue todo. Aunque en el oxígeno que circulaba entre los dos se sintiesen las ganas de ir más allá.

Su voz hipnótica se derramó por mis oídos cuando se despidió.  
—Adiós, nena. Llámame.

—No entiendo. ¿A qué esperáis? —me preguntó Liv.

Estábamos todos tomando una cerveza en un bar por la zona de Chelsea, celebrando el cumpleaños de Neal. Y cuando digo todos, es todos. Olivia y Will, Neal y Claire y Matt y la misteriosa Kate, a la que nuestro amigo había decidido traer a última hora.

Kate era tal y como Matt la había descrito miles de veces. Tenía el rostro de una chica muy joven, pero la expresión de alguien que tuvo que crecer demasiado pronto. Sus ojos oscuros eran sabios. Su humor mordaz plantaba a cara a Matt con soltura. Pero al mismo tiempo sabía ser dulce. Su mano buscaba la de él todo el tiempo.

Kate había congeniado bastante con Liv. Neal ya la conocía de antes, así que con él se sentía relajada. Pero con Claire... bueno, Claire siempre ha sido muy madre. Así que de momento guardaba las distancias hasta asegurarse de que Kate no haría sufrir de nuevo a nuestro Matt.

El ambiente era cómodo y fluido. Yo era la única soltera. Y juro que jamás me había importado la idea de serlo, pero cuando sabes que hay alguien a quien le corresponde ese lugar es imposible no desear tenerlo al lado con todas tus fuerzas.

—Él ya ha dejado caer que quiere que os deis otra oportunidad, ¿no? —siguió diciendo Neal—. ¿Qué se supone que estáis haciendo?

Después de la primera ronda, Claire había tenido el «acierto» de preguntarme por Harry.

Les había contado que después de la cena del viernes no habíamos vuelto a hablar en todo el fin de semana, hasta esa misma mañana, en la que habíamos coincidido en la universidad y yo había rechazado su propuesta de vernos.

—Pues la idea es ir despacio. Tenemos toda la vida por delante. Él dijo que no quiere precipitarse y a mí me parece bien. Creo.

—¿Crees? —Matt alzó las cejas con escepticismo.

—Sí. Es difícil estar seguro en estos casos.

El camarero nos trajo dos fuentes enormes de nachos con queso y, mientras las devorábamos, debatimos sobre todos los futuros posibles que podían darse entre Harry y yo.

Mis amigos plantearon la cuestión de que, tal vez, Harry temiera mi reacción si se abría a mí de golpe. Después de todo, fui yo la que tomó la decisión de poner fin a lo nuestro. Me aconsejaron que valorara sincerarme con él, puesto que no lo había hecho todavía. Y era cierto. Yo no había sido clara. Estaba esperando a ver cómo iba fluyendo todo entre nosotros, pero no le había dicho que estaba dispuesta a volver a empezar. O a retomar lo que, en realidad, nunca había acabado.

—Tienes que ir a por él —dijo Liv—. No pierdas más tiempo.

—¿Todos creéis que es buena idea?

—Sí —contestaron al unísono. Matt, Liv, Claire, Neal, Will e incluso Kate.

Los miré a los seis y traté de cambiar la perspectiva desde la que miraba la situación.

—Deberías hacernos caso, Christina —dijo Claire—. Sabemos lo que decimos. Todos en esta mesa la hemos cagado por amor y nos hemos hecho daño. Pero hemos aprendido. Deja que te traspasemos todo lo que nos han enseñado nuestros errores.

—¡Eh! —se quejó Liv—. Yo no la he cagado.

Will la miró con escepticismo y con una sonrisa tierna en la boca y el resto lo hicimos alzando las cejas.

—Bueno, vale. Tenéis razón. —Hizo un movimiento con la mano y después se dirigió a mí—. Venga, tonta. Llámalo.

—¿Ahora? Pero ¿y tu cumpleaños? —le pregunté a Neal.

—No te preocupes por eso. El fin de semana volveremos a celebrarlo. Ve con Harry. Seguro que está esperando tu llamada. Considéralo mi regalo de este año. —Me guiñó un ojo y en ese momento lo quise más de lo que ya lo quería. Los adoraba a todos.

—Está bien. ¿Dónde está mi bolso?

Harry sonó sorprendido de que lo llamara. Se sorprendió incluso más cuando le pregunté dónde estaba y si podíamos vernos. Eran las diez de la noche de un lunes.

—Claro que podemos vernos, nena —contestó. A mí se me removió todo, como cada vez que ese «nena» me rozaba los sentidos—. Estoy en un bar en Bank Street, tomándome algo con un compañero. Pero ya acabo. ¿Quieres que

te espere?

—Vale. En diez minutos estoy ahí. Mándame la ubicación.

Entré en el local en cuestión un poco nerviosa. Bueno, ansiosa, más bien. No sabía por qué había sentido de pronto esa necesidad de ver a Harry. No sabía si había sido por la insistencia de mis amigos o por mis ganas locas de deshacerme de todas las excusas que me separaban de él ahora que estábamos tan cerca. El caso es que nada más poner un pie en el bar, temblé. Por anticipación, porque en el aire se sentía su presencia, porque no quería irme de allí sin él.

Lo localicé sentado al fondo, en la barra. Como yo, llevaba la misma ropa que esa mañana. Sus hombros parecían relajados, pero tenía la mirada perdida en el fondo del vaso que sujetaba entre sus dedos.

Llegué hasta él atravesando las mesas y los grupos de gente que bailaban por allí. Cuando posé mi mano en su espalda, se giró hacia mí.

—Hola —dije, sonriendo mientras me sentaba.

—Hola, nena. —Me miró de arriba abajo y en su boca también se dibujó una sonrisa—. ¿Qué fue de la cena de cumpleaños?

—Nos tomamos unas cervezas y picamos algo. Los he dejado en el bar a todos en plan parejitas.

—¿Todos tus amigos están emparejados?

—Sí.

Para romper el hielo, le conté las novedades que había habido en las vidas de mis amigos en los últimos meses. En aquellos días en los que él y yo todavía estábamos juntos, Liv aún marcaba terreno con Will, Neal y Claire seguían escondiéndose del mundo y Matt prácticamente acababa de descubrir el secreto que guardaba Kate.

Ahora, mis mejores amigos habían superado todos los miedos y obstáculos que no les permitían avanzar y se paseaban por la ciudad con el amor de sus vidas.

—Así que la única soltera...

—Sí. La vida cambia. Hace un año todos estaban luchando por sus relaciones y yo te tenía a ti. Y ahora... Es justo al revés. Es curioso.

—Sí. Sí que lo es. —Las pupilas de Harry me escrutaron con intensidad durante unos segundos antes de apartar la vista—. ¿Quieres una cerveza?

—Pues debería decirte que no. He tomado ya dos antes, pero... qué narices. Sí. Pídeme una.

Cuando el camarero nos dejó los botellines delante, la conversación entre nosotros empezó a fluir. Hablamos del pasado, de anécdotas, como aquella vez que se nos quemó la cena por estar distraídos metiéndonos mano e hicimos saltar la alarma antiincendios. También del presente. De sus exámenes, de que estaba enganchado al aula virtual de su universidad y que siempre participaba activamente en los hilos de debates del foro. De mí y de las investigaciones en las que estábamos participando en esos días. Del seminario que estaba previsto que impartiera próximamente.

Nos dimos cuenta de que no habíamos olvidado cómo hacer reír al otro, de que seguíamos conectando, de que coquetear entre nosotros continuaba siendo demasiado fácil.

Aún teníamos muchas cosas en común. Veíamos la vida de una manera parecida y conocíamos la clave para aprender de nuestras diferencias.

Cuando me quise dar cuenta, llevábamos una hora bebiendo, hablando y riéndonos, más allá del tiempo, la distancia y las dudas.

—Me alegro de que me hayas llamado esta noche —dijo.

—Yo también.

—Dime la verdad. ¿Por qué lo has hecho?

—Porque quería verte. Tengo la sensación de no estar siendo totalmente transparente contigo, y no quiero que nuestra situación se complique más de la cuenta.

—¿A qué te refieres con que no estás siendo transparente?

—A que tú has dejado caer lo que esperas de esto, pero yo no.

—¿Qué crees que espero?

Di vueltas al líquido que me quedaba en el vaso y me llevé a la boca un cacahuete del cuenco que hacía rato nos había dejado el camarero.

—Lo que me dijiste. Darnos tiempo para volver a conectar. Hacerlo despacio, pero hacerlo, al fin y al cabo.

—Es un buen resumen. —Sonrió.

—¿No me preguntas cómo lo veo yo?

—No me hace falta. Sigo siendo perceptivo. Y, de todas formas, prefiero ir descubriéndolo poco a poco.

Estudié atentamente su expresión. Sus iris azules, oscuros y brillantes. Su nariz que evidenciaba su ascendencia afroamericana, su boca hecha para pecar que tantas veces me había hecho perder la cabeza. Él también me miraba. Los segundos se iban consumiendo a nuestro alrededor y creo que ambos estábamos pensando lo mismo: si el tiempo habría difuminado el recuerdo de

a qué sabía el otro.

Harry rompió el silencio, tras acabarse de un trago lo que le quedaba de bebida.

—Christina, hay algo... Una duda que tengo que no se me va de la cabeza.

—¿A pesar de lo perceptivo que eres?

—Sí. —Sonrió—. A pesar de eso.

—¿Y qué es?

Acercándose un poco más a mí, preguntó:

—¿Por qué llamaste a Wilkens?

Me quedé callada, y me perdí unos segundos en mis pensamientos mientras procesaba la pregunta.

—Así que Amanda te lo dijo...

—Sí. —Asintió—. No cuando pasó, sino tiempo después. Hará cosa de un mes que lo hablamos.

—¿Y qué fue lo que te contó?

—Que parecías bastante desesperada por encontrarme.

—Es un buen resumen. —Sonreí, tomando prestada su frase de antes.

Harry me imitó el gesto, pero aquel parecía un asunto demasiado importante para él como para tomárselo como algo ligero.

—¿Y bien? —insistió.

Yo dejé escapar un suspiro.

—Quería saber de ti. Había pasado mucho tiempo. No lo llevaba demasiado bien y mis amigos pensaron que lo mejor era contactar contigo, aunque solo fuera para cerrar el círculo y poder seguir adelante.

—¿Tuvieron que intervenir tus amigos? —preguntó, y sé que se mostró sorprendido porque yo era el tipo de persona que se autorregula sola y que no espera a que los demás señalen que hay un problema.

—Sí. Me hicieron una intervención. Fue patético. —Puse los ojos en blanco solo de recordarlo—. Tal era mi estado. Te llamé al móvil y me di cuenta de que lo habías dado de baja. No tenía tu correo personal ni te tenía agregado en las redes sociales. Solo tenía tu dirección de Wilkens, y los *emails* rebotaban a mi bandeja de entrada. No sabía qué hacer. Así que llamé al único lugar que consideraba un nexo de unión entre tú y yo.

Harry hizo un gesto comprensivo y apoyó el brazo sobre la barra. Sus ojos buceaban en los míos.

—¿Qué me hubieras dicho de haber podido contactar conmigo?

—Quería saber cómo estabas. Saber qué era de tu vida, si aún pensabas en

mí... No sé.

—Pensaba en ti. Pero lo cierto es que aún me quedaba camino por recorrer. No era el momento para volver a hablar.

—Lo sé. Fue una decisión egoísta e incoherente con todo lo que te dije en su día. ¿Qué puedo decirte? No fue una buena época.

Harry se me quedó mirando tras esa revelación y su mano se alzó lentamente a la altura de mi rostro. Como si no pudiera evitarlo, enredó sus dedos en mi pelo. Aunque no llegó a tocar mi piel, me sentí arder.

—¿Lo pasaste mal? —preguntó.

Solté el aire.

—Han sido los peores diez meses de mi vida.

—También de la mía. Desprenderme de todo, asimilar mis errores, reinventarme... Perderte... Ha sido duro. Pero era muy necesario.

Hice un asentimiento porque sí, sabía que tenía razón. Necesitábamos pasar por ese proceso de separación. Él lo necesitaba.

Sus nudillos, que seguían acariciando mis mechones sueltos, de pronto se desplazaron hasta mis mejillas. Rozaron mi piel con la misma suavidad que una pluma acaricia un trozo de vidrio. Sentí un chispazo vibrar en mis poros y también sentí cómo sus dedos se llenaban de calor.

Tal vez fue la distancia a la que ahora estábamos. Tal vez fue la intimidad del momento que compartíamos o tal vez fue su contacto, que me hacía estremecer. Pero las palabras de pronto escaparon de mi garganta y llenaron el espacio que había entre nosotros sin que pudiera detenerlas.

—Te he echado de menos —susurré.

—Dios. Y yo a ti. —Soltó un suspiro y se dejó caer hacia delante, de manera que nuestras frentes quedaron unidas. Tomé una bocanada de aire profunda y lo que inhalé fue su aliento con aroma a saliva y cerveza—. Había días que creía que iba a volverme loco. Pero tenías razón. Tenía que pasar por todo eso yo solo.

El aire me formó un nudo en la garganta. Estábamos tan cerca... El anhelo que sentíamos nos rodeaba a ambos. Pero sus ojos aún estaban cargados de dudas.

—Siento si fui demasiado dura contigo, Harry. Llevo desde entonces sintiéndome culpable. Es cierto que en ese momento estaba muy enfadada. Creo que todo, tú, lo nuestro, lo de Evelyn, me vino grande. Pero no quería echarte, necesito que lo sepas.

—Shhh. Lo sé. —Volvió a acariciarme la cara, como si de alguna manera

mi piel lo llamara y no pudiera dejar de hacerlo. Parecía librar una batalla; prudencia contra instinto—. Hiciste lo mejor que podías hacer por los dos. Fuiste muy valiente. Ya te lo he dicho alguna vez, pero hoy te lo repito: eres la persona más fuerte que conozco. Eres increíble, nena.

—No soy increíble.

—Claro que sí. Lo supe desde el principio. Una semana en un hotel de Atlanta fue suficiente para saber que jamás conocería a nadie como tú. Por eso no quise dejarte escapar.

—¿Te refieres a los días de congreso?

—No, me refiero a... —Se separó un poco, rompiendo el contacto entre los dos—. Bueno, hay algo que nunca te he dicho. No sé si ahora tiene algún sentido revelártelo, pero ya que estamos de confesiones...

—¿Qué pasa? No me asustes.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza, como diciéndome que no tenía de qué preocuparme, y volvió a apoyar el brazo en la barra, en la misma postura en que estaba antes.

—Yo siempre tuve claro que Wilkens debía financiar la investigación. Amanda también. La duda la tuvieron los otros miembros de la junta que estaban más preocupados por recuperar la inversión inicial que por las conclusiones que se pudieran alcanzar del estudio. Fueron ellos los que pusieron algunas de las condiciones, sobre todo a nivel de visibilidad y de derechos sobre los resultados.

—¿Y lo de tener un miembro de la compañía con nosotros sobre el terreno?

—Eso es lo que quiero decirte. Eso no fue una condición de ellos. Fue un capricho mío.

—¿Qué?

—Yo propuse la figura del consultor interno. Imagínate... un miembro de la junta durante meses dedicado casi en exclusiva a una investigación fuera de la ciudad. Tuve que pelearme con un montón de gente para conseguirlo, pero los convencí de que era lo mejor. De que yo, a nivel profesional, necesitaba implicarme en algún proyecto, de que obtendríamos grandes beneficios... En fin, lo conseguí, pero no fue fácil.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque quería volver a verte.

—¿Hiciste todo eso por mí?

—Sí. —Sonrió.

—¿Por qué?

—Porque estaba cautivado. Y jamás me había pasado. Quería saber qué era aquello. Tenía la corazonada de que podía ser lo más importante que me había pasado en la vida.

—¿Pusiste tu vida patas arriba por una corazonada?

—Puse mi vida patas arriba por una corazonada y porque me gusta conseguir lo que me propongo. En este caso, eras tú.

Parpadeé varias veces sin dejar de observarlo. Estaba alucinada de conocer el alcance de lo que sintió Harry desde el principio. A mi mente acudieron detalles de todas esas semanas en las que me perseguía. Su manera de jugar conmigo, de provocarme, de flirtear. Y, cuando al fin perdí la batalla y caí en sus brazos, él jugó sus cartas para que yo no quisiera irme de allí jamás.

—Nunca tuve ocasión de escapar, ¿verdad?

—No, nena. —Sonrió—. Nunca.

—Eres bueno, Watzlawick.

—Tú me inspiras a ser mejor. De eso que no te quepa duda.

Volvíamos a sonreírnos y nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos, hablándonos sin palabras. Había magia entre los dos. Acercamiento. Barreras que se deshacían. Sin darnos cuenta, nos habíamos desnudado del todo. Lo habíamos hecho todo explícito. Que yo estaba dentro de él desde el principio. Que mi vida no había dejado de girar a su alrededor a pesar de que le dije adiós. Que aquello nuestro había sido demasiado grande como para haber desaparecido.

Solo nos faltaba atrevernos, poner palabras a todo lo que aún sentíamos. Estábamos esperando que llegara el momento para dar el paso definitivo.

Harry carraspeó un poco y echó un vistazo a nuestro alrededor. A pesar de ser lunes, el local estaba lleno de gente. Se giró de nuevo hacia mí y me preguntó si me apetecía tomar otra cerveza.

—No, no quiero más —dije.

—¿Seguro? Bueno, en media hora empieza la hora feliz. Podemos beber los dos al precio de uno. Y sacan unos chupitos de cereza que te encantarían. La música se vuelve más movida. Igual me animo y te saco a la pista.

—¿Tú bailas?

—Contigo, sí.

Me reí.

—Conoces bien este sitio. ¿Vienes mucho por aquí?

—Sí, bastante. Mi casa está cerca.



—¿Ah, sí?

—Sí. Solo a dos manzanas.

Asentí y no sé si fue la distancia que habíamos hecho desaparecer, la sensación mágica que nos rodeaba o la complicidad de saber que ambos guardábamos un secreto que en realidad estábamos gritando en el silencio, pero decidí arriesgarme:

—Podemos... puedo... ¿ir a verla?

Harry arrugó el ceño.

—¿Quieres ir a mi casa?

—Sí.

—No sé si es una buena idea.

—No tiene por qué pasar nada.

—No lo digo por eso. Es solo... es un espacio muy personal. No sé si estoy preparado para tenerte allí.

Me quedé quieta. Tal y como había venido, la magia se fue.

—Oh. De acuerdo. Solo tenía curiosidad. —Me sentí algo decepcionada. Aparté la mirada y fingí buscar algo dentro de mi bolso. Aproveché para mirar la hora en mi móvil. Eran más de las doce y al día siguiente madrugaba—. Bueno... creo que tal vez debería ir yéndome. Es tarde y mañana me levanto muy temprano.

Harry me observó unos segundos antes de asentir.

—Vale. Como quieras.

Tardamos unos minutos en conseguir que el camarero viniera y nos cobrara las bebidas. No añadimos nada más mientras esperábamos. Harry sacó su cartera y pagó las consumiciones de los dos, a pesar de que insistí en hacerlo yo. La última vez pagamos a medias porque me puse muy pesada, pero hoy él había estado más rápido.

Salimos al helor de la calle sin hablar apenas. Él parecía darle vueltas a algo y yo estaba descolocada por todo; por el acercamiento y la distancia repentina.

Su expresión meditabunda me dio la pista de que él tampoco quería que la noche acabara todavía, a pesar de que en ese momento fuera lo adecuado. Ambos nos sentíamos algo violentos después de mi atrevimiento al sugerirle ir a su casa y su posterior negativa.

Caminamos unos metros por la acera y, cuando fui a girar a la derecha para avanzar hacia la parada de taxis que había cerca de la esquina, Harry me sorprendió agarrándome con suavidad del hombro y volviéndome hacia él.

—Christina... por aquí —dijo.

—¿Qué?

—Por aquí se va a mi casa.

—Pero has dicho...

—Sé lo que he dicho. —Se frotó los ojos—. Pero tarde o temprano tienes que verlo y... puede que nunca encuentre el momento perfecto, así que... Vamos.

Parecía nervioso. Indeciso. No sabía a qué se refería con esas palabras ni tampoco por qué había cambiado de opinión. Pero decidí no cuestionármelo. Caminé en la dirección que él marcaba y unos minutos más tarde llegamos a nuestro destino.

Subimos las escaleras de piedra que daban acceso a su edificio nerviosos. Lo estábamos y mucho. Los dos. Harry no sé por qué se sentía así, pero había estado todo el trayecto sin hablar y con los hombros tensos; yo lo estaba por verlo a él.

Entramos en el ascensor que había en el rincón junto a la escalera y Harry pulsó el tercero. Subimos los tres pisos en silencio, sintiendo la presión de las palabras que callábamos, del oxígeno que inhalaba el otro y de cada centímetro que nos mantenía alejados.

Cuando salimos, Harry sacó las llaves del bolsillo de su pantalón vaquero. Dio tres vueltas a la cerradura y abrió la puerta.

Las luces iluminaron enseguida un salón espacioso, con muebles claros y suelo de parqué. Solo tuve que dar dos pasos para darme cuenta de que la casa estaba llena de vida, de rutina. Era un hogar.

En la encimera de la cocina, que quedaba a la izquierda, podía verse un paquete de pan de sándwich sin guardar. En la mesa del comedor había un portátil y hojas esparcidas, como si Harry hubiera estado trabajando en algo antes de salir de casa. La manta del sofá no estaba doblada, sino extendida en uno de los reposabrazos.

Todo era moderno y se veía nuevo, pero no resumaba esa ostentación que caracterizaba al piso en el que Harry había vivido meses atrás durante su estancia en Nueva York. Esto era mucho más cálido. Más él.

—Esta es mi casa —dijo, rompiendo el silencio mientras mis ojos se perdían por los rincones llenos de vida.

—No tiene nada que ver con tu piso de antes.

—Ese piso era de paso. Esta es mi casa.

Seguí caminando, inspeccionándolo todo con ojo analítico mientras sentía

la mirada de Harry fija en mí. Notaba su aliento en mi espalda. Había algo armónico en su pose. Como si no pudiera evitar mostrarse tal cual era ahora que estábamos en su hogar.

Tragué saliva y miré a mi alrededor. El salón. Grande, espacioso. Con un amplio ventanal cubierto por unas cortinas blancas que llegaban al suelo. Cuadros. Un mueble para una televisión de cincuenta y cinco pulgadas. Dos estanterías llenas de libros a medio poner. Me acerqué un poco para echar un vistazo a los títulos. Además de diversos volúmenes de bioquímica, había algunos de neurociencia, psicofarmacología y demás disciplinas que tenían más que ver con mi trabajo que con el suyo. Eso me dio la primera pista.

El sofá era largo, gris oscuro, con *chaise longue* incorporado; el tipo de sofá que siempre había deseado tener y que alguna vez le había comentado a Harry. ¿Era casualidad?

Estudié las láminas que encerraban esos marcos que decoraban las paredes. Todas eran preciosas y estaban en consonancia con la línea de colores que predominaba en la casa, pero hubo una que me llamó la atención.

Era una réplica de *La noche estrellada* de Van Gogh. Era mi cuadro favorito del artista, puesto que me recordaba a esa vez que, siendo aún muy pequeña, mi madre nos llevó a mis hermanas y a mí al Museo de Arte Moderno de Nueva York a pasar el día.

—¿Y esto?

—Dijiste que era tu obra favorita. ¿Te acuerdas? Fue aquella vez que vimos el reportaje sobre el postimpresionismo. Quería que tuviéramos esa imagen aquí.

Intenté pasar por alto el plural, porque ya estaba bastante confundida por todo como para que mi cabeza se perdiera en los posibles significados de aquellas palabras.

Seguí mirando todo lo que había a mi alrededor.

Una mesa grande en un rincón en la que podían sentarse cómodamente todos mis amigos. Traje la imagen a mi mente y sonreí.

—Tiene capacidad para ocho personas —señaló cuando vio hacia dónde miraba—. Diez incluso si nos apretamos bien.

Siempre había querido ser anfitriona, y él lo sabía. Hasta ahora no había podido porque meter a más de dos personas en mi piso era físicamente imposible, pero ese salón sin duda ofrecía la posibilidad.

La cocina estaba decorada en la misma línea que la mía, pero mucho mejor equipada. Muebles blancos, electrodomésticos grises y un soporte de metal

para colgar los utensilios. Había una pequeña isla en el centro con un frutero y la nevera era de dos puertas.

Cuando acabé con esa parte, Harry me llevó al fondo del salón. Allí me enseñó un pequeño cuarto de baño. «El de invitados», especificó. No nos detuvimos mucho allí. Me condujo hacia la esquina derecha que daba acceso a un pasillo en el cual se distribuían varias puertas.

La primera que cruzamos era un despacho con dos mesas. Una de ellas llena de papeles y con un ordenador de mesa y la otra vacía, como si estuviera esperando a que alguien llegara y la llenara.

—¿Por qué hay dos? —pregunté.

—No había sitio para dos despachos, pero supuse que si alguna vez te instalabas aquí... querías tener una mesa para adelantar trabajo y... bueno. Para lo que necesites.

Parpadeé varias veces. «Instalarme allí». Sentí vértigo.

—¿Y esa habitación? —Señalé la puerta que quedaba enfrente del despacho.

—Está vacía. Bueno, ahora está llena de cajas, pero no tiene muebles.

Nos asomamos y encontré justo lo que él había descrito. Era una habitación bastante grande, pintada de un neutro amarillo claro que otorgaba claridad al espacio.

—¿Para qué se supone que es?

—Eso es algo que ya tendremos tiempo para hablar, pero... bueno, ya que estamos, te lo digo. Quiero niños. No ahora, por supuesto. Puede que sea dentro de cinco años, o de diez, o de uno. No lo sé. Pero una de las cosas que he sacado en claro estos meses es que quiero vivir la experiencia de ser padre. Y quiero vivirla contigo.

Asentí despacio, incapaz de decir nada. Estaba en *shock* porque estaba empezando a entender de qué iba aquello. A través de esas cuatro paredes Harry me estaba mostrando el futuro que anhelaba compartir a mi lado. Sabía que no tenía nada preparado porque era imposible que él supiera de antemano que esa noche íbamos a acabar allí, así que eso indicaba que esa casa llevaba esperándome mucho tiempo.

Salimos de nuevo al pasillo y entramos en la última habitación. El dormitorio principal. Tenía una cama con una colcha celeste preciosa, a cada lado una mesita de noche y una cómoda con un espejo de aumento.

Harry se situó a mi lado mientras yo observaba el espacio en el que dormía cada noche.

—Tiene baño dentro —susurró.

Cruzamos la puerta y lo vi: un lavabo con dos pilas, como el que siempre había soñado tener. Pero no es eso lo que hizo que perdiera la voz. Fue ver mi cepillo de dientes junto al suyo. Ese cepillo que dejé en su casa diez meses atrás y que él nunca me devolvió, porque se fue sin mirar atrás. Vi también mi frasco de perfume a medias. Mi líquido para las lentillas. Mi cepillo del pelo.

¿Qué significaba? ¿Había guardado mis objetos personales durante diez meses? Me sentí abrumada de ver todas aquellas cosas que me pertenecían compartiendo espacio con las suyas. Me parecía todo tan íntimo que hasta me entraron ganas de llorar.

Salimos de nuevo a la habitación y me situé enfrente del armario, que ocupaba casi por completo una pared. El espejo que cubría una de las puertas me devolvió nuestra imagen. Yo, estupefacta, asimilando el mensaje que Harry había grabado en su hogar. Y él en silencio, con ojos brillantes y expresión tensa, estudiándome a conciencia para tratar de descubrir qué estaba sintiendo en ese momento.

—Ábrelo —dijo a mi espalda.

Me estremecí por escuchar su voz, pero hice lo que me pedía.

El armario tenía dos mitades. Una llena con toda la ropa de Harry y otra prácticamente vacía. Solo había una balda con cosas. Me acerqué y vi un jersey viejo que me perteneció y que ya casi había olvidado. Los calcetines de lana que no me quité en aquel invierno que viví junto a él. El pijama de Harry que siempre usaba yo. Recuerdos de nuestra vida juntos. Pruebas de que aquello fue real.

Mis piernas ya no me sostenían. Quise dejarme caer en la cama, pero me obligué a mantenerme en pie y enfrentar la mirada de Harry.

—Esto es... demasiado —balbuceé.

—Te dije que cuando confesara qué es lo que siento querría hacerlo sin palabras. Supongo que el mensaje ha quedado claro.

Sí, había quedado claro. Esa casa era para él y para mí. Harry, el mismo Harry que se había dejado llevar durante buena parte de su vida, el mismo que estaba empezando de cero, escuchándose solo a él mismo, había decidido diseñar un futuro para los dos. Eso era lo que él quería. Que compartiéramos la vida. Y me lo ofrecía sin reservas.

—¿Por qué...?

—¿Por qué qué, nena? —Se acercó a mí hasta que nuestras rodillas casi se tocaron—. Dímelo.

—Has montado esta casa a mi medida; a la medida de los dos. La has llenado de mí.

—Es que es contigo con la única persona con quien quiero compartirla.

—Pero te has arriesgado mucho —dije—. Yo podría haberte olvidado.

—Sí, me he arriesgado. No te voy a mentir, cuando aquella tarde llegué a Columbia y te vi con George pensé que había estado equivocado todo el tiempo pensando que tú me habrías esperado. Pero solo con mirarte... supe que lo que existió entre nosotros aún latía dentro de ti.

Nuestras manos se entrelazaron y todo empezó a darme vueltas. No podía creerme lo que estaba viviendo. La casa. Harry. La realidad de lo nuestro.

—Siempre supe que mi camino terminaba aquí, en Nueva York, tratando de recuperarte —siguió diciendo—. Por eso me matriculé en la NYU. Pero no sabía cuándo sería. De hecho, no me hice el ánimo de venir a buscarte hasta que Amanda me contó que llamaste a Wilkens. Ese día me puse a buscar pisos como un loco. Después, tardé algunas semanas en ir a por ti porque quería prepararlo todo y, además, estaban los exámenes. Pero al terminar el último me planté en la puerta de Columbia a esperar a que salieras.

—¿Tenías algún plan si te decía que no?

—Insistir. Cada día. Yo siempre me salgo con la mía, ¿recuerdas?

A pesar de que sentía un enorme nudo de emoción llenando mi pecho, solté una pequeña carcajada.

Harry me atrajo hacia su cuerpo. Él, que me enseñó lo que es el amor, que acababa de poner el futuro a mis pies, que sin palabras me estaba diciendo que si lo aceptaba en ese momento jamás nos volveríamos a separar. Sus manos me acariciaron la espalda. Su frente se juntó a la mía. Nuestras narices se rozaron. Yo ni respiraba. Solo me dejé llevar por las sensaciones. La de su olor, la de su calor y el mío.

Tragué el nudo que se me había enredado en la garganta e intenté digerir lo que significaba todo eso. Las palabras, los silencios, los gestos. El gran gesto de Harry al plantear el hogar de su nueva vida conmigo como punto de referencia.

Todo dejó de importar cuando el roce de sus manos empezó a dibujar mi silueta. Primero la espalda, luego la cintura, el estómago, los brazos. Sus nudillos me acariciaron la cara, como habían hecho antes en el bar, pero esa vez fueron más allá. Lentamente, me tocaron los párpados, la nariz, los labios. Y el aire se cargó de electricidad. El deseo me ardió en la carne y quise gritar, llorar, respirar. Quise pedirle que detuviera el tiempo, pero que no parase

nunca. Alcé las manos también y, como él había hecho, le acaricié la cara y su suspiro se coló entre mis dedos. Cada respiración que hacía era suya. Solo se escuchaban nuestros alientos mezclarse. Me abracé a su cuerpo y él me apretó hasta que sentí que me deshacía entre sus manos.

—Dios, Harry...

—Nena...

Su mano se internó debajo de mi ropa para tocar mi piel. Ambos estábamos calientes, pero aun así un escalofrío me recorrió, poniéndome la piel de gallina.

—¿Qué ha sido de lo de ir despacio? —pregunté.

—Sabía que no podía tenerte aquí sin tocarte.

La adrenalina se deslizó por mis venas, atravesándome el corazón e inundándome la cabeza de sensaciones que me mareaban.

—Puedes tocarme —susurré—. Quiero que me toques.

—Sabía que no podía tenerte aquí sin contártelo todo, sin hacerte ver que el final de mi viaje siempre fuiste tú.

Su boca me acarició el cuello y me llenó de besos, de sueños y de promesas. Mi mente viajó a una noche en el Puente de Brooklyn en la que me dio su palabra de que lo nuestro jamás terminaría. Y ese era el mensaje que su cuerpo escribía sobre el mío; esa era la realidad que nos unía en ese instante.

—Te quiero —le dije.

—Yo también a ti. Desde siempre y para siempre.

Él seguía besando mi piel, queriéndome con su boca, con sus manos. Hablándome sin voz de todo lo que llevaba dentro.

—No voy a dejar que te marches nunca más.

—Yo nunca volveré a irme de tu lado. Me da igual la razón que tengas.

Nos separamos un segundo para mirarnos de frente. Los dos sonreímos y de pronto lo supimos. Lo vimos. El futuro. Las peleas. Las decisiones. La complicidad. Los besos. Las caricias. El sexo. El amor. Las conversaciones. La unidad. La independencia. El tiempo. Lo eterno.

Todo lo que siempre habíamos sido, lo que jamás dejaríamos de ser.

—¿Puedo besarte? —preguntó.

Quería sellar todas esas certezas que se escondían en el espacio entre sus ojos y los míos. Las que salen de las tripas. Las que tienen el poder de redimensionarlo todo.

—Estás tardando —fue mi respuesta.

Y en ese beso que nos dimos por fin nos reencontramos.

Y dibujamos la mayor certeza de todas: nuestro para siempre.



Olivia

## Epílogo

*Montauk, septiembre de 2018*

Hoy es un día especial. De los de hacer balance. ¿Os acordáis del inicio de esta historia? Éramos un grupo de cinco amigos que lo compartían todo. Lo bueno, lo malo, lo regular.

Yo no conocía a Will. Christina no conocía a Harry. Matt no conocía a Kate. Neal y Claire sí se conocían, pero no habían admitido la realidad de lo que eran.

De alguna manera, sabíamos que nos esperaba algo grande. Era un presentimiento que nos recorría a todos. Teníamos sueños. La vida por delante. Un apoyo incondicional. ¿Qué podía salir mal?

Bueno, la vida es la vida. Tiene subidas y bajadas. Desvíos. Atajos. Curvas. Precipicios. Y teníamos muchas preguntas que hacernos todavía, muchas respuestas que buscar y muchas batallas por delante. Pero, juntos, sobrevivimos. Y extrajimos lecciones que se grabaron para siempre.

De Will y de mí aprendí que cuando alguien te importa, vuelves, luchas y lo demuestras. Lo gritas. Y te quedas.

De Neal y Claire aprendí a mirar en mi interior y admitir la magnitud de lo que sentía en cada momento; también la importancia de sacar lo mejor de mí misma y de abrir los ojos ante las realidades que podían cambiar mi vida.

Christina y Harry me enseñaron a escucharme, a elegirme a mí primero para poder tener algo bueno que ofrecer. A dejar a quien amamos libre para que se encuentre y dejarle la puerta abierta para cuando llegue su momento de regresar.

Matt y Kate me hicieron entender que mostrarse vulnerable delante de alguien no es signo de debilidad, sino de fortaleza. Y que hay secretos que pueden destruirte, pero que quien de verdad te quiere se esfuerza por entenderte y por acariciar tus cicatrices hasta hacerlas suyas.

Todos tomamos la decisión de pasar nuestra vida al lado de alguien, pero ese no fue el final de la historia, sino el inicio de la aventura en la que se transformó nuestra realidad.

Christina y Harry tuvieron que luchar mucho cuando por fin llegó su momento de estar juntos. Supongo que os lo imaginaréis, pero tardaron unas tres semanas en empezar a compartir ese piso que él había utilizado para mostrarle a ella que su elección era un futuro a su lado.

Tuvieron que pelear en el día a día por la incompatibilidad de horarios. Ella estaba en la recta final de su doctorado y se esforzaba por hacerse un hueco en el mundo académico. Él estaba empezando de cero como estudiante cuando había sido una eminencia en otro campo durante casi una década. Fue duro para los dos encontrar el equilibrio entre sus vidas profesionales, que para ambos era un aspecto primordial, y su pareja, que se había convertido en la prioridad absoluta de ambos.

El día que Christina se doctoró, Harry estuvo a su lado. Había preparado con ella la lectura de su tesis durante muchas semanas. Hizo uso de todos sus contactos para no abandonar la sala en ningún momento hasta que el tribunal proclamó que Christina Sanders acababa de doctorarse *Cum Laude*.

Harry preparó una fiesta sorpresa para Christina, para celebrar con todos sus allegados que lo había conseguido. Estábamos todos nosotros. Su familia. La familia de Harry. La gente de la universidad; Virginia McAdams y el resto de sus compañeros. Y Harry dio un discurso que nos puso a todos al borde del llanto:

—Conocí a Christina cuando estaba en su primer año de doctorado. Yo, por aquel entonces, era un directivo con ínfulas de dios, y ella tuvo una manera de cerrarme la boca que no solo me dejó descolocado, sino que despertó mi admiración más sincera, el pilar que, poco tiempo después, sustentaría mi amor por ella.

»Todos los que estáis aquí la conocéis, no hace falta que yo os lo diga, pero ahora mismo siento tanto orgullo que no quiero dejar pasar la oportunidad de gritar que Christina es una de las personas más especiales que todos conoceremos jamás. Me he cruzado con muchas personas en mi vida, pero a nadie con su dedicación, su perseverancia y su entereza. Creo que todos coincidiremos en que es un guerrera que siempre da lo mejor de sí misma y que nos ayuda a todos a ver lo mejor de nosotros. Supongo que no seré el único, pero yo le debo mucho. Christina me encontró, supo leerme y me salvó de mí mismo. Y sigue a mi lado cada día. Dice que deja que cuidarla sea mi modo de vida, pero en realidad es ella la que cuida de mí. De mí y de nosotros, y sé que cuando llegue el momento cuidará de nuestra familia hasta el final. No hay nadie en el mundo con el que pueda ser más feliz que con ella.

Y sé que la mejor decisión que he tomado jamás es escoger pasar mi vida a su lado. Y me siento orgulloso. Por todo lo que ha conseguido y por todo lo que ha construido a lo largo de su vida. Gracias a todos los que estáis aquí, porque sois parte de su camino. Por favor, brindad conmigo por la doctora Sanders. —Aquí todos alzamos las copas. A esas alturas no quedaba un ojo seco en la sala y la propia Christina estaba a punto de desmayarse de la emoción. Harry se acercó a ella para entrecuchar sus copas y le susurró al oído algo que nos alcanzó a todos—: Te quiero, nena.

Otros que no perdieron el tiempo fueron Matt y Kate. ¿Qué sentido tenía? Fueron siguiendo los pasos que tocaban poco a poco, pero lo tuvieron claro desde el principio. Su prudencia solo tuvo una razón, y fue la de seguir un ritmo adecuado para que Tobey asimilara los cambios.

Patrick volvió a salir de la vida de ambos. Matt no estaba sorprendido, pero Kate sí, y él tuvo que sostenerla cuando se dio cuenta de que su hijo volvía a perder a su padre. No desapareció del todo, siguió apoyando en lo económico y visitándolo de vez en cuando, pero estaba lo suficientemente ausente para que Tobey lo sufriera. Y Kate con él.

—Es tan injusto, Matt —le decía ella—. Ningún niño debería sentirse abandonado por sus padres.

—Tobey no se siente abandonado, Kate. Te tiene a ti, que vales por dos. O por veinte.

Ella lloraba. No solía hacerlo a menudo, pero hacía tiempo que había aprendido que mostrarse vulnerable delante de Matt solo los hacía más fuertes.

—Llora todo lo que tengas que llorar —le decía—. No te preocupes que yo te tengo.

—Dios, menos mal que existes —murmuró entre hipidos—. Algo muy bueno he tenido que hacer para merecerte.

—Solo ser tú. Ser tú y dejarme formar parte de vuestras vidas. Mientras yo exista, jamás estaréis solos. Ni tú ni Tobey.

Kate miró a Matt de esa manera especial en la que se miran las personas que han encontrado en los ojos de otro la mejor versión de ellos mismos. Sonrió, descosiendo cada lágrima con la intensidad de todo lo bueno que Matt había traído a su vida.

—Eso es ser padre, ¿sabes? Ese sentimiento de estar de manera incondicional al lado de alguien; esa es mi idea de familia.

—Es que somos una familia, Kate. Los tres lo somos. Sois lo más importante que he hecho en la vida.

—¿De verdad? —Los ojos de su jodida niña se llenaron de más emociones de las que era capaz de asimilar.

—Pero Kate, mi vida, ¿todavía te lo preguntas?

—¿Te sientes padre de Tobey?

—Me siento padre de Tobey —le aseguró él—. Quiero ayudarlo a crecer y convertirse en esa persona increíble que sé que está destinado a ser. Y coger tu mano mientras lo vemos hacerse mayor, empezar el instituto, hacer amistades significativas, enamorarse de alguna chica que le ponga la cabeza tan patas arriba como a mí me pasó con su madre... —Kate se echó a reír—. Desde que elegí estar contigo para siempre, decidí convertirme en padre.

Compartieron una mirada cargada de todo eso que los unía y después se besaron. Era cierto que aún se peleaban mucho, que discutían y se provocaban, pero estaban cien por cien disponibles el uno para el otro y se lo demostraban cada día.

Siempre lo harían.

Dos meses después, Kate y Matt se casaron. Lo hicieron en una ceremonia sencilla en la playa, todos vestidos de blanco, rodeados de farolillos, mar y arena. Éramos pocos. La familia más cercana de ella, la de él y nosotros. Fue una boda preciosa, llena de amor y de todas esas cosas que importan de verdad.

Ha pasado un tiempo desde esos momentos que os relato. Las vidas de todos han seguido su curso, con nuestros más, nuestros menos, nuestra pelea con la rutina y la batalla por conservar la ilusión que nos unió para siempre.

Así hemos llegado a este momento. Un momento que jamás pensé que viviría, pero que alguien me convenció de elegir.

En la habitación están ellos, los del principio. Mi hermano Aiden, Claire, Christina, Matt y Neal. Y todos me miran con los ojos húmedos y una sonrisa que lo vale todo.

—¿Cuánto tardaría en llegar a Las Vegas? —pregunto.

—Ni se te ocurra pensarlo —dice Claire—. Lo he organizado todo, hasta el más mínimo detalle.

—Estás preciosa, hermana. No obligues a Will a renunciar a esta imagen.

—¿En serio estoy bien? ¿No parezco una tarta de nata?

—No —dicen todos al unísono—. Estás increíble.

Yo no lo veo, pero ha habido tantas cosas en la vida que yo no he visto de entrada y sobre las que ellos me han abierto los ojos que decido callarme.

Poco después, entran mi madre, mi tía Grace y Beth, mi suegra. Las tres lloran como bobas.

—Se va a morir cuando te vea —dice la madre de Will—. Eres el sueño de su vida.

—O igual te mueres tú, sobrina. Dicen las malas lenguas que tu futuro marido está increíble con esmoquin y pajarita.

—¿Pajarita?! —exclamo yo—. ¿Es que no lleva corbata?

—Relájate, Olivia —me susurra mi madre, consiguiendo calmarme en el acto, como siempre—. Deja que fluya todo.

Ya llevo dos copas de champán y aún hiperventilo. ¿Por qué narices estoy tan nerviosa? Nada va a cambiar en mi día a día porque mi destino está unido al de Will prácticamente desde que nos dijimos: «Hola, encantado de conocerte».

Pero hay algo especial en este día. En la celebración de eso que llevamos más de cinco años sintiendo. En gritarlo en voz alta, hacerlo legal y eterno. Y ese algo me tiene inquieta, pero sé que es la ilusión de formalizar esa certeza que noto en mis vísceras.

Abandono la vivienda que Ed, el padrastro de Will, tiene en Montauk. Lo hago acompañada de mi hermano y mis amigos. Parece que fue ayer ese fin de semana en el que Will y yo habíamos empezado a conocernos y vinimos hasta aquí a pasar unos días alejados de la ciudad. Sonríó al recordar sus dudas, mis miedos y las raíces de ese amor que nos cambió la vida.

Hace unos años, Ed compró el terreno de al lado y es allí donde nos convertiremos en marido en mujer. Nos costó ponernos de acuerdo con el sitio, pero cuando este salió como opción los dos lo aceptamos de inmediato por todo lo que se simboliza: un comienzo, el perdón, salir adelante.

Me quedo sin respiración cuando veo lo que Claire ha montado. Delegué en ella la organización del evento y es la mejor decisión que podría haber tomado.

Es todo blanco. Con el atardecer y el faro de Montauk de fondo. Con el sonido del mar a lo lejos. Luces azules salpicando las flores que decoran la pérgola bajo la que me espera Will.

Ay, Dios, Will. Si no lo quisiera ya hasta la extenuación, me enamoraría de él en este preciso instante. No porque está guapo hasta decir basta, no porque

sus ojos azules brillan tanto que los distingo desde aquí, sino porque nunca había visto a otra persona destilar la emoción que él desprende en este momento.

Camino por el pasillo blanco que me lleva hasta él del brazo de mi padre. De fondo suena la melodía de *In My Veins*; nuestra canción. Apenas soy consciente de que hay unos sesenta ojos clavados en nosotros ni tampoco de que estoy temblando. En realidad, ¿qué más da? Él también lo hace. Lo veo desde aquí.

Cuando llego a su lado, mi padre me besa el pelo y junta mi mano con la de Will. Siento su piel caliente y un escalofrío me estremece. A él también. Nos sonreímos y noto como acaricia el anillo de compromiso que me dio unos meses atrás bajo la luz del Perito Moreno.

Compartimos una mirada que lo dice todo. Confirmando que lleva pajarita, en vez de corbata. La emoción que ya siento se intensifica cuando me doy cuenta de que lleva impreso un diseño mío: una O y una W de plata bordada en un fondo oscuro. Son detalles como este los que sostienen mi amor por él.

Miramos a la persona que va a officiar la ceremonia, que no es otro que Colin, uno de sus amigos, que nos sonrío con una calma infinita.

Pronto empieza a hablar.

Las palabras que nos dedica son preciosas. Pero son los votos que nos recitamos el uno al otro los que hacen que ambos nos rompamos por la emoción. Yo, que soy dura para el llanto, acabo llorando en su turno y en el mío; me consuela que a él le pase lo mismo.

Supongo que eso significa estar hechos el uno para el otro.

La boda no podría salir mejor. De verdad. Es sencilla, como ambos queríamos, y emocionante, como no podría ser de otra manera. Está llena de felicitaciones, deseos cumplidos, promesas, regalos, susurros, sonrisas.

No falta nadie que haya tenido algún tipo de papel en nuestra historia.

Bailo con Will mientras con los ojos nos juramos de nuevo que esto solo es el principio. Bailo con mi padre. Mi hermano. Mi tío. El padre de Will, que a continuación le cede el turno a Ed con una sonrisa. Bailo también con mis cuñados. Con George, que fue la persona que nos presentó. Bailo con Matt, con Neal y con Harry. Con Colin y Larry, los incondicionales de mi marido. Y después con él de nuevo. Y con mis chicas, Christina, Claire, Kate e incluso Gillian, la novia de mi hermano.

Acabamos de madrugada. Mis amigos, mi marido y yo, con las botellas que han sobrado de champán, sentados en una de las playas de Montauk iluminadas por la luna y la luz del faro.

Christina y Harry se ríen mientras se dicen tonterías al oído, como si estuvieran solos. Neal acaricia con dulzura el vientre abultado de Claire, que a su vez está hablando con Kate, que comparte su estado. Matt las mira embelesado al mismo tiempo que chequea con sus suegros que Tobey esté pasando buena noche.

Escucho como Claire y Kate ponen en común los síntomas que están experimentando. Claire está de veintitrés semanas y Kate de diecinueve. Claire tiene náuseas prácticamente desde el momento cero y Kate, por otro lado, solo ha desarrollado una leve intolerancia a la lactosa. Me hace gracia verlas hablar tan tranquilas cuando para nadie es un secreto que no empezaron con buen pie. Claire protegía a su amigo, su hermano, de un nuevo sufrimiento, y Kate tuvo que luchar para demostrarle a la madre del grupo que jamás le haría daño de nuevo. Ahora se plantean ir juntas a las clases de preparación al parto. Así son las cosas.

—¿Y qué vas a hacer con tu empresa cuando nazca la niña? —le pregunta Kate a Claire.

—Sue, la mujer de mi padre, está preparándose para hacerse cargo de la dirección mientras yo estoy fuera. Neal irá de vez en cuando a chequear que todo esté bien y yo asumiré lo que pueda desde casa.

Hace un año más o menos Claire decidió montar su propia empresa. Lleva dos líneas de negocio diferentes: la decoración de interiores, que fue lo que estudió, y la organización de eventos, su gran pasión. Neal se encarga de toda la parte de sistemas de la empresa y fue la persona que le dio el empujón desde el principio para que lograra su sueño.

Los escucho hablar de sus cosas a los cuatro. Al poco tiempo Harry y Christina dejan de meterse mano y se unen a ellos aportando su visión acerca del tema del que están hablando.

Yo sonrío para mí. Miro a mis amigos hacer su vida y siento que, a su vez, Will me mira a mí con su cara de: «Cásate conmigo, Olivia».

—¿Qué pasa, William? —le pregunto sonriendo como una tonta.

—Te veo feliz y no hay nada que contribuya más a mi felicidad que eso.

—Tú me haces feliz. —Hace tiempo que asumí que este hombre me ha convertido en un ser pasteloso.

—Sí, lo sé. Pero ellos también ayudan.



No puedo rebatírselo, porque es cierto. Aquí está mi núcleo, mi lugar seguro, mi casa.

Y sé que aunque pase el tiempo seguiremos creciendo todos juntos, los cinco del principio y nuestros consortes. Viviremos la vida con sus altos y sus bajos; enfrentaremos dificultades y celebraremos alegrías. Nos perderemos en la rutina y nos encontraremos cuando nos necesitemos entre las paredes de The New.

En esto consiste la amistad. En épocas más unidos y otras que menos, pero cuidando del poso que sostiene lo que significamos los unos para los otros.

Noto que Will me rodea y me pega más a su cuerpo mientras me susurra que me quiere y yo vuelvo a sonreír porque no podría sentirme más emocionada por el futuro que me espera.

El lugar al que te lleva el arcoíris debe de ser algo muy parecido a este momento.

Estoy segura.

## Agradecimientos

Era septiembre de 2014. Me encontraba en un pueblo perdido de Alemania y se suponía que estaba estudiando.

Entonces, llegaron. Primero, el escenario: The New. Brooklyn. Nueva York.

Después, ellos, uno por uno, haciéndome sonreír, susurrándome su historia, mostrándome cómo eran.

Abrí el ordenador. Los dedos me temblaban. Acaricié las teclas delante de una página en blanco... y así empezó todo.

En septiembre de 2018, estaba poniendo el punto y final a la saga. Decía adiós a cuatro años de sueños, de noches sin poder dormir, de ideas, de escenas y de diálogos con mis personajes como protagonistas a todas horas.

Y hoy... hoy me siento de nuevo delante de la hoja en blanco, esta vez para dar las gracias a todas las personas que me han acompañado en este tiempo, que me han ayudado con unos aspectos u otros, que han caminado junto a ellos y junto a mí.

Gracias a los que estuvisteis desde el principio: Marta, Juan Carlos, Lorena. Los primeros en leerme. Mis amigos; los que están todos los días.

Gracias a mi madre y mi tía Araceli, por absolutamente todo. Por ser incondicionales. Porque siempre esperáis una nueva historia con ilusión.

Gracias a René. Este libro va para ti. Porque si no hubiéramos estado esa tarde en aquel pueblo alemán, quizá no existiría The New; quizá yo no sería escritora. Y quizá todo lo que nos ha pasado desde entonces no nos habría llevado a donde estamos ahora.

Gracias a toda la gente que leyó la primera parte cuando aún era un PDF de casi quinientas páginas. En especial a mi tía Marisol, por eso y por todo en general.

También a María, que leyó en digital por primera vez. Y a Julia, que lo imprimió en papel.

Gracias a mi padre, mi hermano y mis abuelas, por estar siempre cerca.

Gracias a las que llegasteis cuando este sueño se hizo realidad.

A mi Sus, Susanna Herrero. Contigo me quedo sin palabras, porque te has convertido en el punto de unión entre la amistad de verdad y el mundo de las letras. Porque lees mis manuscritos, pero también escuchas mis problemas. Porque me ayudas cuando dudo en el proceso de edición, pero estás el resto

de días del año. Porque confío en tu criterio cuando una historia se me enreda, pero además confío en ti como persona, y ya sabes lo que eso significa.

A Cherry Chic, porque decidiste formar parte de este grupo de amigos nada más conocerme. Y porque, tiempo después, sigues aquí, a mi lado.

A Audrey Ferrer, por esas conversaciones telefónicas interminables en las que las palabras «lectora cero» se quedan cortas para definir lo que me das.

A Abril Camino, por tu ayuda desde el primer momento. Por tu cariño a la saga. Y por tus ojos de elfo, que han dejado perfecto este manuscrito.

Y por último... a vosotros.

Gracias a Matt y Kate, por enseñarme que la verdadera fortaleza reside en mostrarse vulnerable.

Gracias a Christina y Harry, porque me enseñasteis la importancia de quererse, respetarse y escucharse a uno mismo para tener algo que merezca la pena ofrecer.

Gracias a Claire y Neal, por ayudarme a ver que dejar atrás el miedo es la clave para descubrir quiénes somos y qué buscamos en realidad.

Y gracias a Will y Olivia, por ser el punto de apoyo que necesitaba para hacer girar mi mundo.

Hasta siempre, chicos.

## Nota de la autora

Si este ha sido tu primer contacto con The New...

Si te ha gustado caminar junto a este grupo de amigos...

Si te has quedado con ganas de saber cómo llegaron Will y Olivia a darse el «sí, quiero» junto al faro de Montauk...

Si quieres saber por qué Neal y Claire fingieron durante años ser solo amigos...

... sus historias están al alcance de tu mano.

En Amazon encontrarás los primeros volúmenes de la *Saga Pregúntame*, disponibles en digital, en papel y en Kindle Unlimited.

*Pregúntame si me importas: 1ª y 2ª parte* y *Pregúntame quiénes somos* son las novelas que cuentan el romance de estas parejas.

Si te has sentido una más en las quedadas de amigos, te animo a que los descubras.

Desde ya, gracias por darles una oportunidad.